Camilo Ratti
CACHORRO

Vida y muertes de
Luciano Benjamín Menéndez

Ratti, Camilo
CACHORRO. Vida y muertes de Luciano Benjamín Menéndez 1a. Ed.— Córdoba : Raíz de Dos, 2013.
596p. ; 22x15 cm. (vocaciones)

ISBN 978-987-1877-44-7

1. Historia argentina. 2. Dictadura Militar.I. Título.
CDD 982

Fecha de catalogación: 11/03/2013

raízDedos

NARRATIVA ARGENTINA
Editorial Raíz de Dos
www.raizdedos.com.ar

editorial@raizdedos.com.ar
DISEÑO EDITORIAL: Raíz de Dos
DISEÑO DE PORTADA: Gabriela Callado
FOTO DE SOLAPA: Álbum de autor

© Editorial Raíz de Dos SA
© Camilo Ezequiel Ratti

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2013. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin
la previa autorización de los titulares del copyright.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA
LEY 11.723

A Su, por su amor y apoyo infinito, ya que sin ella este libro no hubiera sido posible.

A Luca, Ana Luz y Eva, que nacieron y crecieron en medio de esta vorágine.

Capítulo I
Caballerazo

Cuando la pantalla del teléfono celular marcó "llamada privada", sentí que era él. Rogaba que así fuera.

—Hola, ¿señor Ratti?

Era él. Esa voz es inconfundible, imposible de olvidar.

—¡Sí, qué tal, cómo está... eeehh ¿recibió mi carta?

—Sí, bueno, he leído lo que usted me dice ahí... y... si el encuentro es solo para conocernos, está bien. Pero que quede claro: un café, nos damos la mano, que tal, mucho gusto y se terminó, eh. Como ya le expliqué, ¡yo no puedo hablar! No me conviene, ya conozco cómo son estas cosas, tengo mucha experiencia en esto, créame, Ratti..., empezamos hablando de otros temas como usted me dice, de ahí saltamos a otro... y sin darnos cuenta terminamos en eso, que es el núcleo del asunto, ¡es así! Y yo voy a defender eso, más allá de los errores, lo voy a defender. Y en la Argentina de hoy eso no es posible, lamentablemente, Ratti.

—Sí, claro, está bien, lo entiendo, pero sería importante una opinión suya. Como le dije, a mí me interesa conocer lo que pasó en el III Cuerpo y la figura del general Menéndez. Y creo que podemos buscar la forma, es cuestión de conversarlo...

El lunes 11 de diciembre a las 8 de la mañana me bajé del coche de El Práctico, en Retiro, y a la tarde lo llamé. Cinco segundos después, la misma voz gruesa y nítida de siempre preguntó si ya estaba en Buenos Aires.

—Sí, llegué hoy a la mañana, qué tal.... ¿cuándo podríamos encontrarnos? —hablaba y un cosquilleo me recorría el cuerpo.

—¿Le queda bien mañana martes?

—Sí, perfecto.

El calor de ese martes era insoportable. La temperatura rondaba los 35 grados y la humedad se pegaba como chicle. Cuando

abrí la puerta de calle sentí que el fuego me abrazaba. Estaba en la otra punta de la ciudad, así que decidí salir una hora y media antes. Después de un rato de viajar como sardina, bajé en la estación Olleros y subí las escaleras que me devolvían al mundo. Eran las 18.50 del 12 de diciembre de 2006. La salida del subte quedaba a cincuenta metros de su casa, sobre Cabildo. Faltaban diez minutos para el encuentro. Caminé unos minutos para matar la ansiedad, y a las siete en punto toqué el timbre del edificio de clase media en pleno corazón de Belgrano.

—¿Quién es?

—Ratti.

—Ahí bajan a abrirle.

A los pocos minutos, una mujer rubia, de piel blanca y ojos azules y tristes, la misma que lo acompaña desde hace sesenta años, abrió la puerta de entrada. Subimos hasta el quinto piso, departamento "A". Inmutable, pálida, me hizo pasar al hall. Parecía incómoda por la situación. Cuando finalmente entramos, el hombre con voz gruesa y nítida, tan a contramano de esa cara escuálida y angulosa, hablaba por teléfono en una de las habitaciones del coqueto departamento, tapizado de fotos familiares. Segundos después apareció. El mismo hombre que desde lo más alto del poder transformó de raíz la sociedad argentina. Vestido de traje y corbata, pelo engominado y gris, se presentó y extendió su mano:

—Qué tal, mucho gusto, Ratti.

Mientras terminaba de caer que estaba en esa casa, enfilamos en silencio hacia los sillones del living. El lugar era agradable y la temperatura también, ya que el aire acondicionado amortiguaba el infierno de afuera. Imponentes cuadros e infinidad de portarretratos le daban vida al ambiente. Hijos, nietos, amigos y personalidades de su época de presidente nos miraban fijos en fotografías que recorrían su vida. Salvo su mujer, eran los únicos testigos de ese encuentro tan esperado. Ni guardias, ni seguridad. Nada de lo que había imaginado.

—Por favor, tome asiento.

No bien terminamos de acomodarnos, él en un sillón individual y yo enfrente, en uno doble, de estilo francés, la mujer rubia

y de ojos azules y tristes nos dejó solos. El acuerdo estipulado era "solo para conocerlo". Un "que tal, mucho gusto y hasta luego". El dueño de la situación era él, de eso no había dudas. De todo lo que había fantaseado o especulado sobre su persona, lo primero que me sorprendió fue su buen estado físico, algo que no coincidía con las últimas fotos de los diarios, donde se lo veía viejito, casi decrépito. En persona parecía otro. Por supuesto, flaco y escuálido, pero no tuve la sensación de estar frente a un anciano. Su motricidad era perfecta y su locuacidad sorprendente. Por eso, sinceramente impresionado por su figura, lo primero que se me ocurrió decir cuando empezamos a conversar fue que lo veía muy bien de salud para la edad que tenía.

—Hace quince días me hice un chequeo médico y todo está perfecto —contestó el hombre que desde hace años pasa sus días sólo con familiares y amigos íntimos. Algunos de ellos muy importantes y poderosos aún—.—Uno de mis hijos es mi médico personal.

—Sí sí, se lo ve bien, ¿cuántos años tiene?

—En agosto cumplo ochenta y dos —dijo circunspecto, acomodándose los botones del saco. Después me miró a los ojos, y con un gesto típico suyo preguntó sin vueltas—: Bueno, ¿y?

—Estoy acá para conocerlo, como le dije por teléfono, y para ver si podemos conversar de los temas que le comenté en la carta.

—Bueno, ya me conoce —devolvió, con una sonrisa socarrona en el rostro—.Yo no puedo hablar. Es una estrategia acordada con mis asesores. Tengo la obligación de respetar lo que me dicen porque han sido los que me acompañaron todos estos años. Lo hacen desinteresadamente, por el compromiso asumido conmigo en aquellos años, y no desearía fallarles, no se lo merecen. Mire, Perón decía: "El hombre es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras". Las veces que yo no respeté eso, perdí.

Si bien le había adelantado en la carta que quería hablar del general Menéndez, el dueño de casa se mostraba interesado en hablar de su gobierno. Años en los cuales el ex comandante del III Cuerpo de Ejército entró en la historia.

—Es que hablar de esa persona sin tener en cuenta el contexto político suena un poco ridículo. Créame, no tiene sentido.

—Puede ser, pero a mí no solo me interesa conocer al personaje histórico, sino al hombre común. Si usted considera que no es oportuno hablar del comandante Menéndez, le pido que por lo menos me cuente de Luciano Benjamín. Y en esa historia, usted también es una fuente importante, ¿o me equivoco?

—No, no se equivoca, con Menéndez nos conocemos prácticamente de toda la vida. Pero insisto: no están dadas las condiciones para hacerlo.

—Está bien, no quiero agotar su paciencia. Ya encontraremos la oportunidad.

Casi un año después, mientras manejaba el auto un mediodía de noviembre, sonó el teléfono:

—Hola, ¿Ratti?

—Sí.

—Habla Videla, Jorge Rafael Videla.

—Cómo le va, general, gracias por llamar. Espere que estacione.

Era la tercera vez que Videla me llamaba el día exacto en que la correspondencia llegaba a sus manos.

—Recibí su carta, Ratti, lo espero en mi casa el miércoles 28 de noviembre a las 17.30. Una hora. Sea puntual, ya verá que nos va a sobrar el tiempo para hablar de las cosas que usted me pide. —A un mes de las elecciones que consagraron a Cristina Fernández de Kirchner como la primera presidenta elegida por el voto popular, Videla parecía haber entendido que su suerte estaba echada.

Consciente de que era extremadamente riguroso y detallista, a las 17.30 en punto del miércoles 28 de noviembre de 2007 toqué el timbre del edificio. Como si fuera la misma película, el procedimiento se repitió: la voz gruesa y nítida atendió el portero, la misma mujer de ojos azules y tristes bajó a abrirme la puerta y sin decir una palabra me acompañó hasta el quinto piso, departamento "A". La diferencia fue que Videla, esta vez, me esperaba parado a la salida del ascensor. Pensé que el tiempo no había transcurrido. Llevaba puesto el mismo saco beige, la misma camisa a cuadritos y la misma corbata verde oscura. Todo impecable y perfecto como su pelo y el bigote característico.

—Otra vez por acá —dije. Era la segunda vez en un año que entraba a su casa.

—Pase, siéntese.

Mientras caminábamos hacia el living, le pregunté cómo se sentía por la noticia de ese día, que no era nada favorable a sus intereses.

—¿Qué noticia? —preguntó, mientras se acomodaba en el sillón individual frente a mí, a no más de cincuenta centímetros. Parecía no haber leído los diarios ni visto la tele. Mucho menos escuchado la radio, que cada media hora titulaba los informativos con la noticia. —El fallo del juez Canicoba Corral, sobre el Plan Cóndor —deslicé, arrepentido de haber metido la pata hasta el cuello. El juez lo había procesado a él, Menéndez y otros diecisiete jefes militares por la megacausa que investigaba la coordinación que los gobiernos de Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay llevaron adelante para secuestrar, torturar y asesinar a militantes políticos en la década del '70, con las instrucciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Una estrategia represiva de dimensión continental cuyo objetivo era "combatir al comunismo en toda América Latina", según lo confirman los documentos secretos desclasificados por la CIA hace pocos años.

—No sé nada, pero supongo que lo esperado en estos casos —contestó con cierto desprecio. Luego entrecruzó sus largos y huesudos dedos, apoyó los codos en las rodillas y empezó a hablar como si nada hubiera preguntado:

—¿Desea tomar algo?, ¿un café, algo fresco?

— Café.

—Raquel, ¡nos traes dos cafés! —gritó. Su mujer preparaba en la cocina una torta de manzana para agasajar a su hijo mayor, que estaba por llegar de un momento a otro.

—Como habrá escuchado, mi hijo médico está por llegar, y si me ve conversando con usted se va a armar... —confesó Videla, abriendo los ojos como el chico que está por cometer una travesura—.Por una cuestión de respeto hacia usted he aceptado recibirlo, aunque le confieso que estoy violando las instrucciones médicas. Hace un ratito llegué del hospital militar y me diagnosticaron un coágulo que me obliga a hacer reposo y tomar medica-

ciones. Nada grave, no se preocupe, pero en lugar de estar en la cama, como me recomendaron los médicos, estoy aquí, hablando con usted...

El ex presidente de facto alza levemente su voz y mueve sus cejas hacia arriba en señal de consideración. Los que lo conocen de toda la vida aseguran que rara vez Videla perdió la calma. Ni siquiera en los momentos más difíciles del régimen, cuando el mundo entero se le vino encima por el drama de los desaparecidos, o cuando la guerra con Chile era un hecho consumado en la navidad del '78 y su "racionalidad política" frenó un conflicto que los comandantes liderados por Menéndez habían puesto en marcha.

—No quiero ser descortés, sé que usted ha viajado desde Córdoba para hablar lo que podamos. Así que empecemos —ordenó—.—Usted me dice en la carta que la mejor manera de comunicarse es escribiendo. Yo no soy escritor y por eso prefiero la locución, si bien tampoco soy un buen orador. En fin, volviendo a lo que me pide de dejar testimonio, creo haber cumplido con eso. Como le comenté, acabo de terminar un escrito, que serán unas 380 páginas. No es otra cosa que mis puntos de vista sobre los años en que fui presidente. Yo tengo en claro que no debo apartarme de mi silencio para no perder. Y pierdo porque entro en un mundo que yo no puedo manejar. Se me va el control y pierdo. Entonces me aferro al silencio. Ahora, como creo no ser dogmático, también entiendo que con esa decisión cerrada de no querer compartir lo que tengo como vivencia, y un poco ante el desafío que usted me hace, respecto del derecho que tienen los argentinos de conocer qué pensaba yo, le voy a dar una respuesta.

Videla hablaba y explicaba. Pero no solo a mí, se explicaba a sí mismo. La sensación era que la carta había provocado algo en ese hombre, tocado alguna fibra íntima. Según me había confesado la primera vez que nos vimos, mi carta "había quebrado una barrera que antes nadie había quebrado" y que por eso había resuelto recibirme,, "aunque sea para conocernos". Por eso aceptó hablar del protagonista de este libro en forma clara y abierta:

—No digo que Menéndez fuera el mejor comandante de la historia del ejército argentino, porque es un poco arriesgado eso. Me parece que no es justo. Pero fue el mejor comandante de cuer-

po que yo tuve. El hombre en quien más confianza tenía desde el punto de vista de su idoneidad y su lealtad para conmigo en esta materia: la guerra contra la subversión.

El halago de Videla no es gratuito ni de compromiso. Está sustentado en hechos empíricos, confirmados por el propio halagado, quien el 23 de marzo de 1977, tan solo un año después del golpe militar, se enorgullecía de afirmar lo siguiente: "La subversión militar está absolutamente aniquilada en todo el territorio que comprende el Tercer Cuerpo de Ejército". La frase, por demás elocuente en consecuencias humanas, había tenido varios destinatarios en el mundo castrense, pero principalmente uno, y era quien ese miércoles 28 de noviembre estaba frente a mí. Comandante en Jefe del Ejército y presidente de la Nación, Videla había asegurado su retiro al frente de la fuerza "una vez derrotado el enemigo subversivo". Por lo que su puesto era codiciado por varios generales, entre los cuales destacaba Luciano Benjamín, quien con su afirmación de marzo, implacable, temeraria, había intentado posicionarse en la carrera para suceder a Videla, movida que Massera venía exigiendo en las reuniones de la Junta: "O sos presidente, o sos comandante del Ejército, las dos cosas son incompatibles a esta altura del Proceso", le exigía el jefe de los marinos

—Entonces —continuó Videla—, así como le digo que Menéndez fue el mejor comandante de cuerpo que tuve, el más capacitado para el mando, también lo decían los subalternos. Y es un juicio importante el del los subalternos, eh. Un hombre con un prestigio tremendo, con una lealtad ante la que yo podía cerrar los ojos. Menéndez era un profesional cabal, cabal. Comandante, comandante. Era caudillo y comandante. Mandaba y palmeaba. Muy querido, un tipo querido por su gente. Un tipo duro, duro, es verdad, pero admirado. Así que al general profesional, sumemos el de caballero.

Cuando Videla habla del "caballero", lo dice por muchas cosas. Pero sobre todo por un hecho que pinta de cuerpo entero a Menéndez, y que explica por qué es tan respetado y admirado en el Ejército: "En 1984 —dice Videla—, cuando a mí me detienen en la Escuela General Lemos, en Campo de Mayo, previo a las audiencias del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas que in-

vestigaba nuestra actuación en la guerra contra la subversión, él venía de Córdoba. Y apenas se bajó del avión y se enteró de que me habían metido preso, se presentó ante el Consuffaa y dijo: 'Si a mi comandante lo han puesto preso, yo también tengo que estar preso'. Y solito, sin que lo ordenara ningún juez militar, se presentó ante el máximo tribunal y quedó detenido".

Videla abría los ojos. Aquel gesto del amigo seguía emocionándolo. "En la Lemos estuvimos como dos meses juntos, hasta que después a mí me llevan a Magdalena y él se queda preso en esa escuela un tiempo más. Así que al comandante ejemplar, hay que sumarle que es un ¡caballerazo! No cualquier tipo hace eso. Por eso, Ratti, a ese Menéndez yo le debo respeto, no quiero entrar en las menudencias que usted menciona en su carta. Y entiéndame, no es en contra suyo, yo entiendo su pregunta, pero sinceramente, prefiero no hacerlo porque le tengo mucho afecto".

—Lo entiendo. Yo le pregunto porque fue un hecho de gran importancia política.

Casi sin escucharme, Videla me interrumpe para seguir alabando al general emblemático:

—Menéndez, por ese prestigio, esa fama, "el milico", era el hombre que estaba llamado a ser comandante en jefe. Y pudo haber sido un excelente comandante en jefe.

Las "menudencias" que Videla prefería callar en 2007, se referían a por qué el mejor comandante que tuvo, el hombre "más capacitado para el mando", el "más respetado por la tropa", se había sublevado en septiembre del '79 en contra de su gobierno. A lo que Videla, casi ofendido, contestó en el acto, con la cara desfigurada por la pregunta:

—¡No fue contra mí que se sublevó, fue contra Viola, que era el comandante en Jefe!.

Era una verdad a medias. Es cierto que Menéndez, como casi todos los generales, despreciaba a Viola porque no lo creía profesionalmente capacitado para un puesto que debía ser de él,y por las ambiciones políticas que desde 1978 empezó a motorizar para suceder a Videla en la presidencia. Pero no es menos cierto, por más que Videla no lo quisiera reconocer debido a su admiración y cariño hacia Menéndez, que el ex comandante del III

Cuerpo discrepaba con varios aspectos del rumbo que el gobierno había tomado a dos años de haber asaltado el poder. Menéndez disentía, y lo venía advirtiendo en todas las reuniones del generalato desde el comienzo de 1979, con lo que llamaba un "relajamiento" del poder militar ante ciertos acontecimientos internos y externos, y sobre todo con varias medidas económicas del plan de Martínez de Hoz, que ese año empezaba a mostrar su verdadera cara. Y si algo no estaba dispuesto a ceder Videla, que cedió muchísimas cosas en la interna militar para mantener la cohesión de las Fuerzas Armadas y garantizar la solidez del "Proceso", era que criticaran a Martínez de Hoz y su plan económico. Hasta ahí llegaba su amplitud política, su actitud negociadora. El plan económico y su mentor eran el límite que Videla estaba dispuesto a tolerar para que no estallara el gobierno militar. Pero cuando menos lo pensaba, el que estalló fue uno de sus alfiles. El comandante de "mayor confianza". Aquel que en la cotidiana y desgastante interna entre el Ejército y la Armada, fue capaz de mandarle a decir al almirante Massera que se dejara de joder con la presidencia "porque le voy a pintar los barcos de verde".

Sin embargo, aquellas diferencias, según Videla, son cosas del pasado, "temas superados completamente".

—Mire, voy a explicar algo: en el mundo militar, el que está arriba manda y el que está abajo obedece, sin discusiones. Pero en el ámbito político aparecen los matices, las diferencias de opinión, porque todos tienen derecho a opinar de la economía o de una cuestión social. Y nosotros asumimos el poder político. Un poder en el cual con Menéndez tuvimos y tenemos muchas coincidencias. No comparto para nada eso de que Menéndez y yo somos la 'antítesis', como dice usted en la carta. Porque esas diferencias a las que se usted se refiere, fueron más bien de modalidad no de contenido.

Mientras la conversación con el ex jefe de Estado avanzaba, una cosa quedaba clara: por el lugar histórico que ocupó y la relación con el personaje, la opinión de Videla era clave: "A Menéndez lo conozco desde el Colegio Militar, somos muy amigos, nuestros padres también lo fueron. Antes de estar detenido, siempre me visitaba cuando venía a Buenos Aires. Ahora nos llamamos seguido

y compartimos abogado en varias causas. Es una persona muy inteligente a la que le tengo mucho afecto. Como le dije antes, al general ejemplar, profesional como ninguno, hay que sumarle que es un caballerazo, ¡caballerazo!.

La horda del general

Agosto de 1976, ciudad de Córdoba

Luego de unas vueltas por el barrio para intimidar a los curiosos, los cuatro autos sin patente se estacionaron en la puerta de la casa. Era de noche y la temperatura empezaba a ser agradable después de un invierno cruel. La llegada de la primavera parecía calentar un país congelado por el miedo. Cerca de las once del 31 de agosto, las únicas luces encendidas eran las de la cocina y los veladores de la pieza de arriba, donde el "Colo" y Liliana leían y discutían acaloradamente los textos de Jorge Semprúm. Abajo, en la cocina, Mirta Ñieri, dueña de casa, preparaba una pizza de cebolla mientras hacía dormir a sus dos pequeños hijos.

El Colo y Liliana disfrutaban de juntarse a estudiar. Y si bien el Colo no era parte de la "orga", representaba a una generación instruida, con hábito de lectura y discusión política. Debatir las experiencias revolucionarias de Cuba, China, Rusia o Vietnam era habitual entre los militantes del PRT/ERP, y casi un dogma para cuadros políticos como Liliana. Sin embargo, esa noche los dos amigos no leían a Mao, ni a Lenin. Mucho menos a Ho Chi Min. Tampoco al Che Guevara, referente indiscutido de las organizaciones revolucionarias de la época. Sus cerebros estaban absorbidos por las experiencias de resistencia del pueblo judío en los campos de concentración nazis. Material poco frecuente en las bibliotecas de la militancia revolucionaria argentina, formada al calor de la revolución cubana, argelina o vietnamita, que apenas un año antes había logrado derrotar y expulsar de su territorio al imperio norteamericano. El holocausto judío no formaba parte de sus discusiones políticas. La derrota no era una realidad posible ni cercana para los líderes del "campo revolucionario" y tampoco para los miles de militantes que luchaban por la "patria socialista". Pero Liliana y el Colo se sentían atraídos por los textos de

Semprúm. Los inquietaba conocer la forma en que los hijos de Abraham lograron sobrevivir al horror nazi.

Con veintitrés años y seis de militancia en distintos frentes de la organización, la vida de Liliana transcurría en absoluta clandestinidad. Para protegerse y proteger a su hijo Manuel, de un año y tres meses, había decidido dejarlo al cuidado de sus abuelos maternos e instalarse en lo de Mirta Ñieri, una maestra que vivía junto a sus dos hijos en la casa de Parque Atlántica.

La misión de Liliana en esos días pasaba por reconstruir las esqueléticas redes clandestinas del PRT/ERP en Córdoba, que al noveno mes de 1976 había entrado en su etapa de completa disolución luego del desmadre provocado por la muerte y posterior desaparición de Mario Roberto Santucho, máximo líder político y militar. La muerte de "Roby" y de su segundo, Benito Urteaga, el 19 de julio en medio de un tiroteo con una patrulla del ejército en un departamento de Villa Martelli, horas antes de viajar hacia Cuba, había agudizado la crisis que desde hacía un año asolaba a la organización marxista, que todos los días debía lamentar la desaparición o la muerte de un cuadro político o militar. La ofensiva del ejército sobre el principal enemigo de la dictadura había logrado diezmar las estructuras del partido y del ejército revolucionario, que se encontraba a la defensiva y en retirada.

Casi dos meses después de aquella tarde fría en la que el capitán Leonetti acabó sin saberlo —porque él también murió en la balacera—, con el comandante de la guerrilla mejor preparada de América Latina, en Parque Atlántica, a la salida de la ruta a Alta Gracia, lo único con vida eran la luz de esa casa y el tubo fluorescente del puesto del comando radioeléctrico, que quedaba a media cuadra, casi sobre la esquina.

Como era común en ese barrio y en casi todos los del país, la calle era un desierto azul oscuro cerca de las doce de la noche. Hasta que llegaron ellos en los cuatro autos sin patente, y su ruido espeluznante se apoderó de todo. Como una sinfonía de terror, los motores y las luces se apagaron, las puertas se cerraron al mismo tiempo y el chaqueteo de las armas anticiparon el agite siguiente. En cuestión de segundos, quince hombres fuertemente armados rodearon la casa donde vivían Mirta, sus dos hijos y Liliana. Un

Torino, una break Renault 12 y dos Taunus integraron la flota callejera aquella noche primaveral. Todos los del grupo iban disfrazados. Algunos con vinchas y ponchos, otros con pelucas de pelo largo y bigotes postizos, y los menos con pantalones oxford y anteojos extravagantes. De no ser por las ametralladoras, las itakas y las escopetas recortadas que ostentaban como trofeos, cualquiera que no viviera en el país hubiera confundido al grupo con un elenco de teatro callejero. Pero eso no pasaba en la Argentina del '76. Lo que si pasaba, y a cada momento, era el ritual que seguía después: la banda liderada por el "Rulo" Acosta, jefe operativo de la Sección 3 del Destacamento de Inteligencia 141, entró en acción. En menos de diez segundos la casa quedó rodeada. Acosta y cuatro de sus hombres forzaron la puerta de ingreso mientras el resto se parapetaba en las ventanas del costado y el fondo. Cuando las patadas y los gritos se apoderaron del lugar, los únicos habitantes de la casa pegaron un salto y empezaron a correr despavoridos para el fondo: "¡Los milicos! vamos, por la ventana de atrás, Colo, dale, ¡apurate, daleeee! gritó desesperada Liliana a su amigo, que la seguía enloquecido. Cuando llegaron a la parte de atrás y amagaron saltar por las ventanas, un grupo de cinco hombres los esperaba con itakas apuntándoles a la cara, listos para matarlos. Sin tiempo para pensar en nada, Liliana y el Colo corrieron por el pasillo en dirección a la otra habitación. Pero también ahí, como una pesadilla, otro grupo de hombres disfrazados y con armas largas los aguardaba sonrientes. Cuando bajaron las escaleras en dirección al living, Acosta y los suyos los estaban esperando. Ya habían reducido a Mirta. Rodeados y sin posibilidades de resistir, Liliana y el Colo se entregaron a sus captores, que a esa altura habían controlado toda la casa. Como era costumbre en los procedimientos que comandaba, el Rulo preguntó con cinismo:¿"Qué pasa, che, no van a saludar a sus invitados?" y volteándose para donde estaban los otros, soltó: "¡Mirá que son maleducados estos zurdos de mierda, eh!". Las carcajadas del resto no se hicieron esperar. Como tampoco el apriete. Agarrándolos del cuello y poniéndolos contra la pared del living, Acosta, de pelo largo y pinta de hippie, preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Mónica Arias, respondió Liliana, que era sujetada por Acosta y otros dos hombres armados.

—Mónica Arias..., qué raro, che, yo te tengo como Liliana Callizo, del ERP —respondió el Rulo con sonrisa socarrona.

—Le mintieron —dijo Liliana.

—No creo, nunca me equivoco con el enemigo... ¿y ustedes? —completó el jefe operativo mirando a los otros dos.

—Mirta Ñieri.

—Raúl Levín.

Ambos se identificaron por sus nombres reales, no tenían nada que ocultar. Sujetados contra la pared por varios hombres, las miradas de los tres se perdían en la nada. No entendían quiénes eran la quincena de hombres disfrazados que habían irrumpido con violencia en la casa. Desafiante, provocativo, Acosta miró a los suyos y volvió a la carga:

—Parece que a estos bolches el ratón les comió la lengua... —Y poniendo cara de malo empezó a insultarlos y a repetirles una y otra vez las mismas preguntas—: Qué función cumplen ustedes en la 'orga', quiénes son sus contactos, ¡hablen carajo!

—Ellos dos no tienen nada que ver, déjenlos tranquilos —respondió Liliana, quien sin pensar lo que decía, empezó a discutir con Acosta sobre la brutalidad del operativo:

—¡Qué es esto, quiénes son ustedes, porqué están disfrazados..., qué significa entrar así a un casa, sin órdenes y sin uniforme!

—Somos el comando, nena, la patota. Vos no sabés lo que es la patota, flaca —contestó el Rulo con ironía.

Liliana quedó boquiabierta con la respuesta. Pero más perpleja cuando advirtió que un grupo de hombres ingresaba a la casa con palas y picos. Ahí entendió todo: alguien la había entregado a los militares. Muy pocos sabían que en el patio de esa casa se encontraban escondidos unos microfilms con importante información del partido.

Mientras Acosta preguntaba y los otros cavaban por todo el jardín, el resto de la patota se repartió la tarea: en forma simultánea, cronometrada, un grupo revolvía y destrozaba lo que encontraban a su paso, mientras otro cargaba muebles, cuadros, electrodomésticos, y hasta ropa de Liliana en un bolso negro gran-

de que llevaba siempre consigo el oficial de gendarmería Luis Cayetano Quijano, jefe del subgrupo de ladrones según se enterarían, tiempo después, los secuestrados. También se llevaron el sueldo de maestra que Mirta acababa de cobrar.

Si bien al "Rulo" le tocaría después una parte de ese botín, su objetivo esa noche era otro: los microfilms.

—¿Dónde están los microfilms, flaca? ¡Abrí la boca porque te reviento!

—Qué microfilms, no sé de lo que habla

—Vos me ves cara de idiota, te crees muy viva o ¡qué mierda te pasa, pelotuda! Nosotros te vamos a demostrar que somos mucho más vivos que vos, ¡zurda de mierda!—y agarrándola a ella y al Colo de los pelos subieron por las escaleras hasta las habitaciones, donde diez minutos antes leían a Semprúm.

—¡Qué quieren, nosotros no tenemos nada que ver, estábamos estudiando! —contraatacó el Colo, desesperado, mientras se tropezaba con los escalones.

—¿Estudiando...? Muy bien, y ¡qué mierda estaban estudiando, cómo hacer la revolución!, ¡cómo tomar el poder! —Y mirando a Liliana a la cara, le gritó—: ¡Dale, gringuita, decime dónde están los microfilms si no querés que los matemos ya mismo!

—Ellos no tienen nada que ver, son amigos, déjenlos ir —repitió por tercera vez Liliana. Pero Acosta no creía una palabra. Si estaban con ella, en esa casa, eran subversivos también. Así que siguió con lo suyo. Cuando entraron a la habitación, además de los libros, había escritos, recortes de diarios y revistas revolucionarias. Como miembro del aparato de información, Liliana era la encargada de escribir en *Estrella Roja*, la revista política del PRT/ERP, las semblanzas de los militantes desaparecidos. Ya fueran cuadros políticos, sindicales, intelectuales o militares. Varios de ellos estaban firmados por "Mónica Arias".

Al leer uno de ellos, el jefe de los secuestradores se largó a reír como loco.

—¿Vos escribís estas pelotudeces sobre tus compañeros desaparecidos?, pero que ingenua sos, flaca.

Liliana no se aguantó la burla, se puso loca y sin medir las consecuencias empezó a insultar a su secuestrador. Pero Acosta

siguió riéndose, hasta que uno de sus hombres subió para decirle que los microfilms no aparecían por ningún lado. La única de los tres que sabía su escondite era Liliana.

Con la casa patas arriba, sin rastro alguno sobre el botín que esperaban encontrar, la orden del Rulo a sus muchachos no se hizo esperar:

—¡No puede ser, busquen en cada rincón, el otro no se va a jugar la vida por nada!—repitió a los gritos, con la clara intención de quebrar a Liliana. Sin chistar, el grupo obedeció a su jefe y siguió cavando hasta dejar el patio como un cementerio profanado por una manga de lunáticos.

—Yo sé que esos microfilms están en algún lugar de esta casa. Me lo dijo hoy un compañero tuyo que cayó en nuestras manos, gringuita, date cuenta, te entregaron, perdiste flaca, ya está, no te hagas golpear al pedo.

—No sé de lo que habla.

—Mirá, de acá no nos vamos sin esos microfilms, te lo juro. Si querés salvar tu vida y la de tus amigos, te conviene colaborar, yo sé lo que te digo.

—Estoy diciéndole la verdad, no sé de lo que habla, no tengo ningún microfilm. El que le dijo eso se equivocó de persona o le vendió mierda para salvarse.

Liliana no terminó de contestar y Acosta se abalanzó para romperle la cara. Era tan vanidoso y seguro de lo que hacía que no toleraba equivocarse. Mucho menos que le mintieran o lo traicionaran sus prisioneros. Furioso, se dirigió al patio para no matarlos ahí mismo a ella y al Colo. Pero la información que Liliana tenía en su poder era demasiado importante como para arruinarla en un arranque de locura. Al fin y al cabo, era un profesional.

—¡Súbanlos a los autos que vamos a dar un paseo!", ordenó el jefe a sus muchachos, que, llenos de tierra, abandonaron las palas para emprender la retirada.

Luego de maniatarlos y encapucharlos, un tal "Luis" y otro al que le decían el "Yanqui" arrastraron a Liliana, al Colo y a Mirta hasta donde estaban los autos. A Liliana la tiraron en la parte trasera del Torino blanco que manejaba Acosta mientras otro hom-

bre le apuntaba con una escopeta. Al Colo y a Mirta los subieron en la parte de atrás de un Taunus gris. En los otros dos autos, con Quijano a la cabeza, el resto de la banda completaba la "mudanza" con los objetos robados.

Cuando los tres encapuchados estuvieron arriba de los autos, uno de los secuestradores le avisó a una vecina que se hiciera cargo de los dos niños que habían dejado solos en la casa.

A toda velocidad, los cuatro autos sin patente enfilaron hacia la Avenida Argentina que sale a la ruta que lleva a Alta Gracia.

Mientras duró el recorrido, Liliana pensó en el comisario del Comando Radioeléctrico. En el tiempo que vivió en esa casa había construido una relación amistosa con el jefe policial y creyó que iba a avisar de su secuestro. Nada más lejos de la realidad. Después de varias vueltas por la ciudad arriba del Torino, atada y encapuchada, las luces que al principio se colaban se fueron apagando. El reflejo naranja del alumbrado público desapareció y la oscuridad de la noche profunda se apoderó de su cabeza. Aunque atormentada por todo lo que había pasado en menos de una hora, pudo advertir que el Torino no frenaba en ningún semáforo y que ya no se escuchaba el ruido de otros autos alrededor. Cuando alcanzaron velocidad, entendió que abandonaban la ciudad. Recién ahí se atrevió a abrir la boca para preguntar por su vida.

—Vamos a un lugar seguro, tranquila, flaca, falta poco.

La respuesta confundió aún más a Liliana. En un segundo, mil cosas le pasaron por la cabeza. Las versiones de tortura que aplicaban a los secuestrados, la posibilidad de una muerte segura, lo que pensarían sus viejos, el futuro de su hijo Manuel, de un año y dos meses, que se había quedado con sus abuelos. Todo le daba vueltas y la desesperaba. Cuando el silencio de la noche cerrada le permitió acomodar sus pensamientos, el Torino blanco dobló y frenó ante una pequeña guardia que custodiaba el lugar.

—Traemos unos paquetes, dijo el chofer al centinela, y aceleró por un camino asfaltado unos quinientos metros, hasta que detuvo la marcha. Liliana alcanzó a escuchar el murmullo y preguntó desesperada:

—¡En dónde estamos, qué me van a hacer, hijos de puta!

—Ahora vamos a ver si seguís tan calladita o vas a empezar a recordar el lugar donde escondiste los microfilms ¡zurda de mierda!

Acosta bajó del auto y con otros tres hombres sacaron de los pelos a la secuestrada, que se aferraba a los asientos de adelante con las pocas fuerzas que le quedaban. Aunque había escuchado infinidad de veces los rumores sobre la suerte corrida por los secuestrados, no tenía idea de dónde estaba.

Cuando los otros autos llegaron a la cima de la loma se estacionaron al costado del patio de armas, frente a la bandera, las oficinas administrativas y las habitaciones donde dormían los soldados que custodiaban el predio. A los gritos, Acosta y los del Torino llevaron a los empujones a su cautiva, que permanecía con capucha y las manos atadas. Segundos después hicieron lo mismo con el Colo y Mirta, que llegaron en el Taunus gris custodiado por Luis, el Yanqui y otros dos disfrazados.

A la una de la mañana del 1 de septiembre de 1976, el lugar parecía un loquero. Gritos, llantos y alaridos de prisioneros se confundían con insultos, patadas y puñetazos militares. Todo se mezclaba en ese predio misterioso, al que solo ese día habían llegado cerca de cien secuestrados, un número impresionante que confirmaba lo aceitado que estaban los grupos operativos de la inteligencia militar. En medio de esa locura, Liliana, el Colo y Mirta fueron llevados a unas oficinas junto a otra docena de detenidos. Los formaron en fila y los obligaron a caminar en círculos. Uno al que llamaban "Texas" y otros torturadores empezaron a pegarles con palos de madera, botellas con arena y golpes de karate en todo el cuerpo. Querían nombres, casas, información. Sin ver nada, atormentados por los gritos, los golpes y los insultos, los prisioneros caían, lloraban, gritaban. La paliza parecía no terminar más.

—"Arriba", "levantarse", gritaban los torturadores. Y otra vez los golpes. Era "el ablande". Un puñetazo le partió la boca a Liliana. Ensangrentada y semi inconsciente la llevaron a un baño contiguo. La dejaron allí, tirada en el piso y tapada con una manta. Al cabo de un rato la trasladaron a la cuadra, junto al resto de los prisioneros. Temblando de frío y con el cuerpo moreteado, la ubicaron cerca de Mirta. Al Colo lo habían tirado un poco más lejos.

Aunque al "ablande" le seguía la tortura individual en una pequeña salita de tres por tres ubicada en unos galpones, esa noche muchos prisioneros se salvaron de la picana por la cantidad de secuestrados que llegaron en varias tandas. A pesar de las vendas, Liliana pudo advertir que la cuadra estaba repleta de gente amontonada en el piso o en colchonetas de paja, contra las paredes y en el centro de la cuadra. Los gritos de dolor se multiplicaban. Además de sus dolores, Liliana sufría como propios los lamentos de una mujer que parecía haber sido baleada y no paraba de llorar. Después de un rato de no saber dónde estaba y qué iban a hacer con ella, el Rulo volvió a buscarla. Por enésima vez, la prisionera insistió en la inocencia de sus amigos:

—Ellos dos no tienen nada que ver con la organización, déjenlos ir, se lo suplico, es la verdad.

—Una sola muerte no me conforma, soy un asesino profesional —contestó con frialdad Acosta. Sin embargo, le aseguró que liberaría a Mirta Ñieri si comprobaba que no tenía nada que ver con el ERP.

—Apuesto a que eso no va a ocurrir —respondió desafiante Liliana.

—Acepto la apuesta, te voy a demostrar que estás equivocada —dijo el Rulo, mientras la conducía de regreso a las oficinas de la entrada, donde la esperaba un grupo de interrogadores. En esa habitación de tres por tres le sacaron la venda:

—¿Qué significa HP? —preguntó el que parecía ser el jefe.

—¿Qué? —contestó sorprendida Liliana al interrogador, de cara redonda y aspecto de gringo.

—En tu ropa encontramos un papelito que dice HP. No te hagas la pelotuda.

— No quiere decir nada, qué se yo.

—¿Ah, no? —El jefe miró al resto del grupo y con una sonrisa maldita, insistió—: Querés que te ayudemos a recordar quién es HP, ¡bolche de mierda! —Y le sacudió una patada en el estómago.

—Es que no sé, no me acuerdo..., posiblemente un lugar, un contacto..., pero no sé, se los juro.

—Dejá de jurar al pedo y decinos quién es HP ahora mismo.

Sin otra explicación ni pregunta, el grupo de interrogadores la sacó de la oficina, la subió encapuchada a uno de los siete autos y en medio de la noche partió junto a ella en busca del misterioso HP. Faltaban minutos para que amaneciera cuando llegaron al hipódromo de Barrio Jardín. Fue la primera traducción que Liliana arriesgó para confundir a sus captores. Sonaba lógico: HP podía ser Hipódromo. Esperaron un rato en los autos, pero nadie apareció por la pista de caballos ni sus alrededores. Entonces volvieron a apretarla y Liliana confesó que HP era un contacto con el cual debía encontrarse en el Parque Sarmiento, cerca del mediodía. Sin demorar un minuto, los siete autos aceleraron hacia el lugar del encuentro, a pocas cuadras de allí. Estacionaron alrededor del Dante. Uno se bajó y volvió con chocolates y maníes para la secuestrada, quien ya sin vendas esperaba identificar a su contacto, una mujer alta y morocha, según su propia descripción. Faltando poco para el mediodía, una mujer de esas características apareció caminando por el medio del parque. En menos de cinco segundos tres de la patota la rodearon y empezaron a hacerle preguntas. Horrorizada, a los gritos, la mujer alcanzó a probar que no era la persona que buscaban. Furiosos por lo que consideraban otra mentira de Liliana, se subieron a los autos y en un instante regresaron a lo que llamaban "la universidad". Segura de que la matarían cuando llegaran a destino , en el camino intentó explicar que el ERP había confirmado su secuestro y avisado a su contacto para que no asistiera a la cita. Como el grupo conocía su verdadera identidad, y que la única información que tenía para ofrecer en ese momento era la cita con HP, los torturadores se olvidaron de ella ese día.

A la mañana siguiente, uno de sus captores la levantó de la colchoneta y la arrastró hasta dejarla en presencia del capitán "Hernández", el jefe de los interrogadores de la noche anterior. Esta vez no hubo preguntas. Un verdugo al que llamaban "Quequeque" le puso una peluca en la cabeza, le sacó la venda y la subió en el asiento delantero de un auto. Atrás iba otro hombre vestido de civil identificado como el "Cura Magaldi". Luego de quince minutos de andar, se internaron en un descampado. Cuando se detuvieron, alcanzó a escuchar el ruido de un río y pensó que estaba cerca del Suquía. Sin decir una palabra, Magaldi

y Quequeque la bajaron del coche y la llevaron del brazo hasta una casa, de cuya cocina salió una señora. Dentro de una pequeña habitación sin mucha luz, Magaldi le pegó un puñetazo y la tiró al piso, donde Quequeque la violó con saña, mientras el otro miraba y la insultaba. Cuando terminaron de violarla, Quequeque y Magaldi le pusieron de nuevo la peluca, la subieron al mismo auto y regresaron al lugar de detención. Hernández, el jefe, furioso por no sacarle más datos, ordenó que la tiraran en la cuadra hasta nuevo aviso.

Una semana después, Acosta y su grupo volvieron a la casa de Parque Atlántica a buscar los microfilms, sin resultado. La orden de Liliana había sido clara y precisa: si ella era secuestrada, al otro día un comando del ERP debía desenterrarlos y quemarlos inmediatamente para que no cayeran en manos del enemigo. Y así lo hicieron. Entonces Liliana volvió a sentir en el cuerpo la pesadilla de haber llegado a La Perla, el campo de concentración más importante del III Cuerpo de Ejército.

La cuadra era un ambiente rectangular, de cincuenta y cuatro pasos de largo por ocho de ancho y cuatro metros de alto, con ventanitas que recorrían sus paredes de un extremo al otro en ambos laterales. Formaba parte de una guarnición construida a mediados del '75 en la punta de una loma que mira a la autopista Córdoba-Carlos Paz. En un ambiente de violencia permanente, ilimitada, los prisioneros sobrevivían tirados en el piso o en una colchoneta de paja, amontonados como ratas, vendados y maniatados. Los custodiaban guardias que generalmente eran gendarmes y tenían permitido ir al baño una vez al día, ya fuera para hacer sus necesidades o para lavarse un poco cuando eran golpeados con alevosía. Tenían prohibido hablar entre ellos y su alimentación consistía en mate cocido, pan y guisos aguachentos. Vivían incomunicados con el mundo exterior y, salvo sus captores, nadie sabía que se encontraban allí. Oficialmente no estaban detenidos. Ninguna autoridad política ni jurídica podía ingresar a lo que los militares llamaban "la universidad" y que la sociedad bautizaría años después como "La Perla". Un lugar que para el ciudadano común o los medios de comunicación solo existía a partir de rumores o versiones anónimas que circulaban como fantasmas entre una sociedad paralizada por el miedo.

El plan de los militares era que los prisioneros vegetaran en silencio porque "estaban muertos en vida", hasta que ellos lo decidieran. En esa situación de vulnerabilidad e indefensión, los prisioneros eran torturados cada vez que los grupos operativos y de interrogadores necesitaban datos nuevos para armar sus rompecabezas u organigramas sobre el "enemigo subversivo". Así había funcionado la mecánica en todo el 76 y no parecía cambiar en el 77, a excepción de un detalle no menor: los secuestrados eran menos. Luego de un año de gobierno militar, quedaban muy pocos enemigos que secuestrar, y no porque la dictadura hubiera reducido su voltaje, sino porque la guerrilla había perdido el ochenta por ciento de sus cuadros. El que no había sido capturado y llevado a un campo de concentración estaba en la cárcel a disposición del PEN o la justicia federal, que era casi lo mismo, o directamente había sido asesinado. Y los que apoyaban a las organizaciones armadas desde un lugar más periférico, o simplemente simpatizaban con ellas sin formar parte de sus estructuras, habían optado por el exilio en masa. Dentro del país en lugares remotos, o en el exterior.

Muertos, desaparecidos o prisioneros los "oponentes activos", las Fuerzas Armadas empezaron a perseguir a los "oponentes potenciales". En la tortura, la información que interesaba no era táctica, sino estratégica. La obsesión de los torturadores era conocer a fondo el pensamiento de los militantes revolucionarios. Descifrar, entender, los motivos de su lucha, las raíces de sus organizaciones. Para lograrlo, utilizaron todo su poder con los prisioneros más viejos, quienes empezaron a tener un trato diferenciado, como caminar sin vendas en los ojos ni sogas en sus manos, preparar su propia comida, llevar al baño a los secuestrados más nuevos o hacer tareas administrativas para los jefes del campo. Algunos, los menos, aceptaron ser parte del aparato represivo que antes combatían.

En ese contexto de relativo relajamiento interno, la rutina del campo cada tanto se transformaba y volvía a la rigidez y brutalidad del principio. El "circo", como lo llamaban los mismos torturadores, se montaba cuando algún jefe militar visitaba el campo, como pasó en mayo del 77, un frío día de otoño.

Esa tarde, prisioneros y carceleros escucharon el inconfundible ruido de un helicóptero, que por la potencia del sonido parecía haber aterrizado muy cerca de ahí. No se equivocaban. Como si estuvieran al borde de un ataque nuclear, los torturadores entraron exaltados a la cuadra y a los gritos ordenaron a los prisioneros la inmediata limpieza del lugar: "Ubiquen las colchonetas en fila y contra la pared, desaparezcan todas las cosas que anden dando vueltas, como platos, utensilios de cocina, fotos, objetos, todo. Guarden las revistas o lo que tengan para leer y siéntense cada uno en su lugar, contra la pared y con la venda puesta sin decir ni mu", gritó el suboficial Carlos Albeto Vega, alias "el Tío" o "Vergara", al centenar de prisioneros que en ese momento sobrevivían en La Perla. En menos de cinco minutos el lugar quedó impecable. A Liliana Callizo, Horacio Dotori y dos prisioneros más los llevaron hasta una de las oficinas que quedaban a la derecha de la entrada principal, donde los interrogadores hacían el "ablande" de los secuestrados recién llegados.

En silencio, con la solemnidad de un ritual religioso, los prisioneros se ubicaron cada uno en su colchoneta de paja, con la espalda contra la pared y la venda en los ojos. Una rutina poco común a esa altura de la represión. Cuando el montaje estuvo listo, el capitán Barreiro y el capitán Acosta, los jefes de La Perla, aparecieron flanqueando a dos generales de altísimo rango, que un par de veces habían visitado el campo y hablado con algunos prisioneros. La importancia de los visitantes se podía adivinar en la tensión que mostraban los rostros de los torturadores. Salvo cuando estos mismos oficiales visitaron la cuadra en el 76, nunca los carceleros se mostraron tan celosos del orden, de la pulcritud del lugar y de la imagen de los secuestrados, que cambiaron sus harapos por ropas mejores ese día.

La visita fue sencilla y rápida. Los generales y el coronel que los secundaba caminaron de un extremo al otro de la cuadra observándolo todo. No se escuchaba otro sonido que el ruido de sus botas chocando contra las baldosas rojas de esa gigantesca celda. No hubo palabras, solo miradas inquisidoras que algunos prisioneros alcanzaron a divisar entre sus vendas. Barreiro y Acosta caminaban detrás de los generales sin abrir la boca. El recorrido terminó en silencio, cuando uno de los generales y el coronel tras-

pasaron las rejas de la guardia y se dirigieron hacia el sector de oficinas de la entrada. En una de ellas esperaban Liliana Callizo, Horacio Dotori y los otros dos, que ya llevaban un buen tiempo en La Perla. Cuando el coronel Raúl Fierro abrió la puerta, los cuatro prisioneros se quedaron helados: con gorra ancha color verde oliva y visera marrón, chaqueta del mismo tono, breeche de montar beige, botas negras y altas bien lustrosas, y una fusta en la mano derecha, el general Luciano Benjamín Menéndez descendía de la cima del poder militar hasta el mismísimo infierno para conocer a un grupo de prisioneros y hablar con ellos.

—Señores, el general Luciano Benjamín Menéndez quiere hacerles algunas preguntas —fue la corta y solemne presentación del coronel Raúl Fierro. Cuando el comandante del III Cuerpo de Ejército entró a la oficina se le transformó la cara. Pegado en la pared, arriba de la puerta de ingreso, un afiche elaborado por los prisioneros despertó su ira y desnudó su visión sobre la represión que dirigía personalmente:

—¡Pero qué significa ese cartel, con esas letras rojas y grandes!

—General, es el organigrama del PRT/ERP, contestó uno de los prisioneros, a modo de explicación. —Ninguno de los ahí presentes entendía el enojo del "Cachorro".

—¡Por qué el tamaño de las letras y el color rojo, eso es apología del delito, no se dan cuenta! —gritó Menéndez, que no le hablaba a los hacedores del organigrama de la organización marxista sino a sus carceleros, que tampoco entendían nada. Ninguno había reparado en el detalle que enfureció al mandamás del III Cuerpo:

—¡Saquen eso de ahí ahora mismo, no quiero que lo vean otros prisioneros!

Una vez superado el incidente, Menéndez se dispuso a "conversar" unos minutos con los prisioneros. Les preguntó sus nombres y el lugar que ocupaban en sus respectivas organizaciones. Quería conocer al detalle el desarrollo de la lucha antisubversiva que comandaba con fiereza desde hacía un año y medio. Los resultados estaban a la vista. Su crueldad también.

Capítulo 2
Pura sangre

"Soy un continuador y representante del abuelo que formó parte del ejército argentino en defensa de los intereses de la Nación y mentor de la cláusula para que no se permitiera el ingreso de raza negra a la tierra argentina. Por la persuasión o por la fuerza".

En 1977, ante algunos prisioneros "viejos" del campo de concentración La Perla, el general Menéndez solía ufanarse de su estirpe castrense y descendencia española. Nada lo hacía sentir más orgulloso que llevar en sus venas la sangre guerrera de su padre y de su abuelo. Los dos habían sido combatientes del exterminio indígena a fines del siglo XIX y principios del XX. Los dos, soldados de ese ejército que "ensanchó" las fronteras de la patria aniquilando a las tribus de la Patagonia y el Gran Chaco argentino entre 1880 y 1920, y fusilando a los obreros "comunistas y prochilenos" en Santa Cruz en 1921 y 1922.

No era común que se detuviera a discutir de política con sus prisioneros. Sin embargo, en el marco del proceso de "recuperación" ideológica que los militares diseñaron para absorver a los militantes y sumarlos a su aparato, varias veces en 1977 secuestrados y secuestradores se trenzaron en debates sobre la historia nacional. Sobre todo con Manzanelli y Barreiro, los únicos en ese lugar que, según los sobrevivientes, tenían formación política para hacerlo.

Originarios de Asturias, los Menéndez dejaron España para radicarse en la todavía pequeña aldea del Río de la Plata a mediados del siglo XIX. "No somos una familia tradicional de la Argentina, como eran los Álzaga, Alvear, Anchorena o Zavalía, que tenían siglos en el país. La familia de mi madre, Villariño, es mucho más tradicional que la de mi papá. Mi abuelo Villariño era capitán de marina, fundador del Liceo Naval, y llegó a ser general de Caballería", cuenta orgulloso Mario Benjamín Menéndez, pri-

mo hermano de Luciano por parte de padre, y militar como éste por influencia familiar.

En un departamento clasemediero del barrio de Belgrano, Mario Benjamín invita a sentarse en el living que mira a la calle Arcos. El ambiente es previsible: fotos familiares, de su vida militar, algún diploma colgado en la pared. De esa escenografía castrense, hay una imagen que es toda una definición política: un Videla de pelo negro engominado y smoking del mismo color, sonríe para los flashes de una velada que se presume importante. "Es en el casamiento de mi hija", explica el entrevistado. Y, sin perder tiempo, porque al mediodía el dueño de casa tiene que salir, empezamos a bucear en la larga historia de los Menéndez en el ejército:

—Mi abuelo paterno fue teniente coronel de las *Guardias Nacionales*, una fuerza que precedió a la Gendarmería. Tuvo que retirarse por enfermedad y murió a los treinta y siete años, dejando cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Uno de los varones es mi papá, que fue médico, y el otro el papá de Luciano, que entró al Colegio Militar, llegó a teniente coronel y pidió el retiro después de la revolución de 1930. Todo lo que sabemos de mi abuelo nos lo contaron nuestros padres, porque él ya había muerto cuando nosotros nacimos, relata con nostalgia el general que firmó, en 1982, la rendición argentina en Malvinas.

Aunque estaba claro que la profesión que abrazaría Luciano Benjamín tuvo mucho que ver con sus ancestros directos, su pasión por la milicia se nutrió de varias ramas de un gran árbol militar:

—En un tiempo estaba el ejército de línea y un segundo ejército que se llamaba *Vigilantes de Fronteras*. Nicolás Menéndez fue un tío abuelo nuestro, oficial de ese ejército.

El dato, además de revelar el linaje castrense de ambos Benjamines, permite entender algunas actitudes de quien sería uno de los jefes más temidos de la dictadura militar. Según Mario, tres años menor que Luciano, el nacionalismo patriotero que llevó a su primo al borde de una guerra con Chile en la navidad del 78 tiene raíces muy profundas, que nacieron un siglo antes: "Viene del padre y del tío abuelo Nicolás, que trabajó mucho tiempo en el tema Chile. Este Nicolás era famoso en el Ejército porque para

verificar pasos de chilenos hacia nuestro país se hacía pasar por arriero en la Cordillera de los Andes hasta que se enfermó".

Con la misma intensidad que el padre de Luciano solía vomitar pestes sobre los chilenos, en las sobremesas domingueras, los hijos del teniente coronel José María Menéndez empezaron a oír historias de otros enemigos. Mucho más diabólicos y peligrosos que los vecinos. De esos enemigos el pequeño Luciano no se olvidará jamás. Con tan solo ocho o nueve años de edad, el futuro comandante ya sabía a quién tendría que matar cuando también él fuera un oficial del Ejército Argentino.

Marzo de 1986, ciudad de Buenos Aires

"Acá, tal vez, sería interesante hacer un pequeño repaso de la guerra revolucionaria en la Argentina. Yo, aprovechando mis largos ratos disponibles lo he preparado. Si usted me permite, mi general, creo que podría responder mejor a la pregunta del general Chasseing si hiciera un resumen de la guerra revolucionaria en la Argentina. Nos va a tomar un poco de tiempo, no demasiado, pero, creo puede ser interesante", dijo el general de División Luciano Benjamín Menéndez el 11 de marzo de 1986 a sus jueces y defensores del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa), el tribunal castrense que lo indagaba por su accionar represivo como jefe del III Cuerpo de Ejército entre septiembre de 1975 y el mismo mes de 1979.

Chasseing, que hacía de defensor, le había preguntado qué interpretación había hecho él como comandante de la presencia en abril del '75 de la presidenta Isabel Perón vestida de combate en Tucumán. La pregunta de quién había sido gobernador de Córdoba en los tres años de esplendor menendista no era ingenua. Buscaba relacionar al gobierno peronista con la lucha antisubversiva. Fue entonces cuando Menéndez, muy pedagógico, pasó a explicar el origen histórico de los "enemigos marxistas" que él había combatido, y que tanto tenían que ver con el Ejército y su historia familiar: "El interés soviético en América Latina viene de antiguo y, en la Argentina en particular, de 1919, cuando se produce la famosa semana de enero, que es el levantamiento de obreros en Buenos Aires y Rosario. Hay una gran placa de bronce en el Regimiento de Granaderos a Caballo en la que dice 'Buenos Aires

a sus salvadores, Enero de 1919'. Cuenta la tradición que la vieja costumbre de los tranvías de dejar subir a un soldado gratis en la plataforma provenía de aquella semana de enero, porque los tranvías eran objeto de los sabotajes de los anarquistas y entonces, para salvarlos, se había dispuesto que un soldado —creo que del Regimiento de Patricios—, subiera con su fusil a proteger el viaje. En agradecimiento de aquella defensa, la Anglo Argentina de aquel entonces, y todas las compañías por imitación, permitieron que un soldado por vez viajara gratis en la plataforma. Curiosa gratitud la del pueblo de entonces comparada con la ingratitud actual".

Sin pausa, hilando los hechos que marcaron su ideología, el general continuó su relato ante el único tribunal que él reconoce como legítimo: "En 1920, excitados por los anarquistas y apoyados desde el exterior, se produce el levantamiento de peones en la Patagonia, que provoca una de las campañas más veloces, ágiles y fluidas del Ejército Argentino. Campaña lamentablemente poco conocida por nosotros".

Aunque no hay registros de que el entonces teniente primero de Caballería José María Menéndez haya participado en los sangrientos hechos de la "Semana Trágica", que en enero de 1919 costaron la vida de setecientos obreros, caídos en las calles de Buenos Aires por balas militares y policiales, sí consta, y así lo hace saber el más famoso de sus descendientes, que fue parte de las "magníficas" campañas que el ejército argentino ejecutó en el sur patagónico. En esas "fluidas y veloces" incursiones militares habría de descollar su papá, quien el 4 de noviembre de 1921 zarpó del puerto de Buenos Aires rumbo a Santa Cruz junto a sus compañeros del X Regimiento de Caballería por orden del presidente Hipólito Yrigoyen.

Preocupado porque la rebelión obrera, lejos de disminuir, había aumentado después de la primera campaña enviada por él a Santa Cruz, el caudillo radical convocó nuevamente al teniente coronel Héctor Varela para acallarla. Como el "acuerdo" que éste había logrado firmar entre ambas partes el 16 de febrero de 1921 no había sido cumplido en ninguno de sus puntos por parte de los estancieros patagónicos, los obreros estallaron. Liderados por el *"Gallego"* Antonio Soto, secretario general de la anarquista

Sociedad Obrera de Santa Cruz, y el *"Toscano"*, un carrero italiano de 33 años con fuerte ascendencia entre la peonada, los trabajadores decretaron la huelga general el 30 de octubre de ese año, paralizando en forma completa la esquila de ovejas y el comercio en Río Gallegos. No estaban dispuestos a seguir trabajando veintisiete días al mes en jornadas de dieciséis horas, ni arriar ovejas a temperaturas de dieciocho grados bajo cero. Tampoco a dormir apiñados sobre cueros inmundos, sin familia ni dinero. Estaban hartos de que los estancieros no se responsabilizaran por sus accidentes de trabajo, y que les pagaran con vales o cheques a plazo para comprar en los almacenes que también eran propiedad de los patrones.

Después de años de protestas y acuerdos que no nunca eran respetados por los dueños del capital, la peonada se convenció de no regalar más su fuerza de trabajo. La reacción del poder terrateniente no se hizo esperar, y con efectivos de la policía provincial, la gendarmería y los brigadistas de la Liga Patriótica[1], los dueños de las estancias se lanzaron a perseguir a los huelguistas. Al no poder controlar a los "antipatriotas de la bandera roja y negra"[2], los estancieros de la Sociedad Rural de Santa Cruz —ingleses en su gran mayoría—, solicitaron una nueva intervención del ejército argentino para reprimir a los "comunistas y anarquistas revoltosos". (Larraquy, 2009) Cansados de las mentiras, liderados por el "Toscano", no así por Soto, que se oponía a estas medidas, algunos grupos de obreros radicalizaron sus protestas asaltando y saqueando las estancias más importantes, tomando rehenes, robando armas y caballos a la policía y a los mismos estancieros. Sin más que perder que una vida miserable, los trabajadores se prepararon para resistir una segura represión.

En este clima de violencia generalizada, Varela regresó a las heladas estepas patagónicas a mediados de noviembre. Junto a él

1 La Liga Patriótica Argentina fue un grupo de ultraderecha creado a partir de las huelgas obreras de fines de 1918 y principio de 1919. Incluía tanto organizaciones paramilitares como círculos sociales formales y reconocidas personalidades de la oligarquía, que actuaban como grupos de choque, hostigando mediante el matonaje y acciones criminales a residentes extranjeros, organizaciones sindicales y grupos de trabajadores en huelga.

2 La bandera negra y roja era el símbolo del sindicalismo anarquista a nivel mundial, no representaba a ningún país en particular.

desembarcaron los capitanes Elbio Anaya y Viñas Ibarra, sus dos ejecutores de confianza, y también el teniente primero José María Menéndez, que venía como uno de sus ayudantes. Apenas pisaron tierra firme, los estancieros, quejosos de la "actitud condescendiente" que Varela había tenido el año anterior con los obreros, exigieron esta vez una dura respuesta del jefe militar, que pusiera en caja a los huelguistas: "El buen ciudadano no debe tolerar que el mal extranjero venga a nuestra tierra a promover la discordia entre los argentinos. Produce la discordia quien dice que se puede ser propietario sin ahorrar, que se puede formar familia fuera del matrimonio, que se puede vivir en sociedad sin respeto a la autoridad y que se puede amar a la patria sin defenderla por medio del ejército". (Larraquy, 2009: 154)

Decidido a aniquilar la rebelión obrera sin titubeos ni contemplaciones, el teniente coronel y sus hombres empezaron a recorrer las estancias tomadas, donde constataron una parálisis absoluta de la actividad productiva. Seguro de que sus palabras serían escuchadas por los huelguistas que había conocido en su primera misión, el enviado de Yrigoyen les ofreció un pacto: a los peones que entregaran los rehenes, las armas y los caballos, se les garantizaría su vida y la de su familia, y él en persona intercedería ante los patrones por sus reclamos. El plazo para responder era mínimo: veinticuatro horas. Como la mayoría creía en Varela, Soto les advirtió: "os fusilarán a todos, nadie va quedar con vida; huyamos, compañeros, sigamos la huelga indefinidamente hasta que triunfemos. No confíen en los militares, es la traílla más miserable, más traidora y cobarde que habita en la tierra" (Larraquy, 2009: 153). No se equivocaba: entre noviembre de 1921 y enero de 1922, sin la declaración del estado de sitio en Santa Cruz por parte de Yrigoyen, el X Regimiento de Caballería fusiló a mil quinientos obreros. Tan solo en la estancia *La Anita*, de la poderosísima familia Menéndez Behety[3], el ejército ultimó a seiscientos peones que habían aceptado las condiciones del jefe militar, quien era asistido por el teniente primero Menéndez. Para fraguar un comba-

3 Tenían un total de 68 establecimientos, y eran dueños de 1.565.850 hectáreas. Aunque ninguna otra familia tenía esa superficie, la concentración de la tierra en Santa Cruz era altísima: la mayoría de los estancieros poseía 20 mil hectáreas, y algunos hasta 100 mil.

te que nunca existió, algunos de esos cuerpos fueron quemados, otros estaqueados a la intemperie para amedrentar a los demás huelguistas, y la mayoría enterrados en fosas comunes, cavadas por los mismos trabajadores minutos antes de ser rematados de un balazo.

Varios años después de estos hechos, en los que mil quinientos obreros rurales fueron fusilados, quemados o estaqueados por el X Regimiento de Caballería, por reclamar que les mejoraran sus miserables condiciones de vida, y que el ejército y el radicalismo se encargaron de sepultar hasta que Osvaldo Bayer los rescató del olvido en la monumental *Patagonia Rebelde*[4], el retirado teniente coronel José María Menéndez, el mismo que había recorrido en tren toda la provincia para fusilar a los "anarquistas pro chilenos", le contaría a sus hijos Luciano Benjamín y José María que allá, en el territorio más austral de la tierra, donde el viento helado sopla a dieciocho grados bajo cero, su papá había defendido con honor el pedazo de tierra que "oscuros intereses extranjeros querían arrebatarle a la patria argentina".

En las comentadas sobremesas que Mario Benjamín recuerda de su infancia en la casa de su primo Luciano, su tío nunca les contó que como ayudante del teniente coronel Varela, los "gloriosos" combates contra fuerzas sediciosas "apoyadas desde el exterior por bolcheviques rusos y chilenos"[5], en realidad fueron masivas ejecuciones sumarias contra hombres indefensos que creyeron en la palabra de un oficial argentino. El mismo que al despedirse de aquellas lejanas tierras para regresar a Buenos Aires y ser honrado por quien nunca lo haría[6], fue pomposa y alegremente despedido por estancieros que comerciaban en libras esterli-

4 Son cuatro tomos que Bayer escribió entre 1972 1974, y que Héctor Olivera llevó al cine en ese mismo año. Por ese filme Bayer se tuvo que exiliar en Alemania en 1975, luego de que la Triple A lo amenazara de muerte.

5 Declaración de Menéndez ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa) el 11 de marzo de 1986.

6 Después de plantársele durante horas en la puerta de su despacho, el presidente Yrigoyen recibió a Varela y le prometió un respaldo público que nunca se concretó. El silencio del caudillo radical fue el mecanismo elegido para eludir su responsabilidad en los fusilamientos. Sin haber sido ascendido en su cargo, Varela fue asesinado el 23 de enero de 1922 por el militante anarquista de origen alemán, Kurt Wilckens, quien le hizo estallar una bomba en su cuerpo, y después lo remató de un disparo.

nas y que agradecieron en inglés la patriada del valiente teniente coronel, verdugo de peones y de obreros que peleaban por su dignidad.

"A los militares nos pasa siempre lo mismo, somos los malos de la película, pero al coronel Varela, el gobierno y la prensa lo habían crucificado cuando después del primer viaje no trajo a ningún preso en el barco", dice enojado Mario Benjamín a modo de reflexión de lo vivido por su tío en el sur patagónico, que tantas veces escuchó en las reuniones familiares: "él presenció todo, las órdenes que impartió Varela y la forma en que se tuvieron que mover. También, a donde fueron los líderes anarquistas, que se rajaron todos, solo quedó uno que creo era santafesino y después murió. Los otros se fueron a Chile".

Aunque es verdad que Yrigoyen instruyó a Varela, que era radical y oficial de su confianza[7], para que cumpliera con su deber después de analizar bien la situación en Santa Cruz, (Larraquy, 2009) no es menos cierto que éste decidió por su cuenta, sin órdenes escritas del líder radical, fusilar a mansalva a hombres que aceptaron desarmados su propuesta de negociación para satisfacer los intereses de la corona británica. Masacre de la cual, como bien apunta el primo Mario Benjamín, lograron salvarse solo unos pocos dirigentes obreros que no confiaron en Varela. Como Soto y el *"Toscano"*, que huyeron a Chile atravesando estancias donde sus dueños, al igual que sus pares ingleses-santacruceños, los perseguían por "anarquistas", y también le habían puesto precio a sus cabezas.

Otro Benjamín y van...

Cinco años después de la represión patagónica, el teniente coronel Menéndez y su mujer, Carolina Sánchez Mendoza, fueron padres por segunda vez. Al pequeño José María, que había nacido un año antes, ahora se sumaba Luciano Benjamín, dado a luz el 19 de junio de 1927 en San Martín, al norte de la provincia de Buenos Aires. "Benjamín es un nombre de familia y muy rela-

7 Varela participó activamente en la fallida revolución de 1905 que Yrigoyen comandó sin suerte contra el gobierno de Luis Saénz Peña.

cionado a las Fuerzas Armadas, yo he tendido un montón de primos Benjamines. Además, mi madre, que es prima de la mamá de Menéndez, se casó con un Benjamín, mi papá, que no tienen nada que ver la familia de Menéndez", cuenta el coronel Augusto Benjamín Rattenbach, primo segundo del tocayo recién nacido, e hijo de un prestigioso general del ejército que sería jefe de Luciano en 1962. "Una de las hermanas de la mamá de Menéndez se casó con un oficial de la aeronáutica de apellido Pérez Aquino, quien tuvo dos hijos que luego fueron militares y que también se llamaron Benjamín", agrega Rattenbach para confirmar la tradición que une al nombre con la profesión. "En un momento había como veinticinco miembros de la familia en las Fuerzas Armadas, algunos en la marina, otros en la fuerza aérea y otros en el ejército. Entre todos ellos estaban los Menéndez, varios de los cuales se llamaron Benjamín".

Como apunta el coronel, no solo a través de la sangre el flamante Benjamín se vincularía al ejército. San Martín, el pueblo donde había nacido en el casi invierno del 27, tenía también un pasado castrense: luego de veintidós años de funcionar en la casa Caseros del barrio de Palermo, en la Capital Federal, el gobierno del presidente Carlos Pellegrini trasladó el Colegio Militar a un edificio de esta localidad bonaerense. La institución que Sarmiento había creado en julio de 1870, después de la guerra contra el Paraguay, con el objetivo de "formar a los futuros oficiales que conducirán el ejército" se instaló en un viejo colegio de artes y oficios que el ejército reacondicionó en San Martín[8].

Instalados en una hermosa casona ubicada sobre una de las calles principales del pueblo, los hermanitos Menéndez correteaban por el inmenso patio que tenían para jugar. Lleno de árboles frutales y caballos donde papá José María les enseñaba a montar, los varones fueron mamando desde temprano la profesión de su

8 Cuando sus aulas no pudieron contener la altísima demanda de aspirantes a cadetes a principios de siglo, el gobierno de Roca puso en 1904 la piedra basal del actual edificio, que recién se empezaría a construir en 1921 bajo el gobierno de Yrigoyen, y que se inauguraría dieciséis años después, el 23 de diciembre de 1937, durante la presidencia del general Agustín P. Justo. Esta tradición militar en la zona llevó al presidente Marcelino Ortiz a fundar el 3 de abril de 1939 el primer liceo del país. Escuela que lleva el nombre del libertador de la patria, y del pueblo natal de Luciano Benjamín.

padre, que disfrutaba su retiro en el marco de un país políticamente sin sobresaltos, ni conflictos obreros a la vista. La recuperación de la economía luego del crack del 29 y la represión sufrida por las organizaciones sindicales durante el primer gobierno de Yrigoyen, le habían dejado al presidente Agustín P. Justo un camino libre de espinas.

La hora de "la cruz y la espada"

Faltaban dos meses para que Luciano Benjamín cumpliera su primer año de vida cuando Hipólito Yrigoyen fue elegido presidente por segunda vez, en abril de 1928. Aunque dividido entre "yrigoyenistas" y "antipersonalistas"[9], a fines de los años 20 el radicalismo se había consolidado como el partido de masas en la argentina agrícola-ganadera. Los conservadores, de buena relación con Alvear y acérrimos enemigos de Yrigoyen, no lograban recuperar el poder político después de que la Ley Sáenz Peña[10] abriera el cerrado sistema controlado hasta 1916 por la oligarquía terrateniente, y permitiera el ingreso de las clases medias al aparato del Estado.

Sin embargo, al natural desgaste que el sobrino de Alem mostraba a los 78 años, se sumó el brutal impacto que el crack de 1929 tuvo en la economía mundial y, por consecuencia, en un país periférico como la Argentina. Lo que pasaría a la historia como "la gran depresión" afectó considerablemente el margen de acción política de Yrigoyen y debilitó la dependiente estructura económica nacional, basada en la exportación de productos primarios que se derrumbaron por la crisis. Acusado por los conservadores, los radicales antipersonalistas y la iglesia católica de "corrupto", "inmoral" y "demagógico populista", el ejército al mando del general José Félix Uriburu lo derrocó el 6 de septiembre de 1930.

9 Integraban el sector más conservador de la UCR, que se oponía al liderazgo arrollador de Yrigoyen y a su estilo personal de gobernar.

10 En 1912, por iniciativa del presidente Roque Sáenz Peña, el Congreso Nacional sancionó la Ley que impuso el voto universal, secreto y obligatorio, permitiendo que amplios sectores de la población pudieran elegir a sus autoridades, derecho que solo estaba consagrado a las elites conservadoras que gobernaban el país desde 1862.

Alejados del gobierno cuando el voto pasó a ser universal, secreto y obligatorio, los sectores más concentrados y poderosos recurrieron a la fuerza de las armas para recuperar el control político del país y consumar el primer golpe de Estado de la historia argentina del siglo XX. El poder de "la cruz y la espada", como tan bien lo sintetizó la pluma de uno de sus inspiradores intelectuales, el poeta Leopoldo Lugones, ferviente defensor del orden militar y cristiano, se cristalizó en la figura de quien sería el emblema del nacionalismo católico dentro de las Fuerzas Armadas. La imagen de los cadetes del Colegio Militar marchando con Uriburu hacia Casa Rosada para "echar al tirano senil", inauguraría la galería de fotos que los argentinos veríamos en los próximos cincuenta años, y en la cual el protagonista de este libro tendría un lugar destacado.

Vas a ser un Caballero

—Vamos, tocamos la punta de los pies y subimos. ¡Así, muy bien!, ahora del otro lado, derecha, izquierda, para un lado y el otro, sin detenerse niños, vamos.

El teniente coronel José María Menéndez disfrutaba como nada en el mundo ese momento con sus hijos. Al fondo del inmenso patio de la casa que tenían en la localidad de San Martín, el oficial de Caballería que había pedido el retiro del ejército luego del golpe contra Yrigoyen, pasaba horas y horas enseñándoles a los pequeños José María, de diez años, y Luciano Benjamín, de nueve, el difícil arte de dominar el caballo.

—Ahora nos acostamos sobre el lomo, contamos cinco segundos y nos enderezamos, así una y otra vez hasta mantener el equilibrio ¡Eso Luciano, muy bien, muy bien!

El rostro iluminado y feliz del padre se contagiaba en los dos varones, que sonreían cuando lograban completar los exigentes ejercicios. Sabían que no era fácil colmar las expectativas de un veterano soldado de Caballería, y por eso se esforzaban al máximo.

—Un buen jinete es aquel que logra dominar totalmente su caballo, es la única manera de que el animal entienda quién es el que manda. Nunca se olviden de ello —repetía orgulloso el te-

niente coronel a sus dos únicos herederos, que en lugar de salir a jugar con los chicos del barrio a las bolitas o al fútbol, se pasaban horas y horas trepados a un caballo en el picadero del fondo de la casa.

—Practiquen un rato más y después llevan los animales a la caballeriza, para darles de comer. La relación con el caballo debe ser total, como si fueran la misma cosa.

"¡Sí señor!", contestaban al unísono y muy seguros los hermanitos Menéndez.

Agustín Rattenbach era un asiduo visitante de esa casa, porque ir a visitar a sus primos era como ir al campo. Y si hay algo que no se olvida de esos años es la imagen de Luciano y José María subidos a un caballo: "Ellos tenían un patio muy grande, y en la parte trasera de la casa había como una pista de equitación. Un gran espacio con arena donde mi tío les enseñaba a cabalgar y a saltar. Supongo que de ahí viene la relación entre Menéndez y los caballos, y la razón de que tanto él como su hermano José María eligieran el arma de Caballería cuando ingresaron al Colegio Militar años después. Como su padre, también iban a ser 'caballeros' del Ejército Argentino". El recuerdo es nítido e imborrable, permanece fresquito en la memoria del coronel. "Como nuestras madres eran primas, yo de chico iba seguido a esa casa de San Martín, que era como una casa-quinta, llena de árboles. Estamos hablando de la década del 30, cuando San Martín era un pueblo, no la urbe que es hoy".

A pesar de la distancia que los separa desde hace cuarenta años, cuando a fines de los 60 dejaron de hablarse por profundas diferencias políticas, Rattenbach cuenta que los Menéndez eran famosos en San Martín por esto de los caballos: "Sí, sí, eran muy conocidos porque además de haber nacido ahí y de ir a la escuela del pueblo, tenían los animales adentro de su casa, y todo el mundo sabía eso".

Mario Benjamín era otro de los primos que solía visitar seguido esa casona del noroeste bonaerense, y tampoco se olvida de la foto de Luciano trepado al caballo: "El y José María tenían un lugar donde andaban a caballo. De un lado tenían gallinas y del otro un espacio cercado donde mi tío tenía los dos caballos. Como había sido bueno en equitación, él empezó a enseñarles de

chiquitos a sus hijos a andar a caballo por el jardín. Recuerdo que pasaban con los animales al paso y al trote por los caminitos que separaban los canteros, porque no es que todo era verde, se usaban los jardines de estilo francés, con algunos árboles y caminos de granja, de piedra colorada.

—¡Ñato, José, a comer! —gritaba la mamá, que solo así podía hacer que sus hijos se bajasen del caballo.

—¿Ñato le decían?

—Sí, Ñato, ese era el apodo desde chico y para mí Luciano sigue siendo Ñato.

Como Rattenbach, Mario Benjamín recuerda las clases que su tío les daba a sus dos varones: "Ellos ensillaban los caballos y el papá los corregía. 'Cabeza abajo, más sueltos', les decía. Después, en el Colegio Militar, el cadete que andaba blandito era el que sabía cabalgar bien, y el que se ponía duro, no. Todas esas cosas las recuerdo porque las compartía con mis primos en las vacaciones. Además, como el Colegio Militar funcionó ahí hasta el año 39, hasta que se trasladó a El Palomar, en San Martín se radicaron infinidad de familias militares. Yo conozco una decena: Villariño, Menéndez, Iturralde, Lucero, Vaca, Menini, que eran muy importantes, los Vallejo. Me acuerdo de que mi abuelo me contaba historias militares, la campaña del desierto..., porque mi tío Lucero era director del Colegio Militar y me había regalado capa y gorra de cadete. Somos toda una familia militar".

Mientras Luciano Benjamín aprendía a dominar los caballos en el picadero familiar, el general Agustín Pedro Justo gobernaba la Argentina en beneficio de la oligarquía terrateniente y agroexportadora, de la cual el ejército era su principal custodio. Luego de dos años de feroz represión por parte de Uriburu, Justo había llegado al poder en las elecciones fraudulentas del 8 de noviembre de 1931[11], cuando Menéndez tenía cuatro años.

11 Uriburu anuló los comicios de abril de 1931 que eligió gobernador de Buenos Aires porque los ganadores habían sido los radicales yrigoyenistas que ellos habían derrocado meses antes. Cuando en noviembre intentaron participar de la contienda nacional, la dictadura impidió la presentación de la fórmula que llevaba para presidente a Marcelo T. de Alvear y de vice al salteño Adolfo Güemes.

A diferencia del nacionalismo católico y cerrado de quien había liderado el golpe del 6 de septiembre, Justo, ex ministro de Guerra de Alvear, representaba una versión moderada y más liberal del ejército, que caía mejor a los intereses del capital inglés, principal acreedor de las finanzas argentinas.

Barridos de la escena política Yrigoyen y sus herederos, el poder era manejado por la alianza integrada por las Fuerzas Armadas, el Partido Demócrata Nacional y la UCR antipersonalista, siendo el radicalismo yrigoyenista la principal fuerza opositora al régimen militar-conservador que gobernaba a través del "fraude patriótico"[12].

El "chupete"

En marzo del 43, cuando el golpe de Estado contra el presidente Castillo ya había sido puesto en marcha por un puñado de coroneles nacionalistas, el adolescente Luciano Benjamín cumplió el primer sueño de su vida: entrar al Colegio Militar de la Nación. La "sagrada" profesión de las armas era considerada de gran prestigio a principios de los 40. Los cadetes se cotizaban entre las muchachas de las familias ricas, y desde principios de siglo el ejército formaba a sus oficiales para ser presidentes del país. "En ese tiempo había mucha gente que quería ser militar. Era muy honroso andar con el uniforme por la calle, incluso con las chicas. Nada que ver con la situación de hoy, en que los cadetes sienten vergüenza de vestir el uniforme por culpa de aquellos que han avergonzado la profesión militar", dice con profunda tristeza el general Juan Jaime Cesio en su departamento de Retiro, a donde en diciembre del 2007 se dispone a hablar del cadete que como él, formó parte de la promoción 74 del Ejército, "la que más hombres aportó al Proceso de Videla, Menéndez y compañía".

12 Mecanismo electoral utilizado por el régimen conservador para evitar que el radicalismo yrigoyenista, que representaba a la mayoría del pueblo, llegara al poder. La oligarquía en el poder lo denominó patriótico, porque, según sus ejecutores, se hacía para salvar a la patria del gobierno de la "chusma". Como en las épocas previas a la Ley Sáenz Peña, volvieron a votar los muertos, se quemaron urnas y se colocaron matones en las mesas de votación. El método funcionó hasta el golpe de 1943, cuando el ejército derrocó a Castillo.

Con quince años de edad, a poco de cumplir los dieciséis, el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez rindió el exigente examen académico y psicofísico y traspasó el imponente arco de la institución de El Palomar para convertirse en lo que habían sido sus ancestros: un soldado más del "glorioso e invicto Ejército Argentino"[13].

"Menéndez entró al Colegio Militar al primer año en la primera compañía de Infantería. Por entonces la norma era que el primer año de cadete se hiciera en Infantería, porque es el arma formadora. Yo para entonces ya era cadete de segundo año, y cuando él pasa a segundo, tiene la oportunidad de elegir arma y se va al escuadrón de Caballería", cuenta Videla en el living de su departamento. Según el futuro jefe de la dictadura, el cadete Menéndez pudo pasarse a Caballería por dos motivos: "Los treinta primeros en el orden de mérito tenían la posibilidad de elegir el arma y los hijos de militares también. Menéndez se destacó por su orden de mérito, por su capacidad y porque era hijo de militar, con varios parientes en el ejército. No cabía duda de que iba a elegir lo que eligió, era un hombre de Caballería hecho y derecho". Aunque la formación que recibió desde muy pequeño abonan la explicación de Videla, las "capacidades" del prominente caballero no se vieron reflejadas en el boletín de calificaciones de los primeros seis meses del Colegio Militar: con un promedio general de 6,82, y notas bajísimas en *Aritmética y Álgebra, Literatura, Química, Condiciones Militares* e *Instrucción*, el cadete Menéndez obtuvo el orden de mérito 196 entre 231 alumnos. Un puesto bajísimo para las expectativas de papá José María, que esperaba un desempeño brillante del "Benjamín" familiar. A pesar de este flojo ejercicio académico, el superior que lo calificó en julio del 43 y que certificó su pase al segundo año, intuyó que ese joven de piel morena, cara de niño y metro setenta y uno de estatura, tenía pasta para la milicia: "Educado y de destacadas condiciones militares naturales que no ha sabido aprovechar. Algo distraído, no se destacó en instrucción, teniendo condiciones para ello. Un largo parte de enfermo

13 Declaraciones de Menéndez ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa) del 11 de marzo de 1986.

le ha perjudicado. Si se empeña tiene condiciones para sobresalir. De procedimientos nobles"[14].

Como sostiene el oficial que firma el legajo del futuro comandante, es probable que los casi cuarenta días que Menéndez estuvo postrado en la enfermería y en la cuadra por una neumonía letal, influyeran en la obtención de esos resultados. Pero también, que su deseo de convertirse en oficial de Caballería sin tener que pasar por Infantería, pudieran haber desanimado a quien se perfilaba como un jefe corajudo del arma montada. "Al finalizar el primer año los cadetes que no quisieran continuar su carrera en la Infantería, rendían un examen y los diez primeros podían elegir arma. Los hijos de oficiales de Caballería que quisieran seguir el mismo destino que sus padres, no tenían la obligación de rendir ese examen, que no era solo teórico-académico, sino también práctico. Había que demostrar conocimientos con el caballo. Los instructores valoraban si el cadete tenía actitud y aptitud especial para ser jinete", aclara el coronel José Luis García, que se graduó dos años después que Menéndez en la selectiva arma de Caballería. "De doscientos aspirantes a ingresar, solo veintiocho podían hacerlo. De ese cupo, tenían preferencia los que eran hijos de oficiales de Caballería", agrega García. La sangre guerrera que llevaba en sus venas pesó más que cualquier nota en la suerte de quien sería bautizado por sus compañeros como el *'Chupete'* Menéndez.

"Su rostro aniñado y lampiño lo hacían parecer más chico de lo que en realidad era. Por eso le decíamos *'Chupete'*. Para todos era el *'Chupete'* Menéndez", confirma el general Fernando Humberto Santiago, que entró al Colegio Militar seis meses después de quien con el tiempo se convertiría en su amigo.

Aunque sus ex compañeros en el Colegio Militar lo nombraran así, el apodo que lo inmortalizará será el de *"Cachorro"*, que el imaginario popular y sus enemigos lo asociarán a su típico gesto fruncido en los años más activos de la represión, o a su carácter temperamental. "Pero lo de *'Cachorro'* era por su pinta de pendejo y porque era el hijo de un militar y el más chico de dos hermanos. Como ambos cursaban el Colegio al mismo tiempo y el hermano

14 Legajo personal de Menéndez en el ejército.

José María era grandote, fisicudo, a Luciano le decían *'Cachorro'* o *'Chupete'*", comenta Rattenbach, destrozando el mito del general identificado por su cara de perro.

Dos meses después del golpe de Estado del 4 de junio contra el presidente Castillo, Luciano Benjamín empezó su segundo año en el Colegio Militar en el arma de Caballería. Con dieciséis años recién cumplidos, el "Chupete" jamás imaginó que esta nueva irrupción del ejército en el gobierno tendría las consecuencias que luego tuvo en su vida.

Con el ambicioso objetivo de acabar con la politiquería y la corrupción generalizada que afectaba a los partidos y al propio ejército, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) había logrado imponer al general Edelmiro Farrell en la presidencia y al coronel Juan Domingo Perón en el doble cargo de vicepresidente y ministro de Guerra. En un contexto internacional absorbido por la Segunda Guerra Mundial, que provocaba adhesiones para un bando y otro en las Fuerzas Armadas argentinas, los nuevos dueños del poder representaban el "nacionalismo popular", una corriente más identificada con el fascismo italiano que con el liberalismo que Estados Unidos y Gran Bretaña promovían en el continente americano para declararle la guerra al "Eje"[15].

Todavía sin inquietudes políticas, como la gran mayoría de los cadetes, el flamante aspirante de Caballería podía sentirse, por herencia familiar, más cercano a los intereses de los Aliados que a los nazifascistas liderados por Perón, el coronel que el 6 de septiembre de 1930 había sido uno de los tantos cadetes que marchó junto a Uriburu para derrocar a Yrigoyen, y que once años atrás había tenido que reprimir, cumpliendo una orden que no le gustó para nada, a los obreros anarquistas durante la "Semana Trágica".

Mirando al resto desde el cielo

A las seis de la mañana en punto, el toque de diana estremecía los tímpanos de miles y miles de cadetes que dormitaban en los inmensos pabellones del Colegio Militar de la Nación. De lu-

15 Integrado por la Alemania Nazi, la Italia de Mussolini y Japón.

nes a sábado, el sonoro ritual se repetía sin piedad y cada uno de los aspirantes a soldado tenía la obligación de cumplirlo si no quería ser castigado con el quite del franco dominguero. Un minuto después, en pijamas, sin tiempo para ejercitar la modorra mañanera, los cadetes salían al pasillo y en posición de firmes, frente a las puertas de sus confortables habitaciones, cantaban *Aurora* ante la atenta mirada de un oficial instructor. Cuando terminaba la canción, los cadetes disponían de otro minuto o dos para asearse, vestirse y llegar al comedor a tomar el desayuno y marchar a clase. Así era la rutina semanal de todos los estudiantes, salvo para Menéndez y sus compañeros de Caballería: "Desde que sonaba la diana y terminábamos de cantar la *Aurora* con el resto de los cadetes, los de Caballería teníamos media hora para levantarnos, y al que lo hacía antes de ese tiempo, lo chotéabamos por boludo", dice García entre risas. "Éramos como reyes, mientras los otros salían disparando hacia el comedor, nosotros nos duchábamos, nos afeitábamos y nos vestíamos tranquilos. Recién ahí íbamos a tomar el desayuno. Los de Caballería nos sentábamos en la cabecera de la mesa, junto a los cadetes más antiguos. No me pregunte por qué ni desde cuando esto era así, lo único que le puedo decir es que eran costumbres que lo único que creaban eran resentimiento entre los demás cadetes".

Ese aire de superioridad, que todavía exhibe el protagonista de este libro, tiene explicaciones familiares, pero sobre todo institucionales. En el primer escalón de su formación castrense, el ejército alentaba esa diferencia con prerrogativas que moldearían su espíritu militar. "Los cadetes de Caballería se sentían distintos, superiores. Es algo que viene de la historia, porque en las tropas montoneras los caudillos montaban sus pequeños ejércitos buscando gente de a caballo. La Infantería no servía, porque iba siempre atrás, entonces los caudillos necesitaban gente ágil para poder meter el dedo donde más dolía. El ejército heredó eso y los de Caballería pasaron a ser la elite, los más argentinos de todos, y nos lo hacían sentir a los otros cadetes. Ellos estaban arriba. Esto pasó en todos los ejércitos del mundo, porque el hombre a caballo es un hombre casi místico. En cambio, el que va caminando, pisando el pasto, está a la altura del terreno", dice en tono burlón el coronel Rattenbach, de arma de Artillería. García, "caballero" igual que

Menéndez, reconoce que los cadetes de su arma se creían diferentes y se lo hacían sentir al resto: "El hecho de ser jinetes y pertenecer a un arma que hizo la independencia del país y de América del Sur, te hacía sentir superior. Son cosas que vienen de épocas remotas, pero en el Ejército Argentino nacen con San Martín, quien, a pesar de haberse formado como oficial de Infantería en España, viene al Río de la Plata y funda el *Regimiento de Granaderos a Caballo*. A partir de ahí es que la Caballería se convierte en la fuerza decisiva en las guerras de la independencia, el arma que definiría todas las batallas libertadoras. Caballería". Según el coronel, la mirada altiva y sobradora de los de Caballería era una condición que se mantenía en los grados subalternos hasta capitán o mayor, cuando los oficiales que aspiraban a ascender en la estructura castrense ingresaban a la Escuela de Guerra, en la que todo se emparejaba. "Menéndez era el típico oficial de Caballería. Andaba siempre con un libro del Martín Fierro, un mate o un facón para demostrar que era más nacionalista que todos. Un nacionalismo telúrico, que lo distinguía no como prueba de coacción, sino que él lo sentía así".

Para Cesio, del arma de Comunicaciones, el sentimiento de superioridad viene desde muy lejos: "La Caballería no era elite, pero aun hoy, reemplazados los caballos por los tanques, el caballero se siente superior. Tiene su tradición histórica, viene desde Roma, de la edad media, porque el tipo de plata y linaje andaba a caballo, y los otros a pie. Por eso los cadetes sentían una especie de superioridad, que algunos la demostraban y otros no. Menéndez estaba entre los primeros, pero creo que más por herencia familiar que otra cosa. El, como todos los otros compañeros que después en los '70 se convirtieron en asesinos de su pueblo, de jóvenes eran buenos muchachos, comunes como casi todos. El único que siempre fue un hijo de puta fue Bussi. Muy eficiente, pero vengativo y traicionero, desde cadete".

El general Santiago, que venia del Liceo y al pasar a segundo año eligió Artillería, también se acuerda de aquellos "privilegios" que los cadetes de Caballería tenían a diferencia del resto: "Tuvieron un grupo coroneles y generales distinguidos, es decir, gente inteligente, y tuvieron buenos oficiales. Entonces ellos se consideraban un poco superiores, diferentes. El hecho de domi-

nar un animal, hacer que el animal le responda, hace que usted se sienta personalmente superior en el sentido de que domina un animal a su voluntad. Si es bueno usted, el caballo hace todo lo que usted diga. Ahora si es regular, el caballo obedece hasta cierto punto. Pero en general, los que yo conocí eran todos instructores, hombres de salto, sabían saltar, sabían manejar bien el caballo, y Menéndez era buen jinete, algo que en aquella época era muy importante, porque el medio de transporte era el caballo".

Aunque en las aulas los cadetes de las diferentes armas se mezclaban para aprender todos juntos las materias teóricas en el horario matutino, al momento de la instrucción, que generalmente era por la tarde, cada uno se especializaba en lo suyo. "La instrucción era muy diferenciada, no te olvides que en los años 40 la Caballería era lo que hoy son las unidades blindadas. Por ende, los cadetes nos preparábamos para hacer la guerra a caballo. Ese simple dominio del animal, nos hacía sentir superiores", reconoce García. Quien es miembro fundador del Centro de Militares para la Democracia Argentina (CEMIDA) no olvida que entre la instrucción que los cadetes del arma recibían estaban las clases de lanceado (1), los ejercicios de destreza iguales a los que papá José María le había enseñado a Luciano y su hermano en el picadero de la casa familiar de San Martín, o los ejercicios a campo traviesa con el caballo. "Había que fomentar un cierto valor en el jinete: el espíritu del guerrero. La caracterización de lo telúrico, del hombre a caballo, era fundamental para lograrlo. Nuestro símbolo era el caballo, y el *'Chupete'* Menéndez representaba a la perfección esa figura gauchesca, siempre con el breeche y las botas de montar, son cosas que te llevan a creerte mejor".

Además de las horas de instrucción militar, en las cuales los cadetes simulaban batallas y practicaban táctica y estrategia, los de Caballería completaban su dominio del caballo con actividades deportivas. "Ellos, además de saltar, jugaban al polo. En la época mía, los cadetes de Caballería y Artillería teníamos la obligación de jugar al polo, era muy común, igual que si ahora no te gustara el fútbol", cuenta Santiago. Sentado en el living de su casa del Cerro de las Rosas, quien sería el número dos de Menéndez en el III Cuerpo en 1977, se transporta cincuenta años para contar curio-

sidades de la formación de soldado de su viejo amigo: "Ellos practicaban lo que se llamaba 'lanceado', dos tipos a todo galope que se tienen que lancear, tocarse con la lanza". Santiago, que nunca se 'lanceó' con Menéndez porque él era artillero dice que eran "tradiciones viejas. No se olvide que el organizador de este tipo de prácticas en el ejército es San Martín, que viene instruido desde cadete en un ejército como el español que en esa época, era uno de los mejores del mundo. Todas esas normas las trae San Martín y las impone, por eso los Granaderos tienen una serie de cosas que uno los ve en ellos y nada más. San Martín las pone como tradición, como normas de conducta. Por eso la Caballería selecciona muy bien a sus oficiales, les pone mucha atención, no cualquiera es oficial de Caballería".

Las lanzas de las que habla Santiago no solo estaban presentes en los momentos de la instrucción. En los desfiles o fechas patrias, era un clásico ver a los cadetes desfilar como soldados de la edad media: "Todos los 25 de mayo los de Caballería iban con sus lanzas", cuenta Cesio, quien ubica a Menéndez como un jinete destacado: "En esa época eso era muy bien visto". Según él, "Además de los torneos hípicos, los cadetes practicábamos mucho atletismo, boxeo y fútbol".

Como reconocen sus camaradas, algunos amigos, otros enemigos, Menéndez era buen jinete, pero nunca se destacó por encima de la media en los torneos hípicos que se hacían en el Colegio Militar. Tampoco después, cuando ya de oficial, en los primeros años participe en otros certámenes de salto. Disfrutó de los caballos hasta que su físico se lo permitió, hasta mediados de los '80, pero ninguno de los que lo frecuentaron a lo largo de su vida se animan a definirlo como un fanático de los equinos: "Yo diría que le gustan, no es un apasionado. Por supuesto es buen jinete, fue instructor de Caballería en el Colegio Militar cuando era teniente. Lógicamente, el caballo era un elemento en aquella época importantísimo", afirma Santiago, que de tanto en tanto, antes de la condena a perpetua, solía visitar a Menéndez en su casa de Bajo Palermo o encontrarse con él en algún evento del ejército en los predios de camino a La Calera, el lugar que los unió en los momentos más destacados de sus respectivas carreras.

Perfil de líder

"De sobresalientes condiciones morales y militares. Se caracteriza por el entusiasmo y empeño con que trabaja. Serio, respetuoso, íntegro en sus procedimientos, es un verdadero soldado. Sus excelentes condiciones naturales a las que une su arrojo y decisión le han permitido destacarse nítidamente. Muy buen jinete, sobresale como tal. Excelente camarada, es un cadete de gran porvenir". La apreciación del capitán Aníbal Bergallo, jefe del escuadrón de Caballería que calificó a Luciano Benjamín en su pase al tercer año del Colegio Militar, es una buena síntesis de lo que empezaría a demostrar el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez. A diferencia del primero, el segundo semestre significó un salto cualitativo en el rendimiento académico y militar del joven Menéndez, que quedó en el orden de mérito 43 entre doscientos veintinueve cadetes. "Sí, Menéndez era buen alumno y buen jinete, un tipo inteligente, de arrojo, era temible, pero ya en esa época tenía ideas casi nazis", asegura Rattenbach, que lo conoce desde su más tierna edad. Cesio y García también lo recuerdan como buen alumno, pero nada pueden decir de sus opiniones políticas en aquellos años de juventud: "en los poquísimos ratos libres que los cadetes teníamos para conversar, los temas eran, básicamente, tres: minas, minas y minas", dice García entre carcajadas. "No nos interesaba la política, nuestra única preocupación era no hacer cagadas para poder salir el sábado al mediodía".

Divididos para dormir en escuadrones de Caballería, baterías de Artillería, compañías de Ingenieros y batallones de Infantería, el momento de la socialización entre los cadetes era el aula, donde aprendían las materias teóricas. Era en ese ámbito, si se quiere el único "civil" de toda la formación, donde los cadetes Menéndez, Cesio, Díaz Bessone, Azpitarte, Galtieri, Chasseing, Riveros y Harguindeguy, que pertenecían a la misma promoción 74 pero a distintas armas, se cruzaban e intercambiaban información académica. Con dieciséis o diecisiete años, ninguno de ellos imaginaba que treinta años después la historia los uniría en un pacto de sangre que jamás contarían.

A principios de los cuarenta, siendo todavía jóvenes inocentes, la aspiración de todos ellos era recibirse de subtenientes y lle-

gar a lo más alto en la estructura del Ejército. Anhelo que solían confesarse cuando se reunían en el único lugar pensado para la socialización y el ocio: el casino de cadetes. En ese gran salón, se mezclaban y se conocían un poco más jugando al billar, aprendiendo bailes criollos, o donde algunos, los más tímidos o retraídos, aprovechaban para leer o conversar con el compañero más afín. Aunque todas esas cosas pasaban en el casino, García se sincera y confiesa que en los ratos libres "la mayoría iba a fumarse un pucho al patio". Después, la rutina era siempre la misma: clases teóricas generalmente por la mañana, instrucción militar por la tarde, algo de deportes, y volver a los pabellones para ducharse y prepararse para cenar. El final de la jornada tampoco variaba: después de la formación de la noche, donde el oficial de semana les hablaba de distintas cosas y repasaba el orden de actividades para el día siguiente, los miles de cadetes se iban a dormir. Así todos los días durante cuatro años, de lunes al sábado por la mañana, cuando tenían la obligación de limpiar el armamento antes de preparar el bolso y planificar el ansiado franco. "En el Ejército hay un dicho muy conocido: 'la verdadera novia del cadete es el fusil'", se ríe socarronamente García. "Cuando salíamos, lo primero que hacíamos era ir a buscar, los que teníamos, a nuestras minas, que no eran tan fáciles como ahora, había que remarla como loco para robar un beso, eh", dice Cesio, que siguió soltero un buen tiempo después de que se graduó en el Colegio Militar.

Aunque las actividades en los días de franco variaban, lo común de la época eran las fiestas en las casas de las muchachas. "Las familias de las chicas hacían fiestas donde poníamos música y bailábamos el foxtrot, los boleros para apretar y alguna que otra música más", recuerda Cesio. "Todo dependía del lugar donde vivieran los cadetes. Era común, también, que en los pueblos se organizaran fiestas en los clubes. Yo, en Capital iba a las del Club Italiano, que estaba en el Bajo Flores. Ahí había fiestas todos los sábados que eran exclusivas para los socios, pero si eras cadete del Colegio Militar te dejaban entrar, con el uniforme claro, los cadetes teníamos prohibido vestirnos de civil".

Además de los bailes, el cine era también una opción de esparcimiento para los que vivían en la capital o en los pueblos donde había alguna que otra sala con proyector. También el Luna

Park. Era plena época de oro del boxeo argentino, ir al Luna a ver pelear a Prada, Pascualito Pérez o el "Mono" Gatica era una atracción muy grande, cuestión de multitudes. Cesio también recuerda que las autoridades del Colegio Militar solían llevar a los cadetes al Teatro Colón a ver espectáculos, "algo que te indica la aspiración de clase que el ejército tenía para con sus futuros miembros".

Sin bien los cadetes tenían libertad para asistir a donde quisieran, ninguno olvida que "había una orden muy estricta de que debíamos vestir el uniforme". Pero como siempre lo prohibido es lo que tienta, Cesio confiesa que "muchas veces salíamos vestidos de civil". Dicha normativa, exageradamente castigada por las autoridades castrenses, involucró alguna vez al cadete Luciano Benjamín. Anécdota que el capitán de Caballería Federico Mittelbach[16] recuerda para pintar de cuerpo entero al recordado "Chupete": "Íbamos en colectivo no sé hacia dónde, y todos los cadetes estábamos de civil menos Menéndez, que iba con su traje azul, la gorra de cadete y la réplica del sable de San Martín colgado en su cintura. Nos miró a todos con cara de asco y con sus cejas fruncidas nos espetó que 'viajar sin el uniforme era una deshonra para el Ejército'".

Subteniente de Caballería

Si los resultados del segundo año habían superado holgadamente los del primero, en tercero las aspiraciones del "Chupete" Menéndez aumentaron tanto como el poder del coronel Perón en la estructura del gobierno militar. Consustanciado plenamente con su destino de caballero, el desempeño académico de Luciano Benjamín redondeó el muy bueno, con un promedio anual de 7,24 en las materias teóricas, destacándose con un sobresaliente en *Aptitudes Militares*, en las que obtuvo calificaciones de diez en *Morales de carácter, Morales de espíritu militar, Aptitudes intelectuales y de instrucción* y *Aptitudes físicas*. Dicha performance le valió un 9,92 en el promedio anual de sus condiciones militares y con un promedio general de 8,58 alcanzó el orden de mérito número 15

16 Hijo del coronel Aristóbulo Mittelbach, uno de los fundadores del GOU y también oficial de Caballería, que fue interventor de Santiago del Estero en la primera presidencia de Perón.

entre 214 cadetes. Ese esfuerzo tendría su recompensa: en la calificación anual que lo habilitó para cursar el cuarto y último año del Colegio Militar, el jefe del Escuadrón de Caballería se deshizo en elogios hacia su pichón, advirtiendo que tenía madera para llegar muy lejos: "excelente cadete, de aptitudes militares sobresalientes. Es un elemento destacado, excelente jinete, ejecutivo en todas las actividades de instrucción, posee condiciones extraordinarias para la vida en campaña". Firmado: Carlos Uriondo, 22 de diciembre de 1944.

En simultáneo a la consolidación del espíritu militar del cadete Menéndez, el gobierno de facto de Farrell y Perón profundizaba su corporativimo fascistoide, a pesar de que las tropas de Hitler y Mussolini ya no aparecían invencibles a los ojos del mundo. Al inmenso poder que el coronel fundador del GOU tenía como ministro de Guerra y vicepresidente se sumó en octubre del 43 su nombramiento como secretario de Previsión y Trabajo, un puesto clave que Perón sabría aprovechar para ganarse a trabajadores sindicalmente desprotegidos por el Estado e incorporarlos a su estructura de poder. Su objetivo era evitar que los obreros viraran hacia un comunismo que avanzaba en oleadas por el mundo entero (Rouquié, 1982). Una copia de la estrategia aplicada por el Duce en Italia para frenar la "marea roja", y que Perón aprendió mientras estuvo destinado en los Apeninos italianos. Meses antes de que el régimen impuesto el 4 de junio de 1943 empezara a descomponerse, el Chupete Menéndez cursó su último año del Colegio Militar. A esa altura, había dejado de ser un diamante en bruto para mostrar destellos de sus naturales condiciones de soldado. Virtudes que demostró sobradamente en su ejercicio académico, en el cual obtuvo su mejor promedio en las *materias de estudio*, con un 8,22, ratificó sus *aptitudes militares* con un promedio de 9,92, llegando al 9,07 en el balance general, la calificación más alta en sus cuatro años como cadete. También el orden de mérito fue el más auspicioso: 13 entre 201 aspirantes.

El 15 de marzo de 1945, un mes antes de que Hitler perdiera Berlín a manos de los rusos bolcheviques, el cadete Luciano Benjamín Menéndez fue promovido a cabo. En los distintos ítems que sus superiores lo calificaron, hay un "sobresaliente" en el "trato brindado a sus hombres y dedicación a ellos". Ya ahí, en

el primer rango de una carrera que se iría afirmando al ritmo de sus ascensos, el jefe de la unidad intuyó su estirpe de líder militar: "Ha sido metódico y enérgico, poniendo atención e interés por los problemas de sus subalternos". También, lo consideró "sereno, consciente y metódico en la conducción de su sección", además de tener un "proceder muy correcto ante los señores oficiales y suboficiales". En marzo del 45, siete meses antes del hecho político que cambiaría para siempre la historia de los argentinos, Menéndez confirmó lo que sus ancestros le habían legado: un "alto espíritu militar".

Con su entusiasmo juvenil a flor de piel y el título de subteniente del escuadrón de Caballería entre sus manos, Menéndez pasó a formar parte de la tercera generación de una casta ligada al ejército desde su creación como fuerza nacional, cuando para vigilar las fronteras del recientemente creado Estado Nacional, Mitre organizó lo que hoy conocemos como ejército argentino.

Junto a Menéndez, el 11 de mayo de 1945 recibieron sus diplomas el también caballero Albano Harguindeguy, los artilleros Ramón Genaro Díaz Bessone, Héctor Romanutti, Santiago Omar Riveros y Carlos Dalla Tea, los ingenieros Carlos Bernardo Chasseing y Carlos Laidlaw y el ingeniero en comunicaciones Juan Jaime Cesio. Salvo este último, el resto formará parte años después de un proyecto que cambiará sus vidas, la del ejército que los formó y el país que los cobijó. Mucho antes del 24 de marzo de 1976, los flamantes subtenientes de la promoción 74 se despidieron y se desearon suerte. Ninguno de ellos podía imaginar que tres décadas más tarde serían figuras estelares del autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional".

Cuando el 17 de octubre el pueblo peronista inundó la Plaza de Mayo para reclamar la libertad de su líder, el subteniente Menéndez no sabía cuál sería su primer destino como oficial del ejército. A la espera de la notificación, las autoridades del Colegio llevaron a los cadetes a la Plaza San Martín a vivar "Braden o Perón". "Desconozco cuál fue la actitud de Menéndez ese día, pero por su ideología supongo que no gritó por Perón", cuenta Cesio, que también estuvo en la plaza ubicada al frente del Círculo Militar.

El 13 de diciembre de 1945 llegó por fin la noticia: el Estado Mayor lo había designado en el 2do Escuadrón del Regimiento 6 de Caballería de Concordia, Entre Ríos. La siempre hipotética guerra contra el Brasil había hecho que el ejército instalara en esas provincias del litoral los regimientos más importantes. El traslado sonaba auspicioso y así lo creyó el joven subteniente.

La faena de Luciano Benjamín en la Mesopotamia fue brillante en todos los aspectos: además de participar en torneos hípicos y campeonatos regionales de polo, fue nombrado jefe de la sección Comunicaciones del Escuadrón e instructor de la tropa. Recibió numerosos elogios de sus superiores, especialmente de los responsables de calificarlo: "Dotado de excelentes condiciones, se empeña por sobresalir, trabaja con gran entusiasmo. Su dedicación le ha permitido ser un oficial muy eficaz en el escuadrón", escribió, el 15 de octubre de 1946, el teniente primero Alberto Juan Iribarne, primer jefe del regimiento.

Solo tres días de arresto por mal cumplimiento de una orden impartida telefónicamente por su superior, opacaron un segundo año"sobresaliente" en Concordia, en el que Menéndez aprobó con "excelente" un curso de comunicaciones, y alcanzó un destacado rol como "jefe de unidad" en diversas maniobras. De ahí que sus superiores decidieran pasar por alto la sanción y en su ficha personal prefirieran resaltar sus méritos: "Enseña con el ejemplo y tiene mucho ascendiente sobre sus subordinados, posee una personalidad y conciencia del deber. Amante de los deportes hípicos, en los que sobresale. Sobresaliente camarada, está apto para el grado inmediato superior", sugirió el teniente coronel Manuel Mateos, el 15 de octubre de 1947.

Sin saber dónde continuaría su carrera, Luciano Benjamín esperó las novedades . El 24 de diciembre, poco antes de la Nochebuena, se enteró de que había sido transferido al Estado Mayor General del Ejército, en Buenos Aires. Una semana después, la institución que tanto amaba premió su entrega y sacrificio con la noticia que esperaba para brindar hasta el amanecer del Año Nuevo: el ascenso al grado de teniente.

Tenía veinte años y un futuro enorme.

Un hombre hecho y derecho

Las profundas transformaciones que el gobierno peronista había puesto en marcha con el fin de convertir a la Argentina agrícolo-ganadera en una potencia industrial no llamaban la atención ni significaban una amenaza en la carrera del flamante teniente del ejército. Todo lo contrario, si alguien había invertido enormes sumas de dinero estatal en armamento y tecnología para desarrollar el poderío de las Fuerzas Armadas argentinas, ese era Perón.

Sin embargo, en 1948, a pesar de que sus preocupaciones pasaran por adaptarse a su nuevo cargo en el Estado Mayor, la situación política presentaba algunos nubarrones en el futuro de quien imaginaba el resto de su vida al lado de Edith Angélica Abarca, su novia de juventud. Hija de un general auditor del ejército, Edith provenía de una familia muy radical, el principal partido de la derrotada Unión Democrática. Convertidos en la primera fuerza opositora al régimen de Perón, las sobremesas de los domingos no eran muy tranquilas en la familia Abarca. Nada de esto amedrentó al "Chupete", que había sido nombrado "Jefe de la sección automotor" del Estado Mayor: lo mismo puso fecha de matrimonio para llevarse a la hija del general Abarca.

En un país que avanzaba a paso firme hacia su liberación política y económica, en el marco de un ejército que era mimado por el presidente pero que se resistía a ser "popular" como su líder, Luciano Benjamín Menéndez y su prometida se casaron el 20 de noviembre de 1948. Radicados en la Capital Federal, el 3 de mayo de 1949, mientras su esposa Edith esperaba ansiosa el nacimiento de su primer hijo, el teniente Menéndez pasó a desempeñarse como instructor del Colegio Militar de la Nación, donde volvería a encontrarse con un querido camarada: "A los pocos años de habernos recibido, el teniente Videla y el teniente Menéndez volvimos a cruzarnos en el Colegio Militar, pero ya como oficiales instructores. Estuvimos tres años juntos, él con sus cadetes de Caballería y yo con mis cadetes de Infantería", recuerda con entusiasmo Videla en el living de su casa, casi sesenta años después.

En una Argentina donde la justicia social y la soberanía política inundaban cada espacio de la vida nacional, los jóvenes instructores honraban su presente formando a los futuros solda-

dos en la institución que era especialmente atendida por el presidente Perón. Sin embargo, a pesar de lo mucho que este hacía por mejorar las instalaciones de Campo de Mayo, Jorge Rafael y Luciano Benjamín, hijos de oficiales que buscaron en la milicia el ascenso social que no habían heredado de nacimiento, miraban con recelo las conquistas de la clase social que con el peronismo había desplazado a la suya, o a la que éstos defendían con el uniforme.

El 15 de septiembre, a seis meses de que la Constitución Nacional peronista hubiera hecho ley suprema los derechos obtenidos en el terreno político, el instructor de Caballería recibió a su primer varón en el hospital militar de Buenos Aires. Cumpliendo la vieja tradición de llamar al primogénito con el mismo nombre que el padre, el flamante retoño pasó a engrosar la larga lista de Benjamines de la familia, y en unos años más, del ejército también.

Treinta días después del nacimiento de su primer hijo, el teniente coronel Américo J. Bianco, jefe del Cuerpo de cadetes, calificó al joven teniente Menéndez como "hábil y práctico instructor, activo y trabajador. Serio, correcto y subordinado. Puntual en el cumplimiento de las obligaciones de servicio. En la educación e instrucción del cadete ha obtenido sobresalientes resultados. Lo considero apto para el grado inmediato superior". Conceptos similares escribió el 15 de octubre el capitán Ricardo Braglia, jefe del escuadrón de Caballería. No había motivos para seguir esperando: el 31 de diciembre del 49, fue ascendido a teniente primero.

Como recuerda Videla, con este grado y en el mismo rol de instructor de Caballería, Luciano Benjamín pasará los dos años siguientes. Y, como casi siempre, su desempeño resultará impecable para aquellos encargados de evaluarlo.

Los gorilas muestran sus pelos

La performance que el teniente primero Menéndez demostraba de lunes a sábado en los campos de El Palomar junto a sus cadetes resultaría empañada por un hecho que lo afectaría emocionalmente. El 28 de septiembre de 1951, tres semanas después del nacimiento de Mariano Jorge, su segundo hijo, ocurrido el 4

de ese mes, el joven instructor de Caballería fue uno de los tantos oficiales que en la intimidad celebró el golpe cívico militar que intentó frenar el avance del peronismo en la política nacional.

Liderados por su tío, el prestigioso general Benjamín Menéndez, y el hijo de éste, coronel Rómulo Menéndez, los militares insurrectos tenían como principal objetivo impedir el triunfo de Juan Domingo Perón en las elecciones previstas para el 11 de noviembre. Secundado por los mayores Julio Alzogaray, Tomás Sánchez de Bustamante, Alejandro Agustín Lanusse y un grupo de tenientes en el cual se destacaba Guillermo Suárez Mason, el más antiguo de los Menéndez se alzó en armas apoyado por sectores del ejército, el radicalismo balbinista y una parte de la jerarquía católica.

Sobrino igual que Luciano del jefe sublevado, Mario Benjamín apela a la ideología para explicar aquella historia: "Sánchez de Bustamante era radical, Lanusse y Suárez Mason eran radicales y mi tío Benjamín, si bien no era radical, era muy liberal. Todos se sumaron a la revolución porque decían que Perón era un dictador. Yo creo que en el 51 todavía no era tan dictador como sí lo fue en 55, pero bueno..., ellos creían que sí y se sublevaron. Fueron todos presos a Rawson hasta que la Revolución Libertadora los liberó".

Como apunta el ex gobernador militar de Malvinas, el golpe del tío Benjamín fracasó y junto con él fueron encerrados sus seguidores en la cárcel de máxima seguridad de Chubut. Y aunque Eva Perón —todavía candidata a vicepresidenta—y la CGT solicitaron la pena de muerte para los golpistas, Perón prefirió perdonarles la vida y mandarlos al destierro patagónico. Ni por asomo podía adivinar, en octubre de 1951, que algunos de ellos no solo recobrarían su rango cuatro años después, sino que varios serían protagonistas centrales de otros golpes cívico-militares en las décadas siguientes, tanto o más nefastos que el que lo echó del poder el 16 de septiembre de 1955.

Superado el trauma de la detención de sus familiares, quien pintaba para ser otro gran líder militar se concentró en lo que realmente le importaba: el Ejército y rindió el examen para entrar a la Escuela Superior de Guerra. El 3 de diciembre, el general de bri-

gada Juan Esteban Vacca, director del establecimiento, certificó su hoja de calificación: "Aprobó el examen. Llamado al Año I".

Unos días antes, el entonces capitán de Caballería Jorge Cáceres Monié, jefe de la agrupación montada del Colegio Militar y futura víctima de la guerrilla en los años '70, calificó con elogios a quien era uno de sus subordinados predilectos y sugirió su ascenso para el "grado inmediato superior".

Oficial de Estado Mayor

"Terminamos nuestra etapa en el Colegio e ingresamos a la Escuela de Guerra. Fue una cosa rarísima, porque ese año entramos once camadas, entonces había uno por cada camada, un hecho fuera de lo común". Ni cincuenta y cinco años después el ex general Videla entiende realmente qué pasó con el ingreso a lo que se considera la universidad militar: "Por razones equis, gente había quedado postergada, había hecho otros cursos, no sé..., tomaron un conjunto en el cual, básicamente, estábamos los oficiales de dos camadas: la nuestra y la posterior a la nuestra. Así fue como el entonces capitán Menéndez y el capitán Videla hicimos los tres años de la Escuela de Guerra juntos y el primero en la misma aula".

El dato, además de curioso, adquiere una relevancia futura: en marzo de 1952 ingresaron para ser Oficiales de Estado Mayor los capitanes Videla, Viola, Cáceres, Galtieri, y los tenientes primeros Menéndez, Riveros, Azpitarte, Chasseing, Díaz Bessone y Harguindeguy, pilares de la dictadura que veinticuatro años después pondrían en marcha para convertir a la Argentina en un país sin industrias ni obreros, domesticada a la furia neoliberal.

—¿Tenían relación entre ustedes?

—Teníamos muy buena relación. Además, nuestros padres también fueron más o menos contemporáneos. Con Menéndez había afinidades en la parte militar propiamente dicha, desde luego, y en algunas cuestiones políticas.

Aunque Videla se acuerda del "capitán Menéndez" como su compañero de aula en el primer año, Luciano Benjamín sería ascendido a ese rango recién el 31 de diciembre de 1952, cuando

ambos ya sabían que el promedio obtenido les había asegurado un banco para cursar el segundo año, mérito que muy pocos conseguían. "La escuela era muy exigente y selectiva. Todos los años se eliminaba gente. El que no lograba el promedio, chau", cuenta el general Cesio, compañero de Videla y Menéndez en ese centro de formación castrense.

Fundada el 1 de enero de 1900 por el general Luis María Campos, ministro de Guerra del presidente Roca, con el objetivo de formar los cuadros superiores de un ejército dedicado a matar indios y conquistar territorios para ensanchar la Nación, la Escuela de Guerra era el paso obligado de todos aquellos con aspiraciones en la principal institución castrense. Los que no entraban serían oficiales troperos que nunca iban a conducir un regimiento o una brigada, ni tenían chances de llegar muy arriba en la estructura de mandos. La excepción a esa regla sagrada en el mundo militar fue Onganía, que trepó a la cima del poder sin haber cursado la Escuela de Guerra. Pero, como dice Cesio, "fue un caso único". Según este oficial, que cursó la escuela en condición de soltero mientras vivió en el Círculo Militar, era "extraordinariamente difícil y agotadora, sin dudas los tres peores años de mi carrera".

A diferencia de su enemigo Cesio, Menéndez ya estaba casado y vivía junto a su mujer y sus dos pequeños hijos en la Capital Federal. De ahí que todas las mañanas, de lunes a viernes, se trasladaba hasta la avenida Luis María Campos 480, en el barrio de Palermo, y a las 8 de la mañana en punto estaba listo para entrar a clase. "La escuela era durísima, eran tres años que estabas en blanco, lo único que podías hacer era estudiar", recuerda Rattenbach, que ingresó dos años después que su primo segundo.

Como cuentan ambos integrantes del CEMIDA, la rutina escolar era muy severa, y los alumnos se dividían en distintas aulas de acuerdo al año que cursaban, no al tipo de arma al que pertenecían, como en el Colegio Militar. "El Oficial de Estado Mayor tiene que aprender todas las armas. Te graduás de especialista en generalidades, porque tenés que estar preparado para manejar todas las armas. Después de salir de la Escuela de Guerra, los oficiales van a los comandos. A mí me mandaron al 4to. de

Comunicaciones de Córdoba, en el Parque Sarmiento. No era una unidad tan importante, pero sí muy tradicional", asegura Cesio. "Los que se gradúan en esa escuela son los que después conducen la institución. Los *colorados* quisieron cambiar esto en el 62, porque querían manejar ellos el Ejército. Pero los oficiales de estado mayor dijeron no. Todas esas divisiones se terminarían con Onganía", apunta Rattenbach.

Amante incorregible del ejército que con Roca se volvió terrateniente y oligárquico, aliado para siempre de la burguesía agraria y el capital extranjero, Luciano Benjamín pasó el 52 dedicado tiempo completo a la escuela que formaba a los futuros enemigos del presidente, que ese año tuvo que afrontar uno de los momentos más dolorosos de su vida: la muerte de su segunda mujer, Eva Duarte. Evita, la "abanderada de los humildes", odiada por buena parte del Ejército, las clases medias y altas, y envidiada hasta por el propio Perón en su relación con las masas, no pudo soportar un cáncer de útero y murió a las 20:25 del 26 de julio. Tenía 33 años y la historia rendida a sus pies.

La desaparición física de quien había querido liquidar al tío Benjamín y al resto de los golpistas de septiembre del 51, no alteró los planes del recién ascendido capitán, que cursó el segundo año con un rendimiento similar al del primero. Aunque estuvo entre los alumnos más destacados, la exigencia de los profesores quedó plasmada en su hoja de calificación: de las quince materias que cursaba, superó el 8 solo en tres, el 7 en la misma cantidad, osciló entre el 6 y el 6,75 en ocho materias, y obtuvo un mediocre 5,75 en *Historia crítica y documental*, su número más bajo. *Artillería, Ingenieros y Conducción Táctica Operativa* fueron las áreas donde mejor rindió.

El segundo año en la escuela se coronaría con otra gran noticia: el 20 de noviembre, exactamente cinco años después de casarse, Martín Horacio lo hizo padre por tercera vez. No podía estar más feliz. Su tercer varón agrandaba la familia y sus superiores lo valoraban entre los mejores del curso: "Oficial que se destaca por su preocupación y dedicación al estudio. Inteligente y trabajador, tiene buen criterio y es firme e independiente en sus juicios. Se expresa en forma clara, sencilla y con bastante facilidad", escribió en su legajo el capitán Julio Enrique Silva, jefe de segundo año.

Tres meses después, el 14 de enero de 1954, Luciano Benjamín fue llamado a cursar el tercer y último año de la Escuela Superior de Guerra.

Como había ocurrido diez años antes en el Colegio Militar, su desempeño en la universidad militar fue *in crescendo*. Su boletín de calificaciones es un homenaje a la estirpe guerrera: de catorce materias cursadas ese año, sus notas más bajas fueron un 7 en *Operaciones aéreas* y 7,25 en *Conducción blindada*, obtuvo entre 8,50 y 9,25 en las once restantes y un *"aprobado"* en *Economía de guerra*, la única que no se calificaba numéricamente. Semejante esfuerzo tenía que ser coronado con el premio mayor: el 9 de diciembre el ejército lo designó para integrar el Regimiento de Granaderos a Caballo José de San Martín, el lugar más paquete y aristocrático del arma de Caballería. Once días después, el general de división Raúl Tanco, director de la Escuela Superior de Guerra, estampó con su firma su diploma de "Oficial de Estado Mayor".

El nieto de Benjamín Menéndez acariciaba el cielo con las manos. El segundo gran objetivo de su vida estaba cumplido.

Carcomido por la corrupción y la alcahuetería que rodeaba a Perón, estancado el proceso de industrialización de su primer gobierno, el apoyo del Ejército hacia el presidente empezó a mermar. "Perón intentó que todos tuviéramos una foto de él y no lo logró. El ejército nunca fue peronista, no lo es ni lo será, por una cuestión de clase. No porque los militares pertenezcan, en su gran mayoría, a la aristocracia. Ni siquiera muchos a la clase alta, pero están en otro nivel. Perón logró politizar a un sector del ejército, es cierto, pero en sentido contrario a sus intereses: aglutinó y movilizó a sus golpistas", advierte con su lucidez habitual el general Cesio. "Mas que politizar, Perón prostituyó al ejército con regalos y prebendas. Pero igual el Ejército no se politizó, los regalos eran individuales, no colectivos. Entonces empezaron a pulular los generales alcahuetes, gente ligada a Perón que se beneficiaba en forma personal. De todas maneras, muchos de los favorecidos fueron sobresalientes oficiales", asegura el coronel Rattenbach, quien por venir de una familia militar conoce al dedillo el pedigree de sus integrantes.

Esta aversión hacia el gobierno peronista, producto de su autoritarismo y sus excesos, caló hondo entre los oficiales jóvenes, Menéndez entre ellos. Consideraban al peronismo un gobierno fascista y a su líder un Mussolini tardío. "Un día, en el Colegio Militar, donde yo era instructor de Artillería, se me acerca un superior y me entrega un cuaderno. Cuando lo empiezo a leer, confiado en que era material para mi clase, me quedé estupefacto: era un documento con toda la doctrina peronista, no tenía nada que ver con la instrucción militar. Entonces le digo, 'vea, mi coronel, esto es un panfleto político, así que se lo devuelvo porque yo no le voy a dar esto a mis alumnos". La anécdota, rescatada de la memoria del general Fernando Santiago, es un ejemplo preciso de cómo funcionaba el aparato peronista en el mundo castrense. Sin embargo, no es el único que describe lo que Perón llamó la "etapa doctrinaria" de su segundo gobierno. El coronel García, que por esos años había sido destinado al cuartel de Chajarí, de Entre Ríos, recuerda los vicios que fueron minando el poco apoyo que el General tenía entre las camadas jóvenes: "Era obligatorio que todos donáramos un día de nuestro sueldo a la Fundación Eva Perón. Como yo no era peronista, le mandé a decir al jefe del cuartel que me oponía a que me descontaran un centavo de mi salario. El tipo se enojó y hoy no me acuerdo si me sancionó por eso, pero era el único en el cuartel que estaba de acuerdo con la medida. Nosotros sabíamos que muchos de ellos habían sido puestos en esos cargos por el simple hecho de ser peronistas, y que estaban obligados a retribuirle al General esos favores. Pero todas esas macanas, arbitrarias, pelotudas, no hicieron otra cosa que agigantar en el Ejército un rechazo muy fuerte hacia Perón".

Imbuido en este clima conspirativo que se instaló en cuarteles y unidades de mando del Ejército y la Armada, Menéndez pasó a ocupar un puesto en el regimiento guardián de la investidura presidencial. Como Ayudante del Jefe del Regimiento de Granaderos y Jefe de la Plana Mayor, su obligación era defender a capa y espada la vida del Presidente. Por esas paradojas del destino, le tocaba a un antiperonista furioso custodiar la seguridad del hombre más polémico de la historia argentina. Y vaya si tuvo trabajo. El 16 de junio de 1955, siete meses después de haber sido

nombrado en el cargo, aviones de guerra de la Marina despegaron de la base naval de Punta Indio y con la intención de matar a Perón arrojaron nueve toneladas de bombas sobre la Casa Rosada y Plaza de Mayo. Provocaron cerca de trescientos muertos y alrededor de dos mil heridos. El primer y único bombardeo en la historia argentina sobre una población civil en territorio nacional no era obra de un enemigo extranjero con el cual estábamos en guerra, sino de oficiales de nuestra Armada, apoyados por camaradas del Ejército, quienes no dudaron en asesinar a personas inocentes con tal de evacuar su odio hacia Perón.

La masacre que cayó del cielo aquel mediodía frío y gris en Buenos Aires no fue un castigo divino, sino el más horrendo plan de un grupo de militares que piloteando aviones en cuyas alas decía "Cristo Vence", fueron capaces de sacrificar vidas humanas para vengar casi diez años de gobierno popular. Aunque Perón y su custodio lograron salvarse, un clima de guerra civil se instaló en la Argentina y duraría un buen tiempo.

La semilla de la violencia

El centinela que custodiaba la puerta de atrás de la Escuela se asustó cuando vio acercarse a un grupo de militares en actitud desafiante. Sin ninguna presentación, el jefe de los sublevados increpó al suboficial que hacía de guardia: ¡soldado, venimos a tomar la Escuela de Artillería, ni se le ocurra resistirse porque lo fusilamos ya mismo! Las temerarias palabras del general Eduardo Lonardi bastaron para que el guardia se corriera de su puesto y los rebeldes coparan el edificio de camino a La Calera. Con tranco firme y vista al frente, Lonardi caminó hasta el dormitorio del coronel Turconi, jefe de la escuela, con la intención de sumarlo a la revolución que había iniciado esa misma madrugada. Cuando llegaron a la habitación, el coronel dormía plácidamente. Lonardi lo despertó y sin esperar que reaccionara le comunicó el plan y lo invitó a sumarse. Pero Turconi se negó. Entonces el jefe rebelde sacó su pistola y disparó, rozándole la cabeza. Herido, aislado en esa pieza, sin nadie que lo defendiera, Turconi fue detenido por quienes se autoproclamaban defensores de la libertad.

La toma de la escuela cordobesa fue la chispa que desató el incendio, que rápidamente se propagó por todo el territorio nacional. "A la Revolución Libertadora la hicieron un grupo de capitanes, jefes de batería, todos compañeros míos, y los soldados obedecían a su capitán". El que orgullosamente lo cuenta es el general Fernando Santiago, integrante de la Escuela de Artillería que inició el golpe contra Perón la madrugada del 16 de septiembre de 1955, y que su viejo amigo Menéndez tuvo la desgracia de defender.

Aunque una de las caras visibles del levantamiento sería el contraalmirante Isaac Rojas, según Santiago no fue este personaje el líder del golpe que marcaría el inicio de la violencia armada en la Argentina. "Rojas se plegó después. Lo sé porque compañeros míos en vez de estar en la Escuela de Artillería, estaban en la Escuela de Guerra y fueron a Río Santiago para que los recibiera Rojas, que desde hacía meses venía conspirando contra Perón porque era un antiperonista perro. Cuando llegaron a Río Santiago, Rojas, que era director de la Escuela Naval, los echó y les dijo: 'hasta que el ejército no se levante y compruebe que el proceso está en marcha, yo no los voy a recibir'. Y los hizo retirar con la amenaza de meterlos presos".

Mientras varias divisiones del Ejército y la Marina completa se plegaban a la sublevación, el capitán Menéndez recibía órdenes del jefe del Regimiento de Granaderos para proteger a Perón. Lo mismo hicieron otros regimientos, que combatieron a las fuerzas rebeldes durante cinco días, principalmente en Córdoba. "Aramburu era un tipo con prestigio, conocido, y fue a Curuzú Cuatiá a levantar a la tropa. Pero los tipos no se levantaron. Entonces, cuando vio que lo iban a pasar a degüello, porque no tenía tropa a quien sublevar, desapareció. Después, cuando todo se volvió imparable, surgió como el líder porque representaba a los sectores civiles que estaban a favor de la Libertadora y terminó haciéndose cargo del gobierno. Pero Aramburu, por la revolución, no hizo absolutamente nada. Ni un tiro, nada. Nunca pudo hacer ninguna acción donde se jugó algo, como Lonardi, que enfrentó al director de la escuela para sublevarse", dice, con desprecio de soldado, el general Santiago sobre el paradigma del liberalismo castrense.

Consciente de que la resistencia armada hubiera desembocado en una segura guerra civil, Perón dejó el cargo. No quería otro derramamiento de sangre en su nombre. Los bombardeos del 16 de junio a Plaza de Mayo habían golpeado muchísimo al líder de los trabajadores, que entregó el gobierno a una junta de generales fieles que negociaron con Lonardi la rendición.

Con la frialdad que permite el paso de los años, Videla recuerda los hechos que encontraron a su amigo en una posición incómoda. "La Revolución Libertadora y todos esos bochinches nos tocaron vivirlos desde lugares muy distintos. Yo era jefe de una compañía de Infantería del Colegio Militar y él estaba de ayudante del jefe de Granaderos a Caballo, que por razones reglamentarias tiene el principio de lealtad al Presidente, porque es su escolta.

—A pesar de no estar de acuerdo con él.

—Supongo. De todas maneras, el jefe del Regimiento de Granaderos era un caballerazo, merecía el respeto de todos y lo tuvo. Era un coronel antiguo, así que terminó la carrera ahí, nadie lo persiguió ni lo metieron preso. Y a Menéndez le tocó ser su ayudante, sin que esta situación lo involucrara políticamente, pero le tocó.

El 16 de octubre de 1955, casi un mes después de que Perón partiera al exilio en una cañonera paraguaya, el capitán Menéndez pasó a continuar sus servicios en el Destacamento de Caballería 2 de Concordia, Entre Ríos. El mismo lugar donde había recalado luego de graduarse como subteniente del Colegio Militar, en 1946. Poco más de un año después fue nombrado Jefe de la División de Cuartel Maestre y jefe Interino de la División Operaciones. Mientras todo eran felicitaciones y elogios por su desempeño militar, el ejército al que consagraba su vida era uno de los dos pilares en el que se asentaba el poder del general Aramburu, presidente de facto de la mal llamada "Revolución Libertadora". Aunque poco y nada había hecho para estar en ese lugar, Aramburu, fogoneado por Rojas, implantó el terror cuando llegó al sillón de Rivadavia. Además de fusilar al general Juan José Valle y a otro grupo de civiles y militares que se alzaron contra su gobierno el 9 de junio

de 1956[17], la "Libertadora" se dedicó a perseguir al movimiento peronista en todos los niveles. Dirigentes sindicales, políticos y militares fueron encarcelados y torturados. Todos sus símbolos prohibidos por el decreto presidencial 4161. Ni pensar en Perón estaba permitido en la argentina liberal. En ese escenario político, Menéndez, un "sobresaliente" oficial de Caballería identificado con el proyecto ideológico del nuevo gobierno, será premiado por partida doble: el 22 de marzo de 1957 su mujer dio a luz a María Edith, su primera niña, y el Ejército lo trasladó a Capital Federal, donde contaba con el resto de su familia y sus principales afectos. De la tranquila y apacible Concordia, el joven Luciano Benjamín pasaba a continuar sus funciones en el febril y politizado Estado Mayor. Sin saberlo, una nueva etapa comenzaba en su carrera militar. En Buenos Aires, atento al desarrollo que había alcanzado la "Resistencia Peronista" liderada por John William Cooke[18], el Ejército Argentino contrató a dos asesores militares franceses con un clarísimo objetivo: enseñarles a sus camaradas sudamericanos las técnicas represivas que habían aprendido en Indochina y aplicaban en Argelia contra el Frente de Liberación de ese país.

Con un legajo impecable que le permitía soñar bien alto en la pirámide castrense, Menéndez jamás imaginó que esa misión europea cambiaría por completo su vida, y la de muchos argentinos en los siguientes veinte años.

17 La investigación de estos hechos llevó a Rodolfo Walsh a escribir su obra más importante *Operación Masacre*, en la que cuenta con precisión cómo ocurrieron los fusilamientos de José León Suárez.

18 Perón lo había nombrado su heredero político.

Capítulo 3
Tucumán, el comienzo de la "guerra revolucionaria"

Antes de escuchar la sentencia que lo condenaría a prisión perpetua, el general Menéndez pidió hacer uso de la palabra. Lo mismo había hecho un mes antes, en Córdoba. Como aquella vez, su voz sonó resquebrajada por los ochenta y un años, pero segura. Cuando el presidente del Tribunal pidió silencio a un público ansioso que colmaba la sala, el otrora todopoderoso comandante del III Cuerpo de ejército arrancó decidido su alegato, demostrando que el paso del tiempo no había modificado un ápice su lectura de lo actuado por las Fuerzas Armadas en los 70.

A las 11.30 del jueves 28 de agosto de 2008, Tucumán y el país entero lo escuchaban a través de los medios, que transmitían en vivo el juicio que lo acusaba a él y al también ex general Antonio Domingo Bussi, de la muerte y desaparición del senador peronista Guillermo Vargas Aignasse, secuestrado el mismísimo 24 de marzo de 1976 a la madrugada por un grupo de tareas a las órdenes de Bussi. Un represor temible y vanidoso que lejos estaba del viejito demacrado, barba de tres días y respirador artificial que lloró infinidad de veces ante el tribunal para zafar de una segura condena. Esa actitud, que indignó a quien fuera su jefe en el ejército y enemigo íntimo en la interna militar, abrió paso a una defensa que nada tuvo que ver con el derecho penal, y sí mucho con la historia argentina y la provincia donde se lo estaba juzgando: "Hace cincuenta años, la guerra estalló repentina y brutalmente en nuestro país, sin tener arte ni parte, salvo que estábamos en la recta del comunismo internacional y su cruzada americana. Era la más total de todas las guerras: la *guerra revolucionaria*", dijo Menéndez con firmeza, mientras leía tranquilo y pausado el machete de cuatro páginas que había preparado.

"No se trataba de arrancarnos un pedazo de territorio (con todo lo entrañable que es cada metro de nuestra tierra, regada por la sangre de nuestros soldados y el sudor de nuestros trabajadores) o un paso entre dos océanos, o una zona de influencia geopolítica o económica. A lo que la subversión apuntaba era al alma de nuestro pueblo para someterlo a un régimen despiadado y brutal. Como su nombre lo indica, la *guerra revolucionaria* revoluciona el modo de vida del pueblo que elige como víctima, el pueblo era el objetivo al que pretendía dominar la subversión". Sin especificar qué era, o quiénes integraban ese monstruo tan abstracto como intangible denominado "la subversión", afirmó que eso "nos agredió para apoderarse de nuestro pueblo". Diez minutos después, con la certeza de haber cumplido su deber en la historia, resaltó los hechos que consideraba fundacionales de lo que denominó "la tercera guerra mundial": "Las primeras manifestaciones de esta guerra fueron los dos campamentos de guerrilleros, el de los Uturuncos en los montes tucumanos en 1959 y el de Orán, en 1964, en Salta. Tanto uno como el otro, desarrollados bajo los gobiernos del doctor Frondizi y el doctor Illia, ambos democráticos y ejemplares". Tan democráticos y ejemplares, que los dos presidentes radicales fueron derrocados por civiles y militares que aborrecían de la democracia. Con ella en vigencia, el peronismo era nuevamente poder. Algo que los generales argentinos no iban a aceptar hasta diez años después, cuando el pueblo se organizó en armas para echarlos.

Pero, más allá de este dislate, no era casual que el canoso general, vestido de impecable traje azul oscuro, chaleco al tono, camisa blanca, corbata negra y escarapela en la solapa, eligiera esos hechos para defender su tesis. Para él, como para todos los militares argentinos que planificaron y ejecutaron la *guerra antisubversiva*, ésta no comenzó el 9 de febrero de 1975 con el *Operativo Independencia* en Tucumán. Había empezado dieciséis años antes, el 1 de enero de 1959, cuando Fidel Castro y el *Che* Guevara bajaron junto al pueblo cubano de la Sierra Maestra para entrar triunfantes a La Habana, cambiando por completo el curso de las dos décadas siguientes de la historia latinoamericana.

La "*Guerra Moderna*" de los coroneles franceses

La humillante derrota del 7 de mayo de 1954 en la famosa batalla de Die Bien Phu[19] a manos del ejército popular de Ho Chi Min[20] y el general Nguyen Giap[21], fue el punto de partida de una nueva era militar para el imperio francés, para la Argentina y para Menéndez en particular. Ahí, en el barro mismo de Indochina, los jefes militares franceses comprendieron que era imposible luchar contra un enemigo militarmente inferior pero moralmente muy superior, que "estaba en todos lados, moviéndose en las sombras, invisible e indestructible". (Robin, 2005: 78) La *guerra revolucionaria* que los vietnamitas habían aprendido de Mao Tse Tung[22] y que ejecutaron sin piedad contra las tropas invasoras en la selva del sureste asiático, llevó a los centuriones imperiales a inventar su antídoto para defender el resto de las colonias que Francia tenía diseminadas por el mundo entero. A ese "descubrimiento", que primero experimentaron en terreno y después teorizaron en las academias militares, los franceses llamaron *"guerra moderna"*, *"contrarrevolucionaria"* o *"antisubversiva"*, y fue desarrollada en profundidad por uno de sus más destacados ideólogos y fríos ejecutores, el coronel Roger Trinquier.

En su célebre libro *"La Guerra Moderna"*, publicada en 1961 y traducida por el ejército argentino en 1975, Trinquier desmenuza las características de su enemigo y la forma de combatirlo, conceptos que Menéndez venía escuchando en boca de otros oficiales franceses, contratados por el general Aramburu desde mediados de 1957: "Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, una nueva forma de guerra ha sido creada. Llamada algunas veces

19 Luego de años de infinitos combates, esa batalla marcó el final de la ocupación francesa en Vietnam, que alcanzó su independencia en 1954.

20 Intelectual formado en París en los años 20, llegó a ser el más querido líder y héroe de la independencia vietnamita, que peleó contra tres imperios: el japonés, el francés y el norteamericano. Murió en 1968, sin poder ver la victoria final de su país frente a las tropas estadounidenses en 1975.

21 Cerebro militar del ejército vietnamita, autor de varios libros sobre la guerra de guerrillas que inspiraron a decenas de organizaciones revolucionarias del mundo entero, entre ellas, las argentinas.

22 Máximo líder de la revolución popular china, fue inspirador de todos los movimientos revolucionarios del siglo XX y referente de infinidad de grupos políticos en el mundo entero. Murió en 1976 siendo Jefe de Estado de su país.

guerra revolucionaria, difiere fundamentalmente de las guerras del pasado en el aspecto de que nunca se espera que la victoria sea consecuencia del choque de dos ejércitos en el campo de batalla. Eso de que el enemigo sea aniquilado después de una o más batallas es cosa del pasado. La guerra de hoy es el choque de una serie de sistemas —político, económico, psicológico y militar— que tiende a derrocar el gobierno existente en un país para sustituirlo por otro. Para alcanzar esta meta, el agresor explota hasta el límite la tensión interna del país en su parte ideológica, social, religiosa, económica, etcétera. En otras palabras, usa cualquier conflicto que pueda tener influencia en la población que va a ser conquistada". (Trinquier, 1981: 22)

Aunque Menéndez nunca conoció personalmente a Trinquier, desde el primer momento se sintió atraído por la *doctrina francesa*, desparramada como un virus entre los principales ejércitos del flamante "bloque occidental"[23] en formato de cursos, pasantías y documentos que proponían un nuevo paradigma mundial: "En vista de la actual situación de las naciones, cualquier punto débil que presente un país, por muy apartado o falto de poder que sea, siempre es traído por estos grupos a un plano de actualidad, a fin de convertirlo en parte de un conflicto mundial" (Idem. ant.). Las palabras del coronel francés eran la base conceptual de la Guerra Fría que Estados Unidos y la Unión Soviética protagonizaban desde la finalización de la Guerra de Corea, en 1953, y la excusa para que todo conflicto nacional fuera planteado como una amenaza a escala planetaria. Admirador de Mao y Giap, Trinquier desarrolla en su libro las líneas fundamentales que guiarán el accionar del general Menéndez en la década del '70 para aniquilar al "enemigo marxista": "Ejército moderno es aquel que, sobre todas las cosas, está preparado para obtener la victoria en el conflicto en que su país se ve envuelto... La lucha que hemos venido sosteniendo durante más de 15 años en Indochina y en Argelia es realmente una guerra, una *guerra moder-*

23 Integrado por los países capitalistas que respondían a las directivas de Estados Unidos, quien luego de la guerra de Corea, en 1953, entró en un conflicto permanente con la Unión Soviética, centro de gravedad del bloque "Oriental". A esa guerra de posiciones o estratégica, en la cual la principal amenaza era el peligro atómico, se la llamó *Guerra Fría*.

na... La parte ingeniosa de este tipo de guerra es la manipulación de la población civil y sabemos que una condición *sine qua non* de la victoria en *guerra moderna* es el apoyo incondicional de la población. Según Mao Tse Tung, eso es tan esencial al combatiente como el agua al pez" (Trinquier, 1981:23).

En ese trabajo, convertido en best seller en el mundo castrense de las décadas del 60 y '70, Trinquier explica y profundiza las características del enemigo "comunista" y la forma de hacerlo desaparecer: "En la guerra moderna no nos enfrentamos a un ejército organizado de acuerdo con las líneas tradicionales, sino con un ejército algunas veces muy pequeño, pero consistente y efectivo, que trabaja en la clandestinidad dentro de la misma población. A ese es al que hay que temer, y ese es el que hay que derrotar... La victoria sólo podrá obtenerse cuando logremos destruir esa organización" (Trinquier, 1981: 24).

Para alcanzar esa meta, el veterano coronel recomienda crear una gran red de inteligencia, "capaz de descubrir y eliminar rápidamente a los espías que el enemigo trata de mezclar entre nosotros" (Trinquier, 1981: 45)

Entrevistado en el 2002 por la periodista e historiadora francesa Marie Monique Robin, el coronel Charles Lacheroy, otro teórico de la *guerra antisubversiva* y lector apasionado del *Libro Rojo*[24] de Mao, coincide con su ex compañero de Indochina: "En esta forma de guerra que llamamos *guerra revolucionaria*, el problema número uno es el dominio de la población, que sirve de apoyo a esta guerra y en medio de la cual se desarrolla. La población es la retaguardia de la *guerra revolucionaria*. Quien la tome y quien la retenga, ya ha ganado" (Robin, 2005: 56). En el mismo reportaje, Lacheroy, un viejito de noventa y tantos años que recuerda con nostalgia sus días felices en Argelia, expresa un concepto determinante de la doctrina represiva que deslumbrará a los oficiales argentinos: "En la *guerra contrarrevolucionaria*, antídoto de la primera, las poblaciones se convierten en sospechosas a priori, porque son susceptibles de aportar un apoyo a los rebeldes" (Idem. ant).

24 El *Libro Rojo* lo escribió Mao y es uno de los manuales fundamentales de la "guerra de guerrillas".

Veinte años después, la sociedad argentina padecería en carne propia las "enseñanzas" de Trinquier y Lacheroy.

Mientras África del Norte estallaba en mil revoluciones y Fidel y el *Che* desembarcaban en la Sierra Maestra, en la Argentina, el gobierno de Revolución Libertadora que Aramburu conducía desde la presidencia empezaba a madurar su retiro del poder. Joven oficial de un ejército metido hasta los huesos en la política nacional desde el derrocamiento de Yrigoyen en 1930, el capitán Menéndez fue ascendido a Mayor. Considerado por sus superiores como un "profesional destacado, de brillante capacidad intelectual y espíritu de verdadero soldado"[25], el 15 de octubre de 1957 el Ejército creyó que estaba "apto para el grado inmediato superior".

Con treinta años cumplidos en junio, y padre de cuatro hijos luego del nacimiento de la pequeña María Edith, el "benjamín" dejó la jefatura de esta importante unidad mesopotámica para instalarse el 31 de diciembre en el Estado Mayor General del Ejército, en Buenos Aires, en donde ya, en el más absoluto secreto militar, los enviados franceses empezaban la infiltración ideológica de sus pares argentinos.

Casi un año antes de que Menéndez aterrizara en la sección IV del Estado Mayor, el coronel Alcides López Aufranc había viajado a Francia para continuar sus estudios en la Escuela Superior de Guerra de París. Su objetivo era uno: formarse en lo que en Buenos Aires se conocía como la *"doctrina francesa"*.

El impulsor de esas teorías en Argentina era el coronel Carlos Rosas. Alumno en la Escuela de Guerra de París entre 1953 y 1955, fue este enviado de Perón a Europa para comprar armamento quien "descubrió" la guerra revolucionaria, y las técnicas que los franceses estaban desarrollando para defender la colonia de Argelia de los guerrilleros del Frente de Liberación Nacional. El 16 de marzo de 1956, mientras Menéndez era nombrado jefe del Escuadrón de Caballería en Concordia, Entre Ríos, Rosas envió una carta al generalato en la que le pedía la creación de un ci-

25 Legajo militar de Luciano Benjamín Menéndez.

clo de estudios denominado *"La guerra revolucionaria comunista"*, y la autorización para que fueran dos oficiales en lugar de uno, los pasantes que estudiarían en París. Además de López Aufranc, que estuvo un mes en Argelia en 1958, partieron a Francia para especializarse en contrainsurgencia los tenientes coroneles Pedro Tibiletti y Cándido Hure, quienes a su regreso, en 1960, serán nombrados director y subdirector de la Escuela Superior de Guerra de Buenos Aires.

El impulso del ejército argentino a la nueva doctrina era total. En las aulas de París o en las calles de Argelia, los pasantes conocían y practicaban los métodos para aniquilar la guerrilla del FLN, y luego transmitir en sus países de origen dichas experiencias[26].

Orgulloso de aquellas misiones, en la entrevista del 2007 Mario Benjamín asegura que las enseñanzas que Rosas había aprendido allá fueron decisivas en sus alumnos, su primo Luciano entre ellos: "El coronel Rosasera un tipo espectacular. Después de estudiar en Francia y ver las experiencias de Indochina y lo que estaba pasando en Argelia, dijo 'nosotros decimos que esto no pasa aquí, pero mejor abrir el paraguas antes de la tormenta'".

—¿Rosas planteaba que había un nuevo enemigo?

—Hay un nuevo enemigo.

—¿Cambia la doctrina militar?

—No es que cambia, él dice que no podemos seguir pensando en la guerra clásica, o en el arma nuclear, cuando en el mundo están pasando estas cosas. Esto se inscribe en lo que era la estrategia del comunismo, del marxismo para avanzar en el mundo. Eran guerras aparentemente de baja intensidad, que se desataban en países que muchas veces no lo percibían hasta que la cosa estaba tan avanzada, la sociedad tan infectada, que ya no lo podían parar.

26 El porcentaje de extranjeros en la Escuela de Guerra de París saltó del 8,8 por ciento durante la promoción 1952-1954, a un 22,6 por ciento en la de 1956-1958, y a un 20,2 por ciento en la de 1957-1959, en la que participó López Aufranc. Según el sociólogo Gabriel Péries, a mediados de la década del 50, "más del 60 por ciento de los países de donde provenían los pasantes, eran naciones donde la institución militar ha desempeñado, desempeña o desempeñará en el futuro próximo un rol totalmente determinante en la gestión y el control del poder político".

Confirmando la profundidad de las huellas francesas en los militares golpistas, Menéndez, Mario, pone el ejemplo de otro ejército que, como el nuestro, jamás repara en los métodos para aniquilar a su enemigo: "Los israelíes dicen que cuando tenés que combatir contra un terrorista fanático no se puede tener ninguna contemplación. Ojo, la doctrina francesa ya lo decía. La doctrina francesa es la que nos enseñaron a nosotros. Porque es una gran mentira que a nosotros nos hayan instruido los norteamericanos. La doctrina francesa era clarita: con un guerrillero o un terrorista no se puede negociar.

—¿Quién les decía eso o les enseñaba esas cosas, Trinquier?

—No, sí, bueno, pero no, acá vinieron otros, yo tuve..., eran asesores en la Escuela de Guerra, que los había pedido Rosas.

Al momento en que la *"Batalla de Argel"*[27] era el Teatro de Operaciones de la nueva *guerra antisubversiva*, en Buenos Aires los tenientes coroneles Patrice de Naurois y Pierre Badie ponían en marcha el predicamento ideológico en el Estado Mayor argentino, a donde llegará proveniente de Concordia el todavía Capitán Menéndez. A comienzos de 1958, cuando en Caracas Rogelio Frigerio, enviado de Arturo Frondizi, y John William Cooke, delegado de Perón, negociaban un pacto para que el líder de la Unión Cívica Radical Intransigente obtuviera el apoyo del peronismo en las elecciones del 23 de febrero, Menéndez, ascendido a Mayor el 31 de diciembre del 57, fue nombrado Profesor Permanente en la materia *Táctica General* de la Escuela Superior de Guerra[28].

Aunque no había motivos para que los militares argentinos aprendieran métodos que servían para cazar y matar comunistas en un país donde el PC, que había apoyado el derrocamiento de Perón en el 55, no gravitaba políticamente y mucho menos tenía inserción entre la masa de trabajadores peronistas, en los pasillos y aulas de la Escuela de Guerra sus alumnos y profesores no habla-

27 Se llamó así a la intervención del 10 Regimiento de Paracaidistas del ejército francés, que en enero de 1957 atacó las bases del Frente de Liberación Nacional argelino en la ciudad de Argel, secuestrando y torturando a miles de sus integrantes.

28 Legajo militar de Luciano Benjamín Menéndez.

ban otra cosa que no fuera la "doctrina francesa". López Aufranc, uno de los primeros graduados en la nueva escuela, le contó a la periodista Robin[29] cómo fueron las enseñanzas que él replicó en la Argentina con Menéndez entre sus alumnos: "En América Latina no conocíamos ese tipo de problemas. Había luchas políticas, a veces violentas, pero no subversivas. No conocíamos la importancia de la población en ese tipo de guerra. Para nosotros sólo existía la guerra clásica, con infantería, fusil, carros, cañón. Jamás habíamos imaginado un enemigo capaz de matar con un cuchillo o de estrangular a alguien con una cuerda. Con la sangre se aprende mucho", dijo, con frialdad de soldado.

Entrevistado en el 2002 en las mismas aulas de París donde cincuenta años antes había aprendido el valor de la tortura como arma de guerra, López Aufranc definió con exactitud lo que desvelaría a su subordinado diez años después: "La guerra revolucionaria es una doctrina elaborada por los técnicos marxistas-leninistas para apoderarse del poder gracias al control físico y psicológico de las poblaciones, apoyándose sobre una mística y un proceso determinados" (Robin, 2005: 231). Para quien sería uno de los más admirados instructores argentinos en contrainsurgencia, "la *guerra subversiva* no alcanza más que a provocar un desorden, mientras que la *guerra revolucionaria* busca la transformación total de la organización del Estado" (idem. Ant).

En este contexto de intoxicación ideológica y revolución doctrinaria que vivían los oficiales en Buenos Aires, De Naurois pronunció una conferencia que fue reproducida íntegramente en la revista militar con el título *"Guerra subversiva y guerra revolucionaria"*. En ese medio, el teórico francés predicaba el recurso sistemático a la "solución militar para luchar contra la subversión, sea cual fuere el grado de su desarrollo" (Robin, 2005: 278 y 279).

En la escuela donde Menéndez dictaba sus clases, De Naurois era asistido por el teniente coronel Manrique Mom, quien también había estudiado en París, y había redactado, una vez egresado,

29 El encuentro con López Aufranc quedó registrado en el libro *"Escuadrones de la muerte, la escuela francesa"*, en el cual la autora desarrolla la influencia y conexión de Francia con las dictaduras latinoamericanas de los años '60 y '70. Ver páginas 224 y 225.

un voluminoso manual de *guerra revolucionaria*. En agosto del 58, Mom escribía lo que quince años después Menéndez defenderá como un dogma para justificar su accionar represivo: "Conviene estudiar la guerra revolucionaria comunista para conocer a nuestro enemigo y su manera de operar. Esto nos permitirá inferir nuestros modos de acción propios para poder oponernos a eventuales enemigos similares, y preparar y conducir una guerra anticomunista en una Argentina parcial o totalmente influida por el comunismo" (Idem. ant).

Los golpes militares del 62 y el 66, que Menéndez apoyará como la inmensa mayoría de los argentinos —civiles y militares—, serán la consecuencia directa de esta influencia francesa en las mentes de quienes dominarían la política nacional de esos años: las Fuerzas Armadas.

Todos los esfuerzos por "desperonizar" la Argentina que la *"Revolución Libertadora"* intentó a sangre y fuego se fueron al diablo el 23 de febrero de 1958 cuando Arturo Frondizi, líder de la jovencísima Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) arrasó en las elecciones presidenciales a su ex correligionario, Ricardo Balbín, candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) y de las Fuerzas Armadas, que confiaban en un triunfo seguro del caudillo conservador. Casi doblándolo en votos por el apoyo recibido de los votantes justicialistas, la victoria de Frondizi fue la confirmación de que la Argentina seguía siendo un país mayoritariamente peronista, a pesar de que los generales y almirantes habían hecho lo posible e imposible para desmontar el aparato justicialista en los dos años y medio que duró el gobierno de la "Libertadora", o "Fusiladora", como la llamaba el pueblo al que intentaron con balas, cárceles y prohibiciones transformar sin suerte, y que se vengó en las urnas aquel 23 de febrero.

Igual, Perón sabía que las Fuerzas Armadas no iban a quedarse quietas, y mucho menos tolerar que su movimiento volviera a presentarse a elecciones, como había prometido Frondizi en uno de los catorce puntos del acuerdo. No se equivocaba. El poder militar iba a ser el principal escollo a sortear del flamante inquilino

de la Casa Rosada, que apenas asumió trazó e impulsó las líneas básicas de lo que planteaba el *Desarrollismo*[30].

Consumada la derrota de Balbín, el ejército que Menéndez honraba desde su puesto en el Estado Mayor se dedicó de lleno a profundizar el estudio de la *doctrina francesa* bajo el mando de su comandante en Jefe, el teniente general Carlos Toranzo Montero, un golpista contumaz y ardiente antiperonista, que fue retirado y vuelto a nombrar por Frondizi, en un error que lamentaría de por vida.

A pesar del giro liberal que había significado nombrar ministro de Economía a Álvaro Alsogaray, un militar retirado vinculado al sector del tío abuelo de Luciano, el también retirado Benjamín Menéndez, Frondizi no lograba el apoyo del sector castrense, que con profundo malestar seguía sin digerir su ¿inesperada? victoria de un año atrás. Con Toranzo Montero a la cabeza, el ejército desconfiaba del Presidente, conspiraba todo el tiempo y preparaba el terreno para volver al poder. El 5 de julio de 1959, cuando la triste frase de Alsogaray "hay que pasar el invierno" se hizo carne en el pueblo argentino, la *doctrina francesa* se oficializó con el arribo a Buenos Aires del coronel Robert Bentresque. La llegada del más destacado técnico antisubversivo sería el paso previo al acuerdo formal firmado en febrero de 1960 entre Argentina y Francia, que instaló una misión permanente de asesores militares, todos veteranos de Argelia que actuaron en el mayor secreto hasta 1981, cuando en el ocaso de la dictadura militar, con Menéndez fuera del ejército pero no de la política, dicha misión fue levantada.

Pagados por el Estado nacional, los franceses hicieron traducir los libros del coronel Trinquier, dirigieron cursos y publi-

30 Frondizi promovió la transformación del modelo agroexportador por uno industrial, un proyecto que solo era posible a través del desarrollo de una industria pesada —metalúrgica, pertroquímica, petrolera—, que abastecería con insumos y maquinarias a la industria liviana que había crecido con el peronismo, y al tradicional y oligárquico sector agricologanadero que hasta ese momento era solo exportador de materias primas. Para lograr la modernización del país que impulsaba el líder de la UCRI, el Estado volvía a intervenir en la actividad económica en forma importante —rol que había sido abandonado durante el gobierno liberal de Aramburu-Rojas—, y abría de par en par las fronteras al capital internacional.

caron artículos en la Revista Militar[31]. "Al principio, esto de los franceses chocaba un poco, porque era un empleo no previsto de las tropas. En lugar de tirar al enemigo extranjero tenías que correr a bandoleros en el propio país. Después empezaron a hacer ejercicios y despacito, despacito, fue entrando", reconoce el coronel Rattenbach en su departamento de Retiro. En este sentido, su camarada y amigo Horacio Ballester, testigo y protagonista de aquella propalación doctrinaria que a fines de los 50 contaminó a la oficialidad de la que él era parte, nunca pudo entender por qué Menéndez y el ejército argentino abrazaron como verdad absoluta las enseñanzas de los franceses para combatir al que llamaban "Movimiento Comunista Internacional", algo que para Ballester no existía: "Eran un conglomerado de naciones que si bien tenían en común el sistema comunista de gobierno, solo se mantenían unidos por la presión de la URSS, ya que el marxismo no había hecho desaparecer los sentimientos nacionalistas propios de cada pueblo del mundo" (Ballester, 1996. 67).

Sin embargo, quien conoció a Luciano Benjamín en las aulas del Colegio Militar de la Nación a principios de los 40, confirma que fue con el impulso del coronel Rosas, jefe de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, con quien desarrollaron la operación *Hierro Forjado*: "El fin era reorganizar la división territorial de las Fuerzas Armadas argentinas, y enmarcar a la población de un extremo al otro del país. Esa división en zonas, subzonas, sectores y subsectores, que los franceses habían aplicado en Argelia para aniquilar al FLN de ese país será utilizada por el Ejército y la Marina para hacer ejercicios prácticos a principios de los 60 y en 1976 por la Junta Militar para lanzar lo que llamará su '*Orden de Batalla*'" (Entrevista a Ballester, 2005).

Aprobada en 1958 por el presidente francés, general Charles de Gaulle[32], la "misión argentina" de su ejército había comenzado

31 Según el historiador francés Alain Rouquié, autor de *Poder militar y sociedad política*, una obra de dos tomos muy completa sobre la participación política de FFAA en la historia argentina "a partir de 1958 el número dedicado a la guerra revolucionaria crece regularmente en la revista militar: se pasa de un artículo por número a seis en la edición enero-marzo de 1962. Los autores militares franceses, orfebres en la materia, están ampliamente representados".

32 Héroe de la Resistencia Francesa en la Segunda Guerra Mundial, luego convertido en líder político de ese país europeo, del cual fue varias veces presidente.

su lento pero incisivo trabajo de infiltración ideológica entre los oficiales nativos, que hasta ese momento se habían preparado en la guerra clásica para pelear en un hipotético conflicto armado con Brasil y Chile. Dicha influencia se materializó en octubre de 1961 con la organización en la Escuela de Guerra de Buenos Aires del *Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria*, cuyo director fue el entonces coronel López Aufranc, y de la cual participó el mayor Menéndez, que venía de aprobar un curso de perfeccionamiento en Estados Unidos. En la entrevista que concedió en París a la historiadora Robin, un entusiasta López Aufranc contó los detalles de aquel curso:

—¿Había oficiales de todo el continente, general?

—Sí, de todo el continente, inclusive de los Estados Unidos. Todos los oficiales de América del Norte y del Sur se reunieron en nuestra Escuela Superior de Guerra. Bentresque fue mi más directo colaborador, dijo orgulloso el octogenario general, quien a principios de los 60 y en los años siguientes tendrá a Menéndez como uno de sus subordinados predilectos.

Aunque el peligro atómico era una amenaza latente en el comienzo de la *Guerra Fría* entre Estados Unidos y la Unión Soviética, los franceses convencieron a todas las fuerzas armadas del "campo occidental" de la nueva hipótesis de guerra comunista.

Oficial de Estado Mayor en aquel tiempo, el coronel García recuerda el impacto que causaron estas enseñanzas entre sus camaradas, y principalmente entre su antiguo compañero de Caballería del Colegio Militar: "A fines de los 50 en el Ejército se dio una fuerte discusión sobre para qué tipo de guerra debía prepararse la Argentina. Lamentablemente fue triunfando la que hablaba del 'enemigo interior', a la que Menéndez adhirió como muchos otros. Todos los que aceptaron esta nueva teoría fueron ascendiendo en la estructura de la fuerza" (Entrevista a García, 2006). Según García, los oficiales más anticomunistas decían que el verdadero enemigo era el *marxismo internacional*, "una suerte de organización tenebrosa y fantasmal, que podía ser cualquiera, hasta el que convidaba un mendrugo de pan a un ciruja. Aquel que tuviera inquietudes sociales y se preocupara por los demás, era mal visto. Ahora, esto no fue exclusivo de las Fuerzas Armadas, se

desparramó como una enfermedad entre los sectores empresariales más poderosos, que no querían saber nada con la intervención del Estado en la economía, y principalmente en la iglesia católica, porque el marxismo niega la trascendencia del hombre. Era una lucha ideológica fuerte" (Idem. Ant.).

Para los franceses, derrotados militarmente en Indochina y políticamente en Argelia[33], el imperio soviético no iba a invadir un territorio o país del bloque capitalista, sino que su estrategia política pasaba por "infiltrarse" en los movimientos revolucionarios de América Latina y en los movimientos de liberación nacional de África. A través de organizaciones clandestinas y violentas que controlarían a la población civil y atacarían a las fuerzas regulares "por todos los medios", el comunismo tomaría el poder para transformar de raíz los estados capitalistas y reemplazarlos por otros comunistas que rindieran tributo a Moscú. Hipótesis que Menéndez, como el resto de los oficiales de su generación, incorporará como un dogma sagrado a su análisis geopolítico en los 60, ejecutará con implacable rigor cuando asuma el poder en los '70, defenderá en diferentes ensayos y artículos publicados en la revista militar y en diarios nacionales en los '80 y remarcará, una y otra vez, en los alegatos de los juicios que lo condenaron a prisión perpetua en Córdoba y Tucumán por crímenes de lesa humanidad entre 2008 y 2011.

Sin embargo, como el propio López Aufranc reconoce ante la historiadora Robin, la Argentina de 1959 era un país sin comunistas con poder político, cuyo movimiento obrero, netamente peronista, renegaba del marxismo como herramienta transformadora de la realidad. A pesar de ello, las enseñanzas de los legionarios franceses hipnotizaron a los ideólogos militares argentinos y especialmente al treintañero profesor de *Táctica general* de la Escuela Superior de Guerra. Para él y sus camaradas formados al calor de la nueva doctrina, la *"Tercera Guerra Mundial"* había empezado, pateando toda la estantería continental, con el estallido

33 Aniquilado el FLN en 1958, dos años después el pueblo argelino sería protagonista de masivas manifestaciones pacíficas en reclamo de su libertad. Esas insurrecciones populares llevarán a que el presidente francés, Charles De Gaulle, acepte en 1962 la independencia de esta colonia africana, provocando las más virulentas reacciones de los militares que combatieron en Argelia.

de una pequeña y hasta ese momento intrascendente isla del caribe centroamericano.

La Revolución Cubana impacta al profesor

Aquella histórica foto de los "barbudos" —Fidel Castro, Ernesto Guevara de la Serna, Camilo Cienfuegos— paseándose por el malecón de La Habana el 1 de enero de 1959, rodeados del pueblo cubano en medio de la revolución triunfante, produjo un shock entre los militares argentinos y principalmente en el temperamental mayor Menéndez. Poco tiempo después de que Fidel, el *Che* y el resto de los comandantes empezaron a reinventar el estado popular cubano, el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez comenzó una etapa diferente en su vida militar: como oficial de Estado Mayor fue designado profesor en la Escuela Superior de Guerra de Buenos Aires.

En ese ámbito académico pero esencialmente político a partir de 1930, los sucesos de Cuba no pasaron inadvertidos. Aunque en la isla todavía nadie hablaba de comunismo o socialismo, el discurso antiimperialista de sus líderes puso en alerta a los militares argentinos, que no olvidaban que Frondizi había llegado al poder gracias al peronismo, un movimiento de masas, y temían que este radicalizara sus políticas luego del apoyo público que había hecho a la revolución caribeña, hipótesis que solo podía caber en las afiebradas mentes castrenses argentinas, que desde hacía dos años venían escuchando el predicamento de los instructores franceses, quienes veían en el proceso cubano un clon del Vietmint o el FLN argelino, acusados por los europeos de ser agentes del comunismo internacional. (Robin, 2005)

La discusión sobre Cuba y sus efectos políticos se trasladó a las aulas donde Menéndez dictaba sus clases. Adoctrinados bajo el paraguas de la *escuela francesa*, los oficiales argentinos consideraban que el problema no era el gobierno cubano, sino el impacto que la gesta revolucionaria pudiera alcanzar en el resto de los países latinoamericanos, y principalmente en la Argentina, donde el peronismo tenía prohibida su participación política desde el 16 de septiembre de 1955. No se equivocaban. Después de liderar la *Resistencia Peronista* contra la "Libertadora" hasta que fue apresa-

do, John William Cooke, fugado del penal de Ushuaia[34] y exiliado en Cuba a partir del 59, alentaba en Tucumán el primer foco guerrillero argentino, poniendo en alerta al joven profesor y a los ideólogos anticomunistas del Estado Mayor.

Los Uturuncos

Una veintena de hombres se reunieron decididos en las afueras de la ciudad. La nochebuena del 24 de diciembre de 1959 sería el día del "estallido nacional". Siguiendo las instrucciones acordadas con el resto de los grupos, la señal que daría paso a las operaciones armadas sería el asalto a la comisaría de Frías, al suroeste de la provincia de Santiago del Estero. Antes de copar la posta policial, Manuel Enrique Mena, el "comandante Uturunco", arengó por última vez a sus hombres: "¡Viva el general Perón, carajo!". Y partieron rumbo al objetivo. La tarde estaba al caer y los santiagueños apenas si habían atravesado el umbral de la siesta. A esa hora, el pueblo recién empezaba a recuperarse de su somnolencia tradicional, y los comercios a abrir sus puertas. Como salidos de una película, alrededor de dieciocho "hombres-tigre" entraron armados a la comisaría y redujeron a su personal. El copamiento duró unos minutos, ya que los cinco policías que en ese momento se encontraban en las oficinas ni atinaron a reaccionar. No entendían nada sobre lo que estaba sucediendo, a horas de la Navidad, y mucho menos quiénes podían ser estos veinte tipos armados que vivaban a Perón con uniformes verde oliva y birretes con la sigla MPL (Movimiento Peronista de Liberación). La escena, surrealista para agentes acostumbrados a perseguir ladronzuelos o separar borrachos al amanecer, iba a terminar fugazmente. Después de un breve discurso político, los guerrilleros cargaron las pocas armas y municiones que había en la comisaría, el dinero guardado en uno de los cajones y destruyeron el transmisor para evitar el seguro aviso del copamiento a otras reparticiones policiales de la provincia. Se subieron a una camioneta que abandonaron en el camino y desaparecieron. Cinco días después,

34 La *Revolución Libertadora* lo confinó ahí junto a Jorge Antonio, Héctor Cámpora, Jorge Kelly y otros dirigentes peronistas, cinco de los cuales lograron fugarse hacia Chile en 1957.

la policía tucumana detuvo a uno de los cuatro grupos que intentó iniciar la primera experiencia de guerrilla rural en la Argentina. Entre los detenidos se encontraban su líder, Manuel Mena, alias "gallego", y Félix Francisco Serravalle, "Comandante Puma", responsable del grupo guerrillero de Santiago del Estero.

Como lo recordó cuarenta y nueve años después en el alegato final del juicio que lo condenó a cadena perpetua en Córdoba, el general Menéndez sostuvo que el campamento de los Uturuncos había sido "el comienzo de la *guerra revolucionaria* en el país". Sin ninguna vinculación con Cuba salvo por la estrategia foquista que intentaron desarrollar en los montes tucumanos, los Uturuncos creyeron posible desafiar al gobierno constitucional de Arturo Frondizi, quien, según ellos, había "traicionado" al *General* cuando llegó al poder porque no levantó la proscripción del peronismo como partido político. Fogoneados por Cooke, pensaron que abriendo un foco guerrillero en Tucumán[35] era factible exigir la renuncia de Frondizi, anular los contratos petroleros, devolver la legalidad a la CGT intervenida y lograr el retorno al país de Perón. Pero la historia fue otra: profundas discrepancias internas conspiraron para que el proyecto fracasara a los tres meses de haber comenzado[36].

Viaje al corazón del imperio

"El Mayor Menéndez ha sido el prototipo del oficial profesional del Ejército. Fue un alumno sobresaliente y casi siempre tomó parte en el intercambio de ideas en clase. Estudiaba con mucha dedicación y trató de aprender todo lo que pudo acerca de los Estados Unidos. Para nosotros, ha sido un privilegio tener un

35 La elección de Tucumán obedeció a que el peronismo tenía una fuerte presencia en la provincia, la crisis económica alimentaba constantes estallidos gremiales que "atraería al pueblo a la causa", y las condiciones geográficas eran ideales para desarrollar acciones de este tipo.

36 Una sostiene que Mena se lanzó solo a las operaciones guerrilleras porque no recibió el apoyo que esperaba del general Miguel Ángel Iñiguez, un oficial leal a Perón que debía participar a través de la Central de Operaciones de la Resistencia (COR) vinculada a la derecha peronista. Otros afirman que la guerrilla era exclusiva de obreros y campesinos apadrinados por Cooke, el ala izquierdista del peronismo revolucionario, sin ninguna vinculación con las Fuerzas Armadas.

representante tan destacado del pueblo argentino aquí en Fort Lee"[37], escribió en su informe final, el 1 de junio de 1961, el teniente coronel Bryce J. Torrence, jefe de estudios del Curso de Cuartel Maestre, que Luciano Benjamín aprobó de manera brillante el 17 de mayo de ese año en el fuerte de Virgina, al noreste de Estados Unidos.

Después de dos años y medio de haber estudiado la *doctrina francesa* en el Estado Mayor del ejército y la Escuela Superior de Guerra, Menéndez viajó a mediados de septiembre de 1960 a los Estados Unidos, donde también los instructores franceses habían empezado a dictar sus cursos de contrainsurgencia a las tropas norteamericanas, que no sabían nada del "enemigo interior".

Las clases comenzaban el 26 de ese mes, y hacia Washington partió junto a su mujer, Edith Angélica Abarca, y sus cuatro hijos.

Con el gobierno de la *Revolución "Libertadora"*, las relaciones con la potencia del Norte habían mejorado muchísimo, y no se cortaron durante el gobierno de Frondizi. Todo lo contrario, una de las consecuencias en el ámbito militar de ese vínculo que Estados Unidos se esmeraba en sostener y profundizar, era la realización de cursos de perfeccionamiento en el ejército estadounidense. Los de menor graduación —hasta capitanes— concurrían a la zona del canal de Panamá, mientras que los oficiales jefes iban a las escuelas de perfeccionamiento ubicadas en sus bases continentales.

Apenas se acomodó en su nuevo destino, Menéndez comprobó la exigencia de la rutina militar estadounidense: de lunes a viernes, de la mañana hasta la cinco de la tarde, no hacía otra cosa que estudiar. Recién después de esa hora tenía tiempo libre para conocer la vida norteamericana. Alumno del mismo curso, pero un año después que Menéndez, el coronel Ballester recuerda su paso por Virginia: "El régimen era duro, pero cada pasante extranjero tenía un *sponsor* a su lado, un oficial estadounidense que nos acompañaba y ayudaba en lo que le pidiéramos" (Entrevista con Ballester, 2005). Aunque crítico de muchos aspectos de la sociedad norteamericana, principalmente su vocación imperial, el coronel rescata el valor de la libertad, una virtud que no encontró

37 Legajo militar de Luciano Benjamín Menéndez.

nunca en su ex compañero del Colegio Militar, a quien trató hasta fines de los años 60: "Menéndez siempre fue un nazi, un tipo obtuso, que luego confirmó toda su tiranía" (idem. Ant).

Al igual que Ballester y la mayoría de los oficiales de Estado Mayor, el general Santiago fue otro de los que a principios de los 60 viajó a Estados Unidos a perfeccionarse. En su caso, en el arma de Artillería. Amigo personal de Menéndez desde 1977, cuando fue segundo comandante en el III Cuerpo, recuerda que además de las clases teóricas, los ejercicios en el terreno eran también durísimos: "Nada que ver con el entrenamiento al que estábamos acostumbrados con Luciano en nuestro ejército. Los estadounidenses se preparan para la guerra en serio" (Entrevista con Santiago, 2007). Y, para graficar la idiosincrasia de un pueblo guerrero e imperialista al que tanto a él como a Menéndez les hubiera gustado pertenecer, el octogenario general relata una anécdota: "Un día salimos a hacer unos ejercicios en la montaña. No llevábamos otro equipaje que nuestro uniforme. Ni agua, ni comida, ni nada. Así, un día entero. Cuando ya estábamos muertos de cansancio y de hambre, todos mojados porque había llovido, me acerqué al coronel que oficiaba de jefe de la instrucción, y le dije: 'coronel, no podemos seguir así, cagados de hambre y de frío, todos empapados'. Y el coronel me contestó: '¡los estamos entrenando para la guerra soldado, y en la guerra hay que estar preparado para superar situaciones límites!'. Tenía razón, porque a los soldados no se los puede preparar cuando la guerra está en marcha, hay que hacerlo en tiempos de paz, durante la guerra ya es tarde. Por eso los yanquis son el mejor ejército del mundo", dice Santiago.

Aunque las palabras del teniente coronel Bryce J. Torrence eran elocuentes sobre el desempeño que había alcanzado en junio del 61 su "alumno sobresaliente" en Fort Lee, las de Robert Mc Namara[38], secretario de Defensa de Jhon Fitzerald Kennedy y Lyndon Johnson durante la guerra de Vietnam, definen la importancia estratégica que para Estados Unidos tenían los cursos de perfeccionamiento de los que participaron Menéndez y el resto de

38 Fue acusado por distintos gobiernos europeos de "criminal de guerra", principalmente por su cargo de Secretario de Defensa entre 1961 y 1968, durante la Guerra de Vietnam. Falleció por causas naturales el 6 de julio de 2009.

los camaradas que después asaltarían el poder político en los 70 para derrocar a Isabel Perón.

En los albores de la guerra anticomunista mundial, McNamara afirmaba: "Probablemente el mayor rendimiento en nuestras inversiones de ayuda militar proviene del adiestramiento de oficiales seleccionados y de especialistas claves en nuestras escuelas militares y sus centros de adiestramiento en los Estados Unidos y ultramar. Estos estudiantes son seleccionados cuidadosamente por sus países para convertirse en instructores cuando regresen. Son líderes del futuro, los hombres que dispondrán de pericia y la impartirán a sus Fuerzas Armadas. No es necesario que me detenga a explicar el valor que tiene disponer en cargos de dirección a hombres con un conocimiento de primera mano de cómo los norteamericanos actúan y piensan. Para nosotros no tiene precio hacernos amigos de estos hombres" (Pigna, 2005: 110). Para Menéndez tampoco. El *Proceso de Reorganización Nacional* del cual sería un pilar fundamental confirmaría que McNamara no se equivocaba.

Frondizi "comunista"

Recién dos años después de haber hecho la revolución y afianzado su poder popular con reforma agraria incluida, Cuba se declaró comunista. Su alineamiento con la URSS significaba para los analistas y estrategas militares el desembarco soviético en suelo americano. La "infiltración roja", que los franceses habían advertido cuatro años antes desde el Estado Mayor, eran un hecho para el joven Menéndez cuando leyó a Fidel Castro confirmar que "Cuba era comunista", y escuchó el discurso que el *Che* pronunció en la Cumbre de la OEA en Punta del Este. Desde el coqueto balneario uruguayo, el 16 de agosto de 1961 Guevara anticipó el fracaso de la *Alianza para el Progreso*[39] que Estados Unidos proponía para frenar el auge de la revolución cubana, y aseguró, entre otras cosas, que "la democracia solo existirá en América Latina cuan-

39 Ideado por el presidente Kennedy en 1961 para frenar el avance del comunismo en América Latina, Estados Unidos ofreció créditos por 21 mil millones de dólares en diez años a todos los países miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA). Sin embargo, esta suerte de *Plan Marshall* latino apenas si se cumplió en un 10 por ciento.

do los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos por el hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos a la más ominosa impotencia". Cuando el *Che* dijo eso, el peronismo seguía proscripto en la Argentina por absoluta imposición del poder militar.

Los temores del teniente coronel Luciano Benjamín Menéndez, como los del resto de sus camaradas, se profundizaron cuando al finalizar la Cumbre, Guevara cruzó el Río de la Plata para entrevistarse en secreto con Arturo Frondizi. Seguro de que iba a ser imposible ocultar semejante visita, el Presidente blanqueó su encuentro con el líder revolucionario, que fue duramente criticado por las FF.AA. En la quinta presidencial de Olivos, el Jefe de Estado argentino y el Canciller cubano dialogaron alrededor de una hora y media. Además de las "cuestiones de Estado" —Argentina todavía no había roto relaciones con Cuba—, Frondizi y el *Che* hablaron de marxismo, ideología de la cual el presidente argentino sabía bastante. Para un gobierno que vivía con los ojos militares en la nuca, en plena psicosis anticomunista, la jugada era tan audaz como peligrosa.

Desde su puesto en el Estado Mayor de aquel ejército en plena transformación doctrinaria, el coronel García recuerda una anécdota que describe a la perfección el impacto que el famoso encuentro provocó en los sectores más reaccionarios del Ejército: "Como yo era jefe de curso en el Colegio Militar, un día me llama Rómulo Menéndez, primo segundo de Luciano, porque su padre, el general Benjamín Andrés Menéndez, quería hablar conmigo. Cuando lo veo, lo primero que me dice, envenenado, fue: '¡pero cómo todavía no se han sublevado contra Frondizi, que trajo a este Guevara al país, no se dan cuenta que Frondizi es comunista!'. Imagínese la miopía de esta gente, que no podían percibir que Frondizi era un tipo del sistema norteamericano totalmente. Un hombre de la Alianza para el Progreso, que firmó con Kennedy todos los acuerdos para desarrollar el capitalismo en la Argentina, y que impulsó como ningún otro presidente la radicación de capitales extranjeros en el país. Sin embargo, el tío Benjamín, su hijo, su sobrino nieto y la mayoría de los oficiales argentinos de ese momento no lo podían entender, decían que era 'aliado del movimiento marxista internacional, una organización muy poderosa'.

Lo mismo dijeron después de Alfonsín o de Kirchner, un disparate absoluto" (Entrevista a García, 2007)

Un mes y medio antes de aquella memorable cumbre americana que desencadenó la ruptura de las relaciones argentinas con Cuba por presión de las Fuerzas Armadas, el mayor Menéndez regresó a la Argentina como jefe de Operaciones en el Estado Mayor General del Ejército, y fue ascendido a teniente coronel el 31 de diciembre de 1961. Después de su estadía en Fort Lee, donde pudo conocer el estilo de vida de la potencia del Norte, su defensa del "mundo occidental y cristiano" fue absoluta. Para Menéndez no cabían dudas: Estados Unidos era el gendarme mundial de un modelo social, político y económico que defendía con la misma intensidad con la que rechazaba el comunismo, que en 1960 se había dividido en dos grandes polos: Moscú y Pekín[40]. Con esta lógica binaria de la política planetaria, la Argentina era para Menéndez un bastión del "mundo libre" capitalista. El mismo mundo que había apoyado y apoyaría cada una de las intervenciones militares para derrocar gobiernos "excesivamente libres" para sus intereses.

Señalada por el Pentágono como el cáncer de América Latina, Cuba era un peligro para los jefes militares argentinos. La épica de su revolución, encarnada sobre todo en la figura del *Che*, había sacudido América Latina y contagiado a miles de jóvenes del mundo entero, quienes veían en la experiencia cubana el modelo de lucha contra el imperialismo explotador, que cosechaba injusticia y hambre en la mayoría de los países latinoamericanos. Aunque la Argentina era un caso distinto, con una clase media importante y una industria en pleno desarrollo bajo el gobierno de Frondizi, los militares temían que el comunismo fuera una alternativa política en un país donde sus trabajadores eran esencialmente peronistas, pero sin representación política. Frondizi no había derogado el decreto 4161 de Aramburu, que prohibía cualquier identificación con el peronismo y fue el primer presidente constitucional en poner en marcha el Plan Conintes, que en 1960

40 Mao no compartía la política de "coexistencia pacífica" que Nikita Kruschev, el líder soviético después de la muerte de Stalin en 1953, proponía para evitar el estallido atómico con Estados Unidos, y rompió con la URSS.

autorizó la primera intervención directa de las Fuerzas Armadas para reprimir un conflicto gremial.

La insurrección sindical y la violencia armada que Cooke alentaba en los trabajadores inquietaban al teniente coronel Menéndez y a un sector importante del Ejército, que pensaban que el movimiento obrero podía radicalizarse y convertirse al comunismo. Con la *Revolución Cubana* todavía incandescente, la ilegalidad del peronismo era una caldera a punto de estallar. Frondizi lo sabía. Nada podía sembrar más violencia que mantenerlo proscripto. Para contener el descontento que se había insinuado en el 59 con los Uturuncos, cuatro años después de su pacto con Perón, Frondizi cumplió su palabra y autorizó a que en las elecciones provinciales del 18 de marzo de 1962 esta fuerza política participara de la contienda, aunque con otro nombre y otros símbolos. Como temían los generales y almirantes, los candidatos peronistas ganaron en diez provincias, entre ellas Buenos Aires, que postuló al gremialista textil Andrés Framini como gobernador.

Amenazado una vez más por las FF.AA, quienes le habían hecho un planteo militar por mes, presionado por los grupos de poder, Frondizi retrocedió y anuló con un decreto el resultado electoral. Pero ya era tarde. El triunfo del peronismo había sido un desafío imperdonable para la Sociedad Rural y la Unión Industrial Argentina que manejaba Bunge y Born —los dueños del país junto a las empresas británicas—, pero sobre todo para sus garantes nacionales, los militares, enemigos declarados del Presidente desde el primer día que pisó la Casa Rosada.

El desenlace podía adivinarse: el 29 de marzo de 1962 Frondizi fue desalojado del poder a través de un golpe de Estado, encabezado por los sectores más antiperonistas del Ejército. El presidente "democrático y ejemplar" que Menéndez rescató en su alegato en los juicios que lo condenaron en 2008 en Córdoba y Tucumán, era una víctima más de la falta de visión y apego a la Constitución de los militares argentinos, del cual él era, en 1962, un prominente soldado.

Azules y Colorados, o quién era más antiperonista

Un mes después del golpe contra Frondizi, Menéndez continuó sus servicios en la Secretaría de Guerra. Como oficial de

Estado Mayor en el organismo que con Onganía se transformaría en el Ministerio de Defensa, el flamante teniente coronel veía con desazón el clima que se respiraba en el Ejército. La Secretaría de Guerra era el nexo entre el poder castrense y el poder civil, y a pesar de su juventud Menéndez no escapaba a las discusiones que se daban entre el bando "legalista" y el "revolucionario". Tensiones que nacieron el mismísimo 1 de mayo de 1958, cuando Aramburu le calzó la banda presidencial a Frondizi, y que no dejaron de profundizarse hasta que estallaron, cuatro años después, en el primer enfrentamiento armado entre dos sectores de las mismas FF.AA, que pusieron al país al borde de la guerra civil y enfrentó a Videla con su entrañable amigo: "Azules y colorados, estábamos en otros destinos. Yo era colorado y Menéndez era azul, un poco porque la Caballería era azul, fundamentalmente Onganía. Los colorados, los infantes, creíamos que éramos más antiperonistas que los azules. Si usted me pregunta hoy qué sentido tenía ser colorado o azul, ninguno. Eso fue invento de Frondizi. Pobre Frondizi. Con el tiempo aprendí a respetarlo. Un hombre que tuvo veintidós o veinticuatro planteos militares que le hicieron la vida imposible, es el hombre que con más fervor defendió la gesta de las fuerzas armadas... Pero bueno, en ese momento fue así la cosa", dice Videla, en un ataque de honestidad brutal.

Para no aparecer ante la opinión pública como golpistas profesionales, el Ejército presionó a la Unión Cívica Radical del Pueblo para que uno de sus hombres asumiera la presidencia de la Nación en forma interina. Derrocado Frondizi, con el peronismo proscripto, el único en condiciones de agarrar el sartén por el mango era Ricardo Balbín. Pero el líder radical se negó. La negativa del caudillo hizo que la responsabilidad recayera en el presidente del Senado, José María Guido, quien después de resistir todo lo que pudo su designación —hasta se había escondido para que no lo encontraran—, no tuvo más remedio que asumir como Presidente de la Nación hasta que los militares, auténticos dueños de la situación política, decidieran qué hacer con el país.

Mientras el sector más liberal, heredero de la "Libertadora", proponía una dictadura militar que extirpara cualquier vestigio peronista, el sector autodenominado "legalista" decía que había que volver a la constitucionalidad en el lapso más breve posible,

con el peronismo inserto en el sistema democrático. Aunque sin Perón, claro.

Liderados por el general Juan Carlos Onganía, este sector creía que un nuevo gobierno militar no haría más que alentar la ola revolucionaria que sacudía al mundo, y favorecería que el comunismo penetrara entre estudiantes absorbidos por las experiencias cubanas, argelinas y vietnamitas y cooptara a una masa peronista cada día más descontenta por la ilegalidad de su partido. En septiembre del 62, luego de una serie de amenazas entre los distintos bandos, la interna militar estalló: "Onganía se fue a Campo de Mayo y convocó a todos los que quisieran seguirlo. La mayoría eran oficiales de Estado Mayor. El que iba era *azul* y el que no, *colorado*", recuerda en la entrevista del 2007 el coronel Rattenbach, quien como Menéndez fue uno de los tantos que marcharon hacia el Palomar para sumarse a las tropas del líder de la Caballería.

Luego de varios días de combate, los *azules* derrotaron a los *colorados*. El 22 de septiembre, Mariano Grondona, un periodista ligado a las FF.AA, redactó junto al coronel Julio Aguirre el comunicado 150, cuyos fragmentos más importantes decían: "Las fuerzas rebeldes de Campo de Mayo exigen la realización de elecciones mediante un régimen que asegure a todos los sectores la participación en la vida nacional, que impida que algunos de ellos obtengan por medio de métodos electorales que no responden a la realidad del país el monopolio artificial de la vida política (...) y que asegura la imposibilidad del retorno a épocas ya superadas (...). Creemos que las Fuerzas Armadas no deben gobernar, deben, por el contrario, estar sometidas al poder civil (...). Ellas garantizan el pacto constitucional que nos legaron nuestros antecesores y tienen el sagrado deber de prevenir y contener cualquier empresa totalitaria que surja en el país" (Pigna, 2005: 87).

En realidad, como reconoce Videla en el living de su casa, los dos sectores eran antiperonistas, solo que en distinta forma. Para los *colorados*, de estrechas relaciones con el radicalismo balbinista, el peronismo era un "movimiento sectario y violento que podría dar lugar al comunismo". Por el contrario, los *azules* creían que, "a pesar de sus excesos y abusos, el peronismo era una fuer-

za nacional y cristiana que había permitido a la clase obrera no volcarse hacia el comunismo" (Pigna, 2005: 86). Para el grupo que integraba el teniente coronel Menéndez, el movimiento peronista era, de alguna forma, un dique de contención frente a la marea roja que había penetrado en los sectores más pobres y postergados de otros países de la región, en un proceso similar al que había generado el peronismo en la Argentina a partir de 1944.

El 26 de octubre, cuando las bombas todavía humeaban en la Capital Federal, Luciano Benjamín fue nombrado ayudante de campo de la estratégica Secretaría de Guerra, cuyo titular era su tío abuelo, el prestigioso general Benjamín Rattenbach, padre de Agustín. Como nunca había participado de los fragotes y conspiraciones que habían caracterizado los últimos treinta años del ejército, y tampoco tomado partido en el enfrentamiento entre *azules* y *colorados*, Onganía le propuso ser ministro de Guerra, para asegurar la transición hasta la asunción del nuevo gobierno constitucional. El rol, netamente político, necesitaba de gente de confianza y entonces Rattenbach pensó en su sobrino. "Cuando terminan los combates entre *azules* y *colorados*, mi viejo se hace cargo del ejército y se lo lleva a Menéndez como uno de sus tres ayudantes", cuenta Agustín Rattenbach en la entrevista del 2007. "El cargo era una especie de 'corre y dile', un oficial que tenía que estar a disposición del ministro todo el tiempo. Como el servicio se cumplía las veinticuatro horas del día, había tres ayudantes", dice Rattenbach hijo. Según él, "cada vez que mi papá viajaba se llevaba a alguno de sus tres asistentes personales, que eran todos oficiales de gran jerarquía. A esa altura Menéndez era teniente coronel y oficial de Estado Mayor".

A fines del 62 y principios del 63, la rutina de Luciano Benjamín transcurría en el tercer piso del edificio Libertador, donde funcionaba la oficina del ministro, o acompañándolo a donde este se dirigiera. "En realidad, el ministerio era todo el edificio", dice Agustín, que se veía seguido con su primo segundo: "Menéndez trabajaba en el tercer piso y yo bajaba a tomar mate con él, medio a las escondidas". Una de las pocas veces que Rattenbach sonreirá para recordar a Luciano, será para contar aquella anécdota: "Delante del escritorio del ayudante había una especie de placar grande, medio disimulado, a donde él escondía

el termo. Entonces yo, cada tanto, bajaba y nos poníamos a charlar un rato".

Muchos años después de aquellas mateadas, en su departamento del barrio porteño de Retiro, Agustín Rattenbach acepta un diálogo sobre su primo segundo:

—¿Hablaban de política?

—No, no, de política nada, porque mi viejo era ministro de Guerra y yo no quería hacer de vocero. Y, después, porque Luciano tenía una función nada que ver con la política, era una función de asistencia.

—¿Y de qué hablaban?

—De cualquier cosa. Además, yo sabía de su pensamiento, ya lo conocía de antes, por eso no hablaba de política con él. Pero él tampoco manifestaba opiniones políticas, eh.

—¿La relación entre ustedes era buena?

—Sí, porque éramos primos, ¡qué íbamos a hacer!, uno a los primos no los elige. —¿Ser ayudante significaba una posibilidad de ascenso?

—No, no, pero era una responsabilidad bastante complicada. El ayudante debía manejar claves, un lenguaje especial, que le permitía al ministro de Guerra comunicarse sin que nadie supiera qué decía. Además, para evitar que la comunicación pudiera ser interceptada, las claves se cambiaban cada quince días, por eso digo que el trabajo de ayudante era importante.

A pesar del anuncio del presidente Guido de llamar a elecciones generales para octubre del 63, las tensiones en el Ejército no habían desaparecido, ni mucho menos. En abril, luego de una violenta proclama revolucionaria firmada por el general retirado Benjamín Menéndez, los *colorados* se alzaron contra el gobierno nacional con el apoyo completo de la Marina. Como había ocurrido seis meses atrás, los rebeldes fueron derrotados por las tropas *azules* en una lucha que costó decenas de soldados muertos, y los principales cabecillas sediciosos fueron arrestados, entre ellos el ex vicepresidente de la "Libertadora", almirante Isaac Rojas, y el mencionado tío abuelo de Luciano, un personaje que apoyado

por el sector más liberal de las Fuerzas Armadas y buena parte del establishment económico y el radicalismo balbinista se postulaba como candidato presidencial de un hipotético gobierno cívico-militar. Pero como en el 51, cuando se había levantado contra Perón, la aventura golpista del "viejo" Menéndez fracasó. No así su proyecto político: a pesar de la victoria que llevó al general Onganía a la cima del Ejército y al control del mismo, las elecciones de octubre se llevarían a cabo pero con una ominosa salvedad: el peronismo seguiría proscripto.

El "foco" de América Latina

El *Che* Guevara jamás imaginó que Arturo Illia iba a ser presidente de los argentinos. Después del golpe contra Frondizi, el guerrillero argentino-cubano, que promovía la revolución mundial para derrotar al imperialismo yanqui y al stalinismo soviético, pensaba que el sistema político del país donde había nacido treinta y cinco años atrás se cerraría en torno al partido militar[41], al cual Menéndez adhería por herencia familiar y convicción ideológica.

Salvando los diez años de gobierno peronista, la alianza entre la oligarquía terrateniente, los grandes industriales y las FF.AA había gobernado la Argentina desde 1930 en adelante, y no había razones para pensar que esa situación fuera a cambiar después del golpe contra Frondizi. Mucho menos si el jefe del Ejército era un antimarxista visceral como Onganía, que había adherido a la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada desde la academia de West Point, la meca del poder militar estadounidense, en donde se había graduado.

Mientras el ejército de Menéndez se afianzaba como la principal fuente de poder político, Guevara creía que la represión encarnada por éstos en el ejercicio mismo del gobierno o desde la sombras, era el mejor caldo de cultivo para lanzar el proyecto revolucionario en la Argentina. Pero los hechos no ocurrieron como pensaba el jefe guerrillero, que en 1963 pasaba por su momento de apogeo mundial: el 12 de octubre, en una elección pseudolegal, en la cual el peronismo no pudo participar porque el ministro

41 Aunque nunca existió una fuerza política con ese nombre, se denominaba así al poder y la influencia que las Fuerzas Armadas tendrían en el sistema político argentino entre 1930 y 1983.

del Interior de Guido, general Osiris Villegas[42] lo había prohibido, Illia, candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo, ganó con el 25 por ciento de los votos, seguido por el voto en blanco, que obtuvo el 20, luego de que la masa peronista obedeciera las órdenes de su líder exiliado en el Madrid de Franco[43] desde 1960.

El 31 de mayo del 63, cinco meses antes de que Arturo Illia fuera presidente, el teniente coronel Luciano Benjamín Menéndez dejó la Secretaría de Guerra y pasó al Comando en Jefe del Ejército como oficial de Estado Mayor. Con excelentes calificaciones de sus superiores, había llegado al máximo estamento militar que conducía el victorioso general de los *azules*, el teniente general Juan Carlos Onganía, jefe indiscutido del ejército después de los enfrentamientos de septiembre del 62 y abril del 63.

En los dos años que estuvo en la comandancia de la fuerza, Menéndez no hizo más que cosechar elogios y felicitaciones por su trabajo: "Fue sobresaliente su desempeño como jefe del Departamento Organización, destacándose por su inteligencia, independencia de juicio, profundos conocimientos profesionales, entusiasmo por las tareas y sentido de la responsabilidad. Es un jefe que se desea tener como subordinado", escribió el experto antisubversivo, coronel Alcides López Aufranc, en el legajo personal de Menéndez, a quien recomendó para que siguiera su carrera en el Comando en Jefe. Dicho informe, fechado el 15 de octubre de 1965, estaba firmado y sellado por el general de Brigada Alejandro Agustín Lanusse, que decía de él: "Se destaca entre sus pares por su inteligencia, capacidad profesional, corrección y firmeza de carácter".

Oficiales de gran prestigio en el Estado Mayor de Onganía, Lanusse y López Aufranc empezarán a perfilarse como los líderes y referentes de una institución que no dejará de participar en política, aunque sus generales no estén al frente del Ejecutivo nacional. Dos años después, en un mundo puesto patas arriba, la ca-

42 Durante la década del '60, Villegas fue uno de los ideólogos más importantes de la guerra antisubversiva, escribiendo infinidad de artículos en la revista militar y un libro titulado "Guerra revolucionaria comunista".

43 Líder de los falangistas en la Guerra Civil Española, "el Caudillo", como se lo apodaba, gobernó ese país a través de una sangrienta dictadura entre 1938 y 1973. Murió en noviembre de 1975.

rrera del teniente coronel Menéndez era digna de envidia: el 15 de diciembre, con treinta y ocho años de edad fue nombrado Jefe del Regimiento 2 de Tiradores de Caballería Blindada *Lanceros General Paz*, en Olavarría, una de las dos unidades de combate más poderosas del Ejército.

En el marco de una institución politizada hasta la médula, el oficial "ejemplar", padre de cinco hijos, luego del nacimiento en agosto del 62 de su segunda niña, María Victoria, recorría un camino firme y profesionalmente sin sobresaltos.

Tutelada por los militares, la débil e inesperada democracia argentina sería catastrófica para los proyectos revolucionarios del *Che*, que ya se habían puesto en marcha en el norte del país para beneficio no del pueblo al que venían a liberar, sino para el de sus enemigos acérrimos, uno de los cuales había asumido como flamante jefe del regimiento de Olavarría.

Conducidos por Jorge Masetti[44], dieciocho combatientes del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) se internaron en la selva salteña, cerca de la ciudad de Orán. Con la estrategia del foco que Guevara propiciaba para iniciar la guerrilla rural, las primeras acciones fueron el reconocimiento del lugar, el adiestramiento militar y las discusiones político-ideológicas. Aunque la mayoría se definían como "marxistas" y "revolucionarios" (Díaz Bessone, 1996), las diferencias sobre cómo conducir la lucha provocaron deserciones, el fusilamiento de dos de sus hombres por razones nunca explicadas, y su posterior disolución.

Un año después de vivir en la selva sin haber disparado un solo tiro contra las fuerzas enemigas, efectivos de la policía salteña y de Gendarmería capturaron a los que todavía seguían vivos. Algunos murieron, otros fueron arrestados y condenados a prisión perpetua por la justicia federal, y el "Comandante Segundo", como se lo identificaba a Massetti (el *Che* era el primero) desapareció sin conocerse hasta hoy qué pasó con él. Si se fugó o lo mató la Gendarmería, es parte del misterio que encierra aquella aventura revolucionaria. Lo único concreto es que el cuerpo de Masetti nunca apareció.

44 Conoció al *Che* trabajando como periodista en la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*.

Desde su puesto en el Comando en Jefe del Ejército, junto a Onganía, López Aufranc y Lanusse, Menéndez pensaba que el EGP no era solo una amenaza militar, sino el embrión del huracán que azotaría a la Argentina en los siguientes diez años. Por eso, en marzo de 1986, cuando el Consuffaa lo indagó por su actuación en la represión ilegal de los años 70, apeló a las palabras del ministro del Interior de Illia, Miguel Zavala Ortiz, para explicar los hechos que conmovieron al país y consolidaron entre los militares y políticos más reaccionarios la idea de que la Argentina era un campo de batalla de la Guerra Fría: "La existencia de un poder destructivo tan extraordinario como el que surge de la energía atómica ha determinado que la competencia se derivase a otro método, el de la guerra revolucionaria, guerra no declarada, silenciosa, pero guerra inexorable, global y permanente.... El comunismo se establece en Cuba, se implanta como una organización revolucionaria, hay una guerra revolucionaria declarada a las organizaciones, a las repúblicas, a las democracias y a las no democracias vigentes en Latinoamérica, y contra esa situación tendremos que tomar medidas correspondientes". Las medidas no las tomaría quien el 16 de junio de 1955, siendo piloto de la aviación militar, había arrojado nueve toneladas de bombas sobre los civiles en Plaza de Mayo para matar a Perón, sino quienes derrocaron a Illia en 1966, y no precisamente para bien del país.

Sin embargo, en 1986, dos décadas después del golpe de Onganía, Menéndez insistía en la tesis de la infiltración comunista, que esmerilaba la proscripción del peronismo y la influencia militar en la vida política e institucional del país: "Ya en el 64 los subversivos habían atacado la Nación para instaurar un sistema comunista, ajeno a nuestro modo de vida, a nuestra tradición y cultura"[45]. La justificación de su teoría siguió en 1998, desde las páginas de la revista militar, donde contradictoriamente rescató las acciones del gobierno radical que su amado ejército derrocó por ser "excesiva y peligrosamente libre" a los intereses castrenses: "Aquellos gobernantes democráticos habían comprendido con claridad las características de la nueva *guerra revolucionaria*

45 Declaración de Menéndez ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa) el 11 de marzo de 1986.

que el comunismo había lanzado sobre nuestro país. Dicho sea de paso, la reestructuración del ejército del año 1964, aprobada por decreto del presidente Illia, tuvo precisamente por finalidad redistribuir la fuerza y organizarla para enfrentar la *guerra revolucionaria* que ya era un hecho en el mundo y estaba comenzando en nuestra Patria".

Esta lectura, que Menéndez y los oficiales del Estado Mayor hicieron en 1964 sobre el proyecto guerrillero —esta vez sí promovido por Guevara y no por el Partido Comunista Cubano, con quien empezaba a chocar—, resultaba obvio aunque equivocado: más que ser "el segundo episodio de la *guerra revolucionaria* en la Argentina", el EGP resultó una aventura suicida, en un contexto sociopolítico que no coincidía con el análisis que el *Che* y sus seguidores habían trazado para el país, y que sería muy bien aprovechado por los conspiradores del orden democrático.

Onganía, la Caballería al poder

A pesar de su tranco cansino y provinciano, propio de su Pergamino natal, Arturo Illia había demostrado que le sobraba autoridad y decisión política para gobernar la Argentina. A los diez días de asumir anuló los contratos petroleros que Frondizi había impulsado en beneficio de las empresas extranjeras, dinamizó la economía aumentando un diez por ciento el Producto Bruto Interno (PBI) en 1964, atendió como ningún otro presidente las áreas de Salud y Educación, y mejoró el nivel académico de las universidades con un clima de libertad absoluto en materia de pensamiento. En política exterior, defendió la idea de autodeterminación de los pueblos, la no intervención extranjera en los asuntos internos de los estados y se negó a mandar tropas cuando Estados Unidos invadió Santo Domingo el 28 de abril de 1965, ganándose el primer enfrentamiento con Onganía, que venía de aplaudir en el Pentágono la *Doctrina de Seguridad Nacional*. Además, aunque la prensa lo atacaba sin piedad y lo tildaba de "tortuga", Illia nunca utilizó la propaganda para hacer política, sancionó una nueva Ley de Medicamentos en favor de la industria farmacéutica nacional e intentó, sin suerte, al igual que Frondizi, legalizar el peronismo en las elecciones legislativas de 1965 (Pigna, 2005).

Enfrentado a los grupos más poderosos del país, combatido arteramente por Augusto Timoteo Vandor, líder de la CGT que promovía un "peronismo sin Perón" en alianza con sectores del Ejército, el presidente radical tenía las horas contadas y su final parecía irreversible.

El 3 de enero de 1966 llegaron a Cuba dirigentes de los partidos comunistas de Asia, África y América Latina, con el objetivo de inaugurar en La Habana la primera reunión de la Conferencia Tricontinental. Como apunta Menéndez en 1986 a sus camaradas del Consuffaaa, la reunión buscaba "unir, coordinar e impulsar la lucha contra el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo encabezado por los Estados Unidos, prestar efectivo apoyo a los Movimientos de Liberación Nacional en los tres continentes, utilizando todos los medios a su alcance, y sostener la lucha revolucionaria como un derecho imprescriptible e inalienable de los pueblos contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo".

Impactados por lo que impulsaba el régimen de Castro en el llamado "Tercer Mundo", los altos mandos del Ejército empezaron a madurar las enseñanzas que De Naurois había explicitado en el 58 en la Escuela de Guerra donde Menéndez había sido profesor: el control político del gobierno para atacar la "subversión". La traducción a la nueva realidad podía adivinarse: el golpe de Estado en contra del "democrático y ejemplar" presidente Illia, como Menéndez lo recordó en el juicio que lo condenó en Córdoba en 2008, se ponía en marcha. El cuarto en veinte años. Onganía, cerebro de la movida palaciega que tuvo en el general Juan Pistarini la cara visible, lo justificaría diciendo que el cordobés era "lento", que "no se movía", que "tenía una política equivocada internacionalmente" —caso Santo Domingo y China—, que "las universidades estaban llenas de comunistas", que "el gobierno estaba infiltrado", que "era inoperante", que "los contratos petroleros perjudicaban al país", que "la ley Oñativia de medicamentos era nefasta" y que "nos iba a poner de enemigos a todos" (Pigna, 2005: 103). En definitiva, que había que voltearlo.

Con un consenso civil y militar que ningún otro golpe de Estado tendría —ni siquiera el de 1976— en la historia argentina,

a las cinco de la mañana del 28 de junio de 1966 irrumpieron en el despacho presidencial el general Julio Alzogaray y los coroneles Perlinger, González, Miatello, Prémoli y Corbetta. Reconstruido por Felipe Pigna en su libro *Lo Pasado Pensado*, el diálogo entre los golpistas y el presidente sintetiza el funcionamiento institucional de la Argentina de entonces, y preanuncia el sombrío futuro nacional que Menéndez y su ejército ayudarían a forjar con una necedad imperdonable:

—Soy el general Alzogaray y vengo a cumplir órdenes del comandante en jefe.

—El comandante en jefe soy yo. Mi autoridad emana de la constitución que nosotros hemos cumplido y que usted ha jurado cumplir. A lo sumo, usted es un general sublevado.

—En representación de las Fuerzas Armadas, vengo a pedirle que abandone este despacho.

—Usted no representa a las Fuerzas Armadas, solo representa a un grupo de insurrectos. Usted y quienes lo acompañan actúan como salteadores nocturnos, que, como los bandidos, aparecen de madrugada.

—Lo invito a retirarse. No me obligue a utilizar la violencia.

—¿De qué violencia me habla? La violencia la acaban de desatar ustedes. El país les recriminará siempre esta usurpación. El único jefe supremo de las Fuerzas Armadas soy yo, ustedes son los insurrectos. ¡Retírese!

Siguiendo el relato de Pigna, a la hora, ya sin Alzogaray, los coroneles encabezados por Perlinger regresaron a plantear el ultimátum:

—Doctor Illia, en nombre de las Fuerzas Armadas vengo a decirle que está usted destituido.

—Traiga esas fuerzas.

(Perlinger se retira y regresa a las 7 y 25 con doce integrantes de la Guardia de la Policía Federal).

—Yo sé que su conciencia le va a reprochar lo que está haciendo.

—Usaremos la fuerza.

—Es lo único que tienen (Pigna, 2005: 103 y 104).

A la tarde de ese 28 de junio, en una ceremonia a la que asistieron la plana mayor de las tres fuerzas armadas, la jerarquía de la iglesia católica, los más importantes dirigentes de distintos partidos políticos —incluidos algunos radicales del partido destituido—, empresarios de todo calibre, autoridades diplomáticas y los más encumbrados dirigentes sindicales encabezados por Vandor, el teniente general Juan Carlos Onganía entró de la mano del vicario castrense, Antonio Caggiano[46], y juró como presidente de la Nación mientras el "viejo" Illia dejaba en soledad el cargo para volver a su casa con lo que llevaba puesto.

El poder militar asumía oficialmente las riendas de un país que hacía veinte años controlaba. La "Revolución Argentina", como denominaron los "salteadores nocturnos" al nuevo golpe de Estado, se ponía en marcha con un clarísimo objetivo: extirpar el marxismo de la sociedad argentina (Lanusse, 1977).

Los caciques militares lo justificaron diciendo que los partidos políticos eran viejas estructuras que no representaban a nadie y que "no tenían vocación ni posibilidad de frenar el comunismo" (Lanusse, 1977). Para el poder militar del cual Menéndez empezaba a ser un engranaje importante, la *Revolución Cubana* había sido una luz de alerta de la "infiltración comunista en las mentes de nuestros jóvenes", y el *Che* Guevara un icono de rebeldía y lucha imposible de acallar para jóvenes que querían dar vuelta la tortilla, sacudir al establishment, romper los valores de una cultura agotada y un capitalismo en crisis. Para esa juventud, los sindicatos peronistas no eran un ejemplo, porque muchos de ellos estaban corrompidos por los burócratas socios del régimen. La política estaba en otro lado, y los métodos eran mucho más violentos y radicales. Así estaba el mundo en los '60, convulsionado, en erupción permanente. Argelia, el Congo, Vietnam, Cuba, el IRA, la ETA, el Mayo Francés, Woodstock y el movimiento pacifista en EE.UU, son ejemplos de quiebre y liberación. Política, económica, cultural, militar.

46 Según los cuatro tomos que Horacio Vertbisky escribió sobre el rol político de la iglesia católica entre 1884 y 1983. Caggiano fue la figura más importante e influyente de la curia argentina del siglo veinte, y uno de los impulsores del integrismo católico que penetró como un virus en nuestras Fuerzas Armadas en los años '60 y que diez años después bendeciría los métodos de la represión ilegal durante la dictadura.

Sin embargo, para Onganía, Menéndez y los centuriones occidentales que controlaban el país, todos estos hechos eran capítulos de la *"Tercera Guerra Mundial"*.

Junio de 2008, Córdoba

Como cada vez que el Tribunal abría la sesión y daba por comenzada la audiencia, el general Menéndez hacía uso de la palabra y pedía retirarse de la sala. No toleraba escuchar el horror que relataban los testigos que treinta años antes habían sido sus víctimas en la *guerra antisubversiva* que comandó al frente del III Cuerpo de Ejército. El público, que en la mayoría de las audiencias colmó la capacidad del lugar, seguía con desprecio el trayecto que el canoso general de cejas exuberantes y rostro ojeroso cumplía a rajatabla, en una clara muestra de indiferencia por el estado de derecho que él había negado a sus enemigos.

Con sus ochenta y un años bien puestos y una sorprendente motricidad, todas las mañanas Menéndez se levantaba de la butaca ubicada delante de un vidrio blindado que lo separaba de la gente y caminaba solo hasta el pasillo que lo conducía a una salita contigua, a donde estaba obligado a permanecer el tiempo que duraran las audiencias. En ese pequeño ambiente, equipado con unas cuantas sillas y un televisor que transmitía en vivo el debate jurídico, el derrotado general leía. A veces solo y otras acompañado por el también procesado teniente coronel Hermes Rodríguez, repasaba una y otra vez las páginas de *Guerra revolucionaria en la Argentina, 1959-1978*, escrito por su amigo y camarada, el general Ramón Genaro Díaz Bessone. Ex compañero en el Colegio Militar en los 40, comandante del II Cuerpo de Ejército en el 75 y ministro de Planificación de Videla desde octubre del 76 a diciembre del 78, Díaz Bessone es considerado entre sus pares como "el intelectual" de la guerra antisubversiva. El oficial que plasmó la teoría del ataque comunista enseñada por los franceses, y que profundizó desde la óptica militar la influencia del marxismo en las organizaciones revolucionarias, que, según él, atacaron militarmente a la Nación en 1970, pero que ya habían empezado a hacerlo ideológicamente en el 59, con la *Resistencia Peronista* de Cooke.

En ese libro, que Menéndez leía para evitar escuchar los espeluznantes relatos de los sobrevivientes del terrorismo de Estado, Díaz Bessone desarrolla los conceptos de *"Tercera Guerra Mundial"*

y *"Guerra Revolucionaria"* que las Fuerzas Armadas adoptaron como dogma para justificar los golpes de Estado contra Frondizi, Illia e Isabel Perón. Por eso en su declaración ante el Consuffaaa, en 1986, Menéndez cita en forma frecuente el trabajo de Díaz Bessone para argumentar la influencia cubana en la realidad argentina de la década del '60, y el origen de las organizaciones armadas que él combatió sin pausa en la década siguiente: "Un año después de la Tricontinental, en julio de 1967, se produce también en La Habana la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, OLAS, cuyo objetivo es más terminante: estructurar la lucha antiimperialista en América Latina". En su convencida y autocomplaciente disertación histórica, Menéndez desarrolla ante sus camaradas las raíces de las organizaciones revolucionarias que en los '70 pelearon por alcanzar el Estado: "Los brazos políticos son el Partido Comunista, la Resistencia Peronista, el Partido Obrero Troskista y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, fusión del Frente Revolucionario Indoamericano de Santucho y el Partido Obrero Troskista. La proclama final de la OLAS dice: *Primero*: 'que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución'; *Cuarto*: —salteo puntos para poner solo los que refieren a nuestra preocupación, señor presidente—, 'que los principios del marxismo-leninismo orientan el movimiento revolucionario en América Latina'; *Quinto*: 'que la lucha revolucionaria constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina'; *Sexto*: 'que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental que es la lucha armada'. *Séptimo*: 'que para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario'. Además, una de las tres resoluciones secretas que expide la OLAS en esta ocasión dice: el primer objetivo de la revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático y militar del estado burgués y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente"[47].

47 Declaración de Menéndez ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa) del 11 de marzo de 1986.

Esto, que Menéndez presenta como la gran conspiración comunista internacional en contra de la Argentina, no era más que la decisión de amplios sectores populares de sacarse el yugo imperialista norteamericano y terminar, de una vez y para siempre, con el tutelaje militar en la política latinoamericana.

Azúcar amarga

Al mes de asumir la presidencia, Onganía intervino las universidades nacionales, reprimió a los estudiantes y profesores en la *Noche de los bastones largos*[48], y expulsó del país a los intelectuales que consideraba de izquierda, clasificados por Menéndez y Díaz Bessone como los "ideólogos" de la juventud sesentista. Entre ellos, a los principales cerebros de la ciencia argentina, que no tuvieron otra opción que el exilio.

El segundo paso del régimen militar fue sustituir a Jorge Salimei como ministro de economía para nombrar a Adalbert Krieger Vassena, un poderoso empresario ligado a los grupos multinacionales que operaban en el país, que ni bien asumió congeló los salarios de los trabajadores, contrajo un multimillonario crédito con el Fondo Monetario Internacional y puso en marcha un fuerte proceso de extranjerización de la economía con el propósito de "modernizar" el país y liquidar el Estado de Bienestar que había nacido con el peronismo.

La tercera medida de una dictadura que pensaba gobernar la Argentina hasta el año 2000 (Pigna, 2005: 105) fue el *Operativo Tucumán*, un experimento que intentó radicar en la provincia norteña industrias ajenas a la explotación cañera y rever la situación de los ingenios[49]. En lugar de generar trabajo, el abandono de la

48 El 29 de Julio de 1966 la policía federal reprimió violentamente a profesores y estudiantes de cinco facultades de la UBA, que se oponían a la intervención militar de las universidades y a la anulación del régimen de cogobierno. Fueron detenidas 400 personas y destruidos laboratorios y bibliotecas universitarias. Con los meses, centenares de profesores fueron cesanteados. En total emigraron 301 profesores universitarios, de los cuales 215 eran reconocidos científicos.

49 Como en 1966 hubo superproducción de azúcar y el Estado tuvo que subsidiar o sostener financieramente a las fábricas, Onganía cerró los ingenios San José, Los Ralos, Amalia, La Esperanza, Santa Lucía, Santa Ana, Nueva Baviera, San Antonio, Lastenia, Mercedes, San Ramón, Florida, Trinidad y Bella Vista. La economía de la provincia dependía de la producción de este alimento y no se podía, de la noche a la mañana, transformar una situación que llevaba veinte años de constante crecimiento.

principal industria tucumana provocó una enorme desocupación y sus consecuentes estallidos sociales, que el coronel Menéndez se encargaría de reprimir a partir de 1970.

Para un católico franquista como Onganía, Tucumán era un dolor de cabeza, y los obreros azucareros una auténtica amenaza. Organizados en la poderosa Federación Obrera de Trabajadores de la Industria del Azúcar (FOTIA) los obreros habían obtenido ocho legisladores provinciales y dos nacionales en las elecciones de marzo del 65. Una cifra histórica para un sindicato no peronista en un país obrero-peronista desde 1943 en adelante. Demasiado peligroso para un dictador que había declarado como objetivo primordial "extirpar el marxismo de las fábricas y universidades argentinas. Esa era la principal preocupación del Pentágono, de los asesores franceses instalados en el Estado Mayor desde el 57, y del teniente coronel Menéndez, que dejó su puesto en la Comandancia en Jefe para trasladarse a Olavarría.

Como reconoce el general Fernando Santiago, quien, en 1975, en el marco del *Operativo Independencia*, estaría al mando de mil hombres mientras su amigo Menéndez controlaba las operaciones contra el ERP desde el Estado Mayor, el complejo azucarero estaba montado sobre una estructura cuasi feudal, con un sector capitalista dueño de los ingenios, grandes terratenientes y latifundistas, pequeños productores o "cañeros" y los "zafreros", que eran los trabajadores locales o de otras provincias que cortaban y pelaban la caña. "La mayoría de los trabajadores vivían en las tierras donde se asentaban los ingenios, su condición era miserable, les pagaban con bonos o les descontaban de su sueldo lo que consumían en las tiendas también propiedad de los terratenientes, y sufrían todo tipo de abusos y atropellos por parte del patrón. Era una cuadro feudal en pleno siglo veinte y el mejor caldo de cultivo para que la guerrilla hiciera pie en Tucumán", dice Santiago en el crudo invierno del 2007, convencido, cuarenta años después, de los errores del "onganiato" que él y su amigo Menéndez tendrían que afrontar en los años siguientes.

En 1966, cuando el país era copado por la Caballería y manejado a su antojo por el presidente Onganía, el ambicioso general

Lanusse y el experto antisubversivo, López Aufranc, Menéndez, un prominente "caballero", no tenía de qué quejarse: había sido nombrado Jefe del Regimiento 2 de Tiradores Lanceros General Paz, de Olavarría, e intendente de esa poderosa guarnición militar. Encima, por esas cosas del destino, el jefe de los cuarteles de Azul, la otra gran unidad de Caballería, era su primo segundo, el entonces teniente coronel Agustín Rattenbach, hijo del general que lo había cobijado en el 62 como secretario privado en el ministerio de Guerra. "Yo no quería estar cerca de él, ya conocía lo que pensaba", dispara Rattenbach en su departamento de Retiro, en diciembre del 2007, antes de relatar aquella experiencia. No quería porque según "Buby", "Menéndez les daba a sus oficiales a cargo doctrinas nazis, bien cerradas y eso a mí me molestaba".

Como el mismo Agustín confiesa, no fue fácil compartir con su primo aquel destino: "Las guarniciones de Azul y Olavarría se apoyan una sobre la otra, porque están a sesenta kilómetros de distancia. Entonces, Menéndez me llamaba todo el tiempo. 'Vénganse a comer un asado', me decía. O también: 'vamos a jugar un partido', o 'te invito a participar de un concurso de salto', cualquier cosa. Continuamente buscaba relacionarse, pero con mi mujer estábamos en otra historia. Igual nos llevábamos bien, jugábamos a las visitas, pero yo, mientras podía, evitaba el contacto profesional". Sentada en otro sillón del living, atenta a la entrevista, la esposa de Rattenbach hace su aporte sobre el perfil del personaje: "Él, —señalando a su marido— es un intelectual, le gusta la música, el arte, la estética..., había un abismo entre mi marido y Menéndez".

Rattenbach hablaba con nostalgia de la "época de oro del Ejército argentino". Sin embargo, por momentos aceptaba el desafío y viajaba al pasado para recordar hechos o situaciones que pudieran definir a quien hoy llama por su apellido y no por su nombre de pila, a pesar del parentesco sanguíneo. En ese viaje a los días felices del general Onganía, "un excelente Comandante en Jefe pero pésimo presidente de la Nación", el dueño de casa aterriza en aquel 66, cuando fueron vecinos con su tocayo Benjamín: "Fortabat, dueño de Loma Negra, me prestaba sus campos, que iban de Azul a Olavarría. Y yo, cada vez que iba a tirar con los tanques, no le avisaba a Menéndez. El me decía 'pero porqué no me

avisaste'. Entonces yo le ponía siempre la misma excusa: 'me olvidé primo, me olvidé. Yo siempre me olvidaba".

Según Rattenbach, ser jefe de regimiento, y encima de uno importante como eran los de Azul y Olavarría, no era para cualquiera: "El jefe tiene un poder tremendo, maneja mucha gente, dispone de material, de armamentos, y de él dependen no solo los oficiales y suboficiales que viven en el cuartel o en los barrios militares aledaños, sino también sus familias, que se nuclean alrededor de los cuarteles. Además, la ciudad siempre está ahí nomás, y todo eso hace que el regimiento sea una especie de principado". Para ejemplificar el rol que Menéndez tenía en Olavarría, cuenta lo que él hacía en Azul, un regimiento gemelo: "Yo en Azul tenía una escuela primaria completa, pensada para soldados analfabetos, y el director dependía de mí. En esa época la mitad de los conscriptos del servicio militar se incorporaban al Ejército, y muchos eran analfabetos o semi. Y la orden era que no salieran del Ejército hasta que no supieran leer y escribir. Por eso le digo que el jefe del regimiento es una autoridad en la zona. Están los dos o tres capitostes del pueblo, el cura y el jefe del regimiento".

Tucumán arde

"Basta de protestas pacíficas y huelgas sindicales, ¡queremos ametralladoras! ¡Compañeros, hay que armarse e ir a la lucha a muerte contra la dictadura!", gritó con la voz emocionada el delegado obrero, Ramón Rosa Jiménez, al resto de los trabajadores azucareros del Ingenio San José, del cual Mario Roberto Santucho era contador y principal agitador político. La arenga no era caprichosa. El día anterior, 12 de enero de 1967, los trabajadores de cinco ingenios tucumanos se enfrentaron con la policía y parte del Ejército en localidad de Bella Vista y ganaron la batalla a fuerza de honderas y bombas molotov[50].

Cansados de falsas promesas y reclamos sindicales que no se traducían en soluciones concretas, los obreros desafiaron la

50 En respuesta a los masivos cierres de ingenios ordenados por Onganía, la FOTIA había lanzado el Plan de Lucha Azucarera Nacional, contradiciendo a la CGT de Vandor, que era considerada un apéndice más de la dictadura.

prohibición gubernamental y se prepararon para resistir una segura represión. Cuando la policía detuvo al primer trabajador, el resto de sus compañeros se lanzaron a la lucha con lo que tenían a mano. Como la resistencia obrera no mermaba, la policía disparó con balas de plomo y pidió ayuda al Ejército, pero fue inútil. El resultado estaba a la vista: el pueblo había quedado en manos de los obreros, que alrededor de las cinco de la tarde sumaban más de mil, con un saldo de un muerto y tres heridos entre sus filas. El choque había dejado ocho policías heridos por cortes de piedras, tres de los cuales debieron ser hospitalizados. Hilda Guerrero Molina se llamaba la obrera fallecida. Aunque su cuerpo quedó en las calles de Bella Vista, su nombre pasó a ser emblema de lucha para los trabajadores azucareros.

Sin imaginarlo en ese momento, los acontecimientos de Bella Vista cambiaron por completo la historia del proletariado tucumano y el futuro destino del coronel Menéndez. La victoria del 12 de enero, obtenida a partir del uso de la violencia —aunque precaria— provocó un giro en la mente de los trabajadores y de sus dirigentes sindicales y políticos, en su gran mayoría afiliados al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). También puso en alerta al Ejército, que apuntó sus cañones hacia el norte argentino. En esos últimos meses de 1966 y principios de 1967, la base obrera de la regional Tucumán del PRT comenzó a plantear la necesidad de la lucha armada para hacer la revolución socialista, y a contagiar al resto de las regionales de que había llegado la hora del fusil[51].

En un contexto internacional en constante ebullición, con Cuba irradiando su revolución y el *Che* expandiendo la teoría foquista por todo el continente, los ingenios tucumanos pasaron a ser un dolor de cabeza para el poder militar, que prefería ver en Tucumán los tentáculos de Moscú o La Habana y no sus propios desaciertos. "La vía armada irrumpió en el PRT no a través de estudiantes o intelectuales revolucionarios influidos por la expe-

51 A diferencia de otras regionales del PRT, la tucumana era esencialmente obrera, y por sus condiciones de trabajo miserables, una de las más combativas. Sin embargo, Moreno proponía que el PRT debía insertarse en las organizaciones de masas, y que la toma del poder iba a llegar a través de una insurrección popular que derrocaría al gobierno, no a través de la lucha armada. En el partido a esa corriente le llamaban "entrismo".

riencia revolucionaria de otros países. Surgió de la experiencia directa de las masas obreras argentinas incorporadas al partido por su vanguardia, que en el caso tucumano era el proletariado industrial", decía Santucho en uno de los documentos del PRT de esa época. Y aclaraba lo que Menéndez y el resto de los militares golpistas negaría siempre para condenar el surgimiento y desarrollo de la guerrilla: "Previo a elegir el camino de la violencia armada, el proletariado azucarero había recorrido el camino de la lucha pacífica, experimentado las huelgas corrientes, participado en elecciones, pasado a la ocupación de fábricas con rehenes, a las manifestaciones callejeras violentas, y cerrado todas las posibilidades legales con la llegada de Onganía al poder"[52]. De ese poder formaba parte quien dejaba Olavarría para regresar a Buenos Aires con el objetivo de llegar a la cima del ejército.

El *Che* cae en Bolivia, el coronel vuelve a la Escuela

Antes de finalizar 1966, Menéndez fue ascendido a coronel y cambió los cuarteles del sur bonaerense para ocupar un nuevo rol en la Escuela Superior de Guerra, lugar al que volvía no ya como el profesor que había descubierto a fines de los 50 la *doctrina francesa*, sino como alumno de ese Ejército que se había graduado en la *guerra antisubversiva*. Con cuarenta años y su mujer embarazada de José Mariano, que nacería en septiembre, Luciano Benjamín se preparaba para ser padre por sexta vez y especializarse en la conducción de tropas. Con ese ambicioso objetivo inició el 14 de marzo de 1967 el *Curso Superior de Estrategia*, que duró hasta el 10 de octubre. Cuando se disponía a empezar el *"Curso Interfuerzas"* en la misma academia militar, una noticia recorrió como torbellino las aulas de su Escuela e inundó cada ámbito del poder nacional e internacional, militar y civil: el comandante Ernesto *Che* Guevara había sido fusilado en Las Higueras, un paraje perdido de la zona montañosa y selvática del sudeste boliviano. La noticia de su muerte conmovió al mundo entero. Incluso a sus pro-

52 La Fotia había obtenido 8 legisladores provinciales y dos nacionales en las elecciones legislativas del '65. Pero esa fortaleza, conseguida en el terreno sindical, quedó en la nada cuando el gobierno militar disolvió el Congreso y prohibió los partidos políticos y los sindicatos que no estuvieran en la CGT vandorista.

pios enemigos, quienes no terminaban de creer que el cadáver de ese hombre de treinta y nueve años, enterrado en algún lugar de la selva boliviana en el más custodiado secreto militar, era el del emblema de la lucha antiimperialista.

Aunque Menéndez y sus camaradas festejaron exultantes la desaparición física del máximo referente de las juventudes rebeldes, en Bolivia el *Che* no murió, sino que nació para siempre, mal que les pese a sus verdugos.

Del "chispazo de Taco Ralo" al Cordobazo

En su famoso artículo *La película empezada*, publicado por primera vez en 1998 en la revista del Círculo Militar, Menéndez explica lo que iba a ser la "estructuración" de la guerra revolucionaria en el país, frustrada por la muerte del *Che*: "Las resoluciones de la OLAS de julio del 67 ordenaban la creación del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en cada país. A ese mandato adhirió el PRT en Argentina y llevó al Che a emprender la campaña en Bolivia, que iba a ser apoyada por nuestro ELN desde el norte y que se termina por disolver cuando Guevara es muerto". (Revista Círculo Militar, 1998)

Al contrario de lo que pensaba el Ejército argentino, el horizonte revolucionario nacional cobraría más fuerza luego del asesinato del *Che*, y así lo refleja Menéndez en su declaración ante el Consuffaaa, en 1986: "Un poco la herencia de la OLAS es el chispazo de Taco Ralo, en 1968, que produce Montoneros, el ERP que el PRT creó en 1970 y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) que después se nuclearon en Montoneros".

Aunque con algunos errores —las FAP son anteriores a Montoneros—, en forma muy sintética Menéndez repasa en su escrito el surgimiento de lo que su amigo Díaz Bessone define en el capítulo IV de su libro como "El apresto final: creación y desarrollo de las organizaciones subversivas armadas (1965-1970)".

En este período, que Luciano Benjamín ubica históricamente tras la muerte de Guevara, Tucumán era una bomba de tiempo. Sus condiciones socioeconómicas y geográficas la volvían el lugar ideal para hacer la revolución socialista que había imaginado el líder

guerrillero. Un grupo de jóvenes peronistas también lo entendió así. Liderados por Envar el Kadre fundaron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)[53], la organización que a principio de enero se instaló en los montes tucumanos para lanzar la guerrilla rural.

El proyecto, que Menéndez considera una consecuencia directa del foquismo que el *Che* promovía para hacer posible la revolución en América Latina, llevó a los jóvenes de las FAP a montar el destacamento guerrillero 17 de Octubre, conocido públicamente después como Taco Ralo. Aunque de raíces y experiencias políticas peronistas y marxistas, peleaban por un objetivo común: el regreso de Juan Domingo Perón, la única garantía de paz social para la Argentina según los revolucionarios. Pero igual que ocho años atrás, cuando los Uturuncos lo intentaron sin suerte ni respuesta del pueblo peronista que decían representar y defender, las FAP fracasaron: el 19 de septiembre de 1968, luego de más de un año y medio en el monte, fueron detenidos catorce guerrilleros en el paraje La Cañada, a 20 kilómetros de Taco Ralo. En la redada policial cayeron su jefe político, Envar el Kadre, y el jefe militar, Néstor Verdinelli, alias "Comandante Sabino", además de algunos combatientes entrenados en Cuba como Arturo Ferré Garea y Carlos Caride.

Aprobados ambos cursos de perfeccionamiento en la Escuela Superior de Guerra a fines del 67, el coronel Menéndez regresó al Comando en Jefe del Ejército, a la jefatura IV de Logística del Estado Mayor. Ahí estará durante todo el 68. El año del *Mayo Francés*[54] y el del general Alejandro Agustín Lanusse, quien, como fiel ladero de los proyectos políticos de Onganía, sería nombrado Comandante en Jefe del Ejército en reemplazo del despedido general Julio Alzogaray. En una Argentina controlada por las

53 El grupo tenía conexión con un grupo en Río Gallegos y otros en formación en el norte de Salta, Tafí del Valle, La Plata, Corrientes, San Luis y Chaco. Después de algunas acciones en Buenos Aires para recaudar fondos, las FAP se instalaron en La Cañada e intentaron engrosar sus filas para proyectar la lucha hacia Cochuna y el norte del país, en Salta y Jujuy.

54 Estallido que en mayo del 68 se desató en Francia, especialmente en París, iniciado por grupos estudiantiles de izquierdas que criticaban la sociedad de consumo, y a las que se unieron grupos de obreros industriales, y, en menor medida, los sindicatos y el Partido Comunista Francés. Fue la mayor revuelta estudiantil y la mayor huelga general de la historia del país galo, a la que se plegaron más de 9 millones de trabajadores.

Fuerzas Armadas desde 1930, llegar a la cima del Ejército había sido siempre el paso previo a la presidencia.

A dos años de haber asaltado el poder con el objetivo de "refundar" la actividad política sin la participación de los partidos, la "Revolución Argentina" seguía sin tender puentes con la sociedad. Ese autismo, que en 1969 parecía insalvable, llevó a un grupo de jóvenes católicos a formar una organización política clandestina, que reivindicaba a Perón como su líder natural. El origen cristiano de sus integrantes y las actividades pastorales que muchos realizaban en barrios obreros trasladó las discusiones a las parroquias controladas por sacerdotes de la iglesia tercermundista que había nacido después del Concilio Vaticano II[55], y que era la antítesis del integrismo católico reinante en las Fuerzas Armadas desde 1934[56]. Esa iglesia[57], que pocos años después pasará a engrosar la lista de enemigos "subversivos" a aniquilar por el general Menéndez, era la mejor plataforma teórica y espiritual para criticar a un poder militar que no dejaba resquicios desde los cuales manifestarse.

Hastiados de ser espectadores de una realidad aplastante, sin espacios donde poder canalizar sus inquietudes, infinidad de grupos estudiantiles crecidos en el autoritarismo y la proscripción política empezaron a convencerse de que el único camino para terminar con la dictadura era un pueblo armado.

Una rara mezcla del *Che* Guevara y Jesucristo se fundían en la doctrina del incipiente peronismo revolucionario, natural here-

55 El concilio Vaticano II fue la respuesta de los sectores más abiertos de la Iglesia Católica contra el avance del comunismo. Intentó, con éxito, apoyar a muchos sacerdotes insertos entre los sectores populares, que veían en la jerarquía una iglesia alejada de los problemas cotidianos del pueblo, propiciando el acercamiento de esas capas sociales al marxismo.

56 Ese año Buenos Aires fue la sede del Congreso Eucarístico, que reunió a miles de personas de todo el mundo. Es el punto de partida de la penetración eclesiástica en las Fuerzas Armadas argentinas, quienes crearon las capellanías militares. Ya en la década del '60, la influencia de sacerdotes de la Citad Catoliqué (Ciudad Católica), surgida en Francia, serían el complemento filosófico y espiritual que acompañaría a la instrucción francesa en *guerra antisubversiva* de nuestros soldados.

57 En Córdoba, la influencia de monseñor Angelelli había sido decisiva hasta que fue designado obispo de La Rioja en 1968. Pero continuó con Erio Vaudagna, Víctor Acha, Carlos Ponce de León y otros representantes de la "iglesia de los pobres". En Buenos Aires en tanto, la prédica del periodista Juan García Elorrio, director de la revista *Cristianismo y Revolución*, y del padre Carlos Mugica.

dero de la *Resistencia Peronista* de Cooke, pero muy lejos de la órbita de influencia de Moscú, como veía el joven coronel del Estado Mayor.

A los cuarenta y dos años de edad y veintitrés de servicio en el Ejército, el coronel Menéndez había demostrado ser un excelente cuadro militar. Uno de los miles de oficiales que había apoyado el golpe contra Illia en 1966, y que junto al establishment económico, la jerarquía católica, los sindicatos vandoristas y gran parte de la población, se sentía representado por el gobierno del general Onganía.

Su excelente desempeño lo había llevado a un lugar en el Estado Mayor, el estamento conductor del ejército. "El cerebro", según la precisa definición del coronel Rattenbach, que designó a su primo en la jefatura IV de Logística del Comando en Jefe, debido a que en el 61 se había especializado en Fort Lee en el área de Cuartel Maestre, el grupo encargado de abastecer a las tropas durante un conflicto armado.

Padre de seis hijos, luego del nacimiento de José Mariano el 25 de septiembre de 1967, Menéndez no mostraba, a comienzos del 69, inquietudes políticas, a pesar de revistar en una institución totalmente politizada, según la definición del coronel Rattenbach: "El Ejército siempre estuvo politizado, y es verticalista de pe a pa. El comandante da las órdenes y los otros obedecen, sin meterse en las cuestiones políticas. Esto siempre fue así, no había una verdadera opinión generalizada de los oficiales y suboficiales. Estos eran neutrales, y cada uno cumplía su función militar. Si había problemas arriba, se solucionaban arriba", asegura quien en 1971 se sublevaría contra Lanusse junto a un grupo de coroneles.

La cercanía de Menéndez con los generales que gobernaban el país le permitía distinguir con precisión las distintas líneas de pensamiento que circulaban en el seno del poder castrense. Para esa fecha, los desacuerdos entre Lanusse y Onganía sobre cómo gobernar la Argentina eran indisimulables. Aunque este último había sido un líder muy respetado como comandante en jefe entre el 63 y el 66, el modelo corporativista de su gestión, sustentando básicamente en el apoyo de las Fuerzas Armadas, la jerarquía

eclesiástica y los grandes grupos económicos, había ido licuando su liderazgo.

Prohibidos los partidos políticos, sin actividad legislativa desde hacía tres años, la preocupación del sector que lideraba Lanusse giraba en torno a un movimiento estudiantil cada vez más crítico, que exigía la autonomía universitaria, y a los sindicatos obreros de Córdoba, enfrentados a la burocracia "vandorista" y opositores al régimen desde el primer día que Onganía juró como presidente de facto. Pero la ceguera del presidente era total. Recién abriría los ojos en mayo de ese año, cuando el pueblo de Córdoba dijo basta y se animó a salir a la calle para enfrentar al régimen y romper la ficticia paz del "onganiato".

Cinco años antes de que la bomba social estallara en las narices mismas del poder militar, Cooke, uno de los enemigos malditos de Menéndez, había alentado esa insurrección popular en una reunión en la sede del Smata Córdoba, en 1964: "Córdoba es lo más parecido a una bomba molotov". Sindicado por Menéndez y Díaz Bessone como uno de los "ideólogos subversivos", el "gordo" Cooke explicó su ocurrencia en los fondos del patio del sindicato: "Cada uno de los elementos que componen una bomba molotov son inocuos si se los utiliza en forma separada. Pero si se los une, pueden generar un daño importante. Si lo llevamos al plano político, Córdoba tiene una tradición autonomista e independiente de Buenos Aires, fue la cuna de la Reforma Universitaria, su movimiento estudiantil es numeroso, altamente politizado y en su capital vive la clase obrera más joven, moderna y combativa del país. Todo, vinculado a no más de diez o doce minutos. Solo hace falta una mano diestra que combine estos componentes para que la ciudad estalle"[58]. Las manos fueron tres, y lograron el objetivo: el 29 de mayo del 69, Torres, secretario general del Smata, Agustín Tosco, titular de Luz y Fuerza, y Atilio López, jefe de la UTA, condujeron a sus bases a protagonizar el paro activo contra la dictadura el día en que el Ejército, dueño del país desde el golpe del 30, se aprestaba a conmemorar otro año más de su nacimiento.

58 Anécdota contada por el doctor Lucio Garzón Maceda en los festejos del 40 aniversario del Cordobazo, organizado por el Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la UNC.

Como esperaban los organizadores, dos cordones policiales fuertemente armados intentaron contener la avalancha obrera, pero fue en vano. La "paz" de Onganía, que todo lo cubría y asfixiaba, estalló en pedazos en las tres primeras horas del paro. A las 13.15, cuando el obrero Máximo Mena fue asesinado por balas policiales, la bronca contenida por casi quince años de gobiernos militares o pseudodemocráticos tutelados por generales se transformó en odio ciego contra el régimen, y el paro activo abrió paso a la mayor insurrección popular del siglo veinte. "El Cordobazo fue la expresión militante del más elevado nivel, tanto cualitativa como cuantitativamente, en cuanto a la conciencia de un pueblo que sabe que es oprimido y que quiere liberarse para construir una vida mejor", dijo Tosco desde la cárcel, a donde el poder militar lo trasladó luego de detenerlo el 30 de mayo junto a Torres y otros dirigentes obreros que fueron condenados por tribunales militares.

La rebelión había demostrado el cansancio contra un modelo de país que Lanusse, jefe de Menéndez, se encargó de explicar ocho años después de los hechos en su libro *Mi Testimonio*: "El 29 de mayo de 1969 es el instante crítico que marca el fracaso político de la Revolución Argentina... el punto de saturación de un estado de cosas". Pero Onganía leería los acontecimientos con los cristales de un ejército que hacía diez años venía formándose en la *doctrina francesa* de la *guerra antisubversiva*, a la que Menéndez adhería con fervor patriótico. Debilitado por el *Correntinazo*, el *Rosarinazo*, el *Cordobazo* y otras revueltas populares que sacudieron a su gobierno ese año, Onganía intentó un acercamiento con la CGT, pero ya estaba herido de muerte. Y no por la acción "subversiva" de ningún grupo. La maduración de la *guerra revolucionaria* en Tucumán a fines de los 60, como en el resto del país a comienzos de los 70, no era un producto de importación, ni de "políticas extranjeras" financiadas desde Moscú ni desde La Habana, como querían ver Menéndez y sus camaradas argentinos. Aunque la experiencia cubana y las guerras de liberación de Vietnam y Argelia influyeron y alentaron a los sectores revolucionarios argentinos a combatir con las armas a la dictadura, sus proyectos guerrilleros eran, más bien, la natural y esperada reacción al fracaso sistemá-

tico de la oligarquía terrateniente y la rancia burguesía argentina por consolidar un proyecto político al margen del pueblo.

Representada por el partido militar desde el 6 de septiembre de 1930, los dueños de las vacas, la tierra y las grandes industrias asociadas al capital extranjero creían que la proscripción, la censura y la represión política alcanzaban para conducir los destinos nacionales. Los hechos siguientes demostrarían cuán equivocados estaban los generales y los patrones. También los coroneles.

Capítulo 4
El demonio de la guerrilla

—General, con el fin de justificar la represión que vino después, ustedes, los militares, siempre hablan del ataque sufrido por la Nación y sus instituciones republicanas en manos de la guerrilla. Pero, ¿no tenían derecho a levantarse contra un gobierno de facto, que había violado la constitución al derrocar a Arturo Illia en el golpe del 66?

—Por supuesto que tenían derecho a hacerlo, está en el artículo 21 de la Constitución Nacional, que obliga al pueblo a armarse contra un gobierno inconstitucional o una invasión extranjera.

—Si comparte lo que manda el texto constitucional, entonces también coincidirá en que nada aceleró más la aparición de la guerrilla en la Argentina que el golpe que ustedes hicieron contra Illia. Quien, aunque lo intentó en 1965, no pudo, por presión de las FF.AA, integrar al peronismo al sistema político.

—Sin duda, ese golpe fue un error gravísimo.

La confesión del general Fernando Humberto Santiago, vertida en una jugosa charla en julio del 2007 en el living de su casa del Cerro de las Rosas, es demoledora. Quien fuera el número dos de Menéndez en el Comando del III Cuerpo de Ejército en 1977 y uno de los altos oficiales que planificaron y ejecutaron el golpe de Estado del 24 de marzo, un año antes, fulminó en una frase la obstinada y autocomplaciente argumentación que su ex jefe y amigo viene ensayando desde el 8 de octubre de 1975 hasta hoy para justificar su accionar represivo. Pero no solo eso. El "grave error" de voltear a Illia para implantar la dictadura franquista y clerical de Onganía, que venía a "extirpar el marxismo de la sociedad argentina", es una sencilla pero profunda explicación de por qué la guerrilla sería una alternativa posible en un país que venía de quince años de gobiernos militares o democracias tuteladas

por generales. Los mismos que primero se unieron para derrocar a Perón, luego para hacerle la vida imposible a Frondizi, a quien también voltearon, después para pelearse entre *Azules y Colorados* a ver quién era más antiperonista, y que finalmente cerraron filas para atacar al nuevo enemigo mundial de los centuriones de Occidente: el comunismo.

La respuesta a esta cruzada antimarxista liderada por Onganía en lo político-cultural y por el ministro Krieger Vasena en lo económico, explotó con el *Cordobazo*. Fue ahí cuando los jóvenes revolucionarios y los dirigentes sindicales clasistas comprendieron que en un país eminentemente urbano el sujeto que haría la revolución no vivía en el monte tucumano ni trabajaba en los ingenios azucareros, en vías de extinción a principios del 70. El protagonista del cambio social debía ser el obrero industrial, y estos se concentraban en el eje que integraban las grandes ciudades y sus periferias: Tucumán, Córdoba, Rosario, Santa Fe, Buenos Aires y La Plata, donde también, por lógica, se encontraban las grandes universidades nacionales, con miles de estudiantes dispuestos a cambiar el mundo.

Los Montoneros

Parado en el palco de autoridades, el 29 de mayo de 1970, Menéndez escuchaba el discurso de Lanusse por el Día del Ejército. Como miembro de la plana mayor de la fuerza, el coronel aplaudía y acompañaba las encendidas palabras de su comandante en jefe, quien aprovechó el festejo en el Colegio Militar para aglutinar a la tropa: "Unidos, como tantas veces en la historia, es hora de que nos aboquemos con entusiasmo y patriotismo a establecer las bases de ese gran proyecto nacional que satisfaga las aspiraciones de la ciudadanía... A esa empresa se oponen intereses internos y externos, que quieren implantar en el país un régimen reñido con sus tradiciones democráticas, y que no vacilan en apelar a la violencia para provocar el colapso del Estado".

Aunque las palabras del titular del Ejército sonaron como una premonición maldita, ninguno de los presentes imaginaba lo que estaba pasando a esa misma hora en la calle Montevideo de la

Capital Federal, muy lejos de El Palomar, al norte de la provincia de Buenos Aires. En realidad, nadie en el país lo sabía[59].

Sin embargo, desde su puesto en la jefatura IV de Logística del Estado Mayor, el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez veía con preocupación el desánimo que reinaba entre los oficiales, que a esa altura ya no confiaban en la capacidad de Onganía para manejar el país. A un año exacto del *Cordobazo*, a pesar de los esfuerzos de sus líderes por sacarlo del pantano en que se encontraba, el régimen se mostraba agotado.

Para contrarrestar las versiones que indicaban que Lanusse conspiraba contra Onganía, cuando terminó el acto, cerca de la una de la tarde, el comandante y el presidente se reunieron con el director del Colegio Militar a brindar con champagne el cumpleaños número ciento sesenta de la institución. Pero las espumantes burbujas se transformaron en un maremoto cuando desde el edificio Libertador llegó la noticia que aceleró el fin de un ciclo pensado para treinta años, y que cambió en forma violenta la realidad política del momento.

¡¡¡Riiiiirrrrrrggggggggggg!!!!

—¿Quién es?, preguntó la señora del lado de adentro del departamento.

—Oficiales del Ejército argentino, señora. Podría abrir la puerta —contestó el más alto de los dos jóvenes, vestidos con uniforme verde oliva.

Después de confirmar por la mirilla, la dueña de casa abrió la puerta del hall de ingreso.

—Que tal, señora, somos del regimiento Patricios y venimos a llevar al general, dijo el más joven de los supuestos oficiales.

—Está bien, pasen, espérenlo ahí que mi esposo se está terminando de afeitar —devolvió la señora, ya sin miedos, y los invitó a pasar a una salita de estar en la entrada del departamento.

Al cabo de unos minutos, el general Pedro Eugenio Aramburu se apareció impecable, vestido con su traje de gala. Cuando lo vieron, los dos jóvenes se cuadraron y saluda-

59 Versiones hasta ahora nunca confirmadas oficialmente sostienen que el servicio de inteligencia del ejército colaboró en el secuestro para desgastar al gobierno de Onganía.

ron con la venia a quien fuera uno de los jefes de la *Revolución Libertadora*, que el 16 de septiembre de 1955 derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón para instaurar una sangrienta dictadura en nombre de "la libertad".

—Mi general, somos su custodia y usted viene con nosotros.

—Muy bien, vamos entonces —devolvió rápido y seguro el general, quien partió escoltado por Emilio "el Gordo" Maza y Fernando Abal Medina rumbo al Peugeot blanco que los esperaba estacionado al frente de su casa. Aramburu se sentó atrás junto a Maza y Abal Medina y empezaron a dar vueltas por la ciudad. Cuando estuvieron seguros de que nadie los seguía, los falsos oficiales del Ejército le comunicaron que acababa de ser secuestrado por una organización peronista, y que sería sometido a un juicio revolucionario por sus crímenes en contra del movimiento. Lo acusaban por los fusilamientos de militantes peronistas en José León Suárez y del general Valle, en 1956, por las torturas y persecuciones de centenares de dirigentes sindicales y políticos durante su gobierno, y por haber decidido la profanación del cadáver de Eva Perón y su posterior trasladado y entierro en forma clandestina y en el más estricto secreto militar.

Después de cambiar el Peugeot por una pick up Chevrolet, con la cual anduvieron un buen rato, el comando revolucionario se detuvo en una casona del gran Buenos Aires, propiedad de la familia Ramus, y bajó al general a una pieza con las ventanas clausuradas, donde lo tuvieron prisionero durante dos días. Según contarían después sus captores, en esas cuarenta y ocho horas en que estuvo con vida, el ex presidente de facto justificó cada una de sus intervenciones fusiladoras ante Fernando Abal Medina, jefe del operativo y responsable de interrogar al símbolo del gorilismo argentino. Quien, en ese momento, vaya contradicción, negociaba con un sector de las Fuerzas Armadas el regreso de Perón al país. En el suplemento *Peronismo, filosofía política de una obstinación argentina, El secuestro de Aramburu (V)* José Pablo Feinmann imagina un diálogo imperdible entre secuestrador y secuestrado[60]:

60 Publicado en el diario Página/12 del domingo 26 octubre de 2008.

—Toda revolución fusila a los contrarrevolucionarios —le dijo Aramburu a Abal Medina, intentando, con argumentos políticos y emocionales, convencerlo para que abortara su misión—. Lo que están por hacer es un grave error, a mí alguien me va a vengar. No lo dude. Alguien, alguna vez, se va a sentir con tanto derecho como ustedes ahora. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Tenemos un Ejército formado por la OAS y por la Escuela de las Américas. Si usted supiera en serio, a fondo, lo que se enseña allí, vacilaría.

El general hablaba y el joven montonero lo miraba con desprecio. Cuando terminó de decir sus últimas palabras, Abal Medina le comunicó que la organización lo había condenado a muerte en un "juicio revolucionario".

—General, vamos a proceder —le dijo nervioso Abal Medina a su prisionero, la madrugada del 1 de junio de 1970.

—Proceda —contestó Aramburu muy sereno, y un disparo seco le perforó el pecho.

Después de una intensa búsqueda, la Policía Federal encontró el cadáver el 30 de julio en Timote, provincia de Buenos Aires. Estaba enterrado en un pozo que los guerrilleros habían cavado en el sótano de esa casona abandonada, cubierto de cal viva. Su muerte significó, sobre todo, dos cosas: el bautismo de fuego de la organización Montoneros y el lanzamiento oficial de la guerrilla urbana en la Argentina. Algo que Menéndez explicó al detalle en 1986, en uno de los tantos pasajes de su alegato ante el Consuffaa: "La muerte de Aramburu es el punto de partida del primer período de la guerra revolucionaria en el país". Pero no solo eso. El final del ex general de la *Libertadora* caló tan hondo en él y el resto de la oficialidad del Ejército, que tiempo después, en el análisis desapasionado que otorga la mirada histórica, Menéndez escribió que la muerte del símbolo del liberalismo castrense al cual él adhería había sido "el comienzo de la acción armónica entre el brazo político y el brazo militar de la subversión" (Revista Círculo Militar, 1988).

Pero el "monstruo" tendría más de dos brazos: en escena los Montoneros, faltaban días para que surgiera el otro protagonista

central de la década que comenzaba. El mismo que por seis largos y violentos años desvelará, como ninguna otra cosa, al Ejército argentino y a uno de sus más destacados soldados.

El ERP, "la conjura marxista"

Acompañado por Joe Baxter, Santucho cruzó en un bote destartalado el Delta del Paraná una madrugada helada del 28 de julio de 1970. Tenía que llegar a una casona abandonada en las Islas de las Lechiguanas, donde alrededor de cincuenta delegados del Comité Central del PRT lo esperaban ansiosos. Llegados de Tucumán, Salta, Chaco, Córdoba, Rosario, Santiago del Estero, Santa Fe y Buenos Aires, los participantes de la reunión aguardaron la presencia de su líder para empezar la reunión secreta. Cuando todos estuvieron presentes, Baxter y Santucho expusieron un largo documento como base para la discusión, que giraba en cómo encarar la *guerra revolucionaria* (Seoane, 1991). Una tarea monumental que primero requería armarse, convencer a miles para que los siguieran y prepararse para pelear treinta años en una guerra que según la visión del partido sería "popular y prolongada", contra un enemigo que al principio sería el amado ejército del coronel Menéndez, pero que después, en el transcurso no ya de una guerra civil, sino de una guerra de liberación nacional, sería contra una fuerza de intervención extranjera con los marines norteamericanos como mascarones de proa. "Nuestro partido no puede olvidar ni por un momento la experiencia vietnamita, que nos indica que en el actual grado de desarrollo de la revolución mundial, es imposible tomar y mantener el poder en un país aisladamente. Esto sólo se logrará ante la crisis del imperialismo a escala mundial", escribió Santucho en el documento (Seoane, 1991: 136). La afirmación no era otra cosa que la traducción de la máxima del *Che* Guevara, para acabar con el capitalismo en América Latina, que había encendido la alarma de los militares argentinos: crear dos, tres, muchos Vietnam.

Para la mayoría de los dirigentes perretistas, la guerra popular había empezado con el *Cordobazo*, y era momento de sostenerla con las armas si el objetivo era tomar el poder para alcanzar el socialismo. Copiando innumerables ideas del general vietnami-

ta Nguyen Giap, cerebro militar del mítico Ho Chi Min, el medio centenar de delegados decidió, por unanimidad y con profunda emoción, fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo, luego conocido como ERP o "errepé" para sus miembros.

1998, ciudad de Córdoba

Sentado frente a la máquina de escribir del escritorio de su elegante chalet de Bajo Palermo, donde San Martín es la figura excluyente de una biblioteca esencialmente militar, el general Menéndez empezó a tipear: "En 1970, después de varias alternativas, siempre en cumplimiento de las órdenes de Cuba, el PRT resuelve fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), resolución que publica en su libro *"Resoluciones del V Congreso y del Comité Central Ejecutivo"*. En la misma casa donde vive desde que decidió radicarse en Córdoba luego de su retiro obligado del ejército, en 1979, Menéndez decidió hacerse escuchar. Estaba indignado por el comienzo de los *Juicios por la Verdad Histórica*, un engendro jurídico que los tribunales federales pusieron en marcha a fines de los 90 para intentar salvar la falta de justicia sobre el Terrorismo de Estado que lo tenía a él como paradigma. Como el indulto menemista y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final alfonsinistas habían clausurado toda posibilidad de sanción penal para los responsables de crímenes de lesa humanidad, la Justicia Federal ensayó estos procesos con el objetivo de "saber lo que pasó", "conocer la verdad histórica" de lo ocurrido durante la dictadura.

Para contrarrestar esta "avanzada" de la "subversión gramsciana", como llamaba el general a los nuevos intentos de los organismos de derechos humanos por conocer el destino de los desaparecidos, el ex comandante redactó un texto cuyos fines eran institucionales y políticos. Furioso por la que consideraba una agachada de la cúpula del Ejército ante la sociedad civil, ordenó sus ideas y estructuró el análisis que plasmó en su artículo *La película empezada*: "El PRT dice: 'el proceso de guerra revolucionaria (aquí la subversión le da el nombre correcto porque entonces creía que la ganarían) continúa su actual etapa de ascenso sostenido; esto no significa que el conjunto de la sociedad se sienta parte activa, a favor o en contra, pero sí que los efectos de la guerra

afectan cada día más la vida cotidiana de la población" (Revista Círculo Militar, 1998).

Sin salirse de su habitual libreto, confirmando su visión conspirativa del mundo, Menéndez remarcó que su actuación había sido parte de una guerra, y que por eso nadie, salvo el Consuffaaa, podía pedirle explicaciones. De ahí que en la misma publicación en la que había analizado el surgimiento de Montoneros, decidiera reflejar la importancia histórica del otro hecho que condicionaría por completo su vida. Citando un documento del PRT liderado por Santucho, remarcó en su artículo el "doble brazo" del enemigo que se presentó en sociedad en septiembre del 70, y el carácter de "guerra revolucionaria" que proponía el ERP para acabar con la dictadura militar.

Aunque el texto está escrito a fines de los 90, tres décadas atrás, cuando su autor tenía cuarenta y tres años y ostentaba el grado de coronel, era incapaz de entender que esa "guerra" declarada por las organizaciones armadas a la dictadura resultaba inevitable después de los fracasos pseudodemocráticos de Frondizi e Illia. También, y este es un dato central a la hora de analizar los procesos políticos de la época, que la revolución violenta formaba parte de la cultura política del momento, porque la democracia liberal y burguesa había resultado una pantomima del poder real. Los dos "ejemplares y democráticos" presidentes radicales que Menéndez no se cansa de rescatar en sus alegatos, asumieron y gobernaron con el peronismo proscripto por imposición de las Fuerzas Armadas, y fueron derrocados por sus jefes en nombre del "mundo libre, occidental y cristiano".

Para los jóvenes del PRT o Montoneros que asomaron sus cabezas impulsados por el envión del movimiento obrero que explotó en el *Cordobazo*, la única manera de luchar contra un régimen cuya única legitimidad descansaba en el monopolio de la fuerza, que manejaba los destinos nacionales desde hacía cuarenta años —a excepción del período peronista 1946-1955—, era a los tiros. Haciendo la *guerra revolucionaria* contra los usurpadores sistemáticos del poder, por más fantasmas cubanos o rusos que Menéndez quisiera ver en el incipiente Ejército Revolucionario del Pueblo o en los verdugos del general Aramburu.

Chau Onganía

Además de "iniciar la guerra revolucionaria", como sostiene Menéndez, el caso Aramburu conmovió al país y resquebrajó a su inmaculado ejército. A los pocos días de la desaparición de uno de los líderes de la *Libertadora*, sin saber todavía que había corrido la misma suerte que varias de sus víctimas en el 56, la noticia terminó de noquear a un régimen agonizante. En una reunión en Olivos el 7 de junio, la cúpula del Ejército liderada por Lanusse le pidió la renuncia a Onganía. El 18 lo reemplazó su anterior jefe de Inteligencia y entonces agregado militar en Washington, general Roberto Marcelo Levingston, a quien el humor popular bautizaría luego como "el virrey", por su marcado acento anglosajón (Potash, 1994).

Aunque esta movida palaciega, motorizada en las sombras por Lanusse, tenía el objetivo de aquietar las turbulentas aguas por las que naufragaba el país, la realidad demostraría cuán desorientados estaban los capitanes militares de aquel barco. El 1 de julio, mientras Lanusse hacía ejercicios militares en los predios del III Cuerpo de Ejército, un comando cordobés de Montoneros copó la localidad de La Calera. Con una sincronización perfecta, la comisaría, el correo, el Banco de Córdoba y la oficina de ENTEL fueron reducidas por los guerrilleros sin disparar un solo tiro. Luego de una proclama difundida por los medios locales, el grupo se dio a la fuga. Pero en la dispersión uno de los autos se descompuso y fue alcanzado por la policía provincial a la salida del pueblo. Ahí, a la vera de la ruta que lleva al III Cuerpo, los policías se tirotearon con Luis Lozada y José Fierro, quienes después de quedarse sin balas, se entregaron. En el enfrentamiento Lozada fue herido en una pierna y trasladado al hospital militar, mientras que a Fierro lo llevaron detenido a la comisaría de Villa Allende, donde fue interrogado y golpeado ferozmente por la Policía y el Ejército. Hijo de un reconocido político del peronismo de Córdoba, el "Pepe" tuvo la desgracia de ser el primer militante montonero en caer después del secuestro de Aramburu, y el Ejército se lo hizo sentir en carne propia: bajo tortura, "cantó" una casa que creía deshabitada en el barrio Los Naranjos de la capital mediterránea. Siete días después, el 8 de julio, la policía montó un cerco y atacó la vi-

vienda. Adentro se encontraban desprevenidos los jefes montoneros que habían ejecutado el operativo de La Calera. Luego de una balacera, el resultado fue desastroso para Montoneros, que en el enfrentamiento perdió a dos de sus fundadores: Ignacio Vélez, herido y capturado, y Emilio Massa, muerto. El "Gordo", como le decían sus compañeros, había sido uno de los tres jóvenes que un mes antes, disfrazado de oficial del Ejército argentino, había secuestrado a plena luz del día, burlando todas las normas de seguridad, al general Aramburu.

A pesar del golpe que significaban la muerte de Massa y las detenciones de Vélez en Los Naranjos y de Lozada y Fierro en La Calera, el operativo había logrado su objetivo: posicionar a Montoneros en la escena política nacional, desafiar al gobierno militar en las narices mismas de Lanusse e iniciar la *guerra revolucionaria* en las ciudades, "el único camino para acabar con la dictadura y obligar al régimen a abrir el juego democrático con el peronismo como opción electoral".

Aterrizaje en Tucumán

"Por su antigüedad en el grado, el tiempo de permanencia en el Estado Mayor, considero oportuno asignarle mando de tropa", ordenó el general de Brigada Juan Carlos Sánchez, titular de la Jefatura IV de Logística del Estado Mayor General del Ejército, al firmar la calificación anual del legajo personal del coronel Luciano Benjamín Menéndez, el 15 de octubre de 1970. Considerándolo "el más sobresaliente para su grado", Sánchez, quien sería el primer general asesinado por la guerrilla el 10 de abril de 1972 a manos de un comando conjunto del ERP y las FAR, creyó que había llegado la hora de que el destacado oficial de cuarenta y tres años confirmara en el terreno las "notables condiciones para el mando" que había demostrado en los distintos destinos por los cuales había pasado en veinticinco años de servicio. Tucumán era uno de los focos de las nacientes organizaciones revolucionarias y un lugar de gran agitación obrera a partir de la crisis del sector azucarero.

Contento con su designación, Menéndez llegaba para ocupar un puesto en una brigada importante, que hasta ese momento había sido ejercido por un viejo conocido: "Con Menéndez nos

encontramos nuevamente en Tucumán. Él me reemplazó como segundo comandante de la V Brigada de Infantería de esa provincia, en diciembre de 1970", cuenta Jorge Rafael Videla. El sol, que a las seis de la tarde derretía todo en la ciudad de Buenos Aires, apenas si se colaba por las hendiduras de una gran persiana americana que mira a la avenida Cabildo. Ahí, sentados en un sillón de un amplio living aclimatado por el aire acondicionado en un día ardiente, Videla se sumerge en lo que será el comienzo de la etapa decisiva de su vida, la de su viejo camarada y la del ejército que los formó. Una vida que hasta mediados de la década del 70, cuando el país se deslizó irremediablemente hacia el abismo, había transcurrido sin sobresaltos para dos de los líderes emblemáticos del futuro gobierno militar:

—Cuando usted estaba en Tucumán y Menéndez lo reemplaza en diciembre del 70, ¿había participado el ejército en enfrentamientos con la guerrilla?

—Mire, cuando yo estuve como segundo comandante de la V Brigada ya había habido algunos escarceos que los hacíamos con la Policía Federal, que iba para allá, volvía a Buenos Aires, de nuevo regresaba a Tucumán cuando se detectaba algo... y así. Ellos iban y venían.

—¿Pero el ERP ya estaba operando?

—Sí, sí, estaban las primeras acciones, pero la policía no podía estar.

—¿No estaba preparada para enfrentar a la guerrilla?

— Quince días, un mes, medio año, pero nada. La Policía Federal iba, hacía un rastrillaje y se venía. No podía..., la gente se escondía, los guerrilleros tenían atemorizado a los pobladores, no los delataban y listo. Así que no pudimos llegar a nada en la época mía. Ahí es cuando a mí me sucede Menéndez como segundo comandante y yo voy como jefe de Operaciones en el Cuerpo III, del que dependía la V Brigada.

Es cierto. Mientras Videla estuvo en Tucumán no pasaron grandes cosas, o "no llegaron a nada". Pero no porque el Ejército no actuara, sino porque el ERP recién se fundaría el 31 de julio de 1970, y llevaría a cabo la primera acción armada el 18 de septiembre de ese año con el copamiento de la comisaría 24 de Rosario,

tres meses antes de que Videla preparara las valijas para entregarle su cargo en la V Brigada al coronel Menéndez.

Pero algunas cosas sí pasaron, aunque el ex general, a sus ochenta y dos años, no las recuerde. La más importante ocurrió el 24 de noviembre de 1969, cuando una patrulla policial detuvo a Mario Roberto Santucho en pleno centro de San Miguel de Tucumán. Aunque todavía "Roby" estaba muy lejos de ser el enemigo público número uno de las Fuerzas Armadas y del coronel Menéndez, desde hacía un año los servicios de Inteligencia de la Policía y del Ejército no le perdían pisada. Conocían cada paso que había dado desde la fundación del FRIP en 1961 y el PRT cuatro años después. También que agitaba a los trabajadores en los ingenios y que impulsaba la lucha armada como camino para alcanzar el socialismo. Hasta se habían enterado de que el comando "Sargento Cabral", que intentó crear un foco guerrillero en Tafí del Valle, había sido promovido por él. Cuando ataron los cabos, la policía lo cazó después de una andanada de allanamientos y detenciones de militantes del PRT tucumano, uno de los cuales los llevó hasta su presa.

Luego de un tiempo en la comisaría de Villa Quinteros, en el interior provincial, el séptimo hijo varón de la familia Santucho y ahijado del general Agustín P. Justo, intentó fugarse. Esto generó que la justicia federal lo trasladara a la cárcel de Villa Urquiza, en la capital tucumana. El 9 de julio de 1970, un mes después de la caída de Onganía y de su reemplazo por el general Levingston, se fugó. No estaba dispuesto a perderse la realización del 5to. Congreso del PRT, que en el más absoluto secreto, en una de las Islas Lechiguanas del Delta del Paraná, había decidido fundar su brazo armado.

Para la navidad de 1970, Menéndez, su esposa y cuatro de sus seis hijos ya estaban instalados en su nuevo destino: San Miguel de Tucumán. Luciano Benjamín y Mariano Jorge, los dos varones mayores, ya no vivían con la familia. Ambos habían elegido la misma profesión que su padre y hacía poquito se habían recibido como subtenientes en el Colegio Militar de la Nación.

Aunque alejado de las intrigas políticas que en ese momento sacudían al Ejército, entregado cien por ciento a la vida militar, el

coronel, como cualquier oficial de Estado Mayor, no era ajeno a la difícil situación por la que atravesaba el régimen presidido por el general Levingston, pero gobernado en la práctica por el teniente general Lanusse, comandante en jefe del Ejército y hombre fuerte de la autodenominada *"Revolución Argentina"*.

La salida de Onganía no había logrado calmar las aguas de la política nacional, y mucho menos las del Ejército. Los chisporroteos entre Levingston y Lanusse sobre cómo superar la crisis de representatividad que padecía su administración parecían no tener solución.

A la inflación y al ascendente malestar social por la falta de libertades democráticas se les sumó un condimento extra, el menos esperado y el más peligroso para las aspiraciones castrenses: la guerrilla, que si bien existía desde el 68 con las FAP y las FAL, ambas peronistas, fue con el ERP, FAR y Montoneros cuando cobró entidad y empezó a preocupar al Ejército[61].

El creciente descontento popular terminó de explotar el 4 de noviembre con el *Tucumanazo*, otra rebelión popular al estilo del *Cordobazo*, que hizo tambalear al gobierno. Al mando del coronel Jorge Rafael Videla, la V Brigada de Infantería fue la encargada de reprimir otra pueblada que se alzaba contra la dictadura. Pero la violencia política, lejos de terminar, recién empezaba.

Aunque era evidente que los hechos no eran para nada favorables a los intereses de la institución que amaba como nada en el mundo, el coronel Menéndez tenía razones personales para festejar ese Año Nuevo: había sido nombrado segundo comandante y jefe de Estado Mayor de la segunda brigada más importante del III Cuerpo de Ejército, y todo lo que a él le interesaba de la vida podía encontrarlo ahí, en los cuarteles de San Miguel de Tucumán.

Como en el 66 y 67 en Olavarría, cuando fue jefe del Regimiento de Caballería Blindada en esa localidad del sur bonaerense, Luciano Benjamín dejaba las aburridas oficinas del Estado

61 En solo cuatro meses, Montoneros había secuestrado y matado al general Aramburu, copado la localidad de La Calera y acribillado a balazos a José Alonso, secretario general de la CGT. En el mismo período, las FAR se habían apoderado por varias horas de la localidad de Garín, en el norte del Gran Buenos Aires, y el ERP asaltado la comisaría 24 de Rosario, en lo que fue su primera acción armada.

Mayor para volver a las tareas que lo apasionaban: el mando de tropas y los ejercicios militares en terreno.

El "Viborazo" y la Ley Antiterrorista

El verano del 71 no ofreció demasiadas novedades en el concierto nacional, ni en la vida del coronel Menéndez. La "normalidad" de la política se centraba en la cada vez más desgastada y tirante relación entre Levingston y Lanusse, la presión de los partidos políticos por acabar con el régimen militar, el aumento considerable de protestas sindicales y el ascendente accionar de la guerrilla, que a menos de un año de haber surgido concentraba sus operaciones en asaltos a bancos o camiones de caudales para recaudar dinero, aprietes a policías para quitarles las armas o robo de alimentos para repartirlos entre las barriadas más humildes.

Por esos días, el objetivo de Montoneros, ERP y FAR, las tres más activas, era más bien político y de reclutamiento. Sus estrategias pasaban por hacerse conocer ante la opinión pública y sumar militantes para dar el primer paso: terminar con la dictadura. Un deseo que a comienzos de los años 70 era compartido por una inmensa mayoría de argentinos, incluidos los oficiales más jóvenes de las Fuerzas Armadas.

Entre esos oficiales "profesionalistas", que nada querían saber con el mundillo político, Menéndez destacaba por su abnegación laboral. Su rutina se circunscribía a ejercicios militares en Tucumán y a recorridos por las unidades dependientes de la V Brigada, como los regimientos de San Salvador de Jujuy, Tartagal, Salta capital y Santiago del Estero. También, cada tanto, viajaba a Buenos Aires, ciudad donde estaba radicado el resto de la familia y la mayoría de sus amigos y afectos. Cuando se disponía a partir a una "comisión de servicio" a la capital argentina, otro hecho político-sindical ocurrido en Córdoba sacudió a la opinión pública nacional y terminó con el frívolo e intrascendente gobierno del general Levingston, que apenas llegó a estar nueve meses en el poder.

Lo que pasaría a la historia como el *Viborazo* no fue otra cosa que la quinta rebelión popular contra la dictadura, en solo dos años. Al igual que en el *Cordobazo* —el punto de partida de todo lo que sucedía en el país—, un paro de trabajadores promovido por

el sindicato clasista del Sitrac-Sitram[62]terminó por convertirse en una monumental manifestación obrero-estudiantil contra el gobierno nacional, que se negaba a actualizar seiscientos convenios colectivos de trabajo y a levantar la intervención a las universidades nacionales[63].

Cuando todavía no tenía una semana en el cargo, en una visita de compañía al presidente Levingston en la Fiesta Nacional del Trigo en Leones, el 7 de marzo Uriburu, recientemente nombrado interventor provincial, acusó a Córdoba de ser el epicentro de una conspiración marxista para asaltar el poder nacional, "una venenosa serpiente cuya cabeza quizá Dios me impone el honor histórico de cortar de un solo tajo" (Potash, 1994: 225). La movilización siguió y el 12 de marzo un obrero murió en un enfrentamiento con la policía, enardeciendo a los líderes sindicales, que convocaron para el lunes 15 un paro de catorce horas. Miles de personas se convocaron en la plaza Vélez Sársfield a escuchar furibundos discursos contra el gobierno, el capitalismo y el imperialismo yanqui. Banderas de Montoneros, ERP y FAR flamearon entre la multitud por primera vez desde que habían nacido, casi un año antes. La manifestación terminó con la toma de la ciudad, la quema de autos y algunos destrozos en los comercios del microcentro[64].

La consecuencia política del *Viborazo* fue el desplazamiento de Levingston de la presidencia y su reemplazo por una Junta Militar integrada por los comandantes en jefe de las tres fuerzas armadas, y presidida por Lanusse los dos primeros años. Por primera vez en la historia argentina iba a ser una junta tripartita y no un general del Ejército la cabeza del gobierno militar. La debilidad

62 Sindicatos de la Fiat Córdoba, que fundaron el movimiento clasista y combativo contra la burocracia sindical peronista.

63 La sordera de Levingston había provocado la renuncia del interventor de Córdoba, Bernardino Bas, el 25 de febrero, y su reemplazo por el ultranacionalista José Camilo Uriburu, sobrino del general José Félix Uriburu, el segundo golpista argentino después de Lavalle.

64 Si bien Uriburu había pedido la actuación del comandante del III Cuerpo, Alcides López Aufranc, para reprimir, éste se negó aduciendo que "era preferible daños materiales que vidas humanas" (Potash, 1994: 230) y recordó a Levingston y a Lanusse las consecuencias del *Cordobazo*. Después de reunirse con el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) ese mismo día, Levingston aceptó la renuncia de Uriburu, asumiendo en Córdoba el octavo "gobernador" en cinco años de régimen militar.

política del régimen "solo podía sostenerse en la unidad y cohesión de las tres armas", pensaba Lanusse, promotor de una idea que luego lamentaría.

Como dos años atrás, cuando el *Cordobazo* empujó a Onganía hacia el barranco, una revuelta popular se devoraba otro presidente de facto sin que los militares advirtieran el humor del pueblo argentino. La prueba de ese autismo llegaría a los dos meses. En lugar de llamar a elecciones, Lanusse ordenó el 28 de mayo la sanción de la "Ley Antiterrorista 19.053", que creaba la Cámara Federal Penal de la Nación. La "CAFEPE" o el "Camarón", como la bautizaron despectivamente los militantes revolucionarios, tenía como fin "castigar los hechos subversivos" aplicando una legislación mucho más severa y expeditiva, similar al Código de Justicia Militar.

El hecho que aceleró este proyecto pseudolegal fue el secuestro, el 23 de mayo de 1971, de Stanley Ferrer Silvester, gerente del frigorífico Swift de Rosario y Cónsul Honorario de Gran Bretaña en la ciudad portuaria. En un comunicado, el Comando Luis N. Blanco del ERP sostuvo que el hecho "tiene como fin comenzar a aplicar la justicia popular a una empresa imperialista", y pidió como rescate para liberar al empresario la distribución de 25 millones de pesos en alimentos en barrios populares que ellos determinarían. El parte terminaba con una frase que sintetizaba los objetivos guerrilleros, y que explicaría en buena medida la represión que cinco años después Menéndez comandaría al frente del III Cuerpo de Ejército: "Argentino, a las armas hasta hacer de cada ciudadano un combatiente, de cada fábrica, barrio y universidad, una fortaleza".

Como el sujeto revolucionario vivía en las grandes ciudades, en el 71 y en el 72 los operativos guerrilleros se concentraron en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, donde el PRT/ERP y Montoneros tenían sus bases de operaciones (Seoane, 1991). Pero, cada tanto, Tucumán era escenario de hechos de magnitud, y obligaban al coronel Menéndez y a la V Brigada a entrar en operaciones en respaldo de las policías provincial y federal, que no estaban entrenadas para este nuevo desafío que significaban las organizaciones guerrilleras. Uno de esos hechos fue el

asalto y la toma del penal de Villa Urquiza a manos del ERP, el 6 de septiembre del 71, que logró sacar de la cárcel a catorce militantes, muriendo cinco guardiacárceles en el enfrentamiento[65].

Enfurecido, el Ejército respondió con un golpe bajo: el primero de octubre, a las dos de la madrugada, una patrulla de la V Brigada que Menéndez conducía como segundo comandante allanó la casa de la familia Santucho en Santiago del Estero. Al mando del mayor Salvador Hugo Anadón, el grupo se llevó a don Francisco Santucho, padre de Roby, a quien tuvieron detenido en un cuartel durante varias horas. Militante radical de toda la vida, don Francisco le envió una carta al presidente Lanusse, en la cual, entre otras cosas, le preguntaba qué clase de gobierno era el que hablaba de pacificación "cuando las cárceles están llenas de presos políticos y gremiales, ultrajados, torturados, cuando se afirma que el gobierno está en guerra con una parte del pueblo" (Seoane, 1991: 159).

Decidido a combatir los efectos y no las causas de la lucha armada, el gobierno capturó en menos de un año a los principales jefes de las tres organizaciones más activas e importantes: Santucho, Mena y Urteaga del ERP, Vaca Narvaja, de Montoneros, y Osatinsky y Quieto de las FAR. A pesar de que la caída de los cabecillas revolucionarios complicaba el desarrollo de la lucha contra la dictadura, el PRT y la Juventud Peronista (JP) no paraban de insertarse entre las masas de trabajadores fabriles en los cordones industriales de Córdoba, Rosario, Buenos Aires y La Plata, mientras que el ERP y Montoneros se armaban. Los primeros para tomar el poder y defender la futura patria socialista y los segundos para lograr el regreso de Perón, con quien ya habían empezado a tener contactos en Madrid través de reuniones que mantenía el delegado de la JP y uno de los jefes militares de la "orga": Rodolfo Galimberti. Encerrado en la casona de Puerta de Hierro, a donde recibía a decenas de dirigentes peronistas de todas las fracciones que viajaban a consultarlo, Perón tejía relaciones para volver al poder y alentaba a los jóvenes guerrilleros, a quienes llamaba "formaciones especiales".

65 Dos días antes la misma organización había asaltado la compañía de teléfonos y robado 30 millones de pesos.

El aliento tuvo su correlato en dos hechos de gran repercusión nacional e internacional que, ocurridos el mismo día, provocaron una profunda revisión política de los altos mandos de las Fuerzas Armadas: el 10 de abril de 1972 un comando conjunto de las FAR y el ERP interceptó en el centro de Rosario el Ford Falcon que trasladaba al general Juan Carlos Sánchez, comandante del II Cuerpo de Ejército, y lo acribilló a balazos[66]. La muerte del primer general ajusticiado por la guerrilla y responsable de que Menéndez llegara a Tucumán en diciembre de 1970, cayó como una bomba en los pasillos castrenses y enfureció al coronel de la V Brigada en Tucumán. Ya no era un policía, ni un suboficial, ni un teniente el blanco guerrillero. El objetivo era un general de la Nación, y comandante de un cuerpo de ejército.

Pocas horas antes de este hecho, en la Capital Federal, Oberdan Sallustro[67], director general de Fiat Argentina, terminó muerto en medio de un tiroteo entre un comando del ERP y la Policía Federal en el barrio de Flores, donde el ejecutivo se encontraba prisionero en una "cárcel del pueblo". Sin embargo, el rastrillaje policial impidió la negociación que el presidente de la Fiat italiana Aurelio Peccei y el propio Santucho acordaron en la cárcel, y acabó con la vida del primer ejecutivo de una empresa extranjera asesinado por la guerrilla.

Tanto la muerte de Sánchez como la de Sallustro fueron enérgicamente repudiadas por José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT, y por Casildo Herreras, jefe de las 62 Organizaciones Peronistas, enemigos declarados de la causa revolucionaria que el PRT explicitó en junio de ese año y que Menéndez transcribió veintiséis años después en la revista militar para "probar" su vinculación con el "comunismo internacional": "La guerra revolucionaria argentina y latinoamericana se desarrollará en un proceso prolongado hasta el triunfo final para concretar: 1) *En lo político:*

66 Lo acusaban de haber torturado a infinidad de militantes revolucionarios que habían pasado por sus manos.

67 Con Santucho preso en la cárcel de Villa Devoto, Sallustro había sido secuestrado el 21 de marzo de ese año por varios motivos: cobrar un multimillonario rescate a un "empresa imperialista que explotaba a sus trabajadores", negociar su liberación con Lanusse a cambio de la libertad de todos los presos políticos, incluidos sus jefes, y asestar un golpe mortal ante la opinión pública mundial a quien el PRT/ERP consideraba un "régimen en retirada".

ruptura de los pactos que nos comprometen con Estados Unidos y otros países extranjeros. Establecimiento de un sistema de gobierno de democracia social, gobierno revolucionario del pueblo, dirigido por la clase obrera. Plena participación del pueblo en el poder a través de sus organizaciones de masa. 2) *En lo económico*: Ruptura de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional. Expropiación sin pago y nacionalización de las empresas de capital imperialista y de los capitales nacionales que lo apoyen. Nacionalización de la banca y el crédito. Nacionalización del comercio exterior. Reforma agraria. Administración obrero estatal de todas las empresas nacionalizadas. 3) *En lo social:* Reforma urbana. Expropiación de todas las viviendas alquiladas propiedad de grandes capitalistas y entrega en propiedad a los inquilinos. 4) *En lo militar:* Supresión del ejército burgués, la policía y todo otro organismo represivo y su reemplazo por el Ejército Revolucionario del Pueblo y las Milicias populares'" (Revista Militar, 1998).

Para Menéndez y el poder civil que compartiría su proyecto represivo tres años después, dicha plataforma era una razón más que suficiente para exterminarlos. Mucho más lo sería cuando la mira telescópica de la guerrilla empezó a dejar de lado a policías y camiones de caudales para hacer foco en las Fuerzas Armadas y el establishment económico.

El secuestro de Aldo Benito Roggio a manos de las FAP[68], el 21 de septiembre del 72, es un ejemplo claro de esta estrategia política y económica de las organizaciones revolucionarias.

Y si bien en ese momento ni se conocían, el secuestro de Roggio y la muerte de Sallustro serán fundamentales para entender la estrecha relación que después ligará a Luciano Benjamín con ambos grupos económicos. En los cuatro años que el "Cachorro" será comandante del III Cuerpo de Ejército, la familia Roggio multiplicará sus negocios hasta convertirse en uno de los holdings nacionales más poderosos, y la filial cordobesa de la automotriz italiana aprobará y alentará abiertamente la persecución de sus obreros, identificados o afiliados, en su gran mayoría, al PRT. Además, tanto los Roggio como los ejecutivos de la Fiat serán pro-

68 Recibieron a cambio de su liberación 200 millones de pesos de esa época.

tegidos por Menéndez y hasta algunos de sus gerentes creerán ver en él al sucesor de Videla en la fallida sublevación del 79.

Aunque el fin de pacificar el país no se cumplió, los resultados de la nueva legislación represiva aparecían contundentes a los ojos del gobierno lanussista y del experimentado coronel Menéndez, quien estaba a punto de ser ascendido a general: entre junio del 71 y mayo de 1973, se procesó y encarceló a mil seiscientas personas, entre cuadros militares y militantes políticos. Sin advertir que la ley era ejercida por un gobierno ilegítimo, que había llegado al poder violando la Constitución, treinta y cinco años después, durante el primer juicio en Córdoba, Menéndez saldrá en defensa de Lanusse: "Después de haber actuado con la ley común sin resultado, el Estado ensayó una ley especial para combatir a la subversión, que del 70 al 73 actuó de forma armónica y simultánea con su teoría foquista y entrista". Menéndez llamaba "entrismo" a las organizaciones que se infiltraban en el Estado para desde ahí asaltar el poder. Ubicaba en este grupo a los Montoneros.

Sin embargo, como la guerrilla seguía creciendo a pesar de la detención de sus máximos dirigentes, el general Alberto Samuel Cáceres, jefe de la Policía Federal en 1972, confesó que Lanusse le pidió ese año que formara escuadrones de la muerte para acabar con la guerrilla (Seoane-Muleiro, 2001). Como Cáceres se negó, el presidente de facto enterró la idea del combate ilegal y clandestino que tres años después pondría en marcha Menéndez junto al resto del generalato. Una cosa quedaba clara en mayo del 71, cuando la dictadura creó esta Cámara Federal Penal que con tanto ahínco defiende Menéndez: al reclamo político que la sociedad y sus organizaciones partidarias y guerrilleras le hacían a un gobierno impuesto por la fuerza, éste reaccionaba de la única manera que sabía hacerlo: con más represión.

Para el segundo comandante de la V Brigada de Tucumán y los militares que gobernaban el país en ese momento, y los que lo harían después del fracaso peronista de Cámpora-Lastiri-Perón-Isabel, la instauración de este tribunal especial con autoridad para procesar y condenar en todo el país aunque su sede estuviera en Buenos Aires, era "actuar en el marco de la ley". Un razonamiento

que será decisivo cuando Menéndez y la totalidad de las Fuerzas Armadas decidan tomar el poder político en marzo del 76, y con todos los resortes del Estado en sus manos pongan en marcha un proyecto represivo ilegal y clandestino, poniendo como excusa el fracaso "legal" de experiencias anteriores.

Trelew, el principio del fin

Mientras en la Patagonia los principales líderes revolucionarios preparaban la fuga del penal de máxima seguridad de Rawson, en el norte del país la vida del coronel Luciano Benjamín Menéndez transcurría relativamente tranquila. Salvo algunos hechos menores que casi siempre protagonizaba el PRT/ERP o algún sindicato afín al partido que lideraba Santucho, su rutina se circunscribía a los quehaceres cuarteleros. Una conducta estrictamente profesional, que lejos estaba de las febriles, y a veces turbulentas, negociaciones políticas entre Lanusse y Perón para hacer realidad las elecciones generales de marzo del 73.

A diferencia del año anterior, cuando viajó seguido en distintas comisiones de servicio a los regimientos de Salta, Santiago del Estero, Tartagal y Jujuy, Menéndez pasó el 72 encerrado en las instalaciones de la segunda brigada más importante del III Cuerpo de Ejército. Allí se enteró, como el resto de los argentinos, de los hechos que el 15 de agosto sacudirán la estantería del régimen lanussista. Ese día, luego de un plan perfectamente estudiado durante meses, "Roby" Santucho, el "Gringo" Mena y Benito Urteaga, del ERP, Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros y Roberto "El Negro" Quieto y Marcos Osatinsky, de las FAR, se fugaron del penal de máxima seguridad de Rawson, en la capital de la provincia de Chubut[69]. Sin embargo, el más espectacular escape de la historia argentina del siglo veinte no tendría el final de película esperado. Por cuestión de minutos, el segundo grupo de diecinueve guerrilleros que también había logrado fugarse del penal no alcanzó a subirse al vuelo de Austral. En esa desolada esta-

69 Después de reducir a la seguridad interna de la cárcel, los seis jefes se escaparon en auto hasta el aeropuerto y con la ayuda de guerrilleros que se encontraban en la nave, secuestraron el avión de Austral. Una vez en el aire, los guerrilleros obligaron al piloto a desviarse a Santiago de Chile, donde estuvieron unos días antes de partir hacia Cuba, el destino final.

ción aérea, sin armas ni posibilidades de resistir, mucho menos de escapar, el grupo se entregó a las autoridades después de dar un discurso por televisión, a la vista de periodistas, médicos y funcionarios judiciales.

Furiosas por el espectacular escape de los jefes guerrilleros, ridiculizado por las organizaciones revolucionarias que exigían su retiro del poder, las Fuerzas Armadas decidieron responder de la peor manera. Traicionando lo pactado con los guerrilleros, luego de una desesperada reunión de gabinete en Buenos Aires, los recapturados fueron desviados sin aviso a la base Almirante Zar de la Armada, que quedaba a dieciséis kilómetros de la prisión de Rawson. En la madrugada del 22 de agosto, con diferentes excusas, los diecinueve prisioneros fueron sacados de sus celdas, formados contra una pared y acribillados a balazos por el capitán Sosa y otros dos suboficiales de la marina[70]. Cuando las ametralladoras agotaron sus cartuchos, dieciséis de los presos cayeron muertos en el acto y otros tres quedaron agonizando en el piso, con balas en todo el cuerpo, salvando sus vidas de milagro.

La explicación oficial del gobierno ante la masacre fue escandalosa, y provocó la indignación de la opinión pública, que salió en masa a la calle a protestar por la matanza. En su condición de presidente interino, Lanusse le dijo al pueblo que las muertes de dieciséis presos políticos había sido consecuencia de un intento de fuga. Los años y las diferentes investigaciones periodísticas y judiciales demostrarían que se trató de la primera ejecución clandestina, planificada desde las más altas esferas del poder militar contra un grupo de personas indefensas.

Así como todos los actores políticos, inclusive los militares que lo protagonizaron, coinciden en que el *Cordobazo* puso fin a una etapa política para abrir otra, la fuga del penal de Rawson significó el tiro de gracia de la autodenominada *Revolución Argentina*.

Seis años después del más injustificado ataque al sistema democrático argentino, en el desierto helado de la Patagonia, la

70 Aprovechándose de la ausencia de órdenes escritas de lo que pasó esa madrugada de agosto del '72, algunos defensores de Lanusse sostienen que fue la marina la que decidió el traslado y posterior asesinato de los prisioneros, con la intención de dañar la imagen de quien negociaba un acuerdo con Perón y se postulaba como un candidato presidencial. Sin embargo, Lanusse nunca condenó la matanza y protegió al jefe de los ejecutores.

guerrilla le propinaba un golpe mortal a las Fuerzas Armadas. Pero no solo eso. La fuga cinematográfica que protagonizó, como la matanza que le siguió, echaron por tierra las ambiciones políticas de su principal figura, Alejandro Agustín Lanusse. El sueño de enfrentar a Cámpora en una fórmula cívico militar imaginada por el líder del liberalismo castrense, se esfumaron con la última imagen del Boeing 747 de Austral perdiéndose en la Cordillera de los Andes.

Efectivo en lo militar, pero acorralado en lo político, Lanusse entendió que la dictadura no daba para más y ensayó su apuesta más ambiciosa: el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y el llamado a elecciones para principios del 73. La apuesta, que le costó enemistades entre altos oficiales del Ejército y la Marina (Potash, 1994), se completó con el levantamiento de la proscripción del peronismo como fuerza electoral y la decisión de permitir su participación en todos los distritos electorales y en todos los niveles gubernamentales. Después de dieciocho años de censura y persecución, los peronistas volvían al ruedo político, aunque con una condición insalvable: que Perón no fuera candidato. Para lograrlo, Lanusse inventó una cláusula de residencia en el país que le cerró todos los caminos al caudillo de Puerta de Hierro.

A estas atormentadas negociaciones con los partidos políticos para "pacificar" el país, se sumaron las negociaciones en el Ejército por los ascensos y retiros en la fuerza. Un tema siempre espinoso, que se agravaba por la inestabilidad institucional. En ese clima de intrigas y pases de factura, el comandante del III Cuerpo, Alcides López Aufranc, su segundo, Jorge Orfila y el comandante de la V Brigada de Tucumán, Federico Dellia Croce, calificaron al coronel Luciano Benjamín Menéndez como "uno de los pocos sobresalientes para su grado" y aconsejaron en su legajo que "estaba en condiciones de ascenso". Por resolución inserta en Boletín Reservado del Ejército, Nº4460, el 7 de diciembre de 1972 Menéndez fue nombrado Comandante de la V Brigada de Infantería, y el 31 de ese mes ascendido a General de Brigada.

Dos años después de haber aterrizado en Tucumán para reemplazar a su amigo Videla, cumplía el sueño de su vida, el de

su padre y el de su abuelo: ser general del Ejército argentino. Con cuarenta y cinco años, el "Cachorro" era uno de los generales más jóvenes de la historia y el primero de su familia directa.

Capítulo 5
De la penitencia al poder supremo

Después de contar que era la tercera o cuarta vez que él y Menéndez se cruzaban en los mismos lugares o cargos dentro del Ejército, Videla recuerda algunas curiosidades que sucedieron cuando las Fuerzas Armadas entregaron el poder al peronismo, el 25 de mayo de 1973:

—General, Menéndez lo reemplaza a usted en la V Brigada de Tucumán, y dos años después es nombrado comandante de esa brigada y ascendido a general, ¿cómo se explica eso?

—Fue así porque vinieron los bochinches estos de Cámpora. Con su llegada a la presidencia se produce un ascenso vertiginoso de las promociones que quedaban. Cuando Cámpora viene, echa a todos los generales de División. Entonces, cargos que eran para un general de división los ocuparon con generales de brigadas.

—Y esta decisión del presidente Cámpora de retirar anticipadamente a los jefes militares, ¿a qué se debió? ¿Fue para evitar alguna oposición dentro del Ejército?

—No, Cámpora entendía que esa cúpula no era afín a lo que ellos pensaban y que le iba a traer problemas. Era gente que había trabajado con Lanusse y con López Aufranc, por ejemplo.

—¿López Aufranc era un personaje muy respetado en el Ejército, no?

—¡Un caballerazo! Era mi comandante en el Cuerpo III. Le estoy hablando de cuando yo era jefe de Operaciones y Menéndez segundo comandante de la V Brigada de Tucumán, en el 71.

López Aufranc, el "caballerazo" de Videla, había sido el primer oficial argentino en realizar un curso de guerra antisubversiva en la Escuela de Guerra de París, entre 1957 y 1959, y viajado a Argelia para conocer in situ la nueva doctrina.

—Después vienen estos problemitas internos del Ejército..., la ida del comandante en jefe Carcagno, que se fue sin pena ni glo-

ria, la ida de Anaya, de quien yo era jefe de Estado Mayor, el problema del general Numa Laplane, y así...

Esta apretadísima síntesis histórica que Videla hace casi cuarenta años después, resume hechos decisivos en la vida del país. En poco más de dos años y medio, la historia cambió ciento ochenta grados. En ese brevísimo lapso, los militares abandonaron el gobierno en forma humillante luego de siete años de dictadura, regresó Perón al país después de dieciocho años de exilio, la guerrilla se multiplicó por miles y empezaron las grandes acciones armadas, germinó el Estado Policial con la Triple A y el Brujo López Rega, y Tucumán se convirtió en el campo de batalla de la única guerrilla rural del siglo veinte que existió bien al sur de la América del Sur, luego de varios intentos fallidos. Fue en los espesos montes del Aconquija donde Menéndez y el Ejército experimentaron un camino nunca antes transitado, que gravitó decisivamente en el destino de la camada de oficiales "prematuros". Los mismos que en silencio, condicionados en gran parte por la propia vorágine de los hechos, irán escalando posiciones hasta tomar el poder político y transformar de raíz la sociedad argentina.

Un general "tropero"

Ni bien ascendió a general y se hizo cargo de la comandancia de la V Brigada de Infantería de Tucumán, Luciano Benjamín demostró rápidamente por qué había llegado a ese puesto. A lo largo de todo el 73, no dejaría de recorrer ninguna de las unidades que conformaban el III Cuerpo de Ejército, y particularmente los cuarteles que funcionaban bajo la órbita de su brigada.

Entre enero y diciembre de ese año, encabezó veintisiete "comisiones de servicio" a Tartagal, Salta, Jujuy, Córdoba, Buenos Aires y Tafí del Valle. Viajaba en avión o helicóptero. La prioridad era mantener un contacto fluido con los oficiales y soldados a su cargo y prepararlos para la nueva etapa que comenzaba en el país: el retiro del Ejército de las funciones políticas para consustanciarse con su función natural: la defensa del territorio nacional. La guerra antisubversiva no estaba todavía en los planes del joven general, aunque sí en su ideología, y el ERP no había lanzado, aunque lo tuviera decidido, el frente rural en Tucumán.

Como la mayoría de sus camaradas, Menéndez pensaba que las elecciones generales del 11 de marzo del 73 desarticularían a las organizaciones armadas, que se quedarían sin razones para seguir peleando una vez restablecido el sistema democrático. Un análisis acertado en cuanto al proyecto de Montoneros, que creía que Perón volvía para instaurar el "socialismo nacional", pero equivocado para explicar al PRT/ERP, quien desde una clara concepción marxista peleaba por una transformación profunda de la sociedad y veía al peronismo como el salvador y garante del "agonizante capitalismo argentino"(De Santis, 2006).

La movilidad y el compromiso cotidiano del comandante y su brigada obedecía a dos razones: la renovación de mandos dispuesta por Lanusse antes de abandonar el poder y la purga que hizo Cámpora cuando asumió la presidencia. Tanto uno cuando se fue como el otro cuando llegó, se encargaron de dejar en la cúpula del Ejército a jefes considerados "profesionalistas", que hasta ese momento no habían manifestado intereses políticos ni participado en cargos del Estado por fuera de la milicia. Luciano Benjamín era uno de ellos. El prototipo ideal del "milico", como lo definió con exactitud su amigo Videla, que enaltecía con su sacrificio por la institución un apellido de muchísimo peso en el Ejército. Consagrado las veinticuatro horas del día a sus responsabilidades de comandante, Menéndez estuvo ajeno a los movimientos políticos que sacudieron al país, que tuvo tres presidentes en cuatro meses y medio. También durante ese período, y ante el desconcierto de civiles y militares, el ERP, atacaría por primera vez una unidad del Ejército, abriendo paso a lo que la guerrilla marxista denominaría "la etapa de las grandes acciones armadas" (Plis Sterembert, 2004). Estrategia que lejos de asustar a sus enemigos predilectos, en los dos años siguientes no haría más que abroquelarlos detrás de la doctrina aniquiladora, "único" camino, según Menéndez, para enfrentar a una guerrilla cada vez más poderosa militarmente.

Los militares, al cuartel

Los distintos comandos fueron llegando a la casa operativa, donde quedaron acuartelados desde las 12 del mediodía del 17 de febrero de 1973. El jefe del operativo, un obrero de 21 años de

la Fiat Córdoba que luego se convertiría en la cabeza militar del ERP, les adelantó a los nerviosos combatientes que la misión que estaban por concretar iba a ser de gran importancia. La primera que el ERP perpetraría contra una gran unidad del Ejército.

Sin más explicaciones, los seis grupos esperaron en la casa la orden de batalla. Cerca de las doce de la noche, el jefe guerrillero blanqueó el objetivo: atacar el Batallón de Comunicaciones 141 de Córdoba para robar armamento y municiones. Cuando los detalles estuvieron listos y chequeados, a las 0.30 del 18 de febrero, partieron en distintos autos los seis comandos de la *Compañía Decididos de Córdoba*, la primera del ERP, bautizada con ese nombre en homenaje a la unidad de patriotas que en el siglo XIX habían defendido la ciudad frente a las tropas españolas. A la 1.10, los guerrilleros entraron por el fondo del cuartel —un gigantesco predio ubicado detrás del Parque Sarmiento, en la ciudad de Córdoba—, y a las cuatro de la mañana ya habían copado las instalaciones, disparando solo tres tiros y tratado con respeto al centenar de soldados que habían mantenido prisioneros mientras duró el copamiento. Planificado por el propio Santucho y Juan Eliseo Ledesma, quien dos años después sería el "Comandante Pedro", el ataque no podía haber salido mejor para una organización que se alimentaba con las armas que le robaba a su enemigo: no había habido bajas propias ni en el Ejército, y se llevaban un poderoso arsenal[71].

Para potenciar el éxito de la acción, el ERP editó un número especial de *Estrella Roja*, que el 28 de febrero de 1973 explicó al país la importancia de lo sucedido y alertó a los centuriones anticomunistas: "Esta primera operación de gran envergadura contra el ejército pro-imperialista y oligárquico, constituye un salto cualitativo en el accionar militar de la guerrilla. Dos años y medio de actividad armada han ido configurando unidades militares capacitadas, que día a día se fortalecen colocándose en condiciones de enfrentar exitosamente a las fuerzas enemigas. Como el general Güemes en 1812, el ERP y las demás organizaciones armadas han

71 Setenta y cuatro fusiles livianos automáticos (FAL) 2 fusiles automáticos pesados (FAP) 112 pistolas, 2 ametralladoras MAG, 5 lanzagranadas, 74 pistolas ametralladoras, 600 proyectiles para fusil, parque variado y hasta un arma antiaérea.

comenzado sin armas ni entrenamiento, y paso a paso se han ido constituyendo en estructurada fuerza militar capaz de propinar duros golpes al ejército dictatorial de ocupación, eje vertebral del injusto sistema que los argentinos soportamos. Ello ha sido posible gracias al impulso potentísimo e inagotable de la conciencia revolucionaria, del ardiente patriotismo y del abierto apoyo de todo el pueblo.

¡A VENCER O MORIR POR ARGENTINA!

EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO (De Santis, 2006: 305).

Si bien el hecho significó una inmejorable propaganda política para el ERP, a un mes de las elecciones generales que echarían del poder a los militares para entregárselo a Cámpora, el objetivo del ataque al 141 era otro: obtener armamento pesado para abrir el frente rural en la provincia de Tucumán a fin de año. Salvo el buró político del PRT, el cerebro de la organización, en febrero del 73 nadie sabía que la guerrilla mejor entrenada de la Argentina se lanzaba a la guerra abierta contra "el ejército de ocupación". Menéndez y la mayoría de la oficialidad superior de las Fuerzas Armadas confiaban en que las elecciones funcionarían como un tapón para su proyecto "subversivo". Con la entrega del poder a un gobierno constitucional, elegido por el pueblo en elecciones libres, no habría margen para continuar la lucha armada.

Veinticinco años después, a pesar del análisis desapasionado que ofrece la perspectiva histórica, Menéndez leyó el final del tiempo militar con la misma óptica paranoica de sus camaradas de entonces: "Desde el comienzo de la guerra revolucionaria, que podemos fijar en 1970 con el asesinato del general Aramburu, hasta 1973, la acción fue simultánea y más o menos armónica y ambos brazos de la tenaza marxista actuaron al unísono sobre nuestro país. Recordemos las insurrecciones multitudinarias: el Cordobazo, el Correntinazo, los Tucumanazos, Rosariazos, etcétera, de aquella época, junto a los asesinatos de Sallustro, Sánchez, y el copamiento de La Calera" (Revista Militar, 1988).

Para Menéndez, las insurrecciones de masas habían sido la "culminación de la acción política" de la subversión, mientras que

las acciones militares de la guerrilla (asalto de comisarías, unidades militares, conquista de una zona), el "brazo armado" de la misma: "Desde estos dos brazos, que abarcan todo el espectro del quehacer de un país, sea por la acción armada, sea por la acción política o desde ambos al mismo tiempo, la subversión lanza el asalto al poder y el marxismo se apodera del país, que pasa a engrosar el número de obedientes servidores del amo ruso" (Idem. Ant).

Para él, como para la mayoría de los oficiales argentinos adoctrinados por los franceses en el anticomunismo más visceral, los pueblos no tienen historia, ni inteligencia, ni capacidad para elegir su destino. Todos somos idiotas útiles, simples marionetas de una organización fantasmal y despiadada, que busca la sumisión del hombre "libre, occidental y cristiano" a través de distintos medios. La mitad de esos "idiotas" votaron al Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) el 11 de marzo del 73, creyendo sinceramente que la "patria socialista" estaba a la vuelta de la esquina.

El "Tío" Cámpora, la "subversión al poder"

"¡Hay que saltar, hay que saltar, el que no salta, es militar!", cantaban enloquecidas las millones de personas que colmaban la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 1973. La consigna, una síntesis perfecta del sentimiento popular del momento, sonaba apocalíptica en el salón blanco de la Casa Rosada, que temblaba como los tablones de las viejas canchas de fútbol. En ese ambiente, abarrotado de militantes de la JP, dirigentes partidarios, sindicalistas y gobernantes extranjeros invitados para la ocasión, el general Lanusse le calzó la banda presidencial a Héctor Cámpora, poniendo fin a dieciocho años de proscripciones electorales.

Nunca antes en la historia argentina un cambio de gobierno había sido tan emotivo y emblemático como el de ese 25 de mayo. Día en que "El Tío", como le decían los muchachos de la JP, fue ungido presidente en una ceremonia que de protocolar tuvo poco y nada, y a la cual asistieron, entre muchas otras, tres personalidades políticas que no pasarían desapercibidas para los generales, brigadieres y almirantes argentinos: el presidente cubano y enviado de Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, su colega de Chile,

Salvador Allende, y el vicepresidente soviético y número dos de Leonid Brezhnev.

A pesar de la preocupación que estas tres figuras comunistas y socialistas produjeron en el recién ascendido general Menéndez y sus camaradas, ese día a nadie le importaba lo que pudieran pensar los militares argentinos. Adentro y afuera de la Rosada, la fiesta era total. La sensación era de haber ganado mucho más que una elección. Se había derrotado a la dictadura. A los dieciocho años de proscripción. A la censura y al estado de sitio. Al modelo extranjerizante de la economía. Fue, y así se vivió en la calle y se lamentó en los cuarteles, un día revolucionario. Nadie podía imaginar que, al mes, los hechos de Ezeiza demostrarían que la revolución no había sido más que otra ilusión truncada.

El poder militar volvía a su función natural, aunque no exento de preocupaciones, como lo reconoce el general Santiago: "Ese 25 de mayo estuve todo el tiempo acompañando al vicepresidente soviético, porque me habían designado su edecán mientras durara su estadía en Buenos Aires". El general cuya esposa se visitaba seguido con la esposa de Menéndez, no olvidará jamás ese día patrio: "El clima en la Casa Rosada era infernal, no se podía ni respirar. Yo lo sostenía al delegado soviético como podía, porque el hombre estaba parado en una especie de tarima que se movía por los empujones de la gente. De pronto, en medio de esa locura, un tipo chiquitito, flaquito, se me cayó encima. Cuando lo agarré para darlo vuelta e increparlo me di cuenta de que ¡era Rucci!, quien andaba sostenido por Lorenzo Miguel. Entonces le digo: '¡Rucci, qué es todo este despelote, cómo puede ser, en una ceremonia tan importante!'. Y Rucci me contestó: 'No se preocupe, Santiago, cuando el *General* nos dé la orden, empezamos a reventar a todos estos bolches de mierda'" (Entrevista con Santiago, 2007).

El acto terminó y los muchachos de la JP fueron abandonando felices los salones de la Rosada sin saber que la derecha peronista, bendecida por su líder, cocinaba una matanza. El general Santiago dejó en claro lo que significó para el Ejército aquel hecho inolvidable: "Cámpora estaba muy emocionado después de la ceremonia. Creo que nunca en su vida imaginó que la historia lo

haría presidente. Por eso, los que estábamos a su alrededor charlando en la antesala del balcón de la Casa Rosada, vimos que no aguantó la ansiedad y enfiló hacia el lugar donde todos los presidentes después de Perón posaron para la foto. Yo lo acompañaba de atrás, siempre al lado del enviado soviético. Al salir al balcón y ver la multitud que lo coreaba, sus ojos se llenaron de lágrimas y los míos de preocupación. Nunca voy a olvidarme de esa imagen: desde el Banco Nación hasta el Ministerio de Economía, la bandera de Montoneros se extendía gigantesca a lo largo de la calle Balcarce, de una punta a la otra de la Plaza de Mayo".

Mientras tanto, en Tucumán, Menéndez asistía a la asunción del gobernador Armando Yury, quien rápidamente se convertiría en enemigo del comandante de la V Brigada de Infantería. Simpatizante de la Tendencia[72], Yury recibió de manera oficial a los guerrilleros liberados de Trelew, que se habían beneficiado con la Ley de Amnistía. Un proyecto que al otro día de asumir, el 26 de mayo de 1973, Cámpora había enviado al Congreso Nacional para su aprobación, que llegó a la madrugada del 27 por amplia mayoría. La ley que dejaba en la libertad a los mil seiscientos procesados y condenados por la CAFEPE de Lanusse, refrendaba en los papeles lo que el envión revolucionario había conseguido de hecho veinticuatro horas antes: que los militantes presos en Villa Devoto salieran caminando del penal, sin resistencia alguna de los guardias que los custodiaban. La imagen de los presos mezclándose entre la muchedumbre jubilosa y exultante que los esperaba afuera dejará huellas imborrables en los jefes militares del momento. Menéndez no olvidará esa foto cuando se lance decididamente a "aniquilar" a la guerrilla dos años después.

Que se maten entre ellos

El perfil apolítico de los mandos militares en el Ejército obedecía a un cambio de época. Después de casi veinte años de manejar los destinos nacionales, los militares consideraron que había llegado la hora de volver a los cuarteles (Lanusse, 1977). Así lo quería el gobierno camporista, así lo exigía el pueblo argentino, y así lo deseaba Menéndez y el generalato, que el 11 de marzo había

72 Rama del partido que apoyaba la lucha armada y tenía vinculaciones con Montoneros.

votado en su gran mayoría a la fórmula del Partido Federal que presentó como candidato a presidente a Francisco Manrique, un liberal y antiperonista de pura cepa.

La decisión de no participar más en política quedó sellada en una reunión ultrasecreta del generalato, desarrollada en algún edificio militar, el 27 de mayo del 73. Aunque la reunión nunca fue comunicada por los generales, el rumbo implementado por el general Jorge Carcagno, flamante comandante en Jefe del Ejército, reafirmaba que el ánimo castrense era otro. El 5 de julio, ante unos ciento cincuenta jefes y oficiales, Carcagno sostuvo que "el retorno a la normalidad constitucional nos encauza ahora por el camino de las responsabilidades inherentes a la Fuerza, con exclusión de todo aquello propio de otros factores de poder. El cambio de perspectiva es significativo y es preciso advertirlo con claridad. Hay que percibir qué es lo que nos corresponde hacer en esta etapa y cumplirlo con decisión e inteligencia" (Acuña, 2003: 274).

Asesorado por el coronel Juan Jaime Cesio, integrante como Menéndez de la promoción 74, el Ejército se lanzó a recuperar el prestigio y el respeto de un pueblo que había terminado odiándolo por su participación en la conducción política del país. Principal impulsor de esos cambios, el ahora general los recuerda claridad: "Hubo un hecho paradigmático, que nos shockeó a todos los militares, y que explicó en buena medida el proyecto adoptado por Carcagno. Sucedió el Día del Ejército, el 29 de mayo de 1973. Acostumbrados a recibir aplausos y flores en un desfile en el que participaba toda la ciudadanía, las distintas formaciones no recibieron otra cosa que insultos y abucheos en su paso por la avenida Libertador". Enemistado con casi todos sus ex compañeros de promoción por la represión que vino después, y de la cual no formó parte, Cesio sintetiza en pocas palabras el desprecio que el pueblo argentino sentía por las Fuerzas Armadas: "nada le había hecho más daño al país que la seguidilla de golpes y gobiernos militares que se habían sucedido desde la *Revolución Libertadora*. El peor gobierno civil es mejor que uno militar, por una sencilla razón: nosotros no estamos preparados para la política. Claro que siempre que hubo un golpe militar hubo dirigentes de la oposición que fueron a golpear los cuarteles, eso también hay que decirlo" (Entrevista con Cesio, 2006).

Internamente convencido de que el gobierno peronista no iba a solucionar el tema guerrillero, Menéndez concentró su atención en Tucumán y el norte argentino. Estará en San Miguel cuando el movimiento peronista haga eclosión en Ezeiza, el 20 de junio del 73, día en que Perón regresaba definitivamente al país. Lo que en la previa se pensaba una fiesta popular, con millones de peronistas caminando a Ezeiza a recibir a su líder, terminó en una masacre que aún hoy sigue sin ofrecer cifras exactas sobre la cantidad de muertos. Todo comenzó cuando los Montoneros intentaron copar el palco y los primeros lugares para que *El General* viera sus banderas y comprendiera la relación de fuerzas en el movimiento. Un desafío que la derecha peronista no estaba dispuesta a tolerar. Bajo las órdenes del teniente coronel Manuel Osinde, hombre de extrema confianza de José López Rega y ex miembro del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), las bandas armadas, entre las que había oficiales franceses y espías argelinos, desenvainaron sus itakas y reaccionaron a los escopetazos, disparando a quemarropa contra una muchedumbre mayoritariamente montonera y de la JP. Como era previsible, la balacera acabó con el acto y obligó a Perón a descender en la base aérea de Morón.

A pesar de su antiperonismo, a mediados del 73 Menéndez y muchos generales todavía creían que Perón podía detener la violencia en el país. Aunque sostenían que Montoneros había abandonado la estrategia "foquista" para practicar el "entrismo, infiltrándose en el aparato del Estado, después de Ezeiza la situación volvió a enrarecerse. Horacio Verbitsky, periodista y miembro de la inteligencia montonera de entonces, analiza en su libro *Ezeiza*[73] la significancia histórica de aquel acontecimiento: "La masacre de Ezeiza cierra un ciclo de la historia argentina y prefigura los años por venir. Es la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años. Es también uno de los momentos estelares de una tentativa inteligente y osada de aislar a las organizaciones revolucionarias del conjunto del pueblo, pulverizar al peronismo por medio de la confusión ideológica y el terror, y destruir toda forma de organización política de la clase obrera. Ezeiza contiene un germen del gobierno de Isabel Perón y

73 Publicado en 1985 por la Editorial Contrapunto.

López Rega, la Triple A, el genocidio ejercido a partir del nuevo golpe militar de 1976, el eje militar-sindical en el que el gran capital confía para el control de la Argentina".

El Comandante ¿descubre al ERP en Tucumán?

Antes de la masacre de Ezeiza, la cotidianeidad del general Menéndez se circunscribía a los recorridos por los regimientos de Salta y Jujuy, y cada tanto al comando del III Cuerpo con asiento en Córdoba. Pero a su habitual itinerario se agregó uno: Tafí del Valle. Salvo los generales del Estado Mayor y los soldados que participaban de las operaciones, nadie sabía qué hacía el Ejército en la zona más espesa de la Sierra del Aconquija. Al mando de Menéndez, las tropas empezaron a realizar una serie de "ejercicios finales"[74] . La primera operación se llevó a cabo el 7 de agosto del 73, y se completó al día siguiente, con el reconocimiento aéreo de esta región montañosa. Aunque el Ejército nunca reconoció las razones de esos ejercicios, dos meses antes el Buró Político del PRT, instalado en Córdoba, había decidido por insistencia de Santucho abrir su frente rural en esa zona de Tucumán. Para lograrlo, el jefe del ERP había mandado en misión secreta a tres rastreadores a efectuar un reconocimiento de tres meses.

Mientras los espías erpianos indagaban el territorio, los grupos urbanos del PRT en San Miguel se fortalecían para abastecer al último intento de guerrilla rural del siglo veinte en el país. Casi un mes después de esa misión a Tafí, Menéndez partió el 2 de septiembre junto al comandante del III Cuerpo, general Federico Della Croce, a una visita de inspección a Salta y Jujuy, las otras dos provincias donde el ERP tenía pensado expandir su proyecto guerrillero.

La culminación de los que serían los primeros ejercicios antiguerrilleros en Tafí del Valle se completarían entre el 7 y 15 de octubre de ese año. Durante esa semana, el general Menéndez y sus soldados permanecieron en el monte tucumano, para regresar el 16 a la base de la Brigada.

74 Legajo militar de Luciano Benjamín Menéndez

Lo que parece haber sido el descubrimiento por parte de la inteligencia militar de los planes del ERP en la provincia no ha sido confirmado por los jefes castrenses. Pero los movimientos que Menéndez realizó fueron muy llamativos: el momento y el lugar coinciden con la puesta en marcha de lo que en diciembre será la *Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez,* la primera y única rural del ERP.

Después del exitoso ataque al Batallón de Comunicaciones 141 de Córdoba, el PRT/ERP creyó que había llegado la hora de grandes acciones militares, superando la política de sus dos primeros años, con ataques pequeños y medianos, más destinados a crecer política que militarmente. El primer objetivo, echar del poder a la dictadura, había sido cumplido a través de "la política del desgaste". De julio de 1970 a mayo del 73, la sociedad había acompañado su metodología para lograr las elecciones y el retorno de Perón, aunque esto último no fuera precisamente el anhelo del PRT/ERP. Y si bien la organización otorgó una tregua al presidente Cámpora en sus brevísimos dos meses de gobierno, cuando Perón decidió su reemplazo por Lastiri y el "Tío" renunció el 31 de julio, el floreciente ejército erpiano, que hasta ese momento había cumplido la promesa de no actuar, se puso en marcha nuevamente.

Para los sectores más antiperonistas y anticomunistas del Ejército, que no frecuentaban los círculos del poder civil, como Menéndez, Videla o Díaz Bessone, la estrategia del PRT/ERP fue un elemento aglutinante. Para llevar adelante la *guerra revolucionaria* que libraban contra "un capitalismo en crisis que venía a ser salvado por Perón", el ERP debía contar con elementos. Fue con ese objetivo que había creado la primera unidad mediana de combate: la *Compañía Decididos de Córdoba.* Santucho y los máximos dirigentes perretistas consideraban que la organización había superado la época de las "sorpresas", los desarmes a policías o militares aislados, los "caños" y otros ataques menores. Su lectura de la realidad confirmaba que había llegado el momento de construir el "ejército popular regular" que pudiera sostener la "guerra popular y prolongada" para tomar el poder e implantar la revolución socialista (Plis Steremberg, 2004). Un objetivo que jamás es-

tuvo en la mente del Perón que volvió en Ezeiza aquella tarde del infierno. Sin embargo, para atacar al "ejército oligárquico y proimperialista" (De Santis, 2006) del cual Menéndez era ya uno de sus mejores cuadros, había que armarse. Y la manera era robándole las armas, ya que el ERP no se abastecía del mercado negro, ni a través de la Unión Soviética o por Cuba, como sostenía el comandante de la V Brigada de Tucumán.

Para desgastar al Ejército, tenían que abrir distintos frentes de combate, diseminados en las ciudades que componían el eje Tucumán-Córdoba-Rosario-Buenos Aires-La Plata. Ahí la guerrilla apuntó sus cañones, y en esos cuarteles empezó a germinar la semilla aniquiladora que tuvo en Luciano Benjamín a uno de sus mejores frutos/exponentes.

Septiembre negro

El noveno mes de 1973 sería difícil de olvidar. Al tiempo que el comandante de la V Brigada de Tucumán adiestraba a su tropa en movimientos antiguerrilleros en Tafí del Valle, el 11 de septiembre el general Augusto Pinochet y la CIA derrocaban en Chile al gobierno socialista de Salvador Allende. De todos los golpes militares que la Casa Blanca alentó y promovió por el mundo a través de su central de inteligencia, el chileno fue el más público y obsceno de todos, confesado por ellos mismos: "Allende era una cuestión personal para Nixon, porque lo consideraba un segundo Fidel Castro", diría años después uno de sus ideólogos, el entonces secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger.

Luego de casi tres años de gobierno democrático, con Allende se iba al diablo toda una manera de construir poder. La chilena había sido la única experiencia socialista que llegó al gobierno a través de elecciones libres y no a partir de una revolución violenta. El mensaje que dejaba ese golpe militar tendría graves consecuencias en la región, pero sobre todo en Argentina. Por un lado, las organizaciones guerrilleras tomarían nota del final de Allende y reforzarían su visión militarista de la lucha revolucionaria, y por otro, Menéndez y buena parte del generalato que veía a la guerrilla argentina como parte de una conspiración comunista internacional para asaltar América Latina, confirmarían que la ex-

periencia pinochetista no era la mejor alternativa para exterminar a los opositores políticos. Los fusilamientos masivos ordenados por el tirano trasandino habían sacudido a la comunidad internacional, y enfrentado a ese país con el Vaticano. Un precio que los centuriones argentinos no estarían dispuestos a pagar dos años después, cuando, alentados por el mismo Kissinger, pusieran a funcionar la maquinaria de la represión ilegal en octubre del 75.

Cinco días antes del golpe de Pinochet, el ERP daría crédito al pensamiento de Menéndez y los oficiales más anticomunistas. En su segunda gran acción armada en contra de una unidad del Ejército, las huestes de Santucho asaltaron el Comando de Sanidad, en la Capital Federal. A diferencia del éxito obtenido siete meses atrás, el resultado para el ERP fue calamitoso, y perdieron varios de sus hombres. La respuesta del gobierno interino de Raúl Lastiri, yerno de López Rega, fue la firma del decreto 1453, que declaró ilegal al PRT/ERP.

En este clima de creciente violencia, el 23 de septiembre ocurrió lo que todos esperaban, inclusive los militares argentinos, que veían en él al único capaz de frenar el accionar guerrillero: Juan Domingo Perón fue elegido presidente de la Nación por tercera vez, con el sesenta y dos por ciento de los votos, acompañado en la vicepresidencia por su tercera esposa, María Estela Martínez, "Isabelita".

Sin embargo, dos días después de esta contundente victoria, la realidad volvió a enrarecerse y los festejos a empañarse: a las 12.10 de un día soleado, un comando armado anónimo asesinó de 23 balazos a José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT y hombre del riñón del recientemente elegido presidente. Aunque todos apuntaron al ERP como responsable del crimen, en un comunicado público la organización lo negó en forma tajante. No era el anonimato su modus operandi. Descartado el ERP, las versiones periodísticas apuntaron a Montoneros, que se defendieron denunciando el asesinato de Rucci como una operación de la CIA o López Rega para enfrentarlos con Perón. A las pocas horas de que Rucci fuera acribillado por francotiradores cuando salía de la central obrera, los espías del *Brujo* y Osinde le dijeron a Perón que habían sido los Montoneros. El "viejo", como le decían los jóvenes

peronistas, no reaccionó en público, pero desde ese día la relación entraría en un punto sin retorno.

Al asesinato de Rucci y el asalto del ERP al Comando de Sanidad, durante ese mes ocurrió otro hecho que marcaría claramente la posterior derechización del tercer gobierno de Perón y la vuelta a los primeros lugares en el ejército de Menéndez y los sectores más liberales y permeables a la influencia norteamericana en sus filas. El acontecimiento que desnudó el giro ideológico y político del gobierno y su principal fuerza armada ocurrió en Caracas, el 5 de septiembre de 1973. En la capital venezolana, la Décima Junta Interamericana de Defensa reunió, como todos los años, a los Comandantes en Jefe de todos los ejércitos americanos. En plena *Guerra Fría* y con la *Doctrina de Seguridad Nacional* en su momento de esplendor, el jefe del Ejército argentino, general Jorge Carcagno, y su principal asesor, coronel Cesio, ofrecieron un discurso claramente opuesto a las directivas que EE.UU alentaba para el continente. Doctrinas a las cuales Argentina había adherido fervorosamente desde Onganía, y que tenía en Menéndez y otros jóvenes generales a jefes que se identificaban con esta concepción Este-Oste del mundo. O capitalismo-comunismo.

Carcagno dijo que el problema en América Latina no era el comunismo, sino la regresiva distribución de la riqueza. En su discurso, el jefe argentino sostuvo que lo que había que atacar desde el poder del Estado era la pobreza —extrema en muchos países latinoamericanos— y no las organizaciones armadas. "El objetivo debían ser las causas de la desigualdad social y económica, no los grupos revolucionarios, quienes, en definitiva, eran la expresión más radical y violenta de una situación de injusticia", afirma en junio del 2006 Cesio, sentado junto a la ventada de un café ubicado a la vuelta del Palacio San Martín. Treinta y tres años después de aquella reunión en la que acompañó a su comandante a Venezuela, y de que Pinochet derrocara a Salvador Allende, Cesio sigue pensando que ese viaje selló su destino y el de su jefe en el Ejército.

Un mes después, Carcagno, Cesio y un grupo de oficiales que creían posible una negociación con la guerrilla para terminar con la violencia, mantuvieron una reunión secreta con las principales cabezas militares de Montoneros. En un lugar de la provincia

de Santa Fe, los coroneles Cesio y Mittelbach, que acompañaban al general Numa Laplane, les plantearon al "Pepe" Firmenich y a Cirilo Perdía un alto el fuego. La consecuencia de esa reunión fue el *Operativo Dorrego*, que juntó a soldados del Ejército con militantes de la JP en una acción benéfica y social de un mes en distintas zonas de la provincia de Buenos Aires. El hecho, netamente político, generó un profundo malestar en el general Menéndez y en muchos oficiales de alta graduación, que no querían ver al Ejército involucrado en política, menos en el marco de un gobierno peronista, movimiento al que Menéndez y la mayoría de sus camaradas despreciaron siempre por su "autoritarismo y su populismo".

La reacción de Perón y su monje negro, López Rega, a lo ocurrido en Venezuela, se materializó en diciembre, cuando hubo que decidir los retiros y los ascensos. Como ansiaban Luciano Benjamín y los generales que denunciaban el "entrismo" guerrillero, Perón ordenó el retiro de Carcagno y Cesio, bautizados por los lopezrreguistas como "el general y el coronel rojo", y nombró como Comandante en Jefe al general Leandro Enrique Anaya, "el hijo de un general amigo de Perón", según cuenta Videla en la entrevista de noviembre de 2007, y sobrino del general Anaya, que en 1921 fusiló a los obreros en la Patagonia ante la presencia del entonces teniente primero, José María Menéndez.

El retiro obligado de Carcagno tendría consecuencias muy graves, aunque muy pocos lo supieran al momento en que sucedían. Su salida fue el último intento de solucionar políticamente el problema de la violencia guerrillera, y dejó el camino libre a quien dominaría la escena nacional en el próximo año y medio: el *Brujo* López Rega, o "Lopecito", como le decía el viejo y enfermo *General*. Un personaje oscuro y temible, que el 15 de octubre de 1973, con el atentado explosivo al senador radical Hipólito Solari Yrigoyen, inauguró una nueva época de violencia política: la de la Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como Triple A. Una organización para-policial-militar que desde el Ministerio de Bienestar Social sembraría el terror y el asesinato entre la militancia de izquierda, peronista y no peronista, además de perseguir y amenazar de muerte a centenares de artistas, intelectuales o dirigentes, que para salvar sus vidas tuvieron que exiliarse.

Mientras el peronismo se desangraba en luchas intestinas y el ERP insistía en las grandes acciones armadas, el Ejército procesaba la realidad política desde la óptica antisubversiva de la escuela francesa. La misma de los últimos quince años, que Menéndez sintetizó en un análisis revisionista y autojustificatorio en las páginas de la revista militar, en 1988: "Después de una exitosa penetración en el gobierno de Cámpora, en el que hubo hasta gobernadores y ministros subversivos, estos perdieron esas posiciones en el gobierno de Perón, y entonces, ante este fracaso "político" o entrista, los foquistas impusieron su idea y se lanzaron a la lucha armada con carácter protagónico y casi exclusivo" (Revista Militar, 1988).

El gran fantasma cubano

"De ninguna manera vamos a apoyar un movimiento revolucionario mientras exista un gobierno constitucional. Primero hay que agotar todas las vías legales", respondió ofuscado Fidel Castro al general Arnaldo Ochoa, el legendario revolucionario cubano que hacía de nexo entre el gobierno de la isla y los distintos movimientos guerrilleros que peleaban en América Latina. Ochoa era el principal interlocutor que el ERP tenía en el ejército caribeño, y uno de los hombres más allegados a Fidel, no así al resto de los dirigentes del Partido Comunista Cubano (PCC), con quienes discrepaba sobre la política continental. El enojo de Fidel con su viejo compañero, el mismo que había peleado junto al *Che* en Angola y el Congo, radicaba en que veía disparatado el proyecto de Santucho de iniciar el frente rural en la provincia que militarmente comandaba el general Menéndez, pero en el marco de un gobierno constitucional. "Mira, chico, esta vez no vamos a poder ayudarlos ni con entrenamiento, ni con hombres ni con pertrechos bélicos", le comunicó Ochoa a Luis Mattini, enviado por Santucho a Cuba en diciembre del 73 en busca de apoyo para su proyecto guerrillero. En su libro *Los Perros*, Mattini dice que "lo último que estaba dispuesto a hacer Fidel era apoyar un movimiento en contra de Perón, a quien consideraba un 'gobierno aliado', por más diferencias que tuviera con el viejo caudillo, y por más simpático que le cayera Santucho. Como siempre pasó con Fidel, el estadista primó sobre el revolucionario, y el caso argentino no fue la excepción".

Santucho, que había conocido a Fidel a fines del 72, cuando escapó de Rawson, no esperaba una negativa. Igual, sin la ayuda del líder cubano, el jefe del ERP se lanzó al ataque y el 19 de enero del 74 intentó copar el Regimiento 10 de Caballería Blindada y el Grupo 1 de Artillería Blindada de Azul, dos poderosas unidades que Menéndez conocía a la perfección, porque en el 66 había sido jefe de Olavarría, un regimiento casi mellizo. El objetivo era provocar a un Perón cada día más "derechizado", demostrar fortaleza a los trabajadores revolucionarios y robar armamento para sostener el frente rural en los montes que eran custodiados por la V Brigada del general Menéndez. Bajo las órdenes de Enrique Gorriarán Merlo, la *Compañía Héroes de Trelew,* integrada por ochenta hombres, se lanzó al ataque en Azul, pero fracasó rotundamente[75]. La respuesta de Perón fue durísima, y sirvió para aplacar momentáneamente los ánimos castrenses, además de fortalecer a la derecha peronista. El 22 de enero, el "león herbívoro" que habitaba la Rosada le habló al Ejército desde su condición de militar y ordenó al Congreso Nacional endurecer el Código Penal para reprimir a la guerrilla. En el plano político, la aventura del ERP significó volver varios casilleros atrás: Perón dio luz verde a López Rega para barrer a los cinco gobernadores filomontoneros, los mismos que Menéndez denuncia en su artículo de la revista militar: Oscar Bidegain, de Buenos Aires, quien renunció a los dos días del ataque luego de que Perón lo acusara de "facilitar el accionar guerrillero"; Ricardo Obregón Cano, de Córdoba, derrocado el 27 de febrero por un golpe policial al mando del jefe de policía, teniente coronel Domingo Navarro, un alfil del Brujo, que intervino la provincia; Martínez Vaca, de Mendoza, obligado a renunciar; Jorge Cepernic, de Santa Cruz y Miguel Ragone, de Salta. Todos reemplazados en sus puestos por sus vices, que eran hombres del sindicalismo ortodoxo que respondía a Lorenzo Miguel y Casildo Herreras, hasta ese momento aliados de "Lopecito".

La noticia del ataque de Azul fue para Menéndez la confirmación de que la violencia guerrillera no iba a mermar ni siquiera

75 En el combate murieron el comandante de la guarnición, coronel Camilo Gay, su esposa, un soldado y dos guerrilleros desaparecieron fuera del cuartel. En la retirada, que fue desastrosa, el ERP secuestró al teniente coronel Jorge Ibarzábal, pero ningún otro armamento que el que tenían encima antes de empezar el asalto.

con Perón en el poder, y que los Montoneros eran definitivamente "infiltrados" marxistas dentro del movimiento justicialista. Además, terminó de convencerlo de que la única metodología para acabar con el "enemigo subversivo", dentro del cual las organizaciones armadas eran solo una parte, era con los métodos que había aprendido de sus maestros franceses en la década del 60: "Tanto la policía como nuestros jueces son inermes frente a esta agresión de combatientes pagados por el exterior", diría en 1984 Luciano Benjamín a la periodista Renée Salas. En esa entrevista y en muchas otras que concedió durante el primer año democrático, Menéndez tomará la ira que Perón escupió a la prensa luego del ataque a Azul para justificar por qué en el 74 era necesario otro tipo de respuesta al accionar guerrillero. El mismo accionar que, paradójicamente, había sido decisivo para que el caudillo volviera al país para ser presidente por tercera vez en su vida: "Perón dice: 'ya no se trata de grupos de delincuentes, sino de una organización, que actuando con objetivos y dirección foráneas, ataca al Estado y a sus instituciones, como medio de quebrantar la unidad popular y provocar el caos (...) Aniquilar cuanto antes a este terrorismo criminal, es una tarea de todos'" (Revista Gente, 1984: 77).

A pesar del fracaso de Azul y de la negativa de Fidel a colaborar con la guerrilla argentina, el ERP no detendría su marcha. Menéndez y los oficiales "prematuros" de Videla, tampoco. En febrero, y por insistencia de Santucho, se creó la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), una organización que, salvo Montoneros, nucleaba a las principales fuerzas guerrilleras del Cono Sur: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, el Movimiento de Liberación Nacional, (MLN) de Bolivia, el Movimiento Tupamaro, de Uruguay, y el ERP, de Argentina.

En un contexto de fuerte represión, en el que Argentina era el único país de la región no gobernado por una dictadura, el objetivo de la JCR era ayudarse con información, hombres, armas y dinero. Aunque con matices y diferencias por los distintos procesos políticos que cada una vivía en sus países de origen, las cuatro organizaciones se definían como marxistas y tenían como fin la conquista del poder y la instauración del socialismo como sistema de gobierno. Para contrarrestar los planes guerrilleros, el Pentágono

puso en marcha el *Plan Cóndor*, una ambiciosa operación de represión continental que contó con la decidida participación de las fuerzas armadas sudamericanas, que desde septiembre del 74 empezaron a sincronizar —primero entre agentes argentinos y chilenos[76]—, un gigantesco aparato militar de inteligencia que un año después se dedicó de lleno a desmantelar las organizaciones revolucionarias a través del secuestro, la tortura y el intercambio de prisioneros entre un país y otro.

Afincado en Tucumán, donde el ERP iniciaba su frente rural, Menéndez sería uno de los protagonistas de esta misión represiva, que defendía como la única alternativa para frenar la "penetración comunista en Latinoamérica, recta final del imperio soviético en el mundo occidental", como lo dijo en el 2008, en el marco del juicio que lo condenó en Córdoba a cadena perpetua.

Al mes de quedar formalizada la junta guerrillera, en marzo, el ERP empezó su entrenamiento militar en Tucumán, en la zona de la cadena montañosa que se extendía a lo largo de la ruta 38, en los departamentos de Famaillá y Morteros, al sur de la provincia. Mattini, último secretario general del PRT/ERP antes de su disolución definitiva, en 1980, escribió en su libro *Los Perros*, que "los cerros del Aconquija iban a ser la Sierra Maestra argentina desde la cual el ERP pretendía extender la guerrilla a todo el norte del país: Jujuy, Salta, Chaco, Santiago del Estero, hasta llegar a las provincias mesopotámicas".

La cantidad de combatientes que sigilosamente llegaron a la provincia que militarmente comandaba el "prematuro" general Menéndez, no superaba la veintena. El instructor militar era nada menos que Santucho, jefe máximo del PRT/ERP. En esta etapa, de gran movilidad en el monte, los guerrilleros rehuyeron el contacto con las fuerzas policiales y militares, que todavía no operaban regularmente en la zona. Aunque al mando del *Cachorro* la V Brigada había realizado ejercicios en Tafí del Valle entre agosto y octubre del 73, las tropas del Ejército iban y venían realizando rastrillajes, pero nada más. El resto del tiempo Menéndez lo uti-

76 El hecho que inauguró este megaaparato represivo continental que llegaría a su apogeo en el '76 y '77, fue el asesinato del general chileno, Carlos Prats, en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974.

lizaba persiguiendo a los grupos urbanos que el PRT/ERP tenía en San Miguel, tarea que desarrollaba a través del destacamento de Inteligencia 142 a cargo del capitán Humberto Viola, y con la ayuda de la policía provincial de Tucumán, que desde siempre se había mostrado participativa en la lucha "antiguerrillera". Incluso el 5 de agosto del 73 el ERP había asesinado al comisario Hugo Tamagnini, director de Investigaciones Criminales de la policía tucumana, y oficial con un frondoso prontuario delictivo en la provincia.

A pesar del cotidiano trabajo de inteligencia que Ejército y Policía ya hacían en la capital tucumana sin autorización oficial, la orden de Santucho era evitar todo tipo de contacto con la población civil para no ser descubiertos. Consideraba que el pueblo todavía no estaba en condiciones de sumarse a la guerra revolucionaria (González Breard, 2001). De ahí que la supervivencia sólo era posible mediante la existencia encubierta de depósitos de alimentos, y por compras que hacían en la ciudad los contactos del ERP previamente establecidos. En esta primera parte, con un Perón agonizante y senil que endurecía el Código Penal para combatir a "los delincuentes terroristas", el ERP instaló los primeros campamentos[77]. Cuando terminó el curso, los combatientes realizaron prácticas de tiro con pistolas ametralladoras Halcón y FAL y patrullajes en la zona. Hasta ahí, ninguno había bajado al llano en procura de alimentos, ya que la actividad de la Compañía de Monte debía ser ultrasecreta. Para abril-mayo de ese año, dos meses después de haber iniciado el entrenamiento, la compañía aumentó su número con diez nuevos integrantes, muy lejos de los "miles" que siempre cuenta Menéndez para agigantar el poderío guerrillero y justificar su posterior exterminio.

Luego de días de duro adiestramiento, el curso terminó con una importante ceremonia, en la cual se declaró constituida la legendaria *Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez*", en homenaje

77 El más importante en el Ingenio Fronterita, donde dormía y convivía el Estado Mayor del ERP, integrado por Santucho, Antonio del Carmen Fernández, Roberto Coppo, Eduardo Pedro Palas, Salvador Falcón, Manuel Negrín y quince hombres más. (1) Las actividades que desarrollaban eran adoctrinamiento político, caminatas de reconocimiento, e instrucción militar en el manejo de armas y cartografía.

a Ricardo "el Zurdo" Jiménez[78], trabajador del ingenio de Santa Lucía, militante del PRT desde 1968, y uno de los impulsores de que el partido abrazara la lucha armada como "única manera de pelear contra la dictadura de Onganía".

Acheral, el general se frota las manos

El primero de mayo de 1974, la Plaza rebalsaba de gente. Todas las corrientes del peronismo dijeron presente para escuchar las palabras de su líder, que a los setenta y ocho años poco y nada había hecho para "pacificar" al país. Cuando por fin Perón salió al balcón de la Casa Rosada y empezó a hablar, la mitad de la plaza se quedó muda, paralizada por lo que escuchaba en los altavoces: "A través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon...", dijo Perón, y la respuesta de los millares de militantes de la JP y de Montoneros no se hizo esperar: "¡Qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular!", cantaban mientras en masa empezaron a abandonar el lugar. Para la inmensa mayoría de esa "juventud maravillosa", el 1 de mayo fue el día que Perón blanqueó su proyecto político, que no era, precisamente, la patria socialista que ellos esperaban construir. La imagen de los miles y miles de jóvenes peronistas desconcentrándose en segundos fue impresionante, e impactó en el corazón de Perón, quien luego de decir unas cuantas palabras más, se metió en la Rosada. En la antesala del balcón, Osinde, que era su consejero militar y a la vez subsecretario de Deportes en el ministerio de Bienestar Social, se acercó a López Rega y le pasó un dato revelador: "Se detectó un grupo subversivo en el monte tucumano. Son del ERP" (Seoane, 1991: 240), le dijo Osinde a su jefe, quien inmediatamente se comunicó con el general Leandro Enrique Anaya para que el ejército al mando del general Menéndez entrara en acción a través de la V Brigada de Infantería. Pero el jefe del Ejército se negó sin una orden expresa del gobierno. Con la negativa de Anaya, López Rega se comunicó con el ministro del Interior,

78 Murió en un enfrentamiento con la policía en 1972.

Benito Llambí y ordenó que fuera la Policía Federal la encargada de entrar en operaciones. El hombre elegido para la incursión en el monte fue Alberto Villar, recientemente ascendido a la jefatura y número dos de la Triple A. El 8 de mayo los inexpertos policías empezaron las operaciones, que ya habían sido descubiertas por la inteligencia del ERP y comunicadas a Santucho. Cuando lo cercaron en *Rodeo Viejo*, Santucho se movió para no enfrentarse a Villar, quien, desalentado al no encontrar resistencia, utilizó la tortura sobre los campesinos para obtener información. Cuando rompió el cerco, contradiciendo todas las directivas del Buró Político y del plan que él mismo había diseñado, el líder del PRT/ERP atacó el 30 de mayo de 1974 la localidad de Acheral, donde funcionaba una de las bases de comunicación de las fuerzas de seguridad y de la V Brigada que conducía el general Menéndez. En pocos minutos de acción, los guerrilleros coparon la comisaría, la oficina telefónica, la estación ferroviaria y las rutas de acceso. Para fortalecer su propaganda, Santucho hizo formar a sus hombres e izó la insignia del ERP: una bandera argentina con la cruza roja de cinco puntas en el medio. Cuando terminó la breve ceremonia, regresó al monte. El 5 de junio, en su revista *Estrella Roja*, el ERP le contó al pueblo argentino las razones del ataque: "Acheral ha sido convertida en base de helicópteros y punto de concentración de las fuerzas represivas durante los días que duró la fracasada movilización contrarrevolucionaria... Esta primera actividad del ERP en el monte inicia un nuevo período en el desarrollo de las fuerzas armadas de la clase obrera y el pueblo argentino. A partir de ahora, uniéndose y complementándose, las guerrillas urbanas y rurales avanzarán con una nueva dinámica hacia la formación de un poderoso Ejército Revolucionario del Pueblo, capaz de enfrentar en combates a las fuerzas represivas y apoyar firmemente con sus armas la constante y consecuente lucha del pueblo argentino por su liberación nacional y social.

¡FUERA LA REPRESIÓN FEDERAL Y MILITAR!
¡VIVA LA GUERRA POPULAR REVOLUCIONARIA!
¡A VENCER O MORIR POR LA ARGENTINA!
EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO
(González Breard, 2001: 1589)

Una semana después, Menéndez empezó a presionar al gobierno peronista para que autorizara su intervención en la represión. El 8 de junio de 1974, el comandante de la V Brigada elevó el memo "secreto" Nº 51 40171/1 al comandante del III Cuerpo de Ejército, general Enrique Salgado, jefe a quien reportaba lo que pasaba en los montes del Aconquija (Yofre, 2006). En ese documento Menéndez decía que "la Policía Federal no está instruida, ni entrenada, ni equipada, ni armada para efectuar operaciones sostenidas con efectivos de magnitud, pues su misión es combatir la delincuencia y obtener información y explotarla, basando su eficacia en la lucha singular de sus hombres aislados y no en la capacidad táctica de sus cuadros" (Yofre, 2006: 29). El informe de tres carillas elaborado por Menéndez era un diagnóstico generalizado de los resultados obtenidos por las fuerzas de seguridad (policía provincial y federal), en relación al combate contra el ERP en Tucumán. Menéndez, que hacía tres años y medio había llegado a Tucumán y a la V Brigada, resaltaba en el memo que "la inteligencia, el transporte y el abastecimiento fue realizado por el Ejército, exhibiendo que la operación pudo y debió haber sido realizada por el Ejército, explotando las informaciones existentes en la comunidad informativa local y utilizando a la Policía Federal para los interrogatorios de prisioneros y la explotación de la información obtenida. Y, cuando ésta imponga, realizar acciones en otros lugares de la provincia o del país, como ser allanamientos, detenciones, etcétera." (Idem. Ant). Su profundo conocimiento de la *guerra antisubversiva* concebida por los franceses en Indochina y Argelia quedó a la vista con las acciones que le proponía a Salgado en el memo secreto: "La lucha contra la guerrilla tiene un ciclo de tres partes: 1) información para saber dónde están los guerrilleros, 2) acción para detenerlos y 3) sanción para evitar nuevas actuaciones" (Idem. Ant). Lo que Menéndez le recomendaba a su superior inmediato eran: interrogatorios, secuestros y, hasta ese momento, cárcel. Un año después pediría tortura y muerte.

Veintitrés días antes de que Perón muriera, viejo y enfermo, lejos del estratega que había creído ser cuando retornó al país después de dieciocho años de exilio, Menéndez aconsejaba que el Ejército se hiciera cargo de las operaciones en el monte y estableciera una zona de emergencia "limitada al departamento o depar-

tamentos en donde se operará contra dichas fuerzas irregulares". Hasta mayo del 74, la zona donde Luciano Benjamín exigía que actuaran sus hombres era una parte del territorio tucumano. Por eso, en la página tres del memo, subrayó que "el Ejército debe disponer de la conducción de los tres capítulos del ciclo de la lucha contra la guerrilla, para someter a la justicia militar a los guerrilleros con una represión rápida y efectiva de los delitos cometidos" (Idem. Ant). ¿Justicia militar? Sí, Menéndez pedía juicios sumarios, pena de muerte y código de justicia militar para combatir al ERP. Y, en una evidente crítica a lo que eran los estertores del peronismo con Perón vivo y agonizando, el jefe de la V Brigada estimó que "en el gobierno nacional debe existir una total disposición de encontrar a la guerrilla... y de aniquilarla donde se la encuentre (para lo cual debe haber un respaldo total y definitivo a las sanciones que imponga)" (Idem. Ant). En ese memo, Menéndez se anticipaba a lo que un año y cuatro meses después los Altos Mandos iban a conseguir que Ítalo Luder autorizara: los decretos 2770/2771 y 2772 del 6 de octubre del 75, con los cuales las Fuerzas Armadas tuvieron por fin la "autorización" para salir a matar en todo el país.

Nueve días después del informe que le pasó a Salgado, el memo pasó a formar parte del expediente "secreto" Nº U2 40298/8, de más de cincuenta páginas. Recibido por el general Carlos Dalla Tea, jefe de Inteligencia del Estado Mayor y compañero de Menéndez en el Colegio Militar en la promoción 74, el expediente fue enviado el 17 de junio al jefe de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército, general Alberto Numa Laplane. En el anexo 1, punto 2 de ese voluminoso expediente secreto, Menéndez informó que en los procedimientos realizados por la Policía Federal y provincial se detuvieron treinta y siete personas y que "la mayoría de ellos fueron dejados en libertad por el juez federal de Tucumán, doctor Jesús Santos, el 29 de mayo de 1974... treinta y siete personas entre las cuales quince tenían antecedentes de pertenecer al ERP (Expediente 5140701/1 del 14 de febrero del 74). El hecho de que el juez haya decretado la libertad de veintitrés de los treinta y siete (doce con antecedentes del ERP)... produjo un efecto psicológico desfavorable" (Yofre, 2006: 31), concluía Menéndez.

Aunque faltaran seis meses para que López Rega y el general Leandro Enrique Anaya, comandante en jefe del Ejército, decidieran en un encuentro secreto de diciembre del 74 poner en marcha el *Operativo Independencia*, el documento de Menéndez reflejaba lo que la mayoría de oficiales pensaba del tema guerrillero, y sobre todo de la actuación de la Policía Federal en los montes tucumanos. La demora en la determinación de Isabel y Luder de ordenar el "aniquilamiento" de la guerrilla, como pedía Luciano Benjamín desde Tucumán, obedecía principalmente a una razón: a mediados del 74, las Fuerzas Armadas, el Ejército en particular, no tenían margen de acción ni peso en las decisiones políticas del país. Cargaban sobre sus espaldas haberlo hecho durante veinte años de fracasos y frustraciones, y la sociedad no quería saber nada con ellos en el poder.

Catamarca y Villa María, la guerra declarada

Después de Acheral, Santucho ordenó a los cuarenta combatientes de la *Compañía Ramón Rosa Jiménez* bajar al llano y dispersarse. La intención era reordenar las filas de la unidad rural y preparar un gigantesco operativo para el mes siguiente. Pero la muerte de Perón el 1 de julio de 1974 trastocó los planes del jefe del PRT/ERP, quien consideró que no era inteligente ni oportuno lanzar un ataque en el momento en que millones de argentinos lloraban al más influyente líder político del siglo veinte. Menéndez, por su parte, estaba decidido a enfrentar al ERP en su territorio, mucho más después del rotundo fracaso de Villar en Acheral. Los dos odiaban al ERP por su ideología marxista, pero Menéndez se había formado para combatir este tipo de enemigos. No así Villar, un sicario de López Rega que mataba para acumular poder y por su declarado desprecio por la izquierda revolucionaria. Convencido de que la guerrilla volvería a atacar en cualquier momento, el comandante de la V Brigada esperó el momento de entrar en acción. La información que manejaba del ERP en Tucumán confirmaría su pronóstico.

Sábado 10 de agosto, Villa María, Córdoba

A las 21.30 y sin despertar sospechas, las tres parejas llegaron al hotel alojamiento *Pasatiempos*, ubicado en las orillas de la

Fábrica Militar de Pólvora y Explosivos de Villa María. En cuestión de minutos, los seis integrantes de la *Compañía Decididos de Córdoba* redujeron al personal y a las parejas que estaban en el lugar, explicándoles que eran del ERP. Culminada esta primera etapa, en la que una pareja logró escapar sin que ello cambiara los planes del operativo, Juan Eliseo Ledesma, el mismo jefe del ataque al Batallón 141 en Córdoba, dio la orden de entrar en acción. A las 23.30, los sesenta guerrilleros penetraron sin ser vistos entre dos puestos de guardia de la Fábrica Militar. Cuando redujeron el puesto 1 y el 2, un conscripto se dirigió por altoparlante a los soldados: "yo soy el soldado Mario Antonio Pettigianni, compañero de ustedes, soy combatiente del ERP y estamos copando las instalaciones de la base. Les pido que no se resistan porque el ERP es un partido del pueblo y lucha por el pueblo" (Plis Steremberg, 2004: 50). Enseguida, las escuadras del grupo coparon las tres salas de armamento, pudiendo luego de un tiroteo cargar el botín[79].

Mientras esto ocurría, otro grupo del ERP asaltó el Casino de Oficiales, donde se desarrollaba una reunión social, y capturó al subdirector de la Fábrica, mayor Julio Argentino del Valle Larrabure. El ERP lo necesitaba como técnico para fabricar explosivos. Con el control casi total de la unidad, se emprendió la retirada, contabilizándose cinco bajas en el ERP y una en el Ejército. Cuando parecía que el objetivo se había cumplido, el armamento robado para sostener el frente rural en Tucumán fue descubierto en un rastrillaje que el Ejército hizo después en una tapera de una estancia abandonada. Alguien había "cantado" el botín[80]. Además de los armamentos, el ERP se llevó prisionero al mayor Larrabure a un chalet donde en el sótano funcionaba una "cárcel del pueblo". Su encierro duraría un año, y los reclamos por su aparición serían un emblema para el Ejército.

Domingo 11 de agosto, Catamarca

Al momento en que la *Compañía Decididos de Córdoba* huía con el armamento robado de la Fábrica Militar de Villa María, en

79 Más de 100 FAL, 10 ametralladoras Madsen, 4 MAG, 60 pistolas ametralladoras PAM-M3A1 de 0,45 pulgadas y PA3-DM de 9 milímetros, varios morteros, 2 cajones de granadas y cajones de munición.

80 Años después se sabría que el delator había sido Charlie Moore, quien se convertiría en un colaborador clave de la policía cordobesa en su lucha antiguerrillera.

Catamarca la *Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez* ultimaba el ataque al Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada. Además del armamento que allí se guardaba, la intención del ERP era copar el cuartel y, si todo resultaba exitoso, tomar la ciudad de Catamarca. Para ello se establecieron el sábado 10 en La Horqueta, a nueve kilómetros del cuartel. Pero los guerrilleros fueron denunciados por unos ciclistas a la policía, con la que se tirotearon el domingo 11 de agosto y huyeron al monte tucumano. Sin embargo, en Catamarca quedaron aislados veintisiete guerrilleros del ERP. Entre ellos, Antonio del Carmen Fernández, el "Negrito", uno de los cuadros más antiguos del PRT y miembro del Buró Político, que fue herido por la policía de un disparo en la pierna.

Obligados a desplazarse en una zona semidesértica, las posibilidades de escaparse eran nulas. Mucho más después de la cacería que se lanzó sobre ellos. Doscientos policías con baquianos, una compañía del Regimiento 17, tres aviones y un helicóptero del Ejército se prepararon para entrar en acción, mientras esperaban la llegada desde Buenos Aires de una delegación de cincuenta federales a las órdenes de su jefe, el comisario Alberto Villar. En coordinación con el Ministerio de Defensa, la acción fue seguida desde el Comando en Jefe del Ejército por el teniente general Leandro Enrique Anaya, el jefe del Estado Mayor, general de brigada Jorge Rafael Videla, y el comandante de la V Brigada en Tucumán, Luciano Benjamín Menéndez. Entre el domingo 11 y el lunes 12, catorce guerrilleros fueron apresados por la policía provincial, quedando catorce en el monte. Cuando caminaban por Capilla del Rosario, a la una de la tarde, cinco de ellos fueron sorprendidos por una patrulla del Ejército, que enseguida localizó a los nueve restantes. Muertos de hambre y sin municiones, el "Negrito" Fernández pidió parlamentar con el jefe del operativo, que se identificó como el teniente Aquinagua, oficial que recibía órdenes del general de brigada José Antonio Vaquero, comandante de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada de Córdoba. Sin ninguna posibilidad de seguir combatiendo, los guerrilleros se rindieron con la promesa militar de salvar sus vidas. Pero fueron fusilados a quemarropa. La versión oficial del Ejército fue que los guerrilleros del ERP murieron en el enfrentamiento. Sin embargo, las autopsias realizadas posteriormente confirmaron que fueron

ultimados a menos de un metro de distancia, y sus cabezas golpeadas a culatazos. Cinco fueron enterrados como cadáveres NN en el cementerio de San Fernando, y habría que esperar más de treinta años para que el Equipo Argentino de Antropología Forense les devolviera la identidad, y sus familiares pudieran reconocerlos.

Después de Catamarca y Villa María, la conclusión que el Ejército hizo circular en un documento interno fue que la guerrilla había entrado en la "tercera fase". Para los estrategas militares ya no eran pequeños ataques aislados, sino que "la ofensiva contra las Fuerzas Armadas es integral, y debe actuarse con toda la fuerza del Estado para aniquilar a sus integrantes". Lo mismo que dos meses antes había reclamado el general Menéndez a sus superiores en el memo secreto.

"Operación Rastrillo"

El 13 de agosto, cuando la noticia de lo ocurrido en Catamarca recorrió el país y el mundo, el ministro de Defensa, Angel Robledo, dijo a la prensa que el gobierno había autorizado la "cooperación" entre la policía y el Ejército para reprimir a los rebeldes, pero respetando los lindes jurisdiccionales (Plis Steremberg, 2004). Era cierto. Pero lo que nunca admitió el gobierno de Isabel Perón fue que los fusilamientos de catorce guerrilleros en Catamarca significaron la primera operación contraguerrillera decidida y ejecutada por el Ejército. Que nunca esperó la llegada de los cincuenta efectivos de Villar para combatirlos, y que autorizó matarlos en lugar de detenerlos. El reclamo que Menéndez había hecho en su documento secreto en junio de ese año para entrar en acción, se cristalizó en ese paraje de Capilla del Rosario el 12 de agosto.

Al otro día de los fusilamientos, cuando la sociedad se desayunaba de la matanza, el comandante de la V Brigada ordenó un impresionante rastrillaje en toda la zona sur de Tucumán, que se repitió los días 14 y 15. Menéndez estaba seguro de que el resto de la Compañía de Monte se encontraba en esa zona. Al frente de fuerzas combinadas de la policía y el Ejército que operaron bajo sus órdenes, Luciano Benjamín recorrió una y otra vez en helicóptero la región montañosa. Solo se detuvo para encabezar un acto en honor a San Martín, el día 17, en la plaza de Famaillá. La prue-

ba de que esperaba un ataque del ERP, que acostumbraba infiltrar soldados en la fuerza para "entregar" unidades militares, fue su directiva de reforzar las guardias del Regimiento 19 y las del Arsenal Miguel de Azcuénaga, en la capital provincial, con cambios rotativos cada una hora.

Debido al impacto que los hechos causaron en la opinión pública nacional, la semana transcurrió con la prensa de todo el país en territorio tucumano. El día 18, una semana después del ataque, el comandante de la V Brigada recibió en Famaillá la visita de un periodista del diario *La Opinión*. En la desolación de un sábado de agosto a la siesta, con veinticinco grados de temperatura y un viento insoportable, el jefe militar interrumpió su descanso y aceptó a regañadientes una entrevista con el enviado del vespertino porteño. En la esquina de la plaza, donde funcionaba la comisaría y la base de operaciones del general Menéndez, transcurrió el siguiente diálogo:

—Bueno, como siempre, no doy información, lamentablemente no doy información —arremetió Menéndez antes de que el cronista hiciera la primera pregunta.

—Al menos dígame cual es la zona en la que se está operando —contraatacó el periodista, que no sabía si el malhumor del militar era porque lo había levantado de la siesta, o porque así era su carácter.

—No tengo el cálculo hecho, es una zona grande, enredada, que estamos recorriendo.

—¿Es cierto que hay un suboficial y un soldado muertos?

—No es cierto, no hay ningún herido en el Ejército —devolvió en seco el general, no muy cómodo con la pregunta.

—¿Y patrullas que se hayan perdido?

—No, tampoco, y si me pregunta cuantos detenidos hay realmente, no recuerdo la cantidad. —A la tercera pregunta quedó claro que para Menéndez el secreto militar era un dogma.

—Al menos es posible saber para que está aquí el Ejército —inquirió el cronista, algo fastidioso con la actitud del entrevistado.

—El objetivo es comprobar si acá hay gente que participó en los hechos de Catamarca y actuar contra ellos —devolvió decidido Menéndez.

—Una versión asegura que los guerrilleros han escapado del monte y presenta al Ejército solamente en busca de campamentos para destruirlos. —La pregunta, provocadora, logró su objetivo:

—Yo tengo que ver si hay huidos de Catamarca. Si hay, los aniquilaremos —respondió muy resuelto Menéndez. Las bravuconadas eran comunes en él, y lo serían mucho más en los años siguientes, convertido en comandante todopoderoso.

—Y con respecto a las desinteligencias que habría entre usted y el jefe de la Policía Federal, comisario Alberto Villar, cómo entenderlo habiendo un comando único a su cargo. —*La Opinión* era un diario muy informado de la cuestión castrense, y el cronista sabía que Menéndez no estaba de acuerdo con la presencia de Villar y la Policía Federal en Tucumán. Pero quería que se lo dijera el propio comandante:

—Es que no hay mando único ni desinteligencias. La Policía nos respalda en la ciudad. El Ejército es el que actúa en el campo, retrucó el jefe militar, y dio por finalizada la entrevista.

El rastrillaje en busca de los guerrilleros fue constante. No hubo un día en las dos semanas posteriores al ataque del ERP en Catamarca, que el Ejército no realizara expediciones al monte tucumano. Al mando de Menéndez, los grupos se nutrieron de soldados del regimiento 19 y de la V Brigada de Tucumán y del regimiento 20 de montaña de Jujuy, que llegaron a Famaillá con mulas y armamentos para subir los cerros del Aconquija y enfrentar a los guerrilleros. Como jefe del operativo, Menéndez utilizó el avión oficial de la provincia y dos helicópteros del Ejército para realizar los reconocimientos aéreos, y para subir a la montaña a los perros de una división especial de la Policía Federal. "La acción de las tropas se realizan en estrecho contacto con la policía provincial, pero es mantenida una total independencia operativa en relación con los efectivos de la Policía Federal en todo cuanto concierne a su conducción", dijo Luciano Benjamín a la prensa. Sus palabras estaban dirigidas al comisario Villar, de quien desconfiaba por su cercanía a López Rega y la Triple A. Pero en realidad, el mensaje tenía otro destinatario: la presidenta de la Nación. Dos meses después de su memo secreto al Estado Mayor, el co-

mandante de la V Brigada volvía a insistir sobre la misma idea: que Isabel entregara al Ejército la exclusividad de la lucha antiguerrillera. Por lo menos en Tucumán.

El viernes 23, último día del operativo denominado "Rastrillo", Menéndez y sus hombres hallaron un campamento del ERP y otras bases dispersas en un lugar llamado El Rodeo, cerca de Famaillá. Y aunque el grupo no pudo localizar a los guerrilleros secuestró distintos elementos dejados en el camino. Después de diez días en la selva bajo la atenta supervisión del general Menéndez, el Regimiento 19, la V Brigada de Tucumán, el regimiento 20 de Jujuy y efectivos de las policías Provincial y Federal, finalizaron la expedición. Siete días después, Menéndez se entrevistó con el comandante del III Cuerpo, general Federico Della Croce y le detalló los resultados, que no eran los esperados por los dos jefes militares que mejor conocían la situación tucumana: dos semanas en la selva sin haber disparado un solo tiro, ni haber entrado en combate contra las fuerzas irregulares, era sinónimo de fracaso. Lo mismo habrá pensado Isabel Perón, que el mismo día en que Menéndez y Della Croce se reunían para intercambiar información, felicitó a los ministros y a la Policía Federal por los operativos de Catamarca y Tucumán, y tan solo "agradeció" lo actuado por el Ejército. La relación no era buena, pero en agosto del 74 los militares no estaban en condiciones de exigir muchas cosas. Todavía no.

A pesar de esta tirante relación, Menéndez nunca salió a criticar en público a las fuerzas federales. El que sí analizó su actuación, pero treinta y tres años después y no sin una dosis de sarcasmo, fue otro alto oficial del Ejército, que también combatió en Tucumán. Amigo de Menéndez cuando llegó al III Cuerpo en diciembre del 76, el general recuerda con pena la participación de la Federal en los montes tucumanos y refuerza la idea de su camarada de que "solo el ejército podía actuar contra el ERP". En el living de su casa, al calor de un potente calefactor que mitigaba el frío de un invierno cruel de 2007, el viejo camarada se transporta al pasado para explicar los hechos que los tuvieron como protagonistas: "Pobrecitos, había que ver la cara de derrota de esos hombres cuando se bajaban con sus perros de los trenes que venían de Tucumán. Llegaban a Retiro destruidos, hechos bolsa. No estaban

entrenados para operaciones de ese tipo", dice hoy quien sería jefe de mil hombres durante el *Operativo Independencia*, un plan que en agosto del 74 los estrategas del Estado Mayor habían empezado a bosquejar en el más celoso secreto militar, y que denominaron la "prueba piloto" de la *guerra antisubversiva*. La metodología represiva que Menéndez y Santiago ejecutarían con sangrienta efectividad un año después sobre cada rincón de la geografía nacional.

La venganza será terrible

Al tiempo que Menéndez buscaba a los guerrilleros del ERP por todo el sur de Tucumán, la organización rebelde tomó una decisión que profundizó su declarado enfrentamiento con el ejército "oligárquico" y "pro-imperialista". (De Santis, 2004). Culminadas sus propias investigaciones sobre los hechos de Catamarca, alentados por Montoneros y algunos dirigentes políticos afines, en una declaración de prensa la organización marxista volvió a apuntar a la más influyente y poderosa de las tres armas: "interpretando el sentimiento unánime del pueblo trabajador argentino, el Comité Central del PRT tomó una grave determinación: ante el asesinato indiscriminado de nuestros compañeros, nuestra organización ha decidido emplear la represalia. Mientras el ejército opresor no tome guerrilleros prisioneros, el ERP no tomará oficiales prisioneros, y a cada asesinato responderá con una ejecución de oficiales indiscriminada. Es la única forma de obligar a una oficialidad cebada en el asesinato y la tortura a respetar las leyes de la guerra" (Plis Steremberg, 2004: 59). La primera acción de esta represalia se concretó el 10 de octubre del 74 y continuó a lo largo de dos meses sangrientos, período en los que el ERP mató a diez oficiales (Plis Steremberg, 2004). El Ejército y la Triple A redoblaron la apuesta, asesinando a veinte guerrilleros. Rosendo Fraga, estudioso por herencia familiar de cuestiones militares y autor de varios libros sobre el tema, explica la importancia de estos hechos. Hijo, nieto y bisnieto de generales del Ejército, en junio de 2007, en sus oficinas de San Telmo, dio su versión de los acontecimientos que sacudieron al país en el último trimestre de 1974: "Lo de Catamarca fue un punto de inflexión en el enfrentamiento entre el Ejército y el ERP. Porque si bien la organización siempre había tenido como

objetivos a unidades y oficiales del Ejército, a partir de Catamarca empieza, como ellos mismos lo anuncian, el asesinato indiscriminado de militares. Matan a un peluquero, a un bioquímico, gente sin un lugar destacado en la fuerza. Y es una situación novedosa, porque hasta ese 10 de octubre de 1974, el ERP había sido una organización que seleccionaba muy bien a sus víctimas. El terrorismo no era su método habitual y tampoco mataba porque sí. Siempre había una razón a la hora de elegir a sus blancos, sobre todo en operativos individuales".

De la misma manera que Catamarca modificó el accionar del ERP, la represalia guerrillera impactó muy hondo en el Ejército. Según Fraga, "esta matanza de oficiales sin sentido, como mera venganza, generó una reacción emocional y subjetiva en los cuadros del Ejército. El ERP siempre había sido el principal enemigo a derrotar por su ideología marxista y porque tenía al Ejército entre ceja y ceja, pero las muertes de soldados de baja graduación abroqueló y fortaleció a la oficialidad, sobre todo a la oficialidad joven, que tomó a la represalia como un ataque personal más que como resultado de un conflicto armado" (Entrevista con Fraga, 2007).

Según el general de Brigada Fausto González, miembro de la inteligencia del Ejército en ese momento, "los altos oficiales estaban remisos a la guerra de exterminio. Fue la presión de la juventud militar —tenientes, capitanes, los que tenían participación directa en el combate a la subversión— la que empujó a tomar ese camino. En los entierros de los muertos por la guerrilla, los generales lloraban y los oficiales insultaban y les recriminaban a sus superiores no tomar medidas. El gran error que cometió el ERP, que como Mao pensaba que el poder estaban en la punta del fusil, fue atacar indiscriminadamente a los militares, que se abroquelaron ante esta agresión" (Seoane, 1991: 249).

Menéndez era uno de los jefes más respetados de esa oficialidad, que ansiosa esperaba la hora de aniquilar a la guerrilla.

El 9 de agosto de ese año, un día antes de que el ERP atacara la Fábrica Militar de Villa María y el Regimiento 17 de Catamarca, un multitudinario acto tuvo lugar en la ciudad de Córdoba, que a pesar de la represión policial seguía siendo uno de los principales enclaves guerrilleros desde 1971. Convocado por el Smata

de René Salamanca, el paro activo de los obreros metalmecánicos contó con la adhesión de la Tendencia. Entre los muchos dirigentes políticos y sindicales que colmaron el palco, uno concentró la atención de la prensa cuando tomó el micrófono. Precediendo al legendario Agustín Tosco en el uso de la palabra, Mario "el Pepe" Firmenich agitó a una multitud enfervorizada: "Ha fracasado de manera absoluta la política económica y el Pacto Social conformado en contra de los trabajadores[81]. Se ha distorsionado el proceso forjado con el pueblo en la calle que derrotó a la dictadura. En la Argentina también tenemos nuestro Pinochet: López Rega es el Pinochet de la Argentina» (diarios Lapo).

Alejado del gobierno nacional después del asesinato de Rucci, decidido a enfrentar a quien en la práctica manejaba el poder del Estado después de la muerte de Perón, el jefe máximo de Montoneros remató su discurso con una frase que sintetizaba el momento político argentino y alertaba a los sectores más intransigentes del Ejército: "Los convoco a todos a lograr la unidad nacional, con las armas en la mano si es necesario". El combativo y clasista Salamanca cerró el discurso ante el imponente marco de trabajadores y estudiantes. Mezclados entre esa muchedumbre que peleaba por la "patria socialista", disfrazados de estudiantes o trabajadores, los agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) y de la SIDE se mimetizaban y empezaban el proceso de infiltración en las organizaciones revolucionarias. En secreto, de a poquito, iban marcando y elaborando las listas con los nombres de quienes serían sus futuras víctimas. Aunque no estaba en el lugar para presenciar un acto que proponía la lucha armada como método para llegar al poder, Menéndez ubicará a esa dirigencia sindical clasista y combativa cordobesa —de la cual Tosco y Salamanca eran sus figuras más destacadas—, entre sus principales enemigos.

81 En septiembre tres personalidades del mundo político y sindical serían las siguientes víctimas de la ultraderecha peronista: Silvio Frondizi, hermano del ex presidente y abogado del PRT, Alberto "Cuqui" Curuchet, abogado de presos políticos y del Sitrac-Sitram cordobés y Atilio López, dirigente de la UTA y ex vicegobernador de Córdoba hasta que Navarro derrocó a Obregón Cano en febrero de ese año. Fueron acribillados en plena vía pública y a la vista de todo el mundo por comandos de la organización paramilitar que dirigía López Rega desde la cima del poder.

Como alertó Firmenich el 9 de agosto en Córdoba, después de la muerte de Perón la Triple A se lanzó indiscriminadamente al ataque y la sociedad argentina entró en pánico. La confusión era absoluta, y el apoyo que el pueblo había brindado a las organizaciones revolucionarias empezó a menguar con el fallecimiento del caudillo justicialista y el crecimiento de la violencia paraestatal. Los militares ya no estaban en el poder y la guerrilla empezó a licuar el sustento popular que la había hecho posible. Las razones para continuar la lucha armada aparecían difusas ante la opinión del hombre común, y la lógica de las cúpulas revolucionarias entró en su propia dinámica. "Nos despegamos de la gente, que es el principal sustento de la guerrilla", reconoce hoy la inmensa mayoría de esos dirigentes que salvaron su vida luego de padecer el exilio, la cárcel o los campos de concentración (Entrevistas a Iriondo, Suzzara, Mohaded, Callizo). Para ponerlo en términos de Mao, el más importante teórico guerrillero del siglo XX, la pecera empezó a filtrar el agua y el pez se fue quedando sin oxígeno. Después de la "primavera camporista", que duró un suspiro, el terror se coló entre la masa no organizada, que no entendía quiénes eran y a quién respondían las decenas de grupos armados que empezaron a circular con total impunidad por las calles argentinas. De camperas negras y anteojos oscuros, iban en patota en autos imponentes, portaban armas de guerra y se definían peronistas y "antimarxistas". El clima de triunfo y alegría que había embargado a gran parte de la sociedad durante el 73 y la primera mitad del 74, se transformó en miedo y desesperación a partir del cobarde asesinato del diputado peronista Rodolfo Ortega Peña, el 31 de julio de ese año, a manos de la Triple A. Aunque la persecución a dirigentes sindicales, universitarios, intelectuales de izquierda peronistas y no peronistas, artistas o cualquiera que criticara al gobierno, había empezado en abril de ese año, fue con la muerte de Perón cuando el "estado policial" del *Brujo* López Rega se puso en marcha con una ferocidad desconocida. El país estaba en manos de un *Brujo*, que si bien no caía para nada simpático a los ojos del general Menéndez ni de ningún alto oficial del Ejército, había empezado el trabajo sucio de matar "comunistas". Objetivo que de habérselo autorizado Isabel Perón, el entonces comandante de la V Brigada de Infantería de Tucumán hubiera aceptado gustoso,

convencido de que la Argentina era un escenario más de la *Guerra Fría* entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Aniquilar al ERP

El fin militar imaginado por Santucho y acompañado por el resto de los jefes del PRT/ERP era controlar una parte del territorio tucumano, alcanzar la consideración internacional y declararlo "zona beligerante" ante las Naciones Unidas. De esta manera el PRT/ERP obtendría apoyo político, económico y prensa para potenciar la guerra revolucionaria que había desplegado en todo el país. Argumento que fortalecía aún más la idea que Menéndez y la gran mayoría del generalato denunciaba como parte de una "cruzada internacional del comunismo en América Latina" (Menéndez, 1986).

Santucho volcó este pensamiento en el famoso informe *Poder burgués, poder revolucionario*, que presentó en septiembre del 74 al Buró Político. El trabajo profundizaba la idea del "Poder dual": un poder manejado por la burguesía, y otro por la guerrilla, que consistía en controlar zonas de territorio e implantar en esa zona el "estado socialista", con sus leyes y sus valores. De una estrategia de tres etapas, la guerrilla se disponía a iniciar la tercera. La primera había sido el reconocimiento del lugar, la adaptación al clima y la geografía, y la creación de la fuerza militar que era la *Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez*. La segunda había sido el accionar abierto, la captación de las poblaciones rurales, el aumento de las acciones armadas, el incremento de la propaganda y el control de la población. La tercera, que estaba a punto de iniciarse cuando Menéndez se fue de Tucumán, era la guerra generalizada y abierta contra el ejército de "ocupación", como clasificaba el ERP a los oficiales argentinos con uniforme verde oliva. Para ese entonces, y según información suministrada por el propio Ejército, a fines del 74 la compañía del ERP tenía 62 combatientes entre cuadros formados por ellos y campesinos y obreros que se sumaron en esta etapa (González Breard, 2001). Después del último ataque que habían hecho en septiembre en el pueblo de Santa Lucía, el ERP reestructuró la unidad e incluyó grados militares entre sus miembros (Idem. Ant).

Adelantándose unos meses a la intervención directa del Ejército en Tucumán, que llegaría en febrero del 75, el general Menéndez logró que el gobierno nombrara a un oficial suyo al frente de la Policía de Tucumán. Su objetivo era endurecer el accionar represivo en la ciudad capital y desarticular las células urbanas que abastecían a la Compañía de Monte. El 28 de noviembre, ciento ocho personas fueron detenidas por la policía y la V Brigada en el pueblo de Santa Lucía, donde el ERP había atacado dos meses atrás. Sin embargo, el "ajuste de cuentas" que la organización marxista había empezado el 10 de octubre, terminó de una forma catastrófica para sus intereses, y agigantó la figura del general Menéndez en Tucumán: a las 13.15 del primero de diciembre, el comando urbano de la *Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez* asesinó en el centro de San Miguel al capitán Humberto Viola. A diferencia de las muertes que venían sucediéndose desde hacía dos meses en las filas del Ejército, ésta sí tenía una justificación para la organización guerrillera: Viola era el responsable del Destacamento de Inteligencia 142 de la V Brigada al mando del *Cachorro*, y el encargado de manejar las bandas paramilitares que secuestraban personas en esta provincia. Pero la operación tuvo consecuencias inesperadas para el grupo guerrillero. Además de asesinar al capitán Viola, en el ataque murió accidentalmente su hija María Cristina, de tres años, y resultó gravemente herida su otra hija, María Fernanda, de cinco. Ni bien se enteró del operativo, Menéndez se presentó en el lugar del crimen acompañado de otros jefes y oficiales de la V Brigada. Cuando terminó de chequear lo ocurrido, ofreció una conferencia de prensa en la que condenó enérgicamente el hecho y, para tranquilizar a una población conmovida por la muerte de la niña, anunció: "Se adoptaron las medidas necesarias para individualizar a los autores del atentado". Al otro día, en la sepultura de los cuerpos, Menéndez capitalizó todo lo que pudo el descomunal error del ERP, y anticipó lo que iba a ocurrir dos meses después. Junto a los ataúdes, al lado de la viuda del capitán asesinado, dijo a los periodistas: "Ha muerto un valiente soldado. Su muerte hace honor a su nombre, a su Tucumán natal y a su ejército (...). Cuando cae un militar, un camarada, enjuagamos las lágrimas, apretamos lo puños y adelante, a vencer o morir. Pero cuando muere una criatura de tres

años, bella esperanza truncada, el ánimo se deshace, la razón se pierde buscando una explicación de tamaña injusticia. Podemos comprender el crimen artero. Pero eso de tirar a una familia, para matar a todos o a cualquiera, eso no se comprende. Eso es obra de asesinos desesperados en su afán de tomar revancha de sus contrastes. Pero no obstante este dolor que nos anonada ante este ángel que ha ido al cielo, vamos a tomar esto como un holocausto. Vamos a usar este dolor y esta rabia que nos ahoga para vencer, porque venceremos, capitán Viola y María Cristina. Venceremos porque el crimen que se ha cometido merece el repudio de nuestro pueblo que es piadoso, altivo y generoso. Venceremos porque estos enemigos que enfrentan hoy a la patria (....) ahora detectados gracias a la repulsa unánime del pueblo, será destruido inexorablemente. Venceremos porque el pueblo argentino ha armado un ejército triunfante, un ejército que no conoce la derrota, este ejército victorioso aniquilará a estos delincuentes. Capitán Viola y María Cristina, pídole a Dios que nos haga vencer rápido a estos delincuentes para que ningún niño argentino sea inmolado".

El estupor que el hecho causó en la opinión pública tucumana y nacional, en el Ejército y en las propias filas del ERP, hizo que la organización cesara la represalia iniciada en octubre, y anunciara en un comunicado público una tregua "en homenaje a las víctimas y para evitar la repetición de hechos semejantes" (Plis Steremberg, 2004: 59). Cuando se enteró de lo ocurrido, Santucho montó en cólera y ordenó destituir al jefe del operativo (Idem. Ant). "La muerte de esa niña fue un golpe muy duro para todos los que combatíamos", dirían años después Suzzara y Mattini. La respuesta al fracasado ataque guerrillero no se hizo esperar, y la advertencia que el general Menéndez había hecho a los periodistas, se cristalizó el día después de que Viola y su hijita cayeran muertos en el centro tucumano: en Buenos Aires los cadáveres de seis jóvenes aparecieron en la vía pública. Sus nombres nunca fueron dados a conocer, y dos de ellos fueron arrojados frente al Teatro Colón con mensajes adheridos a sus cuerpos que decían: "eran del ERP" (Idem. Ant).

La promesa que López Rega e Isabel hicieron al Ejército de "terminar con la subversión" a través de la intervención sistemática de la Triple A, no había sido alcanzada al finalizar 1974.

El acuerdo para que las bandas del *Brujo* eliminaran a los "infiltrados de la izquierda en la educación" y recortaran el poder de los sindicatos a cambio de que el Ejército respaldara al gobierno sin titubeos, se cumplía en parte. Un poco porque el ERP y Montoneros eran organizaciones con una importante capacidad operativa-militar, y otro tanto porque el PRT y la JP tenían todavía una profunda inserción obrera y estudiantil. Además, un sector del generalato no veía con agrado el accionar de la Triple A, y mucho menos el poder alcanzado por el ministro de Bienestar Social. Menéndez era uno de esos generales, que desde junio venían presionando para obtener de Isabel las herramientas legales para combatir en exclusividad a la guerrilla en Tucumán. Una decisión que llegaría después del impacto nacional que causó la muerte del capitán Viola y su hijita. Las repercusiones de ese asesinato fueron decisivas para que el gobierno aceptara el pedido que desde hacía meses el Ejército venía reclamando a las autoridades nacionales. A los dos días de ese acontecimiento, López Rega y el comandante del Ejército, general Anaya, se reunieron en secreto y dieron la orden de preparar un ambicioso plan antiguerrillero contra el ERP en Tucumán (Seoane, 1991: 250). Aunque la relación no era buena, Anaya y López Rega coincidían en algo en diciembre del 74: la guerrilla debía ser exterminada, y el plan diseñado por el Ejército para conseguirlo se pondría a prueba en los montes del Aconquija.

Sin embargo, no sería el único tema de conversación entre el *Brujo* y el jefe militar. El poderoso ministro de Bienestar Social le transmitió a Anaya su malestar con el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Jorge Rafael Videla, y su secretario general, general Roberto Viola. La inquina de López Rega con Videla y Viola no era antojadiza. Se había enterado que a pedido de la embajada de EE.UU, ambos oficiales habían elaborado un informe sobre los hombres del gobierno que participaban de los comandos de la Triple A. El "profesionalismo" de los dos generales y su prescindencia de las cuestiones políticas del momento, fueron las razones esgrimidas por Anaya para convencer al *Brujo* de que no dispusiera sus traslados o retiro de la fuerza. Distinto será el caso del general Menéndez, quien a pesar de la sugerencia de sus superiores para que continúe en el cargo, dejará Tucumán para volver a

su Buenos Aires natal. Considerado el "más sobresaliente para su grado" en la calificación anual de su legajo, el 29 de noviembre de 1974 fue nombrado jefe I de Personal en el Estado Mayor General del Ejército en reemplazo del general Betti. El 10 de diciembre, cuando López Rega y Anaya ultimaban los detalles del mega operativo antiguerrillero, Luciano Benjamín abandonó Tucumán para aterrizar en la cocina del poder militar. La renovación de los mandos se efectivizó dos días después, cuando Videla puso en funciones a su amigo Menéndez, quien una semana después, a los cuarenta y siete años, sería padre por séptima y última vez con el nacimiento de Juan Martín de los Milagros[82].

El objetivo de Videla y Viola, los dos alfiles de Anaya, era tan ambicioso como secreto en diciembre del 74: ubicar en la conducción del Ejército a hombres convencidos de la represión a las organizaciones populares, armadas y desarmadas, oficiales que despreciaban al poder civil y que consideraban al Ejército como "único y último baluarte de la Nación" (Seoane-Muleiro, 2001: 26). O peor todavía: sentían que ellos eran la Nación.

El accidente que cambió su destino

Cuando el avión Tween Auter del Ejército argentino cruzó Tafí del Valle y volvió hacia la localidad de Acheral por la quebrada del Aconquija, siguiendo por aire la ruta 236, la ladera del cerro Nuñorco Chico quedó frente a las narices del piloto, que recién ahí pudo ver el enorme pedazo de tierra que se erguía frente a él. Sin tiempo ni distancia para recobrar altura, el conductor evitó que el avión se estrellara de lleno contra la pared infranqueable del cerro, pero no que el impacto contra el borde de la montaña se llevara consigo una de sus alas. Sin esa pieza clave, la nave perdió estabilidad, dirección y dos kilómetros después se precipitó contra el suelo, clavándose en la montaña a tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. Al tocar tierra, el Tween Auer explotó y se incendió en el acto. Los trece oficiales que viajaban a bordo murieron carbonizados. Faltaba poco para el mediodía del 5 de enero de 1975 y el resultado había sido calamitoso para el Ejército: entre

82 Legajo militar de Luciano Benjamín Menéndez.

las víctimas fatales se encontraban nada menos que el comandante del III Cuerpo de Ejército, general de Brigada Enrique Eugenio Salgado, su par de la V Brigada de Tucumán que había reemplazado a Menéndez, general Ricardo Agustín Muñoz, y otros once oficiales de los Estados Mayores de ambos.

"El ERP derribó un avión militar en la Quebrada del Aconquija, provincia de Tucumán. Le habrían disparado con dos ametralladoras antiaéreas que la organización marxista robó en el copamiento que hicieron en febrero del 73 al Batallón de Comunicaciones 141 del ejército en Córdoba. En la nave viajaban dos altos oficiales del ejército y miembros de sus estados mayores". La versión que hicieron circular la mayoría de los medios provinciales y nacionales corrió como reguero de pólvora en ámbitos castrenses y periodísticos. La propia secretaría de propaganda del ERP se había encargado de filtrar esta información, con el fin de aumentar su autoestima y jaquear aún más al desprestigiado gobierno de Isabel Perón en la guerra revolucionaria que llevaba adelante. Y si bien la noticia podía ser cierta en función del poderío desarrollado por la organización en 1974, el Estado Mayor donde revistaba Menéndez se encargó rápidamente de desmentirla. No quería agigantar la fortaleza política y militar que las huestes de Santucho venían acumulando en distintas operaciones militares que resultaron exitosas en el año que finalizaba. "La caída de un avión militar en la Quebrada del Aconquija, que provocó la muerte de los trece oficiales que viajaban a bordo, no se debió a ningún ataque guerrillero, como quisieron hacer creer diferentes versiones extraoficiales, sino a un fatal accidente aéreo", respondió el Ejército a través de un comunicado. Pero tampoco ellos sabían realmente lo que había ocurrido esa mañana del 5 de enero en el monte. Lo único cierto era que el avión con los trece pasajeros parecía haberse esfumado en el aire. Inquieto, el general Rodolfo Cánepa, a cargo de la V Brigada en reemplazo de Muñoz, ordenó que un grupo saliera en otro avión en busca del Tween Auter, pero a los pocos minutos tuvo que regresar por el mal tiempo. A las 6 de la mañana del 6 de enero de 1975, día de Reyes, un grupo de oficiales volvió a despegar de San Miguel en busca del avión perdido. Luego de unas horas, el reflejo de una de las alas del Tween Auter confirmó que el avión se había estrellado contra

los cerros y consumido entre las llamas. Solo quedaba el esqueleto. Avisado Cánepa, organizó una patrulla de rescate. Una vez ahí, se corroboró la muerte de Salgado, Muñoz y los once oficiales que volaban el Tween Auter.

Sin perder tiempo, consciente de que no podía mostrar debilidad frente a un enemigo sagaz y en pleno crecimiento, el Ejército reaccionó moviendo rápidamente sus fichas: al frente del III Cuerpo nombró al general Carlos Delía Larroca, por entonces agregado militar en Washington y oficial de Caballería de gran prestigio entre sus pares, y designó nuevamente como jefe de la V Brigada a quien la había comandado hasta hacía poco más de un mes, el general Luciano Benjamín Menéndez. Ningún otro conocía como Menéndez los pormenores de la realidad tucumana y el potencial alcanzado por el ERP desde que eligieron a esa provincia para lanzar el frente rural de la *guerra revolucionaria*. Pero su nombramiento era interino, hasta que decidieran qué oficial iba a reemplazarlo al frente de la brigada responsable de comandar y ejecutar el plan secreto que el Comando General ya había planificado, y al que solo le faltaba la firma de Isabel Perón para ponerlo en marcha. El elegido fue Adel Edgardo Vilas, el único general que hasta ese momento no tenía mando de tropa, ya que se desempeñaba como director de Enseñanza Superior de Institutos Militares. La designación causó diferentes reacciones en el generalato: Vilas no era un general respetado entre sus pares, y muchos lo acusaban de haber sido un "alcahuete" de Perón. Para una parte de la oficialidad esa fue la razón que lo llevó al frente de la V Brigada. Para otros, la explicación era más sencilla: no había otro general de Brigada en actividad para ocupar ese puesto. Independientemente de las versiones y los corrillos militares, el 6 de febrero de 1975 Vilas reemplazó a Menéndez y asumió su cargo en Tucumán. El Ejército se aprestaba a iniciar la ofensiva integral y definitiva contra el ERP, escribiendo con ella el primer capítulo de la *"guerra antisubversiva"* en la Argentina.

Capítulo 6
"Sin tortura no hay información"[83]

—Señores, les tengo una mala noticia: el gobierno nacional autorizó al Ejército a operar en Tucumán. Así que ¡prepárense para pelear! —dijo, con tono de mando, el teniente general Leandro Enrique Anaya, comandante en jefe del Ejército, a sus interlocutores, generales ellos.

—Pero general, qué tiene de mala la noticia que acaba de anunciar —respondió uno de los cuatro presentes, que charlaban de distintas cosas en un despacho del edificio Libertador.

—Que ahora vamos a combatir en una guerra en serio, y quiero saber con qué hombres voy a contar para esta misión.

La segunda intervención de su jefe los descolocó aún más. Lo que segundos antes acababa de confirmar era lo que todos en el ejército estaban reclamando desde hacía meses.

—¡Cuente conmigo, mi teniente general! —contestó, primereando al resto, el general Santiago.

Cuando Anaya miró a los otros, los tres asintieron con la cabeza. Todos, o casi todos en el Ejército, querían pelear contra la guerrilla que lideraba Santucho.

—Pero, cómo fue, qué pasó para que sucediera lo que hasta ahora no habíamos podido lograr de la presidenta —preguntó Santiago, sorprendido por el giro del gobierno en este tema.

—Fue difícil, Isabel no quería firmar el decreto. Estuvimos horas y horas para convencerla, hasta que finalmente aceptó —contestó Anaya, de buenas relaciones con Perón, pero no tan buenas con su viuda y su heredero político: José López Rega.

—Y se puede saber concretamente qué es lo que aceptó —preguntó otro de los generales.

---

83 Definición del general Paul Aussaresses a la periodista Monique Robin en una entrevista para el libro *Escuadrones de la muerte, la escuela francesa.*

—La intervención directa y exclusiva del Ejército en la represión a la guerrilla en la provincia de Tucumán. Isabel tenía muchas dudas sobre cómo serían los operativos, pero le hice entender que si el gobierno deseaba realmente derrotar a la subversión, no podía ser combatida en el monte por la Policía Federal. Sus efectivos no están preparados para enfrentar al ERP en ese terreno. Para terminar de convencerla, porque no quería ceder, insistí en que si no interveníamos en forma urgente y a través de todos los medios, la situación se tornaría inmanejable y la guerrilla seguiría creciendo entre la población. A regañadientes, con muchas dudas, Isabel aceptó y firmó el decreto junto a su gabinete de ministros" (Entrevista a Santiago, 2007).

1975 sería clave en la vida del país y de Luciano Benjamín Menéndez. Después de mucho pedirlo, el gobierno nacional cedió y entregó el poder represivo al Ejército para operar en Tucumán. Días después de que Anaya convenciera a Isabel para que instrumentara legalmente las acciones, el Comando General del Ejército se reunió el 15 de enero para trazar el plan de operaciones, que el 22 fue presentado al ministro de Defensa, Adolfo Sabino (González Breard, 2001).

Interinamente al frente de la V Brigada por el fallecimiento del general Muñoz en el accidente aéreo del 5 de enero, Menéndez aguardaba la asunción de su sucesor en Tucumán, el general Vilas, que si bien había sido designado en el cargo el 9 de enero, recién lo reemplazaría al frente de esta importante unidad militar el 6 de febrero, al otro día de que Isabel firmara el decreto secreto 261 que ordenaba la ejecución de las acciones antiguerrilleras. Enterados del futuro megaoperativo contra sus bases, el ERP se desplazó hacia los bordes del probable dispositivo, quedando en el centro unos pocos guerrilleros. Según información de inteligencia del Ejército, "el 28 de enero los dirigentes del PRT/ERP y Montoneros se retiraron de la provincia y las fracciones guerrilleras se desplazaron de sus asentamientos ante el progreso de la acción de las fuerzas legales" (González Breard, 2001: 174).

El 13 de febrero, una semana después de que Vilas aterrizara en Tucumán, Menéndez fue designado secretario de la Junta

Superior de Calificaciones de Oficiales del Estado Mayor General del Ejército. Estará ahí cuando, el 9, el Ejército ponga en marcha el *Operativo Independencia*, cuyo fin no era otro que el que decía el artículo 1 del decreto: "El Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en la Provincia de Tucumán" (González Breard, 2001: 182).

Para hacer efectiva la orden de Isabel, el ejército elaboró el Reglamento *RC-9 Contra elementos subversivos*, un voluminoso manual de operaciones que permitía una serie de procedimientos que inauguraban la *guerra antisubversiva* en la Argentina. Hasta ese momento sólo teórica, la doctrina inventada por los franceses en el barro de Indochina y Argelia se ponía a prueba en territorio tucumano. La designación en la jefatura I de Personal en el Estado Mayor significaba un ascenso en la carrera de Menéndez. Luego de cuatro años al frente de la segunda brigada más importante del III Cuerpo de Ejército, dejaba un puesto táctico para conducir la *"guerra antisubversiva"* desde un lugar estratégico. El Estado Mayor era el estamento que planificaba la política del arma, y el que marcaba los lineamientos de esa conducción. Aunque desde ese cargo participaba de las decisiones que hacían efectiva las operaciones en Tucumán, resultó llamativo que el gobierno de Isabel cambiara de destino al general más preparado para conducir el mega operativo antiguerrillero. Salvo el general Della Croce, comandante del III Cuerpo, no había otro alto oficial que conociera mejor que Menéndez la realidad tucumana, y las redes que el ERP había construido entre el campesinado de esa provincia y los sectores urbanos de la capital. Mucho más sugestivo resultó que el elegido para conducir el *Operativo Independencia* fuera Vilas, un general que nunca había conducido tropas. Para Rosendo Fraga, el cambio de Menéndez por Vilas obedeció a que "Menéndez había fracasado en la represión del ERP en Tucumán, porque los había combatido de una manera clásica, con métodos antiguos, y no como Vilas, que lo hizo en forma clandestina". Para Mario Benjamín, su primo hizo todo el trabajo previo que luego Vilas ejecutó en el *Operativo Independencia*, que estaba decidido hacerse con Muñoz y Salgado antes de su accidente fatal. "Rosendito dice eso

porque no lo quiere a mi primo, es un *violista* de la primera hora. Pero debería ser un poco más objetivo cuando habla de historia". El ex gobernador militar de Malvinas dice *"violista"* porque Fraga fue asesor del general Roberto Viola en el período en que éste fue presidente del país, en 1981, después de que Videla dejara el cargo. Y si hubo un enemigo acérrimo de Menéndez en la interna del *Proceso,* fue Viola.

Desde su nuevo cargo Menéndez impuso una orden que sería decisiva para el futuro de las acciones: ninguna tropa especial combatiría en Tucumán. Esa decisión hacía partícipes a todos los suboficiales y oficiales del Ejército de la nueva metodología represiva. Todos quedarían salpicados de sangre. Diez años después tuvo que explicar a sus jueces militares porqué tomó esa decisión: "Todas las unidades del Ejército debían participar con soldados y oficiales en la campaña de Tucumán, independientemente de que fuera la V Brigada la responsable de la conducción táctica de las operaciones" (Menéndez, 1986). Como lo reconoce en esa declaración, fue él quien presionó a Anaya para que el Ejército se negara a lo que pretendía Isabel: declarar a Tucumán "zona de emergencia". La argumentación de Menéndez fue que "eso alentaría al ERP a pedir un reconocimiento ante la ONU para que fuera considerado *territorio beligerante,* lo que le permitiría a la subversión recibir ayuda internacional. Hubiera sido un error organizar tropas especiales, por eso insistí ante el comandante en jefe para que todos los soldados argentinos se comprometieran a combatir la subversión en Tucumán" (Menéndez, 1986).

Para eliminar al ERP, el Ejército elaboró un *Plan Táctico* que fue ejecutado en tres fases: planeamiento y desplazamiento, aislamiento y hostigamiento progresivo (González Breard, 2001). Posteriormente, ya con Bussi al frente de la V Brigada en diciembre del 76, se incluiría una cuarta fase: consolidación (Idem. Ant).

El Ejército contra López Rega

En la navidad de 1974, un mes y medio antes de que el Ejército comenzara la represión al ERP, la regional del PRT Buenos Aires logró una victoria histórica en el ámbito sindical, que puso a Menéndez y a sus camaradas del Estado Mayor los pelos de punta:

la lista marrón, que nucleaba a los sindicalistas clasistas y combativos que apoyaban la lucha armada[84], le ganó la elección interna de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) de Villa Constitución a los muchachos de Lorenzo Miguel, el cacique histórico de esta poderosa organización sindical. Alarmados, Isabel Perón, López Rega, José Alfredo Martínez de Hoz, presidente de Acindar, y el propio Lorenzo Miguel, se movieron para intervenir esta seccional de la UOM. Acostumbrada a negociar con los burócratas de la CGT "miguelista", la industria siderúrgica, cuyo corazón estaba en Villa Constitución y San Nicolás, no soportó la huelga de treinta y nueve días que promovieron los obreros en contra de los despidos y el ajuste económico impuesto por el gobierno nacional. Con el aval de López Rega, la Policía Federal y las bandas de la Triple A aplastaron la resistencia obrera del "Villazo", como se bautizó a la que sería la última pueblada de la década.

El deterioro económico e institucional de la gestión Isabel-López Rega, sumado al creciente accionar de la guerrilla, motorizó una idea que circuló fuertemente en ámbitos políticos y militares: un golpe cívico-militar. Alentado por dirigentes comunistas y el sector del radicalismo que lideraba Ricardo Balbín, quien proponía al general Videla como una de las posibles figuras (Seoane, 1991), la alianza entre políticos opositores, militares y el sindicalismo ortodoxo buscaba poner fin al poder de López Rega y atacar lo que Balbín bautizó la "guerrilla industrial".

En medio de especulaciones políticas y militares que en marzo del 75 comenzaron a inundar todos los ámbitos del poder, hubo un hecho que puso en guardia al general Menéndez y a la plana mayor del Ejército: el 13 de abril el ERP atacó y copó la fábrica de armas Fray Luis Beltrán de la localidad de San Lorenzo, al sur de Santa Fe. En un operativo nuevamente comandado por Juan Eliseo Ledesma, la *Compañía Combate de San Lorenzo* atacó la unidad y se llevó importante armamento para abastecer el frente rural en Tucumán y desarrollar las operaciones urbanas en las grandes ciudades. Como respuesta al exitoso operativo guerrillero de Santa Fe, y en una clara demostración de apoyo a la represión que el Ejército venía ejecutando en Tucumán desde el 9 de febrero, el 28 de abril

84 Integrado por el PRT, los Montoneros y Ocpo.

Isabel Perón viajó al norte argentino, donde fue recibida con uniformes de fajina por Anaya y Vilas. Vestida con su tradicional traje sastre oscuro, anteojos negros de marco grueso y rodete en la cabeza, la presidenta recorrió en un jeep descapotable los 35 kilómetros que separan a la capital tucumana de la localidad de Famaillá, sede del comando Táctico del *Operativo Independencia.* Al llegar al lugar donde ya funcionaba el primer campo de concentración del Ejército, Isabel se subió al primer piso de la comisaría que hacía de cuartel general, y desde un balconcito se despachó con un discurso escrito en defensa del accionar militar. Cuando terminó, atenta de que el grueso de la prensa nacional estaba ahí para seguir un acto exclusivamente simbólico, la viuda de Perón se calzó una capa militar y una gorra de general y se inmortalizó para la foto como una oficial más del Ejército argentino. La imagen de esa mujer disfrazada con ropa de fajina crispó los ánimos del jefe de Personal del Estado Mayor, y desató un terremoto entre la oficialidad superior . Si había algo que Menéndez y la inmensa mayoría de sus camaradas no podía tolerar, era quedar identificado con ese gobierno, al cual abominaban con todas sus fuerzas, y al que ya en esa fecha, empezaron a contarle los días.

Hastiados de López Rega y la Triple A, que no lograban frenar el accionar guerrillero, los Altos Mandos en los cuales Luciano Benjamín pesaba desde su cargo en el Estado Mayor, más algunos sectores de la Marina, presionaron a Isabel para que ampliara la intervención militar en todo el país, además de Tucumán. Aunque el Ejército sabía que varios de sus oficiales y suboficiales integraban las bandas de la Triple A en Buenos Aires y del Comando Libertadores de América en Córdoba, los generales no estaban dispuestos a reprimir en el ámbito urbano sin la autorización escrita del Poder Ejecutivo. Paralelamente a esta negociación política con Isabel y López Rega, desde hacía un año el Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) había empezado a infiltrar al PRT/ERP y Montoneros, las únicas dos organizaciones armadas en vigencia luego de la fusión en estas dos de los otros grupos más pequeños[85].

85 FAR se había integrado a Montoneros en 1973, y las FAP 17 de Octubre fusionado en el ERP.

La negativa institucional del Ejército a reprimir sin un decreto presidencial enfureció a López Rega, quien acusaba a Videla y a Viola de promover el golpe cívico-militar. En realidad, el *Brujo* apuntaba contra Videla porque éste había elevado un informe al ministro de Defensa Sabino sobre la estructura de la Triple A, información que la cúpula del Ejército conocía, pero guardaba en estricto secreto militar. En el edificio Libertador, acompañado por Menéndez y Viola, Videla recibió los datos de parte del jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, coronel Jorge Sosa Molina, que relató los hechos para el libro *El Dictador*: "Voy al comando del Ejército y Videla me recibe junto a Menéndez, Suárez Mason, Rosas, casi todos los jefes del Estado Mayor". Después de exponer la situación y solicitar una investigación, Sosa Molina fue felicitado por sus superiores: "Cada uno de los generales me dio la mano", dijo. Al día siguiente Videla entregó el informe al ministro Sabino y la bomba explotó: por presión de López Rega y del titular de Defensa, Isabel pasó a retiro al teniente general Anaya e intentó hacer lo propio con Videla y Viola, sus dos generales de confianza. La venganza del *Brujo* se cumplió en parte, porque Videla zafó del retiro al quedar en "disponibilidad", hasta que la viuda de Perón decidiera qué hacer con él.

El informe de Sosa Molina sobre la estructura y composición de la Triple A tuvo consecuencias inmediatas en la cúpula del Ejército, y no la que esperaban Menéndez, Videla y Viola: el 13 de mayo de 1975, el general Alberto Numa Laplane reemplazó a Anaya como comandante en jefe luego de un año y medio al frente de la fuerza, y determinó el pase de Luciano Benjamín del Estado Mayor al III Cuerpo de Ejército en Córdoba. "Anaya era un caballero, una persona de bien. Perón lo puso ahí porque era el hijo de un compañero de él. Pero no caía bien a los ojos de López Rega y del ministro de Defensa, Adolfo Sabino, y le tendieron una trampa", asegura Videla en noviembre del 2007. En la segunda entrevista en su casa de la avenida Cabildo, en el barrio de Belgrano, el ex presidente de facto repasa los días en que estuvo muy cerca de no ser quien sería un año después: el jefe de la dictadura:

—Se fue Anaya y arrastró con él a los que eran entonces comandantes de cuerpo, menos a Delía Larrocca, que era jefe del cuerpo III. Fue otra purga en el Ejército. Yo era jefe de Estado

Mayor y también caí en ella. Pero quedé en disponibilidad, dos meses en mi casa mientras veía qué pasaba.

—¿Tenía usted alguna participación política en ese entonces?

Según algunos medios de la época, Videla era el candidato de Balbín para un posible golpe cívico-militar. Pero Videla lo negó.

—No, nada, pero había un rumor de que yo podría ser un hombre que no comulgara..., había algunas sospechas. Entonces me helaron, me tuvieron ahí, en la conservadora. Yo era general de brigada y veía que me iba a ir. Hasta que en un momento me convocaron para ser jefe de Estado Mayor Conjunto, "el instituto del quemado", como le llamábamos entonces los militares a ese organismo. Tipo que sobraba, allá iba al Estado Mayor Conjunto. Hoy el Estado Mayor Conjunto es el super Estado Mayor, pero en aquel momento era el freezer, dice, entre risas, Videla sobre aquellos movimientos que casi lo dejan afuera de la historia.

—Y asume Numa Laplane.

—Exactamente. Numa Laplane empieza con ese problema del "profesionalismo integrado". El hablaba de que había que ser profesionalistas, pero con un sentido integrado, insertado en el programa político, como pedía López Rega. Pero por entonces el programa político era el de Isabel, ya no estaba más Perón.

Videla se encarga de resaltar la diferencia. Para él, como para Menéndez y todos los altos mandos del Ejército, una cosa era Perón, y otra muy distinta Isabel y López Rega. A pesar de que el Ejército, y sobre todo la familia Menéndez, fueron antiperonistas hormonales, el *General* era un líder político indiscutido. Lo que nunca le perdonaron fue haber puesto a su mujer en la vicepresidencia: "Perón sabía que se iba a morir pronto, por eso es inexplicable que un tipo tan inteligente, un estratega político como él, pusiera a esta pobre mujer en ese lugar", dice el general Santiago en junio del 2007. El relato que Videla cuenta sobre los movimientos de abril-mayo del 75, coincide con lo que publicó en esos días la prensa nacional. Uno de esos medios, el diario *La Prensa*, vinculado desde siempre al sector castrense, afirmó que "el renunciante jefe del Ejército fue relevado por disentimientos con el ministro de Defensa, Adolfo Sabino". Siempre según la versión del mencio-

nado matutino, la diferencia entre ambos obedecía a dos temas: Anaya exigía del Ejecutivo un "mayor respaldo" a las acciones que el Ejército llevaba adelante en Tucumán frente al ERP, y el Ejecutivo le reclamaba la intervención militar en la huelga que en marzo paralizó Villa Constitución por casi cuarenta días. Isabel había querido que el Ejército actuara en la represión obrera de esta importante zona fabril, y Anaya se había negado sin una autorización expresa del gobierno, como pedían Menéndez y el resto de los generales que defendían la represión ilegal. Para operar en el ámbito urbano, el Ejército exigía que la presidenta firmara un decreto similar al que había firmado en febrero para combatir en Tucumán.

Mariano Grondona, periodista que desde la década del 50 estaba ligado a sectores del Ejército, opinó en el diario *La Nación* sobre las diferencias entre el comandante en jefe que se iba y el que entraba. "El 'estilo Anaya' es Azul, profesionalista, y el 'estilo Laplane' es Colorado, intervencionista", escribió Grondona, quien en la misma columna contó que "estamos en un mes militar, que arrancó el 25 de abril con la reunión de Isabel y el general Anaya, donde habría surgido el desacuerdo total de éste con lo planteos de la presidenta, y culmina el día del Ejército, con la renovación completa del esquema de mando". Efectivamente, el 21 de mayo, ocho días antes del festejo de la fuerza, el Poder Ejecutivo designó la nueva cúpula militar. En esta repentina "purga", como le llamó Videla al descabezamiento de la gestión Anaya, el general Menéndez fue designado segundo comandante y jefe del Estado Mayor del III Cuerpo de Ejército. Junto a él, en los otros cuerpos de ejército desembarcaron varios de sus ex compañeros en el Colegio Militar y otros de la promoción anterior, la de Videla-Viola: Alberto Samuel Cáceres fue nombrado comandante en el Cuerpo I, Roberto Viola en el II, Carlos Suárez Mason en el V y Urricarriet en Fabricaciones Militares. En tanto que Carlos Laidlaw, Leopoldo Galtieri —amigo de Viola— y Díaz Bessone respectivamente, fueron designados segundos comandantes. Salvo Viola y Videla, que en esos días de mayo seguía en el "freezer", los generales de la flamante cúpula eran cuadros militares puros. Jefes con una importante ascendencia entre sus subalternos, que hasta ese momento se habían mantenido prescin-

dentes de las cuestiones políticas. Todos oficiales que de ser actores de reparto en el ocaso de Isabel y López Rega pasarían a ser los protagonistas centrales de la película que estaba por comenzar. "Ahí empieza, ahí empieza", dice Videla en 2007 sobre el protagonismo que tendría el Ejército a partir de ese momento.

Córdoba, el salto hacia el poder

El III Cuerpo de Ejército al que llegó Menéndez en mayo de 1975 era una poderosa jurisdicción militar. La más importante después del Cuerpo I, con asiento en Palermo, Buenos Aires. Heredero del viejo Ejército del Norte de la época de la independencia en el siglo XIX, en 1962, en el final de la presidencia de Arturo Frondizi, la 4ta. División de Infantería que funcionaba en Córdoba en pleno centro de la ciudad pasó a ser la 4ta. Brigada Aerotransportada y poco tiempo después el extenso territorio militar que hoy conocemos como III Cuerpo, integrado por diez provincias[86].

Quince años después de que la *escuela francesa* hubiera formateado la cabeza de los oficiales argentinos sobre el "enemigo interior", el general Menéndez se preparaba para llevar las cosas a la práctica. Aterrizaba en la provincia donde el "enemigo subversivo" había alcanzado un importante nivel de desarrollo y lo desafiaba abiertamente. La "guerra abierta y total" planteada por el ERP y Montoneros en 1975 era la mejor música para los oídos de un cuadro militar puro como él. Rabioso anticomunista, se había preparado toda su vida para liderar una guerra. No era la cacería a las cada vez más aisladas y solitarias organizaciones armadas que peleaban contra el Estado la soñada en sus épocas de juventud, con tanques blindados y movimiento de tropas bajo su mando, pero no importaba. Como dice Trinquier en el libro que leyó tantas veces para asimilar la *guerra antisubversiva*,

86 La 4ta. División de Infantería tenía su sede en la calle Santa Rosa al 600, frente al colegio Jerónimo Luis de Cabrera, y la oficina del comandante daba a la avenida Colón. Así fue hasta 1962, cuando el ejército hizo una reestructuración y creó la 4ta. Brigada Aerotransportada y poco tiempo después la jurisdicción que hoy es el III Cuerpo de Ejército, que comprende las unidades militares de Córdoba, San Luis, San Juan, Mendoza, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy.

"ejército moderno es aquel que, sobre todas las cosas, está preparado para obtener la victoria en el conflicto en que su país se ve envuelto" (Trinquier, 1981: 23). Menéndez estaba convencido de que la máxima de su maestro militar era perfectamente aplicable a la Argentina de 1975. Ansioso, casi desesperado por entrar en acción, el *Cachorro* se relamía ante su presa.

"Cuando lo designaron en Córdoba, antes de que se publicara el decreto del gobierno, Luciano vino y me contó que no estaba muy contento con su nombramiento. Que él estaba tranquilo en el Estado Mayor y que toda su familia vivía en Buenos Aires. Además, estaba cansado de que el gobierno manejara a su antojo el destino de los generales. 'Esto no puede ser, es inadmisible que hagan con nosotros lo que quieran', decía Luciano. Entonces yo le dije '¡pero primo, cómo no vas a estar contento! que te designen segundo comandante de un cuerpo de ejército, y encima del III Cuerpo, es algo muy importante en tu carrera. En tu lugar estaría muy feliz con el nuevo destino'. Luciano me miró sorprendido, como que no esperaba esa respuesta mía, y me contestó: 'sabes primo que no lo había pensado de esa manera, tenés razón, puede ser una gran oportunidad'".

La charla entre los dos primos hermanos transcurrió los días previos a que el gobierno de Isabel Perón designara a Luciano Benjamín segundo comandante del III Cuerpo de Ejército, y fue relatada por Mario Benjamín el 1 de diciembre de 2007. Era la segunda vez que Mario Benjamín aceptaba hablar de los años 70 y la primera en la que el tema central de la entrevista iba a ser la figura de "Luciano", o "mi primo", como le gusta llamarlo Mario Benjamín al ahora condenado ex general del Ejército:

—¿Por qué cree usted que a Luciano lo designaron en ese puesto tan importante, siendo que él era antiperonista por mandato familiar y por propia convicción. Además, cuando había estado en Tucumán, tuvo varios cortocircuitos con Isabel y López Rega por el tema de la represión al ERP?

—Justamente, porque él había estado cuatro años en Tucumán y conocía a la perfección el terreno y el potencial del ERP. Como segundo comandante del III Cuerpo Luciano podía controlar todos los operativos contra la guerrilla. Además, Córdoba era

uno de los polos de la actividad subversiva urbana y uno de los centros de abastecimiento de la Compañía de Monte. Los hechos demostraron que la decisión del gobierno fue muy acertada". Para los defensores de la represión que vino después, como el primo Mario Benjamín, no caben dudas. Para los que vivieron bajo el yugo del otro Benjamín y sufrieron en carne propia su conducción represiva, fue lo peor que pudo haber hecho Isabel Perón.

La "capital política y subversiva del país"

Aunque el menor de los tres nietos militares del teniente coronel Nicolás Menéndez lo convenció de que el cambio de destino era positivo, Luciano Benjamín llegó a una provincia con una larga historia de conflictos. Desde el general José María Paz hasta hoy, Córdoba ha sido siempre un dolor de cabeza para el poder central. Epicentro de insurrecciones o rebeliones armadas en el siglo XIX, fue en la Universidad Nacional de Córdoba donde surgió la Reforma Universitaria de 1918, que para Menéndez fue otro acto más del "enemigo comunista" que azotaba el país a principios de siglo.

Casi cuatro décadas después, fue en la Escuela de Artillería de esta provincia desde la cual el general Lonardi inició la "Revolución Libertadora", y fue en las calles céntricas de su capital donde en mayo del 69 estalló el *Cordobazo*.

También fue en las fábricas de Córdoba donde nació el sindicalismo *clasista* y *combativo*, la corriente obrera que además de combatir a los burócratas sindicales peronistas, intentó transformar la raíz del sistema capitalista argentino y construir un régimen socialista al estilo cubano. Fue en esta provincia donde pasaron a la historia dirigentes gremiales como Agustín Tosco y René Salamanca, y también donde un jefe de policía fue capaz de derrocar a un gobernador elegido mayoritariamente por el pueblo para instalar un estado policial en febrero del 74.

Córdoba, la tierra donde el PRT/ERP y Montoneros tuvieron sus bases de operaciones entre 1971 y 1973, y donde la conducción nacional de estos últimos funcionó clandestinamente en 1975, era "la capital subversiva del país" según su interventor, el brigadier retirado Raúl Oscar Lacabanne, un alfil de López Rega

que había llegado a la gobernación en septiembre del 74 con la misión de aniquilar a un proletariado numeroso y políticamente muy desarrollado y a una población universitaria combativa y altamente politizada desde Onganía.

Cuando Menéndez llegó a Córdoba, fue para asumir la represión que desde hacía un año comandaba el propio Lacabanne por órdenes de López Rega, quien cada día perdía una cuota más del inmenso poder que había alcanzado desde la muerte de Perón. Los comandos Libertadores de América, la versión cordobesa de la Triple A, y los grupos armados que respondían al ultranacionalista Cocó Pedrotti, habían instalado el terror con el objetivo de exterminar a la izquierda revolucionaria que militaba en las aulas de su universidad, que trabajaba en las fábricas de su periferia y que vivía en los barrios de la capital y en las principales localidades del interior.

El estado policial que inauguró Navarro en febrero del 74 se había institucionalizado con Lacabanne en el poder, y uno de sus ejecutores, el capitán Héctor Vergéz, lo confirmó en las páginas de su libro *"Yo fui Vargas, el antiterrorismo por dentro"*: "Apenas llegué a Córdoba, el interventor puso toda la estructura del estado provincial a nuestra disposición. En forma coordinada con la policía, empezamos a trabajar para aniquilar los grupos terroristas" (Vergéz, 1995: 106). Jefe de esta organización parapolicial-militar que se reivindicaba peronista y en cuyas filas actuaban policías cordobeses, matones sindicales y oficiales y suboficiales del Ejército argentino, el grupo era una copia fiel de la OAS francesa que surgió en París en 1961 para vengar la entrega de Argelia por parte del presidente De Gaulle, Vergéz se había graduado en la Escuela de Inteligencia Nacional del Ejército y llegó al Destacamento de Inteligencia 141 de Córdoba en enero de 1975, cinco meses antes de que Menéndez fuera nombrado segundo comandante del III Cuerpo. Aunque de ideologías bien distintas, —al igual que la OAS, Vergéz era un nacionalista de derecha al estilo mussoliniano, y Menéndez un liberal con tintes nacionalistas—, el capitán y el general no tardarían en ponerse de acuerdo para ejecutar lo que en meses estaba por comenzar: "la guerra antisubversiva" a lo largo y a lo ancho del país, cacería en la que el Ejército ya venía actuando desde la muerte de Perón, pero en secreto.

Capítulo 7
El golpe

—¿General Videla, cuándo es que el Ejército dice basta?

—Cuando yo asumo como comandante.

—¿Agosto del 75?

—Exactamente, yo como comandante, mis compañeros como comandantes de cuerpo y demás, comenzamos a conversar cada uno con sus amigos civiles, como para ir conformando algunas ideas por lo que iba a venir, por que se iba a venir... Algunos, sin conocernos, teníamos los mismos referentes, pero era medio así un trabajo en la sombras, del Ejército. De las otras fuerzas no se sabía nada de nada.

La renuncia de Alfredo Gómez Morales al ministerio de economía y su reemplazo por Celestino Rodrigo en junio de 1975 no solo no mejoró la situación económica y política del gobierno, sino que la profundizó[87]. Después del "ajustazo" decidido por Rodrigo para liberalizar la economía, la CGT, principal sostén y aliado del gobierno, le soltó la mano a Isabel. El pacto entre Lorenzo Miguel y López Rega se quebró, la guerrilla renació políticamente y el Ejército entró en estado de alerta y deliberación permanente. Por primera vez en su historia, la central obrera peronista le hacía un paro general a un gobierno peronista. Acorralado, sin aliados ya en el ámbito gremial, mucho menos en el económico y militar, López Rega renunció a todos sus cargos el 11 de julio y el 19 se fugó del país antes de que Montoneros, el ERP o la CIA lo mataran. Todos le habían puesto precio a su cabeza, y desde hacía meses estaba sentenciado a muerte por las organizaciones revolucionarias.

87 Entre las principales medidas, hubo una devaluación de más de un 150% del peso en relación al dólar comercial, una suba de un 100% promedio de todos los servicios públicos y transporte, y un aumento de hasta un 180% de los combustibles. Como contraparte, se aumentó un 45% los salarios.

Aunque sin proponérselo, el gobierno nacional hacía todo para alimentar su caída, que ya empezaba a tener fechas probables. Además, enfurecía al Ejército, que desesperaba al ver las impresionantes movilizaciones de trabajadores que sacudían al país por esos días de junio y julio. Y si bien no fue post *Rodrigazo* cuando el ejército se dividió entre la minoría que respaldaba a su comandante en jefe Numa Laplane, y la mayoría que lo rechazaba, al mes de su asunción se oficializaron dos visiones totalmente opuestas sobre cómo influir en la delicada situación política e institucional y, sobre todo, en cómo combatir a la guerrilla.

Para tantear a los políticos cordobeses, en junio de ese año, Menéndez y su jefe Delía Larrocca tuvieron reuniones con el intendente de Córdoba, Domingo Coronel, con el interventor Lacabanne, y con los titulares de las cámara de diputados y de senadores. La intención era conocer qué pensaban las autoridades políticas de la provincia del accionar "subversivo", y cuál era su estrategia para enfrentarlo.

Con leer los diarios del momento alcanza para confirmar que la política argentina pasaba por el fusil. El estado policial de López Rega había llevado a las organizaciones armadas a una política defensiva, obligando a sus militantes y a sus aparatos legales a moverse en la clandestinidad. Aunque Santucho y sus aliados pensaban en una asamblea constituyente para salir de la crisis política, y Montoneros en anticipar para 1976 las elecciones generales previstas para 1977, la guerrilla estaba atrapada en su propia vorágine militarista, y esto alimentaba la tesis represiva de Menéndez y de casi la totalidad del generalato.

Cada vez más lejos de un pueblo que las había acompañado para acabar con la dictadura militar de Onganía-Levingston-Lanusse, a mediados del 75 las organizaciones armadas dejaron de lado la lucha política para concentrarse en una "guerra de aparatos" contra las Fuerzas Armadas, tanto en el ámbito rural como en el urbano. ERP y Montoneros militarizaron cada una de sus estructuras y convirtieron a sus militantes políticos en combatientes de un día para el otro, la mayoría sin estar entrenados para la nueva función, hecho que generó discusiones internas muy duras hacia adentro de las organizaciones, inclusive con desprendimientos

en algunas de ellas.. Las tareas de superficie que la JP, el PRT y sus organizaciones territoriales y estudiantiles realizaban en barrios, fábricas y universidades, se fueron abandonando para pasar a la ofensiva militar. Los frentes políticos con otras fuerzas también perdieron influencia en las discusiones internas y rápidamente los "fierros" inundaron cada uno de sus espacios. La clandestinidad de cuadros que la sociedad identificaba por su militancia política abierta, de superficie, pasó a ser la regla, facilitando con ello la tarea de un poder represivo que se lanzó con todos los medios del Estado a capturarlos. Las masivas detenciones o muertes de combatientes y militantes a partir de febrero del 75 en Tucumán y en abril en Villa Constitución, confirmó que las Fuerzas Armadas estaban decididas a aniquilar cualquier resistencia civil y popular.

En un escenario de violencia desenfrenada, anarquía institucional y crisis económica, la guerrilla creyó posible desafiar a un enemigo infinitamente más poderoso, que esperaba agazapado la hora de entrar en acción, y que había logrado en Tucumán lo que el general Menéndez venía reclamando desde junio de 1974: el instrumento "legal" para combatirlos.

Este desafío abierto contra las Fuerzas Armadas más poderosas de América Latina, y contra el Ejército en particular, no hizo más que acelerar el ascenso en la estructura castrense de cuadros militares duros, como Menéndez y los generales que en mayo del 75 llegaron a la conducción de la fuerza.

Con una población confundida y aterrorizada por el accionar de la Triple A y sus filiales provinciales, sobreestimando sus capacidades y subestimando las de su enemigo, la guerrilla desafió al lobo en la puerta misma de su cueva. "Señores, esto no puede seguir, de continuar el Ejército con esta línea, lo único que vamos a lograr es que la subversión crezca y se fortalezca ante un gobierno que no ofrece ningún tipo de solución a la crisis total en la que ha caído".

Las palabras de uno de los generales más antiguos eran compartidas por el resto del generalato. Los jefes militares, Menéndez entre ellos, analizaban con preocupación el resurgimiento político de las organizaciones revolucionarias, que se mezclaban con las multitudes que marchaban a Plaza de Mayo para criticar al go-

bierno, paraban las fábricas por reclamos salariales o reivindicaban una patria soberana y antiimperialista.

Eyectado López Rega por presión del generalato, a fines de julio del 75 las soluciones que se discutían en la pirámide castrense eran dos: combatir al PRT/ERP y Montoneros a través de operativos legales ejecutados por la Policía Federal, como proponían Numa Laplane y el comandante del Cuerpo I, general Alberto Samuel Cáceres, o hacerlo a la "francesa", con los procedimientos ilegales y clandestinos que el Ejército venía ejecutando desde hacía seis meses en Tucumán. Menéndez, Delía Larroca, Videla, Viola, Díaz Bessone, Santiago, Galtieri, Suárez Mason, Riveros, Villarreal, Urricarriet y Azpitarte eran la cabeza de un sector mucho más numeroso, con mando de tropa, que le exigían a Laplane la segunda opción.

Jefe del Estado Mayor Conjunto en ese entonces, Videla describe con precisión aquellos afiebrados días en los que él, Menéndez y casi toda la cúpula militar increparon a Laplane por defender la idea del "profesionalismo integrado":

—Esa conducta de Numa Laplane, mal vista por los mandos del Ejército, generó una reunión de todos los generales con él. Ahí se le hizo presente que esto del "profesionalismo integrado" era un error, que estaba politizando el Ejército, comprometiéndolo con un gobierno que no significaba nada para nosotros. Un gobierno que estaba todavía muy infiltrado por la izquierda, que no estaba bien definido todavía.

—¿Y cuál fue la respuesta de Numa Laplane ante el planteo de ustedes?

—Se puso muy tozudo, no quería ceder ante la presión de la inmensa mayoría del Ejército.

—¿Fue en los días posterior al "Rodrigazo" cuando el Ejército se divide?

—No, todavía no.

Lo que cuenta el ex general en este diálogo era cierto. El resquebrajamiento todavía no estaba maduro, pero faltaban muy poquitos días para que eso finalmente ocurriera.

Con la misma intensidad que Menéndez y sus camaradas presionaban a Numa Laplane para lanzar la represión ilegal y clandestina, el capitán Vergéz asestaba un golpe letal a la regional de Montoneros de Córdoba, demostrando por qué meses después sería elegido por Menéndez para conducir la lucha antisubversiva en los territorios del III Cuerpo. Después de cruzar datos aportados por un detenido que "cantó" bajo tortura, el experto del Batallón 141 de Inteligencia descubrió una importante casa operativa en barrio Alto Alberdi, capturando a una decena de cuadros político-militares. Sin saberlo en ese momento, entre el "botín" obtenido en el operativo se encontraban dos de los jefes más importantes de Montoneros: Marcos Osatinsky y Eduardo Mendizábal.

Apadrinados por Menéndez y el brigadier Lacabanne, la ofensiva de los grupos de tareas liderados por Vergéz y Raúl Telleldín, jefe operativo de la D2 de la policía cordobesa, permitió la captura de una veintena de dirigentes del ERP y Montoneros durante la primera quincena de agosto. La respuesta guerrillera no se hizo esperar: en una acción planificada al detalle, el ERP atacó con bombas y ametralladoras el cuartel central de la policía que funcionaba en el Cabildo Histórico, desatando una batalla en pleno centro de la capital cordobesa, que puso en vilo a la ciudad por varias horas. El objetivo, de altísimo impacto mediático por la intensidad del tiroteo, era, además de la liberación de Osatinsky, Mendizábal y otros militantes revolucionarios, golpear en el corazón de la represión, que por entonces se concentraba en las oficinas del D2, sobre el pasaje Santa Catalina, pegado a la catedral de Córdoba.

Como muy bien remarcó Videla en la entrevista de noviembre del 2007, no fue el *"Rodrigazo"* el detonante de la implosión militar, sino la sucesión de estos hechos los que convencieron al generalato de tomar el timón del barco, como proponían Menéndez, Delía Larroca y los principales jefes militares. No obstante, para lograr ese objetivo, primero había que controlar al Ejército para desde ahí asaltar el país entero.

Aunque el más convencido de cortar la cabeza de Numa Laplane era Delía Larroca, ninguno de los otros comandantes, incluido Menéndez, ocultaba la misma opinión. Rabioso por la de-

signación el 15 de agosto del coronel en actividad Vicente Damasco como ministro del Interior de Isabel, el comandante del III Cuerpo citó a su oficina a sus subordinados inmediatos, el general Menéndez, segundo comandante, y el general Rogelio Villarreal, titular de la poderosa IV Brigada de Infantería Aerotransportada. En el amplio despacho que mira de frente a la ruta E-55 que lleva a La Calera, Delía blanqueó sus planes: "No sé qué pensarán ustedes de esto que está ocurriendo, pero yo creo que no podemos permitir que Damasco asuma su cargo. Es involucrar al Ejército con este gobierno, que además de estar infiltrado por la izquierda, nadie sabe hasta cuándo puede durar. ¡Laplane y su 'profesionalismo integrado' es intolerable!", gritó Delía, mirando a los ojos a los otros dos. Menéndez contestó repitiendo los mismos argumentos que sostenía desde hacía más de un año: "Coincido con lo que usted sostiene, mi general. Además, está comprobado que la Policía Federal no puede combatir a la subversión. Laplane no dimensiona el poderío de estos grupos, que no son las Brigadas Rojas italianas. La policía solo puede actuar bajo el mando del Ejército, como veníamos haciendo en Tucumán"[88].

Veintiún años después de aquella conversación, Villarreal contó para el libro *El Dictador* que, además del tema Damasco, ese día charlaron con Delía y Menéndez de diversas cosas. También recordó que "a la tarde del día siguiente tuvimos otra reunión con Delía. Ya enfurecido con la politización del Ejército a la cual nos llevaba Laplane, nos dijo: 'esto así no puede seguir, a ver, consíganme comunicación con el general Laplane'... De esto fuimos testigos el general Menéndez y yo, en Córdoba".

Distintos actores militares que participaron de la conspiración señalan que fue Delía Larroca el líder del levantamiento. Otros dicen que era la voz cantante del dúo Videla-Viola, verdaderos cerebros del golpe contra Laplane. Lo cierto fue que, apoyado por casi todo el generalato, a mediados de agosto el jefe del III Cuerpo increpó telefónicamente a su comandante en jefe: "Vea Laplane, esta tesis suya, así, no es aceptada en el Ejército. Esta designación del coronel Damasco afecta las jerarquías, de modo que

88 Diálogos que surgen a partir de lo que el general Santiago conversaba con Menéndez, y que en las entrevistas del 2007 y 2008 Santiago relató para este libro.

creo que usted tiene que tomar una decisión en este sentido"[89]. Como dijo Villarreal a los biógrafos de Videla, "aquello fue un ultimátum discreto. No recuerdo exactamente las palabras, pero era más o menos ese el mensaje, que tenía que tomar medidas".

En las entrevistas con el general Santiago a lo largo del 2007 y 2008, este confirmó que Menéndez era uno de los generales que discutía fuertemente con Laplane: "Él estaba dentro del grupo de los que como yo pensábamos que tenía que intervenir el Ejército en la represión a la guerrilla. Nosotros ya analizábamos que el problema no estaba solamente en la Argentina, estaban los Tupamaros en el Uruguay, estaba el MIR en Chile, que venía de cuando Allende había estado en el poder, y el ELN en Bolivia".

Este análisis, que Santiago sigue defendiendo treinta años después de los hechos, no es otra cosa que la teoría de la *Tercera Guerra Mundial*, que Menéndez y toda la camada de militares de su generación siguen sosteniendo, a pesar de que la historia se encargó de desmentir aquella supuesta "conspiración del comunismo internacional".

El clima de intrigas y rumores cruzados que se cocinaba en el Ejército desde hacía meses, terminó de explotar la última semana de agosto. El martes 24, luego de un año prisionero en distintas "cárceles del pueblo" que el ERP tenía diseminadas en las principales ciudades del país, el cadáver del mayor Larrabure apareció tirado un zanjón de Rosario, con dos balazos en el cuerpo. Su aparición con vida era una de las exigencias del Ejército a la guerrilla marxista, que lo tenía secuestrado para utilizarlo en una hipotética negociación de prisioneros. Larrabure era lo único que faltaba para abroquelar a los futuros golpistas, cuyo ánimo terminó de crisparse cuando escucharon el mensaje que Numa Laplane pronunció ante el cajón del muerto.

Laplane, el último peronista

"Laplane nunca pudo sacarse ese mote de peronista, por más buen concepto que el resto de los oficiales tuvieran de él en

89 Es lo que Villarreal le contó al periodista Guido Braslavsky, que lo entrevistó para el libro El Dictador.

el aspecto estrictamente profesional", confesó Villarreal en 1996 a los biógrafos de Videla. Aunque no fue su ideología la razón que llevó a sus subalternos a sublevarse, Numa Laplane estaba considerado un general filoperonista. Pesaba sobre él, como un halo maldito, el hecho de haber encabezado la delegación de militares que trajo a Perón al país en junio del 73.

En el pormenorizado relato sobre las intrigas militares que prefigurarían los próximos siete años en la Argentina, Villarreal confirmó que además del general Menéndez, los otros jefes militares con quienes conversaba a diario le habían dado luz verde a Delía para arrinconar al titular del Ejército: "Sí, sí, yo supongo que a esa altura Delía había conversado con Viola y con otros. Porque entonces Delía me dice: 'bueno Villarreal, esto así no va más, mañana nos vamos al Palomar'. Viajamos en un avión de la Fuerza Aérea y enseguida, apenas aterrizamos en Campo de Mayo, partimos hacia la Escuela de Comunicaciones, cuyo director era el coronel Mancini. Desde ahí era más fácil toda la comunicación con el resto del Ejército. Además, había algunas escuelas que no sabíamos qué posición iban a adoptar. Por ejemplo, la Escuela de Infantería, cuyo director era el coronel Corletti, era muy pro Laplane, o el mayor Seineldín, que era de los nacionalistas que respaldaban al jefe del Ejército a todo trapo".

Como recuerda quien meses después sería secretario general de la Junta Militar, Delía y sus seguidores llegaron a Comunicaciones y desde ahí hicieron circular un radiograma al Ejército desconociendo la autoridad de Laplane: "Íbamos recibiendo comunicaciones de respaldo, al mismo tiempo que llamábamos al ámbito político a través de Roseglione, un periodista con buenos contactos entre los políticos. Así fue que contacté al general Delía con Ricardo Balbín, con Humberto Romero, que era senador peronista, y con varios políticos más para decirles que era un problema institucional del Ejército, que no apuntaba al gobierno nacional". Según el general que sería consuegro de Menéndez cuando una hija de este se casó con un hijo de aquel, al mediodía los conspiradores ya tenían confirmación de que el planteo caminaba a pesar de que los generales Cáceres, del Cuerpo I, y Betti, del V, no estaban muy decididos a apoyar el levantamiento contra Laplane. Las deliberaciones en el Ejército continuaron a la tar-

de con la probable designación de Cáceres al frente de la fuerza. Controlado en la práctica por Ítalo Luder, presidente del Senado, y Lorenzo Miguel, mandamás de la CGT, el gobierno de Isabel Perón le ofreció la comandancia del ejército a Cáceres. Ex jefe de la policía federal durante el gobierno de Lanusse, el comandante del cuerpo I era un oficial bien visto por amplios sectores del peronismo y respetado en el Ejército. Sin embargo, la versión sobre su nombramiento hizo que Menéndez y el resto de los generales la rechazaran de plano a través de un radiograma, que fue dado a conocer ese mismo 27 de agosto.

Consciente de que las soluciones imaginadas por él para combatir a la guerrilla no eran compartidas por la mayoría de sus camaradas, Cáceres no aceptó el ofrecimiento de Isabel y pidió su retiro apenas el gobierno nombrara al próximo comandante en jefe. Además de no apoyar los métodos represivos que se venían discutiendo en el generalato, Cáceres no se iba a sumar a la cruzada golpista que el resto ya había empezado a discutir en secreto. Convencido de su decisión, se lo comunicó a Videla en una charla durísima que ambos mantuvieron en el despacho del primero, en la que no faltaron los insultos y las amenazas.

Automarginado Cáceres, los candidatos eran Delía Larroca, el más antiguo de los nombres en danza y promotor del golpe a Laplane, y Videla, apoyado por los ministros Antonio Cafiero, Aníbal Demarco y el titular del Senado, Ítalo Luder. "Nos dijeron que el candidato para reemplazar a Laplane iba a ser Videla, quien llamó por teléfono a Delía para decirle que le habían hecho el ofrecimiento, pero que era él quien tenía que resolver porque había producido el episodio y además era el más antiguo", recordó Villarreal, presente al momento de la comunicación entre ambos: "Ahí Delía le dijo a Videla: 'mire, la mejor manera para asegurar la cohesión del Ejército, es que usted asuma como comandante en jefe'".

Muchos años después, en el living de su casa, Videla confirmó la versión de su amigo Villarreal: "En una última reunión del generalato, Laplane se pone muy tozudo, no cede a esta presión. Entonces hubo una especie de levantamiento palaciego e hicimos una presentación pidiéndole el relevo. Fue en una reunión donde casi, casi, le digo, le dimos un ultimátum". Según Videla, Laplane

desoyó la voz de los comandantes de cuerpo, Menéndez entre ellos: "No se hizo eco de esa posición nuestra y quince días después, por medio de una nota radiograma al ministro de Defensa, le hicimos un planteo de que se tenía que ir sí o sí. Esto generó la ida de Laplane y la discusión sobre quién debía ser el sucesor".

A partir de ese agosto del 75, el país comenzó a vivir en una nueva relación de fuerzas: el traspaso del poder de la órbita civil a la militar, que Videla explicó en 2007: "El sector gremial quiere meter bajas, el sector político quiere meter bajas y el Ejército se plantó, ofreciendo dos alternativas: número uno y número dos, punto. No se bajaba de ahí, porque cada vez que nos bajábamos, venía la purga. El numero uno era Delía Larroca y el número dos era yo".

Aunque reconoce que Delía era un general muy prestigioso, Videla ofrece una versión que nunca fue del todo confirmada por los cabecillas del levantamiento, empezando por el propio Delía, que tampoco sinceró las razones que evitaron que fuera él el "número uno": "Delía recién venía de la Escuela de Agregados Militares de EE.UU y estaba medio como turco en la neblina, perdido en este panorama. No es que se marginó por sentirse incapaz, por no asumir una responsabilidad. El veía que venía así como medio fuera de contexto..., había que estar muy empapado de la cosa. Junto conmigo estaban los comandantes de cuerpo que eran todos de mi promoción. Y Delía se sentía un poco ajeno. Entonces da un paso al costado, y quedé yo automáticamente como sucesor, que lo seguía en antigüedad".

Salvo Delía, que era de la 72, en el grupo de generales que conducían al Ejército en agosto del 75 había dos promociones: la 73 y la 74. Videla, Viola, Cáceres y Suárez Mason correspondían a la primera, mientras que Menéndez, Díaz Bessone, Galtieri, Riveros y Azpitarte, eran egresados de la segunda. Y todos, menos Delía, estaban desde hacía tiempo "empapados de la cosa", como llama Videla a la "guerra antisubversiva".

No muy contento con aquella designación de Videla que sí apoyaba Menéndez, el general Santiago recuerda los días en los que el país entero estaba detrás del recambio militar: "El que debió haber sido presidente fue el general Delía Larroca. Fue el

que puso las bolas sobra la mesa y el que se jugó para sacarlo a Laplane. Pero él nunca iba a ser nombrado por un gobierno peronista, porque en el 51 se había sublevado contra Perón, como Suárez Mason".

La confesión de que Delía debió haber sido el "presidente", confirma plenamente que el golpe de Estado que se haría en marzo del 76 fue decidido por el generalato los primeros días de septiembre del 75. Actor central de aquel giro de ciento ochenta grados que el Ejército protagonizó para sacar a Laplane y nombrar a Videla, y desde allí planificar el futuro golpe político, Santiago justificó la movida palaciega: "Laplane, pobrecito, pobrecito, digo, Laplane era brillante, muy buena persona, muy recto, muy militar, pero se le había puesto en la cabeza, no sé por qué, que a la subversión había que atacarla con la policía, como si fueran delincuentes comunes, sin tener en cuenta que eso se pudo hacer en Italia con las Brigadas Rojas porque eran cincuenta o sesenta tipos que atacaban a grupos muy concretos. De modo que con una Policía Federal bien entrenada, vos podías capturar a un delincuente, hacer la investigación, atraparlo a donde el subversivo vivía y ponerlo preso por delitos contra el Estado. Porque lo que buscaban los subversivos italianos era tomar el poder, igual que en Argentina, pero aquí las organizaciones eran mucho más grandes y poderosas y estaban apoyadas por otros sectores de la sociedad, no estaban solos como cree la gente, eh".

Como muy bien apunta Santiago, en nombre suyo y de Menéndez, las organizaciones revolucionarias no estaban solas. Aunque las conductas mesiánicas que se apoderaron de sus líderes así lo hiciera parecer en la segunda mitad de 1975, la guerrilla había surgido cinco años antes como la expresión más violenta y radicalizada de un proceso de acumulación y lucha popular de quince o veinte años, que culminó con Cámpora presidente. Después, al morir Perón en julio del 74, en medio del terror instalado por la Triple A, esas organizaciones populares se fueron quedando solas. Promediando la década del 70, ya acorralados por la ofensiva policial-militar, los dirigentes guerrilleros más lúcidos e importantes no escucharon a nadie más que a sí mismos, y se alejaron del pueblo que los había hecho posibles.

Retirado del Ejército Delía Larroca, Videla asumió la jefatura del Ejército el 28 de agosto de 1975 y nombró en el III Cuerpo a Luciano Benjamín Menéndez, quien hasta ese momento se desempeñaba como segundo comandante. Una semana después, el 5 de septiembre, en una ceremonia de gran impacto mediático, Videla viajó a Córdoba para poner en funciones al nuevo jefe de esta poderosa jurisdicción militar.

De aquel primer "asturiano" que dejó España para radicarse en la pequeña aldea porteña, hasta el flamante comandante que asumía en el III Cuerpo con el cuchillo entre los dientes, hubo decenas de Menéndez que plagaron los cuarteles nacionales en cien años de historia política y militar. Sin embargo, ninguno de ellos había llegado tal alto como el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez. Ninguno de los muchos Benjamines que nacieron en el seno de una casta militar tan liberal como autoritaria, gozaría del prestigio, la fama y el poder que tendría Luciano en los años siguientes. El "prototipo del milico", como lo definió Videla en la intimidad de su casa una tarde de verano del 2007, entraría por Córdoba en la historia argentina.

Marzo del 76

"El golpe militar se va a dar a mediados de marzo de 1976, cuando terminen las licencias de la oficialidad en las Fuerzas Armadas" (Anguita-Caparrós, 1998: 575). La precisión que Mario Roberto Santucho tenía sobre los planes militares dejó impactado a Raúl Alfonsín, un joven dirigente que peleaba por oxigenar el partido que Balbín conducía desde hacía 30 años en connivencia con las Fuerzas Armadas. Aunque después del *"Rodrigazo"* el fantasma del golpe se desparramó por los pasillos del poder, civil y militar, eran contados con los dedos de la mano quienes manejaban información confiable de lo que discutían los jefes castrenses en sus reuniones conspirativas.

Sentados en un sillón de cuerina de una casona de Flores, Roby y el líder del movimiento Renovación y Cambio de la UCR intercambiaron opiniones sobre cómo afrontar la violenta realidad argentina. Mate de por medio, Santucho, Benito Urteaga y Eduardo Merbhilá, otros dos jefes del PRT, conversaron durante

una hora con Alfonsín y Raúl Borrás, uno de sus principales laderos. Si bien ninguno de los dos dirigentes radicales comulgaba con la lucha armada, Alfonsín era el heredero natural de los ideales revolucionarios de 1890, y entendía a la guerrilla como la reacción de una generación que había crecido en el autoritarismo político, presenciando obscenos contubernios entre sectores de su partido y los militares, a los cuales también se plegaba casi siempre la burocracia sindical peronista.

Después de explayarse sobre su propuesta de alto el fuego y la "unión de todo el campo popular para frenar el golpe", Santucho le confirmó a Alfonsín que el quiebre institucional estaba en marcha. Ninguno de los dos abonaba la idea de un gobierno cívico-militar, como proponía el sector radical de Balbín. La exactitud de la fecha había llegado al PRT/ERP vía Rafael Perrota, director del diario *El Cronista Comercial*, quien en un cóctel de la alta sociedad porteña quedó estupefacto cuando escuchó la versión en boca de Raquel Hartrige, esposa del general Videla. Las señoras de los generales no podían disimular la indignación que les había provocado ver a Isabel Perón disfrazada de militar cuando visitó Tucumán, a fines de abril, y aprovecharon el vernisage para hacer públicos sus sentimientos: "esta payasada se va a terminar cuando mi marido sea presidente", dijo muy suelta de cuerpo la mujer de Videla al resto de las presentes entre copas de champagne y bocaditos (Anguita-Caparrós, 1998: 575).

En un país envuelto en una fenomenal crisis económica y política, los políticos de izquierda o centroizquierda que no apoyaban la lucha armada para llegar al poder, discutían con las organizaciones revolucionarias distintas alternativas para detener la movida castrense y salir del atolladero institucional. Mientras eso ocurría, el edificio Libertador, sede del Ejército, era el epicentro de todas las conspiraciones militares en marcha. La telaraña de la futura patria neoliberal, occidental y cristiana se tejía con absoluto sigilo en diagonal a la Casa Rosada, símbolo del poder político. Como lo reconoce Videla, entre fines de agosto y principios de septiembre, él junto al flamante comandante del III Cuerpo de Ejército y el resto de sus camaradas se pusieron en contacto con distintos grupos civiles para iniciar el *"trabajo en las sombras"*. Y aunque dichas conversaciones eran todavía patrimonio del Ejército, el almi-

rante Emilio Eduardo Massera, jefe de los marinos, hacía meses que venía haciendo lo propio con dirigentes políticos y sindicales amigos, aunque su principal contacto era Lorenzo Miguel, el piloto del avión sin rumbo que era la Argentina de entonces[90].

Engranaje clave de ese monumental aparato estatal que se aprestaba a nacionalizar la *guerra antisubversiva*, el general Santiago, segundo comandante del I Cuerpo de Ejército en septiembre del 75, detalló en 2007 la reunión que selló los destinos nacionales:

—En una reunión de todos los generales en Buenos Aires, Videla blanqueó la situación y, algo preocupado por cómo se sucedían los hechos, nos dijo: "toda mi vida me preparé para ser comandante, pero no para ser presidente".

Ante la intranquilidad de quien era el líder de la movida destituyente, el generalato en pleno disipó todas sus dudas:

—Nosotros, los generales, para calmarlo, le dijimos a Videla que no se preocupara por el tema de la gestión pública, porque íbamos a rodearlo de gente capaz, que se había formado para hacer política. Ahí, en esa reunión del generalato, le propusimos que el general Ramón Genaro Díaz Bessone, que en ese momento era comandante del II Cuerpo de Ejército, estuviera al frente de un equipo político, porque Díaz Bessone sí se había formado en política.

—¿Eso que usted cuenta, general, que discutieron en septiembre del 75 con todos sus camaradas de rodearlo a Videla, era lo que después, en octubre del 76, terminó siendo el Ministerio de Planificación?

—Claro, exacto —dijo Santiago un friísimo día de julio del 2007.

—¿Díaz Bessone era una persona formada intelectualmente?

—El más formado de todos, le llevaba varios cuerpos a cualquiera de los otros.

90 A esos políticos y sindicalistas recurrirá dos años después el tótem de la Armada para fundar un partido político propio y continuar en el poder una vez que estuviera agotado el "Proceso".

—¿Estaba el general Menéndez en esa reunión del generalato que usted menciona?

—Sí, sí, claro, estábamos todos los generales del Ejército.

Faltaban todavía seis meses para el 24 de marzo y como reconocen Videla y Santiago, las principales espadas del Ejército ya había iniciado las "conversaciones con sus amigos civiles". Es decir, en la cúpula de la fuerza, la decisión de dar el golpe estaba consensuada. Solo era cuestión de tiempo. Para ese grupo de generales, mientras más se resquebrajara el orden civil, mejor. Mientras más anarquía hubiera en el país, mejor. Mientras más violencia guerrillera, mejor. Ellos solo debían preparar el plan y elegir el momento adecuado para asaltar el poder del Estado. Menéndez, Videla, Viola, Santiago, Suárez Mason, Díaz Bessone, Riveros, Villarreal y algunos otros generales de menor influencia, como Galtieri, descontaban que cuando el barco estuviera totalmente a la deriva, sin otro destino que el naufragio seguro, la sociedad y los líderes políticos de la oposición llegarían de rodillas a suplicarles su intervención. No se equivocaban.

El pase a retiro de Delía Larroca en agosto del 75 dejó a Menéndez en el umbral del poder, e inmediatamente empezó a diseñar la estructura política que facilitaría su "trabajo en las sombras". Desde su influyente puesto de jefe del III Cuerpo de Ejército, Luciano Benjamín presionó al gobierno nacional para que el brigadier Lacabanne abandonara su cargo de interventor federal en Córdoba. Además de ser un hombre de López Rega, que había masacrado a cientos de militantes durante el año y medio que duró su gestión al frente de la provincia, Lacabanne estaba acusado de corrupción y despilfarro financiero, y gran parte de la dirigencia política cordobesa reclamaba la presencia del Ejército en el combate directo a la guerrilla.

Consumado el desplazamiento del oscuro brigadier, mientras el justicialismo discutía el nombre de la persona que iba a reemplazarlo, el 19 de septiembre Menéndez asumió la gobernación de Córdoba por un día. Aunque producto de la propia indefinición peronista, el hecho no era casual, simbolizaba el nuevo

tiempo comenzado en el país: la toma del poder real por parte del Ejército, y de Menéndez del territorio cordobés. Después de dos años y medio de "penitencia", los militares volvían a la primera escena política.

El día que Lacabanne entregó el cargo que Isabel le había encomendado por expreso pedido de López Rega, el ex custodio de Perón repudió a "la antipatria, que está regocijándose en este momento por su triunfo" (Yofre, 2006: 223) y criticó a quien sucedería a Menéndez: "Yo tengo el honor de transmitir esta responsabilidad a un general del Ejército. Espero que el señor general tenga el mismo honor que yo, de transmitir este mando a un argentino, y no a un infiltrado" (Idem. Ant).

Durante las veinticuatro horas que Menéndez fue interventor de Córdoba, el peronismo nacional, reunido en el gremio de los telefónicos, en Mar del Plata, no lograba ponerse de acuerdo para elegir al reemplazante de Lacabanne. Protagonista de esa reunión sindical en la costa atlántica, Carlos Risso cuenta en diciembre del 2006 cómo llegó a ser el número dos de la provincia: "Al ver que no lográbamos una definición sobre quién debía asumir en Córdoba, yo propuse a Julio Antún como presidente del PJ provincial y a Bercovich como interventor. Luego, para las elecciones de 1977, Antún sería el candidato a gobernador. Como las discusiones no se destrababan, llamamos desde Mar del Plata a Lorenzo Miguel, que estaba en Buenos Aires. Cuando le contamos mi propuesta, el 'Loro', que era uno de los que manejaba el país en ese momento, ordenó: '¡ese tema no debiera haber durado ni diez minutos, Bercovich va a ser el interventor y Risso, mentor de la iniciativa, ministro de gobierno. Punto!'"

Los dos "elegidos" eran adversarios internos de Antún, un histórico dirigente de la derecha peronista que luego se llevaría de maravillas con quien era el jefe militar de la provincia. Al otro día de las deliberaciones, en el salón principal de la Casa de las Tejas, el general Menéndez entregó el mando de la provincia a Raúl Bercovich Rodríguez, en una ceremonia a la que asistieron los más importantes funcionarios civiles y militares. Culminado el protocolo, Menéndez, de chaqueta verde oscura, camisa beige, corbata marrón clarito y pantalones breeches del mismo tono,

saludó con un fuerte apretón de manos al flamante interventor, quien devolvió con gesto adusto la mirada inquisidora del comandante del III Cuerpo de Ejército. Segundos después, Bercovich pronunció unas palabras sin dejar de mirar a quien sería su verdugo. Ni uno ni otro parecían estar cómodos en el lugar que les tocaba protagonizar.

Con el gobierno nacional a la buena de Dios, el Ejército había empezado a preparar el golpe, y Bercovich no desconocía que su futuro estaba atado a la suerte de Isabel, que aquejada por un cuadro de estrés hacía una semana se había recluido en un hotel administrado por la Fuerza Aérea en Ascochinga, en las sierras de Córdoba. A la misma velocidad que la crisis económica se devoraba el salario de los trabajadores y la violencia guerrillera cavaba su tumba planificando sus últimas grandes acciones armadas, la señora de Perón pasaba sus horas tomando el té junto a las esposas de los comandantes generales de las FF.AA, charlando de cosas más importantes que la jefatura del gobierno nacional.

Luego del ataque al avión de Gendarmería el 28 de agosto, el 8 de septiembre de 1975 Montoneros fue declarado una organización ilegal. La captura a manos de Vergéz de Marcos Osatinsky, Horacio Mendizábal y otra veintena de cuadros políticos y militares ocurridos en agosto de ese año, había sido un duro golpe para la organización, que durante el 75 tuvo su base de operaciones en una casona en pleno centro de la ciudad de Córdoba.

Sin embargo, a pesar de sus bajas cotidianas, la conducción nacional decidió que había llegado la hora de poner en marcha el recientemente creado "ejército montonero", y dio luz verde a su primer ataque contra una unidad militar,un tipo de acción que solo el ERP había concretado desde que ambas organizaciones se habían fundado, en 1970. El plan, de gran envergadura, pretendía ser una importante demostración de fuerza. No solo ante las fuerzas armadas sino también ante el gobierno peronista que acababa de ilegalizarlo. Con ese objetivo, el 5 de octubre un comando integrado por sesenta guerrilleros atacó el Regimiento de Infantería 29 de Formosa, en un operativo que resultó desastroso, tanto desde el punto de vista militar como político. Con doce muertos en-

tre sus filas y solo cincuenta FAL incautados al enemigo, el ataque terminó con la vida de diez conscriptos, un suboficial y un oficial, lo que desató la furia del Ejército y la condena de toda la dirigencia política, sindical y religiosa del país.

Escandalizados, los jefes de las tres fuerzas armadas fueron convocados a la quinta de Olivos por Ítalo Luder, interinamente presidente de la Nación por una licencia médica de Isabel. Luego de una extensa exposición militar que el general Videla realizó ante el gabinete peronista en representación de las tres armas, Luder concedió el instrumento que Menéndez y el resto de sus camaradas venían reclamando desde hacía tiempo para entrar en acción. El 6 de octubre de 1975, el Poder Ejecutivo Nacional dictó tres decretos: el 2770, que creó el Consejo de Seguridad Interior, presidido por la Presidencia de la Nación e integrado por todos los ministros del Poder Ejecutivo Nacional y los señores comandantes generales de las Fuerzas Armadas; el 2771, que habilitó la participación de las fuerzas policiales y penitenciarias en la "lucha contra la subversión", y el 2772, el más importante, que estableció que las Fuerzas Armadas "procederán a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país".

Licencia para matar

"Los decretos de Luder eran una licencia para matar", dice, con honestidad brutal, el octogenario reo Jorge Rafael Videla en su departamento de la Avenida Cabildo. Ninguna otra frase podría definir con semejante grado de precisión lo que costaron en vidas humanas los procedimientos ilegales que desde el 8 de octubre de 1975 se desparramaron, clandestinamente y por todo el país, para cazar a los que las Fuerzas Armadas clasificaron como "enemigos subversivos".

El hecho que disparó que Luder y el gabinete de ministros cediera ante la presión militar fue el ataque de Montoneros al regimiento de Formosa. La excusa perfecta que generales, brigadieres y almirantes estaban esperando para lanzar con una ferocidad desconocida la represión sobre el pueblo argentino. "Cuando se

produce al asalto a Formosa, fue una cosa que impactó muchísimo, ya era inaceptable que ocurriera algo así", dice Videla a modo de justificación. Y si bien hasta los propios autores reconocieron después que el operativo había sido un "error" y los militantes peronistas una aventura suicida, la respuesta del poder político-militar, que ya actuaba en conjunto, terminó siendo la llave que abrió la puerta a una matanza largamente esperada por los jefes militares, entre los que Menéndez sacaba ya una importante ventaja sobre el resto.

Debido a su importancia histórica, y a que dichos decretos han sido utilizados desde entonces como cobertura "legal" para justificar el Terrorismo de Estado, resulta fundamental que uno de sus ideólogos lo explique en detalle:

—¿General Videla, fue después de Formosa que se reunió con Luder?

—Sí, sí, Luder hace una reunión de gabinete en la que invita a los tres comandantes de las FF.AA, para que los militares hicieran conocer al gabinete su punto de vista frente a la dimensión descomunal que había adquirido la situación. El problema era eminentemente terrestre, el Ejército tenía la responsabilidad primaria. Con el acuerdo de los otros dos comandantes, yo hice la exposición. A ver..., 28 de agosto, eso fue el 5 o 6 de octubre, yo llevaba dos meses como comandante en jefe.

Videla dice 5 o 6, pero si el ataque montonero fue el domingo 5, la reunión tiene que haber ocurrido el lunes 6.

—¿Qué explicó usted?

—Se les dijo que viendo que había sido superada la policía, las fuerzas de seguridad, la justicia —no se había dictado una sola condena del 73 hasta ese momento..., y cosas habían ocurrido y cuántas cosas—, parecía que estaba faltando algo. Y ese algo era el último eslabón que quedaba, el último cartucho: nosotros. La fuerza militar sale a combatir hasta morir o matar. No tenemos balines, no tenemos escudos, salíamos a morir o matar. Por supuesto se dijo que esto podía ser motivo de una graduación.

—¿Graduación?

—Se dieron cuatro cursos de acción posibles, que sintetizo aquí: un curso de acción muy pautado, donde todo se hacía a par-

tir de una resolución que tomaba el Consejo de Seguridad Interior que el presidente controlaba. Primero determinaba qué unidad se empleaba, dónde se empleaba, con qué objetivo y resultados de la operación. En función de esto se montaba otra operación. Por esta vía la posibilidad del Estado era cero, la posibilidad de un triunfo, cero. Por esta vía no terminaba nunca. Las posibilidades dos y tres, un grado más de la uno. Curso de acción cuatro, la antítesis del primero. Este era al revés: desplegar todas las FF.AA en todo el territorio. Desplegar, desparramado (Videla me mira fijo y mueve sus flacas y huesudas manos hacia abajo y hacia los costados, simulando un hormigueo), y, simultáneamente a este despliegue, en este desparramo, actuar a la búsqueda del enemigo y eliminarlo según decía el decreto. Verdad, aniquilarlo. Había sido todavía más preciso Perón cuando dijo exterminarlo, su mensaje era ese, por eso utilizó esa palabra.

—¿Y qué pasó con Luder y su gabinete cuando usted expuso las alternativas represivas?

—Bueno, se hizo la exposición, Luder dijo 'bueno muy bien, yo estoy de acuerdo'. El ministro de Justicia levantó la mano como para hacer una observación y Luder dijo 'no, esto no se discute, curso de acción numero cuatro'. Se prepararon los decretos y punto, empezamos. Y ahí empieza, lo que ya en Tucumán en pequeña escala se venía haciendo con los decretos de Isabel, ahora lo mismo en escala generalizada. Es decir que si había errores, horrores, excesos en pequeña escala, ahora pasaban a ser en escala total. Pero nadie podía llamarse a engaño de que ¡uy! pasaban estas cosas. Ya en Tucumán estas cosas en chico pasaban. Después en la república pasaron. Y estas cosas pasaron desde el día siguiente del decreto. El índice mayor de desapariciones de personas ocurrió el último mes del año 75 y el primer mes del año 76, antes del golpe. Producto de los decretos de Luder, exactamente. Por eso yo digo: no hacía falta tomar el poder para combatir a la subversión, eso es otra cosa. El 24 de marzo es la crisis política, el vacío de poder, la anarquía. Nos hacemos cargo nosotros y listo. Tomar el poder no fue una necesidad nuestra en la guerra. Se podía hacer las dos cosas, una con prescindencia de la otra".

El relato de Videla de lo decidido el 6 de octubre en Olivos, previamente consensuado es el punto de partida de la represión

que se lanzó sobre el pueblo argentino el 8 de octubre de 1975 con el objetivo de derrotar al "enemigo subversivo". En esa dramática reunión con Luder y el gabinete de ministros, lo que quedaba del régimen constitucional, no solo del gobierno peronista, claudicó. Se rindió inexorablemente ante un poder militar que supo capitalizar al máximo esa debilidad. El instrumento para aniquilar la resistencia popular, armada y desarmada, había sido alcanzado. El reclamo que Menéndez venía haciendo a sus jefes militares desde junio del 74, cuando era comandante de la V Brigada de Tucumán, quedó refrendado para la eternidad en los decretos 2770, 2771 y 2772. Los decretos de la muerte.

Salvo las organizaciones armadas y un puñado de dirigentes políticos que, desorientados, equivocados en su estrategia y en sus métodos, intentaron salvar el Titanic que era la Argentina de entonces, ningún otro sector de poder quiso ni pudo detener el avance de las Fuerzas Armadas. Es más, solo unas semanas antes de esa reunión de los comandantes con Luder y el gabinete, la Iglesia Católica, cuya jerarquía era el principal sostén de la cruzada militarista que ya había iniciado los contactos con el grupo Perriaux al que pertenecía José Alfredo Martínez de Hoz, había bendecido la masacre que se avecinaba a través de uno de los interlocutores más representativos del momento. En ocasión de la misa por el mayor Larrabure, el provicario castrense, Victorio Bonamín, advirtió al país cuál era la posición de la iglesia oficial sobre la situación nacional, y confesó abiertamente su apoyo al golpe de Estado en marcha: "Cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo, mediante el Ejército argentino, a la Nación argentina. Hay muchos pecados, muchos crímenes, mucha cobardía, mucha traición, mucha desvergüenza. Mucho, y en todos los niveles, en los más superiores, hasta el punto de avergonzarme. Todo eso hay que pagarlo, compañero, todo eso hay que expiarlo delante de Dios. Y qué bueno que sean los militares los primeros en alzarse. Que se pueda decir de ellos que una falange de gente honesta, pura, ha llegado a purificarse en el Jordán de la sangre para poder ponerse al frente de todo el país, hacia grandes destinos futuros. Les toca sufrir por lo que los demás gozan. Les toca velar con las armas en la mano los festines de los corruptos" (Anguita-Caparrós, 1998: 573).

El escándalo que provocaron las palabras de Bonamín, avaladas por su superior, monseñor Adolfo Tórtolo, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, obligaron a Luder a defender en público al gobierno y a condenar cualquier quiebre del orden constitucional. Sin embargo, sería el mismo Luder quien semanas después decidiría entregar el poder a los que ya trabajaban para quebrar ese "orden" que decía preservar. Todo lo que ocurrió después de esa reunión entre el presidente interino y los militares en Olivos hasta el 24 de marzo de 1976 fue una patética agonía. Una lamentable parodia institucional que no haría más que potenciar el "vacío de poder, la crisis política, la anarquía", que Menéndez, Videla y compañía supieron aprovechar fríamente hasta conquistarlo todo.

Octubre de 1975 sería un mes intenso para Menéndez y todo el generalato. Al otro día de que los decretos abrieran el grifo de la represión indiscriminada por toda la Argentina, el jefe del III Cuerpo voló a Tucumán a inspeccionar los operativos antiguerrilleros. Recibido por el general Vilas, jefe de la V Brigada a cargo de la represión al ERP, y por el gobernador Armando Jury, Menéndez subió junto a estos a un helicóptero y sobrevoló la zona de operaciones del sudeste provincial. Al finalizar el recorrido, les dijo a los periodistas que su visita tenía por fin "apoyar plenamente al general Vilas y a los oficiales que lo secundan en los operativos antisubversivos" (Diario Los Principios, 8/10/75 p3).

Exultante por haber obtenido del gobierno nacional el salvoconducto para reprimir abiertamente en todo el territorio nacional, el "alto jefe militar" subrayó: "El resultado de las acciones es excelente. A estos elementos sediciosos hay que combatirlos en todo el país. Paso a paso, sin descanso y especialmente en Tucumán, esta castigada provincia que ha sido elegida como peana de la acción guerrillera" (Idem. Ant). Además, Menéndez aclaró que sus hombres también trabajaban en la búsqueda de los montoneros que lograron escapar de Formosa: "Realizan controles de ruta de accesos a Córdoba para detener a los subversivos que actuaron en el ataque" (Idem. Ant).

Por esos días, la actividad del comandante era febril. Iba y venía de un lugar a otro de su inmensa jurisdicción, que se com-

ponía de cincuenta unidades. A las reuniones de Inteligencia en Córdoba y la visita a las guarniciones más importantes, Luciano Benjamín sumó viajes semanales a Buenos Aires para reunirse con el resto de los comandantes. En el edificio Libertador, los generales intercambiaban información sobre la situación en los distintos comandos de cuerpos que conducían y preparaban las normativas y reglamentos para que sus hombres hicieran en el terreno lo que habían definido con Luder en la reunión de ministros. En el último cuatrimestre del 75, Menéndez, Videla, Viola, Suárez Mason, Riveros, Galtieri, Díaz Bessone, Santiago, Villarreal, Urricarriet y Azpitarte, eran las cabezas de un ejército compenetrado ciento por ciento a la planificación y ejecución del accionar represivo. El primer resultado de esas deliberaciones, todavía estrictamente militares, fue la sanción de la directiva secreta del comandante general del Ejército, Nº 404, suscripta el 28 de octubre por el comandante en jefe, teniente general Jorge Rafael Videla. Ilegal al no pasar por el Congreso, esta directiva fue el primer documento utilizado por el Ejército en su plan de aniquilamiento. Con ella, las patotas militares tenían libertad absoluta para actuar frente a un enemigo que había perdido centenares de cuadros en los últimos meses, estaba fuertemente infiltrado en todos sus niveles y se movía sin el apoyo popular que lo había hecho posible. Bajo el subtítulo *"Misión de las Fuerzas Armadas"*, la directiva apuntaba a la sociedad toda: "operar ofensivamente contra la subversión en el ámbito de su jurisdicción y fuera de ella en apoyo de las otras FF.AA, para detectar y aniquilar las organizaciones subversivas a fin de preservar el orden y la seguridad de los bienes, de las personas y el Estado".

El nuevo tiempo militar arrancado al débil gobierno de Isabel a principios de octubre, quedó plasmado en las *"Ideas rectoras"* del texto militar, que era un auténtico homenaje a sus maestros franceses: "presión constante en tiempo y espacio sobre las organizaciones subversivas. No se debe actuar por reacción sino asumir la iniciativa de la acción, inicialmente con actividades de inteligencia —sin las cuales no se podrán ejecutar operaciones— y mediante operaciones psicológicas". La confusión de la sociedad por medio del terror era parte de la "acción psicológica", que Menéndez y compañía habían estudiado en los 60 en los libros de Trinquier, Lacheroy y Aussareses.

Como le aseguró Videla a Luder en Olivos, la brutal ofensiva encarada por las Fuerzas Armadas a partir de los decretos tendría resultados devastadores en vidas humanas, pero acabaría con el "flagelo" subversivo rápidamente. Ese era el "costo político" de la matanza en marcha. El principal documento militar utilizado por el Ejército en esta etapa, la tristemente célebre 404/75, no dejaba dudas al respecto: "permitirá disminuir significativamente el accionar subversivo para fines de 1975, transformar la subversión en un problema de naturaleza policial para fines de 1976 y aniquilar los elementos residuales de las organizaciones subversivas a partir de 1977" (Mántaras, 2005: 117).

En sintonía con lo resuelto en Buenos Aires, Menéndez asumió rápidamente los resortes de la represión en su vastísimo cuerpo de ejército, jurisdicción en la que vivían siete millones de personas y donde la capacidad operativa del ERP y Montoneros empezó a menguar en forma proporcional al creciente accionar de los grupos de tareas que desde los decretos de Luder empezaron a operar bajo su mando.

Entre julio y agosto de ese año, el Comando Libertadores de América y la D2 de la policía cordobesa habían secuestrado y torturado a decenas de guerrilleros del ERP y Montoneros, además de encarcelar a otro importante número de dirigentes sindicales y estudiantiles del PRT, la JP o de fuerzas políticas aliadas o subordinadas a ellas. Pero todavía no había desapariciones. Los muertos aparecían tirados en las calles. Este método cambió drásticamente a partir de octubre, cuando el Ejército tomó el control de la represión y los secuestrados empezaron a desaparecer, desconociendo las autoridades provinciales y las propias organizaciones el destino de sus integrantes.

Para coordinar los secuestros, las torturas y los asesinatos de las bandas que hasta el 7 de octubre habían actuado en forma independiente y descentralizada, Menéndez organizó la Comunidad de Inteligencia con la estructura y el funcionamiento que indicaba la directiva secreta conocida como "la peugeot". En una oficina del Destacamento de Inteligencia 141, ubicado en el Parque Sarmiento, todas las semanas reunía a los agentes de Inteligencia del Ejército, la Marina, la Fuerza Aérea, la Policía de Córdoba y la

Policía Federal. En esos encuentros, el titular del III Cuerpo centralizaba la información sobre el "enemigo subversivo", priorizaba quienes serían sus próximos objetivos y afinaba la maquinaria que conducía desde la cima del poder.

En el marco de esta *"guerra moderna"* que Menéndez y sus camaradas habían aprendido de los coroneles franceses, el Destacamento 141 pasó a ser la gran unidad de batalla de la *"guerra de inteligencia"* que comandaba como máxima autoridad militar de un territorio cuyos centros de gravedad eran Córdoba y Tucumán, y sus respectivas periferias. Al otro día de la puesta en marcha de los decretos 2770, 2771 y 2772, un tercio del país había pasado a ser operado militarmente por Menéndez, quien cinco meses después controlaría todo, no solo a sus soldados y policías: "Cincuenta unidades de combate estaban bajo mi mando", recordó Menéndez a sus jueces del Consuffaa en marzo de 1986. Ninguna acción, por más insignificante que fuera, escapaba a sus garras.

A cargo de una policía provincial comprometida ciento por ciento con la represión monopolizada por el *Cachorro*, en diciembre del 2006 Risso, el ministro de Gobierno de Bercovich, relató un hecho que muestra cómo se fue estructurando la represión ilegal previa al golpe: "Un día, uno de los policías federales que participaba de esas reuniones de inteligencia en el 141 se presentó en mi despacho. El tipo estaba hecho bolsa, su rostro demacrado. Cuando le pregunté qué le pasaba, me confesó: 'mire, doctor, a lo largo de mi carrera he hecho cosas feas, duras, propias de esta profesión, pero lo que se discute en esas reuniones superan cualquier límite. Ni siquiera tengo el valor de contárselas, porque como hombre democrático que es, jamás las va a comprender. No aguanto más, por favor le pido que me releve de esa función y solicite mi pase a otra dependencia'. Y así lo hice. Desconozco qué fue de él cuando vino el golpe" (Entrevista con Risso, 2006).

Uno de los más eficaces integrantes de esas reuniones de Inteligencia que menciona Risso era Raúl Telleldín, asesino temible y uno de los jefes operativos del D2 de la policía cordobesa. Un personaje siniestro que, según cuenta Risso, oficiaba de sicario pago del general Menéndez: "Telleldín, que era un hijo de la gran

puta, cobraba un sueldo de Menéndez por cada guerrillero que mataba. Era imposible controlarlo, tenía a todo el mundo amenazado, inclusive a sus mismos compañeros de la policía, que le tenían terror" (Idem. Ant).

La misma situación de descomposición institucional empezó a vivirse en la justicia federal, el aparato estatal responsable, en los papeles, de investigar y resolver los hechos vinculados a la guerrilla. Sin embargo, a partir de la licencia del juez federal Adolfo Zamboni Ledesma, todas las causas recayeron en el juez Humberto Vázquez, titular del juzgado número dos de Córdoba desde diciembre del 74, cuando asumió su cargo. Treinta y tres años después, en su casa de barrio Juniors, Vázquez recuerda lo difícil que fue ejercer su función en los últimos meses del 75: "Me amenazaban de muerte tanto por derecha como por izquierda. El Comando Libertadores de América me acusaba de ayudar a la subversión porque liberaba guerrilleros y la guerrilla me enviaba mensajes cuando deteníamos a algún miembro de sus organizaciones armadas".

En un contexto de creciente violencia paraestatal, Vázquez asegura que por haber querido hacer su trabajo como lo marcaba la ley, se ganó la enemistad del general Menéndez y de toda la cúpula de la D2: "La mayoría de los detenidos que traía la policía eran por simples sospechas, sin pruebas firmes de su vinculación con la guerrilla o de que hubiera participado en una acción contra el Estado. A cualquier ciudadano se lo acusaba de asociación ilícita o de violar la ley de seguridad nacional. Pero un juez no puede basarse en indicios para procesar ni condenar a una persona, mucho menos en aquella época, cuando la vida de las personas corría serios riesgos". Según este magistrado, que actuaba en soledad por la licencia "ilimitada" de su colega Zamboni Ledesma, todos los viernes salía a recorrer con Telleldín las comisarías en busca de los detenidos que él tenía en una lista y que sin embargo no aparecían: "Cuando iba, sobre todo a las dependencias de la D2, nunca estaban, me los escondían, porque seguro habían sido torturados por los grupos de tareas que actuaban bajo su órbita, que a su vez respondían a Menéndez" (Entrevista con Vázquez, 2006).

Aunque la violencia y los asesinatos políticos en Córdoba se habían institucionalizado desde principios del 74, la mecáni-

ca impuesta por las Fuerzas Armadas en octubre del 75 oscureció el panorama: los detenidos eran secuestrados, torturados y desaparecidos. Ya no iban del D2 a la cárcel de San Martín o a Encausados. El circuito represivo era otro, aunque los únicos que podían conocerlo eran las víctimas y los grupos de tareas encargados de los operativos clandestinos comandados por Menéndez.

Con las nuevas reglas impuestas por el poder militar a partir de octubre, el desconcierto popular se apropió de la realidad argentina. Ya nadie estaba a salvo de caer en una redada. La sociedad había pasado a ser "sospechosa a priori", como sostenía el coronel Lacheroy cuando explicaba la razón de la *guerra antisubversiva* en el libro de Robin.

Uno de esos días, en medio de la ofensiva policial-militar, nueve estudiantes bolivianos aparecieron maniatados y asesinados en el barrio Jardín de la capital cordobesa, con inscripciones en sus cuerpos. La alevosía del crimen generó tal escándalo que el ministro Risso se fue volando al comando del III Cuerpo de Ejército a pedirle explicaciones al jefe de la represión: "Llegué para hablar con Menéndez, pero un tal coronel Fierro me dijo que esperara. Después de un rato sentado en la antesala de su enorme despacho, el mismo coronel me hizo pasar. Cuando lo enfrenté y le pregunté por el múltiple asesinato, Menéndez se hizo el desentendido: 'no tengo idea, Risso, de lo que ocurrió ni de quiénes pueden ser los autores', me dijo. No terminó de hablar que le contesté, casi insultándolo: ¡Cómo que no tienen nada que ver las bandas que responden a sus órdenes, si los jóvenes asesinados aparecieron maniatados con sábanas que tenían el escudo del ejército argentino!". Según Risso, "Menéndez se quedó helado, no esperaba esa respuesta de mi parte". Su estado de nerviosismo era tal, que el general Rogelio Villarreal, jefe de Estado Mayor del III Cuerpo, se puso colorado de vergüenza al ver cómo el ministro le gritaba en la cara a Menéndez pidiéndole explicaciones por lo sucedido. "Yo estaba tan desencajado, que Villarreal no sabía dónde meterse. Entonces Menéndez, astuto, para calmarme, me respondió: 'mire Risso, yo voy a explicarle algo: estos tipos de la guerrilla por los cuales usted viene a pedirme explicaciones, un día van a estacionar su auto en la puerta de mi casa, van a bajarse en patota, y con una escopeta me van acribillar a balazos al frente de mi familia. Entonces, antes de que

ellos me maten a mí, yo los mato primero a ellos'. Después, como si nada hubiera pasado, me dijo que me fuera tranquilo, que él iba a investigar el caso de los estudiantes bolivianos. Nunca investigó nada, por supuesto. Ese era Menéndez, un jefe hiperpoderoso, que a esa altura ya controlaba todo".

Las "carpetas" y el Campo La Ribera

"Yo participé en la confección de los documentos que hicieron posible el Proceso de Reorganización Nacional", le dijo orgulloso el retirado general Luciano Benjamín Menéndez a la periodista Cristina Wargon, el 19 de enero de 1983 en una entrevista con el diario *Tiempos Argentinos*. Y así fue. Además de las normativas militares elaboradas para "cubrir" las actividades ilegales que hacían sus grupos comando, a mediados de octubre del 75, mientras Isabel Perón volvía de su enésima licencia por problemas de salud, las Fuerzas Armadas encargaron la realización de un plan político a un grupo de jóvenes profesionales vinculados con el poder militar.

De las muchas carpetas que llegaron a manos de Menéndez y a otra decena de jefes del Ejército, hubo una que prevaleció sobre las otras. "Yo en octubre o noviembre le había entregado a Menéndez un trabajo que habíamos hecho con vistas al futuro", contó el general Villarreal a los autores del libro *El Dictador*. "Lo habían hecho Ricardo Yofre y otro radical amigo de él del servicio exterior. Trataba sobre qué hacer a la luz de lo que había pasado con Lanusse, cuáles debían ser los objetivos en adelante en un hipotético gobierno militar, porque ya empezábamos con eso de tratar de poner fin al péndulo permanente".

Según Villarreal, el golpe de marzo del 76 hacía rato se venía planificando: "Ya se veía venir la cosa, ahí en el 75, con todo lo que pasaba con la Isabel, la ida de López Rega... No, no, no era un proyecto pensando en la secretaría general, es anterior, yo con Menéndez conversaba mucho, entonces le entregué a Menéndez ese trabajo para la reunión de mandos"[91]. Ante la pregunta de si ese material existe todavía, Villarreal lo negó: "No guardé copia

91 Entrevista realizadas para el libro *El Dictador*.

lamentablemente, no quería que hubiera cosas así dando vueltas". Lo que no negó, y es más, reconoció abiertamente, es que una de las principales razones del golpe era quebrar el poder popular: "Uno de los objetivos era reencauzar la vida política del país. ¿En qué sentido? Estaba distorsionada por el sindicalismo argentino, que era la única fuente de poder económico para abastecer a un partido político. Y naturalmente el partido peronista, pues ningún otro partido estaba en condiciones de competir frente a quien disponía de esa masa de dinero".

Aunque Villarreal desconoce si el material existe, Juan Bautista Yofre reproduce las partes centrales del mismo en su libro "Nadie fue". Ese trabajo, celosamente estudiado por unos pocos hombres de verde a fines del 75 y principios del 76 , decía: "La crisis actual, tan generalizada y extendida, abarca prácticamente a todos los sectores del país. No tuvo comienzo el 25 de mayo de 1973. A esta situación se ha llegado por una acumulación de errores cuyas primeras manifestaciones son difícil de ubicar en un tiempo histórico preciso" (Yofre, 2006: 261). Anticipándose a los hechos de marzo, el texto hablaba de "agotadas las instancias constitucionales o políticas, el actual estado de cosas no debe aceptarse sin riesgo de someter a la Nación a su desintegración total" (Idem. Ant). Luego de cuatro carillas en las que se repasaban las experiencias golpistas del 43 al 73, los autores civiles advertían a sus lectores militares que "la sociedad argentina es tremendamente exitista y versátil" (Yofre, 2006: 262), que el "futuro gobierno revolucionario deberá ofrecer respuestas concretas y eficaces a las expectativas generadas" (Idem. Ant) y que "la salida del gobierno de las FF.AA no debe implicar la entrega del poder a los sectores políticos adversarios del régimen militar" (Idem. Ant) y ponía los ejemplos a los gobiernos de Frondizi (1958), Illia (1963) y Cámpora (1973). Además de recomendarles que "el accionar de las FF.AA —fundamentalmente en la primera etapa exclusivamente militar—no deberá tener un tinte antiperonista ni persecutorio del movimiento justicialista, porque Perón es el pasado, es historia y por lo tanto nada agrega para el futuro" (Yofre, 2006: 263), el análisis era preciso sobre los cursos de acción que deberían adoptar los destinatarios del mismo, Menéndez entre los más importantes: "(...) los primeros para ser implementados en una etapa de

carácter estrictamente militar. Los segundos para cuando concluida la fase anterior —que deberá ser dura pero corta— comiencen a echarse los cimientos del futuro proceso político" (Idem. Ant).

Como una hoja de ruta para los futuros asaltantes del poder, el trabajo recomendaba que una vez aniquilado el enemigo armado, la siguiente fase debía incluir "la suspensión total de la actividad política", aunque sin disolver los partidos políticos ni incautar sus bienes (Idem. Ant). También exhortaba a "suspender la actividad político-gremial, limitar la acción de los sindicatos al campo de los servicios (asistencia médica, turismo, recreación, deportes y actividad cultural), intervenir la CGT, reestructuración en el más corto plazo del poder judicial, evitar el aislamiento internacional y recordar que necesariamente vamos a requerir el concurso de los gobiernos de occidente para: a) solucionar nuestros problemas de balanza de pagos, b) obtener el concurso de capitales privados y de organismos públicos para reactivar la economía y promover nuestro desarrollo" (Idem. Ant)". Casi al final, el trabajo aconsejaba: "Las Fuerzas Armadas deben gobernar sin partidos políticos, pero no sin hombres políticos", inclinándose por "constituir un Consejo de Estado para conformar un centro de elaboración de programas, pautas, ideas y cursos de acción" (Yofre, 2006: 264). Aunque el informe no hablaba de la estructura de poder porque había sido escrito para el Ejército, advertía: "una vez que las Fuerzas Armadas tomen el gobierno saben que tiene fecha de iniciación impuesta por las propias circunstancias, pero que también habrá de tener una fecha inexcusable de cancelación. El período podrá ser largo, pero será siempre una etapa perfectamente delimitada" (Idem. Ant).

Pocos meses después, cuando el poder militar terminó por consensuar el momento en que daría el tiro de gracia a la pantomima institucional del gobierno peronista, los análisis y propuestas que contenían esas páginas serían el trazo grueso del "plan político", que la Junta Militar daría curso en sus dos primeros años de gobierno. Un plan que será férreamente defendido por el comandante del III Cuerpo de Ejército para frenar las ambiciones del todopoderoso almirante Emilio Eduardo Massera, el viejo zorro de la Marina que para fines de octubre y principios de noviembre ya había empezado a planificar la conformación de una junta militar

tripartita que, además de representar fácticamente a las tres armas en el reparto de los cargos del Estado, le permitiera en el futuro obtener un lugar de privilegio para disputarle el poder al jefe del Ejército, a quien en la intimidad el almirante no se privaba de considerar un "inepto" sin ningún "talento" ni "carisma" para gobernar el país (Seoane-Muleiro, 2001).

En esos días de octubre en que su amigo Menéndez leía y discutía con otros pocos jefes del Ejército los documentos que prefiguraban el inminente gobierno militar, Videla puso en claro cuáles serían los objetivos para esta "primera etapa militar" de la que hablaban los civiles en su diagnóstico golpista. En la XI Conferencia de Ejércitos Americanos realizada en Montevideo, dejó bien en claro cuáles eran las líneas cartesianas que guiaban el accionar de los hombres que mandaba y cuáles las perspectivas del país que se aprestaban a gobernar: "Si es preciso, en la Argentina tendrán que morir todas las personas que sean necesarias para lograr la seguridad el país" (Seoane-Muleiro, 2001: 54).

A tono con la arenga de su jefe, mientras los mensajeros del Ejército se ponían en contacto con sus pares de la Armada para poner en marcha un "gabinete en las sombras", Luciano Benjamín puso la primera piedra de su monumental fortaleza represiva: el 5 de noviembre encomendó al teniente coronel Juan Carlos Lona una misión secreta: desalojar la prisión militar conocida como Campo La Ribera y acondicionarla para recibir prisioneros civiles[92]. El mismo día que Agustín Tosco dejaba este mundo porque el pedido de captura que pesaba sobre su pellejo le impidió recibir atención médica a tiempo, Menéndez "inauguró" el primer campo de concentración de Córdoba. En una perdida y olvidada zona militar ubicada detrás del cementerio San Vicente, apenas por encima de las barrancas que caen al río Suquía, el jefe del III Cuerpo organizó el predio en el cual sus "enemigos subversivos" sentirían en el cuerpo la osadía de haber desafiado al Ejército argentino. Lo que durante años había sido una sórdida prisión para infractores del código militar, pasó a ser, de la noche a la mañana, el punto de partida de un viaje de terror infinito, desconocido e insoportable para cualquier criatura humana.

92 Lo contó al autor el camarista federal Luis Rueda.

El ejército invencible

A su regreso de Tucumán, mientras el imaginativo general Viola bautizaba *"Operativo Aries"* al futuro golpe de estado, los grupos de tareas del general Menéndez asestaban un golpe mortal a la guerrilla del ERP en Córdoba. En un operativo generosamente difundido por los medios de prensa, el "alto jefe militar" espantó todo tipo de especulaciones sobre la represión en marcha y anunció que "se habría logrado desbaratar la casi totalidad de la plana mayor de la organización declarada ilegal en 1973" (Los Principios, 5/11/75, p1). Luego de declarar a los periodistas que "no existen los grupos parapoliciales", ni precisar cómo ni quiénes integraban las bandas clandestinas que actuaban bajo su mando desde hacía un mes, Luciano Benjamín viajó una semana después a Buenos Aires a una reunión de los altos mandos. En la Capital Federal, los jefes del Ejército esperaban con impaciencia la renuncia de Isabel Perón, que regresaba de otra de sus habituales recaídas de salud. Aunque la viuda de Perón volvió a desilusionarlos con su negativa, la tozudez de esa pobre mujer para seguir ejerciendo el cargo de presidente era la mejor excusa para avanzar en la cruzada golpista.

En un tibio intento por neutralizar las cotidianas presiones del poder militar y la oposición política, el 18 de noviembre el gobierno nacional anunció el adelantamiento de las elecciones generales de octubre de 1977 para el mismo mes de 1976. Tres días después, la Cámara de Diputados dio media sanción a la Ley de Defensa Nacional, que endurecía considerablemente el combate a la guerrilla y reflotaba la pena de muerte eliminada durante el gobierno de Cámpora. Sin embargo, la magnitud de la crisis social y política hacía estériles todos estos esfuerzos para contentar a los militares, que ya tenían decidido tomar el poder. Desde hacía unas semanas, oficiales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea habían empezado a delinear los engranajes del "Operativo Aries". Claudio Uriarte, autor del libro *El almirante cero*, la biografía sobre Massera, cita en su trabajo la confesión de uno de los principales operadores políticos del jefe naval, el almirante Horacio Zaratiegui: "En el edificio Libertad, sede de la Armada, a puertas cerradas, generales, almirantes y brigadieres elaboraban los pla-

nes, escribían a máquina y los traducían a lenguaje cifrado. Todo, absolutamente todo, llegó cifrado a los comandantes de cuerpo, se prescindió de escribientes y hasta de ordenanzas" (Yofre, 2006: 273 y 274).

Uno de los más importantes e influyentes receptores de los informes cifrados era el jefe del cuerpo III, quien el 10 de diciembre celebró en conferencia de prensa la decisión del gobierno nacional de legalizar la pena de muerte. El asesinato del general Jorge Cáceres Monié y su esposa Beatriz Isabel Sasiaiñ una semana antes en Entre Ríos, había desatado la ira entre los capitostes del Ejército, que se reunieron en Campo de Mayo con Videla para "evaluar los hechos de violencia". Aunque lo conversado transcurrió en "absoluto hermetismo", con los años se sabría que allí se afinó la represión sobre las organizaciones populares, armadas y desarmadas, al tiempo que se avanzó en la estructuración del rompecabezas golpista.

Una semana después de esa cumbre, en uno de los cotidianos viajes que Menéndez acostumbraba a hacer por las guarniciones, dejó bien en claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar: "El Ejército argentino nunca ha perdido una guerra y no va a perder esta tampoco", dijo desde La Rioja, donde rescató los decretos aniquiladores de Luder: "ahora que el Ejército puede actuar en todas partes, en todos los sectores donde los delincuentes actúan, el triunfo no va a demorar en ser completo" (Los Principios, 18/12/76, p1). Confirmando lo dicho por Videla, de que el mayor número de detenidos-desaparecidos ocurrió entre diciembre del 75 y enero del 76, un exultante Menéndez manifestó a los periodistas que "en lo que hace a la lucha militar contra la subversión, este mes hay un avance excepcional, como era lógico esperar en cuanto nosotros pudiéramos actuar en todas partes y en todos los sectores" (Idem. Ant). Advirtiendo que su guerra no tendría límites de ningún tipo, el jefe del III Cuerpo lanzó un duro mensaje a sus subordinados, pero también a los guerrilleros: "A nosotros el enemigo no nos irrita en la espera, nosotros los aniquilaremos con la mente fría y el corazón ardiente, de manera que ninguna actividad que puedan desarrollar esos delincuentes puede sacar al Ejército de su camino y de sus objetivos, que son los de proteger los intereses más grandes de la Nación" (Idem. Ant). Aunque

agregó que estaban "procurando detectar y eliminar a los delincuentes subversivos, buscando atacarlos exclusivamente a ellos, porque hay que evitar que se escondan entre la población y se mimeticen o traten de mimetizarse en una peligrosa acción", a esa altura nadie, absolutamente nadie que no comulgara con el proyecto de las Fuerzas Armadas estaba a salvo en la Argentina.

Esta escalada militar en contra de la población en su conjunto, llevó a que un abogado del Partido Comunista solicitara una entrevista con quien en los hechos era la autoridad de la Provincia. Su intención era conocer el paradero de un militante de ese partido que se encontraba desaparecido. Rubén Arroyo, el abogado que enfrentó a Menéndez en su oficina, explica que "en diciembre del 75 nació, técnicamente, el término desaparecido, porque hasta ese momento los desaparecidos no conformaban una categoría jurídica, no existía en el país esa metodología".

A pesar de que la conducción del PC se oponía a la lucha armada y estaba clasificado como un "oponente potencial" o de "prioridad II" en el *Plan del Ejército* (Mántaras, 2005), Menéndez sentía aversión por todo lo que oliera a comunismo. Con el miedo a flor de piel por ser considerado "subversivo", Arroyo llegó a La Calera para entrevistarse con el jefe militar y mantuvo un ríspido intercambio de palabras:

—Así que ustedes son los abogados comunistas —lanzó Menéndez con desprecio, ni bien atravesó la puerta de ingreso de su inmenso despacho en dirección a sus visitantes.

—Somos los representantes legales del partido, y pedimos una audiencia con usted para que nos informe el paradero del señor Alberto Caffarati que se encuentra desaparecido —contestó Arroyo con calma, consciente de que el dueño de la situación era el temible general que tenía enfrente.

—El Partido Comunista apoya a la subversión, señores, así que yo no tengo nada que hablar con ustedes, ni darles ningún tipo de información sobre los enemigos de las Fuerzas Armadas —contraatacó con especial parquedad el comandante.

—Usted sabe muy bien, general, que el Partido Comunista es una fuerza democrática, que nunca apoyó la lucha armada —devolvió Arroyo, sin advertir que estaba entrando en una polémica que no lo beneficiaba.

—No lo hace abiertamente, pero sí financiando a través de Cuba el entrenamiento de los subversivos.

Clausurada toda posibilidad de obtener información sobre el destino de Caffarati la conversación se estiró unos pocos minutos y cerró con una exposición belicista que el jefe del III Cuerpo hizo frente a los abogados y algunos de sus colaboradores directos: "Miren, caballeros, ustedes posiblemente no estén de acuerdo con lo que voy a decirles, pero lo que la Argentina necesita es tener una guerra por generación, porque es la única manera de afianzar el ser nacional. Y nuestro país no ha tenido una guerra en los últimos cien años". Arroyo y su camarada no salían del asombro. Después de escuchar tamaña justificación de la violencia, que Menéndez completó con una andanada de insultos hacia los chilenos, con quienes deseaba librar una "guerra en serio", entendieron que nada podían esperar de ese hombre, dueño ya de las voluntades de casi siete millones de personas que vivían bajo su órbita.

Exultante por la captura en una casa operativa de Wilde de todo el aparato de logística del ERP y del legendario "Comandante Pedro"[93], el jueves 17 de diciembre Menéndez convocó a los periodistas para presentarles un exhaustivo análisis de la "guerra" que libraba contra la "subversión internacional": "Esto se trata de un choque de dos civilizaciones, donde la conducción del bando rojo procura la implementación del marxismo-leninismo" (Los Principios, 18/12/75, p1). Después de asegurar que Tucumán "será la Stalingrado del ERP porque allí serán derrotados", el "alto jefe militar" desgranó ante los cronistas que cubrían su disertación la lógica de la Guerra Fría, que los franceses habían logrado introducir en su mente veinte años antes. En una copia exacta de los conceptos que Trinquier escribe en *"La Guerra Moderna"*, Menéndez dijo: "Se equivoca aquel que cree que el propio país es una isla, sin más amenaza que la que resulta del problema interno. La sub-

93 Era el nombre de guerra de Juan Eliseo Ledesma, quien había comandado los ataques del ERP al Batallón 141 de Córdoba en 1973, al de Villa María en 1974, y que como jefe del Estado Mayor de la organización ultimaba los detalles de un megaoperativo en el gran Buenos Aires para fines de 1975.

versión local por pequeña que parezca siempre es un apéndice de un todo homogéneo e internacional. En este contexto, la Cuarta Internacional que funciona en París dirige el accionar de la subversión en América Latina y por ende en nuestra patria. De ello depende el PRT-ERP, evidenciando su falta total de espíritu nacional y su sentido extranjerizante" (Idem. Ant).

En su temeraria alocución, quien se mostraba como uno de los más fanáticos soldados del "campo occidental", confirmó que ningún habitante del país estaba exceptuado de ser el próximo de su lista: "Para llegar a la toma del poder, ellos agreden a nuestro sistema democrático desde dos caminos: mediante el accionar sobre la población infiltrándose como activistas en distintos ámbitos educativos, políticos, gremiales, económicos, etcétera, mediante acciones concurrentes de campañas diversas utilizando medios de difusión propios, y mediante acciones directas e indirectas. Otro camino es el accionar armado mediante sus organizaciones subversivas que van escalando con golpes de mano, emboscadas, sabotaje, robo, secuestro, terrorismo, intimidaciones..., se van consolidando en células de masas, de combate, de propaganda, porque el objetivo de ellos es la instalación de un estado totalitario marxista" (Idem. Ant). Como se desprende de sus palabras, en diciembre del 75 Menéndez asumía que la represión que manejaba desde hacía dos meses era indiscriminada, afectaba a todos los sectores de la sociedad, y adelantaba que no se detendría hasta conquistar todo el poder del Estado: "Esta lucha tiene las características de una lucha total. Debe darse en todos los ámbitos del quehacer nacional. Nadie ni nada debe quedar excluido ni excluirse. Ahora está en marcha la estrategia militar, falta completar la envoltura imprescindible para acelerar y sobre todo cimentar el éxito" (Idem. Ant). Al cabo de casi tres horas de exposición, el comandante del III Cuerpo hizo suyas las enseñanzas de Trinquier para comprometer a la población en la eliminación del "enemigo subversivo", reclamando que la pecera dejara sin agua al pez: "La misión de la población es tomar partido y colaborar con las Fuerzas Armadas leales. Sin el concurso de la población la subversión pierde dinámica, se estabiliza, descree y muere. Por ello es importante que la población rechace su propaganda, y que nos

informen sobre toda persona o hecho extraño por teléfono, personal o correspondencia" (Idem. Ant).

Unas horas antes de que Menéndez advirtiera a los periodistas de los tiempos que se avecinaban, y el embajador norteamericano, Robert Hill enviara cables a Washington anunciando un golpe de Estado "de un momento a otro", el brigadier Jesús Orlando Capellini se sublevó contra el gobierno de Isabel Perón. Desde la base aérea de Morón, la jugada de Capellini —apoyada en secreto por el Ejército y la Marina—, perseguía dos objetivos: testear la reacción del pueblo argentino ante un levantamiento militar, y desplazar de la conducción de la fuerza al brigadier Héctor Luis Fautario, un oficial filoperonista que se mostraba reacio a ser parte de la conspiración que se tejía en un área restringida del edificio Libertad.

A diferencia de golpes anteriores, donde el Ejército había sido el protagonista casi excluyente de la toma del poder, esta vez la fortaleza del plan descansaba en el total compromiso de las tres Fuerzas Armadas. Y aunque la intentona militar se llevó puesto al más videlista de los aviadores, también obligó a Fautario a dar un paso al costado para que su lugar lo ocupara el brigadier Orlando Ramón Agosti, el elegido por Videla y Massera para sumarse al complot: Agosti era el más antiperonista de los jefes aéreos en actividad, era amigo de Videla y Massera, compartía la represión ilegal que hasta ese momento ejecutaba solo el Ejército y acordaba con el modelo del futuro gobierno militar, que estipulaba por estatuto el reparto del poder en un treinta y tres por ciento para cada fuerza, y la conformación de una junta militar que estuviera por encima del presidente.

Una semana después, cuando las tensiones provocadas por el levantamiento de Capellini no se habían terminado de disipar, el ERP quemó su último cartucho atacando, el 23 de diciembre, el Batallón de Arsenales Domingo Viejobueno, ubicado en las márgenes de la localidad de Monte Chingolo, al oeste del Gran Buenos Aires. Además de disimular su debilidad política y militar con un golpe en el corazón de la represión, el objetivo era robar cien toneladas de armamento para abastecer su alicaído frente rural en Tucumán y los distintos focos urbanos que a duras pe-

nas sobrevivían en las ciudades más importantes. Sin embargo, la más emblemática y sangrienta batalla de la guerrilla en la historia Argentina moderna[94] estaba condenada al fracaso por una escalofriante razón: la operación había sido advertida por un infiltrado que el Batallón de Inteligencia 601 había logrado introducir desde hacía un año en la logística del ERP[95].

Para desgastar aún más la imagen de un gobierno sumido en el caos y mostrarse ante la opinión pública como los únicos garantes de la seguridad y el orden en un país desquiciado por la muerte, el Ejército permitió que la guerrilla desarrollara su plan contra el cuartel. En la emboscada sabían que el ERP quedaría seriamente dañado en su capacidad operativa, y que la represión a un ataque de semejante envergadura significaría puro rédito político ante una sociedad hastiada de la violencia política. En el Estado Mayor el cálculo era simple: si con Formosa habían logrado de Luder la autorización para reprimir en todo el país, lo de Monte Chingolo era lisa y llanamente la antesala hacia el poder. Una vez aplastado el ataque, en el que participó el Ejército, la Gendarmería y la Policía Federal, los análisis se sucedieron en el bando guerrillero y el militar, aunque la conclusión parecía ser la misma: el agotamiento de la vía armada como forma de "evitar el golpe de Estado", como dijo Santucho después de la masacre, y el convencimiento de Menéndez y el resto de los jefes castrenses de asumir el control absoluto del Estado, para eliminar cualquier resistencia al nuevo modelo de país que imaginaban implementar.

Este avance de la inteligencia militar sobre "todo el quehacer nacional", que el titular del III Cuerpo había anunciado una semana antes de Monte Chingolo, dejó como saldo la captura de buena parte del Estado Mayor del ERP y asestó un golpe mortal a Montoneros el jueves 28 de diciembre. Ese día, mientras paseaba con su familia por una playa del Río de la Plata, a la altura de Martínez, Roberto "El Negro" Quieto fue capturado por un grupo de tareas a plena luz del día, en un operativo que generó y hasta

94 Costó la vida de más de 50 guerrilleros, varios desaparecidos y 7 soldados muertos.

95 Jesús el "Oso" Ranier se llamaba el espía, que luego de ser descubierto por un trabajo de contrainteligencia del ERP, fue sometido a juicio revolucionario y sentenciado a muerte, falleciendo a través de una inyección letal.

hoy genera discusiones entre la militancia por las caídas de casas y militantes que se sucedieron tras su secuestro.

Al día siguiente de la caída de Quieto, el triunvirato que Videla, Massera y Agosti conformaban como adelanto de la Junta Miliar que tres meses después integrarían, le pidió la renuncia a Isabel Perón. Pero no fueron los jefes militares quienes transmitieron sus deseos a la presidenta en la Quinta de Olivos. El mensajero fue el vicario castrense, monseñor Adolfo Servando Tórtolo, quien no logró convencerla. Aunque el golpe militar ya estuviera en marcha, y la fecha fuera a fines de marzo, cuando toda la estructura de mandos respondiera al dúo Videla-Viola, la viuda de Perón volvió a negarse a abandonar el cargo. No estaba dispuesta a que su caída, que sabía inevitable, fuera indolora a los deseos castrenses. Quería que por lo menos los golpistas pagaran el costo histórico de echarla del poder.

Por esos días, un atento observador de la situación argentina reflejó la agonía peronista en un documento secreto, aunque con errores que el tiempo se encargó de corregir. En un paper redactado para Henry Kissinger, el embajador norteamericano, Robert Hill, habló de militares "duros" y militares "blandos", sin advertir que todos eran parte del mismo plan, y que lo "duro" o "blando" no respondía tanto a matices políticos ni ideológicos —que los había entre ellos— sino más bien a cuestiones de carácter o de proceder de los protagonistas. Faltando horas para el Año Nuevo, Hill escribió: "Videla es moderado, un soldado profesional en cada sentido de la palabra, un constitucionalista que si bien entiende que la señora de Perón debe ser depuesta, quiere dejar el poder en manos de los civiles si fuera posible (...). Claramente espera que los civiles puedan incluso ahora poner a un lado a la señora Perón por sí solos, con la esperanza de un juicio político, con presiones sobre su propio partido o apelando a cualquier otro medio" (Seoane-Muleiro, 2001: 62 y 63).

En el mismo documento, el funcionario norteamericano advirtió a sus superiores en Washington que si los políticos fallan, "Videla tendrá que optar por hacerlo él mismo, como jefe de las Fuerzas Armadas, o podría ser depuesto por hombres como los generales Suárez Mason, Díaz Bessone y Menéndez, quienes estarían al mando de un poder militar absoluto" (Seoane-Muleiro, 2001: 63).

Tal vez algún día se sepa si el informe fue una manera indirecta de presionar a Washington para que apoyara sin condicionamientos el futuro golpe de Estado, o si Hill fue un instrumento más de un grupo de oficiales que si en algo se habían puesto de acuerdo era que en la Argentina el único poder absoluto sería el de los militares.

La cuenta regresiva

"Llegamos al fin del año 75 y ya el Ejército blanquea un poco la cosa, la Marina también blanquea la cosa y la Fuerza Aérea tiene el episodio de la ida de Fautario y la llegada de Agosti. Entonces sí, ahora también se incorpora la Fuerza Aérea, se blanquea. Ya Ejército y Marina habían empezado contactos más profundos y a elaborar planes en todas las materias que puedan ser sobre administración pública".

Treinta y cinco años después, la confesión de Videla sigue siendo abrumadora. Revela hasta con qué grado de precisión las Fuerzas Armadas fueron armando el rompecabezas del nuevo país que tenían en mente. En enero del 76, los equipos de compatibilidad interfuerzas (ECI) trabajaban día y noche en los edificios Libertad, Libertador o Cóndor (sede de la Aeronáutica) diagramando la Argentina post-peronista.

Mientras los cerebros militares preparaban el futuro proyecto político en la capital del poder, Menéndez consolidaba su prestigio de líder militar a fuerza de secuestros, torturas y desapariciones. Para fines del 75 y principios del 76, la represión en Córdoba y Tucumán, los ejes de la "lucha antisubversiva", habían alcanzado tal magnitud que lo poco que quedaba del poder civil hizo un último intento por detener la matanza: el 30 de diciembre del 75 el juez federal Humberto Vázquez le mandó una carta a Menéndez exigiéndole que los detenidos fueran blanqueados y puestos a disposición de su juzgado, como obligaba la ley. También le pedía que revelara el lugar a donde eran trasladados los detenidos-desaparecidos que no se daban por muertos, algo inédito y que no registraba antecedentes en la muy sangrienta historia argentina. Pero nunca recibió respuesta. El intimado estaba muy ocupado en su nuevo rol de "señor de la guerra" como para

atender los reclamos de un juez de la Nación. Todas las semanas recorría de una punta a la otra su inabarcable jurisdicción militar y viajaba a Buenos Aires para reunirse con Videla y el generalato, que lo ponían al tanto del desarrollo del plan golpista, que avanzaba en absoluto secreto al ritmo en que el gobierno peronista se derrumbaba. Con una situación económica incontrolable y ministros que duraban horas, el gobierno se carcomía por dentro. Hasta sus más fieles defensores, como el sindicalismo verticalista de Lorenzo Miguel y algunos miembros del gabinete, se mostraban incapaces de consensuar una salida negociada con la oposición que encabezaba el "viejo" Balbín, que todos los días amenazaba con el juicio político a la viuda de Perón por su negativa a renunciar al cargo de presidente.

En este clima de violencia desenfrenada y desquicio institucional, la atención se trasladó a Córdoba, donde decenas de personas eran secuestradas por las bandas que el capitán Héctor Vergéz comandaba desde el Destacamento de Inteligencia 141 por orden de Menéndez[96]. Vestidos de civil, en autos sin patente, armados hasta los dientes, las patotas del general irrumpían por las noches en los domicilios para llevarse a quien estuviera adentro. No importaba si eran o no miembros de organizaciones armadas. La desaparición de dirigentes fabriles del cordón industrial, principalmente metalmecánico, se convirtió en algo cotidiano, y en la ciudad se empezó a hablar de los "secuestros nocturnos".

Alarmados por el nivel de violencia, un grupo de senadores radicales cordobeses encabezados por Eduardo Angeloz lograron el 9 de enero entrevistarse con Menéndez en busca de información. La gravedad de los hechos era tal que ese mismo día el embajador Hill envió un cable secreto a Washington enumerando los operativos que adjudicó al "Comando Libertadores de América", que Vergéz manejaba al servicio del Menéndez. El 12, acorralado por la presión de los fieles que se agolpaban frente al arzobispado en busca de respuestas, el cardenal Raúl Francisco Primatesta no tuvo más remedio que trasladarse hasta el Comando del III

96 Entre el 9 y el 11 de enero, veinte guerrilleros, la mayoría montoneros, fueron secuestrados por el capitán Vergéz. Hoy esas desapariciones forman parte de una causa judicial en los tribunales federales de Córdoba.

Cuerpo para hablar con su titular. En ese encuentro, la figura central del Episcopado argentino le reclamó por la ola de secuestros que conmovía al país, obligando a Menéndez a emitir un informe oficial en el que detallaba los procedimientos realizados por sus hombres entre el 1 y el 13 de enero: sesenta y nueve detenidos en los controles de ruta y veintiún más producto de veintisiete allanamientos. Esa respuesta confirmó que los únicos que todavía tenían algún tipo de influencia sobre un poder militar avasallante y autónomo eran los miembros de la jerarquía de la Iglesia Católica. El cuadro de pánico se completó con la publicación en los diarios de un informe que adelantaba lo que años después se conocería en el mundo como "la muerte argentina": desde septiembre del 75 hasta enero del 76, cincuenta y nueve personas habían sido desaparecidas, desconociéndose por completo lo que había pasado con ellas. No estaban muertos, tampoco detenidos, estaban desaparecidos (La Voz del Interior, 13/01/76, pág. 14).

Al ritmo que del terror estatal, Bercovich Rodríguez declaró desde Mar del Plata, donde se encontraba vacacionando, que "si bien nosotros hemos erradicado en un 90 por ciento el accionar de estos grupos, todavía hay un 10 por ciento que está produciendo hechos repudiables" (La Voz del Interior, 15/01/76, pág. 7). Se refería a los grupos guerrilleros, no a las patotas policiales que desde hacía tres meses operaban bajo la estructura de inteligencia del general Menéndez. "Cualquier cosa que sucede en Córdoba es atribuida a la policía, porque hay sectores interesados en desprestigiar a la institución y al gobierno provincial", dijo Bercovich en defensa de las bandas de Vergéz, Telleldín, Romano, Yanicelli, Jabour y otros tantos asesinos que de día vestían uniforme azul y de noche ropas de civil (Idem. Ant).

El desastre de Monte Chingolo, la caída de Quieto y el masivo secuestro de dirigentes obreros y estudiantiles llevó a las conducciones guerrilleras a intentar negociar una tregua con los jefes del Ejército la primera semana de febrero. Aunque el intento entre Montoneros y el Ejército no pasó de la primera cita, el encuentro entre el general Albano Harguindeguy, uno de los "halcones", y Roberto Cirilo Perdía, número dos de Montoneros desde la caída de Quieto, sirvió para que los militares blanquearan ante su

enemigo el plan sistemático de desaparición de personas que las Fuerzas Armadas pensaban institucionalizar cuando alcanzaran el poder total. En uno de los docks de Puerto Madero, sentados a bordo de un Ford Falcon, el entonces jefe de la policía federal le sinceró al jefe montonero los pasos a seguir: "Quieto no va a aparecer, olvídense. Y, además, nosotros no vamos a andar tirando cadáveres por las calles, como ahora. Vamos a hacer otra cosa. Dictadura va a ser la nuestra. Hasta ahora, ustedes conocieron una dictablanda, como la de Lanusse. Ahora no lo van a ver más a Quieto. A nadie van a volver a ver" (Seoane-Muleiro, 2001: 61).

La misma versión escuchó por esos días una treintena de figuras políticas, eclesiásticas y profesionales de Córdoba, que reunida en una hermosa casona del Cerro de las Rosas, recibió a un destacadísimo hombre del poder judicial de la Nación que llegaba con información precisa sobre lo que planeaban los militares. Sin anestesia ni eufemismos, el invitado porteño advirtió a los presentes: "Señores, aquí va a haber un golpe de Estado, pero no como los que hemos conocido hasta ahora. Este no va a ser un golpe más, ni siquiera parecido. La represión va a ser total y despiadada, con la participación completa del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. Los secuestros masivos, las torturas y la desaparición de personas que conocimos hasta ahora van a extenderse a todos los rincones del país y caerán sobre cualquiera que sea clasificado sospechoso" (Entrevista con Erio Vaudagna, 2007).

La angustia del grupo se reflejaba en sus rostros sombríos y preocupados. Como todos en el país, sabían que el golpe podía ocurrir de un momento a otro, porque el gobierno peronista no daba para más, pero nadie imaginaba el escenario aterrador que esa noche planteó el ilustre visitante llegado del puerto, cuya información provenía de las más altas esferas castrenses: "Nadie va a estar a salvo. Así es la doctrina francesa de la guerra antisubversiva. Por eso, muévanse rápido antes de que sea demasiado tarde" (Idem. Ant).

El hombre no se equivocaba. Muy pocos sabían, en febrero del 76, lo que realmente iba a pasar. Lo único seguro era que Isabel tenía las horas contadas. Tanto que el día 17, un día después de que el Congreso entrara en recesión hasta el 1 de mayo, el ge-

neral Otto Paladino, jefe de la Side, se lo comunicó personalmente a la presidenta: "Señora, si usted no renuncia, va a haber un golpe militar, un golpe muy cruento, va a correr mucha sangre" (Seoane-Muleiro, 2001: 70). Casi un mes antes de que ello ocurriera y de que las directivas del golpe llegaran cifradas a Menéndez y al resto de los comandantes de cuerpo, el secretario norteamericano para Asuntos Interamericanos, Williams Rogers, le dijo a Kissinger que los militares "suspenderían el Congreso y habría un presidente militar o bien uno civil como figura decorativa" (Idem. Ant). Haciendo suya la advertencia de Paladino a Isabel, Rogers le adelantó a su jefe en Washington lo que finalmente iba a ocurrir: "Cuando intensifique su lucha contra la guerrilla es casi seguro que el gobierno militar cometerá violaciones a los derechos humanos que generarán críticas internacionales. En Estados Unidos esto podría originar presiones públicas del Congreso, que complicarían nuestras relaciones con el régimen" (Idem. Ant). El diplomático no se equivocaba ni en una coma.

Mientras Videla, Massera y Agosti definían los nombres de los ministros, acordaban que el reparto del poder sería un treinta y tres por ciento para cada uno y que la represión sería tabicada, es decir, que cada fuerza tendría absoluta libertad para operar sin tener que rendir cuentas una con otra, Menéndez ultimaba los detalles del que sería el centro de gravedad de la represión a su mando. El arma letal con la cual desintegraría al "enemigo subversivo" hasta exterminarlo de la faz de la tierra: luego de un convenio entre el Ejército y la empresa Minetti, los militares aceptaron ceder un pedazo de tierra para que la constructora mediterránea pavimentara la autopista Córdoba-Carlos Paz, con la condición de que se edificara un cuartel para la IV Brigada Aerotransportada en algún lugar de las quince mil hectáreas que el III Cuerpo poseía entre la ruta E-55. A la altura de la localidad de Malagueño, sobre uno de los bordes de la autopista que lleva a las sierras de Córdoba, Minetti cumplió su parte del acuerdo y levantó con ladrillos un complejo que incluía oficinas, grandes cocheras, una cuadra rectangular con baños y cocina, un patio de armas y caballerizas. Salvo Menéndez y unos pocos oficiales de alto rango

que conocían y trabajaban en el *"Operativo Aries"*, nadie sabía las funciones del reluciente predio militar y menos aún a quiénes albergaría.

Lo que sí se confirmó a principios de febrero fueron los hombres que completarían el rompecabezas de la estructura menendista. Los últimos alfiles del aparato militar fueron el coronel Juan Bautista Sasiaiñ como comandante de la estratégica IV Brigada Aerotransportada, y la del general José María Vaquero, que pasó a desempeñarse como segundo comandante y jefe de Estado Mayor de Menéndez.

Con la maquinaria militar lista para entrar en acción, faltaba que la pata civil de la conspiración hiciera su aparición, a fin de propinarle el golpe de nocaut a un gobierno en estado vegetativo. Mientras en secreto Balbín le suplicaba a Videla que si tenían pensado dar el golpe "lo hicieran lo antes posible para terminar con esta agonía" (Yofre, 2006: 333), la Asociación Permanente de Grandes Empresas (APEGE) que lideraba Martínez de Hoz llevó adelante un lock-out patronal que paralizó al país. La alianza entre el establishment económico y las Fuerzas Armadas formaba parte de la cultura golpista del siglo XX, y se explicaba en la incapacidad que tenían los sectores dominantes de legitimar su poder a través de un instrumento político, en el marco de un sistema democrático. Sin embargo, la novedad del nuevo pacto de sangre radicaba en que esta vez los poderosos del dinero estaban dispuestos a poner el cuerpo. En el inminente gobierno militar que ya llevaba seis meses de cocción, no habría hombres de negocios en las sombras digitando a los comandantes, como había ocurrido siempre. Ahora, uno de los mejores y más representativos cuadros del establishment nacional había aceptado ser la cara y el estandarte de un plan económico que necesitaba represión y orden para llevarlo a cabo[97]. Como nunca antes en la historia nacional, la oligarquía terrateniente y financiera sería la columna vertebral de un proyecto que necesitaba barrer del mapa a la Argentina indus-

97 Según el libro *El Dictador*, en una desesperada reunión que el 14 de marzo del '76 mantuvieron en casa de Massera los comandantes de las tres fuerzas armadas y Martínez de Hoz, el bisnieto del fundador de la Sociedad Rural argentina le dijo a Videla que necesitaba "diez años para aplicar su modelo económico", a lo que el entonces comandante en jefe del ejército le garantizó "cinco" con el total apoyo del poder militar (Seoane-Muleiro, 2001: 71).

trial y sindicalizada, porque el objetivo de esos civiles y militares era volver al país agroexportador de la década del 30, que si algo no necesitaba eran obreros "levantiscos" y estudiantes "comunistas" que pelearan por la soberanía política y económica.

En Córdoba, el pacto que había dado sus primeros pasos en septiembre del 75 cuando Videla, Menéndez y compañía cayeron en la cuenta de que tenían "los mismos amigos civiles", terminó de sellarse el 28 de febrero de 1976, cuando un comando del ERP, convencido de que el capitalismo desaparecería eliminando a sus representantes en la tierra, asesinó a Héctor Minetti. Pero ocurrió todo lo contrario: el 5 de marzo, una semana después de la muerte de este importante ejecutivo cordobés, Menéndez reunió a sus mandos en el comando del III Cuerpo de Ejército. Los jefes de la V Brigada de Tucumán, la IV de Córdoba y la VIII de Mendoza, más los responsables de las guarniciones de Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Luis y San Juan, escucharon en boca de su líder los detalles del *Plan del Ejército*, que el 21 de febrero había llegado en secreto a cada uno de los comandos de cuerpo.

Luego de una escalada de hechos violentos[98] que nunca nadie se adjudicó, aunque se sospechaba que habían sido provocados por los sicarios de Vergéz y Telleldín, el 14 de marzo Menéndez se reunió con el interventor Bercovich Rodríguez y con una delegación del Colegio de Abogados que quería conocer el paradero del abogado Miguel Hugo Vaca Narvaja, secuestrado tres días antes a plena luz del día en la puerta de tribunales por una patota policial-militar. El "problema Córdoba" inquietaba de tal manera a las autoridades nacionales que hasta se habló de una intervención militar a la provincia, y de la declaración de "zona de emergencia" a su capital. Algo que no ocurriría, claro, porque Menéndez y compañía tenían otros planes para resolver la crisis.

Cenando con el enemigo

Hacía por lo menos seis meses que las Fuerzas Armadas espiaban a los políticos. Parte del plan golpista consistía en cono-

98 Desconocidos incendiaron los restaurantes Rancho Grande y Stakel en el barrio Cerro de las Rosas, y detonaron varias bombas en distintos puntos de la capital cordobesa.

cer al dedillo sus movimientos. Por eso, seguían cada paso que daban, con quiénes se juntaban, de qué temas hablaban. Todo el aparato militar, no solo los grupos de inteligencia, estaba comprometido en averiguar si existían vinculaciones de algunos dirigentes con los grupos "subversivos" que el día 15 detonaron una bomba en el estacionamiento del Edificio Libertador con el frustrado fin de asesinar a Videla.

Con el país esperando el golpe y Balbín reconociendo ante las cámaras de TV que "no tengo soluciones para salir de la crisis", los más importantes oficiales de las tres fuerzas dijeron presente en el banquete organizado por la gobernación de Córdoba, que el 17 de marzo el interventor Bercovich Rodríguez ofreció en el chalet 1 de la Casa de Gobierno. Con Menéndez como figura estelar, ningún oficial de los altos mandos del Ejército, la Aeronaútica y los representantes de la Marina en Córdoba quiso perderse una velada inmejorable para tantear la situación y escuchar en vivo y directo las opiniones de sus futuras víctimas.

Al ritmo que los bocaditos iban y venían y las copas de champagne aflojaban los sentidos, el interventor, todos sus ministros y secretarios de Estado intercambiaban opiniones con los más encumbrados oficiales destacados en la Provincia. En ese marco de camaradería, que parecía surrealista en función de lo que estaba por ocurrir, el entonces coronel Sasiaiñ compartía su pasión por los perros de caza con la mujer del "Ruso" Bercovich, mientras Menéndez, en otro rincón, reflexionaba de política ante un grupo de funcionarios, camaradas suyos y empresarios de fuste. La preocupación de todos era la que obsesionaba al jefe del III Cuerpo, que insistía con su latiguillo ideológico: "El comunismo internacional quiere destruir nuestras instituciones para reemplazarlas por grises estructuras marxistas", decía con tono de arenga, que nadie se animaba a contradecir, salvo cuando llegó el momento de la cena y el azar hizo de las suyas. Por estricto mandato protocolar, al ministro Carlos Risso le tocó sentarse al lado del general. Producto de varias agarradas por distintos hechos de violencia que nunca fueron esclarecidos, la relación entre ambos era pésima. Además del resonante caso de los nueve estudiantes bolivianos asesinados en Barrio Jardín, el ministro detestaba al comisario Telleldín, que se movía con absoluta impunidad bajo la

protección del comandante. Al promediar la cena, entre el murmullo de los comensales y las sonrisas de ocasión, Menéndez consideró que tenía una buena oportunidad para saldar sus deudas con el segundo de Bercovich. Estimulado por la debilidad del gobierno o seguro de saberse amo y señor de la provincia, con su mejor cara de perro exteriorizó su antiperonismo más cerril:

—¡Sabe porqué nunca me gustó Perón, porque él designaba con el dedo quién iba a ser intendente, quién iba a ser gobernador y quién diputado, y eso no lo soporto!

Sin medir las consecuencias, mucho menos la estatura de quien tenía en frente, Risso le contestó con ironía:

—Ah, muy bien, y dígame, general, ¡a usted quién lo designó comandante del III Cuerpo, eh! ¡Lo eligió su superior, o fue producto de una votación de soldados! (Entrevista con Risso, 2006).

Aunque la política y el Ejército fueran dos mundos distintos, y los procedimientos de selección no pudieran compararse, la ironía del ministro tenía absoluta entidad. Menéndez había sido elegido para conducir al Ejército y defender el territorio, no para ocupar roles para los que jamás se había formado.

La cena duró un rato más y cada uno se fue a su casa. El ministro confiado en que todavía se podía detener el golpe, Menéndez convencido de que el pueblo acompañaría la patriada que estaba por liderar. Tenía sobradas razones para sentirse optimista: luego de una serie de operativos, el lunes 22 de marzo los muchachos de Vergéz y Telleldín le habían obsequiado la captura de cincuenta militantes y combatientes del PRT/ERP, además de frondosa documentación y material de guerra.

Luego de seis meses de meticuloso trabajo en las sombras, donde nada había sido dejado al azar, el *Operativo Aries* estaba listo. Cada pieza de una descomunal maquinaria había sido colocada en su lugar. Ningún otro golpe de Estado en la historia argentina había sido planeado al milímetro como el que estaba a punto de comenzar. Sus ideólogos sabían que la transformación profunda de la sociedad argentina exigía precisión de relojería.

Con el día "D" y la hora "H" definidos, la cuenta regresiva se puso en marcha.

Capítulo 8
El Estado terrorista

—Señor defensor, ¿desea hacer alguna pregunta a su defendido?

El general Chasseing miró a su camarada y amigo, y con un movimiento de cabeza confirmó que sí, que deseaba que el general Menéndez se explayara sobre un tema medular de lo que se estaba tratando en la sala de audiencias del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (Consuffaa).

—Desearía que el señor Presidente le formulara la siguiente pregunta: ¿Qué relación había entre los combatientes y toda la otra estructura de la organización subversiva que los apoyaba?

Seguro de declarar ante el único tribunal que considera idóneo para juzgar sus "actos de servicio", confiado en que poco y nada iba a probarse ante jueces que hacían lo imposible por salvar a los culpables de crímenes horrendos, el general Menéndez tomó la palabra y el 11 de marzo de 1986 pasó a explicar por qué diez años antes, cuando las Fuerzas Armadas que él integraba desde la cúspide del poder asumieron el control político de la Nación, los enemigos a los que se enfrentaría no eran solo las esqueléticas organizaciones armadas que apenas si respiraban para esa fecha, sino una parte importante del pueblo argentino: "Los cálculos dicen que por cada combatiente había de diez a quince personas en la organización clandestina de apoyo, cifras que son muy posibles habida cuenta que las fuerzas regulares en los casos de movilización extrema, son aproximadamente el diez por ciento de la población de un país cuando ese país desarrolla el máximo esfuerzo para la guerra. Teniendo en cuenta eso más la experiencia de gente que ha estudiado profundamente la materia, nosotros podemos tomar que de diez a quince individuos respaldaban al subversivo armado". Como si el que hablara fuera el general Massú, o el mortífero capitán Aussaresses, y el escenario en cuestión la Argelia del 57 y no la Argentina del 76, Menéndez dejó en claro

que su objetivo sería el exterminio de todos aquellos que desde su óptica militar —que no abandonará nunca—, formaban parte de ese enemigo intangible, difuso y peligroso denominado la "subversión": "Esas diez o quince personas eran los padres, las mujeres, los armeros, los ideólogos, los abogados, los médicos, los periodistas, los correos, los financistas, los empresarios, todos los que en alguna medida están apareciendo ahora justificando, explicando, comprometiendo a la Justicia para paliar y convertir en victoria la derrota que sufrieron sus combatientes". Es decir, los "subversivos" eran todos los que pensaban de una determinada manera, cargaran o no un fusil sobre sus hombros, apoyaran o no la lucha armada. Para el entonces comandante del III Cuerpo de Ejército, el parentesco sanguíneo, la unión en el registro civil o la afinidad ideológica eran suficientes para ser considerado parte del "aparato subversivo", y por lo tanto merecedor de la muerte, la cárcel o el exilio, porque así lo había aprendido de su maestro Trinquier: "En la guerra moderna no hay frontera física que separe los dos campos. La línea que marca la diferencia entre el amigo y el enemigo puede encontrarse muchas veces en el corazón de la nación, en la misma ciudad donde se reside, en el mismo círculo de amigos donde uno se mueve, quizás dentro de su propia familia. Es más bien una línea ideológica, que tiene que ser perfectamente descubierta si queremos determinar pronto quiénes son en realidad nuestros adversarios y a quiénes tenemos que derrotar" (Trinquier, 1981: 41).

Este razonamiento totalitario de la realidad quedó expresado en el Anexo 2 de Inteligencia del *Plan del Ejército*, que llegó a los comandos de cuerpo unos días ante del golpe: "Se considera oponente a todas las organizaciones o elementos integrados en ellas existentes en el país o que pudieran surgir del proceso, que de cualquier forma se opongan a la toma del poder y/o obstaculicen el normal desenvolvimiento del gobierno Militar a establecer" (Mántaras, 2005: 143).

Como queda claro en ese documento secreto, las personas eran "elementos" y los "oponentes", subversivos. Despojada de cualquier análisis político, sociológico o emocional, esta lógica binaria del mundo requería de la única respuesta posible para la mente de un cuadro militar de la *Guerra Fría* que lo único que ha-

bía aprendido en la vida era que el mejor enemigo era el enemigo muerto. Para frenar la ola que en los 60 y los 70 había amenazado el modo de producción capitalista, y por ende la estructura social que se erigía sobre sus cimientos, las Fuerzas Armadas argentinas pusieron en práctica lo que Lacheroy y Trinquier habían aprendido en el barro de Indochina, después de leer detenidamente a Mao: si en la *guerra revolucionaria* "la población es como el agua al pez", el "mejor comandante de cuerpo" que Videla tuvo a su cargo, al que "más confianza le tenía por su capacidad para la guerra", iría con todo el poder del Estado por los últimos centímetros del agua que quedaban en la pecera: "Los cálculos de los efectivos generales de aquel entonces daban que aproximadamente había unos 15 mil combatientes, es decir, de armas llevar. El informe del Comité Central del ERP en 1974 señalaba a sus cinco compañías, más una compañía de comandos; cada compañía de estas 6 tenía de 300 a 500 hombres de combate. Tomemos un promedio de 400, por seis son 2.400 hombres del ERP. Los Montoneros tenían 12 columnas, más 3 o 4 comandos, tomemos 15 columnas que era el equivalente en la organización montonera a las compañías del ERP: 15 por 400 estaríamos en los 6000 hombres más o menos, más aquellos 2.400, tendríamos 8.400. No los 15.000 que señalaba la subversión pero una cifra aproximada, sobre todo considerando la desmesura con que ellos graduaban siempre sus efectivos. Estos 8.400 tendrían entonces un apoyo de 100.000 a 120.000 militantes, que era la población subversiva que habitaba el país y que respaldaba a esos 8 o 10 mil guerrilleros que actuaban, sí, directamente. Los otros, vuelvo a decir, eran los padres, las mujeres, los ideólogos, los imprenteros, los abogados, los médicos, los armeros, los empresarios (...) Todos esos apoyos significaban unos 120.000 militantes subversivos que son indudablemente muy activos, porque los estamos viendo..., las madres, hasta las abuelas hoy marchan, desfilan, insultan, difaman, injurian a cada uno de nosotros, en aquel entonces harían cosas más o menos parecidas" (Consuffaa, 1986).

En marzo del 76, esos 8400 combatientes armados que ninguna investigación periodística o histórica acreditó que existieran en el proceso revolucionario argentino, apenas si sumaban 1000 entre ERP y Montoneros, y la mayoría estaban pésimamente en-

trenados. Igual, como los estrategas que se sientan frente a un gran mapa con el teatro de operaciones de su próxima batalla, absorbido por los números de la propaganda guerrillera que le hacía el juego, Menéndez justificó ante el Tribunal por qué mató como mataría, siguiendo el concepto fundamental que había aprendido quince años atrás con los instructores franceses en la Escuela de Guerra y el Estado Mayor: "Las organizaciones subversivas tenían un aparto político administrativo, un aparato subversivo clandestino de apoyo y un aparato subversivo abierto, que eran los soldados o los terroristas. Es decir, el terrorismo era la mínima expresión de un aparato subversivo que cubría todos los ámbitos del quehacer nacional, horizontalmente y verticalmente" (Idem. Ant).

En la más brutal confesión de que el golpe se justificaba porque la sociedad argentina estaba "infestada de comunismo", el "caudillo", el "hombre profesionalmente más capacitado para el mando", según Jorge Rafael, pasó a precisar con qué fuerzas los defensores de la tradición occidental y cristiana enfrentarían a los que decían querer tomar el poder para repartir la riqueza y los medios de producción: "A esos teníamos que derrotarlos con 10 brigadas del Ejército que son, a 4.000 hombres por brigada, unos 40.000, más los indudables apoyos de las otras Fuerzas[99] y la presencia de la policía que no era en modo masivo, sino más que nada destacada en el trabajo de información, de conocimiento de la población, de actividades de inteligencia, de verificación de informes, de movimientos de gente, etcétera." (Idem. Ant).

Aunque el Terrorismo de Estado es también una cuestión de números, porque la fortaleza de los grupos civiles rebeldes es infinitamente menor al aparato del Estado, que incluye las fuerzas militares, policiales y penitenciarias, además del poder judicial y el mediático —clave en el control de la población—, la exposición de Menéndez es una precisa síntesis de lo que los franceses llamaron "el enemigo interior", y que el Pentágono adaptó a la realidad

99 En 1976 el ejército contaba con 80 mil soldados, la Armada 30 mil y la Fuerza Aérea 18 mil, más todas las policías provinciales, la policía federal y los servicios penitenciarios (Mántaras, 2005: 135)

americana a través de la *Doctrina de Seguridad Nacional*. Cada una de sus palabras son una sentencia, el modus operandi de un ejército que desde que se creó como fuerza profesional, después de Pavón, no vaciló jamás en aniquilar a quién se atrevió a desafiar su autoridad y los privilegios de los sectores dominantes que hicieron de él una guardia pretoriana. Ya en 1886 Sarmiento, a quien nadie puede acusar de comunista, denunciaba la utilización política del poder militar para sojuzgar al pueblo, anticipándose a lo que sería una práctica política cuatro décadas después de su muerte: "El ejército no ha servido durante la administración Roca sino para avasallar las libertades públicas. Desde el primer año de gobierno del general Roca se hizo de manifiesto el propósito de formar un ejército formidable, doblando su efectivo, precisamente cuando desaparecía por completo toda amenaza exterior, cuando las fronteras no exigían sino fuerzas muy limitadas, y cuando la paz interna misma no podía ser perturbada" (Peña, 1968: 62). Cuando el autor de *Facundo* escribió estas reflexiones que Milciades Peña compiló en su tomo *De Mitre a Roca*, la Argentina había dejado atrás las guerras civiles que la habían sacudido durante los primeros cincuenta años de su formación, porque las "montoneras" del interior habían sido derrotadas y sometidas por el general Mitre[100] y el entonces coronel Roca, quienes invirtieron millones de pesos del tesoro público en armar una fuerza que respondiera a sus intereses: "El ejército tiene otra misión que la de avasallar las libertades públicas, pero solo sirve hoy para asegurar el gobierno de las familias de los Roca y pasarla a la de Juárez" (Idem. Ant), decía el padre de la escuela, sin imaginar que eso marcaría el futuro de la política nacional.

Un siglo después de aquellos debates, Menéndez sinceró en la indagatoria ante el Consuffaa cincuenta y ocho años de formación castrense, familiar e institucional, y cien años de ideología de

100 Rendido ante el poderoso ejército mitrista, el 12 de noviembre de 1863 Vicente "Chacho" Peñaloza fue asesinado por la lanza del mayor Irrazábal, quien, traicionando a su enemigo desarmado, cumplió cobardemente la orden del presidente Mitre de terminar con la vida del último gran caudillo argentino. Para humillar la memoria y el honor del "general Peñaloza", el gobierno expuso su cabeza como trofeo de guerra en la plaza pública de San Juan, en un acto fervorosamente saludado por Sarmiento y la mayoría de los "civilizados" unitarios, cuyo accionar político-militar se demostraría tanto o más brutal que el de los "bárbaros" del interior.

una clase y un proyecto de nación, al que el Ejército pertenecía no por alcurnia, sino por relaciones de poder con la oligarquía agrícola-ganadera. Ese núcleo de poder que luego de la mal llamada "Conquista del Desierto" recibió del Estado cuarenta y dos millones de hectáreas que se repartieron entre mil ochocientos cuarenta y tres terratenientes, don José Alfredo Martínez de Hoz[101] entre ellos (Peña, 1968: 79).

La alianza indestructible que ganaderos y militares sellaron de la mano de Roca, sería la piedra fundamental de la Argentina que se edificó hasta el 17 de octubre de 1945, y que Menéndez, Videla y compañía venían a restaurar a sangre y fuego en marzo del 76. Aquel pacto de poder y de dinero, que "ensanchó la patria" con sangre indígena y gaucha, convirtió a Roca en símbolo del progreso y al Ejército en la institución fundacional de la patria y la argentinidad. Bajo ese paradigma Luciano Benjamín creció y se formó en su seno militar: "Si la Patagonia es argentina, se lo debemos a Roca", afirma el primo Mario Benjamín, que escuchaba de su tío las "hazañas" que su amado ejército conseguía en una punta y la otra del país a principios de siglo. "De la mano de los cuarteles fueron apareciendo los pueblos del sur", agrega Videla, orgulloso de pertenecer a ese ejército. "Usted no conoce a los indios, yo sí, y son jodidos", dispara Santiago, en referencia a la otra matanza que protagonizaron nuestros soldados, la del Gran Chaco argentino, entre 1912 y 1921. Y es cierto, todas esas conquistas, de las cuales participaron el abuelo y el papá de Luciano, hicieron de la Argentina el territorio que es hoy. Lo que todos ellos omiten, porque fueron formados por los herederos del genocidio indígena y obrero, es que el país que Roca y sus contemporáneos diseñaron en las vísperas del siglo XX estaba pensado para el diez por ciento de la población, no para los cien millones que Alberdi y Sarmiento imaginaron para convertir a la Argentina en los Estados Unidos del Sur. Mientras la joven potencia del Norte se edificaba entre grandes industrias y millones de pequeños granjeros que coloni-

101 José de María Martínez de Hoz, el antepasado más lejano del ex ministro de economía de la dictadura, fue un poderoso esclavista y uno de los setenta y nueve ciudadanos que se opusieron a la destitución del Virrey Cisneros en el cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, y, por consiguiente, al proceso revolucionario.

zaron las tierras robadas a los indios, las hectáreas que los soldados argentinos despojaron a sus dueños originarios las vendieron por migajas a los grandes terratenientes porque no tenían capital ni apoyo del Estado para hacerlas producir. En la Argentina roquista lo que crecería en magnitud no serían las industrias, sino las fortunas de una clase parasitaria y miope, cuya patria empezaba y terminaba en la tranquera de su estancia.

Aunque la historia no es un proceso lineal, los objetivos del más poderoso de los Menéndez se emparentan claramente con los de sus ancestros. Y como cien años atrás los Anchorena, los Álzaga de Unzué y los Martínez de Hoz apoyaron a los sanguinarios Mitre y Roca para organizar el estado nacional, y con él sentar las bases del país exportador de materias primas que beneficiaba a un selecto y pequeño grupo social, en el último cuarto de siglo del siglo XX los dueños del capital necesitaban a un Menéndez para domesticar al pueblo, liquidar el poder sindical y garantizar las rentas extraordinarias que habían perdido durante el Estado benefactor del peronismo. Aquel "maravilloso país que había sido la Argentina antes de 1945"[102], al que tanto añoraba volver Luciano Benjamín de la mano del bisnieto del fundador de la Sociedad Rural de 1870[103], es lo que explica, en buena medida, la saña con que enfrentaría a los "marxistas" que en marzo del 86 justificó haber matado por "el bien del país. En esta fría justificación de la matanza que lo tendría como paradigma, están, presentes como nunca, Roca, su abuelo Benjamín y su tío Nicolás, soldados de ese ejército, su papá José María, fusilador de obreros patagónicos, el antipopulista de su tío abuelo Benjamín, el ideólogo Osiris Villegas, sus maestros antisubversivos López Aufranc y Trinquier, la iglesia pre-conciliar que condenó a Mugica, Angelelli y Ponce de León, y, por supuesto, el tótem de la muerte de la política continental, el más fanático anticomunista y defensor de los valores "occidentales y cristianos" de saco y corbata, Henry Kissinger, quien, con su natural pragmatismo norteamericano, fue quien advirtió a los militares argentinos que no tenían mar-

102 Menéndez solía marcar con esa fecha su antiperonismo más cerril.

103 Se quedó con dos millones y medio de hectáreas por haber sido uno de los financistas de la campaña de Roca en la Patagonia.

gen para el error: "Si van a matar, maten, pero háganlo rápido" (Seoane-Muleiro, 2001: 244). Quería evitar que el Papa les cayera encima. Sabía que el mundo no soportaría otro Pinochet.

Salteadores nocturnos

La Casa de las Tejas era una tumba aquel 23 de marzo a la noche. El tiempo parecía suspendido, y la ola de rumores que sacudía al país parecía no penetrar las paredes de la residencia del poder político cordobés. Hasta pasadas las diez, cuando sonó el teléfono en el chalet 2 y su único habitante confirmó lo que todos los argentinos esperaban resignados:

—Hola, quién habla —respondió nervioso Carlos Risso.

—Habla el general Menéndez. Lo llamo para decirle que se abstenga de tomar ninguna medida. Quédese donde está, Risso, y espere las instrucciones. El cambio ya está en marcha. Repito: absténganse de todo lo que hacía hasta este momento, porque las Fuerzas Armadas han asumido el poder político de la Nación (Entrevista a Risso, 2006).

Abatidos, derrotados, Risso y Bercovich aguardaban en silencio el final de un proceso irreversible, que nunca supieron, quisieron o pudieron manejar. Sentados en el despacho del gobernador, en el chalet 1 de la Casa de las Tejas, las dos máximas autoridades de la provincia intercambiaban con Buenos Aires febriles comunicaciones para saber lo que pasaba con Isabel. Los datos que recibían desde Capital Federal a esa hora eran confusos. Nadie salvo los autores del golpe que Menéndez comandaba en Córdoba sabía con precisión el destino de la presidenta. Para asegurar el éxito de la *Operación Bolsa*[104] y desbaratar cualquier intento de resistencia, las Fuerzas Armadas dejaron trascender la versión de que la viuda de Perón sería trasladada a Olivos, cosa que nunca ocurriría[105]. Igual, sin respuestas de la dirigencia política y sindical, con el país rendido a los militares, la suerte de

104 Fue el nombre clave utilizado por las Fuerzas Armadas para detener a las autoridades políticas en ejercicio del poder, además de algunas sindicales, como Lorenzo Miguel, que se quedó en el país a pesar de la advertencia del almirante Massera para que se exiliara.

105 Isabel fue trasladada y encerrada en El Messidor, una residencia de la Armada en Neuquén.

esa insignificante mujer, que había llegado a la cima por obra y gracia de su difunto marido, era lo que menos importaba a los argentinos.

Con los soldados y los tanques copando las calles, los sindicatos, las sedes partidarias y los edificios públicos, el *Plan del Ejército* se puso en marcha antes de que el martes 23 cayera en el olvido. Tan anunciado estaba lo que iba a pasar, que el jueves 25 el embajador Hill informó al Departamento de Estado norteamericano que "éste había sido el golpe más planeado y más civilizado de la historia de la Argentina" (Seoane-Muleiro, 2001: 223).

Previendo una posible respuesta de las organizaciones revolucionarias, la Junta Militar desparramó un megaoperativo militar a lo largo y ancho del país. Pero nada de eso pasó, porque éstas, principalmente el ERP, veían en el golpe una inmejorable oportunidad para relanzar la lucha revolucionaria, que Santucho sintetizó en la consigna "Argentinos a las armas"[106]. Las palabras del más respetado líder revolucionario argentino eran una prueba cabal y elocuente de lo extraviada que estaba la brújula guerrillera, cuya dinámica había entrado ya en un camino sin retorno, que ni siquiera sus jefes más lúcidos pudieron entender o advertir[107].

Mientras la toma del Estado transcurría con llamativa tranquilidad en Capital Federal, en Córdoba la vigilia se hacía insoportable. En un ambiente denso, acompañado solo por su mujer y su viejo compañero peronista, Bercovich fumaba sin parar. Pasadas las primeras horas del miércoles 24, él y Risso eran los únicos funcionarios de una Casa de Gobierno vacía y a oscuras.

Enterado del ultimátum que un rato antes había sufrido su padre, Fernando Risso llegó corriendo hasta el despacho del gobernador: "Viejo, ¡cómo es eso de que te llamó Menéndez para decirte que el golpe ya está en marcha!". Desencajado y nervioso

106 Fue el título de la editorial de la revista Estrella Roja del mes de abril, publicada escasos días después del golpe.

107 A pesar de que hacía un año que el PRT/ERP y Montoneros venían siendo diezmados por las Fuerzas Armadas y los grupos paraestatales, las conducciones rebeldes profundizaron su estrategia militarista en lugar de abrir paso a un repliegue que se presentaba como inevitable ante el avance de la represión.

por la vida del joven de la Jotapé que estaba amenazado de muerte por la derecha peronista, el ministro logró a regañadientes que volviera a su casa. Nunca imaginó lo que sucedería después[108].

Con la partida de Fernando del chalet 1, la soledad del poder político se sintetizaba en esas dos personas mirándose a la cara, sin más palabras ni respuestas que la maldición por no haber podido evitar la hora final. Un final que llegaría a la madrugada del 24 de marzo de 1976. "Ahí vienen los milicos, ahí vienen", gritó aterrado uno de los pocos empleados de la gobernación que deambulaba por los pasillos, solo acompañado por un par de subsecretarios y el periodista de *La Voz del Interior*, quienes se agolparon en el patio para ver lo que sucedía en la calle. "Estábamos en el despacho de Bercovich cuando alrededor de las tres de la mañana los vimos ingresar por la puerta de servicio del gobernador. El que primero entró fue el general Luciano Benjamín Menéndez, y atrás de él su equipo militar. Lo acompañaban un coronel Centeno, otros coroneles que no me acuerdo sus nombres y otros tenientes coroneles. Habrán sido unas quince personas del Ejército, más el brigadier Márquez, que era el jefe de la Fuerza Aérea en Córdoba y el capitán de navío Garrido, que representaba a la Armada en esta provincia. Como tenían que respetar la conformación de la Junta, las tres fuerzas se apersonaron para dar el golpe. Por supuesto, en primer plano estaba Menéndez", contó Risso, que no olvidará jamás esos dramáticos momentos.

Con gesto adusto y su particular cara de pocos amigos, Menéndez se acercó a las autoridades depuestas y empezó a impartir órdenes. Mirando de frente a quien seis meses antes había entregado el poder de la provincia, dijo: "Usted, Bercovich, se va a ir a su casa hasta nuevo aviso". El "Ruso" agarró las pocas pertenencias que le quedaban en su despacho, y con su ya conocida actitud sumisa pidió su último deseo:

—General, solicito poder usar mi coche para llevarme las cosas personales.

—Sí, sí, claro, le contestó en seco Menéndez, concentrado en la "patriada" que estaba liderando.

108 Fernando Risso fue secuestrado de su casa en la madrugada del 24 de marzo, y hasta el día de hoy se encuentra desaparecido, a pesar de todos los esfuerzos que su padre hizo para encontrarlo o saber qué pasó con su vida.

Con la mirada perdida y sin decir una palabra, Bercovich bajó de su escritorio, que estaba en un nivel superior a donde transcurría la escena golpista, se acercó al general Menéndez y estrechó su mano con el cabecilla de la sedición. Con la cabeza saludó al resto, agarró del brazo a su mujer y en el silencio más ensordecedor de su vida subió a su Torino verde, abandonando el lugar y el puesto con el que había soñado desde que empezó a militar en el peronismo, allá por los años 40.

Sin tiempo que perder, con la clásica puntualidad militar, Menéndez y los suyos se voltearon hacia donde estaba el ministro de Gobierno: "Y en cuanto a usted, Risso, va a ser alojado en un instituto militar hasta que se resuelva la situación. ¡Coronel Sasiaiñ, hágase cargo del señor Risso!", fue la orden terminante del "Cachorro" a su subordinado inmediato, que tenía fama de ser tanto o más temible que su jefe. Cuando Sasiaiñ se disponía a cumplir la directiva, el brigadier Márquez lo frenó tajante y enfrentó al jefe del operativo:

—Permítame, general Menéndez, pero Risso se viene con nosotros a la Escuela de Aviación, como habíamos quedado.

Perturbado por la respuesta de quien consideraba un subordinado más, a pesar de su rango, pero sin más alternativas por aquello del treinta y tres por ciento del poder para cada fuerza, Menéndez aceptó el pedido de Márquez:

—Ah, sí, sí..., está bien, llévense ustedes a Risso nomás.

Aunque la tensión cortaba el aire del chalet, Risso ni se imaginaba lo que ocurriría después. Enseguida Márquez lo tomó del brazo, le hizo una seña a uno de sus hombres y dio la orden de traslado: "Teniente, usted se va a hacer cargo del señor Risso, llévelo a uno de nuestros autos y métalo en una caja de algún móvil que se identifique con nuestra fuerza, ¿entendió?". El joven militar obedeció a su jefe y sacaron al detenido por la puerta de servicio del chalet 1 de la Casa de Gobierno. Al salir al patio grande, los aviadores y el destituido ministro se toparon con unos pocos funcionarios y el periodista de La Voz, quienes pálidos por el miedo no atinaron a preguntar nada, solo a observar mansamente la escena de una película repetida. "Me subieron a una rural Ford nueva, al lado del chofer, y con dos soldados de la Aeronaútica apuntándome de atrás con armas largas, partimos de la goberna-

ción hacia la Escuela de Aviación. Yo fui la primera autoridad política derrocada que llegó a ese lugar, que estaba preparado para ser la cárcel en la cual íbamos a ser alojados los funcionarios del gobierno provincial y municipal. Habré llegado como a las cinco de la mañana, después vi al intendente de Córdoba, Domingo Coronel, a Tomás Montilla, presidente del Consejo Deliberante, a Quatrocchi, titular de la Cámara de Diputados y otros funcionarios más que ya ni me acuerdo[109]".

Al momento en que las autoridades provinciales eran detenidas y alojadas en la Escuela de Aviación Militar, distintos grupos de tareas recorrían la ciudad en medio de la noche cazando a quienes integraban las listas de la inteligencia militar. Obreros, estudiantes, dirigentes sindicales y militantes de distintas organizaciones políticas fueron los primeros en caer, pero no serían los únicos. A ellos se irían sumando cotidianamente todos aquellos considerados como "sospechosos" por las patotas del general Menéndez. El mismo que sin perder un segundo, momentos antes de que amaneciera, se abocaba en Casa de Gobierno a la toma del poder formal. En su rol de máxima autoridad de la provincia, rodeado de Márquez, Sasiaiñ, una veintena de jefes del Ejército y la Fuerza Aérea que ocuparían los ministerios, con la escribana redactando sin pausa las actas del nuevo gobierno, a las 5.45 del 24 de marzo, el todopoderoso comandante del III Cuerpo le tomó juramento al flamante interventor militar de Córdoba, su lugarteniente y hombre de confianza, el general José María Vaquero.

Como un karma imposible de superar, la historia volvía a repetirse. Una vez más los militares derrocaban a un gobierno elegido por el pueblo[110].

---

109 Estuvo secuestrado durante varios meses en la Escuela de Aviación Militar, hasta que fue trasladado a la cárcel de Encausados. En el pabellón de presos políticos, compartió su cautiverio con José Manuel de la Sota, que había sido secretario de Gobierno de la Municipalidad hasta el golpe militar. Por influencias de Victoria de Zanichelli, suegra de éste y viuda del ex gobernador radical Arturo Zanichelli, Risso y De la Sota serían liberados en diciembre de 1976.

110 Entre los más importantes estaban el filósofo ultranacionalista Jordán Bruno Genta —luego asesinado por Montoneros—, James Smart, ministro de Justicia bonaerense, y el abogado Alberto Rodríguez Varela, luego ministro de Justicia de Videla. Según Ricardo Yofre, subsecretario de la Presidencia entre 1976 y 1978, Smart y Rodríguez Verela integraban el ultraderechista "Grupo La Plata", uno de los sectores más duros del régimen militar.

La noticia del golpe ya era vieja cuando el país amaneció. Todos la habían escuchado por las radios esa madrugada, o se habían enterado por algún vecino, amigo o familiar. Las mismas Fuerzas Armadas la habían hecho circular entre sus "contactos" periodísticos con el fin de ir "tanteando la cosa". Pero nada raro pasó, ni ese día ni los siguientes. No hubo incidentes ni protestas de trabajadores o estudiantes. Mucho menos ataques guerrilleros o declaraciones de los políticos de la oposición, algunos de los cuales habían reconocido, públicamente y sin avergonzarse, que "no tenían soluciones" a la crisis[111].

Entre la inflación que devoraba los salarios y la violencia política que se cargaba muertos todos los días, la sensación del ciudadano "común", ese que no era militante o tenía una relación indiferente con el proceso político, fue de "alivio" ese día. Para esa masa silenciosa que había terminado aborreciendo a Isabel y a la guerrilla, los militares llegaban para "poner orden" en medio del caos. La conquista de esa parte de la sociedad a través del terror, como habían enseñado los franceses, sería un paso clave en la estrategia de Menéndez para ganar la *"guerra revolucionaria"*. Los otros, los militantes o aquellos que venían sintiéndose protagonistas de la realidad que los rodeaba y estaban, de una forma u otra, comprometidos con un proyecto político determinado, colapsaron los aeropuertos y los pases de frontera para huir del país. Eran millones y sabían, intuían o imaginaban, la barbarie que se avecinaba.

De no ser porque el gobierno derrocado había sido una sinfonía de horrores políticos y económicos, la escena del miércoles 24 debió causar pánico a quienes la observaron fríamente, o con una mínima perspectiva mientras transcurría: decenas de miles de soldados controlaban puentes y accesos, requisaban gente y pedían documentos en calles y peatonales. En las rutas, retenes militares paraban los autos solicitando nombres que eran minuciosamente chequeados en listas previamente confeccionadas, y en los barrios los operativos "rastrillo" arrasaban las viviendas buscando personas marcadas por la Comunidad Informativa del comandante del III Cuerpo. En las puertas de fábrica los obreros

111 Ricardo Balbín, el principal líder radical, lo confesó horas antes del golpe.

eran demorados cuando ingresaban a trabajar y detenidos los delegados de base. En apenas horas, el cuadro de la Argentina militar era desolador y se completaba con los tanques y camiones de combate desfilando por las avenidas de las principales ciudades del país, por las dudas algún despistado no se hubiera enterado de lo que estaba ocurriendo.

A las diez y veinte de la mañana, en medio de un paisaje propio de un país invadido por una fuerza extranjera, la Junta conformada por el teniente general Videla, el almirante Massera y el brigadier Agosti, emitió desde Capital Federal el primero de una treintena de comunicados que darían cuenta de cómo sería, de ahora en más, vivir en una sociedad militarizada: "Se comunica a la población que a partir de la fecha el país se encuentra bajo control operacional de la Junta de comandantes generales de las Fuerzas Armadas. Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento de las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones o actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal de operaciones" (Mántaras, 2005: 154). Enseguida, el número dos de los comunicados recordó que el estado de sitio no sería una situación excepcional, y que la Argentina se convertiría en un gigantesco cementerio con millones de muertos vivos, donde un agente de inteligencia tendría más poder que un juez federal: "Con la finalidad de preservar el orden y la tranquilidad se recuerda a la población la vigencia del estado de sitio. Todos los habitantes deberán abstenerse de realizar reuniones en la vía pública o de propalar noticias alarmistas. Quienes así lo hagan serán detenidos por la autoridad militar, de seguridad o policiales. Se advierte, asimismo, que toda manifestación callejera será severamente reprimida". Pero no solo las calles pasaban a estar en la mirilla de las Fuerzas Armadas. El mundo del trabajo, eje de la actividad humana, también, porque ahí anidaba el huevo subversivo que tanto perturbaba al general Menéndez: "Se comunica a la población que todas las fuentes de producción y lugares de trabajo estatales y privados a partir de la fecha serán considerados objetivos de interés militar", sentenciaba el número cuatro de los comunicados Para asegurarse de que la

Operación Bolsa no sufriera inconvenientes, y los funcionarios militares pudieran hacer pie en el Estado que pasaban a controlar, la Junta decretó el feriado bancario, cambiario y monetario hasta el lunes 29 de marzo y ordenó la intervención de las sedes partidarias, sindicales, de la CGT y la CGE, pidiendo la captura internacional de sus integrantes[112]. A través de lo que luego se conocería como el Acta del Proceso de Reorganización Nacional, el gobierno prohibió cualquier actividad política y gremial, anuló el derecho de huelga, congeló el poder judicial hasta nuevo aviso, disolvió el Congreso, cambió la Corte Suprema por una adicta a sus intereses, e intervino las radios, los canales de televisión, los diarios y las revistas. La totalidad del "quehacer nacional", como a los golpistas les gustaba llamar al mundo civil, pasó a ser controlada por hombres de las tres fuerzas armadas, que en un riguroso treinta y tres por ciento para cada una se repartieron el aparato estatal y algunas de las principales empresas nacionales y de servicios públicos, como YPF, Gas del Estado, ENTEL, Somisa y otras.

El plan no era solo compartir las futuras responsabilidades de la represión ilegal. Los objetivos militares eran infinitamente más ambiciosos. Cien años después de la creación del Estado Nacional, la alianza militar-civil de 1976 iba por su refundación. Bajo el pomposo nombre de *Proceso de Reorganización Nacional,* las Fuerzas Armadas iniciaron la transformación económica y cultural de una sociedad "infiltrada" hasta los huesos según el general Menéndez, que debía ser "depurada". Con todos los resortes de esa inmensa maquinaria en sus manos, sin otro contrapeso que el poder que fluía de su comando, la "etapa militar" arrancó con la ferocidad de uno de sus jefes emblemáticos. Para salvar a la patria del "enemigo comunista" era indispensable crucificar a miles de compatriotas. La redención llegaría con la sangre, había dicho el provicario castrense, Victorio Bonamín, y no precisamente de sol-

112 Entre los más importantes estaban el ex ministro de Economía de Perón, José Ber Gelbard, Lorenzo Miguel y Casildo Herreras. Además, en una entrevista con el autor, Raúl Obregón Cano contó que después de pasar veintitrés retenes militares, uno de los hijos del ex gobernador de Córdoba llegó al aeropuerto de Ezeiza y luego de ser interrogado por autoridades militares pudo salir del país con destino a México, que recibió y protegió a una importante cantidad de exiliados argentinos.

dados argentinos. Había que matar al "delincuente subversivo"[113]. Y todavía más: hacerlo sufrir, robarle su identidad, sacarlo de la historia, no dejar ni una huella de él, borrarlo del mapa.

El chacal

"Menéndez siempre decía: 'la victoria no tiene sustitutos, si yo tengo que destruir a la guerrilla y para ello tengo que usar los métodos más crueles, hay que hacerlo. Pero gané, y al que no le guste, que se haga cura. Porque cuando hay una guerra hay que ganar. A la derecha están los ganadores y a la izquierda los perdedores'". Quien reedita una de las afirmaciones emblemáticas del entonces comandante del III Cuerpo es Rubén Pellanda, interventor de Córdoba en el régimen que tuvo en Luciano Benjamín a uno de sus pilares fundamentales. La frase, temeraria como su dueño, era el latiguillo elegido por el general cuando algún subordinado o eclesiástico influyente se animaban a llegar hasta su despacho para cuestionar el accionar antisubversivo. "Él representa el ideal militar. Es de estirpe criolla, tiene sangre indígena y africana, antepasados militares. Y es de Caballería, o sea, super machos", dice el doctor Pellanda. Sus más de quince años de servicio en distintas administraciones militares lo convirtieron en un agudo catalizador de espíritus castrenses. Previo a gobernar la provincia desde enero del 82 hasta diciembre del 83 por expreso pedido del general Alfredo Saint Jean, fue interventor de la municipalidad de Córdoba en reemplazo del teniente coronel Alejandro Gavier Olmedo y funcionario en el área de Salud en los años de Onganía. Fueron precisamente esos hombres y esas relaciones las que lo llevaron a conocer a Menéndez a fines de los 70: "La primera vez que nos vimos, él ya estaba fuera del Ejército. Fue después de su fracasada sublevación contra Viola en septiembre del 79".

Aniquilada por el general cualquier resistencia armada, convencidos de que el *Proceso* se agotaba como la sociedad que

113 En el Reglamento RC-9-1, de agosto del '75, los militares cambiaron las denominaciones de "guerrilla" "guerra revolucionaria" y "contrainsurgencia" por la de "delincuente subversivo", con el fin de eludir cualquier reclamo internacional por la violación de los Convenios de Ginebra, que la Argentina había ratificado por medio del Decreto 14442 de 1956 y la ley 14467.

lo había soportado, Menéndez y Pellanda solían cruzarse en las reuniones protocolares o sociales que políticos liberales, empresarios de fuste, burócratas sindicales, autoridades eclesiásticas y algún que otro filósofo de derecha organizaban en el Jockey Club, el Pabellón Argentina o el mismísimo III Cuerpo. Muchos años después de esas reuniones que tantos civiles eligen callar o prefieren olvidar para no sentirse salpicados de sangre, el hombre que entregó el gobierno al radical Eduardo Angeloz en diciembre del 83, acepta con desconfianza el relato de una historia que tiene en Luciano Benjamín a un fresco de una época terrible. Acomodándose en su departamento de la calle Caseros, a la vuelta del ex Comando Radioeléctrico de la calle Mariano Moreno, rodeado de fotos y plaquetas que ilustran su paso por las distintos gobiernos militares, Pellanda arriesga una primera definición entre las muchas que entregará sobre el protagonista de este libro: "Menéndez era un general, general, debería haber nacido ciento cincuenta años antes. El es un La Madrid, un Urquiza, un soldado de la época de la Organización Nacional". Nada más exacto, nada tan preciso. Las "aptitudes" militares de quien había "limpiado Córdoba" y "matado indebidamente" según el ultimo interventor militar, son indudables. Su legajo impecable y los permanentes elogios de sus camaradas lo confirman. Sin embargo, hay una diferencia insalvable entre él y los generales de la Independencia: aquellos se ganaron el respeto y la admiración de sus soldados a sablazo limpio, peleando en guerras donde la valentía se jugaba en el frente de batalla, contra ejércitos imperialistas. No en las puertas de fábrica, en las aulas de la universidad o la casa del vecino, de noche, emboscando a rivales desarmados de su propio pueblo.

El miércoles 24 la ciudad de Córdoba estaba repleta de pinzas militares. Los camiones del Ejército patrullaban los barrios, principalmente los de la zona sur, donde estaban las principales fábricas, y Alberdi, donde vivía la mayoría de los estudiantes. Horas antes, con las listas que el capitán Von Dietrich y el agente Ludueña, del Destacamento 141 de Inteligencia, habían entregado al capitán Vergéz, los grupos de tareas bajo su mando se lanzaron desde la madrugada sobre los principales blancos militares.

Con la represión en la calle, Cecilia tenía orden de "limpiar" una casa operativa para rescatar documentación. Sin embargo, la presencia de soldados y camiones de combate la convencieron de que sería altamente riesgoso, y decidió volver al centro. A las cinco de la tarde, mientras esperaba el colectivo en una parada del Cerro de las Rosas, un grupo de hombres la rodeó y sin más explicación que los empujones, la subieron a un Unimog del Ejército, atándole las manos y vendándole los ojos. A los pocos minutos la bajaron, la introdujeron a un lugar donde se escuchaban ruidos, la metieron en un camarín y le sacaron la venda. Aunque no lo sabía en ese momento, estaba en los estudios de Canal 12, que había sido copado por los golpistas. Sentada sola en un banco largo durante un buen rato, aprovechó para esconder un papel con información. A los minutos vinieron a buscarla: "Vamos a llevarte a otro lugar", le dijeron, antes de subirla a otro camión del Ejército, donde boca abajo, atada de pies y manos, viajó junto a otras personas en su misma situación, con soldados apuntándoles con armas largas. Tapados con mantas del Ejército cruzaron la ciudad hasta el nuevo destino. Cuando llegaron, los solados la tiraron al piso y la trasladaron a una oficina. Por el paisaje de árboles intuyó que estaba en el Destacamento 141, donde a los golpes comenzó el primer interrogatorio de su vida. Las preguntas las hacía un oficial de cara redonda y juvenil que después vería mil veces, experto en interrogatorios. Hasta ahí, todo era confusión y miedo. Lo único que alcanzaba a escuchar, además del sujeto que le preguntaba sobre su organización, eran voces de mando y movimiento de tropas. Como Cecilia no hablaba, las preguntas se terminaron de pronto y otra vez al camión, donde anduvo un buen rato. Atenta al trayecto identificó la ruta: era la autopista a Carlos Paz. Ahí entendió que abandonaban la ciudad, lo que confirmó cuando sintió el olor del frigorífico Carnevalli, a donde de chica iba con su padre a comprar carne. Justo a esa altura el camión se detuvo, dobló a la derecha y subió un trecho por una loma. Cuando pararon no tenía idea dónde estaba, aunque sabía que era cerca del frigorífico, en Malagueño. El lugar era una vorágine de gritos, órdenes e insultos. Sin mediar palabra, dos hombres la arrodillaron ante un bebedero de caballos y le hundieron la cabeza debajo del agua hasta asfixiarla. Así, varias veces. La "mojarrita" cesó cuando la

venda se le cayó de los ojos y alcanzó a ver algo de luz. Furiosos porque pudiera reconocer dónde la habían llevado, los hombres la arrastraron de los pelos hasta la cuadra, un amplio rectángulo de baldosas rojas donde había otros prisioneros acostados en el piso o en colchonetas de paja. De a ratos la sacaban y la llevaban a unas oficinas donde le hacían más preguntas. Buscaban información básica del "enemigo subversivo": nombres de guerra de superiores y subordinados, ubicación de casas operativas, roles que cumplía en la "orga" y contactos que tenía programados. Los torturadores sabían que tenían que actuar rápido para llegar al objetivo buscado. En el último año, a través de sus infiltrados, y con ayuda del trabajo que la inteligencia policial venía haciendo desde la muerte de Perón, los grupos de tareas del general Menéndez habían aprendido buena parte del funcionamiento y la estructura de las organizaciones político-militares, que tenían un sistema de seguridad que se activaba a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de que uno de sus miembros desaparecía o era secuestrado en un operativo. Con la picana a todo vapor en el 76, ese tiempo era una eternidad. Cecilia soportó tres días de tortura con "mojarrita" y la quema de sus pezones con cigarrillos encendidos. Cuando no aguantó más el sufrimiento, retorciéndose en el piso del dolor, cantó una casa que creía deshabitada según el retén de seguridad de la Juventud Guevarista, la organización universitaria del PRT de la que formaba parte en la facultad de Derecho. Con la información en sus manos, los torturadores la abandonaron por unos días, hasta que se recuperó de las heridas. Un policía que se identificó como el "Chato" era el encargado de atenderla. Después, al poquito tiempo de estar ahí, advirtió que su "enfermero" y el resto de los policías que habitaban ese lugar, no estaban más. Luego se enteraría que se debió a una orden del más alto nivel militar. Solo quedaron los oficiales y suboficiales vestidos de civil que alcanzaba a divisar entre sus vendas. Los mismos que una vez más llegaron para llevarla a las oficinas de la entrada. Ese día sintió un clima raro, de mucha tensión porque alguien llegaba de visita. A juzgar por los nervios de sus carceleros, seguro era importante. Sin sacarle las vendas, la "visita", que no alcanzaba a reconocer a través de sus ojos tapados, empezó con las preguntas:

—¿Quién es usted? ¿Cuál es su nombre de guerra?

Un silencio tembloroso fue su respuesta.

—¿A qué organización pertenece?

—A la Juventud Guevarista.

—¿Qué hacía antes de sumarse a la organización?

—Estudiaba Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba.

—Muy bien..., ahora dígame qué es esto. El hombre le acercó un objeto para que lo reconociera con las manos.

—Es un arma, un arma larga. Cecilia tiritaba de miedo, sintió que la matarían ahí mismo. Atadas sus manos, lo único que alcanzaba a ver por debajo de la venda eran borceguíes y calzados pesados que contrastaban con las baldosas rojas de la oficina. En medio de un silencio sepulcral, lo único que escuchaba era la voz de ese hombre:

—Y qué haría usted con esta arma si la tuviera en sus manos, frente a nosotros.

—Nada.

—Eso decís ahora porque estás así, en esta situación...

—No, no haría nada porque no la sé manejar.

La respuesta enfureció a su interrogador:

—¡Llévensela!

La orden del misterioso hombre de voz latosa pero firme tardó segundos en cumplirse, y raudamente la sacaron de las oficinas para tirarla nuevamente en la cuadra. "¡Sos una imbécil, qué querés, que te mande al pozo"!, le dijo uno de sus captores, convencido de que la siguiente orden sería su fusilamiento. Recién cuando le pusieron las esposas, Cecilia sintió que se había salvado de la muerte. Ya en la colchoneta de la cuadra, con el terror recorriendo sus venas, se quedó pensando quién podía ser el militar que la había interrogado. Tiempo después, cuando esa misma persona regresó para evaluar los resultados de la "lucha antisubversiva" que conducía con mano de hierro, se enteraría que se trataba del "más importante de todos".

"En momentos en que se están desarrollando esfuerzos y sacrificios para el bienestar de la Nación, me complazco en felicitarlos y exhortarlos a que continúen cumpliendo sus abnegadas tareas", dijo el general Menéndez a los soldados de una guarnición de La Rioja, el domingo 28 de marzo. La visita a los llanos de Quiroga fue una de las tantas paradas que el comandante hizo ni bien el golpe sepultó en el pasado el desastre de Isabel y López Rega. En un recorrido que duró cuatro días con breves intervalos en Córdoba, Menéndez se entrevistó con los jefes de las subzonas y áreas para marcarles las directivas generales de la *guerra antisubversiva* que cada uno debía conducir en su jurisdicción. El único día que suspendió su rol de jefe militar de su inmenso territorio fue el lunes 29, cuando viajó a Buenos Aires para participar del acto de jura del nuevo presidente de facto: su amigo y comandante en jefe del Ejército, teniente general Jorge Rafael Videla.

En esa fugaz ceremonia de veintiún minutos, realizada en el Edificio Libertador y no en la Casa Rosada, por "razones de seguridad", Videla asumió la jefatura de Estado ganándole la primera pulseada al almirante Massera, quien presionó todo lo que pudo para que el presidente fuera un militar retirado y no el jefe del Ejército, que de esta manera volvía a colocarse un escalón por encima de las otras dos fuerzas, aunque el poder político estuviera, por estatuto del nuevo gobierno, representado en la Junta. Durante esos días de encarnizada lucha por el reparto del poder —que no cesará nunca entre el Ejército y la Armada—, Luciano Benjamín fue uno de los principales alfiles para frenar las ambiciones del jefe naval. Asentado en el peso específico de su fuerza, Videla pasó a ocupar un cargo con doble función: era el presidente del país y a la vez miembro de la Junta en representación del Ejército. El famoso "cuarto hombre", que tantas discusiones generaría entre los caciques militares.

Aunque nunca consentiría el esquema del treinta y tres por ciento pergeñado por la Armada en noviembre del 75, en marzo del 76 Menéndez no tuvo más remedio que aceptar la propuesta de Massera, consciente de que el pacto de sangre necesitaba de todas las voluntades para aniquilar al enemigo común de las Fuerzas Armadas. En ese momento el proyecto los necesitaba unidos, y fue precisamente Videla quien medió y mediaría incan-

sablemente para que sus halcones no se comieran las tripas. Ya habría tiempo para dirimir quién era el más sanguinario de todos. O quién mataba más "subversivos" por día.

Además de formalizar el control político del país, en su primer discurso como presidente de facto, Videla habló de "cirugía mayor", de "refundar la Nación", y anunció al pueblo que nada se lograría sin el "esfuerzo y el sacrificio de todos los argentinos" (La Voz del Interior, 1/04/76, pág. 1). Salvo el diario *The Buenos Aires Herald*, el único crítico del gobierno militar, el resto de los columnistas y editorialistas saludaron con júbilo y entusiasmo la "sencillez y modestia" del flamante presidente (Idem. Ant). El apoyo a la cruzada golpista en el único país de la región que todavía conservaba un régimen constitucional además de Venezuela, no solo se sustentaba en los sectores de poder nacionales: al beneplácito de Estados Unidos, que reconoció la legitimidad de la Junta Militar el 26 de marzo, se sumó el Fondo Monetario Internacional, que otorgó a la Argentina un crédito de 250 millones de dólares que sistemáticamente le había negado a la administración peronista.

En esos agitados días, mientras la sociedad aguardaba la asunción de José Alfredo Martínez de Hoz como ministro de Economía, los diarios resaltaron el "aumento de la producción", convocaron a "destruir la literatura marxista" y anunciaron el decreto ley 21.272 de la Junta, que implantaba la pena de muerte en todo el territorio nacional.

Envuelto en una enorme expectativa, con el total apoyo del establishment económico y financiero argentino y mundial, el 3 de abril, el bisnieto del fundador de la Sociedad Rural le habló al país y delineó los objetivos de su plan. Aunque años después, cuando el modelo mostró la perversidad de sus objetivos y puso en evidencia los daños profundos hechos a la estructura económica nacional, Menéndez dirá que la decisión de ubicar a Martínez de Hoz había correspondido al "presidente Videla", en ese momento el comandante del III Cuerpo no ofreció reparo alguno a "Joe", como lo llamaban los íntimos. Es más, la matriz conceptual del proyecto económico que sería la punta de lanza del neoliberalismo en la Argentina, contaba con el absoluto respaldo de quien defendía el libre mercado con la misma tenacidad con la que ma-

taba marxistas "por el bien de la patria". El mismo día que el ex presidente de Acindar anunció el proceso de destrucción de la Argentina industrial para festejar la "liberalización de las fuerzas productivas, dejando atrás el modelo estatizante de la economía", Menéndez viajó a Buenos Aires por una semana para participar de varias reuniones con los altos mandos del Ejército.

Al acompañamiento que recibía desde los sectores económicos, eclesiásticos e internacionales, la dictadura sumaba al que sería su principal aliado en la tarea que estaba protagonizando: el silencio de amplios sectores de la población, que de manera complaciente aceptaba la militarización de la vida social, el congelamiento de los salarios, el aumento de las tarifas de servicios públicos, de la nafta y la liberalización de los precios.

Con el plan económico en marcha, las piezas del rompecabezas estatal-militar se terminaron de colocar al comienzo del otoño más triste que se recuerde: el martes 13 de abril se constituyó la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), que, presidida por el contraalmirante Antonio Vañek, sería el órgano legislativo de la Junta. El domingo 25, en tanto, con grandes portadas y títulos a cinco columnas en los principales diarios del país, el gobierno anunció otro de los objetivos centrales de la Argentina procesista: la reforma al régimen de relaciones laborales. Dos días después, cuando el teniente coronel Héctor Romanutti se calzaba el saco de intendente de la ciudad de Córdoba en reemplazo del coronel Héctor Carbonari, otro coronel, Juan Pita, fue nombrado interventor de la Confederación General de los Trabajadores, la ex todopoderosa CGT de Vandor, Rucci y Lorenzo Miguel. Reducir a su mínima expresión el poder de los sindicatos peronistas, destruir las combativas comisiones de base de las fábricas, y domesticar a los trabajadores mejor pagos del continente, era la piedra angular del proyecto ultraliberal de Martínez de Hoz y su equipo económico. Cuando en 1982 un periodista de La Nación le reprochó a Juan Aleman que el régimen militar no había privatizado nada, el ex secretario de Hacienda de Martínez de Hoz le respondió orgulloso: "Hicimos algo mucho más importante, destruimos las bases mismas del poder sindical" (Pigna, 2005: 311).

Este rediseño del país, pergeñado por los militares pero apoyado abiertamente por la jerarquía católica, las organizaciones

empresarias y la derecha intelectual, tendría en el sistema educativo a otra de sus patas fundamentales, ya que para Menéndez y compañía en las universidades vivía y se reproducía el marxismo que "contaminaba las mentes de nuestros jóvenes". Con el declarado objetivo de transformar culturalmente una Nación ejemplo en el mundo por el elevado nivel educativo de su población, la Junta intervino las casas de altos estudios para ir reemplazando paulatinamente a sus autoridades naturales por aviadores de alto rango. Salvo el ministerio de Educación y Cultura, que fue ocupado por el civil Martín Bruera, los rectores de las universidades serían militares.

La excelencia académica y científica de la Universidad Nacional de Córdoba, que en 1918 había producido la Reforma Universitaria, el hecho cultural más importante y revolucionario de la educación superior de América Latina, se reduciría a un oscurantismo medieval a partir del 30 de marzo, cuando el comodoro Pierrastegui asumió como nuevo rector y en su primera medida suspendió las actividades de los colegios Manuel Belgrano y Monserrat.

Además de promover una nueva reglamentación, la consecuencia inmediata de esta toma del poder castrense en el ámbito universitario fue trágica y se sentiría por años: centenares de docentes y estudiantes fueron expulsados por razones ideológicas, no académicas[114], y los dirigentes montoneros, comunistas, guevaristas o cualquiera identificado como "izquierdista", secuestrados, torturados y la mayor parte de ellos desaparecidos en los campos de concentración del general Menéndez.

Con la confianza ciega de Videla en el plano militar, el montaje del principado menendista se completó en la segunda quincena de abril, con la designación de los respectivos interventores provinciales. En el armado político de lo que sería su zona de influencia, Menéndez presionó para que el gobierno nacional ubicara a oficiales de su confianza. Su peso en el Ejército y en la Junta de Comandantes Generales se plasmó en varios de los flaman-

114 Al cierre temporario de los dos colegios universitarios, se sumaría la expulsión en mayo de 105 estudiantes de la UNC, acusados de violar la ley 21.276, y de 260 profesores.

tes gobernadores de facto, que en el transcurso del mes fueron completando el organigrama militar. En Córdoba, la más importante e influyente de sus provincias, el lunes 12 asumió el general-ingeniero Carlos Bernardo Chasseing, un ex compañero del Colegio Militar e integrante como él de la promoción 74 del Ejército. Inmediatamente después de abrazar a quien sería clave en las futuras aspiraciones políticas del comandante, Menéndez voló a Mendoza y Santiago del Estero para tomarles juramento al brigadier mayor Jorge Sixto Fernández y al general de brigada Cesar Fermín Ochoa. Bajo la atenta mirada de quien era el líder de un tercio del país, y lo sería durante los próximos tres años y medio, la pata política del III Cuerpo quedó repartida entre oficiales de la fuerza aérea, el ejército, y en menor medida la armada: los generales Domingo Bussi y Fernando Urdapilleta asumieron en Tucumán y Jujuy, el coronel Jorge Carlucci en Catamarca, el comodoro Roberto L. Nanziot en La Rioja y el brigadier Cándido Martín Capitán en San Luis, en tanto que la Marina rapiñó las gobernaciones de Salta y San Juan, que serían conducidas por los capitanes de navío Héctor Gadea y Alberto Lombardi, respectivamente.

En la "etapa militar" del régimen, los interventores asumieron el poder con el mandato que Videla se había comprometido ante Martínez de Hoz: reordenar financieramente las provincias a través de una drástica disminución del gasto público. Mientras ellos anunciaban el despido de todos los contratados del estado provincial, Menéndez se abocaba a la tarea sucia: marcar a los "infiltrados marxistas" que integraban el "aparato clandestino de la subversión" y eliminarlos de las distintas capas del Estado. La consecuencia era previsible: cientos de empleados y funcionarios fueron cesanteados de las dependencias y organismos públicos y sus representantes sindicales perseguidos.

Con la comarca completa a nivel de autoridades, solo faltaba que la tropa terminara de asimilar la nueva función que le tocaba interpretar: ser una fuerza de ocupación en su propio país, contra un enemigo que no eran otros que sus conciudadanos, algunos de los cuales peleaban para tomar el poder del Estado e instaurar la tan temida patria socialista. Con ese fin, Videla aterrizó en la Escuela de Aviación Militar el viernes 23 de abril y rápidamente se dirigió al Comando del III Cuerpo, donde Menéndez

lo esperaba junto a todo su estado mayor, y los comandantes de las tres brigadas que componían su jurisdicción: Maradona de la VIII, Bussi de la V, que quedó con el mando político y el militar, y Sasiaiñ, de la IV.

La visita del presidente, la primera que hacía a una provincia desde que había asumido la jefatura del Estado, buscaba afianzar la moral entre los soldados para la "lucha antisubversiva". Aunque hacía seis meses que los grupos de inteligencia del Ejército venían operando en la clandestinidad contra la población civil, la toma del poder político por parte de las fuerzas armadas había cambiado el panorama. Ahora tenían una doble tarea: la represión ilegal a través de los grupos de tareas, y el control del territorio y de quienes vivían en él por parte del ejército de día, ese que vestía uniforme verde oliva durante las veinticuatro horas, y cuya presencia en las calles sería crucial para lograr que una parte importante de la sociedad asimilara el nuevo patrón cultural que marcaría la vida cotidiana en el país: el terror, que es muchísimo más que el miedo.

La elección de Videla de visitar Córdoba en su primer viaje al interior del país no era casual: mientras en Buenos Aires la represión era compartida casi en partes iguales con la Armada con una participación subalterna de la Fuerza Aérea, la provincia mediterránea era el epicentro político y "subversivo" de un amplio territorio que el Ejército tenía la misión de aniquilar casi en exclusividad. Porque si bien el 10 de abril el brigadier Jesús Capellini[115] había reemplazado en la Escuela de Aviación militar al brigadier Isaac Márquez, el más anticomunista de los aviadores y la fuerza que él conducía no serán más que actores de reparto en la estructura represiva del general Menéndez.

En el inmenso patio de armas de la IV Brigada Aerotransportada, con las distintas formaciones en posición de firmes, Videla y Menéndez arengaron a sus soldados vestidos de fajina, dejando en claro que nadie podía sentirse ajeno al proyecto militar que solo un mes antes había tomado el poder con el fin de "refundar" la Argentina.

115 Era el mismo jefe que el 18 de diciembre de 1975 se había sublevado contra Isabel Perón desde la base aérea de Morón, en el gran Buenos Aires, exigiendo la destitución de la presidenta.

Respetando la vieja costumbre militar, a las 7 de la mañana Menéndez ya estaba en su despacho del III Cuerpo. Como vivía en el barrio ubicado junto a los cuarteles de su comando, la faena del comandante arrancaba con las primeras horas del día, y se extendía hasta la una. Luego regresaba a su casa, almorzaba en familia, dormía una siesta, y a las cinco de la tarde estaba de vuelta en su trabajo, donde se quedaba hasta las diez, once de la noche. "Por supuesto, como yo era su ayudante, también me quedaba hasta esa hora", recuerda, no sin una pizca de nostalgia, Pedro Giamberardino, ex secretario privado de Menéndez en los cuatro años que duró su reinado al frente del III Cuerpo. Según este suboficial mayor, que había sido ayudante de todos los comandantes de este cuerpo de ejército desde 1960, Menéndez disfrutaba el hecho de estar cerca de su tropa. Si había un rasgo característico en él, era que viajaba mucho. Recorría todas las unidades a su cargo en forma permanente y seguida, desplazándose en los aviones Twin Otter, unas naves pequeñas que se usaban para trasladar a los comandantes y a sus estados mayores. Eso lo convertía en un jefe cercano para la tropa, uno más de ellos.

Igual que muchos camaradas o amigos que lo conocieron a lo largo de su vida, Giamberardino confirma ese perfil: "No le gustaba estar en la oficina, es más, odiaba estar encerrado, entre papeles. Eso lo diferenciaba del resto" (Entrevista con Giamberardino, 2007). La imagen del ayudante es casi idéntica a la que recuerdan Videla, Pellanda, Santiago o el primo Mario Benjamín. Todos coinciden en resaltar la ascendencia que Luciano generaba entre sus subordinados. Esa fe ciega en el jefe será la que llevará a muchos de ellos a cometer todo tipo de atrocidades en nombre de la patria.

Para aceitar la máquina que había puesto a funcionar seis meses antes con los decretos de Luder, Menéndez se trazó una rutina que respetará durante todo el 76, y es la que destaca su ayudante: visitar dos veces al año las cincuenta unidades diseminadas en las diez provincias que estaban a su cargo, pero concentrando su atención en Córdoba y Tucumán, el "eje de la actividad subversiva"[116]. A pesar de que el ERP había sido prácticamente

116 Su legajo registra en 1976 nueve viajes a Tucumán, siete a Mendoza y veintiuno a Buenos Aires, donde mantenía reuniones periódicas con los Altos Mandos del Ejército.

desmantelado desde que el *Operativo Independencia* inauguró la represión ilegal en febrero del 75, Menéndez viajaba a Tucumán una vez por mes y se quedaba varios días en la provincia que comandaba el general Antonio Domingo Bussi, quien apenas reemplazó al general Vilas se abocó a liquidar los últimos grupos del ERP que deambulaban por el monte, pero sobre todo a conquistar a la población civil con una política asistencialista y clientelar en áreas rurales y urbanas del suroeste tucumano, que igual nunca les permitió a esos sectores salir de la pobreza extrema.

Viejos conocidos de los tiempos del Colegio Militar, ni uno ni otro se profesaban simpatía. Es más, la decisión de Videla de nombrar interventor de Tucumán a quien era el jefe militar de la subzona 32 de su territorio, no fue bien recibida por Menéndez, quien a regañadientes aceptó la decisión porque no era momento de internas palaciegas. Bussi era, además de fanático anticomunista, experto antisubversivo. Había participado como pasante de varios ejercicios en la guerra de Vietnam junto a los Rangers estadounidenses, y el gobierno necesitaba cuadros militares como él para completar el plan de aniquilamiento previsto para 1976.

En un marco de acción psicológica que las Fuerzas Armadas desarrollaban para convencer a la población de que la Argentina estaba en guerra contra el "comunismo internacional", el comando del III Cuerpo organizó una visita a Tucumán con periodistas de todo el país. Gustavo Tobi por Canal 12 y Juan Mónaco[117] por Canal 10 fueron los enviados de Córdoba, que viajaron en el avión de la comitiva que trasladaba a Menéndez hacia la provincia azucarera: "A Tucumán fuimos para ver lo que hacía el ejército en el *Operativo Independencia*, recuerda Tobi treinta y dos años después: "El comandante era Bussi, otro nazi consumado, pero con una diferencia: en Tucumán había una guerra, con territorio ocupado por parte del ERP. Ahí el Ejército se la jugaba, tenía que pelear en el monte, no era joda. En Tucumán no era que iban y emboscaban una casa, o bombardeaban una vivienda de guerrilleros, como pasó aquí en Córdoba con lo que luego se conocería como 'El Castillo'. En Tucumán los soldados se la tenían que jugar. Tenían que vivir en el monte, pelear en combate abierto, era

117 Fue secuestrado y desaparecido en 1978 junto a su mujer.

una guerra". Lo que cuenta Tobi es tan cierto como que el Ejército, desde un año antes, también emboscaba los ranchos de los campesinos y las casas de los tucumanos que vivían en las ciudades, principalmente en la capital. Los secuestros, las torturas y las desapariciones de personas habían empezado en Tucumán el 9 de febrero del 75, cuando Menéndez era jefe de personal del Estado Mayor del Ejército, y el general Adel Vilas el comandante de la V Brigada de Infantería.

En esa comitiva que Tobi recuerda como si fuera ayer, Menéndez viajó acompañado por el general Galtieri, con quien tampoco simpatizaba por su debilidad por el whisky y actitud fanfarrona, siempre canchero y sobrador: "Cuando llegamos allá, nos asombró el discurso que Bussi ofreció a los periodistas sobre la situación tucumana, parecía un discurso del Che Guevara, de Camilo Torres. Habló de las necesidades de la gente, de los que producían el azúcar, los limones y las comparó con el lujo de los terratenientes, con sus casas fastuosas y autos último modelo. Por eso Bussi decía que esa situación era el caldo de cultivo más preciso que podía buscar la guerrilla, y explicó por qué la guerrilla había elegido Tucumán para desarrollar la guerrilla rural, que es totalmente distinta a la guerrilla urbana" (Entrevista con Tobi, 2007).

De ese viaje, Tobi resalta un dato que luego se revelaría clave para entender la regionalización de la estructura represiva y lo que estaba ocurriendo en el país: "Menéndez con Bussi no se metía. Fue parte de la comitiva y se volvió al otro día, porque parecía que había órdenes del comando del Ejército de darle libertad de acción a Bussi, independientemente de que estuviera subordinado a Menéndez en el III Cuerpo" (Idem. Ant). Aunque hasta varios años después no lo dirá públicamente, sí en privado, Menéndez no consentía que las funciones políticas y militares se fusionaran —salvo el caso de Videla— en una misma persona. Mucho menos si esa persona era Bussi. Quería evitar, y así lo hacía saber en las reuniones de los altos mandos en Buenos Aires, que los roles se tergiversaran. Como ingeniero del esquema feudal montado para arrasar la resistencia armada y desarmada a lo largo y ancho del país, sabía que una vez culminado el *Proceso*, esos jefes de subzona que tenían absoluta autonomía para operar en la faz militar, se

convertirían en caudillos territoriales. El tiempo demostraría que con el comandante de la V Brigada de Tucumán, Menéndez no se equivocaba[118].

Además del territorio que lo había hecho general en diciembre del 72, los desvelos de Luciano Benjamín en esos primeros meses del 76 pasaban por Córdoba, y no por razones antojadizas: en la provincia cabecera del III Cuerpo estaban radicadas tres fábricas militares de envergadura —Villa María, San Francisco y Río Tercero—, la primera había sido copada en 1974 por el ERP, aquí vivía una de las comunidades universitarias más numerosas y politizadas del país, y en su capital trabajaba el movimiento obrero más combativo de la última década, otro de los blancos principales de su política represiva. La preocupación de Menéndez por estas dos provincias era tal, que las subzonas existían solo en los papeles, porque el propio general era quien las supervisaba dejando para los comandantes de brigada el control de las áreas-provincias.

Clasificados en el Plan del Ejército como de "prioridad I" (oponente activo) las patotas del general pusieron todas sus energías en capturar primero a los militantes-combatientes del PRT/ERP, de Montoneros y el Partido Auténtico, de la casi desaparecida Junta Coordinadora Revolucionaria, del ERP Franja Roja y 22 de Agosto, de OCPO, y de los pocos integrantes del MIR chileno y Tupamaro uruguayo, quienes escapando de la persecución que sufrían en sus respectivos países de origen —también controlados por militares—, muchos se habían sumado a las organizaciones guerrilleras argentinas a partir de 1974. Sin embargo, no eran solo los miembros de organizaciones armadas los enemigos a exterminar por el general Menéndez. En ese mismo documento secreto del Ejército, del cual solo quedaban excluidos la Unión Cívica Radical y el Partido Federal, los otros blancos de "prioridad I y II"

118 Bussi fue gobernador de Tucumán entre 1995 y 1999, y elegido diputado ese año, aunque no pudo asumir porque el Parlamento Nacional se lo impidió debido al procesamiento por las graves violaciones a los derechos humanos por las que se lo acusaba, y que terminarían en condena a cadena perpetua el 28 de agosto del 2008 en un juicio de Tucumán. Además, la Justicia comprobó que el ex general tenía cuentas secretas en Suiza, y varias denuncias por enriquecimiento ilícito a partir de su desempeño en la función pública.

del comandante eran los delegados fabriles, los dirigentes estudiantiles, los curas tercermundistas y sus respectivas organizaciones de base (Mántaras, 2005: 146,147 y 148).

Los escuadrones de la muerte

—Videla, en el libro del "Tata" Yofre *Fuimos todos*, y en *El Dictador*, se dice que Massera lo presionaba a usted para sacar una lista de desaparecidos, y que usted le respondía que quería darla, pero que era imposible porque en el Ejército no tenía el apoyo para hacerlo, sobre todo de parte de los comandantes de cuerpo, Menéndez entre ellos. ¿Fue así?

—No exactamente, hubo una idea de sacar las listas, es más, en el Ministerio del Interior Harguindeguy las tenía, y eran de los que estaban registrados como gente en investigación de paradero, que podría ser desde un borracho que se cayó al río hasta un desaparecido por la guerra. Esto sumaba algo así, redondo, como cinco mil personas. Esta lista se podía dar, el problema estaba en que una vez dada esa lista, quién se hacía cargo. Si yo doy, me hago cargo, porque esa gente es gente que está desaparecida, entonces tengo ahora la obligación de dar razones, y dar razones no siempre se podía porque a veces, debido al sistema este de haber actuado en forma simultánea y dispersa..., había cosas que se hicieron allá abajo y que no..., no...

—No había control.

—Sí, sí, que no se podía dar cuenta. A la pregunta: está bien, usted me dice que está desaparecido, bueno, ¿dónde está?, ¿quién y porqué?, ¿en qué circunstancias? Quedaba peor no poder afrontar las preguntas de este tipo que no decir nada. Era malo no decir nada, pero peor decir y no poder decir después, porque a partir de ahí uno cargaba con la responsabilidad. Bueno, yo me hago cargo, esta gente está desaparecida. "Ah, sí, ahora explíqueme" (Videla apela a un diálogo imaginario para contar aquella disyuntiva macabra). Además, al decir que nos hacíamos cargo de la gente que estaba desaparecida, al que había eliminado la guerrilla lo cargábamos; el que se había cambiado de identidad, jugado porque no quería seguir peleando en la guerrilla, era un desaparecido; el que jugando con explosivos quedó, como en Monte Chingolo —

veintidós personas— sin identificar, entonces está desaparecido. Estaban ahí, los familiares no los reclamaron y no se pudieron identificar. Ese también era un desaparecido. Nos teníamos que hacer cargo nosotros. Era una jugada muy, muy riesgosa, en la que íbamos a salir peor parados que si no decíamos nada.

Mirándome a los ojos a través de sus anteojos, desparramando sus esqueléticas manos sobre la mesa ratona para explicar "las cosas que se hicieron allá abajo", Videla describe el carácter simultáneo y descentralizado de la represión ilegal de la cual era su jefe máximo, y justifica —o más bien se autojustifica— por qué él y Menéndez nunca entregaron una lista de las personas secuestradas y desaparecidas como en algún momento se discutió en la mesa chica del poder militar de la que formaban parte. La mayor tragedia de la historia nacional, que condenaría para siempre al régimen que los tuvo de protagonistas y partiría en mil pedazos a la sociedad argentina, tuvo una sencilla y mortífera explicación, que el otrora jefe del Ejército se cuidó de desarrollar en la intimidad de su casa por temor a posibles consecuencias jurídicas: las decenas de escuadrones de la muerte que esparcidos por toda la geografía nacional, pero especialmente en el eje Tucumán-Córdoba-Rosario-Buenos Aires-La Plata, se dedicaron a secuestrar, torturar y desaparecer a todos los que el comandante del III Cuerpo definió ante el Consuffaa en 1986 como "el aparato subversivo, clandestino y legal". Porque como dijo Videla a los periodistas que escribieron su biografía, "ésta era una guerra de inteligencia" o, como sostiene el primo Mario Benjamín, "una guerra de baja intensidad". Eufemismos que sus maestros franceses podían ajustar al escenario argelino, donde a fines de los 50 inventaron la *guerra antisubversiva* para defender su colonia africana contra una fuerza insurreccional que luchaba por su independencia, pero inaplicable en la Argentina del 70, donde las Fuerzas Armadas, con la excusa de destruir a un grupo de organizaciones insurgentes seriamente dañadas cuando los militares tomaron el poder, actuaron contra la población civil y sus instituciones democráticas siguiendo el dogma del aniquilamiento por la redención, que las fuerzas armadas mamaron del integrismo católico y que Menéndez impuso a sus hombres, del cual nadie quedaría a salvo. Ni siquiera los hijos de sus propios camaradas.

El 12 de abril, mientras el general Chasseing asumía como interventor de Córdoba en reemplazo del también general José María Vaquero, Carlos Alfredo Escobar se despidió de su hermano Enrique, con quien había almorzado, y partió a la sede del Sindicato de Empleados Públicos (SEP). Aunque estaba de licencia, y toda su familia venía suplicándole que saliera del país por un tiempo, el entonces secretario gremial por la opositora lista marrón decidió ir igual a su lugar de trabajo. Ningún dirigente sindical, mucho menos uno de su rango, podía desconocer a esa altura de la situación que los espías del general Menéndez y de la derecha peronista venían haciendo estragos entre los trabajadores de izquierda. Sin embargo, la subestimación del enemigo —incluso cuando éste ya tenía todo el poder del Estado—, y la sobreestimación de sus propias fuerzas, sería una constante entre la militancia revolucionaria y la explicación del anunciado final de muchos ellos.

Fue precisamente ese voluntarismo militante lo que facilitó que la directora de complementación educativa, que había sido miembro del Comando Libertadores de América, se comunicara con el capitán Vergéz para informarle que el secretario gremial se encontraba en el sindicato. Sin demorar un segundo, el jefe del grupo OP3 del Destacamento de Inteligencia 141 llegó con su patota, y a plena luz del día sacó a Carlos encapuchado, metiéndolo en el asiento trasero de su propio auto. Al día siguiente el coche apareció en las orillas del Lago San Roque, y el hijo mayor del coronel Carlos Alberto Escobar en La Perla, donde fue torturado durante varios días.

Apenas enterado del secuestro de su hijo, el coronel movió cielo y tierra para salvarlo de las garras del "Cachorro". Hasta el mismísimo Videla escuchó su desesperado relato, ya que ambos se conocían del Liceo y el Colegio Militar, donde habían sido compañeros. Sin respuestas de la Casa Rosada, Escobar le pidió al general César Fermín Ochoa, interventor de Santiago del Estero, que insistiera ante el presidente. Pero nada. El secuestro del hijo de un coronel del Ejército probaba hasta que punto llegaba la política represiva en el III Cuerpo, y el peso que tenía su jefe para decidir sobre el destino de sus prisioneros Cuando el coro-

nel Escobar entendió que ninguno de sus contactos era suficiente para sacar a Carlos del infierno, encaró al único que tenía ese poder y la autoridad para modificar el destino de su primogénito. Pero al finalizar el encuentro con Menéndez, éste se comunicó con su ángel de la muerte para dejarle en claro que ningún comunista sería merecedor de su piedad: "Anda jodiendo el coronel Escobar, trasládenlo"[119], fue la orden de Menéndez a Vergéz. Hasta el día de hoy se desconoce el paradero de Carlos Alfredo Escobar, o "Marcelo" para sus compañeros de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), la organización marxista-troskista que en el 75 se había inclinado por la lucha armada para llegar al poder y transformar el régimen capitalista en uno socialista.

Ex alumno del Liceo Militar de Buenos Aires, de donde lo habían echado por sus permanentes cuestionamientos al autoritarismo de la institución que formaba los "líderes del futuro", Carlos se había volcado a la política apenas su familia se radicó en Córdoba, cuando su padre fue trasladado desde Capital Federal al III Cuerpo de Ejército. Como la inmensa mayoría de una generación que no tenía a la democracia como objetivo, porque siempre habían visto a los militares echar a los distintos gobiernos civiles, el mayor de seis hermanos había vivido en las calles la adrenalina del *Cordobazo* y el *Viborazo*, y asimilado el poder del pueblo organizado. Por sus ideas y porque el coronel era de los que pensaban que los militares debían participar en política, las discusiones entre padre e hijo eran feroces. Su hermano Enrique recuerda todavía que en las agitadas sobremesas familiares, el coronel sostenía la hipótesis de que la Argentina estaba infiltrada por el comunismo.

Tal vez esa formación, y el espíritu de cuerpo que en la milicia es como un fuego sagrado, influyeron en la resignación de quien eligió ser una tumba hasta el día de hoy y participar activamente del proyecto político que se llevó una parte de su alma: a pocos meses del secuestro de su hijo, con la certeza de que éste había sido asesinado por orden de Menéndez, el coronel Escobar aceptó ser Director de Transporte del gobierno de Chasseing. Y a pesar de los reclamos y fuertes cuestionamientos que le hicieron

119 Relato de Enrique Escobar al autor.

sus otros hijos, que siguen buscando el cuerpo del hermano desaparecido, el padre jamás aceptó hablar del tema, ni opinó sobre el accionar de las Fuerzas Armadas en la "lucha contra la subversión". Tampoco testificó en ninguna causa en la justicia federal, ni acusó a los verdugos de Carlos Alfredo. Mucho menos quiso, según su hijo Enrique, dar su versión de los hechos para este libro.

Yo soy la ley, doctor

—¡Dígale al general Menéndez que mañana mismo voy a verlo a su despacho, necesito urgentemente hablar con él por un par de presos. Yo soy el juez, y esto así no puede seguir, Guillamondegui!

—Está bien, doctor..., tranquilícese, el general va a estar mañana en su oficina y me ha dicho que no tiene inconveniente en recibirlo.

El juez federal Humberto Vázquez colgó el teléfono y se quedó masticando bronca. Estaba harto que el amo y señor de Córdoba no le entregara las causas de las personas detenidas por razones políticas, o que ni siquiera le informara si los prisioneros estaban a disposición de la justicia federal o del Poder Ejecutivo Nacional. La relación entre ambos era pésima desde el día en que el Ejército asumió el control de la lucha antisubversiva, en octubre del 75, con los decretos de Luder. Vázquez era un férreo defensor de las garantías constitucionales, que se negaba a procesar o condenar personas por las simples sospechas de la Policía o el Ejército. Por eso, en los últimos seis meses, cada vez que el juez le solicitaba información sobre los operativos y los detenidos a su cargo, Menéndez lo evitaba con distintas evasivas a través de sus subordinados. Ni siquiera se había dignado a responderle una carta que el 30 de diciembre Vázquez le había enviado para conocer el destino de los que supuestamente estaban detenidos bajo su órbita, pero no aparecían por ningún lado. Cuando el juez preguntaba por ellos, la respuesta que bajaba del III Cuerpo era la misma: no estaban en las cárceles, ni en las comisarías. Tampoco blanqueados en alguna guarnición militar. Estaban, aunque la mayoría lo ignorara en diciembre del 75 —incluso un juez de la Nación—, muertos o desaparecidos en La Ribera, La Perla o el D2.

Cansado ya de la indiferencia del poder castrense, sin medir que el país era gobernado por una dictadura infinitamente más sangrienta que las que él había conocido a lo largo de su vida, Vázquez pidió audiencia a quien muy pocos se animaban a enfrentar. La urgencia tenía también un motivo especial: antes de llamar por teléfono a Menéndez, el reconocido penalista Díaz Gavier había llegado hasta su despacho para pedir por la libertad de Jaime Pompas y Daniel Lokman: "Doctor, hemos averiguado que ambos están en poder de Menéndez, aquí le traigo los hábeas corpus para que los ponga inmediatamente en libertad. Confío plenamente en su capacidad", le dijo Díaz Gavier a su ex alumno de la facultad de derecho. Cuando Vázquez fue a San Martín confirmó que ahí se encontraban detenidos Pompas y Lokman. El "Negro" tenía fama de calentón, y al salir del penal estalló: "Al otro día de esa visita a San Martín, en el auto del jefe de policía, que se ofreció a llevarme, me fui al comando del III cuerpo. Iba solo, no dejé que nadie me acompañara a ese encuentro", recuerda Vázquez treinta años después de aquel hecho (Entrevista a Vázquez, 2007).

Cuando el jefe de policía terminó de estacionar el auto en la entrada principal del comando, Vázquez se bajó del coche con la mirada encendida y como un rayo encaró al secretario del comandante:

—Como le adelanté por teléfono, Guillamondegui, no pienso irme de aquí hasta hablar con Menéndez.

—Está bien, doctor, el general ya lo va a atender, por favor tome asiento que en unos minutos lo hago pasar.

Al rato de esperar, Vázquez atravesó el umbral de la iluminada oficina que el jefe del III Cuerpo tiene de frente a las sierras de Córdoba. Pero ni el imponente paisaje de las montañas cayendo sobre el ventanal fue capaz de apaciguar los ánimos del juez:

—General, ayer estuve en la cárcel de San Martín y confirmé que están los señores Pompas y Lokman. Quiero saber por qué motivos y bajo qué figura están detenidos, porque yo no me he enterado de nada.

Caminando por su amplio despacho, sin mirarlo a los ojos, Menéndez bajó al juez a la tierra:

—Doctor, nosotros hemos echado a la presidenta del poder...

El comandante no terminó de hablar, que Vázquez lo cortó en seco:

—¡Yo tendría que ponerlo preso a usted, porque sino tengo que irme, general! Yo soy el juez, y por ende su responsabilidad es poner los detenidos a mi disposición, o mostrarme el decreto donde el Presidente, en uso de sus facultades constitucionales, declara que ambos están a disposición del poder ejecutivo nacional.

Con la tranquilidad de quien se sabe dueño del poder absoluto, Menéndez dejó que Vázquez terminara su descarga emocional, y con una pícara sonrisa en su rostro, le invitó un café.

—No, gracias —fue la respuesta de quien en vano intentó una última y desesperada defensa del estado de derecho.

—¡Esta es la ley, general, y yo estoy aquí para hacerla cumplir! —gritó Vázquez, cuya temperatura iba en aumento. Pero Menéndez ni se inmutaba. El derecho no era su fuerte, y menos que menos en el olimpo del poder militar:

—Pero, bueno, doctor..., hemos tirado abajo a la presidenta, hemos cambiado todo, estamos en guerra...

Con el mismo discurso y argumentos que repite hasta el día de hoy ante camaradas, funcionarios judiciales y periodistas, el comandante volvió a justificar los métodos ilegales para aniquilar la "subversión". La respuesta de Vázquez era previsible:

—Entonces yo tengo que irme. Si yo no puedo juzgar a mis ciudadanos, tengo que irme, porque estoy de más, estoy de más, general. Están mezcladas las cosas, Menéndez, ¡yo no puedo ser un títere! —vociferó el juez, ya sacado de sus casillas—. Usted tiene otra tarea. Si a usted le encomiendan detener a una persona porque a través de un decreto esa persona está a disposición del PEN, y me muestra el decreto, lo acepto aunque no esté de acuerdo, pero...

—Cálmese, doctor, el problema es que desde Buenos Aires no mandan los decretos.

Mucho tiempo después, cuando Vázquez relató el entredicho que mantuvo con el protagonista de este libro, confirmó que aquello era cierto: "Todo se demoraba, desconozco si porque habría bronca entre ellos, celos con Harguindeguy o qué se yo..., pero los decretos no llegaban".

—Esta bien, general, pero si los decretos no llegan, el culpable de que esas personas estén detenidas ilegalmente, soy yo. Y usted se está aprovechando de esa situación, además de forzarme a que presente la renuncia.

—Pero doctor, mire de quienes estamos hablando, Pompas y Lokman...

Vázquez sabía que a Lokman se lo acusaba de "traficar autos y de ser un ratero"[120], y que sobre Pompas pesaba el rumor de ser financista de la guerrilla, algo que jamás se comprobó, pero que Menéndez se lo enrostró ese día:

—Lokman, Pompas..., son dos ladrones de guante blanco, y usted lo sabe, doctor.

"Era cierto, eran dos tránsfugas, pero no por eso tenían que estar detenidos por "subversivos", sostiene Vázquez en su casa de Juniors, una tarde de noviembre del 2007.

—Mire, general, si usted no va a cumplir lo que dice la Constitución, yo no tengo nada más que hacer. Buenos días.

Mucho tiempo después de esa conversación, Humberto Vázquez confesó que esa mañana en el despacho del hombre más poderoso de la región hasta se cruzaron algunos insultos que él ya no recuerda por el paso del tiempo: "Sí me acuerdo que la discusión fue muy áspera, y que hasta algunas palabrotas nos dijimos". Desafiar al jefe supremo del III Cuerpo en sus propias narices, a solo un mes del golpe, era suficiente para no contar más el cuento. Inclusive para un juez federal. Pero el "Negro" era famoso por su guapeza y convicción republicana, y ese día Menéndez lo comprobó en persona. Sin embargo, impotente ante ese poder ilimitado que ejercían las Fuerzas Armadas, el 30 de abril Vázquez presentó su renuncia al cargo que desde diciembre del 74 ejercía en el juzgado federal numero dos de Córdoba. Su forzado retiro no sería un problema para Menéndez ni para el gobierno nacional, quienes se tomaron seis meses para nombrar a Miguel Angel Puga como reemplazante, "el juez más blando y funcional que tuvo la dictadura", según el renunciante.

120 Lo señaló Vázquez en la entrevista.

Clausurada toda posibilidad de pelear contra esa máquina de muerte, sin otra ley que las normativas secretas que el Estado Mayor del Ejército emitía para matar "subversivos", ni más Constitución que las Actas y el Estatuto del "Proceso", Vázquez se replegó en su cátedra de la facultad de derecho de la UNC. Actitud que muy pocos jueces siguieron.

Tranquilo con su conciencia, amargado por la realidad de un país entregado a las garras del infierno, el "Negro" se guardó en su cueva a esperar que pasara el invierno. Sabía que el sol tardaría varios años en salir.

Por esos mismos días de abril, mientras el gobernador Chasseing justificaba en conferencia de prensa que "la subversión está en todos los niveles del Estado", pero que la represión de su amigo Menéndez "no era una cacería de brujas, sino una guerra contra los enemigos de la patria", el abogado Lucio Garzón Maceda no tuvo más remedio que huir de Córdoba para salvar su vida. "El bacán", como lo etiquetó despectivamente el coronel Carlos Escobar unos días antes del golpe[121], hacía un año que estaba amenazado de muerte por el Comando Libertadores de América, que una tarde de 1975 estacionó a cuatro de sus Falcon frente a su casa de Villa Allende para prenderle fuego mientras él disfrutaba en la cancha un partido de fútbol.

La intimidación a quien era abogado de la CGT y ex defensor de Agustín Tosco, cuando el "Gringo" era el líder sindical más respetado del país, y por lo tanto enemigo declarado del poder militar, no cesaba. Sus antecedentes profesionales eran más que suficientes para ser catalogado por Menéndez como "parte del aparato subversivo", según la clasificación que éste hizo ante el Consuffaa en marzo del 86 para describir a sus enemigos. Ni siquiera el origen patricio[122] de quien defendía al movimiento obrero desde la década del 50, servía como salvoconducto para moverse

121 Escobar lo llamó así ante Silvio Mondazzi y Abelardo Ramos, dirigentes del Frente de Izquierda Popular (FIP) en un acto en el III Cuerpo de Ejército, días antes del golpe del 24 de marzo.

122 Félix Garzón Maceda fue un reconocido médico e historiador de Córdoba, que además de publicar libros sobre medicina, historia y ciencia, dirigió la Biblioteca de la Universidad Nacional de Córdoba ante de fallecer, en 1940.

en la patria menendista. Por eso, el mismo día que las patotas del general incendiaron su departamento del centro de Córdoba, el hijo del doctor Félix Garzón Maceda se convenció de abandonar la provincia donde había nacido y desarrollado su carrera: "Previo a quemarme la casa, me robaron todo", dice Lucio en el bar que a fines de los 70 y principio de los 80 solía regar de café los encuentros que Menéndez y Eduardo Angeloz mantenían en las oficinas que éste tenía en el primer piso de un edificio que mira a la avenida General Paz, casi Deán Funes. "Cuando me quemaron el departamento, mis amigos me obligaron a viajar a Buenos Aires porque Menéndez le había puesto precio a mi cabeza. En agosto, tras unos meses de vivir escondido, una vez que los pasaportes estuvieron listos, pude salir de la Argentina y viajar hacia Francia, donde me esperaba mi familia", cuenta Garzón Maceda, esta vez sin su característico moñito en el cuello de la camisa.

Por esas paradojas de la vida, la tierra elegida para su exilio era la misma que años atrás había formado a su verdugo en los métodos antisubversivos: "Los militares argentinos eran fanáticos lectores de Jean Lartéguy, un autor francés que escribió cinco libros muy influyentes entre nuestros oficiales. El más famoso se llamaba *Los Centuriones*, que novelaba el trabajo sucio hecho por el ejército francés en Argelia en la década del 50". Según Garzón Maceda "el general Osiris Villegas, que fue uno de los formadores ideológicos de Menéndez y de todos los golpistas del 76, tenía esos libros en la biblioteca de su despacho. Yo mismo se los vi" (Entrevista con Garzón Maceda, 2006).

El 21 de mayo, dos meses después del golpe, el Estado Mayor del Ejército envió a los distintos comandos de cuerpo la directiva 405/76, que dividía al país en cinco zonas de seguridad, diecinueve subzonas y ciento diecisiete áreas. En un territorio cuadriculado, que el ejército había ensayado en los 60 en distintos ejercicios junto a los instructores franceses (Ballester, 1995) la Argentina pasó a ser la suma de muchos feudos controlados por altos oficiales de las tres armas.

El esquema era una réplica de la estructura política de la edad media, con la diferencia de que en lugar de rey había una Junta Militar. "La nuestra fue una dictadura colegiada", diría mu-

chos años después Videla, haciendo un significativo aporte al análisis histórico de su gobierno. Pocas definiciones pueden explicar de modo tan preciso lo que fue el régimen que encontró en su personalidad al único jefe capaz de conciliar la multiplicidad de intereses que el "Proceso" cobijaba entre las restantes figuras del poder militar.

Aunque las decisiones sobre qué personas eran capturadas se tomaban en la punta de la pirámide, luego de un análisis de lo que se llamó "Comunidad Informativa", lo único que les estaba prohibido a las patotas en el marco del esquema de represión indiscriminada, era meterse en el feudo de otros. Todo lo demás estaba permitido mientras cumplieran con la misión encomendada: secuestrar y torturar prisioneros, sacarles información para armar los organigramas del ERP y Montoneros, y entregar esos datos a sus jefes inmediatos, quienes la iban subiendo hasta llegar al despacho del general Menéndez, que sabía cada paso que daban sus escuadrones de la muerte. Todo, absolutamente todo, se hacía por escrito y triplicado, quedándose el comandante con una copia de los operativos clandestinos o enfrentamientos a luz del día (Declaración Consuffaa, 1986).

Salvo en este cuerpo de ejército, donde el "Cachorro" centralizó todas las operaciones, en los cuerpos I, II, V e Institutos Militares, la cinco zonas de seguridad en que la Junta había dividido al país para "luchar contra la subversión", el poder se repartió entre distintos generales, almirantes y brigadieres, armándose cada uno un coto desde el cual escalar en la enmarañada estructura represiva. "Todo fue descontrolado", diría muchos años después el abogado radical Ricardo Yofre, quien desde la secretaría General de la presidencia fue uno de los políticos más influyentes en los dos primeros años de la dictadura. Sin embargo, el mismo Yofre reconoce en el libro *El Dictador* que en el distrito donde reinó Menéndez "este tipo de cosas no pasaban":

—Señor general, ¿Qué unidades y organismos estaban subordinados al comando del Cuerpo de Ejército III, a los fines de la lucha antisubversiva? —preguntó el presidente del Consuffaa al general Menéndez, en marzo del 86.

—Estaba todo el Orden de Batalla del Cuerpo de Ejército III, que tenía tres brigadas: la Brigada V de Tucumán, Salta y Jujuy, la Brigada VIII en Cuyo y la Brigada IV en Córdoba y Catamarca. Además, sus formaciones, los destacamentos de Policía Federal de cada provincia, todas las policías provinciales y todos los elementos del servicio penitenciario, respondió Menéndez, que siguió hablando un rato más sobre la estructura represiva que había funcionado bajo su mando. Ese mediodía, ante "su" tribunal, confirmó que la directiva para operar militarmente siguió siendo, hasta mayo del 77, la 404/75 que Videla había firmado el 28 de octubre del 75. "La que reemplazó a ésta fue la 504/77, cuyas modificaciones eran menores en el plano militar", agregó Menéndez a sus jueces militares. Como lo haría también ante la justicia federal a partir de 1987, cuando fue procesado por primera vez por lo actuado en los años 70, el Comandante volvió a remarcar que el jefe había sido él, y que la represión respetaba el esquema de poder feudal acordado con las otras fuerzas:

—General, ¿qué organismos fueron responsables en el ámbito de su jurisdicción, del Cuerpo III, de la planificación, dirección y ejecución de la lucha antisubversiva? —preguntó el presidente del Consuffaa.

—El responsable era yo, mi general, y cada escalón de mando tenía las responsabilidades inherentes a su cargo. Yo procuré, o mejor dicho, hice que se mantuvieran estrictamente las relaciones de mando, y los comandantes de brigada era comandantes de las subzonas enmarcadas por la jurisdicción de su brigada, y los jefes de regimiento eran jefes del área que guarnecían, generalmente las provincias donde tenía guarnición su regimiento.

Siguiendo la hoja de ruta del *Plan del Ejército*, tanto Menéndez como la Junta de Comandantes Generales de la que formaba parte, coincidían en que recién cuando el aparato militar estuviera totalmente aniquilado, el régimen podría empezar la "etapa política" de un proyecto pensado, como mínimo, para diez años. Y aunque en la indagatoria ante el Consuffaa Menéndez contestó que "las directivas ordenaban aniquilar primero el aparato político, antes

incluso que los elementos de armas llevar de la subversión", varios de sus prisioneros de La Perla y los procedimientos que él ordenó en los meses posteriores al golpe confirman que su objetivo número uno eran las organizaciones armadas, y primordialmente la que lideraba Santucho: "Lo que lo obsesionaba era el ERP, porque era marxista, después los Montoneros, a quienes definía como 'peronistas que no eran peronistas'. Por eso los militares primero buscaron destruir al ERP, después a Montoneros y por último a las estructuras legales de ambas organizaciones" (Entrevistas a Callizo, Suzzara, Meschiatti y Kunzman, 2006 y 2008). La investigación de Martin Andersen *Dossier Secreto, el mito de la guerra sucia*, basada en documentos secretos de la embajada norteamericana y del Departamento de Estado, respalda las afirmaciones de los prisioneros detenidos en los campos de concentración.

Con la guerrilla marxista entre ceja y ceja, el grupo operativo de Menéndez asestó un golpe mortal a la regional Córdoba del PRT/ERP once días después del golpe de marzo: Eduardo Castello, secretario regional, fue abatido y alrededor de 100 células de 120 fueron desarticuladas, capturando el ejército unos 300 presos de la organización marxista (Yofre, 2007: 33). Solo un mes después de esos operativos, en un allanamiento en barrio Observatorio, Vergéz y Acosta secuestraron al "Sapo" Ruffa, jefe del departamento de Legales del PRT, llevándose con él un botín incalculable de documentación confidencial. Cecilia Suzzara, que se encontraba desaparecida en La Perla desde el 24 de marzo, no olvida el impacto que causó en ella y en sus compañeros esa caída: "Un día me sacaron de la cuadra y me llevaron a una de las oficinas de la entrada. Ahí me quitaron la venda, y Manzanelli me gritó: ¡mirá, leé, hija de puta!". Cuando los ojos entumecidos por las vendas pudieron hacer foco en los papeles que estaban sobre una mesa, Cecilia sintió que se moría: era su ficha personal de la organización (Entrevista con Suzzara, 2008). "Levanté la mirada y Manzanelli me sacudió una trompada que me tiró al piso. Con la boca sangrando, sentí terror al ver toda esa información en manos de los milicos: eran pilas y pilas de fichas y carpetas de compañeros. El secuestro del "Sapo" fue demoledor, porque en su casa estaba el fichero de seguridad del partido" (Idem. Ant).

Tanto Cecilia como otros prisioneros del PRT capturados en Córdoba por Menéndez, aseguran que esa caída en barrio Observatorio y la del 29 de marzo en Moreno[123], al norte del Gran Buenos Aires, fueron desastrosas para la organización porque en ellas el Ejército se alzó con información muy valiosa. Los secuestros masivos de sus militantes serían la prueba fatal del trabajo cada día más "eficiente" de los escuadrones de la muerte, que a meses de tomar el poder tenían cercado y moribundo al principal enemigo del centurión argentino.

Los campos y el circuito represivo

"De acuerdo a la clasificación que hacía la Comunidad Informativa en el Destacamento 141, Menéndez ordenaba que a La Perla llevaran los detenidos más importantes o peligrosos, y que el resto fuera al D2, La Ribera o a la cárcel de San Martín. Igual, salvo algunas excepciones, la mayoría de los secuestrados pasaba por el infierno de La Perla, donde recién después de la tortura y los interrogatorios, de acuerdo a la información obtenida por Barreiro, Texas o Manzanelli, eran tirados en la cuadra con los ojos vendados y sus manos atadas, derivados a otros campos de concentración, o directamente asesinados y enterrados en algún lugar de ese inmenso descampado que rodeaba el cuartel" (Entrevista con Callizo, 2007). El relato se repite de manera casi idéntica en ocho de los sobrevivientes que más tiempo estuvieron secuestrados en uno de los tres campos de concentración más importantes del país, cuya dimensión del horror es solo comparable con la ESMA y Campo de Mayo[124]. Según estas personas, que lograron vencer el dispositivo represivo del Comandante, o, como define Calveiro, a su "máquina succionadora, desaparecedora y

123 En la casa de Moreno se encontraba el Comité Central del PRT/ERP planificando la resistencia al flamante gobierno militar. Pero cuatro días después del golpe, mientras Videla juraba como presidente de la nación, una patrulla del ejército emboscó la casa y se ametralló con los guerrilleros, cuyos jefes principales, incluido Santucho, lograron salvar su vida y fugarse por un camino de tierra. (Para más información, buscar en *"Monte Chingolo"*, de Plis Steremberg, y *"Los Perros"*, de Luis Mattini.

124 En el campo de concentración de la Armada se calcula desaparecieron 4 mil personas, y en el del Ejército entre 4 y 5 mil. Además, en ambos centros clandestinos se utilizó de manera sistemática el recurso aéreo para arrojar prisioneros vivos al mar o el Río de la Plata.

asesina", el grado de peligrosidad dependía de si los secuestrados pertenecían o no a las organizaciones armadas, si eran miembros o no de sus estructuras políticas, o si integraban las aguerridas comisiones de base de las fábricas, que por lo general estaban alineadas con el PRT o el PCR[125] que René Salamanca había conducido desde el Smata hasta que fue secuestrado, en la noche misma del 24 de marzo. "Como en La Perla dejaban a los que ellos consideraban más peligrosos, o que podían serles más útiles para armar los organigramas del ERP y Montoneros, al lugar lo llamaban la 'Universidad', mientras que al campo La Ribera le decían 'La Escuelita', porque ahí llegaban secuestradas personas comunes, no solo militantes políticos", afirma Teresa Meschiatti, sobreviviente de La Perla. "En ese centro clandestino de barrio Müller, los secuestrados que no eran fusilados luego de la tortura frente al paredón del patio, por lo general estaban de paso y su destino era la libertad o el blanqueo en la cárcel de San Martín. Aunque hubo pocos casos, algunos fueron nuevamente llevados a La Perla para seguir con la tortura", agrega a quien todos conocen por "Tina". "Geuna, que era miliciana, recién fue secuestrada en junio del 76, a pesar de que Dietrich y Ludueña ya tenían su dirección en la madrugada del golpe. Si los militares conseguían la información de los jefes, primero atacaron de arriba para abajo, en función de la jerarquía. Así tenían más posibilidades de desarticular la organización más rápidamente".

Ana Mohaded, ex militante de OCPO que pasó por La Perla, La Ribera y otros campos de concentración, describe el comportamiento interno de ese grupo represivo que el "Cachorro" conducía desde el cielo. Porque, como dicen todos los sobrevivientes, incluida Ana, Luciano Benjamín era Dios, o, por lo menos, miembro destacado de los varios que se arrogaban su representación en la tierra. Y desde esa condición de "deidad" o profeta bíblico del catolicismo occidental, decidía quién moría y quién no: "Menéndez construyó entre sus subordinados y ante la sociedad la imagen de cazador de subversivos. A diferencia de otros jefes, él ejerció un poder monolítico, sin disputas ni quiebres. En La Perla, que fue su gran máquina de la muerte, había un verticalismo total en relación

125 La primera se definía como marxista-troskista y la segunda marxista-maoista.

a Menéndez, que logró que sus hombres alcanzaran un nivel de perfección de la tortura. Era común escucharlos jactándose de ser los mejores torturadores. Ellos sentían orgullo por eso y por el trabajo de inteligencia e infiltración que hacían con los 'lancheados'[126] que le servían para marcar más gente".

El secuestro de Mohaded en noviembre del 76 y su cautiverio son un ejemplo viviente del circuito represivo que Menéndez había diseñado para aniquilar a sus enemigos: "Inmediatamente después de secuestrarme me llevaron a La Perla, donde me torturaron varias veces. Después de unas semanas ahí, al no poder sacarme información que a ellos les sirviera para armar sus organigramas, me trasladaron al Campo La Ribera, donde estuve un tiempo, que no recuerdo cuánto. Luego, sin decirme nada, me llevaron a la cárcel de San Martín, y al cabo de un período ahí, a Villa Devoto, en Buenos Aires, junto a otras presas" (Entrevista con Mohaded, 2006).

A pesar de que los detenidos políticos alojados en cárceles estaban incomunicados por orden de la Junta de Comandantes Generales, el intercambio de prisioneros tenía una razón específica: desarticular la estructura organizativa que los detenidos mantenían en sus lugares de cautiverio, y destruirlos psicológicamente a partir de un aislamiento cada vez mayor. "Nos trasladaban en los famosos aviones Hércules de una provincia a la otra, con el único fin de romper los lazos y la organicidad que nunca dejamos de cumplir en la cárcel", dice David Lanuscou, militante barrial de Montoneros, que fue secuestrado el 25 de enero del 76 en barrio 1 de Mayo, en el marco de una ola de secuestros masivos que Menéndez ordenó los dos meses previos al golpe (Entrevista con Lanuscou, 2010). "Luego de ser torturado junto a mi mujer en el D2, el 20 de febrero me llevaron a San Martín, donde estuve un año. De esta cárcel, que llamaban UP1, pasé a La Plata, donde estuve otros cuatro, después un tiempito en Villa Devoto y el último año en Caseros, donde los presos políticos jamás vimos el sol,

126 Los militares llamaban así a las operaciones en las que un prisionero era sacado por la fuerza del campo de concentración y subido a un auto para que 'marcara' a algún compañero de su organización en la calle, la universidad o en las puertas de fábrica. Fueron poquísimos los casos en que un secuestrado se pasó al bando militar convencido, por decisión propia, aunque sí hubo varios "quebrados" que optaron por colaborar con los represores.

estábamos blancos como la pared", completa David, que se pasó ocho años preso en las cárceles de la dictadura, totalmente incomunicado, escribiendo poesías y canciones con un clavito en la pared, porque los presos políticos tenían prohibido, entre muchas otras cosas, algo tan básico como el lápiz y el papel.

En este eficiente esquema de territorialización o feudalización represiva diseñado por la Junta para aniquilar en poco tiempo a la "subversión", el derrotero que sufrió David es el mismo que padecieron la mayoría de los presos del mandamás del III Cuerpo. Tratados como objetos por éste, lo común era que las mujeres fueran trasladadas desde la UP1 de San Martín a Villa Devoto y los varones desde Córdoba a las unidades de La Plata, Sierra Chica, Caseros o Rawson[127].

Como cuentan sus prisioneros, el terror menendista no se circunscribía en Córdoba a La Perla y La Ribera. A ellas se sumaba la D2 de la policía ubicada en el Pasaje Santa Catalina, entre la catedral y el Cabildo Histórico, y lo que luego se conocería como la "Perla Chica", un pequeño sitio del Ejército en la localidad de Malagueño que albergó a unos pocos detenidos en 1978, en su paso previo a la libertad vigilada. Además, aunque no era oficialmente considerado un campo de concentración, y en su declaración ante el Consuffaa Menéndez no lo ubica como uno de sus "Lugares de Reunión de Detenidos" (LRD), la Unidad Penitenciaria N1 de barrio San Martín pasó a ser, a la semana del golpe, un campo de concentración semiclandestino, porque a pesar de que los prisioneros políticos estaban legalmente detenidos —algunos a disposición de los jueces federales, otros del Poder Ejecutivo Nacional—, sus condiciones de cautiverio pasarían a ser iguales que en La Perla o La Ribera desde el día que la Junta de Comandantes Generales ordenó un nuevo régimen para todos ellos. Disposición que en Córdoba se efectivizó el 2 de abril, cuando el temible coronel Sasiaiñ envió la orden reservada N6 1005/40 a todas las unidades carcelarias de la provincia, estipulando las nuevas condiciones en el trato a los enemigos del general. En esa

127 Entre octubre y diciembre del '76, hubo un masivo intercambio de prisioneros entre los distintos comandantes de cuerpo del ejército.

directiva, el comandante de la IV Brigada Aerotransportada y jefe del área 311 ordenó la incomunicación absoluta de los "delincuentes subversivos", el retiro de todo "elemento de lectura" (libros, revistas), de "gimnasia" (colchonetas), de "confort" (radios, televisores, estufas, calentadores), la prohibición de todo tipo de "entretenimiento" (naipes, ajedrez), de "visitas" (abogados, familiares), de "encomiendas" y "comida especial", la censura de la correspondencia, la prohibición de que hombres y mujeres tuvieran contacto alguno, la atención médica fuera del penal y "sugirió" que las madres con hijos entregaran los pequeños a sus familiares "en la inteligencia de que una vez separados no podrán volver a reclamar la devolución de los mismos mientras dure su cautiverio o se disponga lo contrario, debiendo tener en cuenta que no podrán recibir visitas" (Dossier del Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, 2010).

El aislamiento, la incomunicación y el cambio cualitativo en el trato a los prisioneros que se produjo el 11 de abril con la toma del control de la UP1 por parte de los militares y de gendarmería, se trasladó también al aspecto cuantitativo: mientras antes del 24 de marzo la población de presos políticos era de doscientas personas, después de esa fecha creció a mil, distribuidos en tres pabellones de máxima seguridad: al catorce iban las mujeres, mientras que el seis y el ocho albergaba a los hombres, el primero con celdas individuales que los militares construyeron específicamente para tal fin, y el segundo con celdas compartidas entre cuatro o cinco presos (Idem. Ant). Lanuscou, que estaba en el ocho, recuerda que el copamiento del penal por parte del Ejército fue total, como si el lugar fuera una fortaleza guerrillera en medio del barrio y no el campo de concentración que en realidad era: "En la entrada y en los costados de la cárcel se instalaron carpas verdes donde dormían los soldados. Estábamos rodeados de milicos, que también empezaron a hacer de carceleros en los pabellones de presos políticos, reemplazando a los penitenciarios. Sentían por nosotros entre miedo y desprecio, aunque creo que esto último en el fondo escondía lo primero" (Entrevista con Lanuscou, 2010).

Luis Miguel Baronetto estaba como Lanuscou prisionero en San Martín, y recuerda que Sasiaiñ visitó el sector de los deteni-

dos "especiales", como le llamaban los militares, para informarles de las nuevas condiciones de detención que su jefe Menéndez había acordado con los otros generales del Estado Mayor en Buenos Aires. Paseándose de una punta a la otra, a los gritos y con actitud mesiánica, quien sería ascendido a general en mayo de ese año anticipó a los presos el plan de exterminio: "Los vamos a matar a todos, pero los vamos a matar de a poco, como a las ratas, para que sufran" (Revista Umbrales, 2006).

Al mes y medio los amenazados confirmarían que el terror psicológico se alimentaba de vidas humanas, y que cualquiera de ellos podía ser la siguiente víctima.

La Patota

En el informe que Callizo y otros sobrevivientes elaboraron en el exterior para denunciar a la dictadura ni bien se fugaron del país, la estructura y el personal que respondía a Menéndez en la "lucha antisubversiva" estaba constituida por un coronel[128] al mando del Destacamento 141, y un teniente coronel como subjefe[129]. A su vez, el organismo responsable de llevar adelante la represión contra las organizaciones armadas y populares se dividía en cuatro secciones, cada una conducida por un oficial: *Política, Grupo Calle, Operaciones Especiales OP3 "La Perla" y Logística-Servicios y Personal*. Mientras el grupo *"Política"* era el encargado de analizar y estudiar los informes de inteligencia que el *"Grupo Calle"* producía sobre el PRT-ERP, Montoneros, OCPO, los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones universitarias, sociales y religiosas "enemigas" de Luciano Benjamín, los miembros del famoso OP3 constituían la patota propiamente dicha. Aunque con algunos cambios y matices que se producían por el movimiento interno de sus integrantes, esta patota o grupo de tareas estaba dividido entre los "operativos", responsables de los secuestros y los allanamientos, y los "interrogadores", encargados de las diferentes formas de torturas que se aplicaban a los detenidos en

128 En el año 76 el cargo lo ocupó Bolacini, alias "gerente" o "nono", mientras que en el 77 y el 78 quedó para César Emilio Anadón, alias "tranco de león", un oficial muy amigo de Menéndez.
129 En el 76 y 77 lo ejerció Hermes Rodríguez, y en el 78 y 79 Pasquini.

los centros clandestinos de detención. Como explica Menéndez en su declaración ante el Consuffaa, los encargados de la tortura eran "expertos en interrogatorios, formados en esa técnica, que provenían del Ejército, la Side o la Policía Federal" (declaración Consuffaa, 1986).

Tanto Callizo, Suzzara, Meschiatti como Piero Di Monti, por citar a cuatro detenidos que conocieron en profundidad el horror de los campos, afirman que aunque a veces "todos los represores de La Perla hacían de todo", Vergéz[130] y Acosta eran los jefes operativos, y Barreiro[131], Texas[132] y Manzanelli los especialistas en interrogatorios: "Los dos primeros eran muy violentos y temerarios, milicos de acción que manejaban muy bien las armas y que iban al frente en los operativos, pero que no tenía formación política alguna. Eran más bien aventureros, que hacían todo por dinero y por el poder que ese rol les traía en sus respectivas carreras. Dentro de este grupo también se destacaba el "Yanqui", un lumpen que Vergéz había sumado a su grupo en 1975, en el marco del Comando Libertadores de América". En cambio Barreiro y Manzanelli, por nombrar a los dos más importantes que sus prisioneros ubican dentro del esquema de La Perla, eran los responsables de la tortura: "Ambos eran cuadros leídos, con un claro posicionamiento político, que se autodefinían ante nosotros como peronistas de derecha, convencidos como su jefe Menéndez de que libraban una batalla contra el comunismo en nombre de la patria. Y que para ganar esa guerra había que destruir psíquica, ideológica y moralmente a los miembros de organizaciones que ellos conocían en profundidad, porque las habían estudiado, sobre todo Manzanelli, a quien lo obsesionaba el PRT". Aussareses y Trinquier ya lo habían dicho a fines de los 50: para aniquilar a una organización clandestina, mimetizada entre la población, hay que crear una red de inteligencia para obtener información del enemigo. "Los policías me hicieron comprender pronto que la mejor

130 Vergéz fue jefe de La Perla hasta mediados del 76, cuando el Ejército lo transfirió a Buenos Aires por una supuesta amenaza de muerte de Montoneros.

131 Según el organigrama hecho por los sobrevivientes, en 1977 Barreiro reemplazó al capitán Von Dietrich en la sección Política del Destacamento 141.

132 En una entrevista con el autor, Mirta Iriondo, otra sobreviviente de La Perla, la mamá de Barreiro integraba la conducción nacional del Partido Justicialista.

forma de hacer hablar a un terrorista que se niega a hacerlo es torturarlo" (Robin, 2005:107).

Si Menéndez repetía hasta el cansancio que "la victoria no tiene sustitutos" y que "en la guerra todo es válido, porque lo único que importa es ganarla", en el submundo de La Perla eso significaba que no había límites de ningún tipo: "Ustedes son muertos en vida, y nadie sabe que están acá. Pero seremos nosotros quienes decidiremos cuándo es la hora de que terminen a un metro ochenta del piso", decían, sarcásticos, provocadores, los torturadores a sus víctimas. Algunas de las cuales, como Callizo, aseguran que "los suboficiales de la Tercera Sección podían elevar sus propuestas sobre la decisión final de los detenidos, pero no tenían voto en la decisión. Las listas completas sobre las decisiones e informes sobre los detenidos-desaparecidos del campo La Perla pasaban diariamente al jefe del III Cuerpo de Ejército, general Luciano Benjamín Menéndez, alias 'Cachorro'" (Testimonio Callizo en la ONU, 1982). El mismo informe, elaborado en el exilio europeo por Liliana, Geuna, Meschiatti, Di Monti, Kunzman y otros detenidos, sostiene que además de la que se quedaba Menéndez, "una copia de ese informe quedaba en base", que era el 141 de Inteligencia, y "otra en el campo La Perla o la 'Universidad'" (Idem. Ant).

La estructura criminal que los detenidos-desaparecidos de Menéndez denuncian con precisión en sus testimonios, es lo que Pilar Calveiro[133] desarrolla en su magnífico *Poder y Desaparición, los campos de concentración en Argentina*. En esa obra, su autora desmitifica la figura de "monstruos" o "cruzados" que la sociedad argentina se inventó a partir de 1983 para exculparse de toda responsabilidad en la masacre, asegurando que Menéndez y el resto de los jefes militares eran las cabezas de una organización delictiva, organizada desde el aparato estatal para destruir a un grupo

133 Secuestrada el 7 de mayo de 1977 por un comando de la Aeronaútica, fue llevada a la Mansión Seré, para seguir su derrotero en la comisaría de Castelar, la ex casa del Almirante Massera en Panamericana y Thomas (convertida en un centro de torturas del Servicio de Informaciones Navales) y la ESMA. En 1979 se exilió en México luego de un breve paso por España, doctorándose en Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de México (UNAM). Hoy ejerce la docencia y la investigación en Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, y ha publicado, además del citado libro (1998), *"Redes familiares de sumisión y resistencia"* (2004) *"Familia y Poder"* (2005) y su último trabajo: *"Política y/o violencia"*, también del 2005.

social determinado, en la cual los centros clandestinos solo fueron el dispositivo para alcanzar ese fin: "La existencia de los campos de concentración-exterminio se debe comprender como una acción institucional, no como una aberración producto de un puñado de mentes enfermas o de hombres monstruosos. No se trató de excesos ni de hombres individuales sino de una política represiva perfectamente estructurada y normada desde el Estado mismo" (Calveiro, 2008: 137).

Otra polémica que Calveiro ensaya en su trabajo, es la caracterización de "semiclandestino" y no "secreto" del plan represivo, que echaría por tierra el común denominador de todos aquellos que apelan al "no sabíamos lo que pasaba", cuando a fines del 75 y la primera mitad del 76 los secuestros eran masivos, y muchos a la luz del día: "Los campos, en tanto realidad negada-sabida, en tanto secreto a voces, son eficientes en la diseminación del terror. El auténtico secreto, el verdadero desconocimiento tendría un efecto de pasividad ingenua pero nunca la parálisis y el anonadamiento engendrado por el terror. Aterroriza lo que se sabe a medias, lo que entraña un secreto que no se puede develar" (Calveiro, 2008: 147).

Lo que la autora desarrolla en su investigación, Tobi lo vivió en carne propia desde su puesto de cronista de Canal 12 acreditado ante el III Cuerpo de Ejército que comandaba Menéndez: "Nunca sabías quién era uno y quién era el otro. Por ahí te podías dar cuenta que eran milicos porque venían en los Falcon verdes, pero también estaban los Falcon azules de la policía, que a su vez se mezclaban con los federales. Lo único seguro era que todos actuaban de una manera unitaria", dice quien caminaba la calle en la época más dura del régimen (Entrevista con Tobi, 2007). Coincidiendo en que la política represiva tenía más de semiclandestina que de secreta, Tobi cuenta que varios periodistas algunas cosas sabían o intuían: "Sabíamos que en el D2 se escondían prisioneros, porque eso venía ocurriendo desde varios meses antes del golpe, y que ahí se los torturaba. También conocíamos las andanzas de Telleldín y su patota, y sospechábamos de la existencia de La Perla, aunque jamás ningún periodista entró ahí" (Idem. Ant). En un diálogo franco, que interroga la actitud cómplice de los medios y de esa parte de la sociedad que acuñó consciente e

inconscientemente el "no te metás", "algo habrán hecho" o "por algo será", el ex movilero del Doce afirma que "de la Perla algo conocíamos, porque hacíamos averiguaciones de alguna persona que estaba desaparecida y te interesaba, y buscabas información en off. Esto ocurrió con el caso concreto de Jorge Sappia". Aunque el "Tano" era radical, y el radicalismo el único partido nacional que no fue ni sería perseguido por los militares, quien luego sería ministro de Trabajo en la gestión de gobernador de Eduardo Angeloz es un ejemplo de que nadie estaba a salvo de las garras del Cachorro: "Los milicos juntaron que Sappia tenía algunos antecedentes socialistas y lo secuestraron, pero el tipo era radical. Se salvó porque tenía una hermana casada con el teniente Cativa Tolosa, a quien después mató la guerrilla, que hizo gestiones de otro tipo para lograr sacarlo rápido de La Perla. Pero Norberto Chiaravino, que era otro dirigente que no tenía ninguna vinculación con la guerrilla, pasó más tiempo ahí y no sé en qué otro lugar más", recuerda Tobi: "Al poco tiempo del golpe nosotros empezamos a dudar, porque andábamos preguntando dónde habían llevado a tal persona, y dentro de las informaciones que teníamos sabíamos que existía La Perla y sabíamos que existía La Ribera, porque la gente te lo contaba". Con este último campo era lógico, porque estaba dentro de un barrio y pegado al cementerio de San Vicente, pero La Perla estaba en un predio militar, y su existencia era secreta, o por lo menos así debía ser por orden de su jefe máximo. Sin embargo, Tobi, como Calveiro, descreen de que todo hubiera sido tan hermético, como buena parte de la sociedad y la dirigencia política sostendría durante la primavera alfonsinista con la Junta Militar sentada en el banquillo de acusados: "Nosotros sabíamos que La Perla no estaba en los otros cuarteles. Además, fijate vos qué casualidad: nunca entramos ahí por ningún motivo. Nunca se hizo ningún acto. Pero ahí era donde los mataban, los enterraban, o los fusilaban para tirarlos luego al lago San Roque", dice Tobi, muy seguro. Igual, aunque él y otros periodistas supieran o creyeran saber que La Perla no era un mito, lo que ocurría en el campo de concentración más importante de las decenas que manejó Menéndez como jefe del III Cuerpo, nunca se filtró por una fuente militar. Según Tobi, nadie podía tener informantes, "porque Menéndez era un tipo que le daba mucha im-

portancia a los medios. Él sabía del poder de los medios. Es decir, sabía que era la única forma de justificar lo que estaban haciendo, de ganarse a la sociedad. Además, existía un control absoluto de la información".

Ese "secreto a voces" sobre el principal dispositivo desaparecedor de Menéndez, generaba el terror que Calveiro explica en su libro: "La sociedad que, como el mismo desaparecido, sabe y no sabe, funciona como caja de resonancia del poder concentracionario y desaparecedor, que permite la circulación de los sonidos y ecos de este poder pero, al mismo tiempo, es su destinataria privilegiada" (Calveiro, 2008: 147). Por eso, la autora dice que "el campo de concentración, por su cercanía física, por estar de hecho en medio de la sociedad, del 'otro lado de la pared' (en este caso sobre la loma de la autopista más transitada de la provincia) solo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad 'desaparecida', tan anonadada como los secuestros mismos" (Idem. Ant). En el libro, el primero que escribió sobre la violencia política de los años 70, Calveiro interroga los objetivos del plan represivo, la sociedad en la que este se desarrolló, y la multiplicidad de actitudes y reacciones que protagonizaron quienes fueron sus víctimas directas, afirmando que el aniquilamiento no fue obra del azar ni habría sido posible sin un sustrato social que lo permitiera: "La parálisis de la sociedad se desprende directamente de la existencia de los campos. Una y otros alimentan el dispositivo concentracionario y son parte de él" (Calveiro, 2008: 147 y 148).

En el momento más severo del régimen, con los campos saturados de "desaparecidos" y las cárceles hacinadas de presos políticos, la clandestinidad o semiclandestinidad se sustentaba en, por lo menos, tres razones fundamentales. La primera, como confiesa Videla en noviembre del 2007, era desentenderse de la responsabilidad futura de los crímenes. No "hacerse cargo", como dice el ex presidente de facto, de los muertos y los desaparecidos que, como indefectiblemente ocurriría a partir de 1977, empezarían a ser reclamados por sus familiares, quienes hacían largas colas frente al Ministerio del Interior para pedirle a Harguindeguy que les diera alguna pista sobre sus seres queridos, o colmaban los

juzgados con pedidos de hábeas corpus que casi nunca eran respondidos por las autoridades judiciales.

Además, pesaron, y mucho, otros dos factores: la experiencia chilena y la advertencia de Kissinger, que no quería más estadios nacionales como campos de concentración, ni fusilamientos masivos a la luz del día.

La segunda razón, nunca confesada por sus autores pero vinculada a la primera, buscaba amortiguar el impacto social en un país acostumbrado al autoritarismo militar, pero no a una represión despiadada. "La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos... No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto", dijo Videla a los periodistas que escribieron su biografía (Seoane-Muleiro, 2001: 215). El mismo argumento que Mario Benjamín Menéndez utilizó para justificar a su primo hermano, y defender el pacto de silencio que hubo y hay en relación a la política desaparecedora: "Lo que usted me plantea de aceptar institucionalmente de que los desaparecidos estaban muertos, es una discusión que la tenemos hasta en mi casa, con mi hija menor, con mi hijo, que también es militar. El siempre me dice 'pero papá, por qué no se hizo esto, por qué no se hizo aquello', y yo le digo mirá, hijo, por varias razones: una es por haber estudiado el carácter de los argentinos. Si vos a los argentinos le hablabas de que había una lucha pero les decías hoy matamos cinco, ayer matamos ocho, mañana no sabemos si vamos a matar alguno, el argentino iba a decir (Menéndez habla en voz bajita) 'que hijos de puta, están matando un montón, hay que parar esto'. Pero si usted lo paraba a destiempo no lograba el resultado o no alcanzaba el objetivo" (Entrevista con Menéndez, 2007).

El "resultado" que con tanto empeño y sacrificio se impuso conseguir Luciano Benjamín era tanto o más escalofriante que la explicación que ofreció su primo Mario: ante un enemigo que en el último año y medio había decidido —equivocadamente, pero por una cuestión defensiva— pasar a la clandestinidad a la mayoría de sus integrantes, el ocultamiento de los crímenes servía para ganar tiempo hasta que el plan de aniquilamiento hubiera sido completado. Traducido a la realidad político-militar: hasta que el PRT/ERP y Montoneros fueran totalmente desmantelados —lo

que Menéndez y compañía suponían para fines de 76, mediados del 77— y sus estructuras sindicales y políticas diezmadas por los secuestros. Como miembro distinguido de esa corte que decidía el destino de Argentina, Menéndez, Luciano y sus camaradas del generalato hacían un cálculo tan simple como siniestro: cuando la sociedad y la comunidad internacional empezaran a reaccionar, preguntándose por el destino de los "marxistas" que eran tragados por la tierra o chupados por el mar, estos ya estarían muertos. Por consiguiente, la resistencia armada y desarmada al proyecto militar ya no sería posible, porque su vanguardia iba a estar aniquilada y sus organizaciones populares quebradas y desarticuladas. Y por más que buena parte de la opinión pública acompañara con su silencio el exterminio de los que integraban esas organizaciones, distinta hubiera sido su reacción si el poder militar hubiera blanqueado la matanza.

La tercera razón de la represión ilegal y semiclandestina que asolaba al país y a Sudamérica toda con excepción de Venezuela, estaba pensada en un plano estratégico, de mediano plazo y a nivel sociológico. Tenía mucho de la "cirugía mayor" de la que habló Videla ni bien se calzó el traje de presidente. Ese "cambio cultural y económico" que la Argentina debía experimentar para extirpar el marxismo de las "mentes" y los "corazones" de sus habitantes, como sostenía Menéndez, Luciano, no podía hacerse sino a través del terror. Los teóricos antisubversivos que trabajaban en secreto para el Estado Mayor desde 1961 enseñaban a nuestros oficiales que el miedo paraliza en lo individual y disciplina en lo colectivo. Con los Falcon verdes recorriendo cada rincón del país, nadie, salvo los cada vez más escasos y jugados militantes del PRT/ERP y de Montoneros, quería ser la siguiente víctima de estos escuadrones de la muerte, que, en cualquier momento, en cualquier lado, con total impunidad, podían subir a cualquier hijo de vecino a uno de sus autos sin patente y llevarlo para quién sabe dónde. "No se puede olvidar que la sociedad fue la principal destinataria del mensaje", escribe Calveiro, para después seguir con su razonamiento: "Era sobre ella que debía deslizarse el terror generalizado, para grabar la aceptación de un poder disciplinario y asesino; para lograr que se rindiera a su arbitrariedad, su omnipotencia y su condición irrestricta e ilimitada" (Calveiro, 2008:

154). Además de imponer un nuevo modelo económico, que beneficiaba a los grandes capitales nacionales e internacionales que Martínez de Hoz representaba en contra de la pequeña y mediana industria que había alentado el peronismo, otro de los objetivos profundos del régimen que Luciano Benjamín representaba con fundamentalismo castrense era el de adoctrinar en el paradigma del orden y la obediencia a la sociedad más politizada, sindicalizada y popularmente más organizada de América Latina. "Solo así los militares podrían imponer un proyecto político y económico, pero, sobre todo, un proyecto que pretendía desaparecer de una vez y para siempre lo disfuncional, lo desestabilizador, lo diverso" (Idem. Ant). Así, y solo así, el hijo menor del teniente coronel José María Menéndez podía lograr que nunca más alguien osara "subvertir el orden natural de las cosas", ni desafiar al poder con "ideologías foráneas, ajenas a nuestras tradiciones y nuestra cultura" (La Voz del Interior, 30/05/77, pág. 1).

La guerra como propaganda o la propaganda de la guerra

Cuando Luciano Benjamín era ya uno de los cinco generales más influyentes del *Proceso*, el primero de los tres objetivos de la *"lucha antisubversiva"* que conducía desde en octubre del año anterior había sido cumplido: "Disminuir significativamente el accionar subversivo para fines de 1975". El segundo punto de ese plan, "Transformar la subversión en un problema de naturaleza policial para fines de 1976", se encontraba en plena ejecución en mayo de ese año. Traducido a la situación de su enorme jurisdicción, eso significaba que la prioridad del general eran las organizaciones político-militares, que a pesar de su importante debilidad operativa todavía conservaban la moral y el optimismo para luchar contra la dictadura. Ese voluntarismo, que un año antes les había impedido advertir el reflujo de las masas ante el accionar paraestatal de la Triple A, no se había modificado con los militares en el poder. Su desenfocada mirada de la realidad argentina y latinoamericana sería absolutamente funcional al discurso belicista que el halcón del III Cuerpo buscaba imponer a través de los medios de comunicación, la herramienta más poderosa que utilizaba para

convencer a la sociedad de que la Argentina vivía una guerra civil y que la paz llegaría con el exterminio de esos enemigos "indignos" y "antinacionales". Pero Menéndez y compañía no estaban solos en la tarea de reconvertir política y culturalmente a la sociedad. Respetados columnistas que meses antes habían aportado a generar el clima destituyente que se cargó a Isabel, en los primeros meses del 76 hacían de voceros de la propaganda militar, ayudando de manera consciente a construir el país que soñaban los generales. Osiris Troiani era una de esas plumas respetadas, que desde el diario *Los Principios* apoyaba al gobierno: "La subversión no halló la predisposición colectiva que suponía, apenas si el terrorismo alevoso cobra todavía una que otra víctima, pero la funesta estadística se contrajo bruscamente... Las pandillas de asesinos que acompañaban a los dirigentes peronistas ya no circulan por las calles. En las fábricas, bajan los índices de ausentismo y suben los de productividad. En las oficinas públicas se atiende con deferencia y los industriales y comerciantes han vuelto a recibir materia prima y mercadería. Los artículos de primera necesidad reaparecen y a precios razonables. Los medios de información transmiten informaciones y se guardan esa estúpida fraseología de antes" (Los Principios, 1/04/76, pág. 5). Negando abiertamente el estado terrorista que Menéndez lideraba sin sombras ni competidores, Troiani acudía a su refinada prosa para resaltar el ideal del orden autoritario: "En estos días de cielos limpios, con un sol de otoño que entibia las veredas crujientes de hojarascas se desvanecen como por milagro los ruines sentimientos de odio, de miedo, de venganza. El hombre argentino recupera su dignidad, vuelve a ser comedido y prudente, a captar la belleza del orden. Estos son los milagros que hace precisamente el orden" (Idem. Ant).

Totalmente compenetrados en su rol de constructores de opinión, las crónicas periodísticas pasaron a ser un mural de comunicados y ensalzamiento de las virtudes castrenses. Las noticias políticas se reducían a los anuncios que hacían el gobierno nacional y los distintos interventores provinciales, y a informar sobre los operativos militares, aunque siempre desde la óptica oficial. No había más fuentes ni datos que los que emanaban del comando del III Cuerpo. Por expresa orden de quien en los medios era presentado como lo que era, una figura del gabinete nacional

de la "dictadura colegiada" de Videla, hasta el lenguaje periodístico fue suprimido por una jerga militar, que buscaba transformar la represión ilegal y clandestina en un clima de guerra civil que solo existía en los medios: "Tres extremistas abatidos en inmediaciones de la ruta 36, en La Paisanita", "cinco delincuentes terroristas muertos en un enfrentamiento con el ejército en Tucumán", "mató el Ejército a una célula de la organización declarada ilegal en 1973 en barrio Observatorio". Bajo este paradigma de absoluta censura, los guerrilleros ya no eran guerrilleros, sino "delincuentes subversivos", y los medios de comunicación el arma letal para difundir su tarea evangelizadora. Si en la guerra clásica la propaganda resulta un elemento vital para confundir al enemigo sobre las fuerzas propias, en la *"guerra antisubversiva"* servía de montaje de una aparente situación para neutralizar toda resistencia social al proyecto militar.

En medio de esta cotidiana catarata de comunicados sobre distintos operativos en los que las patrullas del general terminaban sin un raspón y los guerrilleros indefectiblemente muertos, hubo un hecho que pasó desapercibido cuando ocurrió, pero que siete años después, cuando la dictadura cabalgaba derrotada para entregarse al poder popular, se revelaría como la prueba de una metodología perversa que el "Cachorro" puso en marcha para eliminar a los presos políticos. El 18 de mayo de 1976, en un comunicado publicado en todos los diarios de la capital cordobesa, Menéndez dio a conocer la muerte de seis "extremistas" que habían sido "abatidos al intentar escapar de la comisión policial que los conducía". Según la versión oficial de los hechos, reproducida por *La Voz del Interior, Los Principios y* el *Córdoba,* "el 17 de mayo, aproximadamente a las 22.30, en circunstancias en que una comisión policial trasladaba a seis delincuentes subversivos y mientras transitaba por la calle, fue atacada por otros delincuentes que ocupaban dos o tres automóviles con el evidente propósito de rescatarlos, abriendo fuego contra la comisión policial, que reaccionó de inmediato". Las tres crónicas contaban que en la apertura del fuego, "dos de los delincuentes que se encontraban en el vehículo policial fueron alcanzados por varios disparos pereciendo en el acto, y resultando un agente con una herida leve". También, que "los otros detenidos trataron de aprovechar esta situación e inten-

taron huir en distintas direcciones. Dos de ellos se cruzaron en la línea de fuego cayendo heridos mortalmente y los dos restantes, al no acatar la intimidación policial fueron abatidos por las fuerzas del orden al intentar alcanzar un vehículo de apoyo".

Si el relato del supuesto enfrentamiento dejaba, por la época en que se dio y la situación operativa de las "fuerzas del orden" y los "delincuentes terroristas", infinidad de dudas, el final del comunicado no era menos delirante: "ante este hecho, los atacantes ascendieron a sus automóviles y huyeron, precipitándose rápidamente favorecidos por la imposibilidad de una inmediata persecución en razón de los desperfectos sufridos por los vehículos policiales a causa del fuego". Al final de la nota, el comunicado producido en la oficina de prensa del comandante del III Cuerpo informaba que los muertos eran Miguel Ángel Mozé, José Alberto Svaguzza, Diana Beatriz Fidelman, Luis Ricardo Verón, Ricardo Alberto Young y Eduardo Alberto Hernández.

Además de lo confuso de la situación relatada, en ningún momento el texto dice, y las notas periodísticas que lo reproducen tampoco se lo preguntan, qué hacían esos "seis delincuentes subversivos" en autos policiales a las diez y media de la noche, en un momento del país en que a esa hora no había un alma en la calle por exclusiva orden de quien firmaba el comunicado. Mucho menos explicaba qué hacían seis "temibles terroristas" custodiados por policías y no por militares, a dónde eran trasladados en ese horario, ni para qué. La única información complementaria se conoció al día siguiente, y a través de la misma fuente: el 19 de mayo, en otro comunicado del comando del III Cuerpo, Menéndez emitió un "informe ampliatorio", en el que confirmaba que "todos los delincuentes subversivos abatidos pertenecían a la organización declarada ilegal en 1975[134]" y que los mismos "habían sido detenidos entre agosto y octubre de 1975".

Como consta en ese documento militar, uno de los seis muertos dados a conocer por el general era Miguel Angel Mozé, jefe de la regional Córdoba de la Jotapé que había llegado a ser un destacado líder en la organización de masas de Montoneros.

134 Como parte del plan de acción psicológica contra la ciudadanía, la orden de la Junta de Comandantes Generales fue que los periodistas tenían la obligación de nombrar así a Montoneros en sus notas.

Capturado un año antes en un inexplicable suceso[135], el "Chicato" había salvado su vida luego de la tortura en el D2 por una única razón: en julio del 75 sus torturadores necesitaban datos para armar los organigramas y el funcionamiento de las organizaciones revolucionarias que hasta ahí solo conocían en parte, y que Menéndez empezaría a combatir a partir de octubre de ese año con la información que le pasaban la policía, y los oficiales y suboficiales del Destacamento 141. En los meses previos a que el Ejército monopolizara la represión a la guerrilla, los nexos con el Comandante eran el comisario Telleldín, jefe del D2, el capitán Vergéz, quien ante todos los prisioneros de La Perla se jactaba de haber sido el líder de esta organización paraestatal, y el suboficial Manzanelli, ardiente peronista de derecha que luego se convertiría, a pesar de su rango, en un experto interrogador y engranaje clave del dispositivo ilegal de Luciano Benjamín, además de ser el contacto entre éste, la "Tía"[136] y el resto de los expertos de la inteligencia policial.

Casi un año después de que Mozé se convirtiera en el primer peso pesado de la guerrilla peronista en ser capturado por la versión cordobesa de la Triple A, Menéndez puso a funcionar una desconocida metodología para matar prisioneros. A los desaparecidos que la tierra se tragaba en sus campos de concentración, el "Cachorro" sumaba una nueva "técnica": simulando un enfrentamiento que jamás existió, ordenó asesinar a Mozé y a otros cinco prisioneros del penal de San Martín. Los crímenes, que fueron un duro golpe anímico para la regional Córdoba de Montoneros, se repetirían de manera sistemática en otros hechos con militantes de esta organización, del PRT/ERP y algunos pocos de OCPO. Inclusive habían empezado dos semanas antes, el 30 de abril, cuando María Eugenia Irazusta, Hugo Chiavaroni y Daniel Eduardo Bártoli, fueron acribillados a balazos en el D2 con la excusa de que habían logrado arrebatar un arma a un agente para poder escapar.

135 El 22 de julio de 1975 Mozé fue atrapado en la corresponsalía del diario La Opinión, en Rioja 33, 7º piso, al momento en que se disponía a entregar una solicitada en la que denunciaba el estado de terror que se vivía en Córdoba con las bandas paraestatales de la Triple A.

136 Sobrenombre de Graciela "Cuca" Antón la agente del D2 de la policía que fue pionera en el armado de los organigramas de las organizaciones revolucionarias. A ella recurrían Manzanelli y Vergéz en 1975 para entender cómo funcionaban las células guerrilleras del ERP, Montoneros y OCPO, y con esa información salir a cazar a los "subversivos".

El 28 de mayo, once días después de los asesinatos de Mozé y los cinco compañeros peronistas, las "fugas" fuera del penal terminaron con la vida de José Angel Pucheta y Carlos Alberto Sgandurra. La misma excusa se utilizó el 19 de junio, cuando en otro "traslado de prisioneros" fueron muertos Claudio Aníbal Zorrilla, Miguel Angel Barrera, Mirta Abdón de Maggi y Esther María Barberis, y el 30 de ese mes Marta del Carmen Rossetti de Arqueola y José Cristian Funes. La seguidilla de crímenes, que los medios reproducían sin cuestionar una coma, tendría su siguiente episodio el 5 de julio, cuando el cabo Miguel Angel Pérez mató de un balazo y sin justificación a Raúl Ernesto Bauducco en el patio del penal, y el día 15, cuando en pleno invierno y con temperaturas bajo cero, José René Moukarzel murió estaqueado en otro patio de la cárcel ante la vista de cientos de presos.

Ordenados desde el escalón más alto del III Cuerpo, los fusilamientos encubiertos retomarían su ritmo el 12 de agosto, cuando en cercanías del Chateau Carreras fueron fusilados Gustavo Adolfo De Breuil[137], Arnaldo Higinio Toranzo y Miguel Hugo Vaca Narvaja, seleccionado para morir por cargar como una cruz uno de los apellidos malditos del poder militar. Ocho días después de matar al hermano de Fernando Vaca Narvaja, número tres de Montoneros a nivel nacional, los soldados del general se vengaron de Liliana Paéz de Rinaldi y Ricardo Tramontini, combatientes del ERP que un año antes habían atacado el cuartel general que la policía tenía en el Cabildo Histórico de la ciudad.

El final de la zaga de crímenes contra los presos políticos detenidos en San Martín ocurrió el 11 de octubre, cuando a pocas cuadras del penal una patrulla fusiló a quemarropa a Florencio Díaz, Jorge Omar García, Miguel Angel Ceballos, Oscar Hubert, Marta Juana González de Baronetto y Pablo Alberto Balustra, quien difícilmente hubiera podido fugarse junto a sus compañeros, como sostuvo el comunicado de Menéndez, debido a que los golpes propinados por sus carceleros meses atrás lo habían dejado hemiplégico.

137 El hermano de éste también fue llevado en el mismo operativo, y se salvó luego de que los asesinos tiraran la moneda para decidir qué De Breuil debía morir. Adolfo, que presenció el fusilamiento de su hermano, fue dejado con vida para que contara a sus compañeros de celda lo que había vivido, a fin de transmitir el terror entre los demás detenidos políticos.

Luis "Vitín" Baronetto y Norma San Nicolás, compañeros de celda de los detenidos asesinados, se encontraban al momento de los hechos presos e incomunicados en los mismos pabellones de máxima seguridad de la Unidad Penitenciaria Nº1 de San Martín, y dan su versión de por qué Menéndez empezó a matar presos políticos de una manera que ningún otro alto jefe militar, en ningún otro cuerpo de ejército hacía[138]: "Para nosotros, que vivíamos el terror desde adentro, en las mismas condiciones inhumanas de cautiverio, el mecanismo de sacar prisioneros para asesinarlos afuera del penal simulando un enfrentamiento entre las fuerzas armadas y la guerrilla, tenía por objetivo amedrentar a las organizaciones revolucionarias. Era un mensaje para que el ERP y Montoneros frenaran sus operaciones militares, que, convengamos, para esa fecha eran muy limitadas y esporádicas, porque la mayoría de sus integrantes estábamos presos o habían sido asesinados y desaparecidos en La Perla, La Ribera o el D2" (Entrevista con Baronetto y San Nicolás, 2007).

Si bien esta hipótesis es altamente probable en función del pensamiento y el accionar de quien ordenaba esos asesinatos, y de que la regionalización represiva era un sello del proyecto militar del cual Menéndez era uno de los principales estandartes, matar prisioneros indefensos fraguando un enfrentamiento tenía también otros objetivos, que no invalidan el de Baronetto y San Nicolás: mostrar a la sociedad que existía una guerra contra el "terrorismo marxista", convencerla de que el terror gubernamental era el único camino posible para eliminar a quienes Menéndez negaba su condición de argentinos, y justificar el autoritarismo omnímodo que las Fuerzas Armadas ejercían sobre todo el cuerpo social.

Recién en enero de 1983, con la democracia asomando la cabeza, la denuncia de Fermín de Rivera, un preso de San Martín, puso blanco sobre negro y al respetado general en la mira de la Justicia por vez primera. Dos años antes del histórico Juicio a las Juntas que en 1985 condenó a Videla, Massera y Agosti, los testimonios de los presos que se habían salvado de los fusilamientos

138 En el resto de los cuerpos de ejército se produjeron dos situaciones similares, pero sin la sistematicidad utilizada por Menéndez en Córdoba: el caso de Margarita Belén, en el Chaco, donde a través de la ley de fugas mataron a 29 presos políticos, y una vez en La Plata.

simulados en 1976 empezarían a revelar ante la justicia federal la verdad de todo lo ocurrido. La famosa "Ley de Fugas", que Menéndez implementó en el cenit de su poder no había sido más que un eufemismo para justificar los treinta asesinatos ejecutados a sangre fría por sus "dignos subordinados" —como gusta llamarlos el general—, inaugurando una metodología que puso en marcha para convencer a la sociedad de que se libraba una guerra contra el terrorismo, utilizando esas vidas como carne de cañón para acobardar a quienes todavía osaban empuñar un arma para desafiar a su "invencible Ejército argentino".

Aunque poco importa valorar qué crímenes eran más graves, si matar prisioneros indefensos simulando un combate o fusilarlos en los campos de concentración sin que nadie lo supiera, los de la penitenciaria de San Martín tienen un condimento extra, porque implicaron un nivel de complicidad muchísimo mayor, que involucró a otras personas y a otros poderes del Estado, no solo a las fuerzas de seguridad que hacían de carceleras, o a los oficiales y suboficiales que ciegamente le respondían a Menéndez. En estos treinta casos, las víctimas estaban legalmente detenidas, a disposición del PEN o de la justicia federal, y por consiguiente su integridad debía estar protegida por los jueces federales o por el presidente de la Nación.

Precisamente, para no ser cómplice de los asesinatos ordenados por el mandamás del III Cuerpo sin otra ley que la directiva secreta 404/75 del Comando en Jefe del Ejército, Vázquez había renunciado al juzgado federal N° 2 el 30 de abril, quedando el juez Adolfo Zamboni Ledesma a cargo de todas las causas de la capital cordobesa hasta que en septiembre asumió su colega Miguel Angel Puga. Ante el fallecimiento de Zamboni, quien para todos los presos políticos era un eslabón más de la estructura represiva del general, las palabras del doctor Eudoro Vázquez Cuestas, juez federal de Bell Ville nombrado por la dictadura, resultan fundamentales para entender la telaraña de complicidades estatales que hicieron posible aquellos crímenes. El 9 de noviembre del 2009, durante el proceso que en Córdoba ventilaba las responsabilidades de Luciano Benjamín por la muerte del comisario Ricardo Albareda y las torturas de Raúl Morales y Carlos Moyano,

Vázquez Cuestas ofreció un testimonio que confirma la absoluta indefensión de los presos políticos de la dictadura, y la posterior muerte o lesiones gravísimas de muchos de ellos:

—No recuerdo si el señor Morales fue interrogado por la Policía o el Ejército antes de ser indagado por mí, como tampoco si el D2 se negó en alguna ocasión a entregarme a un detenido para tomarle declaración. No recuerdo el hecho, pero no lo niego. ¿Lo hubieran detenido a Menéndez en ese momento? —preguntó con ironía Vázquez Cuestas a los abogados y jueces que lo interrogaban, dando por hecho que el departamento de Inteligencia policial que funcionaba al lado del Cabildo y frente a la Catedral, respondía al jefe del III Cuerpo. —Doctor, por qué el señor Morales y el resto de los detenidos no fueron liberados después de que usted dictara la "falta de mérito" y los sobreseyera de los delitos que se les imputaban —inquirió la doctora María Elba Martínez, abogada de Morales.

Sentado de frente al Tribunal Federal Oral Nº1 que lo juzgaba, Vázquez Cuestas intentó exculparse de las obligaciones no asumidas en los años de plomo, apelando a una sinceridad brutal:

—Entiendo su pregunta, doctora, pero debo recordarle una cosa: en aquellos años era el Poder Ejecutivo Nacional el que se arrogaba la potestad de detener a esos testigos por las disposiciones por decreto ¿A quién quería que recurriera? ¿A Dios? No había otra cosa encima del Ejército —dijo el ex juez, mientras un Menéndez canoso y de cejas prominentes lo escuchaba desde el banquillo de los acusados, incómodamente sentado entre suboficiales de la policía que ayer estaban a kilómetros debajo de él ejecutando sus órdenes, y hoy eran reos iguales ante la ley, condenados como el general por crímenes de lesa humanidad.

Mientras Videla recibía en Casa Rosada a Borges y Sábato, los industriales cordobeses compartían públicamente "los objetivos del Proceso"[139], y el "no te metas" se desparramaba como una peste social, convirtiéndose en el más demoledor triunfo del ré-

139 El 6 de mayo el BID otorgó a la Argentina un crédito de 250 millones de dólares, en otra muestra de apoyo a la política económica del gobierno militar.

gimen, Menéndez viajó el 15 de junio a Capital Federal para una reunión con los altos mandos. En alguna zona restringida del edificio Libertador, los encuentros con Videla, Viola, Suárez Mason, Riveros, Harguindeguy y Díaz Bessone, las cabezas del Ejército, eran habituales. En esas reuniones, de las que también participaban los segundos comandantes de cuerpo y otros miembros de la cúpula del Ejército, como Jáuregui, Galtieri, Villarreal y Paladino, el generalato decidía la vida de millones de personas, y discutía la agenda política que luego sería sometida a debate con los otros dos miembros de la Junta. Sin embargo, el tema de ese día era la política represiva, en la que cada comandante presentó un informe de situación. Según palabras que el general Juan Antonio Buasso, presente en esa reunión, dijo para el libro *El Dictador*, Videla expresó un mensaje de apoyo a sus ángeles de la muerte, aunque no exento de sus habituales contradicciones personales: "'Maten, pero no tanto'. Lo dijo y mientras lo decía lo miraba a Menéndez, pero no porque fuera más bueno: Videla no se hacía cargo de las cosas. Decir eso denotaba poca claridad de pensamiento. Es maten o no maten" (Seoane-Muleiro, 2001: 234).

Después de bendecir el accionar de los grupos de tareas, el comandante en jefe del Ejército, su incondicional jefe de Estado Mayor y los caciques territoriales evaluaron en conjunto la marcha de la *lucha antisubversiva*, dejando en informes por escrito lo que cada comandante hacía en la jurisdicción a su cargo. Cada zona, subzona, área y sector del país era desmenuzado por el generalato, sin dejar nada en el aire. Todo era registrado, como lo confirma uno de los más temperamentales señores feudales que se sentaban en esa mesa tan selecta como codiciada del poder militar:

—¿Debía producir el Comando a su cargo órdenes, informes periódicos al Comando en Jefe del Ejército, en virtud de las directivas vigentes, en relación con el accionar antisubversivo? —preguntó el Presidente del Consuffaa a Menéndez en marzo del 86.

—Sí, había que producir informes por escrito, tengo acá la directiva en la cual se nos indicaba que habría informes inmediatos cuando se producía algún hecho importante, informes semanales, quincenales, mensuales y teníamos además reuniones de

mandos superiores en las que exponíamos la situación de nuestra jurisdicción y la ratificábamos por escrito aproximadamente una vez por mes.

—Es decir que la modalidad era hacerlo por escrito, insistió el presidente del tribunal castrense.

—Siempre por escrito —confirmó Luciano Benjamín.

—No era verbal, era rectificada o ratificada por escrito. En su comando, ¿Cómo se registraban esos informes? —inquirió nuevamente el presidente.

—Quedaban los duplicados pertinentes en los archivos —respondió tranquilo el general (declaración Consuffaa, 1986).

Para la época en que Menéndez contaba lo que luego, ante la justicia federal, callaría amparándose equivocadamente en la justicia militar, los jefes de la represión descontaban que los jueces del Consuffaa los absolverían de todos sus crímenes. Al fin y al cabo, ellos habían sido "héroes" que habían "salvado" a la Nación del marxismo una década atrás y pensaban, además, que si no era el pueblo el que les agradecía tan admirable sacrificio por la patria, sus camaradas sí lo harían. Igual, para muchos de esos jefes, Menéndez entre los más destacados, la patria era el Ejército. O casi. Bajo ese paradigma el menor de los hermanos Menéndez subestimaba no solo el daño causado con su accionar al tejido social, sino también a sus organizaciones e instituciones. La lucha y la convicción democrática de los organismos de derechos humanos y de buena parte de la sociedad civil argentina, demostraría luego que el orgulloso general estaba equivocado. Pero para eso todavía faltaba mucho. Promediando el 76, la "lucha antisubversiva" no dejaba orificio alguno por donde respirar. "Todo el mundo era sospechoso", reconocería varios años después el general Harguindeguy, considerado por muchos el Eichman argentino, responsable como el jerarca nazi de administrar desde el Ministerio del Interior el plan represivo. Un plan que el primo Mario Benjamín sintetiza apelando a un lenguaje coloquial, cuasi callejero: "Mire, Ratti, en un momento determinado usted puede llamarlo una pelea de perros, o como quiera, pero una vez que los tipos empezaron a actuar como actuaron, nuestra doctrina, sacada

de la doctrina francesa, es no negocies: ponelo de cara al piso, la pata en el cogote y si el tipo no afloja, quebráselo, porque no hay otra manera" (Entrevista con Menéndez, 2007).

La confesión del otro Benjamín en el living de su departamento de Belgrano, no solo confirma la influencia francesa en la represión ilegal, es, también, una ingeniosa manera de justificar los secuestros, la tortura y la posterior desaparición de los que ellos consideraron "subversivos". Y no solo eso. Casi parafraseando al "huevudo de Luciano", el Menéndez que pasó a la historia por el desastre del Atlántico Sur defiende sin titubeos la matanza que su primo hermano llevó adelante como uno de los más destacados personajes del *"Proceso"*: "La guerra es una cosa muy jodida, y hay algunos padres de la estrategia que dicen que el peor pecado es perderla, sobre todo cuando está en juego la subsistencia de una nación tal como usted ha aprendido a vivirla y quiere vivirla. Yo no le digo en este momento, ahora. En este momento, justamente, nosotros hicimos el trabajo sucio, ya está. Ustedes hoy se pueden dar el lujo de la democracia, de manifestar. Se pueden dar el lujo de ocupar un rectorado, un Carlos Pellegrini[140]. ¡Quién los va a tocar! ¿Va a venir un represor?, ¡no!, todo eso hoy se puede hacer. Vivimos en un viva la pepa, pero gracias a lo anterior" (Idem. Ant).

Aunque años después, en la guerra de Malvinas, que sí fue una guerra en serio, contra un enemigo exterior, las enseñanzas de Trinquier o Bentresque no sirvieron para derrotar a los ingleses, en 1976, cuando los militares argentinos decidieron destruir las organizaciones guerrilleras y todo lo que las rodeaba sin medir los daños profundos que eso generaría en la sociedad, nuestros soldados no se privaron de nada. Fueron los mejores alumnos del grado. Los abanderados de la *"doctrina francesa"*, superando holgadamente a los chilenos, los brasileros y los uruguayos. En ningún país del continente el método de secuestro, tortura y desaparición de los cuerpos alcanzaría la envergadura, la complejidad y la sistematización que tuvo en la Argentina. Todo era válido

140 Nombre de uno de los dos colegios universitarios de la Capital Federal. El otro es el Colegio Nacional de Buenos Aires.

para sostener la infamia de la guerra al terrorismo. Incluso varios años después, cuando los hechos demostraron que la guerra, en términos precisos, nunca existió más allá de las mentes de los cuadros guerrilleros y de quienes se asumieron como sus exterminadores.

Para Menéndez y compañía, la invención de lo que en el mundo se conocería como la "muerte argentina" no fue responsabilidad de los que asaltaron el poder del Estado, sino de sus víctimas. El sórdido final de los que se opusieron a la dictadura, ya fuera por pensamiento o por la acción concreta de cargar un fusil para defender una idea, fue de los "subversivos", de los "marxistas", quienes con su lucha por tomar el poder para instalar la patria socialista "obligaron" a los soldados argentinos a dejar de lado su inmaculada formación castrense para convertirse en los hijos de Satanás de un día para el otro. Por lo menos es lo que se desprende del testimonio de uno de sus más importantes predicadores: "El error del ERP fue cambiar el monte por la ciudad. En el monte sí se puede hacer la guerra de guerrillas, porque eso está en los manuales, todos los países del mundo lo han hecho desde siempre. Lo que no se puede hacer es trasladar a la ciudad la guerra de guerrillas. Por eso lo nuestro se convirtió en una cacería de hombres, y digo cacería porque el enemigo no tenía uniforme, ni llevaba bandera, estaba mezclado entre la población y podía ser cualquiera. Y así no se puede hacer una guerra", dice, con autocomplaciente franqueza, el general Santiago. En la intimidad de su casa, sin grabadores ni fiscales acusadores de por medio, uno de los generales que planificó y ejecutó la represión ilegal bajo las órdenes de Menéndez acepta que "la guerra", nunca fue más que una "cacería".

Los amigos periodistas

"En una mesa de amigos no caben los discursos", dijo muy sonriente el general Menéndez al momento de alzar su copa y brindar por el día del periodista junto al nutrido grupo de cronistas y movileros que regularmente cubría las noticias relacionadas al III Cuerpo, pero especialmente todo lo que desarrollaba su comandante. Entre champagne y bocaditos, el clima en el salón de

actos del imponente bunker de camino a La Calera era de absoluta cordialidad y camaradería el viernes 4 de junio, cuando el general anticipó el festejo de los comunicadores. Con el paso de los años, los periodistas allí acreditados irían descubriendo que la fecha que conmemoraba el primer número de *La Gaceta de Buenos Aires*, ocuparía un lugar de preferencia en la agenda del poderoso jefe militar. Como uno de los mejores alumnos de Lacheroy y Trinquier, Menéndez entendía que para ganarse el corazón y las mentes de quienes debían asimilar la militarización de la vida cotidiana como algo irremediable para salvarse del "demonio rojo", la conquista de esos mensajeros resultaba estratégica. No otro fin tenía, en pleno proceso de aniquilamiento, la interesada relación de Menéndez con los hombres de prensa, quienes en el ágape de su día volvieron a ser testigos e instrumentos de la propagada procesista: "Estoy seguro que derrotaremos a los enemigos que han pretendido levantarse contra la invicta Argentina... El Ejército está en operaciones contra la subversión. Está hoy en guerra después de sesenta años, nuevamente en lucha contra la traición de adentro y los enemigos de afuera de la patria. Pero estoy seguro que los aniquilaremos como a todos los demás que se atrevieron a enfrentar nuestras armas" (Los Principios, 5/06/76, pág. 1). ¿A qué lucha y a qué traición se refería Menéndez ese 4 de junio de 1976? A juzgar por los años transcurridos y la ideología de quien profería tan temerarias afirmaciones, la única "traición" posible es el enfrentamiento que los obreros de Buenos Aires sostuvieron contra la Policía y el Ejército en enero de 1919 durante la sangrienta "Semana Trágica", en solidaridad con los trabajadores metalúrgicos despedidos de los talleres Vasena, en reclamo por la jornada de ocho horas y otras reivindicaciones obreras de la época. O, también, siguiendo la hoja de ruta marcada por su padre, la insurrección de peones patagónicos en noviembre de 1921, en la cual el teniente José María Menéndez, bajo las órdenes del traicionero teniente coronel Varela, fue parte del X de Caballería que fusiló, estaqueó e incineró a mil quinientos obreros rurales que habían confiado en su palabra. De ser así, sus palabras tienen un sentido histórico. En reiteradas oportunidades, no solo frente a los periodistas en su día, Menéndez dirá que los obreros que su progenitor había fusilado sin juicio previo en las heladas estepas

santacruceñas no eran trabajadores argentinos, sino asquerosos anarquistas y bolcheviques que se rebelaron no contra la explotación de los estancieros —ingleses en su mayoría—, sino para servir a los "oscuros y perversos intereses de Moscú". Los mismos que en 1976 querían "subvertir el orden y el estilo de vida de los argentinos para imponernos su ideología marxista, que reniega de la familia, la fe en dios y la propiedad privada" (Idem. Ant). Para impedir semejante sacrilegio, al momento en que él arengaba a quienes luego multiplicarían sus reflexiones en formato papel, radial o televisivo, presentándolo ante la sociedad como el más altruista defensor de la democracia, a unos pocos kilómetros de allí, cruzando el inmenso campo que une el camino a La Calera con la autopista a Carlos Paz, el suboficial Manzanelli y el teniente primero Barreiro torturaban a sus prisioneros para que delataran a sus compañeros. Para el cabecilla del III Cuerpo, todas esas muertes eran parte del "sacrificio" que el pueblo argentino tenía que hacer para ser libres de verdad: "Nuestro objetivo es fundamentalmente el de allanar el camino para alcanzar una democracia representativa y federal. El argentino no puede vivir en otro régimen que no sea la democracia, y nuestro Ejército tiene una trayectoria, desde sus orígenes, al servicio de la libertad del ciudadano", dijo sin inmutarse el general ante los responsables de escribir y relatar las noticias (Idem. Ant). En el momento más criminal del régimen, con los secuestros y las torturas a la orden del día, las cárceles y los campos de concentración abarrotados de presos políticos y cientos de miles de exiliados esparcidos por el mundo, sus palabras sonaron maquiavélicas. Ninguna otra institución como las Fuerzas Armadas de la que Luciano Benjamín era un ejemplar puro, había sido, en los últimos cincuenta años, tan responsable, ni aportado tanta materia gris para engendrar la violencia política que estalló en la Argentina en los años 70. De haberlo escuchado ese día Sarmiento, que entre tantas cosas fue un notable cronista del violento tiempo que le tocó vivir, se habría levantado de su tumba para fusilarlo. Si algo caracterizó al fogoso sanjuanino, que promovió y festejó la matanza del indio y del gaucho para desarrollar un país que los próceres de Menéndez nunca harían, era andarse con chiquitas frente a sus enemigos. Pero Sarmiento no estaba, y ninguno de los presentes pudo más que seguir escuchan-

do la clase de civismo y ética periodística que el general desplegó con alta dosis de cinismo: "En esta hora de lucha, necesitamos una prensa objetiva y acá me voy a permitir reiterar conceptos del presidente de la Nación: necesitamos una prensa objetiva y no complaciente. Una prensa que diga la verdad. El periodismo ha sido una profesión llena de responsabilidad porque crea opinión y crea cultura. Crea opinión al volcar sus informaciones y editoriales sobre el pueblo y también cuando recoge del pueblo sus puntos de vista y sus aspiraciones, lo que es sumamente útil para los gobernantes" (Idem. Ant).

Tobi era uno de los tantos periodistas que ese día escuchó la zalamería de Luciano Benjamín. Muchos años después de aquellas forzadas coberturas militares, en un bar ubicado a dos cuadras de la casa de Menéndez en barrio Bajo Palermo, el "Pavo" confirma lo difícil que era ejercer el periodismo en los momentos en que la censura del gobierno militar era absoluta, por más que el comandante dijera lo contrario: "Menéndez te citaba y era prácticamente una orden, no había nadie que no fuera. Todos los periodistas íbamos, sobre todo los canales de televisión.

—¿Y el lugar era el comando?

—El comando y otras veces algún cuartel. Me acuerdo de un día, por ejemplo, que nos citó a todos los periodistas a las seis de la mañana al Batallón de Comunicaciones 141, en el Parque Sarmiento, con el único motivo de vendernos su amor por el uniforme: "Yo quiero que ustedes aprecien la hermosura de la vida militar (Tobi viaja al pasado y lo personifica con gestos, ademanes y tonos de voz). Que aprecien lo que es ver salir el sol, flamear nuestra bandera". Según el entrevistado, muchas veces las citas no tenían que ver con algún operativo o hecho relacionado a la "lucha antisubveriva". Era solo propaganda, convencer a la sociedad a través de los medios de las bondades de vivir en un país totalizado por el poder militar: "Además de hablarlo al gerente del canal, al director de la radio o el secretario de redacción del diario, Menéndez había impartido instrucciones precisas sobre el trabajo nuestro. Por ejemplo, tenías que escribir con minúsculas algunas cosas, llamar "delincuente terrorista" a los guerrilleros, "bandas de delincuentes terroristas" a sus organizaciones, decir o

escribir "el autodenominado ejército revolucionario del pueblo" al ERP, o "la organización declarada ilegal en septiembre del 75" a Montoneros. El memorando con esas órdenes estaba pegado en todas las redacciones, y guay si no lo cumplías".

Alcanza repasar los diarios de la época o ver las imágenes de la televisión para comprobar que la censura oficial cubría todo. "Al otro día del golpe del 24 de marzo llegó al canal un coronel, nos juntó a todos los periodistas y nos arengó con un discurso militar", recuerda Oscar Beguán, testigo de un hecho infinitamente más grave que esa bajada de línea, y de la orden del coronel usurpador para que se afeitara la barba: "Los milicos llegaron con sus tanques, abrieron el archivo de los SRT, que era el más completo de todos, y armaron una fogata con imágenes del Cordobazo, de Tosco, y de todas esas luchas obreras" (Entrevista con Beguán, 2006)

Treinta y seis días antes del agradable festejo que recordaba al prócer Moreno, los periodistas fueron citados por la oficina de prensa del III Cuerpo. Como mandaba su trabajo, el 29 de abril del 76 Tobi llegó como muchos de sus colegas al cuartel del Regimiento 14 de Infantería Aerotransportada, justo al frente de la oficina que Luciano Benjamín tenía en el comando. Nadie sabía el motivo de la convocatoria, ni se imaginaban. Cuando todos los medios estuvieron presentes, sus comunicadores fueron testigos y protagonistas de un hecho que resumía como ninguno el alcance de la política oscurantista del autoproclamado profeta de la argentinidad: en la batería de servicios una parva de libros ardían ante la mirada inquisidora de Menéndez y el teniente coronel Gorleri, jefe del Regimiento. Al ver las llamas consumiendo las páginas de centenares de obras, sin medir las consecuencias que su reacción podía generar en el jefe de la "patriada", el movilero de Canal 12 comenzó a patear los libros para sacarlos del fuego. Su actitud, instintiva, casi emocional, fue seguida por el resto de los periodistas, quienes temerosos empezaron también a boicotear una escena digna del medioevo, cuando además de libros la Iglesia Católica quemaba a los "herejes" en la plaza pública. La fogata, que duró apenas unos minutos, dejó a todos estupefactos, sin aliento. Fue

entonces cuando Gorleri aprovechó el momento para dejarles en claro a los presentes las razones del procedimiento: "Incineramos esta documentación perniciosa que afecta el intelecto, a nuestra manera de ser cristiana... y a nuestro más tradicional acerbo espiritual sintetizado en Dios, Patria y Hogar" (Nunca Más, 2003: 367 y 368). El impacto de los libros en llamas había sido tan fuerte, tan brutal, que uno de sus protagonistas no la olvidará jamás: "El tipo nos había citado para que viéramos cómo quemaba los libros. Libros que habían sido previamente confiscados de distintas librerías de la ciudad por ser considerados subversivos, porque cualquier cosa era subversiva. Pero, ¿cómo iba a quemar los libros? Era una locura", dice, se pregunta y se responde Tobi, quien ese día fue identificado por Menéndez porque la convocatoria periodística tenía, según él, un fin preciso: "Nos llamó para eso, porque era un tipo que se aprovechaba de su condición para conseguir espacios en todos los medios de comunicación, sobre todo en la televisión. No era ningún boludo, sabía muy bien la importancia que la prensa tenía para alcanzar sus objetivos".

José Mariano

La noche del miércoles 14 de julio de 1976, Gigena y Carnevale tomaban un café en el bar del frente del Hospital de Urgencias. Como el ambiente no daba para otra cosa, comentaban el gran momento de Talleres, cosas de laburo y alguna que otra boludez para pasar el turno de guardia. Hasta que el destino les cayó encima como una bomba de tiempo: en contramano, doblando a toda velocidad por la calle Santa Rosa, un Ford Falcon clavó los frenos y se estacionó frente a la puerta del hospital. A los pocos segundos, como una estampida, otro Falcon hizo lo mismo detrás del primero. Ya desde la vereda, absorbidos por la curiosidad, los médicos vieron que del primer auto bajó un soldado grandote con un niño en brazos, y una señora cincuentona que por detrás los seguía a llanto partido. Hasta ahí, una escena más de las miles de un trabajo en el que los segundos pueden significar una vida. La sorpresa llegaría en el segundo auto: en pijamas, tapado con un sobretodo marrón en una noche helada, el general Menéndez

bajó corriendo y se metió al hospital detrás del soldado grandote. Mirándose a la cara sin entender nada, Gigena y Carnevale cruzaron volando la calle para ver lo que sucedía con el comandante del III Cuerpo. Ya en el hall de entrada, el doctor José Galopa, jefe de guardia, preguntó al soldado grandote lo que había pasado con el niño:

—Parece que se asfixió con el calefón mientras se estaba bañando, doctor.

—¡Hay que llevarlo ya mismo a la sala de cirugía para reanimarlo! —ordenó Galopa.

En menos de un minuto el cuerpo del niño estaba sobre la camilla del quirófano, con los médicos analizando un cuadro que parecía irremediable. El pequeño tenía la tez blanca y pálida, su pulso era nulo y no mostraba signos vitales. Luego de dos horas de vanos intentos de reanimación, los doctores se convencieron de llamar a otro médico para que lo abriera y le hiciera masaje directo. Pero Menéndez se negó, aduciendo razones personales sobre ese médico. Ante la negativa del padre, Galopa, Gigena y Carnevale buscaron al doctor Uribe, un cirujano del Hospital Córdoba muy reconocido, que llegó, abrió el cuerpo y lo masajeó sin resultado. "Hicimos de todo", dicen hoy los tres, con el recuerdo fresco de ese niño moribundo sobre la camilla (entrevista a Galopa, Gigena y Carnevale, 2009).

Mientras los especialistas hacían lo imposible para revertir una situación límite, en una pequeña sala del hospital de Urgencias María Edith Abarca y Luciano Benjamín Menéndez rogaban a Dios que un milagro salvara a José Mariano, de nueve años de edad. Gigena, que iba y venía de una sala a la otra, tiene grabada en su retina la noche en que el hombre más poderoso de Córdoba deambulaba impotente sin poder hacer nada para salvar a su hijo: "Menéndez puteaba y pegaba puñetazos contra la pared. Estaba desconsolado, echo bolsa. Era raro ver a ese hombre, dueño de la vida de miles de personas, en esa situación de vulnerabilidad" (Idem. Ant). Maldiciendo las paredes, con ojos acuosos y rostro demacrado, quien se atribuía el poder divino sobre el resto de los mortales y arrancaría a tantos padres la felicidad de serlo, experimentaba en carne propia la pérdida inconmensurable de un

hijo. "Menéndez no entró a la sala de cirugía, se quedó como cuarenta minutos solo, en la pequeña habitación pegada al quirófano, sin hablar con nadie", recuerdan los tres médicos que esa noche atendieron a José Mariano.

Luego de intentarlo todo durante varias horas, los doctores se resignaron: "El chiquito llegó al hospital muerto. Cuando nosotros actuamos, ya era tarde", dicen tranquilos de conciencia quienes treinta y tres años antes vivieron una situación límite e inolvidable. Sin embargo, la confirmación de la muerte abriría otra polémica, poniendo en jaque a todas las autoridades sanitarias de la provincia: "Aunque los síntomas indicaban que la causa había sido la intoxicación con monóxido de carbono, era un caso de muerte dudosa, y, por lo tanto, teníamos la obligación de abrirlo y practicarle una autopsia", explican Galopa, Gigena y Carnevale (Idem. Ant). Pero esa opinión no era compartida por el padre de la criatura, que no quería ni oír hablar de cuchillos: "Menéndez se negó terminantemente a que lo abrieran, pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a firmar el certificado de defunción sin hacerle la autopsia. Entonces le pedimos al doctor Capelino, que era el director del Hospital, que firmara el certificado, pero también se negó, igual que Oviedo, el subdirector. Todos teníamos miedo de actuar y ninguno quería asumir esa responsabilidad porque Menéndez era Dios", repiten los tres médicos en la entrevista de diciembre del 2009.

Al no poder encontrar doctor que aceptara firmar el certificado, Galopa llamó a Núñez, que era el director del Hospital Militar: "Era un médico legista, además de forense y eximio violinista. Un tipo muy culto, muy capaz, que tampoco quiso firmar. Me acuerdo que ante la negativa de éste, el general Vaquero, que era el segundo de Menéndez, se nos acercó y agarrándose la cabeza, nos dijo: 'pero este tipo es un boludo'". Galopa lo cuenta y parece revivir la tensión y el miedo que sintieron aquel miércoles de invierno, cuando a la madrugada del 15 de julio el Hospital de Urgencias era ya la subsede de la Casa de Gobierno y del Comando del III Cuerpo: "Llegaron las principales autoridades de la Provincia, y los más importantes jefes militares. Afuera los milicos habían cerrado las dos esquinas y acordonado el hospital, que fue clausurado. Me acuerdo que había soldados por doquier".

Con Menéndez y señora encerrados en la salita del hospital, Chasseing, Romanutti, Vaquero y Sasiaiñ fueron llegando para acompañar a su jefe en el momento más doloroso de su vida. Este último, comandante de la IV Brigada Aerotransportada y fanático seguidor del proyecto menendista, se acercó a los médicos y, conmovido, les dijo: "es como si fuera mío, si jugaba con mis chicos en el barrio". El general Santiago, otro oficial muy cercano a Menéndez, que trabaría una larga amistad con éste a partir de su aterrizaje como segundo comandante del III Cuerpo, en diciembre del 76, asegura que la muerte de ese hijo "le impactó muchísimo a Menéndez. Era un chico muy buenito, muy cariñoso, al que le gustaban mucho los caballos. Por eso tenía una relación muy cercana y afectuosa con el padre. Sí, sí, la desgracia de José Mariano lo afectó por un largo tiempo". Pedro Giamberardino, que era su ayudante, también recuerda el golpe que significó en su jefe la pérdida de ese hijo: "En la intimidad Menéndez era una persona muy sensible. Esa imagen de rectitud y profesionalidad que mostraba en su trabajo, ante sus subordinados, se contrastaba con la de un hombre muy familiero, muy dedicado a sus hijos, su mujer y sus amigos. Por eso la muerte del chiquito, que tenía nueve años, lo destrozó. Fue un impacto muy fuerte en su vida, llevó mucho tiempo para que pudiera recuperarse de esa pérdida" (Entrevista con Giamberardino, 2007).

Temerosos de tomar una decisión que enfureciera a un padre destrozado, la improvisada junta de médicos seguía debatiendo qué hacer con el cuerpo del niño, al que nadie se animaba a dar por muerto: "Los milicos buscaban desesperadamente a Garimaldi, que era médico militar y secretario de Salud Pública, pero no lo podían encontrar. Hasta que a eso de la una de la mañana, por fin, Garimaldi apareció. Me acuerdo que el tipo llegó y dijo 'yo firmo', y todos respiramos aliviados", dice en la entrevista del 2009 Galopa, mientras Gigena y Carnevale asienten con la cabeza.

Aunque en julio del 76 se especuló con un posible atentado de la guerrilla para castigar a quien venía masacrando a sus militantes, Santiago asegura que todo se trató de un accidente casero: "El chico llegó a su casa después de jugar al fútbol, se metió a bañarse y se desmayó por una pérdida de gas del calefón, que en la mayoría de las casas estaba en el baño. Después de un buen rato,

como no salía de ducharse, la madre se preocupó, entró al baño y lo vio tirado en la bañadera. Una cosa terrible, espantosa. Después de ese accidente sacaron los calefones del baño" (entrevista con Santiago, 2007).

Culminado el trámite legal con la firma de Garimaldi, Galopa, jefe de guardia, Capelino, director del Urgencias, y Oviedo, subdirector, entregaron el cuerpo de José Mariano a su padre. "Nunca más volvimos a verlo", dicen los tres amigos, refiriéndose a que no volvieron a cruzarse con Menéndez en persona, aunque sí infinidad de veces en la pantalla de televisión, en los discursos castrenses que LV2 solía transmitir en vivo, o en las páginas de los diarios. "Los demás no existían. Además, Menéndez era de los generales duros, duros, como este de Buenos Aires...., cómo es que se llamaba", interroga Gigena a sus compadres del hospital.

—¿Quién? —pregunta Galopa, intrigado.

—Este que se fugó, que era tanto o más temible que Menéndez...

—¿Suárez Mason?, ¿Camps?

—¡Suárez Mason, ese! —confirma Gigena con ímpetu—. Bussi también era de los más asesinos —agrega, mirando a la cara de sus compañeros, agradecidos por haber dejado atrás aquellos años de terror y muerte, donde una noche cualquiera, en medio de la barbarie, fueron partícipes involuntarios del único momento de humanidad de quien parecía no tenerla.

Mario Roberto

Cinco días después del accidente que se llevó a su cuarto hijo varón, el destino, Dios o vaya a saber quién le ofrendaron a Menéndez un fugaz pero intenso, íntimo, momento de felicidad: el lunes 19 de julio de 1976, un soldado de su amado Ejército terminaría de un plumazo con el símbolo satánico de las Fuerzas Armadas, y principalmente del comandante del III Cuerpo.

Cuando golpearon la puerta del 4º "B", los dos hombres se miraron a la cara y sigilosamente, sin pestañear, agarraron sus armas automáticas. Ninguno esperaba visita ese día y nadie veía a

esos hombres sin una cita previa. Mucho menos desde que la policía y el ejército rastrillaban el país entero en busca de uno de ellos. La situación del PRT-ERP era desesperante desde el ataque a Monte Chingolo, y terminaría de la peor forma esa fría tarde-noche en Villa Martelli, cuando el más joven de los dos se acercó a la puerta para echar un vistazo sobre el pasillo, y una ráfaga de balas lo atravesó y tiró hacia el interior del departamento. Sorprendidos en su escondite[141], que increíblemente no tenía una salida de emergencia por donde escapar, Mario Roberto Santucho y Benito Urteaga empezaron a disparar como podían para protegerse y frenar el ataque. La balacera, que duró unos minutos, fue tremenda y cambiaría para siempre el destino del proceso revolucionario argentino. En ese inesperado, inexplicable y fatal enfrentamiento con una patrulla del Ejército, el hombre más buscado del país y su lugarteniente cayeron muertos, precipitando el fin de la guerrilla marxista[142]. La otra víctima del tiroteo, que quedó sangrando en el piso de ese departamento maldito de Venezuela 3149, era el capi-

141 En el departamento vivía Domingo "El Gringo" Mena junto a su mujer Ana Lanzilloto de Mena, que fue secuestrada por el Ejército y llevada a Campo de Mayo, donde fue torturada y desaparecida al igual que Liliana Delfino, compañera de Santucho, que se encontraba en el departamento al momento del tiroteo.

142 El día de su muerte Santucho iba a reunirse con Firmenich para constituir la Organización para la Liberación de Argentina (OLA), cuyo objetivo era unir fuerzas para resistir a la dictadura. Por motivos que aún siguen sin dilucidarse, la reunión entre los dos jefes guerrilleros fracasó. El negociador de ese encuentro era Enrique Gelther, secretario de Santucho, quien nunca se reunió con el contacto de Montoneros porque una semana antes éste había sido secuestrado por el Ejército, aunque increíblemente esa información nunca llegó a los cabecillas del PRT/ERP. Mena, número tres del PRT/ERP, también fue capturado ese lunes 19 de julio de 1976 cuando regresaba a su casa. La versión que los servicios de inteligencia del Ejército hicieron circular años después para deshonrar a los jefes guerrilleros, decía que Mena tenía entre su ropa papeles que llevaban al departamento de Villa Martelli, algo insostenible para un cuadro de su jerarquía y formación. Otra versión mucho más creíble, vertida por los conscriptos que cumplían servicios en Campo de Mayo, asegura que el "Gringo" murió en la tortura sin aportar información a pesar de que su cuerpo habría sido tajeado y una de sus manos cortada. Otra fuente de información que da crédito a esta versión es la que Juan Bautista "Tata" Yofre, un apologista de la represión con aceitados contactos en las Fuerzas Armadas, escribió en su libro *Fuimos todos*, en el cual rescata el honor y la valentía que Mena habría mantenido hasta el fin de su martirio, muriendo como una tumba ante sus torturadores de Campo de Mayo.

El otro punto increíble de la muerte de Santucho, que potencia las dudas, es que esa misma noche tenía previsto viajar a Cuba para instalarse en la isla y replantear la estrategia de resistencia a la dictadura, el futuro inmediato del PRT/ERP, y la conformación de la OLA con Montoneros.

tán Juan Carlos Leonetti, jefe del operativo, que desde hacía años había entregado su vida a cazar al mítico jefe guerrillero[143].

El martes 20 de julio la noticia convulsionó al país y a buena parte del mundo occidental donde los exiliados argentinos habían buscado refugio. Para la militancia perretista que a duras penas sobrevivía, ya fuera en su clandestina libertad o en los campos de concentración, la emboscada y desaparición del "Comandante" significaría su golpe de nocaut, mientras que los generales antisubversivos la festejaron como el paso previo a la victoria final. La captura de su enemigo público número uno, que según algunos testigos iba muerto en la ambulancia que lo trasladaba y otros que llegó vivo a Campo de Mayo, provocó una excitación digna de la caída de un emperador romano. "Lo hicimos cagar a tu jefe", le dijeron a Cecilia Suzzara los torturadores de La Perla. "Estaban excitados y nos provocaban todo el tiempo. Para nosotros fue algo terrible, que terminó de destrozarnos moralmente", recuerda ella (Entrevista con Suzzara, 2008).

Aunque es seguro que la caída de Santucho no alcanzaba para compensar el inmenso dolor que embargaba a Menéndez por esos días, su muerte funcionó como envión anímico para un jefe que no se permitía aflojar. No en el momento en que su vida giraba en torno a la destrucción de su enemigo predilecto. El aura que rodeaba a quien todos creían el sucesor del Che Guevara era de tal magnitud, que algunas versiones —nunca confirmadas por los supuestos asistentes—, cuentan que desde Videla para abajo, todos los jefes del Ejército se reunieron en secreto en algún lugar de Campo de Mayo para ver en vivo y en directo los cuerpos lacerados de "Robi" y Urteaga. Y que más de uno se emocionó al ver al más respetado jefe guerrillero tirado ahí, en esa condición. Si se piensa que la vida de este santiagueño se había convertido en leyenda a partir del surgimiento del ERP, en 1970, la historia suena absolutamente creíble. Por lo pronto, el legajo de Luciano Benjamín documenta que el 23 de julio de 1976, tres días

143 Leonetti fue llevado malherido al hospital y murió desangrado. Algunos sostienen que sin saber que el hombre que había matado en ese departamento era a quien buscaba obsesionadamente.

después de la llegada del cuerpo a Campo de Mayo, éste viajó hacia Buenos Aires en "comisión de servicio", regresando en el mismo día de "modo aéreo" (Legajo militar).

Ya en el terreno de la mitología represiva, las versiones más morbosas que circularon y circulan en el hermético mundo militar, dicen que el cuerpo del líder del PRT/ERP fue embalsamado y puesto en un féretro de vidrio para ser mostrado como trofeo de guerra a todos los oficiales que quisieran verlo en el "museo de la subversión", una especie de mausoleo clandestino que habría funcionado en algún lugar secreto de este gigantesco cuartel, y cuya promoción muchos adjudican a Bussi.

Independientemente de todas estas historias, que seguirán circulando hasta que algún testigo quiebre el pacto de silencio, lo concreto es que los cuerpos de Santucho, Urteaga y Mena, los tres máximos dirigentes de la guerrilla guevarista en ese momento, desaparecieron en el más absoluto secreto militar, y que hasta el día de hoy se desconoce qué pasó con ellos[144]. Lo que sí se sabe es que en ese sangriento invierno del 76, el más fundamentalista de los generales antisubversivos hizo de tripa corazón por la muerte de su hijo y se lanzó como una tromba sobre los restos que "Robi" había dejado desperdigados y sin rumbo por ese inmenso territorio que era el III Cuerpo de Ejército, ya sin fuerzas morales ni materiales para seguir peleando.

El 24 de agosto, a un mes de la muerte de Santucho, Menéndez confirmó que el mito de la "guerra sucia" no era más que eso. En el aula magna del Comando de la Octava Brigada de Infantería de Mendoza, ante un público colmado por oficiales superiores del Ejército y la Fuerza Aérea, funcionarios del gobierno provincial y nacional, dirigentes empresarios, autoridades educativas, de la cultura, y representantes de distintos medios de comunicación, el jefe de la zona 3 informó de los auspiciosos resultados que la represión ilegal había obtenido a solo cinco meses de haber asaltado el poder del Estado, y a casi un año de haber iniciado las operaciones antisubversivas en todo el país: "La situación actual de las Fuerzas Armadas frente a la delincuencia subversiva es de perse-

144 En la actualidad hay una causa penal iniciada por los familiares de Santucho para averiguar dónde fue enterrado su cuerpo, y el de los otros dos jefes guerrilleros.

cución" (Los Principios, 25/98/76, pág. 1). Titulada "Situación nacional en la lucha contra la subversión", quien comandaba buena parte de esa "lucha" precisó que "en la organización extremista declarada ilegal en 1973 —en referencia al ERP—, el 75 por ciento de sus cabecillas han sido abatidos o detenidos, pudiendo considerarse que está desmantelada. Y en cuanto a la que fue puesta fuera de la ley en último término —por Montoneros—, está en iguales condiciones el 30 por ciento de sus cabecillas" (Idem. Ant). Sacando pecho por la tarea realizada, aseguró que el ERP y Montoneros "pueden producir algunos atentados con bombas o asesinatos a sangre fría que pueden parecer espectaculares, pero no significan de ninguna manera un triunfo militar" (Idem. Ant).

"Satanelli" y los curas "subversivos"

"Menéndez era un hombre muy católico, nunca faltaba a misa los domingos, y mientras sus actividades se lo permitían, no se perdía oficio religioso que se hiciera en algún lugar del III Cuerpo". El recuerdo pertenece a su ayudante privado Pedro Giamberardino, quien solía acompañarlo a esas celebraciones, que contradicen algunas versiones que ubican a Luciano Benjamín como un hombre poco afecto a la liturgia religiosa: "Era un clásico que asistiera a la misa de la capilla Domingo Savio, esa iglesia chiquitita que está sobre la rotonda del tropezón" (Entrevista con Giamberardino, 2007). La capilla está ubicada al frente del barrio militar donde vivía Menéndez, y pertenece a los salesianos, una congregación que con la impronta de Don Bosco puso siempre su doctrina y sus recursos al servicio de los sectores más necesitados o desprotegidos de la sociedad. Una postura que en los tiempos en que Luciano Benjamín reinaba en Córdoba, podía significar la persecución o la muerte de sus predicadores y feligreses. La "opción por los pobres", que la iglesia de Mugica y Angelelli había señalado con vehemencia después del Concilio Vaticano II[145], era

145 Algunos sectores militares argentinos consideraban al Papa Pablo VI un "hereje", por haber iniciado una política "aperturista" de la iglesia hacia los sectores más postergados de su inmensa feligresía, y apoyaban al obispo disidente Lefevre, uno de los impulsores del integrismo católico que "bendijo" la represión ilegal, diciendo que tirar prisioneros al mar eran "formas cristianas de morir".

considerada "subversiva" por el régimen del cual el general era un apóstol consagrado, y que tan claramente especificaba el *"Plan del Ejército"*: "El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo es en la práctica la única organización de accionar trascendente al ámbito de ciertos sectores de nuestra población. De definida prédica socializante sirve a la postre a la lucha de clases que pregona el marxismo" (Mántaras, 2005: 148). En el párrafo siguiente del documento secreto, los ideólogos castrenses advertían: "La representación de este movimiento se materializa casi exclusivamente en los denominados Sacerdotes del Tercer Mundo, quienes en posturas contra el nuevo gobierno serían los particulares responsables" (Mántaras, 2005: 149). Para Menéndez y su patota, los "particulares responsables" no eran otros que los sacerdotes a quienes debían secuestrar.

Con la muerte del padre Carlos Mugica en mayo del 74 a manos de Rodolfo Almirón, un sicario de López Rega, la figura excluyente de la iglesia que decidió estar junto al pueblo, aún en los momentos más oscuros y dramáticos de la Triple A y durante el régimen militar que se encontraba en plena expansión, era, sin dudas, Enrique Angelelli, el obispo de La Rioja. Aunque no era el único: Jaime De Nevares en Neuquén, Miguel Hesayne en Río Negro, Jorge Novak en Quilmes, Carlos Ponce de León en San Nicolás, Alberto Devoto en Goya y Miguel Iriarte en Resistencia, representaban a la minoría del Episcopado argentino que se enfrentó a la dictadura.

Enfrentado desde 1968 con la postura conservadora del cardenal Primatesta y su abierto apoyo al golpe de Estado de marzo, Angelelli, o el "Pelado", como lo llamaban sus fieles, era uno de los enemigos de peso que Menéndez tenía en el territorio que controlaba a discreción.

Bautizado "Satanelli" por los "Cruzados de la Fe", el sector más rancio de la oligarquía terrateniente y la iglesia riojana, la prédica emancipatoria del obispo, que promovía las cooperativas de campesinos, enfurecía al "Cachorro". Además, tanto desde su púlpito como desde el programa de radio que tenía y que luego fue levantado, Angelelli criticaba con dureza el excluyente proyecto político-económico de la dictadura militar, y denunciaba sin eufemismos los secuestros, las torturas y las desapariciones que

Menéndez ejecutaba sin pausa, y que Primatesta, elegido en mayo presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, avalaba como formas cristianas de muerte para acabar con la "subversión".

Todas estas acciones, que el obispo venía desarrollando desde que se instaló en La Rioja en 1968, habían convencido a Menéndez de que Angelelli era miembro activo de la organización Montoneros, y empezó a cercarlo golpeando donde más le dolía: a días del golpe secuestró a dos curas de su diócesis, allanó varias veces las parroquias que seguían su palabra, e intimidaba en estrictos controles camineros a los sacerdotes y laicos seguidores de Angelelli.

Cansado de esta abierta persecución contra su feligresía, el obispo riojano viajó a Córdoba para pedirle a Primatesta que lo acompañara hasta el comando del III Cuerpo. Quería pedirle a Menéndez en persona que frenara la represión en su contra. Pero el arzobispo cordobés se negó, y envió en su lugar a su secretario privado, Mario Flores, quien escoltó a Angelelli hasta la sede del comando, pero no subió con el obispo hasta la oficina del comandante. Luego de media hora, Angelelli salió con cara de pocos amigos. Años después, Flores citaría en boca de éste una vaga conclusión sobre su encuentro con Menéndez: "Hay que rezar mucho", dijo Flores que le dijo Angelelli[146] al salir de la oficina del comandante. La versión de la familia del "Pelado", radicada en Córdoba, es otra. Según su sobrina Marilena, que estuvo presente en esa visita que Angelelli hizo a sus padres con motivo de su viaje, el obispo contó lo que le había pedido a Primatesta y relató la posterior entrevista con Menéndez, de la cual "salió con mucho miedo"[147]. En esa misma charla de sobremesa familiar, que la sobrina reconstruyó para la causa judicial en 1983, la recomendación de Menéndez habría sido en un claro tono intimidatorio: "El que se tiene que cuidar es usted, obispo". Era la respuesta del jefe militar a las denuncias que Angelelli había expuesto ante el Episcopado argentino unos días antes, donde en estrictos tres minutos había detallado treinta y siete puntos sobre la persecución

146 Su testimonio está incorporado en la causa judicial que en La Rioja investiga la muerte del obispo.

147 Relatado a Luis Miguel Baronetto y a la asociación civil Tiempo Latinoamericano en 1983, cuando se abrió la causa judicial.

que sufría su diócesis. Ante esta situación, que cada día iba poniéndose más espesa, varios curas decidieron escribirle a Zaspe, el obispo Santa Fe, quien integraba la conducción del Episcopado y a la vez tenía una estrecha relación con Angelelli. En esas misivas, el obispo riojano denunciaba su persecución y sugería a Zaspe la complicidad del Episcopado con la represión: "Hace falta que a la iglesia no la manejen los generales, sino nosotros", escribió Angelelli (Entrevista con Baronetto, 2009). Zaspe le contestó que: "Lo importante es que el Cardenal Primatesta hizo mención específica de tu caso. El presidente Videla escuchó atentamente, aunque no dio una respuesta inmediata..." (Baronetto, 1996: 147).

Luis Baronetto, que escribió *Vida y Martirio de Mons. Angelelli*, sostiene que la respuesta militar no tardó en llegar: "El 18 de julio, a plena luz del día, una patota secuestró de la iglesia de Chamical a los curas Gabriel Longeville y Carlos De Dios Murias, y dos días después, al laico Wenceslao Pedernera, que trabajaba con Angelelli en los proyectos cooperativos" (Entrevista con Baronetto, 2009).

Ante este nuevo ataque, Angelelli reaccionó escribiendo más cartas. Iban dirigidas al nuncio Pío Laghi, al superior de la congregación de Longeville y Murias, al embajador de Francia, y otra a Emilio Mignone, que expresaba la soledad en la que se encontraba: "Por ahí se me ocurre pensar que lo que están buscando es un copete colorado, es la vida de un obispo. Quizás eso contribuya a que despertemos", dijo Angelelli a su amigo, después de preguntar y averiguar mucho de todo lo que había pasado en Chamical y otras iglesias riojanas. "Hay algunos datos que por prudencia no debo consignar", señaló el obispo, quien tenía en su poder una carpeta detallando todos los ataques sufridos y una interpretación personal sobre la responsabilidad militar en los ataques[148].

Conscientes del peligro que corría el "Pelado", los curas volvieron a escribir a Zaspe, quien esta vez respondió que la jerar-

148 Albano Harguindeguy era el responsable de las relaciones con la iglesia católica, y por esa razón hay denuncias en la justicia que dicen que el entonces ministro del Interior tenía en su poder la carpeta que Angelelli llevaba en su auto al momento de su muerte. Otra versión cuenta que Harguindeguy sonrió cuando en el medio de una entrevista con José Deheza, ex ministro de Isabel Perón, sonó su teléfono para decirle que el obispo riojano había muerto (Andersen, 1993). Además, Harguindeguy era el responsable de la inteligencia que el Ejército hacía en los colegios católicos, la Nunciatura, el Episcopado y principalmente todo lo que hacía Angellelli y los curas tercermundisas

quía no podía lograr mucho más. Resignado, encomendó a Dios para que salvara a su amigo: "Recemos mucho", les dijo el obispo santafesino a los sacerdotes. Pero no alcanzó: a las tres de la tarde del 4 de agosto, mientras manejaba por la ruta nacional 38 en dirección a la capital riojana, la camioneta 125 de Angelelli fue interceptada por un Peugeot 404 blanco, que lo embistió sacándolo de la calzada. Luego de varios tumbos, el cuerpo del obispo y de quien lo acompañaba, el padre Arturo Pinto[149], quedaron tirados en medio del desierto, cubiertos de sangre y polvo, cristalizando la foto trágica de la Argentina católica y militar.

Horas antes de que Angelelli fuera asesinado en ese desolado camino riojano, unos quince hombres vestidos de civil voltearon a patadas la puerta de la humilde casa de Los Boulevares 851, al norte de la ciudad de Córdoba. Armados hasta los dientes, buscaban a los "curas subversivos". Aterrados, gritando a viva voz que eran seminaristas y religiosos que no tenían nada que ver con ninguna organización revolucionaria, los cinco jóvenes y el hombre mayor con pinta de gringo veían impotentes cómo los invasores revolvían todo, cargaban en cajas los libros de la biblioteca, los discos de vinilo y el material que encontraban a su paso. No discriminaban nada. Cuando terminaron de recolectar las "pruebas" que incriminaban al grupo con el comunismo internacional, la quincena de hombres disfrazados subió a sus víctimas a los autos que esperaban afuera, y se los llevó dejando como testigo a Joana McCarthy, una monja estadounidense de la misma congregación que estaba de visita en la casa, cuya libertad posiblemente se explicara por un forzado castellano y su rostro claramente anglosajón.

El 3 de agosto a la noche, Alejandro Dausá, Daniel García Carranza, Alfredo Velarde, Humberto Pantoja y Daniel Destefani, todos seminaristas de la Orden de Nuestra Señora de La Salette, pasaron la noche en los pequeñísimos y lúgubres calabozos del D2 de la policía junto al cura norteamericano Santiago Weeks, responsable del grupo. En el centro clandestino de la policía los religiosos fueron golpeados y torturados, para luego ser encerrados un tiempo en la cárcel de San Martín y otro en Encausados.

149 Es el único testigo del hecho, que al momento del crimen quedó inconsciente.

Dausá, que en septiembre del 2004 viajó de Cuba a la Argentina para declarar en una causa que tiene como principal acusado a Menéndez, y García Carranza, que vive en Córdoba, contaron que "una vez en la cárcel, fuimos varias veces llevados al campo de concentración La Perla, donde éramos interrogados por Rubén 'El Cura' Magaldi, famoso torturador del lugar y gran conocedor de la iglesia católica" (entrevistas con Dausá y García Carranza, 2004). Según los religiosos, sus torturadores les recriminaban la tarea pastoral en defensa de los pobres: "Nos decían que debíamos trabajar para los ricos y salvarlos, porque si lo hacíamos por los pobres éstos se organizaban y se sentían fuertes. No hay que olvidar que nos secuestraron un día antes del asesinato de Enrique Angelelli, uno de los pocos obispos que se atrevieron a hablar contra la dictadura y denunciar los crímenes, en un país donde fue notable la violencia ejercida sobre los seguidores de la Teología de la Liberación" (Idem. Ant).

Teresa Meschiati, militante montonera que llegó secuestrada a La Perla el 25 de septiembre del 76, relató en su testimonio que "el coronel Fierro y Magaldi interrogaron a Weeks. Fierro, que era ayudante de Menéndez y hombre de su extrema confianza, me preguntaba si este cura norteamericano tenía conexión con los Montoneros. Textualmente me dijo que el Destacamento de Inteligencia 141 había secuestrado a los cinco seminaristas y a Weeks, y que los pensaban matar" (entrevista con Meschiatti, 2008). Meschiatti también recuerda que el capitán González, cursillista de la primera hora, se acomodaba frente a los detenidos de La Perla una boina negra con un gran crucifijo, mientras los amenazaba con conceptos que el general Menéndez solía desarrollar contra los "marxistas ateos": "porque sois representantes de la muerte, porque sois representantes del demonio, porque sóis el anticristo y queréis pervertir la paz del orden natural, debemos destruirlos en una guerra santa" (Idem. Ant).

En un desesperado intento por salvar a sus amigos de las garras de Menéndez, el 4 de agosto McCarthy fue testigo y víctima de los pactos secretos entre las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica argentina y la embajada de su país: "Al día siguiente del secuestro me comuniqué con el Arzobispado, en donde me aconsejaron que abandonara Córdoba. Partí para Buenos Aires y me

dirigí a la Embajada, pero no quisieron ni prestarme el teléfono. Es más, llamaron a la Policía Federal para que me revisara", recuerda la monja estadounidense, que también volvió a la Argentina en el 2004 para declarar en la causa judicial (Entrevista con McCarthy, 2004).

Sin saber qué puerta tocar para denunciar el caso, en los primeros días de agosto del 76 McCarty recibió el apoyo de los jesuitas, quienes la ayudaron a cruzar al Uruguay. Pero una vez allí, cuando volvió a pedir auxilio a sus diplomáticos, éstos le recomendaron que abandonara el continente: "Me dijeron que volviera a Estados Unidos porque las fuerzas armadas de la región trabajaban coordinadamente para acabar con la subversión. Y en los medios de prensa sudamericanos comenzó a circular que había una subversiva norteamericana trabajando junto a la guerrilla boliviana" (Idem. Ant). Ya en la tierra del altiplano, donde McCarthy hacía su trabajo pastoral, ésta finalmente pudo conseguir un pasaje para Washington, donde empezó una campaña contra la dictadura argentina, y especialmente contra uno de sus más fanáticos líderes: "Una vez allá comenzamos junto a la comunidad irlandesa y la Orden de La Salette un trabajo de lobby sobre el Parlamento", recuerda McCarthy, cuyo operativo "salvación" puso en jaque no solo al gobierno nacional, sino al principal responsable de la detención de sus compañeros, que se negaba a dejarlos en libertad. Recién el 7 de agosto, cuatro días después del secuestro, Menéndez dio a conocer el hecho a través de un comunicado. Por exclusiva decisión de quien firmaba ese documento, el régimen que su amigo Videla representaba ante el mundo afrontaba el primer conflicto diplomático por un tema relacionado al plan represivo. Y nada menos que con el principal aliado que la Junta y el jefe del III Cuerpo tenían en la cruzada anticomunista que protagonizaban en el marco del Plan Cóndor.

El 11 de agosto Estados Unidos protestó por primera vez en forma oficial a través de su embajada en Buenos Aires, sin obtener respuestas de las autoridades argentinas, quienes se limitaron a decir que Weeks había sido detenido por "actividades políticas ilegales en la ciudad de Córdoba" (La Voz del Interior, 12/08/76, pág. 11). Al otro día los funcionarios norteamericanos volvieron a la carga, reiterando su preocupación por el "aislamiento en que se

encuentra el reverendo Weeks" (La Voz del Interior, 13/08/76, pág. 8). El subsecretario para Asuntos Interamericanos, Hawson Ryan, entregó un memorando al embajador argentino en Washington, Arnaldo Musich, en el que le recordaba los derechos de asistencia consular que los extranjeros tenían en la Argentina en función de que ambos países eran signatarios de la Convención de Viena. Era la tercera vez que Musich escuchaba las quejas de sus colegas estadounidenses por el tema, quienes entregaron también una carta a la cancillería argentina a través de su embajada en Buenos Aires. Sin inmutarse por el escándalo en puertas, aduciendo razones de seguridad nacional y soberanía, Menéndez viajó a Tucumán para supervisar las actividades que el Comando Táctico realizaba en el marco del *Operativo Independencia.* La cuerda con el país del norte por la detención de Weeks se tensó hasta el borde de un planteo formal, que obligó a ceder al "mejor comandante" que Videla tuvo a su cargo, abriendo una herida entre este y sus jefes en el Ejército, los eternos negociadores Jorge Rafael y su alter ego Viola. La presión internacional se materializó el 17 de agosto con la visita a Weeks de un enviado consular de la Casa Blanca, y quince días después de su secuestro, el cura fue liberado y expulsado de la Argentina por el Poder Ejecutivo Nacional, embarcándose ese mismo día hacia su país de origen, quedando el resto de los seminaristas en prisión. "Creo que la presión ejercida por el senador Ted Kennedy y otros congresistas sobre la embajada norteamericana en Argentina fue lo que salvó a Weeks y sus seminaristas", dijo en el 2004 McCarthy. Dausá y García Carranza, que recobrarían su libertad a fines de septiembre, coinciden, pero agregan algo más: "Nos salvamos por la ayuda de 'Juana'" (así le dicen a su salvadora), porque Weeks era estadounidense y por las intensas gestiones que Rolando Nadeus, nuestro superior en la orden en Córdoba, realizó sin descanso ante la jerarquía eclesiástica de esta provincia" (entrevista con Dausá y García Carranza, 2004). La máxima autoridad de esa jerarquía era el cardenal Primatesta, a quien García Carranza apunta sus dardos con la ironía cordobesa a flor de piel: "Si dejaban de tocar el órgano, hubieran escuchado nuestros gritos de sufrimiento en el D2" (Idem. Ant).

La intervención de la embajada estadounidense en la liberación de Weeks y los cinco seminaristas fue confirmada por

Meschiati desde el corazón del horror: "Fierro me dijo que por intervención del embajador norteamericano habían tenido que dejar salir a Weeks del país, debido a su condición de extranjero" (Entrevista con Meschiati, 2008).

Además de provocar los primeros chispazos entre Menéndez y sus camaradas del Comando en Jefe del Ejército, el caso sirvió para filtrar un rayito de luz sobre las aberrantes violaciones a los derechos humanos que se cometían en el más austral de los países americanos, aunque éstas no encontraran todavía la repercusión internacional que los exiliados internos y externos pretendían para arrinconar a la dictadura. Sin embargo, la dogmática actitud asumida por Luciano Benjamín en un tema que los norteamericanos consideraban menor, puso en alerta al embajador Hill y al secretario de Estado Kissinger, quienes empezaron a advertir en su figura el germen de una interna feroz entre sectores del Ejército. La feudalización represiva que los dos halcones de la Casa Blanca habían alentado meses atrás —exitosísima para destruir la resistencia armada al orden militar—, generaba en lo político grandes inconvenientes, ya que el poder y las decisiones de gobierno se repartían entre distintos caudillos territoriales, algunos de los cuales parecían volverse incontrolables. No solo para el equilibrista Videla, sino también, y sobre todo, para la embajada norteamericana en Buenos Aires, donde algunos de sus empleados más calificados olfateaban que los vientos políticos de su país soplaban en la dirección contraria a los centuriones del Cono Sur.

Aunque los diarios del 5 de agosto titularon que "Monseñor Angelelli perdió la vida en un accidente" (Los Principios, 5/08/76, pág.1), el fallo del juez Morales en 1986 y las autopsias realizadas en el 2009 por la justicia federal riojana[150], confirmaron que el cráneo del obispo mostraba golpes en su superficie, producto de los culatazos que los asesinos le habrían propinado una vez en el piso, ya inconsciente o muerto. Un final que el propio Angelelli

150 Realizada por el Equipo Argentino de Antropología Forense a pedido del juez federal de La Rioja, Daniel Piedrabuena, quien investiga una causa cuya instrucción estaría, según los querellantes, "agotada y lista para ser elevada a juicio, con Videla y Menéndez como responsables de ser autores 'mediatos' del asesinato de Angelelli"

intuía podía llegar de un momento a otro: "Sí, tengo miedo, pero el Evangelio no se puede esconder debajo de la alfombra", había dicho el "Pelado" a sus íntimos días antes del crimen (entrevista con Baronetto, 2009). Uno de ellos era su compadre de Córdoba, el sacerdote Carlos Ponce de León, titular de la iglesia de barrio Los Naranjos, quien una tarde del 2006 confirma aquellos justificados temores y la valentía de su amigo para enfrenar a los Goliat militares: "Angelelli siempre me decía: 'no seamos ingenuos, que los dos tenemos la carpeta en el III Cuerpo'" (Entrevista con Ponce de León, 2006). Según Ponce de León, la persecución a la iglesia tercermundista había empezado en el 74 con la venia del cardenal cordobés, quien tenía una buena relación con el teniente coronel que derrocó a Obregón Cano: "La iglesia apuró la intervención de Córdoba, porque Primatesta era el líder de la iglesia conservadora argentina, que a fines de los 60 dijo: 'Angelelli o yo". Él personificaba la reacción del poder eclesiástico que intentaba frenar el movimiento tercermundista que surgió en Medellín en el 68, y que firmaron dieciocho obispos y quinientos curas" (Idem. Ant).

Declarado "Paracaidista Honoris Causa"dos meses después del golpe militar por la IV Brigada Aerotransportada que conducía el carnicero de Menéndez, Primatesta era uno de los pocos que el comandante aceptaba recibir cuándo éste se trasladaba hasta su despacho para pedirle por algún detenido. "No me consta la estrecha relación que todos dicen tuvieron Menéndez y Primatesta, pero la deduzco por los hechos consumados", dice Rubén Pellanda, que conoció muy de cerca al Arzobispo: "Cuando el coronel Horacio Cutiello, jefe del G3, pedía salvar a alguien que estaba en las listas de Menéndez, éste aceptaba por pedido de Primatesta" (entrevista con Pellanda, 2006). Igual, Pellanda asegura que "Menéndez no era clerical, sino un milico por antonomasia. La relación entre ambos existía por conveniencia, no porque se tuvieran simpatía" (Idem. Ant). Y aunque algunos torturadores jóvenes de La Perla y los sectores más anticomunistas del ejército insultaran a Primatesta llamándolo el "cardenal rojo" por haber salvado a varios curas y a otros detenidos, la definición de Pellanda se acerca mucho a la realidad: "Si hay algo característico en él, que define lo que era y lo que hizo Primatesta, es la ambigüedad" (Idem. Ant).

Horacio Verbitsky, que investigó como nadie el rol político cumplido por la Iglesia Católica argentina durante el siglo XX, ubica a Primatesta como el eterno conciliador entre los sectores más reaccionarios de la iglesia que apoyaba sin titubeos el proyecto aniquilador de la dictadura, y el sector tercermundista. No porque ideológicamente fuera cercano a esta fracción de la iglesia, sino porque dentro de ese grupo militaban muchos curas amigos o conocidos del cardenal. Precisamente a dos de esos representantes, que un día le reclamaron un mayor compromiso ante la ola de secuestros y desapariciones que conmovían a la región, Primatesta les advirtió elípticamente que nada bueno les podía pasar en la tierra de Menéndez si seguían con su prédica denuncista: "Ustedes saben qué tienen que hacer en sus iglesias, no me vengan a decir qué tengo que hacer en la diócesis. Déjense de joder" (Entrevista con Ponce de León, 2006).

En este marco de persecución ideológica iniciado en el 74 con el *"Navarrazo"* y llevado hasta el paroxismo cuando Menéndez asumió la comandancia del III Cuerpo en septiembre del 75, el padre Ponce de León cuenta que el comando de La Calera se había convertido en un búnker contra los curas tercermundistas: "El capellán del III Cuerpo era Julio Mackinon, que un día del 75, cuando fui para pedir colaboración para hacer la iglesia de Los Naranjos, me dijo: 'estamos estudiando los documentos subversivos de Medellín'. Fue en una reunión con militares, en los cuarteles del comando, donde ellos leían un libro en el que decía que Medellín era el marxismo internacional" (Idem. Ant).

En otro encuentro con Mackinon, Ponce de León, quien en el 77 sería expulsado por Primatesta de la dirección del colegio Nuestra Señora de Loreto por "antimilitar" y "esconder libros", recuerda que quien tranquilizaba las conciencias de los torturadores con frases bíblicas un día le reprochó indignado: "Angelelli tiene radios en las iglesias para que los guerrilleros se comuniquen". La respuesta de Ponce de León a Mackinon fue tajante: "le dije que estaban locos" (Idem. Ant).

El compromiso de Menéndez con la jerarquía católica que apoyaba su cruzada no era declamativo ni simbólica: el 19 de agosto, junto a Chasseing participó de la "jornada pastoral castrense", que se desarrolló en la sede del Colegio Salesiano Miguel

Rúa, del barrio militar General Deheza, donde vivía. Presidida por otro adorador del proyecto militar, el vicario castrense, monseñor Adolfo Tórtolo, las actividades tuvieron, según los diarios de la época, "particular relieve por la presencia del comandante del III Cuerpo y el señor gobernador de la provincia, quienes expusieron ante los capellanes reunidos, experiencias y anhelos del personal militar" (La Voz del Interior, 20/08/76, pág. 11).

Bien lejos de esos "anhelos militares", encerrado en la iglesia que se convertiría en uno de los poquísimos refugios de los familiares de los desaparecidos a partir del 76, Ponce de León denuncia que la jerarquía católica fue cómplice de muchas desapariciones en el ámbito de la educación privada: "Primatesta le dio permiso a las patotas de la D2 para que éstas solicitaran las listas de docentes y estudiantes de los colegios católicos. El SEPAC, que era el gremio de los docentes privados, fue acusado de marxista, y muchos de sus profesores terminaron desaparecidos. Ellos confundían todo con marxismo, por eso las amenazas que antes del 76 era solapadas, después del golpe fueron abiertas" (Entrevista con Ponce de León, 2006)

La más terrible de todas se convirtió en certeza el 4 de agosto, cuando el "obispo de los pobres" terminó asesinado en una desierta ruta riojana, abandonado por quienes debieron protegerlo de las garras de un poder omnímodo, que se tragaba a los miles que como Angelelli se atrevían a cuestionar un sistema de injusticia y explotación. Proyecto que Martínez de Hoz justificaba para "engrandecer" a la Nación y que Menéndez defendía como guardián de la "tradición occidental y cristiana", purificando con sangre el Jordán comunista en el que decía se había convertido la Argentina.

Un general operativo

"Señores, este ejército hace mucho que no combate, así que es importante que sus jefes den el ejemplo y vayan al frente", dijo muy firme el general Menéndez al grupo de coroneles que lo escuchaban en el comando de La Calera (entrevista con Pellanda, 2006). Aunque en términos precisos los "combates" con la guerrilla casi ni existían en noviembre del 76 debido a la debilidad

de las organizaciones, el titular del III Cuerpo quería a todos sus oficiales comprometidos al máximo en el aniquilamiento del "terrorismo subversivo". Mientras él estuviera al mando, ningún subalterno podía quedar al margen de los procedimientos que cada tanto el Ejército hacía para cazar a los escuálidos grupos que el ERP, Montoneros y OCPO mantenían operativos en Córdoba y en el resto de las provincias que integraban su jurisdicción.

Tal vez por aquellas conocidas arengas, el doctor Pellanda mantiene en su memoria la imagen de Luciano Benjamín sermoneando a sus soldados: "Personalmente, Menéndez era muy corajudo, me lo contaron coroneles amigos que tuvieron que pelear contra la guerrilla, y a quienes el tipo obligaba a ir al frente para motivar a su tropa" (Idem. Ant). Sin admiración pero con respeto, Pellanda busca el hilo conductor para contar esta historia, echando mano a relaciones y personajes que poco hicieron para consolidar el espíritu democrático y libre de nuestro país: "Una vez, Gustavo Martínez Zuviría me dijo sobre la Caballería: la Argentina no se ha hecho discutiendo papeles sobre pupitres, sino a caballo y a sablazos".

Paladar negro a la hora de evaluar las cualidades personales de los jefes que dejaron su sello en el régimen militar, Pellanda insiste en que Menéndez nació en el tiempo equivocado, con el siglo cambiado: "Es un producto nacional puro, un coronel de Quiroga en La Tablada. Y, como aquellos caudillos, pensaba que a los enemigos no se los juzga, se los fusila" (Idem. Ant).

Para triunfar en la "guerra" que libraba contra una parte importante de su propio pueblo, Menéndez no sólo "obligaba" a sus oficiales a participar de la "lucha antisubversiva", como recuerda Pellanda, sino que exigía a sus grupos de Inteligencia que le informaran cuando se aprestaban a ejecutar operativos como el que relató ante sus jueces del Consuffaa: "En Córdoba, como era mi guarnición, yo tenía ordenado que cuando había alguna previsión de combate se me avisara para tener el placer de acompañar a mi tropa en esa actividad. Es por ese motivo que estuve en varios choques ya de combate absolutamente urbano" (Declaración Consuffaa, 1986). Uno de esos "choques" ocurrió el 2 de noviem-

bre de 1976, cuando efectivos de la IV Brigada Aerotransportada cercaron la casa de Siria 495, de barrio General Bustos, y la destrozaron a bazookazos luego de confirmar que allí funcionaba una imprenta de la organización Montoneros: "Se descubrió, por información de los vecinos a raíz de las sospechosas actitudes de los chicos que vivían en la casa, que eran todos hijos de la mujer regente de la casa, porque las casas montoneras tenían una mujer permanente que debía tener algunos chicos y estar permanentemente embarazada, para dar una idea de casa de familia" (Idem. Ant). En sintonía con el imaginario que el titular del III Cuerpo y el resto de los jefes militares habían construido sobre el "aparato subversivo", en 1986 Menéndez reveló ante los camaradas que lo interrogaban que "las mujeres eran las encargadas de proporcionar la apoyatura familiar a la llegada de hombres a descansar, a reponerse, a cambiar mensajes, etcétera. Estos chicos eran particularmente sospechosos por sus actitudes agresivas, sus palabras violentas para con los militares y entonces los vecinos avisaron". Desarrollando un argumento que escondía los "lancheos" a los que eran sometidos los secuestrados de La Perla o La Ribera, el jefe del operativo describió en el Consuffaa cómo se había realizado la vigilancia de la casa y descubierto el movimiento rotativo de los guerrilleros: "Cuando se identificó a uno de ellos, se hizo entonces una operación en la que yo tuve la suerte de participar", dijo Menéndez, quien, en su detallado informe sobre el "combate" contó que ese día el capitán González había sido herido en el vientre después de "sacar a la mujer y a los chicos", y que los hombres fueron masacrados por su "cobarde" actitud: "Como era una de esas casas convencionales con sus ventanas coloniales al lado de una puerta muy fuerte con rejas, se resistieron y hubo que matar a los hombres con cañonazos de lanzacohetes en las ventanas. Recién ahí cesó el tiroteo" (Idem. Ant)...El episodio no deja de tener su lado risible, porque yo miraba con un espejo desde una ventana de atrás, y se ve que al reflejo lo descubrieron y me rompieron de un tiro el espejo que tenía en la mano. Por tal motivo, tuvieron mala suerte y los pudimos abatir pocos momentos después" (Idem. Ant).

En uno de sus tantos intentos por publicitar y exagerar la colaboración que la sociedad había tenido en el extermino de la "sub-

versión" diez años antes, Menéndez insistió en que había sido la cooperación vecinal la que había posibilitado atrapar a sus enemigos. Sin embargo, Teresa Meschiatti, quien hacía poco más de un mes había sido secuestrada y se encontraba "desaparecida" en La Perla, aseguró que tanto el operativo de General Bustos como otro de gran envergadura en el Cerro de las Rosas del cual también participó Menéndez, fueron posibles no gracias a "los vecinos", sino por la información que los detenidos en los campos de concentración le pasaban a sus torturadores cuando éstos los sacaban para marcar gente en la calle o identificar las casas operativas: "El de General Bustos fue otro caso típico de vereda", dice: "Los milicos descubrían nuestras casas a partir del reconocimiento que algún detenido hacía de las veredas, porque a las reuniones los militantes teníamos la obligación de llegar vendados, justamente para no conocer el trayecto ni la casa, y así desconocer esa información en caso de que fuéramos secuestrados", dice "Tina", quien agrega: "A partir que los represores fueron completando los organigramas de nuestras organizaciones, los 'lancheos' le servían para identificar veredas. Con ese dato los militares chequeaban la información y montaban el operativo. Así bombardearon esa casa de General Bustos y otras" (entrevista con Meschiatti, 2008).

El saldo del accionar militar en la que había sido bombardeada una imprenta montonera no fue tan importante en lo cuantitativo, pero sí en lo cualitativo: tres militantes de esta organización fueron muertos, además de la detención de la mujer y los cinco niños, quienes salieron de la casa con los brazos en alto. La fantasía montada por las Fuerzas Armadas para demonizar a los "terroristas subversivos" había llegado a tal nivel paranoia, que después del operativo Callizo y Meschiatti confirmaron en La Perla la esquizofrenia de los "salvadores de la patria": "González nos dijo que había llevado a sus hijos al lugar a donde se encontraban presos los niños capturados con la mujer, para que éstos vieran que los chicos guerrilleros no eran muy distintos a sus hijos. Nosotras lo escuchábamos y no sabíamos si nos hablaba en serio o si todo era parte de nuestra destrucción psíquica" (entrevista con Meschiatti y Callizo, 2008).

En momentos en que las patotas del Destacamento 141 realizaban quince operativos de secuestro por día[151], y la cuadra del campo situado a la orilla de la autopista a Carlos Paz no alcanzaba para albergar la cantidad de personas que llegaban por noche, Menéndez aprovechaba los espectaculares "combates" como el de General Bustos, para agigantar su imagen hacia adentro y hacia afuera del Ejército. Por eso, al día siguiente de ese episodio, en un amplio despliegue periodístico dio a conocer la identidad de los "subversivos" asesinados en Siria 495: José Augusto Albisú, alias "Ramón", dirigente nacional de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), Raúl Leonel Brum y Sergio Pedro Trod. Meschiatti, que los conocía a todos, cuenta que el papá de Albisú, que era médico de la policía de Buenos Aires, le pidió al verdugo de su hijo que le permitiera viajar a Córdoba para buscar el cuerpo, pero Menéndez se negó: "Le dijo que se contentara con saber que su cuerpo estaba enterrado en el cementerio" (entrevista con Meschiatti, 2008). Nunca le dijo que en un fosa común, con centenares de cuerpos NN apilados unos sobre otros. La respuesta de Menéndez al padre de Albisú tenía su lógica: ni él ni ninguno de sus camaradas habían concedido ni concederían a los miles de "subversivos" que mataban por día, la más elemental y milenaria ceremonia que el mundo "occidental y cristiano" que ellos decían representar le tiene reservado a sus muertos: una tumba a donde llorarlos, o, cada tanto, recordarlos con un ramo de flores cuyos colores y aromas mitiguen su insoportable ausencia.

Contra los obreros y sus "ideólogos"

Marzo del 76, Córdoba

Pocos días después del golpe, Menéndez visitó La Perla. Como lo haría en varias oportunidades más hasta mediados del 77, recorrió las oficinas de la entrada, donde los torturadores hacían el "ablande" con un primer interrogatorio y sesión de golpes, y luego inspeccionó la cuadra, que para esa fecha se encontraba atestada de prisioneros. La presencia de un general de su trayecto-

151 Según los testimonios de los sobrevivientes de La Perla.

ria y peso en el Ejército no obedecía solo a una cuestión de control de lo que hacían sus "dignos subordinados", funcionaba también como apoyo moral y administrativo a quienes ejercían en la práctica la destrucción física y psicológica de sus enemigos a través de la tortura. Sin embargo, su visita de ese día tenía un motivo especial: entre los desaparecidos que vendados y maniatados esperaban su hora final tirados en el piso o en colchonetas de paja, estaba René Salamanca, secretario general del Smata Córdoba, y miembro del Partido Comunista Revolucionario (PCR), una organización maoísta con buenos vínculos con el peronismo, que sintetizó su postura política en la famosa consigna de la época: "Mao y Perón, un solo corazón".

Secuestrado en la madrugada misma del 24 de marzo, Salamanca era uno de los líderes obreros más lúcidos e inteligentes que tenía la izquierda y el proletariado cordobés, y por ende uno de los enemigos más peligrosos de Luciano Benjamín y los sectores civiles que apoyaban el golpe. Precisamente, por el lugar que ocupaba entre los trabajadores, y principalmente entre el sindicalismo clasista y combativo que había surgido en el *Cordobazo*, el jefe del III Cuerpo ordenó a sus hombres que lo llevaran a las oficinas para hablar con él. Enseguida Salamanca fue retirado de la cuadra y llevado hasta las habitaciones de la entrada, frente al Comandante. Como el interrogatorio ocurrió en un momento de La Perla en que los secuestrados eran, en la inmensa mayoría de los casos, asesinados una vez arrancada la información, y los que se salvaban para volver a ser torturados estaban totalmente incomunicados y tabicados, no hay testigos de ese encuentro. Lo poco que se sabe es a partir de versiones que los torturadores contaron después a otros secuestrados, cuyos testimonios fueron luego incorporados al libro *Nunca Más*, que la Conadep elaboró en 1984. Según esa información, la "conversación" entre ambos jefes fue más que áspera, y terminó con Menéndez tan desencajado que ni bien salió de la oficina ordenó el fusilamiento del interrogado: "A este me lo trasladan en el primer camión" (Nunca Más, 2003: 377), dicen que dijo el comandante a sus ángeles de la muerte, momentos antes de pegar un portazo y abandonar la que era su principal arma de exterminio. Con el paso de los meses los prisioneros se enterarían de que las visitas de Menéndez coincidían con la lle-

gada de un dirigente de peso —político, gremial o estudiantil—, o un miembro destacado de las organizaciones armadas. Solo en esos casos el general aceptaba descender desde su torre de marfil hasta el mismísimo barro de la represión, para interiorizarse qué actitud asumían sus enemigos ante la tortura ilimitada del campo de concentración. Así pasó con Salamanca, quien horas después de esa "conversación", fue subido a la caja de uno de los camiones Mercedes Benz que todos los días realizaban traslados de prisioneros, y nunca más se supo de él. Por lo que contarían años después los poquísimos liberados de ese centro clandestino, lo más probable es que cayera fusilado por uno de los pelotones que en forma rotativa cumplían las órdenes del "Cachorro", y que su cuerpo siga enterrado en alguna tumba clandestina de ese inmenso campo que rodea los cuarteles del III Cuerpo.

Seis meses después de la desaparición de Salamanca, al poquito tiempo de llegar clandestinamente a Francia, el exiliado Garzón Maceda recibió en París un llamado del también exiliado Juan Gelman: "Lucio, estamos organizando una denuncia internacional contra la dictadura, te pido que viajes a Washington, es muy importante tu testimonio", le dijo el poeta al abogado de la CGT, quien a pesar de su delicada situación decidió tomar el avión y cruzar el Atlántico (entrevista con Garzón Maceda, 2006). El 28 de septiembre, en un clima de muchísima tensión, él y su colega Gustavo Roca estaban en la capital política del mundo contando en la Cámara de Representantes la historia que años después Garzón Maceda relató para este libro en pleno centro de Córdoba: "Gelman me pidió que testificara ante una comisión del Senado norteamericano, donde un grupo de congresales habían logrado armar una comisión para denunciar los crímenes que cometía la dictadura argentina. Recuerdo que pasamos muchísimos nervios, porque mientras nosotros contábamos los secuestros, las torturas y las desapariciones que ocurrían en el país, y específicamente la persecución que habíamos sufrido con Menéndez, el almirante Guzzetti, que era el canciller argentino, nos miraba desafiante a pocos metros de donde estábamos declarando" (Idem. Ant).

La respuesta del poder militar a estas gravísimas denuncias, hechas pocos días antes de que James Carter fuera elegido pre-

sidente, fue inmediata. "Guzzeti se movió rápido para tratar de desmentir y ensuciar todo lo que nosotros y otros exiliados contábamos ante esa comisión", recuerda Garzón Maceda, quien pocos días después sería "desenmascarado" por su perseguidor: el 5 de octubre, en un marco de abierta persecución contra los "ideólogos de la subversión", Menéndez protagonizó un hecho inolvidable, que ningún cordobés podrá olvidar fácilmente, y mucho menos los damnificados de tan formidable absurdo. Después de sufrir la total destrucción de dos de sus propiedades, los grupos de tareas del Destacamento 141 fueron por el único bien que todavía le quedaba a Garzón Maceda, que era el estudio que compartía con Roca, también acusado de comunista. En pleno centro de Córdoba, con todas las cámaras de televisión haciendo foco en su figura, Menéndez lideró un allanamiento de altísimo impacto mediático, que no hizo más que confirmar el delirio que guiaba su vida, la de los subordinados que seguían a su guerrero inmaculado, y la de todos aquellos sectores sociales y de poder adoradores del mandato militar. Posando altivo para los flashes fotográficos, el general "reveló" ante la opinión pública la relación entre Garzón Maceda y el comunismo internacional: detrás de su caballeresca silueta y al lado de una impactante acuarela de Martín Miguel de Güemes, caudillo y héroe de la Independencia, los retratos de Karl Marx y Ernesto *Che* Guevara[152] compartían cartel con Atilio López, Perón y otras figuras de resistencia popular. Colgadas en la pared detrás del escritorio, la foto en blanco y negro de quien había concebido a la criatura del mal en el siglo XIX, y la de uno de sus más valientes apóstoles del siglo XX, eran para el Comandante la prueba más genuina e irrefutable de que el hombre que hacía veinte años defendía los intereses de buena parte del movimiento obrero argentino, en realidad era un marxista encubierto, que no merecía vivir en el reino de la libertad castrense.

El desmantelamiento del poder sindical peronista y la destrucción de los gremios clasistas y combativos que en la década

152 En la entrevista Garzón Maceda contó que todas esas fotos y retratos que adornaban su estudio fueron robados por las patotas del 141 y que nunca más las pudo recuperar. "A Menéndez lo podría denunciar no solo por persecución ideológica, sino también por ladrón", dijo el abogado. El 8 de diciembre Menéndez ordenó la captura de Garzón Maceda y Gustavo Roca.

del 60 habían colocado a Córdoba a la vanguardia de las luchas proletarias del continente, era uno de los objetivos centrales del proyecto político y económico de quienes habían asumido el poder político de la Nación el 24 de marzo. Mientras a principios del 76 la participación de los trabajadores en el ingreso nacional era del 50 %, para fines de año había descendido al 29%, y su capacidad adquisitiva disminuido otro tanto, debido al congelamiento de los salarios, la liberalización de los precios, el aumento de las tarifas públicas y los combustibles, que Martínez de Hoz había decretado ni bien asumió, profundizando la recesión que el *Rodrigazo* había iniciado en julio del 75, y que Rodolfo Walsh denunció con crudeza y precisión en su "Carta a la Junta Militar"[153] del 24 de marzo de 1977: "En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40%, y elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar" (Seoane-Muleiro, 2001: 283).

Tan peligrosa resultaba a oídos militares y empresarios la prédica del reparto de los medios de producción para construir la "patria socialista" y distribuir equitativamente la riqueza, que las fábricas habían sido apuntadas como "objetivo militar" en el *"Plan del Ejército"* y centenares de sus dirigentes y delegados de base secuestrados la noche del golpe y durante los meses siguientes[154]. En los últimos dos años, Córdoba había perdido a tres de los más respetados e influyentes dirigentes obreros del país: Atilio López había sido acribillado por la Triple A en septiembre del 74 por su identificación con el peronismo revolucionario, Agustín Tosco muerto en noviembre del año siguiente por no recibir atención médica en su vida de clandestino y perseguido político de Menéndez, y René Salamanca secuestrado y desaparecido en La Perla pocos días después del derrocamiento de Isabel Perón. Este ataque y persecución contra los líderes sindicales clasistas se completaría con los secuestros de Máximo Sánchez, también del Smata, Eduardo Requena, de CTERA y Tomás Di Toffino, de Luz

153 Distribuida de manera clandestina a distintos medios nacionales y extranjeros.

154 El periodista Miguel Bonasso sostuvo en una entrevista periodística que la misma madrugada del 24 de marzo fueron secuestrados cuatrocientos delegados obreros, quienes en su mayoría estaban afiliados a partidos de izquierda o formaban parte de los frentes fabriles de Montoneros.

y Fuerza, quienes en diferentes momentos pasaron por las torturas de La Perla. Ladero de Tosco en los años felices, reemplazante del "Gringo" cuando éste estuvo preso en Rawson, el "Bonyi" o "Dito", como le decían sus amigos, era un referente indiscutido del gremio lucifuercista cuando a la una y media de la tarde del 30 de noviembre fue subido a la fuerza por una patota de civil en un Renault blanco, ante la desconcertada mirada de sus compañeros del gremio. Su secuestro era la respuesta de Menéndez a la actitud de resistencia que Di Toffino y todos los trabajadores de las empresas eléctricas del país sostuvieron por más de dos meses contra la política antiobrera del gobierno militar. Un gobierno que el 26 de agosto había dicho en boca del gobernador Chasseing que "el Proceso de Reorganización Nacional no está hecho contra nadie que no sea delincuente subversivo o económico", y que "ninguno de los dos tienen patria" (La Voz del Interior, 27/08/76). Los trabajadores de Luz y Fuerza no eran delincuentes subversivos ni económicos, y sabían muy bien a qué patria pertenecían. Seguro no era la del tándem Menéndez-Chasseing, quienes previo al secuestro de Tomás, con el fin de deslegitimar ante la opinión pública el plan de lucha desarrollado por los empleados de la EPEC, mandó imprimir en La Perla y distribuir en la calle volantes del gremio firmados por Montoneros que llamaban a la huelga (entrevista con Meschiatti, 2008).

Ensimismados por un poder que no encontraba límites de ningún tipo, con una sociedad que acompañaba con el silencio la represión y el rumbo del país, el 10 de diciembre el gobierno provincial coronó su triunfo sobre los trabajadores con la suspensión de los estatutos del gremio de Luz y Fuerza, por considerarlo "privilegiado" según la ley 21.476. Di Toffino ni se enteró, porque estuvo todo ese mes tabicado entre dos biombos que rodeaban su colchoneta de la cuadra[155]. Sin embargo, en la actitud de quien no se entregaba al terror de sus verdugos, jugando al ajedrez por señas con otro compañero ubicado frente a él, estaba la fuerza de esa dirigencia y esa clase obrera que con tanto empeño Menéndez

155 Cada tanto era sacado para ser nuevamente torturado por Barreiro, quien enfurecía al no poder ubicarlo en ningún organigrama revolucionario. Entonces Di Toffino fue catalogado como "zurdo independiente" en las carpetas del campo de concentración.

buscó destruir para implantar un modelo económico claramente antinacional, enajenado al capital extranjero que Martínez de Hoz representaba como su embajador en la Argentina.

Por esos mismos días de diciembre, mientras el general Fernando Humberto Santiago llegaba para reemplazar al general José María Vaquero como segundo comandante del III Cuerpo[156], y el coronel Gumersindo Centeno al general Juan Bautista Sasiaiñ en la IV Brigada Aerotransportada, Luciano Benjamín visitó La Perla por tercera o cuarta vez desde el golpe de marzo. Difícil saberlo con precisión, ya que la represión ilegal a su cargo era clandestina, y por ende el único registro de sus "inspecciones" son el recuerdo borroso de los sobrevivientes, quienes una vez más se dieron cuenta de que el general llegaba de "visita" cuando escucharon el fuerte silbido de las alas del helicóptero que lo trasladaba. Ese inconfundible sonido aterrizando en los campos aledaños al cuartel era la alarma que los administradores del campo utilizaban para montar el escenario que luego ofrendarían a su jefe: "¡Rápido, rápido, guarden las fotos y todo lo que tengan en aquel rincón del fondo, y tápenlas con esas mantas verdes!", ordenó el suboficial Carlos Vega a los secuestrados, que se movieron rápido y en segundos dejaron el lugar impecable, sin otro elemento que las colchonetas de paja colocadas en perfecta línea recta. Todos esperaron la requisa con las vendas puestas. Pocos minutos después, escoltado por los generales Bussi y Maradona, comandantes de la V Brigada de Tucumán y la VIII de Mendoza, un majestuoso Menéndez se plantó sobre la puerta de entrada y en un clima marcial empezó a recorrer la cuadra de una punta a la otra. Detrás de él, los capitanes Acosta y Barrerio, jefes de La Perla, lo seguían de cerca para indicarle quiénes eran cada uno de los "marxistas" que vegetaban en ese rectángulo de la muerte:

—¿Quién es este, capitán?

—Héctor Kuzman, mi general —respondía Acosta.

—¿A qué organización pertenece?

—A Montoneros, mi general.

156 Proveniente de Campo de Mayo, Santiago fue nombrado el 16 de diciembre en una ceremonia militar presidida por Menéndez en el Comando del III Cuerpo.

En absoluto silencio, quien era dueño de todas esas vidas destrozadas siguió su recorrido "conociendo" a quienes apenas respiraban por el pánico de ser los próximos fusilados. Unos metros antes de llegar a los baños que estaban al fondo, Menéndez se paró frente a una mujer, y con una simple mirada a su interrogador predilecto, ordenó que le dijera quién era:

—Teresa Meschiatti, mi general, oficial montonera —contestó Barreiro.

Vestido con su clásico pantalón breeche de montar, chaquetilla verde oliva, gorra de general y botas marrones bien lustradas, el comandante del III Cuerpo utilizó su fusta para preguntar por otra detenida:

—Liliana Callizo, mi general, aparato de información del PRT.

Así, con varios prisioneros más, que no olvidan aquellos tensos momentos que muchos creyeron la antesala del fin: "Ese día, que fue muy comentado en La Perla porque Menéndez llegó para evaluar la lucha antisubversiva, nosotros pudimos identificarlo a él y a su comitiva a través de las vendas", dicen Callizo, Meschiatti, Kunzman y Suzzara. Muchos años después de aquella pesadilla, los cuatro revelaron cómo hicieron para mirar a pesar de estar "tabicados": "Para esa fecha nuestros torturadores nos habían autorizado a utilizar la venda con una sola vuelta. Como las vendas eran las que usan los médicos para cubrir una lastimadura, pudimos identificar al trasluz quienes eran los importantes oficiales que recorrieron la cuadra ese día, además de Barreiro y Acosta. A Menéndez lo conocíamos, claro, pero a los otros generales, no. Después los militares nos contaron que eran Bussi, jefe de Tucumán, Maradona, de Mendoza, y Centeno, que por esos días había asumido en la IV Brigada Aerotransportada" (entrevistas con Callizo, Suzzara, Kunzman y Meschiatti, 2008).

El recorrido de la plana mayor del *Ejército del norte* por su principal campo de concentración no terminó ahí, con los prisioneros humillados ante los señores de la muerte. Siguió en las oficinas de la entrada, donde Menéndez escuchó el análisis que sus oficiales le detallaron sobre la "lucha antisubversiva" que él dirigía. Pegados en las paredes de esas pequeñas habitaciones, distin-

tos organigramas de las organizaciones armadas y sus respectivas estructuras legales confirmaban que la tarea del Destacamento 141 había sido altamente exitosa en la provincia cabecera de su territorio. A poco más de un año del inicio de las operaciones militares contra la "subversión apátrida", que el propio Luciano había conseguido arrancar al gobierno peronista en octubre del 75, el PRT/ERP estaba prácticamente aniquilado después de las últimas caídas de agosto y septiembre[157], y Montoneros al filo de su desintegración, lo que había obligado a su responsable militar en Córdoba a reorganizar las pocas células armadas que todavía quedaban activas, aunque a la defensiva por el acoso permanente de las patotas de Acosta y Manzanelli. En esos organigramas y esquemas, confeccionados a partir de la información que Barreiro y el grupo interrogador que dirigía conseguían en la sala de torturas, quedaba claro que la victoria no era solo en el plano militar: el desmantelamiento de los frentes barriales, fabriles y estudiantiles era total.

Como lo había hecho en marzo con Salamanca, y a mediados de año con Piero Di Monti y otros prisioneros del PRT, además de mapas y papeles en esa visita Menéndez pidió hablar con algunos prisioneros. Las conclusiones que se llevó de aquella jornada, que todos los sobrevivientes ubican muy cercana a las fiestas de fin de año, dejaron plenamente satisfecho al comandante, cuya carrera parecía no tener techo: el 31 de diciembre, seis meses antes de cumplir los cincuenta años, Videla lo ascendió a general de División —el último cargo antes de teniente general—, y lo condecoró en la Casa Rosada junto a otros oficiales de su rango.

El título de "mejor comandante que tuve a mi cargo", que Videla le otorgó en la intimidad de su casa en el 2007, no era gratuito, el "Cachorro" se lo había ganado en el barro mismo del terror, no en un escritorio, ni haciendo política a lo Viola. A horas de alzar su copa de champagne para recibir el Año Nuevo, Menéndez sentía que podía tocar el sol con las manos. En lo personal, había llegado al penúltimo escalón al que puede aspirar un oficial argentino, y en lo colectivo las satisfacciones eran todavía mayores: en el año más criminal de la historia nacional, había conseguido barrer de su territorio a la guerrilla marxista y peronista, y dejado

157 En esa caída fue capturada Callizo, y previo a ella varias células del PRT.

hemipléjicas a las organizaciones sindicales y políticas que desde finales de la década del 60 se levantaron contra el autoritarismo militar y el modelo extranjerizante de la economía. Más no podía pedir quien para esa fecha ya ranqueaba para suceder a Videla en la comandancia del ejército, aunque todavía no imaginara que eso generaría una sórdida y encarnizada disputa con Suárez Mason y Viola por liderar la principal fuerza armada argentina, columna vertebral del proyecto cívico-militar.

La solución final

Concentrado en el frente interno y externo como pocos oficiales de su nivel, Menéndez voló a Buenos Aires el 10 de febrero para una reunión de altos mandos. El tema a tratar era considerado de vital importancia para el régimen, por lo que las discusiones se estiraron hasta el otro día, regresando Menéndez a Córdoba recién el 12. Como Juan Bautista "Tata" Yofre cuenta en su libro *Fuimos todos*, en la capital argentina los caciques territoriales analizaron la situación internacional con su comandante en jefe y presidente de la Nación, preocupados por los efectos negativos que la política represiva generaba en el exterior: "Se llegó a la conclusión de que en materia internacional lo más indicado era 'tender hacia el aislamiento', como consecuencia de las imputaciones sobre violaciones a los derechos humanos", dijo una calificada fuente al autor (Yofre, 2007: 51). "Los generales analizaron el rompimiento de relaciones con México y Francia, por la facilidad que se les da en esos países a los elementos subversivos" (Idem. Ant). Además de albergar al comando central de Montoneros y otros miles de argentinos, México se había convertido en el refugio de Ricardo Obregón Cano y Oscar Bidegain, ex gobernadores de Córdoba y Buenos Aires derrocados por Perón en 1974 por sus vínculos con la izquierda revolucionaria. Y Francia, el país que había formado a Menéndez, Videla y el resto de generales en la guerra antisubversiva que éstos aplicaban con tremenda eficacia, era desde el inicio del golpe uno de los principales destinos de los exiliados argentinos, que se instalaron principalmente en París debido a la cobertura y protección que ofrecían los partidos comunista y socialista, de impresionante crecimiento en la década del 60.

Una semana después de esa reunión del generalato, en una operación más propia de Montoneros que de la organización que Luis Mattini comandaba desde la muerte de Santucho, el ERP evidenció su debilidad militar y ofreció a Menéndez y los sectores más intransigentes del Ejército una excelente excusa para dar otra vuelta de tuerca a la maquinaria exterminadora: el 18 de febrero un comando del ERP colocó 104 kilos de trotyl debajo de la pista del aeropuerto metropolitano, que debía explotar cuando el avión despegara con Videla y Martínez de Hoz sentados en sus butacas. Pero el presidente y su superministro resultaron ilesos, porque solo explotó una pequeña parte de los artefactos colocados en las tuberías del arroyo Maldonado que fluye debajo de la pista. La *Operación Gaviota* resultó un fracaso —otro más de la guerrilla guevarista—, y confirmó que sin cuadros ni apoyo popular el combate a la dictadura era suicida, aunque algunos de sus líderes siguieran sin entender que lo único que podían hacer para salvar sus vidas y las de sus militantes, era replegarse o huir del país. Cosa que ellos hicieron, pero no sus militantes, que fueron masacrados.

Hasta hoy no se conocen documentos ni testimonios que confirmen que lo que estaba por ocurrir en La Perla fuera consecuencia directa del fallido atentado a Videla. Pero es posible plantearlo como hipótesis si se toman en cuenta las amenazas que Menéndez hizo saber a sus presos políticos en boca de Sasiaiñ a la semana del golpe: cada operación que la guerrilla realizara contra efectivos militares o de fuerzas de seguridad, los soldados del general se vengarían sacrificando vidas humanas. Siguiendo esta lógica guerrera, que el comandante había materializado en 1976 con los fusilamientos de la UP1, no es aventurado pensar que el costo de atentar contra el "presidente" del país y jefe suyo en el Ejército, sería altísimo en tierras del III Cuerpo de Ejército.

En marzo del 76, Juan José Solanille[158] rastrillaba con su tractor el campo ubicado a la orilla de la autopista Córdoba-Carlos Paz, a la altura de Malagueño. Su trabajo de jornalero era normal,

158 En 1985 se incorporó como prueba testimonial en el juicio que juzgó y condenó a las tres primeras juntas militares.

hasta que se topó con algo que cambió su vida por completo, aunque los argentinos se enterarían recién ocho años después, cuando detalló ante la Conadep su escalofriante hallazgo: "En un sitio contiguo a La Perla, a partir del 24 de marzo, cerca de la Loma del Torito empezaron a ocurrir cosas raras. Por el mes de mayo descubrí, campeando la hacienda, un pozo que tenía cuatro metros por cuatro y unos dos de profundidad. Al tiempo nomás, creo que era un domingo, vi avanzar hacia allí unos cuantos autos, entre los cuales había dos Ford Falcon de color blanco entre dos camiones del Ejército, uno con una cruz blanca en la lona que lo cubría. Yo debía sacar mis animales, y me encontré con un vecino que explotaba un campo de al lado... Así fuimos subiendo a la loma desde donde podíamos ver. Cuando estábamos allí empezaron los tiros y vimos correr un hombre encapuchado, con las manos atadas en la espalda, que caía y se levantaba, hasta que se derrumbó. Allá al fondo los tiros seguían y otras personas iban cayendo, también atadas. Habrán fusilado como unas cincuenta personas" (Andersen, 1993: 245).

Cuando el helicóptero aterrizó en la planicie que envolvía a los cuarteles, los secuestrados empezaron a temblar. Sabían que la visita de Menéndez no era una buena noticia para ellos. No se equivocaban. El relajamiento en las condiciones de encierro que habían "disfrutado" durante el primer mes del año, no sería más que una ilusión de verano. El festejo del carnaval, algunas libertades de movimiento dentro de la cuadra, y el abandono de la capucha que alimentaron la esperanza de la libertad, o por lo menos el 'blanqueo' de su secuestro en una cárcel común, se evaporaron con los últimos baldazos de agua de aquel ardiente enero del 77 y el regreso de sus vacaciones de los militares que controlaban el centro clandestino. "Enero fue como un bálsamo en medio del horror, porque de pronto pudimos vernos las caras, charlar, caminar sin esposas para ir al baño, y hasta cantar alguna que otra chacarera con los gendarmes que custodiaban la Perla", recuerdan Callizo, Sussara y Meschiatti. Sin embargo, a poco de empezar el segundo mes del año, los desaparecidos de Menéndez irían descubriendo que la distensión no había sido más que un macabro juego psicológico, o parte de la estrategia represiva para aflojar

las tensiones de quienes se sabían condenados a muerte. "De golpe, sin explicaciones, el campo volvió a la 'normalidad', y empezaron los traslados de un montón de compañeros. Todos los días, y por lo menos tres veces al día, los milicos subían a los camiones Mercedes Benz del Ejército, que nosotros bautizamos 'Menéndez Benz', gente maniatada y encapuchada que no volvió a La Perla. Febrero del 77 fue terrible, porque encima nos encontró relajados, desprevenidos por lo que había sido enero", asegura Callizo, mirando a la nada, mientras un escalofrío le retuerce el cuerpo. La presencia del general en aquel traumático mes de febrero obedecía a un motivo especial: cohesionar a sus soldados para la solución final. Aunque no había cámaras de gas, ni crematorios, como en Auschwitz, los prisioneros morirían como ratas, al mejor estilo nazi.

Reeditando la ceremonia que había convertido en rutina a lo largo del 76, Menéndez se hizo presente para ver el traslado de Tomás Di Toffino, el gremialista que lo había desafiado meses atrás con una huelga que muy pocos gremios se animaron a llevar adelante contra el régimen militar. Graciela Geuna, otra sobreviviente, reconstruyó en su testimonio de enero del 84 aquel día: "Tomás fue trasladado el lunes 20 o 21 de febrero, ese día vino el general Luciano Benjamín Menéndez de inspección a la hora del traslado. Se nos dijo que en el caso de Tomás, el general Menéndez presidiría el fusilamiento para 'dar el ejemplo', 'consolidar la tropa', etcétera". Coincidiendo con el relato de Solanille, Geuna dijo que el de Di Toffino "no fue el único simulacro de enfrentamiento organizado por el III Cuerpo" (Nunca Más, 2003: 377 y 378).

Piero Di Monti, quien para esa fecha ya no se encontraba en La Perla, sino detenido en una oficina del Destacamento 141 en el Parque Sarmiento, confirmó ante la Conadep la sistematicidad de los traslados en todo el 76, y los efectos que ellos provocaban en los prisioneros: "Ninguno de los que fueron 'trasladados' regresó jamás al campo. Nos atormentaba como prisioneros ese futuro incierto y misterioso. Cada uno de nosotros, dentro de las posibilidades, preguntaba a sus guardias o prisioneros 'viejos': ¿Qué ocurriría con nosotros? ¿Cuál sería nuestro futuro? Las respuestas eran diversas y contradictorias" (Andersen, 1993: 244). Según este sobreviviente, la mayoría de las veces los militares los ilusio-

naban diciéndoles que serían liberados, trasladados a cárceles en el sur cordillerano y hasta "recuperados" en centros de rehabilitación para ser "devueltos" a la sociedad. Mentiras que un buen día serían reconocidas a Di Monti por otro grupo de oficiales, que confesó que las vidas de los trasladados terminaban ahí nomás, bajo la tierra del último pedazo de monte que rodea la ciudad de Córdoba: "Los prisioneros eran puestos en fila o arrodillados frente a fosas previamente cavadas, con la boca y los ojos cubiertos con una venda, y las manos atadas a la espalda. Allí eran ejecutados. Toda la oficialidad participó. Desde subtenientes hasta el general Luciano B. Menéndez y los generales Arturo G. Centeno, Jorge A. Maradona, Juan B. Sasiaiñ, y José A. Vaquero. Según el capitán Ernesto Barreiro, 'sólo estarán limpios los nuevos subtenientes que salgan el año próximo (1978) del Colegio Militar'" (Andersen, 1993: 245).

La información nunca fue reconocida oficialmente por ningún militar que haya participado en los fusilamientos. No obstante, además de los testimonios de sobrevivientes que construyeron —por el tiempo del encierro—, algún tipo de relación con sus torturadores, algunos para salvar sus vidas, otros para colaborar con la represión, hay un dato fundamental para entender la lógica del terrorismo de Estado y el pacto de sangre que hizo posible el silencio de esos crímenes: la intervención compartimentada y descentralizada de las fuerzas armadas y policiales que llevaron adelante el plan de aniquilamiento.

Ese "tabicamiento" de la represión no fue azaroso, estaba planificado y así se ejecutó, para que cada represor, desde el suboficial más bajo hasta el general que mandaba sobre la zona de "defensa", cumpliera un rol específico en el marco de una estructura que necesitaba de todas las piezas para funcionar. Sin ese trabajo mancomunado e interdependiente era imposible alcanzar el objetivo, que en el caso argentino fue desaparecer a un grupo de personas por razones estrictamente ideológicas. En esta "dictadura colegiada" de Videla, cada elemento era un engranaje que permitía que la máquina funcionara, repartiendo y disolviéndose en la cadena de mando las futuras responsabilidades penales. "Todos están salpicados de sangre", dicen que dijo Menéndez a un subalterno en uno de esos fusilamientos colectivos (entrevis-

ta a Callizo, 2006). Por consiguiente, ninguno de los que dispararon o presenciaron los asesinatos hablaría nunca, razonaba el general. A menos que quisiera inmolarse por razones psicológicas o de venganza. Treinta y siete años después de estos crímenes la historia parece darle la razón a quien ordenaba los fusilamientos: en la inmensidad del aparato estatal que estuvo al servicio de la muerte en la segunda mitad de la década del 70, el porcentaje de "quebrados" entre los represores a nivel nacional y provincial es ínfimo. Solo el capitán de fragata Adolfo Scilingo confesó, en una entrevista con el periodista Horacio Verbitsky, los vuelos de la muerte que la Marina de Massera realizaba para deshacerse de sus enemigos.

Parte de la leyenda que gira alrededor de Menéndez, y que lo acompañará para siempre, está relacionada a aquellas ceremonias de fusilamientos que según los sobrevivientes ocurrieron en los alrededores de La Perla. Pocos hechos sintetizan mejor el llamado "pacto de sangre". Si en el imaginario colectivo Menéndez es la "cara" de la represión, mucho tienen que ver aquellas ceremonias que Solanille contó en 1984. Aunque resulte imposible de entender para gran parte de la sociedad civil, su prestigio en el Ejército está cimentado en ese compromiso personal con la represión que comandó. Inclusive entre los militares que no están de acuerdo o critican los métodos utilizados por el general para combatir la "subversión", hay un reconocimiento implícito a ese compromiso. Por supuesto, siempre off the record. Y la explicación de esos comportamientos es institucional antes que nada. Tiene que ver con la formación militar. Ninguna otra actitud cohesiona más a la tropa que ver al jefe al frente de los procedimientos, compartiendo la misma suerte que sus subalternos. Es un código inalterable y milenario de la milicia, que hizo y hace gigante la figura de Menéndez en el Ejército a pesar de la atrocidad de las órdenes impartidas. El general Santiago lo explicó de manera categórica en una de las cuatro entrevistas realizadas para este libro: "Yo entiendo, Ratti, que usted no comprenda muchas de las cosas que hicimos, porque usted es civil, pero los militares tenemos otra visión de ver las cosas, porque desde los 12 años somos formados para actuar de una determinada manera. Mi hermano, que es abogado, tampoco las entiende" (Entrevista con Santiago, 2007). En esa "ló-

gica militar" hay que buscar el respeto, y hasta la admiración de la que gozaba y goza quien en marzo del 77, solo un año después de haber asaltado el poder del Estado, se aprestaba a pegar el golpe de nocaut y anunciar a los cuatro vientos el "fin de la etapa militar" en el territorio a su mando.

El Castillo, el último disparo

Cerca de las 8 de la mañana, la confitería *Los Cubanitos* explotaba de gente desayunando. César Jerónimo Córdoba y otro compañero hacían el aguante hasta que se hiciera la hora convenida. A pocas cuadras de ahí, el jefe regional los esperaba para una importante reunión, que había empezado el día anterior. El objetivo podía adivinarse: reorganizar la columna montonera para seguir con vida en una tierra arrasada por las patotas del general Menéndez. Pero ni el azar parecía estar con la guerrilla en marzo del 77: en otra mesa del bar, "Palito" Romero, agente civil de inteligencia del Destacamento 141, conversaba con un colaborador que reconoció a uno de sus ex compañeros:

—Ese de ahí es Córdoba —le dijo el ex monto a su nuevo jefe.

Cuando el apuntado advirtió que los dos hombres lo miraban fijo desde la otra mesa, sacó su pistola y empezó a disparar. No hacía falta razonar que alguno de los dos lo había reconocido. Entre gritos y corridas, mientras él se tiroteaba con Romero, su compañero logró escapar ayudado por el pánico de la muchedumbre[159]. Desesperado, con una bala en el estómago, Córdoba se subió a un colectivo y desapareció del lugar. Cruzó la ciudad con las manos apretándose la panza para frenar la sangre que brotaba de su vientre. Después de horas de dar vueltas, llegó por fin a la casa donde se escondía Teresita Piazza, su mujer. Pero ya era tarde: murió desangrado pocas horas después.

Convencido de que Córdoba, herido de bala, y su compañero, no podían llegar muy lejos sin ser descubiertos, Romero llamó al Destacamento, que por radio avisó a una patrulla del Ejército.

159 Según el testimonio de Teresa Meschiatti, podría ser un tal Valdéz, que luego fue capturado por los militares y asesinado.

Pocos minutos después un pequeño grupo de "verdes", como se les decía a los soldados vestidos de uniforme, se hizo presente para averiguar lo que había pasado, interrogando a los vecinos sobre las casas "raras" del barrio. Una señora señaló movimientos "extraños" en una casona ubicada unas cuadras más arriba de *Los Cubanitos,* en el mismo barrio Alto Verde.

En el piso de arriba de una hermosa vivienda de tres niveles y pequeñas torretas en punta sobre los bordes perimetrales, Eduardo Tomás Molinete, jefe de la regional Córdoba de Montoneros, explicaba al resto los motivos de la reunión: sacar de la provincia a los compañeros de las estructuras legales que no habían sido capturados —principalmente de la Jotapé— pero que estaban totalmente marcados por la Inteligencia militar, y reorganizar las pocas células armadas que deambulaban sin brújula por la patria menendista. El panorama cordobés de la organización que conducía el "Pepe" Firmenich era desolador, y se había agudizado desde octubre, cuando la patota del OP3 secuestró a Nina González de Yenzen, una de las cinco cabezas de la conducción local que de milagro alcanzó a fugarse cuando Acosta y Manzanelli allanaron la sede que los Montoneros tenían en pleno centro de la ciudad.

Siguiendo la información que la vecina había suministrado un rato antes, la patrulla del Ejército llegó hasta la esquina de Manuel Quintana y Sarmiento y apuntó sus FAL contra la casa señalada. Cuando los guerrilleros divisaron a los soldados por una de las ventanas de arriba, empezaron a disparar con armas cortas y largas. Para responder al fuego guerrillero la pequeña patrulla pidió refuerzos, que no tardaron en llegar: a media mañana, al mando de unos 200 soldados y toda la estructura del Destacamento de Inteligencia 141, el general Menéndez, que venía de un acto de jura de la bandera en una institución militar, se hizo presente para conducir el "combate". A poco de comenzar los disparos, un estudiante conocido como "el boliviano" salió con un trapo blanco por delante de la casa, gritando que no tenía nada que ver con Montoneros. Pero fue recibido a balazos. Para Menéndez el hecho de prestar la casa para una reunión "subversiva", como era el caso, convertía al dueño de la misma en uno más del aparto sub-

versivo, y por lo tanto, merecedor de la misma suerte que los integrantes de la organización.

Escondido detrás del muro de una de las viviendas vecinas, Luciano Benjamín siguió el tiroteo a través de un espejo atado a la punta de un palo. Como ya lo había hecho en otros procedimientos, buscaba evitar que alguna bala pudiera alcanzarlo. Luego de una hora de intenso tiroteo, el comandante ordenó que la batería de Artillería entrara en acción. El final era obvio: en pocos minutos, las bazookas y armas de grueso calibre del Ejército derribaron lo que en el barrio se conocía como "El Castillo", por su diseño arquitectónico colonial. Luego de tremendo bombardeo, la respuesta guerrillera cesó. Con los escombros todavía humeantes por la cantidad de proyectiles lanzados, los militares entraron a las ruinas montoneras.

La intensidad y la duración del ataque contra "El Castillo" fue de tal magnitud que los bazookazos se sintieron por todo el barrio, y alertaron a los periodistas de Canal 12 de que algo importante estaba ocurriendo a solo tres cuadras de los estudios de la emisora. Gustavo Tobi estaba en el canal y salió disparando con su camarógrafo para registrar lo que parecía un duro enfrentamiento. Pero antes de llegar a la zona de los hechos, los militares lo frenaron en seco: "Por orden del general Menéndez está prohibido el ingreso de la prensa y de cualquier persona que no sea militar", respondieron tajantes los soldados, que habían acordonado la manzana (entrevista con Tobi, 2007). Era una regla sagrada del "Cachorro", y Tobi lo sabía mejor que nadie, que los periodistas recién eran advertidos cuando los combates con la guerrilla ya habían finalizado. Cuando las cámaras llegaban, los "marxistas" ya no contaban el cuento.

Los primeros en ingresar a la casa derrumbada fueron Acosta, Manzanelli y el grupo del 141. Al fin y al cabo, eran ellos los que podían reconocer quiénes eran las personas que las bombas habían masacrado. Pateando ladrillos, Manzanelli llegó a uno de los baños de la casa, donde encontró a tres de los guerrilleros tirados debajo de una consigna de montoneros pintada en la pared[160]. Juan Carlos Connoquiari y Carlos Eduardo Antonio Mayo

160 Fue lo que Manzanelli le contó a Meschiatti y a otros sobrevivientes.

estaban muertos, y Molinete, jefe del grupo, agonizando. Los cuatro restantes, incluido el "boliviano", estaban destrozados, tirados en distintos lugares de la casa. Dos de los cadáveres eran mujeres. Hacía casi un año que la patota buscaba sin suerte a Molinete. El secuestro de su compañera, Teresa "Tina" Meschiatti, el 25 de septiembre del 76, perseguía ese fin, que Molinete había logrado evadir gracias al mecanismo de protección convenido entre ambos: cuando el teléfono de su casa no sonó a las diez de esa noche, el jefe montonero cargó sus pertenencias, limpió su casa y desapareció. Cuando la patota llegó, solo encontró una bandera de Montoneros. Seis meses después Manzanelli y Acosta lo encontraron moribundo en el baño del Castillo. Como todavía respiraba, el "Rulo" lo cargó en su auto y lo llevó al hospital militar. No era un acto de humanidad del más temerario jefe operativo de Menéndez, sino una fría especulación para arrancarle información si lograban salvarle la vida. Pero el cabecilla de la regional Córdoba de Montoneros murió en el camino, a la una de la tarde del 9 de marzo de 1977.

La muerte de Molinete no opacó el que parecía ser un gran día de suerte para Menéndez: además de los cuerpos de los guerrilleros, en el baño, los militares encontraron una valija llena de dólares, que el compañero de Tina había traído desde Buenos Aires para financiar la reorganización de la columna cordobesa. Como era de esperarse, el dinero fue entregado a Menéndez por uno de sus subalternos. No sería el único regalito que encontró aquella mañana de marzo: cuando los soldados corrieron los escombros y se llevaron los muertos a la morgue, sin público ni medios que pudieran registrar lo que estaba pasando, el jefe del III Cuerpo ingresó a lo que quedaba de la casa y en el ropero del dormitorio encontró una segunda valija llena de dólares. Al contrario de lo que pensaban sus buenos muchachos del 141, el "jefecito" se fue sin repartir el botín de guerra. En absoluto silencio, ante la indignación de quienes estaban acostumbrados a llevarse hasta los ceniceros de las casas de sus secuestrados, el general incautó el dinero y desapareció, abriendo una herida con su escuadrón de la muerte. Es más, si esta historia pudo ser relatada con lujo de detalles por Manzanelli y Acosta a varios de los sobrevivientes de La Perla tiempo después, en gran parte se debe a la bronca que ellos

y el resto de los torturadores tragaron aquella mañana, cuando no pudieron rapiñar ni un solo billete verde de los que, según dijo Manzanelli a Meschiatti, el "Viejo" se llevó para quién sabe dónde (Entrevista con Meschiatti, 2008).

Al ver que era imposible atravesar el cerco militar para registrar lo ocurrido, Tobi pegó la media vuelta y volvió al canal maldiciendo al jefe del operativo: "Siempre nos llamaban cuando ya todo había pasado. No hubo una sola vez que nosotros llegásemos al lugar de los hechos para filmar los acontecimientos, y no nos encontrásemos con los cuerpos de los guerrilleros tirados en el piso, ya muertos, y el ejército sin ninguna baja", diría el histórico conductor de Noticiero 12 una tarde de 2008, sentando en una mesa del mismo bar *Los Cubanitos* donde se desencadenó aquel famoso operativo. "Ningún medio pudo tomar imágenes del Castillo. Todo lo que después pusimos al aire, las imágenes de la casa bombardeada, fueron filmaciones que tomó el Ejército. El caso se manejó con un hermetismo absoluto, y a la semana nos enteraríamos por qué", agrega Tobi, quien una vez más había sido víctima de la censura militar (entrevista con Tobi, 2007).

Al mediodía de ese 9 de marzo, los desaparecidos de La Perla intuyeron que algo malo había pasado afuera. Los torturadores iban y venían, hablaban más de la cuenta, y festejaban. Estaban contentos. Y si eso pasaba, ninguna noticia podía ser buena para ellos. Menos para Teresa Meschiatti, quien sin ninguna explicación fue subida a un auto y sacada del campo de concentración. Sin vendas, con las manos y los pies desatados, sentada en el asiento trasero del coche entre Manzanelli y otro represor, salió a dar un "paseo". Con la ametralladora apoyada entre sus piernas, Manzanelli no paraba de hablar. Contaba maravillas de la "metra". Como Tina era de Buenos Aires, y hacía poquito más de un año que había llegado a Córdoba, no tenía idea a dónde estaba, ni cuál era el motivo de ese viaje. Tampoco se lo dijeron. Creyó que la matarían. Pero no. Dieron vueltas y vueltas por barrios periféricos de la ciudad, hasta que volvieron a La Perla. Ya era la tarde cuando la metieron otra vez a la cuadra. Al rato la sacaron nuevamente, pero esta vez para llevarla a una de las oficinas de adelante. Ahí le mostraron las fotos de los muertos en el Castillo. "Ese es tu cumpa", le soltaron, pero ella no lo recono-

ció. A diferencia de las otras fotos, que estaban perfectas, la de su compañero estaba fuera de foco. Con la confirmación de los represores, Tina miró mejor la imagen y ahí sí reconoció los rasgos de Tomás. "Está muerto", le dijeron. Ella ni se inmutó. Después los militares le confesaron que su reacción fue clave para saber si estaba o no "quebrada". Como no lloró, los represores creyeron que sí. "Para mí era al revés", aseveró Tina en el 2008, un día antes del primer juicio que en Córdoba condenó a cadena perpetua a Luciano Benjamín Menéndez y otros represores (entrevista con Meschiatti, 2008). "No pensaba llorar frente a los milicos, a mí no se me cayó ni una lágrima en La Perla. Nunca me gustó mostrar mis sentimientos hasta que la situación me sobrepasaba, pero jamás mostré nada, ni en la tortura. ¿Porqué le vas a demostrar tus sentimientos a tu enemigo, en ese momento?", se pregunta ella muchos años después, con toda lógica.

Después de reconocer las fotos de sus ex compañeros y la del papá de su hijo, Tina fue devuelta a la cuadra. A la hora llegó Lardone con una barra de chocolate. Tina entendió menos. Ya mientras dormían, a la noche, Manzanelli le tocó el hombro para despertarla: "Te felicito, Tina, te doy mi más sentido pésame, porque tu compañero murió dignamente". "Manzanelli tenía esas cosas", dice quien varios meses después volvería a toparse con la maldita historia del Castillo: "En octubre del 77, cuando ya había muy pocos prisioneros en La Perla, y Manzanelli era en los hechos el jefe porque Acosta estaba preso por haber robado un barco de otro militar, me llamó y me llevó afuera. Ahí me mostró una carpeta y me regaló una foto de mi cumpa: 'Tomá, leelo, este es el informe del Castillo que estoy por elevarle a Menéndez'", cuenta Tina que le dijo su verdugo (Idem. Ant). Pero ella no recuerda si finalmente leyó el informe. "Creo haberlo hojeado rápido, no sé... Tampoco me acuerdo si le pedí yo la foto, o me la regaló él, pero era la última foto de Tomás con vida" (Idem. Ant).

También sería la última caída importante de Montoneros en Córdoba. Información que el general ordenó que no se filtrara. Los únicos datos que los medios publicaron hablaban de detalles menores del enfrentamiento. La estrategia militar obedecía a una razón fundamental: además de los cuerpos de la conducción provincial de Montoneros, y de las dos valijas llenas de dó-

lares que Molinete había traído de Buenos Aires para reorganizar la regional, en El Castillo los oficiales del 141 secuestraron información clave sobre los planes de la organización. Solo el diario *La Opinión* dejó trascender el sábado 12 que lo del Castillo era munición gruesa. El misterio se prolongó una semana, hasta el viernes 18, porque el 14 Menéndez viajó a Buenos Aires a una trascendente reunión de altos mandos, en la que el Ejército realizó una evaluación del gobierno a casi un año de haber asaltado el poder. La "tregua" que Martínez de Hoz había reclamado en el ámbito económico a los empresarios, el generalato la planteó en el ámbito militar, y elaboró una especie de "informe de gestión", como lo habían hecho la Armada y la Aeronaútica (La Voz del Interior, 15/03/77, pág. 1).

Pero la obsesión de Menéndez esos días no pasaba por Buenos Aires, sino por la capital de su territorio. Estaba ansioso por leer el análisis que su grupo cordobés había realizado con la documentación secuestrada la semana anterior. Ya con los resultados en la mano, citó a todos los medios de comunicación a la sede de su comando. Cuando los periodistas llegaron, olfatearon que algo grande estaba por descubrirse. Acompañado por la plana mayor de la IV Brigada Aerotransportada, Menéndez introdujo en el tema a los periodistas, remarcando la importancia del operativo del 9 de marzo. Luego, cedió la palabra a su jefe de Relaciones Públicas, teniente coronel Carlos Uranga, quien durante más de una hora ofreció un exhaustivo y completísimo informe sobre el final de Montoneros. Los periodistas escuchaban y tomaban nota sentados en pupitres de madera. La escena se parecía más a una clase universitaria que a una conferencia de prensa. Además de laberínticos organigramas pegados en la pared, y de las observaciones que Uranga marcaba con un puntero sobre un pizarrón, la veintena de cronistas filmaban y fotografiaban el arsenal incautado en El Castillo, y la documentación secuestrada ese día.

Como lo reflejaron la televisión y las radios el viernes 18 y los diarios el sábado 19, el golpe al último bastión montonero parecía letal. El despliegue del informe en los medios gráficos contenía una apretada síntesis de la historia de cada guerrillero abatido, las evaluaciones que Montoneros hacía sobre su propia situación política y militar, y algunas conclusiones. En el dossier entrega-

do a cada periodista, Uranga confirmó que los muertos había sido siete: Eduardo Tomás Molinete, alias "Miguel" o "Guillermo", "máximo cabecilla de la banda en Córdoba y Santa Fe"; Juan Carlos Connoquiari, alias "Nelson", "Coco" o "Armando", "militante del ámbito sindical"; Carlos Eduardo Antonio Mayo, alias "Cabeza", del "área de prensa y propaganda"; Ada Alicia Juaneda, alias "Flaca", "concubina de Mayo y dirigente estudiantil"; Víctor Berman Salinas Pinheriro, apodado el "Boliviano", dueño de la casa; Hilda Inés Olivier de Santilli, alias "La Condesa", "apoyo de la organización"; y un tal "Pepe", cuya identidad no pudo conocerse, aunque el Ejército lo ubicó como un importante cabecilla oriundo de La Plata. Además el 141 identificó como parte del grupo a César Gerónimo Córdoba, alias "Gringo" o "Tony"[161], que se había tiroteado con Romero en el bar *Los Cubanitos*, y a Ricardo Daniel Santillo, alias "Pancho", abogado y marido de "La "Condesa".

Remarcando que la situación guerrillera era "caótica", en otra página el informe hablaba de células montoneras en el ámbito gremial y territorial, y puntualizaba varios aspectos que confirmaba su anemia funcional: "Su accionar se limita a un escasísimo aparato montado en base a traslados a nuestra provincia, sin logística, sin directivas y carente de adecuados enlaces con los cabecillas centrales" (Los Principios, 21/03/77, pág. 8). La debilidad organizativa que se palpaba en la calle, era confirmada en los documentos guerrilleros que Menéndez incautó en El Castillo: "Hoy ha alcanzado su mayor pico la reducción de la estructura partidaria. Las caídas de compañeros nos han hecho retroceder cuanti y cualitativamente en nuestra conducción organizativa (destrucción de nuestras estructuras especializadas militar y logística y la desaparición de la conducción por secretarías). Ante cada nuevo golpe se agudiza el estrechamiento del cerco y la carencia de la retaguardia organizada donde ordenar el repliegue..., a la dispersión existente debemos sumarle los problemas de las comunicaciones con la estructura nacional, que cada día se agrava más por la política de control de fronteras que el III Cuerpo realiza en Córdoba" (Idem. Ant).

A este balance semi terminal que los guerrilleros hacían sobre sí mismos, Menéndez le sumó su habitual visión triunfalis-

161 El 22 de abril los diarios publicaron un comunicado del III Cuerpo que informaba que su cuerpo habia sido hallado enterrado en el patio de una casa montonera.

ta para defenestrar la estrategia montonera: "Lo más significativo es la orden de desbande y huida de los principales cabecillas de la conducción de la banda, difundida en un documento secreto de fecha 12 de febrero del corriente año, donde especifican: 'este apartado debe ser quemado una vez que los compañeros tomen conocimiento del mismo'" (La Opinión, 19/03/77). Aunque no era una novedad que toda información que salía del comando estaba contaminada por la propaganda militar, Meschiatti confirmó que lo del Castillo fue el último disparo guerrillero de envergadura: "Después de eso no hubo más nada, por lo menos no a nivel grupal. La de mi cumpa fue la última batalla" (entrevista con Meschiatti, 2008).

Envalentonado por la eficacia de su política represiva, un exultante Menéndez tomó la palabra después de Uranga, y con los micrófonos rodeándole su rostro aindiado involucró a la prensa en su cruzada anticomunista: "Me gustaría pedirles que transmitan a la ciudadanía, para su tranquilidad, lo que hoy aquí, en boca de este comandante, podemos afirmar con absoluta seguridad: las bandas subversivas están en franca retirada" (La Voz del Interior, 21/03/77, pág. 8). Así lo reflejaron los tres diarios de Córdoba, que cinco días después cubrieron el festejo del primer aniversario del golpe. Ahí, en un acto netamente castrense realizado en la Plaza San Martín, Menéndez leyó un mensaje de la Junta Militar, que el día anterior había rechazado el primer informe oficial de Amnesty[162] sobre la represión en el país.

La ausencia civil en esa triste conmemoración del quiebre institucional simbolizaba el tiempo que vivía el país.

El mandato familiar de aniquilar comunistas estaba cumplido. Orgulloso, Luciano Benjamín sentía que había devuelto al Ejército el poder perdido en manos del pueblo organizado, que en 1973 había acariciado la revolución socialista que jamás estuvo en los planes de Perón. Pero el fin de "su" guerra no era solo militar. Era también, y sobre todo, político, económico, cultural y principalmente ideológico.

162 Hablaba de 15 secuestros diarios por parte de los grupos de tareas, 1500 muertos y 5000 presos políticos, aunque todavía no aventuraba una cifra sobre los desaparecidos.

Capítulo 9
El caudillo

El sol de otoño entibiaba el rostro y acariciaba la paja que cubría el campo. Un cielo azul enmarcaba el imponente paisaje serrano, que el galope suave y solemne acompañaba con ritmo. El caballero disfrutaba los días buenos, la inmensidad de la llanura que continúa el monte en dirección al este. Revivía en ella sus años mozos del Colegio Militar y su lejana pero feliz infancia en San Martín, cuando los años transcurrían arriba del caballo con papá José María marcándole el paso. Su estilo armonioso y elegante confirmaba que a pesar del tiempo, seguía siendo tan buen jinete como entonces. Era habitual, y muchos así lo cuentan, verlo cabalgar en soledad por los campos que rodean los cuarteles. Dicen que gustaba pararse en la punta de la loma a contemplar el panorama. Perderse en el horizonte. Para donde mirara, era suyo. No había otro igual, en esa tierra, que mandara como él.

"En las provincias de Cuyo, del Noroeste y Córdoba, así como en La Rioja y Catamarca, la parte armada de Montoneros y ERP está completamente aniquilada. Quedan algunos delincuentes aislados, desconectados, incluso de sus enlaces habituales, que perduran en escondites donde, poco a poco, los vamos a encontrar a todos" (Los Principios, 12/05/77, pág. 1). La categórica afirmación del general Menéndez apuntaba en varias direcciones. No era solo el anuncio oficial de su victoria militar sobre las organizaciones revolucionarias, cuyas conducciones nacionales se encontraban en Europa buscando explicaciones a semejante derrota. Sus palabras, pronunciadas en el marco de una gira por San Luis en compañía del ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, significaban su arrollador posicionamiento nacional en un concierto político y represivo atomizado entre distintos caciques militares. Argumentos para ilusionarse le sobraban: en una jurisdicción que abarcaba diez provincias, un tercio del te-

rritorio nacional, siete millones de habitantes y dos focos guerrilleros de fundamental gravitación como habían sido Córdoba y Tucumán, su desempeño podía considerarse, desde la óptica dictatorial, superlativo.

A quince meses de haber asaltado el poder, ningún otro comandante de cuerpo podía mostrar los resultados que él había obtenido a fuerza de secuestros, torturas y desapariciones en los cincuenta campos de concentración que operaban bajo su mando. Antes que cualquiera, Menéndez había cumplido el objetivo trazado en octubre del 75 en el *Plan del Ejército*: "Transformar la subversión en un problema de naturaleza policial para fines de 1976", y "aniquilar los elementos residuales de las organizaciones subversivas a partir de 1977" (Mántaras, 2005: 117).

Destruida ya cualquier posibilidad de resistencia armada, masacrados o exiliados los que alguna vez soñaron con crear un ejército popular, Luciano Benjamín hacía pata ancha en la Argentina feudal parida el 24 de marzo. Un esquema de poder que antes de finalizar su primer año de mandato, evidenció los primeros síntomas de resquebrajamiento, porque su razón de ser había sido el extermino de la guerrilla y las organizaciones populares que prácticamente no existían para fines del 76, cuando Videla convocó a sus alfiles, sensiblemente preocupado por la desmedida ambición de Massera.

En una reunión del generalato celebrada en Buenos Aires una semana antes de Navidad, las cabezas del Ejército se juntaron para decidir cómo neutralizar al jefe naval, que no perdía oportunidad para meter zancadillas con el fin de desgastar al presidente-comandante en jefe. Su sistemática y desenfrenada acumulación de poder, que parecía no tener límites terrenales, resultaban insoportables para el comandante del III Cuerpo, quien visiblemente fastidiado por el "chantaje" del treinta y tres por ciento —al que nunca había adherido—, propuso romper con la Armada, disolver la Junta Militar y que el Ejército asumiera todo el poder del Estado (Seoane-Muleiro, 2001: 260). Pero Viola, que en el formato videlista cumplía con oficio y sagacidad el papel de negociador, se opuso, igual que Videla, quien una vez más tragó saliva en pos de salvar la unidad del "Proceso". A menos de un año del golpe no

quería ni oír hablar de ruptura y hasta amenazó con renunciar a su cargo de presidente si estas situaciones se repetían (Idem. Ant).

Pero el problema no era simple, ni quedaría zanjado en esa reunión. En un Cono Sur sumergido en la lógica militar, que bajo el paraguas del Pentágono y el fantasma del comunismo había aplastado todos los gobiernos populares triunfantes a principios de la década del 70[163], la Argentina transitaba una situación particular: el poder no descansaba sobre las espaldas de un tirano, como en el Chile de Pinochet o el Paraguay de Strossner. Tampoco en un gobierno de consenso entre las Fuerzas Armadas y los sectores políticos conservadores, como en Brasil o Uruguay. Aquí, la estructura era feudal, con la Junta Militar como cabeza de gobierno y un poder repartido entre distintos comandantes de las tres armas que opinaban en reuniones mensuales sobre la política nacional.

Este diseño, que en lo militar había resultado sumamente exitoso, se mostraba disfuncional en lo político, y Menéndez no se preocupaba en disimularlo. Argumentaba para ello el peso específico del Ejército en la historia nacional, y la participación concreta que cada fuerza tenía en la "lucha antisubversiva". También, y esto lo decía en privado, ante oficiales de confianza, renegaba de la influencia y el liderazgo que Massera tenía no solo entre los oficiales de la Armada y la Fuerza Aérea que comandaba Agosti, sino, y sobre todo, entre varios de sus camaradas del Ejército, como Suárez Mason y Riveros, los "halcones" del primero y cuarto cuerpo de ejército[164].

El almirante, que de tonto no tenía un pelo, aspiraba a la presidencia y sabía que sin aliados en el Ejército y el sindicalismo, eso sería imposible. Luciano Benjamín se oponía férreamente

163 Entre los más importantes, el triunfo de la Unión Popular en Chile en 1970, derrocada en 1973, el del Frente Amplio uruguayo en 1969, destituido en 1972, y los del peronismo en Argentina en mayo y septiembre de 1973, con Cámpora y Perón. Brasil se había anticipado a todos, con el golpe militar de 1964, que echó del poder a Joao Goulart, líder de un movimiento nacionalista de izquierda.

164 Lo contó Santiago en una entrevista en su casa, donde dijo, además, que el tiempo había demostrado que Massera no se equivocaba en criticar a Videla, y que el marino era políticamente más capaz que el jefe del Ejército: "Yo conocía a Massera del Liceo, pero Menéndez le tenía mucha desconfianza, como muchos otros generales de aquel momento, por su ambición de poder".

a esa idea, y aunque también desconfiaba de Viola, su incondicional apoyo a Videla lo llevaba a condenar los coqueteos de Massera con algunos líderes gremiales justicialistas, a defender el plan de Martínez de Hoz ante la crítica feroz y pública que el marino hacía en ámbitos diplomáticos y periodísticos (Seoane-Muleiro, 2001) y, sobre todo, a repudiar internamente la política de cooptación que Massera y su grupo llevaban adelante con varios de los detenidos-desaparecidos montoneros que vegetaban en la ESMA, a quienes imaginaban sumar a un hipotético proyecto "nacionalista", que él dirigiría con apoyo del peronismo en oposición al ultraliberalismo que reinaba en el Ejército.

A estas operaciones de la Armada[165] para erosionar el poder y la imagen del jefe de Menéndez, se sumó la discusión por el "cuarto hombre". Massera, acompañado por un sector del Ejército y la Aeronáutica, quería que se cumpliera el estatuto de la Junta, que establecía que el presidente debía ser un alto jefe militar en situación de retiro. Esto obligaba a Videla a renunciar a uno de los dos cargos que ostentaba desde el 29 de marzo del 76, que hasta ahí había sido tolerado por el resto para cumplir el principal objetivo del *Proceso*: aniquilar a la "subversión". Sin ese enemigo a la vista, el almirante y los generales que aspiraban a la presidencia forzaron la discusión sobre la estructura de poder.

La presión llevó a que el 30 de junio el generalato se reuniera en Capital Federal para considerar dos posturas: mantener el actual estado de cosas hasta diciembre de 1978, como sostenía la línea Videla-Viola, a la que Menéndez adhería, o designar un nuevo comandante en jefe y que Videla siguiera como "cuarto hombre". Juan Bautista Yofre cuenta en su libro *Fuimos todos* que "en ningún momento se cuestionó la permanencia de Videla en la Casa Rosada" (Yofre, 2007: 65). Ese era el límite del Ejército y del empresariado que lideraba Martínez de Hoz. También del Episcopado argentino y de la embajada norteamericana, quienes veían en Videla al único líder "moderado" capaz de controlar a los sectores "duros" de las fuerzas armadas (documentos Embajada de Estados Unidos).

165 Massera exigió públicamente la liberación de Lorenzo Miguel e Isabel Perón, argumentando que "no se les ha probado absolutamente ningún hecho de corrupción" *(Fuimostodos)*. Era una señal al peronismo para capitalizar su apoyo en un futuro electoral.

El problema serio en el Ejército no era la gestión de gobierno, sino la conducción militar. Siguiendo el relato de Yofre, Menéndez, jefe del Cuerpo III, Viola, jefe de Estado Mayor, Urricarriet, director de Fabricaciones Militares, y Harguindeguy, ministro del Interior, se alinearon con Videla para mantener la estructura hasta 1978. En cambio Díaz Bessone, ministro de Planeamiento, Suárez Mason, comandante del Cuerpo I, Riveros, de Institutos Militares, Dalla Tea, de Gendarmería, Azpitarte, del V, y Laidlaw, jefe de la Side, optaron por el cambio de mando. Por ser la persona aludida Videla se abstuvo de votar, al igual que Olivera Rovere, que cumplía la función de "informante". Galtieri, que era comandante del II Cuerpo, tampoco votó, pero porque estuvo ausente.

Como dijo otro Yofre, Ricardo, ex subsecretario general de Videla y cerebro político de éste junto con el general Villarreal, el Ejército era, y la discusión del "cuarto hombre" lo confirmaba, la síntesis del feudalismo nacional. Entrevistado para el libro *El Dictador*, "el problema estaba ahí, porque en la Armada Massera tenía un liderazgo muy fuerte y en la Aeronáutica Agosti también, aunque ni por lejos tenía la personalidad del primero. En cambio en el Ejército había varios sectores con sus divisiones" (entrevista de Guido Braslavsky a Yofre, 1996, cedida al autor).

Yofre divide el mapa en tres grandes grupos: "El sector democrático, diríamos, que era el más tolerante con los partidos políticos, con los sindicatos, y que en materia de lucha contra la subversión quería ser más prolijo en todas las operaciones. Entre los hombres más importantes de este sector estaban Videla, Viola, Vaquero, Villarreal y Liendo" (Idem. Ant). Sin embargo, a pesar de la firme oposición de Menéndez al plan político que él y Villarreal diseñaron para abrir el Proceso en 1978, Yofre incluye al comandante del III Cuerpo en este sector "democrático". Aunque, aclara, para determinados temas: "En materia política, en cuanto a la relación con la Armada y con los civiles, Menéndez generalmente acompañaba las posturas de Videla y de Viola. No así en otras cosas. En la lucha por el treinta y tres por ciento, él quería que el Ejército tuviera en el gobierno un rol preponderante. Muchas veces tuvo problemas respecto a Massera, decía que había que romper, que eso era un chantaje" (Idem. Ant). Mario Benjamín coincide con el abogado radical en este punto: "Una vez, cansado

de las ambiciones políticas del "Negro", que le hacía todas las que podía a Videla, mi primo le mandó a decir que se dejara de joder con la presidencia, porque sino le iba a pintar los barcos de verde" (entrevista con Menéndez, 2007).

Las otras dos líneas que Yofre incorpora en su análisis histórico sobre el Ejército, son las que él define como "el sector duro o intelectual, porque les sacaron los fierros", liderado por Díaz Bessone —un férreo opositor a Martínez de Hoz—, que contaba con el apoyo y la influencia del "Grupo La Plata", que integraban el general retirado Ibérico Saint Jean y los civiles Jaime Smart y Eduardo Rodríguez Varela. Y el sector "duro con fierros", conducido por Suárez Mason y Riveros. "Suárez Mason estaba muy vinculado al radicalismo y era íntimo de Balbín", afirma Yofre, que agrega: "Recibía influencias de sectores civiles muy reaccionarios y liberales, a tal punto que fue uno de los tipos que más se opuso a Videla. Y Rivero era otro duro con fierros" (Idem. Ant). Menéndez lo conocía bien porque habían sido compañeros de promoción en el Colegio Militar, y aunque coincidían en la ferocidad de la lucha "antisubversiva", tenían posturas diferentes sobre el plan económico de Martínez de Hoz y la conducción política de Videla. El cuadro se completa con otros represores emblemáticos, aunque no por eso menos cavernícolas: "Un escalón más abajo venían el general Ramón Camps, Rualdés, y, con sus variantes, porque era muy leal a Viola, Sasiaiñ" (Idem. Ant).

Sin subestimar este análisis, compartido en parte por periodistas, agentes de inteligencia y funcionarios que incluían a Menéndez entre los más duros de los duros en los reportes que enviaban al Departamento de Estado (documentos de Estados Unidos), Videla descree de esta cristalización que hizo la historia para definir a los generales argentinos. Según él, más que diferencias profundas, de raíz, los calificativos reflejaban posturas creadas por los mismos protagonistas y sus aliados civiles para acumular poder en un esquema de poder feudal.

Muchos años después de aquellas peleas intestinas, recostado sobre el sillón individual de su departamento, el ex presidente de facto puso blanco sobre negro, revalorizó la figura de Menéndez en relación a los otros "duros", y le bajó el precio a aquellas pintorescas categorías del *Proceso*:

—¿Qué era eso de "duros" y "blandos"?

—Seamos precisos: "azules" y "colorados", explíquemelo usted. Las modalidades, los "duros" y los "blandos", los "halcones" y las "palomas". Sí, qué sé yo..., a veces más que nada en apariencias, y no en el caso de Menéndez. Menéndez era un tipo auténtico, militar, combatiente.

Aunque en la entrevista no se refirió explícitamente a Suárez Mason ni al "loco" Rualdés —que según otros investigadores estaban "descontrolados", fuera de su alcance en la represión ilegal—, Videla liquidó, sin salirse del libreto moderado, a los que la jugaban de dioses de la guerra:

—Había otros que venían haciendo alarde de cuántos habían matado ayer, cuántos iban a matar mañana, hacían gala. Porque los militares somos también de carne y hueso, con nuestras miserias, también en esto ocurre. Esto de las demostraciones, de ser más macho, menos macho, crear la imagen, un tipo de pelotas, un halcón. Este sí y este no, este no negocia y este sí. Puede haber habido negociadores que eran tibios, como también fanfarrones halcones, de todo. Y eso tuvo, como en otras cosas, un matiz que se fue oficializando: duros y blandos, halcones y palomas, pero que no impidió el gobierno de la cosa.

Cuando Videla dice "el gobierno de la cosa", se refiere al modelo de gestión que Menéndez acompañó con firmeza hasta la Navidad del 78, cuando otros poderes, mucho más poderosos que el suyo, frenaron la guerra con Chile que él tanto promovería: "En un régimen dictatorial, militar, la característica es la ejecutividad en función del unicato. Un tipo que manda y punto, se ejecuta. Mañana hacemos esto, no se discute. Y mañana se está ahí. En uno colegiado, como fuimos nosotros, mañana vamos a empezar a ver si podemos hacer esto, lo sometemos a los equipos de compatibilización, después a una reunión de la Junta, después, y cuando lo aprobemos... Era lento, hacía lenta la gestión, aunque no imposible".

Después de graficar la pesadez burocrática del gobierno con el funcionamiento de la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL) —el órgano que por estatuto de la Junta reemplazaba al Parlamento—, Videla sostuvo que "sería injusto decir que no me

dejaban gobernar. El sistema colegiado le quitaba ejecutividad, pero nunca tuve problemas. Problemas de discusión claro que sí, más de una vez, es lógico en algo que es opinable.

—¿Sobre todo con Massera?

—También.

En un contexto internacional de incipiente hostilidad hacia la Argentina por las cada vez más evidentes violaciones a los derechos humanos, la "guerra" que durante dos años los generales habían librado contra el "enemigo interno" en las calles, las fábricas, las universidades y finalmente en los campos de concentración, se había instalado con fuerza en los cuarteles y en la conducción del Estado. Esta situación, más las duras sanciones económicas y militares que el gobierno de James Carter había puesto en marcha cuando llegó a la Casa Blanca, ponían en serio riesgo el futuro del gobierno. Un futuro que el propio Videla blanqueó el 1 de mayo en Córdoba, cuando en el centro de gravedad menendista, con Chasseing y Primatesta honrando su visita, encendió la mecha de la bomba que explotaría al año siguiente: "Este proceso debe tener descendencia, debe tener cría..., pero no tenemos plazos", dijo el entonces Presidente de facto en la capital mediterránea (Seoane-Muleiro, 2001: 293).

Era un mensaje directo a los políticos, que por lo bajo, a través de los interlocutores militares, que tenían todos, empezaron a insinuar la posibilidad de una apertura consensuada del régimen, aprovechándose del silencio hospital que era la Argentina luego de la derrota guerrillera. La respuesta a la dirigencia política, pero también a Massera, no la daría Videla, sino Harguindeguy, dos meses después, desde Posadas: "El país deberá olvidarse por mucho tiempo de los partidos políticos, y quiero dejar bien en claro que ningún integrante de las fuerzas armadas ha hablado de apertura del diálogo con los partidos. No ha habido, no hay ni habrá diálogo por largo tiempo con los partidos políticos" (Yofre, Juan Bautista, 2007: 67). No mentía. Aunque en los años siguientes se discutirán muchos y variados proyectos políticos y económicos para eternizar el *Proceso* —la mayoría de ellos sin el visto bueno de Menéndez—, recién en julio de 1982, consumada la vergüenza de Malvinas, los militares se pondrían un plazo para abandonar

el poder. Nunca antes lo harían porque pensaban quedarse muchos años en el gobierno. Entre diez y quince era el tiempo que imaginaban les llevaría desmontar el Estado benefactor iniciado durante el primer peronismo, para convertir a la Argentina en un país agrofinanciero, exportador de materias primas, con un puñado de grandes industrias concentradas y trasnacionalizadas que funcionarían con pocos obreros bien domesticados. No era este el pensamiento de todos, claro, pero en 1977 era el que primaba sobre el resto.

El 30 de abril, un día antes de la que había sido la primera confesión pública de Videla en Córdoba sobre los planes políticos del Ejército, un nuevo problema se sumó a las desgastantes internas entre él y Massera, y entre éste y Menéndez. Apelando a lo único que tenían, la fuerza indestructible de sus entrañas, un grupo de madres comenzó a reclamar el paradero de los hijos que ni el Ejecutivo ni los jueces querían revelar.

Sin imaginar el terremoto que causarían, desafiaron la prohibición oficial de agruparse y los días jueves empezaron a dar vueltas sobre la pirámide de Plaza de Mayo. Eran poco más que una decena. Tenían miedo, pero no importaba. Qué más podían perder, que lo más preciado que tenían, y que la dictadura les arrebató sin dejar rastros. Exigían información, romper el muro de silencio en el que se había convertido la Argentina. Estaban hartas de las excusas y las mentiras del ministro del Interior, de la policía y de los juzgados cómplices, que cajoneaban todos los hábeas corpus presentados por los pocos abogados que se animaban a reclamar por los "desaparecidos".

La respuesta de la Junta fue la indiferencia. Pero ellas no bajaron los brazos, y reaccionaron con más y más rondas, a las que se fueron sumando otras madres. Para llamar aún más la atención, empezaron a usar sobre sus cabezas pañuelos blancos, y a levantar mientras caminaban carteles con el rostro de los que no aparecían. Así lograron despertar la curiosidad de los corresponsales internacionales. Las "locas de la plaza", como las definían los militares que con desprecio las miraban desde las ventanas de la Casa Rosada, empezaron a ser noticia: "Queremos saber dónde están nuestros hijos, señor, mi hija estaba embarazada de cinco meses

cuando se la llevaron, por favor, ya no sabemos a quien recurrir, ustedes son nuestra última esperanza", dijo, con la voz emocionada, casi llorando, una de las madres a un periodista extranjero. Su relato, conmovedor, recorrió el mundo. Erizaba la piel de cualquier ser humano que se preciara de tal.

Parecía increíble, una paradoja de la historia: en un país consumido por la violencia política y el terror estatal, el coraje y la valentía de un grupo de mujeres desesperadas lograba lo que nadie había podido o querido hasta ese momento: jaquear a la dictadura más criminal que haya existido en estas tierras. Nadie, ni Menéndez, ni Videla, ni Viola, ni Massera, ni ningún otro alto jefe militar imaginó jamás que los pañuelos blancos que identificarían para siempre a ese colectivo de madres se convertirían en el símbolo de la resistencia civil, la defensa de los derechos humanos a nivel mundial, y la prueba más abrumadora y real del terrorismo de Estado que se tragaba todo lo que encontraba a su paso.

Antes de despedirse del que había sido un primer "tanteo" para conocer las opiniones del generalato, las cabezas del Ejército acordaron juntarse nuevamente el 12 de julio. Para los que exigían un cambio en la estructura de mando, sería la instancia definitiva. Para los que no, como Menéndez, una decisión así requería la opinión de los generales de brigada.

En las dos semanas que siguieron al 30 de junio, los diferentes sectores o grupos del Ejército y la Armada se movieron en la prensa para resaltar lo que iba a ocurrir el martes 12, al que todos presentaban como el "día D". También lo hicieron en ámbitos más reservados, ante embajadores de peso, y en reuniones hogareñas a la que asistían oficiales de alto rango y dirigentes políticos influyentes, principalmente del radicalismo balbinista. En este juego mezquino de chicanas y pases de factura, Massera logró que el 7 de julio la Junta trasladara su sede al Congreso de la Nación. El efecto buscado era evidente: limitar ante la opinión pública el poder de Videla y debilitar la figura de presidente que contradictoriamente él anhelaba como nada en el mundo.

Al tiempo que la "guerrita" del poder cobraba temperatura, Viola, que manejaba los hilos del Ejército fundado por Mitre, promovió las reuniones entre generales para ir sumando adep-

tos. Según el "Tata" Yofre, la más importante se llevó a cabo en el Comando de Arsenales, con la presencia de veinticinco generales: "Allí se decidió apoyar a Videla" (Yofre, 2007: 66).

Con el consenso de la mayoría, el Comandante en Jefe abrió la reunión del 12 de julio confirmando que iba a retener los dos cargos, y que los cambios en la cúpula iban a ser solo los "necesarios". Cuando Videla terminó de hablar, Galtieri pidió la palabra para decir que luego de una compulsa realizada entre sus generales, la opinión era que no se debía alterar la actual estructura de poder. Como era costumbre en cada reunión del generalato, Suárez Mason salió al cruce, aunque el destinatario de su ironía no era quien lo había precedido en la palabra, sino su jefe en el Ejército: "¿Usted consulta con sus generales, sus subordinados?", dice Yofre que preguntó "Pajarito" a Galtieri (Idem. Ant). El mismo autor revela que la respuesta no la dio quien decidió invadir Malvinas en 1982, sino Menéndez, que dijo que él también consultaba con sus generales.

El general Fernando Santiago, que fue su segundo comandante en el III Cuerpo, y el suboficial Pedro Giamberardino, que trabajó como su ayudante privado en los cuatro años que duró su reinado, contaron para este libro que era una práctica común que Menéndez consultara a sus subalternos inmediatos, y que justamente era esa actitud participativa la que hacía de él un jefe muy querido y respetado entre sus oficiales (Entrevistas con Santiago y Giamberardino, 2007).

Sin el apoyo de Viola, de Menéndez y de Galtieri, tres pesos pesados en la cúpula del Ejército, Suárez Mason no tuvo más remedio que aceptar que Videla siguiera al mando de las operaciones militares y del Estado. La versión de Yofre afirma que la carta que desequilibró la balanza a favor de Videla la jugó Villarreal: "El secretario general de la presidencia hizo campaña entre sus camaradas a favor de Videla, y le quitó a Suárez Mason su aliado más importante: lo convenció a Luciano Benjamín Menéndez, quien iba a ser su consuegro[166], de que Videla pensaba en él para sucederlo en 1978" (Yofre, 2007: 66 y 67). Villarreal no mentía, pero tampoco decía toda la verdad: a mediados del 77 el candida-

166 Una hija de Menéndez se casó con un hijo de Villarreal.

to número uno era, por antigüedad y estrecha relación con Videla, su alter ego Viola. Recién detrás del "zorro" seguían, por cuestiones reglamentarias y de liderazgo, Suárez Mason y Menéndez, los dos comandantes más activos en la "lucha antisubversiva", y de mayor prestigio entre sus camaradas. "Ellos se consideraban un poco dueños de la situación", dijo Mario Benjamín Menéndez en abril del 2008, sobre la relación entre "Cachorro" y "Pajarito", y completa: "Pero al mismo tiempo que mi primo tenía ideas políticas más simples, Suárez Mason tenía quizá un pensamiento político más evolucionado. Yo me acuerdo que cuando discutimos en algún momento, un término muy de Luciano era 'pero querido primo, a Suárez Mason hay que respetarlo mucho'. 'Lo respetarás vos, a mi no me gusta'".

—¿Y cuál era el problema suyo con él?

—Me parecía muy politiquero, muy de estar trenzando política.

La "politiquería" a la que el primo Mario Benjamín se refirió en el encuentro en su casa de Belgrano, no era otra que las habituales reuniones de Suárez Mason con Balbín y los dirigentes que respondían al viejo caudillo radical. Algo que Menéndez, Luciano también hacía y en forma mucho más periódica y frecuente que su camarada del I Cuerpo, aunque con un correligionario bastante más joven y con un futuro enorme en la política, que el propio general ayudaría a construir: Eduardo Angeloz.

¡Adelante, radicales...!

"En Córdoba, Luciano llegó a tener amigos que por supuesto después se cagaron y no hablaron, como Angeloz". La sentencia de Mario Benjamín es lapidaria. En un diálogo caliente de diciembre de 2007, el ex gobernador de Malvinas fustigó la actitud de los civiles que en los 70 aplaudían al ex comandante del III Cuerpo cuando estaba en la cima del poder, y hoy se refugian en el silencio ante la desgracia familiar.

—¿Angeloz y Menéndez eran amigos?

—¡Síii!, yo tengo, o tenía un amigo radical, que a cada rato me decía: "Che, qué le dio tu primo a Angeloz, que lo adora. Dice que ha salvado Córdoba, que es un demócrata convencido, ha-

bla maravillas de él, conversan permanentemente y le agradece lo que está haciendo tu primo en Córdoba". Así era la posición de Angeloz en ese momento. Además, decía que Luciano era un demócrata. El ha escrito varias veces sobre la democracia en *La Nación* y *La Prensa*. Hay un artículo que yo debo tener por ahí, que fue muy famoso, cuyo título es *"Por una democracia para cien años"*, eran las ideas de él.

De la misma manera que Viola y Suárez Mason se reunían con Balbín en ámbitos privados y públicos, Menéndez lo hacía con Angeloz. Para Rubén Pellanda, último interventor cordobés del *Proceso*, era lógico que así ocurriera: "El apoyo natural de Menéndez y las fuerzas armadas eran los radicales, porque él peleaba contra los peronistas de izquierda y los zurdos. El no es un facho, nada que ver, es más bien radical" (Entrevista con Pellanda, 2006).

El general Santiago, que en 1981 fundaría junto a Menéndez en Córdoba el Movimiento de Afirmación por la Soberanía (MAS), discrepa con Pellanda sobre la afinidad de su amigo con el partido que fundó Alem en 1890: "Menéndez no es radical, yo diría que es de ideología liberal, sí, pero un librepensador. Radical es su mujer, porque su papá, que también era militar, era de ese partido" (Entrevista con Santiago, 2007). Videla coincide con Santiago: "Menéndez no era radical, no, no..., era un hombre que le gustaba la política, sí, pero a ver..., se podría decir que era un liberal abierto. Por ejemplo, él no chocaba abiertamente con Martínez de Hoz por eso de la apertura" (entrevista con Videla, 2007). Videla se refiere a la política económica que "Joe" impuso desde el ministerio de Economía, cuya ola importadora de productos extranjeros hizo trizas la incipiente industria nacional, desatando la furia de Menéndez y de muchos otros generales en 1979.

Más allá de estos análisis políticos de sus camaradas y otros hombres del *Proceso*, como Pellanda, la relación entre Menéndez y Angeloz forma parte de la historia negada de Córdoba. Circula en el aire, pero en frecuencia off the record, en la categoría de lo tácito. Sobre todo a partir del 84, cuando las atrocidades del terrorismo de Estado empezaron a salir a la luz, y el recientemente elegido gobernador de la democracia no quería salpicarse con la

sangre que todavía brotaba de los crímenes ilegales e impunes cometidos por el general.

Sin embargo, en los 70, como recuerdan varios protagonistas de la época, Menéndez recibía a Angeloz mucho más de lo que la sociedad cordobesa imagina o recuerda. El suboficial Giamberardino, secretario privado de Luciano Benjamín era un testigo privilegiado de esos encuentros: "Angeloz iba una o dos veces por semana a reunirse con Menéndez al comando del III Cuerpo. Se reunían en su despacho" (Entrevista con Giamberardino, 2007).

Por su rango y función, Giamberardino no tenía permitido saber qué pasaba puertas adentro, ni de qué hablaban su jefe y Angeloz. El que sí conocía y recuerda el contenido de esos encuentros periódicos entre Menéndez y el principal dirigente radical de Córdoba, es el general Santiago, quien en mayo del 2008 reveló con cierto fastidio los objetivos profundos del boina blanca:

—Angeloz quiso poner, y lo habló conmigo muchas veces, todos los intendentes radicales.

—¿Y eso lo negociaba con Menéndez?

—No, no, cuando Angeloz iba al comando, Menéndez, que no era ningún tonto, me decía: "Santiago, recíbalo usted a Angeloz". Mientras, él se quedaba en su oficina, con alguna excusa para no atenderlo. No siempre fue así, porque a veces hablaban, pero Menéndez no quería dejarse imponer nada.

Lo que cuenta Santiago sobre su jefe es lo mismo que recuerda el otro Benjamín de la familia: "Mi primo pensaba que la democracia argentina debía nacer con nuevos dirigentes, porque los que ya estaban habían fracasado en el manejo del Estado" (Entrevista con Menéndez, 2007). Para alcanzar ese objetivo, el mismo con el que habían soñado Uriburu, Onganía y Lanusse con resultados catastróficos para el país, el primer paso era conquistar ideológicamente a la sociedad y arrancar de raíz el germen marxista que el comandante del III Cuerpo creía vivo en 1977.

Carlos Vicente era estudiante de la Facultad de Derecho de la UNC, y militante de la juventud radical. Como parte del grupo que respondía a Arturo Illia, con quien viajaban por todo el interior haciendo política en la clandestinidad, porque estaba prohibido por la dictadura, Vicente y su grupo universitario tam-

bién tenían relación con Angeloz y con Víctor Martínez, los dos dirigentes radicales con llegada a Menéndez y Vaquero. Según Vicente, "la posición de ellos era tener una buena relación con los militares y tratar de salvar gente, porque su análisis era: 'nosotros vamos a heredar esto'. No se equivocaban. Angeloz logró que Menéndez dejara cien intendentes radicales, y uno de ellos, Dante Fornasari, intendente de Huinca Renancó, fue presidente de la Cámara de Senadores de la Provincia cuando Angeloz fue gobernador" (Entrevista con Vicente, 2006).

La versión oficial de Angeloz y buena parte del radicalismo es diferente. Mucho más noble, claro. Según el gran orador de Río Tercero, el motivo de sus constantes viajes al trono del poder de camino a La Calera era salvar vidas. Una historia creíble en 1976, cuando la maquinaria de La Perla funcionaba a todo vapor, y solo él y Primatesta podían torcer la inapelable orden de Menéndez de matar o salvar a un prisionero, pero que no invalida la negociación política relatada por Santiago, Mario Benjamín y Vicente. Este último, precisamente, confirmó que Angeloz y Primatesta tenían autoridad para interceder por los detenidos, aunque por aquellos vinculados al movimiento estudiantil reformista, no así a las organizaciones revolucionarias (Idem. Ant). Fue el caso de Marcelo Haeguy, secuestrado por una patota y llevado a La Perla. Al enterarse, su hermano Roberto y Vicente fueron a ver a Angeloz para ver si éste podía averiguar el paradero de quien figuraba como desaparecido. Ya en la oficina del capo radical, Angeloz levantó el tubo y se comunicó con el comando del III Cuerpo:

—Hola, Cachorro, acá estoy con unos muchachos, te voy a pasar un nombre: Gustavo Angel Haeguy.

A la semana Vicente y Roberto Haeguy volvieron a ver al dirigente radical para saber si tenía novedades. "Muchachos, no lo busquen más", respondió Angeloz, anticipando el destino trágico de Gustavo. "También le pedimos por el gordo Bustos", recuerda Vicente, quien cuenta que fueron las gestiones de Illia las que permitieron salvarle la vida a Alfredo Bravo, un histórico dirigente socialista del gremio de la educación (Idem. Ant).

Además de Primatesta y varios pesos pesados del empresariado cordobés, la relación más importante que el "Cachorro" construyó en su paso por el poder fue con Angeloz. Sobre ese trí-

pode se sostendrá la impunidad de Menéndez post-dictadura, cuyos vínculos con la civilidad mediterránea madurarán en los doce años de reinado del "Pocho", quien defenderá a Luciano Benjamín contra viento y marea. Ni el descubrimiento de fosas comunes en el cementerio San Vicente en enero de 1984, ni la confirmación judicial de que La Perla no había sido un mito, ni el histórico Juicio a las Juntas de 1985, ni el levantamiento de Semana Santa en 1987, y mucho menos su procesamiento ese mismo año en la Justicia Federal de Córdoba por crímenes de lesa humanidad, impedirán que el todopoderoso ex comandante sea invitado —como lo registran innumerables pruebas documentales—, a varios de los actos políticos que Angeloz protagonizó hasta julio de 1995, cuando una descomunal crisis social y económica se llevó puesto a quien todos creían el nuevo Sabbatini, y que no pudo enfrentar al superpoderoso ministro menemista, Domingo Cavallo.

Si hay una foto difícil de olvidar para los cordobeses, por el peso simbólico que representaba en una democracia atormentada por el pasado reciente, es la figura inconfundible de Luciano Benjamín en los palcos oficiales del gobierno radical.

Pero no solo en público el ex comandante gozaría de su privilegiada relación con el poder provincial. También en ámbitos privados, lejos de la mirada inquisidora del pueblo que había padecido su liderazgo, el ex general haría honor al rango conseguido en la política local. Octavio Cuello, comisario de la policía de Córdoba hasta 1974, cuenta que Menéndez "se reunía con Angeloz en la Avenida Vélez Sársfield 27, donde éste tenía la oficina de una empresa contable que administraba sus campos" (Entrevista con Cuello, 2007). Para disipar dudas sobre la veracidad de su historia, Cuello, que renunció a la fuerza para no ser cómplice de la policía de Telleldín, aporta lugares, apellidos y situaciones puntuales: "Ahí, en la oficina de Vélez Sársfield, Angeloz y Menéndez se reunían permanentemente, y el que les llevaba café era un mozo de apellido Olmos, que trabajaba en el bar *El Quijote*, que está abajo" (Idem. Ant).

La herencia de esa relación, que Menéndez disfrutará intensamente en los años dorados del radicalismo, era producto de aquellas reuniones en las que el ilustre correligionario y el comandante diseñaban la Córdoba del futuro. En la segunda mitad de la

década del 70 ambos sabían que la dictadura no iba a durar para siempre, y que la Argentina, más tarde o más temprano, regresaría a un régimen democrático —como finalmente ocurrió el 30 de octubre de 1983— pero no precisamente como el que había imaginado Menéndez y el resto de sus camaradas.

Aunque pasaría mucha agua bajo el puente antes de sentarlo en el banquillo de los acusados, días antes del primer juicio oral y público que en Córdoba lo condenó a cadena perpetua, el general Santiago contó que su querido "Cachorro" estaba "tranquilo". Según él, varios de esos amigos que Mario Benjamín condena por haberlo abandonado en los tiempos difíciles, seguían llamándolo por teléfono a la casa de Ilolay 3269, del barrio Bajo Palermo, o visitándolo para expresarle su solidaridad y afecto. Era lógico que la intimidad fuera el marco de esas muestras de cariño. Los tiempos son otros. El paraíso angelocista ya no existe más. La estatua de su jefe es producto del pasado, y ni siquiera los seguidores de su partido se animan a defenderlo en público. Además, y éste es el dato central, la impunidad del terrorismo de Estado difícilmente pueda volver a reinar.

La batalla cultural

"Los cumpleaños se festejan generalmente en casa, pero hemos preferido salir para festejar en medio de nuestro pueblo, y en las calles que hemos recuperado para la paz y la tranquilidad de ese pueblo nuestro que hoy nos acompaña. Y lo hemos preferido así porque este pueblo y esta calle son las que hace un tiempo pretendió disputarnos la subversión". La frase del general Menéndez, tapa del diario *Los Principios* del 30 de mayo, estaba cargada de significados, de simbolismos: con un tercio del país rendido a su lógica castrense, no desaprovechó los festejos por el *Día del Ejército* para resaltar la que era su victoria más importante, el objetivo central de su política de terror: ganar la calle, el ámbito predilecto, sublime, de la movilización popular.

Lo que pocos años antes había sido refugio de trabajadores, estudiantes y gente común participando en política, revelándose contra el autoritarismo militar o económico, era ahora copado por el Ejército. En esa transformación del paisaje urbano radicaba el

triunfo del comandante. Si había una razón que justificaba los sacrificios humanos que él había ordenado desde la cima del mundo, era la que a viva voz anunció ese 29 de mayo de 1977: "Hoy venimos a demostrar públicamente que dominamos nosotros las calles y que contamos con la adhesión de nuestro pueblo... No voy a hablar de historia, porque hoy estamos escribiendo historia. Y para demostrarlo aquí están estos brillantes soldados que hoy hemos condecorado por los méritos aquilatados en el combate. Y están los cien oficiales, suboficiales y soldados que han muerto o han sido heridos en los dos últimos años luchando contra la subversión" (Los Principios, 30/05/77, pág. 1).

Menéndez había aprendido que sin resistencia popular, con el aparato del Estado en sus manos, era el momento preciso para terminar de inyectar la propaganda victoriosa hasta la células de un pueblo anestesiado: "Solo los lacayos del comunismo internacional, acicateados por sus amos rojos, pudieron cometer el error de creer que podían derrotar al invencible Ejército argentino. Solo los trasnochados imitadores de un régimen de sirvientes pudieron creer que eso podría caber al pueblo argentino, porque de tanto estudiar ideologías extrañas no conocían a sus connacionales, que son libres, altivos, independientes, que nunca aceptaron la dominación de nadie, que han vivido en la democracia desde su nacimiento y no pueden ahora retroceder a una dictadura" (Idem. Ant).

Sin sonrojarse, porque sus hormonas jamás se lo permitirían, Menéndez hablaba de libertad e independencia erguido en el pedestal del Estado Terrorista. Desde el paraguas del estado de sitio. Afirmado en una prensa adicta y cómplice, que callaba su represión ilegal. Convocaba desde el púlpito a "ser libres" en un contexto de asfixia y persecución ideológica. Cuando la censura oficial capturaba y reprimía cada instante de la vida social. Hablaba de democracia un año después de haber promovido y liderado el sexto golpe de Estado en menos de cincuenta años. Y de dictaduras en su condición de apóstol de la más atroz que los argentinos hayan conocido.

Su disputa del discurso y del espacio público, la herramienta más potente —y a veces la única—, que tienen las masas para vencer a los poderosos, sería el eje de la nueva estrategia que

Luciano Benjamín se trazó una vez finalizada la "etapa militar". Seducir y cautivar al pueblo para hacerlo parte del genocidio, era el desafío en la "etapa política" que comenzaba: "Sin apoyo de la población no hubiéramos podido tan rápidamente ubicar a estos cobardes que se refugiaban en nuestras poblaciones para dar su artero zarpazo... Nuestro pueblo los señaló, los aisló y hasta los combatió a mano limpia cuando fue necesario ayudar a las tropas" (Idem. Ant). Como ya no había enemigos a quien secuestrar, torturar y desaparecer, su batalla era cultural. Menéndez pensaba, y lo diría mil veces, que la derrota "subversiva" era parcial, y para que fuera total, el pueblo debía convertirse en su aliado más importante. La receta para lograrlo en una sociedad habituada al autoritarismo militar, carecía de originalidad: orden político sin acción ni partidos políticos, estabilidad económica a cambio de inactividad industrial, y control absoluto de la información. Sobre esa plataforma giraba la propuesta del exitoso dúo que Menéndez y Chasseing integraban en Córdoba, el primero desde su rol de tutor moral, ideológico del régimen, y el segundo como eficiente administrador de Estado provincial.

Entusiasmado de ver a la muchedumbre que lo acompañaba en un acto ciento por ciento castrense, el general exhortó a la sociedad a profundizar el cambio bajo las coordenadas occidentales y cristianas: "Nuestro país debe lograr ajustar y perfeccionar los mecanismos de nuestra democracia a esta situación social, que felizmente se consolida día a día. Nuestro deber es rechazar el marxismo internacional que pretende someternos a la dictadura y al imperialismo más feroces y sangrientos de la historia contemporánea. Todo esto es lo que tenemos que reorganizar..., no es cuestión de levantar algo de la nada, al contrario, tenemos que reordenar nuestro país y nuestra sociedad. Ordenar el desorden en que estamos inmersos. Modificar los mecanismos que nos llevaron a este desorden" (Idem. Ant).

Con mucho más sutileza que el ex general Ibérico Saint Jean, quien en enero de ese año había atemorizado al mundo entero con su famoso "primero vamos a matar a los subversivos, después a sus colaboradores, luego a los tímidos y por último a los indiferentes", Luciano Benjamín se apropiaba del lenguaje del pueblo, de su utopía revolucionaria, para alcanzar el desafío que

Santucho había lanzado en 1965 junto a los zafreros tucumanos, y Montoneros en 1970 con el secuestro de Aramburu: "conquistar la mente y los corazones de los argentinos". Aunque, claro, los objetivos de uno y otros eran antagónicos. Mientras la guerrilla había buscado —con matices y diferencias, con aciertos y errores— ser la vanguardia armada de la "patria socialista" que junto al pueblo iba a repartir la riqueza nacional, y con ella construir una sociedad más justa, el caudillo del III Cuerpo ponía el cuerpo y el alma para todo lo contrario. Entregado por completo a la "sabiduría" de Martínez de Hoz y su política rentística, antiindustrial y antiobrera, a mediados del 77 su obsesión giraba en torno a un ámbito más profundo y a largo plazo: la educación, los valores, la idiosincrasia del pueblo argentino. No había violado la Constitución y todas las leyes humanas en vano, porque sí. Se unificaban en él cien años de historia. Un proyecto de país. El modelo de Nación que impulsó en aquella emotiva alocución por el Día del Ejército: "Estudiando nuestra historia es fácil concluir que cuando nuestras fuerzas armadas han estado unidas entre sí y con su pueblo, ninguna empresa ha sido grande para los argentinos, ni cívica ni militar. Varias veces hemos asombrado al mundo con nuestras hazañas guerreras, de trabajo, de progreso, de inteligencia, cuando la hemos emprendido unidos y convencidos" (Idem. Ant).

Invitando al pueblo a formar parte de un sistema de poder que sería parido por las vísceras del terror, Menéndez blanqueó el ideario que dos años después lo enfrentaría al tándem Videla-Viola: "Preocupémonos de mantener la más estrecha unión entre las fuerzas armadas y nuestro pueblo, y el Proceso de Reorganización Nacional será un éxito. Los que han fallado fueron los dirigentes que no supieron mandar con la necesaria firmeza y ecuanimidad. Y para terminar, es bueno afirmar que nos vamos a tomar todo el tiempo que sea necesario" (Idem. Ant).

En el momento en que el Ejército empezaba a debatir internamente su primer plan político, el comandante todopoderoso confirmó el perfil ideológico que Videla y Santiago le adjudican, y dejó bien en claro qué país imaginaba, y hacia dónde apuntaban los cañones del barco que pelearía por conducir: "Vamos a aniquilar a la subversión, a erradicar la corrupción y castigar a los corruptos, a hacer que sea más fácil cumplir la ley que violarla, que

haya oportunidades para todos, pero que solo los honestos y los capaces sean quienes salgan adelante, a distribuir la riqueza entre todas las regiones y ciudadanos del país; a realizar la función de la propiedad privada y el respeto por ella, para que todos tengan la suya, a exaltar la misión de la familia como núcleo de la sociedad, a defender la fe en Dios, principio y fin de todas las cosas" (Idem. Ant).

Cuatro días antes de su discurso por el Día del Ejército, Luciano Benjamín visitó La Perla. Los prisioneros adivinaron que estaba por llegar. El movimiento de sus carceleros lo anticipaba. Pero esta vez ninguno imaginaba el motivo. Varios pensaron que les había llegado la hora, y que Menéndez venía para otra ceremonia de fusilamiento. Se equivocaban. Llegaba para una ceremonia, sí, pero de otro carácter. Aunque en el infierno de camino a Carlos Paz cualquier cosa podía ocurrir de un momento a otro, la situación interna había aflojado tanto como los secuestros, que eran cada vez más esporádicos y puntuales.

Sin decirles una palabra, Acosta y Barreiro llamaron a los detenidos más viejos. Sin vendas en sus ojos, quince de ellos caminaron hasta el patio de losetones grises, frente al mástil. Una vez ahí, fueron obligados a formarse en fila, entre medio de otros dos grupos. De un costado estaban los gendarmes que custodiaban el campo, y del otro los agentes de inteligencia, responsables de los secuestros y los interrogatorios. Cuando los jefes se hicieron presentes para presidir el acto, todos se cuadraron:

—¡En el día de la patria, buenos días! —gritó el coronel Anadón, jefe del Destacamento 141 de Inteligencia, que solía visitar el lugar en situaciones puntuales: fechas patrias o secuestros de guerrilleros y dirigentes importantes[167].

—¡Buenos días! —respondieron los soldados y el grupo de desaparecidos, algunos de los cuales eran desde hacía tiempo parte activa del aparato represivo[168].

Al lado de Anadón, con su típico gesto ceñudo y mirada desafiante, el general Menéndez y otros altos oficiales del III Cuerpo

167 Lo afirman ocho sobrevivientes entrevistados para este libro.

168 Según Mirta Iriondo, que estuvo en La Perla desde abril del 77 hasta su cierre, a fines del 78, "Termin de los Santos era un milico más, mientras que Pinchesky y Dora Zárate de Privitera estaban desequilibrados".

presenciaban el modesto pero alegórico acto patrio. La conquista del "corazón y las mentes de los argentinos" iba muy en serio, y ésta era una prueba contundente. Ni los enemigos que vegetaban en sus campos quedarían al margen de la propaganda triunfalista.

Tan surrealista era el íntimo festejo por el ciento sesenta y siete aniversario de la Revolución de Mayo, que el general Maradona, comandante de la VIII Brigada de Mendoza, preguntó asombrado quiénes eran las personas que su camarada Anadón arengaba con la fibra de un líder a punto de partir a la guerra.

—Son los quebrados, los colaboradores —respondió otro oficial.

—¿Cómo? —preguntó Maradona—, si nosotros en Mendoza los matamos a todos, no dejamos a nadie con vida[169].

La explicación de Anadón dejó maquinando al camarada cuyano, a quien los sobrevivientes describen como un "general con aires aristocráticos, culto y refinado", cuya esposa era íntima de la de Menéndez y solían visitarse para tomar el té y comentar las telenovelas de la época. La función de los sobrevivientes era importante para el futuro del *Proceso*: además de aportar información estratégica sobre el origen y los objetivos profundos de las organizaciones revolucionarias y populares, su posterior liberación cumpliría un efecto fundamental en el plano social: ser la caja de resonancia de la política del terror, el elemento disciplinador para todos aquellos que osaran levantarse contra el modelo dictatorial.

Con ese norte entre ceja y ceja, antes de finalizar el simbólico evento frente al mástil, Menéndez y sus soldados "saborearon" con los desaparecidos de La Perla una chocolateada muy argentina, mientras hermosas escarapelas adornaban los harapos sucios y maltrechos de los detenidos.

Para cualquiera que mirara desde afuera, sin ser parte del conflicto, la escena tenía ribetes de tragedia griega. Para los que la sufrían a flor de piel, y habían sido arrasados por los escuadrones de la muerte del comandante, todo se trataba de una provocación siniestra para destruirlos ideológicamente, el paso que seguía a la destrucción moral y psíquica. Por las dudas, la parodia del 25 no sería la última. Habría otras a las que también serían invitados,

169 Lo escucharon Callizo, Meschiatti, Suzzara y otros sobrevivientes.

con el único fin de que confirmaran la aplastante victoria política y cultural del Ejército sobre el campo popular.

A pesar del frío, miles de personas se convocaron en el hipódromo de Barrio Jardín para ver el desfile militar del 9 de Julio. Cuadras y cuadras de gente enmarcaban el paso solemne y triunfal de soldados, tanques, cañones y vehículos militares. La foto era impresionante. Hacía mucho, muchísimo tiempo que la ciudadanía no participaba de una fiesta cuyo espíritu no era castrense ni porteña, como la del 25 de Mayo, sino cívica y federal. El 9 de julio simbolizaba el supuesto triunfo de la política y del federalismo.

Ciento sesenta años después, la anhelada democracia seguía siendo un sueño imposible, y el poder de la fuerza la más cruda realidad nacional. Bajo ese marco, el arquetipo perfecto de la barbarie occidental miraba jubiloso desde el palco de autoridades cómo el pueblo abrazaba su causa en un festejo bien federal. Al lado de Menéndez, tan sonriente como él, el gobernador Chasseing y los jefes del Ejército y la Fuerza Aérea compartían con su líder el gran momento de gloria. También el arzobispo Primatesta y autoridades políticas y judiciales se mezclaban entre los hombres de armas. Las mujeres de los generales y brigadieres completaban el cuadro.

Al costado, en un nivel inferior a los dueños del poder, un grupo de sobrevivientes de La Perla miraba una escena imposible cuatro años antes. Sus ropas viejas y gastadas contrastaban con los trajes de gala y la pituquería de la clase dirigente. Los habían sacado del campo de concentración para eso: para que vieran con sus miradas tristes y errantes la derrota revolucionaria frente a la maquinaria aniquiladora que el comandante del III Cuerpo representaba como ningún otro. Algunos hasta recuerdan el cinismo de sus torturadores, que muy orondos los saludaban con una sonrisa irónica (entrevistas a Callizo, Suzzara, Meschiatti y Kunzman, 2008).

La escena de la ciudadanía en las calles vivando al ejército desaparecedor era demoledora. Tanto, que el desfile mereció la tapa de los diarios y una cobertura impactante que también incluyó el tedeum en la Catedral, con Menéndez y Chasseing en primer plano. Abrigados con una capa blanca que cubría sus uniformes,

la escena de los dos hombres más poderosos de Córdoba era digna de una película del Tercer Reich. "Masiva adhesión popular a los actos del 161 aniversario de nuestra independencia", tituló al día siguiente *Los Principios*, que en sus páginas 8 y 9 publicó catorce fotos del desfile y una crónica reflejo del triunfo menendista: "Con gran brillo se realizó en Córdoba el desfile militar. La multitudinaria presencia popular fue la nota más significativa de los actos. No fue una adhesión silenciosa, por el contrario, el público adhirió con su aplauso y admiración el paso de los soldados" (Los Principios, 10/07/77, pág. 1).

A pocas cuadras de la cancha de Talleres, donde era común verlo disfrutar del glorioso equipo albizul, el comandante y otros generales se instalaron en el palco armado en el Hipódromo. Acrobacias aéreas y maniobras de combate fueron parte del show, que culminó con un broche de oro: el simulacro de un secuestro, que el diario *Los Principios* calificó de "ataque a un refugio extremista". El final de la crónica es un reflejo del acompañamiento periodístico a la cruzada de Luciano Benjamín: "La admiración y los aplausos premiaron cada una de las acciones, al igual que el preciso salto de los paracaidistas del Regimiento de Infantería Aerotransportada. Toda una fiesta que el pueblo vivió junto a su ejército" (Idem. Ant).

Héctor Kunzman estaba secuestrado en La Perla desde diciembre del 76, y fue trasladado ese día junto a otros sobrevivientes para presenciar el espectáculo cívico-militar: "Nosotros estábamos en un lugar lateral del palco, me acuerdo que nos miraban como bichos raros. En el centro estaban Menéndez y el resto de los jefes. Frente a las autoridades, en el medio del Hipódromo, los militares habían armado una casilla chiquita, que luego fue atacada por grupos comandos que se lanzaban desde un helicóptero. El operativo terminaba con los soldados tirando humo y los subversivos rendidos con las manos en alto. Esa mentira era lo que le mostraban a la gente", recuerda el "Ruso", treinta y un años después (entrevista con Kunzman, 2008).

La victoria de su ejército era tan abrumadora, que Menéndez se atrevía a escenificar en público, para miles de personas, el método con el que había diezmado al pueblo. Aunque, como apunta Kunzman, el montaje era parte del circo: "Era para la tribuna, por-

que ese día había gente común. Pero a esa multitud no le mostraron la picana, ni la mojarrita, ni los palos de madera con los que nos molían en La Perla. En el Hipódromo era todo legal, con los manuales, nada que ver con la realidad. Además, en esa parodia, los subversivos se rendían a los cinco minutos, cuando en los combates reales que tuvimos con el Ejército los tiroteos duraban horas y no se entregaba nadie" (Idem. Ant).

Aunque no recuerda ese día en particular, Oscar Beguán era fotógrafo de los Servicios de Radio y Televisión (SRT) y cuenta que Luciano Benjamín mostraba gran interés por el papel de los medios de comunicación: "Las coberturas pasaron a ser los actos militares, que eran muchos. Además, a Menéndez se lo veía seguido, era muy mediático. En esa época se les daba muchísima importancia a las fechas patrias y a la obra pública, porque la intención de los militares era mezclarse con la gente" (entrevista con Beguán, 2006). Gustavo Tobi, que acreditado ante el III Cuerpo tenía que seguir cada paso que daba Menéndez, confirma esta pasión del general por el mundo castrense: "Le encantaban las fiestas patrias, y todas esas cosas. Pero nos trataba bien a los periodistas, eh, no era ningún tonto, su objetivo era meter al ejército todo el tiempo en la pantalla. Porque si no, qué más podía ofrecer, los desfiles del 9 de julio y del 25 de mayo, y qué mas", se pregunta el histórico presentador de Canal 12 (entrevista con Tobi, 2007). Casi tres décadas de democracia ininterrumpida —todo un récord para nuestro país—, hacen que hoy parezca mentira que hubiera más, pero en aquella argentina militarizada hasta la médula, el ejército de Menéndez aparecía hasta en la sopa. "Cada vez que había un cambio de mando, había que cubrirlo. Todas esas boludeces eran motivo de cobertura, cuando nunca lo habían sido, salvo el Día del Ejército, pero nada más", dice Tobi, quien junto a Jorge Zapata, de Canal 10, iba cotidianamente del comando de La Calera a la Escuela de Aviación, los dos centros del poder militar cordobés.

En esta "guerra" contra el "comunismo internacional", que en 1977 era puramente ideológica, el papel de la prensa era fundamental para el control de la población. Mientras en el 76 había funcionado para generar el terror y desprestigiar el accionar guerrillero, en el segundo año se utilizaba para defender la gestión del gobierno y agigantar la imagen de las fuerzas armadas en la

vida cotidiana. Rafael Vaggione había sido abogado de presos políticos hasta 1975, y recuerda que después del golpe la "calle se puso dura" (entrevista con Vaggione, 2006). Aunque siguió ejerciendo la profesión, el contexto era más que sombrío: "El golpe sacó a relucir el chichón del fascismo argentino. Los milicos lograron el objetivo: que la gente se levantara a las 8 de la mañana, se fuera a trabajar, y a las nueve de la noche todo el mundo estuviera en su casa durmiendo" (Idem. Ant).

Jubilado como editor fotográfico de *La Voz del Interior* luego de años de registrar con su cámara la realidad cordobesa, Beguán no olvida la total falta de libertad para comunicar lo que pasaba en el olimpo del poder militar: "Cuando íbamos a cubrir los actos al III Cuerpo, los tipos venían y te decían 'filmá de acá para allá', o, 'sacá la foto así o asá', todo estaba controlado, marcado, todo" (entrevista con Beguán, 2006). Para el fotógrafo que en 1978 dejaría los SRT para trabajar en el diario *Tiempo de Córdoba*, la figura estelar de la película procesista era, sin dudas, Menéndez: "Los subalternos le tenían miedo, y para muchos otros era un ídolo" (Idem. Ant). Y si bien Videla fue preciso cuando definió al *Proceso* como una "dictadura colegiada", en la que el poder se diluía en una multiplicidad de jefes y líderes, Tobi coincide con Beguán en que Menéndez era la cara del régimen en Córdoba: "Por ahí también, al principio, Vaquero, que era un poco más democrático, y Sasiaiñ, que era terrible, durísimo. Todavía más que Menéndez, pero con una diferencia: era bruto, en cambio el *Cachorro* era inteligente. Dista de ser culto, pero era un tipo inteligente. Tenía manejo político, fue uno de los que, por ejemplo, impulsó la acción social del Ejército para estar presente en diversos pueblos, ayudando a la gente, en las escuelas, repartiendo chocolates, todas esas cosas, cuyo único objetivo era mantener al Ejército en la calle luego de que la guerrilla fuera aniquilada" (entrevista con Tobi, 2007).

Como destaca el histórico conductor de Noticiero 12, la "inteligencia" pasaba por seducir y convertir a los obreros, a los empleados públicos, a los estudiantes y a las amas de casa en dóciles adoradores del mandato militar. Su misión, a la que entregaba alma y vida, era desterrar, de una vez y para siempre, el fuego revolucionario que en los últimos diez años había sacudi-

do los cimientos de la cruz y la espada que lo hicieron soldado. Lejos de atacar las causas que habían hecho posible el surgimiento de la guerrilla una década antes —proscripción política, persecución ideológica y acumulación de la riqueza en pocas manos—, Menéndez creía en la lobotomía social para alcanzar sus objetivos culturales, mientras Martínez de Hoz hacía su trabajo sucio desde la cartera económica. Ni los más pequeños de la familia dejarán de ser objetivos y víctimas de su monumental propaganda: con gran despliegue periodístico siguiendo las actividades oficiales, el domingo 7 de agosto los niños festejaron su día rodeados de uniformes verde oliva. El "invicto Ejército argentino" estaba en todos lados: entregando juguetes en los hospitales, visitando enfermos de la Casa Cuna, organizando chocolateadas en barrios y escuelas, como recuerda Tobi, o promoviendo actividades para la familia.

En una jornada de altísimo impacto social, principalmente en los sectores humildes, los soldados cumplían las órdenes de su jefe: estar en la calle, junto al pueblo, ocupando el espacio que poquito tiempo atrás dominaban las organizaciones que él había exterminado de la faz de la tierra. Al fin y al cabo, los niños y los jóvenes serían los herederos del país que estaba refundando.

El "Proyecto Nacional"

"El general San Martín fue enemigo de los personalismos y rechazó a los tiranos..., actualmente estamos realizando el Proceso de Reorganización Nacional con profundo sentido nacional, sin personalismos de iluminados y donde los militares serán los protagonistas del éxito" (Los Principios, 20/08/77, pág. 1). El 19 de agosto, en el Instituto Sanmartiniano, Menéndez no dejó pasar la oportunidad y capitalizó la figura de su prócer para enviar varias señales. A sus camaradas y a la ciudadanía. San Martín era y es el superhéroe argentino. Difícilmente alguien pueda negarlo empíricamente. Mucho menos quien lo tenía colgado en su despacho sin otros competidores a la vista. "Menéndez lo ponía todo el tiempo de ejemplo y era el único retrato colgado en su oficina", dijo su ayudante, el suboficial Pedro Giamberardino, a la hora de confirmar la profunda admiración de su jefe por el "liber-

tador de América" (entrevista con Giamberardino, 2007). Quien cruzó Los Andes para liberar Chile, y más tarde el Perú, se ganó para siempre el bronce inmaculado. La eternidad, se sabe, es suya. No hay un solo soldado que no crea, o haya sido formado para no creer, que es el militar perfecto. Para Menéndez lo es, sin dudas. Su abuelo, su padre, sus instructores del Colegio Militar y la Escuela de Guerra, todos, le contaron que era el jefe más querido por la tropa, el más valiente y genial estratega que habitó estas tierras. El hombre que hizo un ejército de una manga de milicianos y voluntarios sin experiencia militar en el Río de La Plata, que lo único que sabían o querían era sacarse el yugo del imperio español para convertirse en hombres libres. Fueran criollos, negros o indios, no importaba. Era un ejército popular, aunque Menéndez y compañía no cuentan esa parte de la película.

La versión que Mitre nos contó, la historia oficial cristalizó y el jefe del III Cuerpo abrazó, lo hizo así. Inhumano. Inmortal. Heroico. Incorruptible. Unico. El más patriota de los patriotas. Pero quien nació en Yapeyú y se hizo hombre y soldado peleando primero para el Rey de España, y luego contra su ejército, fue de carne y hueso. Y es precisamente su condición humana la que hizo de él la gran paradoja nacional. San Martín es, también, el general traicionado, el altruista soñador abandonado por el poder. La utopía perdida, el fantasma de una guerra civil interminable. Nuestro exiliado más famoso. El símbolo del naufragio nacional.

Fue esa condición de mártir o héroe incomprendido en su patria, por sus connacionales, lo que llevó a Menéndez a rescatarlo de la manera en que lo hizo, en el momento que lo hizo, en el Instituto Sanmartiniano y en un multitudinario acto en la plaza que lleva su nombre. El del 19 de agosto no sería un homenaje más a la memoria de su ídolo. El ciento veintisiete aniversario de su muerte le sirvió a Menéndez para alertar a sus camaradas de que no podían equivocarse de nuevo. Que no podían ni debían desviarse del camino. Que no había margen para repetir la mal llamada "Revolución Argentina", derrotada por la movilización popular, sí, pero internamente erosionada por personalismos mesiánicos. No. Nunca más las fuerzas armadas iban a terminar como comida para los leones al momento de entregar el poder a los civiles. Su mensaje tenía un sentido claro y un destinatario preciso: luego de meses y meses de estériles discusiones sobre el

"cuarto hombre", la cúpula del Ejército había empezado a discutir en agosto qué proyecto de país pensaba edificar. Qué modelo de nación iban a construir después de haber destruido el que existía antes del 24 de marzo.

La corte militar de la que Menéndez formaba parte debía diseñar, o por lo menos bosquejar, un futuro próximo, de mediano plazo. Cuando dijo que "los militares serán los protagonistas del éxito", pero "sin personalismos de iluminados", le hablaba a sus pares, que ya habían empezado a sacarse los ojos por el reparto del poder. De un lado Díaz Bessone y su sector, cuyo objetivo era reemplazar a Videla y Martínez de Hoz, y por otro el "presidente" y su intocable ministro de Economía, que vilipendiaba el "liberalismo nacional" que el ministro de Planificación promovía en el Ejército y Massera en la Armada.

Bajo ese marco de feroces discusiones, Menéndez voló a Buenos Aires el 24 de agosto a una importantísima reunión. Durante dos días el edificio Libertador fue escenario de arduas y calientes discusiones políticas, que también incluyeron la agenda internacional. Brasil y Chile, las dos históricas hipótesis de guerra, habían recobrado fuerza luego del exterminio del "enemigo interno". Por su poderío regional, la dictadura de Geisel era considerada una amenaza por sus pares argentinos, y el régimen pinochetista había vuelto a serlo luego del fallo arbitral que en mayo concedió al país trasandino la soberanía sobre tres islas del Atlántico Sur, que Argentina reclamaba como parte de su territorio. Aunque las relaciones diplomáticas con estos países fueron y lo serían en los meses siguientes —sobre todo Chile—, motivo de análisis de los generales, el "proyecto nacional" que impulsaba Díaz Bessone, y que desataría huracanes entre su sector "nacionalista" y el ultraliberal al que todavía adhería Menéndez con Videla a la cabeza, absorbió buena parte de los debates. Desde su rol de líder federal, representante del interior, el comandante del III Cuerpo exhibió la receta del éxito conseguido en Córdoba junto a su amigo Chasseing: orden y transparencia administrativa, obra pública y conquista de las fuerzas armadas del espacio callejero.

Pero Menéndez no estaba solo. Como lo recuerdan destacados protagonistas de la época, no solo Angeloz iba a visitarlo al comando de La Calera. Durante los cuatro años que se desem-

peñó como su ayudante personal, Giamberardino cuenta que vio desfilar a infinidad de figuras públicas por esa oficina: "Sí, iban a visitarlo seguido a su despacho todo tipo de personalidades de Córdoba. Por ejemplo, además de Angeloz, recuerdo que lo visitaba mucho Pedro Astori, que era dueño de Palmar" (entrevista con Giamberardino, 2007). El comisario Cuello recuerda algo parecido: "Los mandamás de los gremios, los políticos, los empresarios, todos hablaban con Menéndez, e incluso iban a verlo a La Perla llevados por el de la sotana (se refiere a Primatesta), y le hacían el aguante" (Entrevista con Cuello, 20079)

Con mucho menos protagonismo público, pero desde una visión ciudadana, Vaggione contó para este libro que "importantísimas figuras del ámbito empresarial, académico y político se peleaban para ser recibidos por Menéndez" (entrevista con Vaggione, 2006). Siempre irónico, corrosivo al momento de hablar de una época en que no la pasó nada bien, el "Rafa" asegura que "los que hoy se horrorizan de la dictadura hacían cola en el comando del III Cuerpo para almorzar con su comandante. Pero lo mismo hacen hoy con Kirchner[170] para que los reciba en Olivos o la Casa Rosada, son, como el mismo Santiago Soldati reconoció en un libro, creo que de Majul, 'los cortesanos del poder'" (Idem. Ant).

La colaboración política con el régimen era total, y basta ver las fotos de los diarios para confirmarlo. "Había mucha gente metida en política que se relacionaba con Menéndez, además de la iglesia, que manejaba todo", dice en noviembre de 2006 Carlos Vicente, cuya militancia era más que difícil y velada, a pesar de contar con el apoyo de Arturo Illia. Pero había otros que no se escondían, y el ex dirigente estudiantil recuerda con nombre y apellido a los que eran la pata civil del Proceso. "Tránsito Rigatusso y Julio Antún, del PJ, Mauricio Labat, dirigente de los taxistas, Antonio Bearzotti, presidente del Colegio de Abogados, Reinaldi, del Tribunal Superior de Justicia, y Pedro J. Frías, miembro de la Corte Suprema de Justicia del Proceso. La discusión era ver quién cenaba con Menéndez. Eso era poder" (Entrevista con Vicente, 2006).

Quien dista de haber sido comensal de esos almuerzos o cenas con el Comandante, pero aportaba su ojo siempre filoso y clí-

170 Al momento de esta entrevista, noviembre del 2007, faltaba un mes para que Kirchner dejara de ser presidente del país para entregarle el poder a su esposa, Cristina Fernández.

nico era Beguán, quien con su cámara fotográfica registraba lo que muchos hoy callan o esconden. Según él, la participación civil en los actos castrenses era notoria: "Muchos iban a verlo a Menéndez o a participar de los actos. Sobre todo la iglesia, pero también los políticos ideológicamente de derecha y conservadores. Era común ver en los palcos a Víctor Martínez y a Angeloz. En cambio Bercovich no, ves, fue un tipo digno, que se guardó en el proceso militar" (Entrevista con Beguán, 2006). Los que no se guardaron, sino todo lo contrario, florecieron para apuntalar la "gesta" de las fuerzas armadas que en la región que lideraba Menéndez, fueron los representantes del poder económico cordobés. Integrada por las treinta y cuatro empresas más importantes de la provincia, el 6 de julio nació la *Fundación Mediterránea,* la usina intelectual sobre la que se apoyaría el tándem Menéndez-Chasseing, y a partir de 1983 todos los gobernadores hasta la fecha.

Esta organización, de neto corte liberal pero con un perfil más productivista e industrial que el financiero que lideraba el porteño Martínez de Hoz, presentó en sociedad el Instituto de Estudios Económicos sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana (IERAL). Ese 6 de julio, en conferencia de prensa, Pedro Astori, titular de la "Mediterránea", dio a conocer a quien sería su primer director: Domingo Felipe Cavallo, un joven economista de San Francisco, formado en la facultad de Ciencias Económicas de la UNC y doctorado en Harvard, cuyos aportes a la dictadura serían inolvidables y duraderos, aunque no por eso menos dañinos para los intereses del país.

Como declararon sus fundadores el día de la presentación, el objetivo de la Fundación Mediterránea y del IERAL era "promover la investigación de temas nacionales desde la óptica del interior", y su primera tarea "encarar estudios sobre temas referidos a la política fiscal".

Serán precisamente esos estudios la semilla que dos años después germinará para hacer estallar la cohesión del Ejército, y sacudir el rumbo del *Proceso de Reorganización Nacional* con Luciano Benjamín a la cabeza.

Una semana después de la trascendental reunión en Buenos Aires con el generalato, Menéndez voló a San Juan para un en-

cuentro de gobernadores. Convencido de que el extermino de la guerrilla no era suficiente, y que la victoria militar que él había liderado era solo el primer paso para "derrotar definitivamente a la subversión", el hijo del teniente fusilador de obreros patagónicos insistió en que "la Argentina es uno de los campos de batalla en que se está desarrollando la Tercera Guerra Mundial" (Los Principios, 2/09/77, pág. 1).

Como pensaba que los comunistas que había derrotado en el plano armado no iban a rendirse, sino que mutarían a una estrategia pacífica y difusa, pidió al pueblo estar alerta a la "infiltración marxista", el nuevo eje de su retórica post-guerrilla: "Las bandas de delincuentes subversivos se han replegado, están ahora en un proceso de ocultamiento para evitar su aniquilamiento. Están también en una tarea de infiltración y de captación para lograr nuevos adeptos y agitar la insurrección de masas" (Idem. Ant).

En ese encuentro de jefes provinciales, Menéndez habló un rato largo sobre las características de la "subversión", y sintetizó en una brevísima reseña histórica la penetración que había alcanzado en la Argentina. Poco antes de finalizar, blanqueó algo de lo que habían discutido una semana antes en la importante reunión de generales: "El objetivo militar es lograr el aniquilamiento definitivo del marxismo en nuestro país. Nosotros, en 1975, estábamos en la última etapa, cuando la subversión se aprestaba a reemplazar el gobierno legal por uno comunista. Ya en los montes de Tucumán se cobraba peaje, cooperaba el propio pueblo del sudoeste tucumano, al pasar, pero cooperaba. Se levantaba la bandera del ERP en la plaza de algunos pueblos. Estábamos ya acá. Yo no quiero ser tremendista, pero creo que es muy importante saber cuán cerca del abismo habíamos llegado. Es importante por dos razones: para valorar todo lo que hemos hecho los argentinos en estos dos años y decidirnos a apretar los puños y que nunca más nos pase esto" (Idem. Ant).

Con el norte despejado, Menéndez avanzaba sobre el cuerpo de una sociedad que debía asimilar el formato del orden, la disciplina y la jerarquía que encarnaban las fuerzas armadas y la iglesia católica. El marxismo les había robado el alma argentina, decía a quien quisiera escucharlo, el hombre que se enorgullecía de haber aniquilado al pueblo organizado. El 22 de septiembre,

dos días antes de que el presidente Videla aterrizara en Córdoba para presidir junto a Primatesta y Menéndez los actos por el "Día del Paracaidista Militar", el comandante del III Cuerpo confirmó su ADN castrense: parado arriba de un tanque militar, con los periodistas rodeándolo , se inmortalizó para la foto. Orgulloso, arrollador, presentó en los cuarteles de La Calera el prototipo del Tanque Argentino Mediano (TAM) acompañado por su segundo, el general Fernando Santiago. Después de unas breves palabras con la prensa, Menéndez y su lugarteniente participaron de una demostración de otros vehículos blindados de tecnología nacional en el predio de camino a La Calera.

Aunque faltaba mucho para que las acciones militares contra Chile se pusieran en marcha, Menéndez calentaba los motores de algo que veía como inevitable, porque ni él, ni Galtieri, ni Suárez Mason, los comandantes de cuerpo y mando de tropa, estaban dispuestos a aceptar, bajo ningún concepto, el fallo arbitral que el 2 de mayo había concedido al país vecino soberanía sobre tres islas al sur del Canal del Beagle, y derechos sobre el Atlántico. Massera tampoco. Además, si bien era un tema más delicado y secreto, sobre todo por el poderío del enemigo, la recuperación de las Malvinas también estaba en la agenda de Luciano Benjamín y los "halcones" del Ejército, cuya fortaleza espiritual y política los llevaba a creerse invencibles, incluso ante una potencia mundial como Gran Bretaña.

La hipótesis de una guerra con Pinochet sobrevolaba con fuerza el Cono Sur, y por eso el comandante decidió ponerse en movimiento. El 8 de octubre, con gran despliegue periodístico, el general "dio la bienvenida a los miles de efectivos que participarán de las ejercitaciones programadas por el Tercer cuerpo de Ejército" (Los Principios, 9/10/77, pág. 1). Cuatro días después explicó: "Son ejercicios para recuperar posiciones ante un virtual enemigo", dijo Menéndez (Los Principios, 13/10/77, pág. 1). Las conclusiones que sacaron los medios luego de ver las maniobras robustecieron la altísima autoestima del comandante: "Alto grado de preparación de los soldados del Tercer Cuerpo" (Idem. Ant).

El duro entrenamiento, del que participaron soldados de otras provincias, finalizó el 15 de octubre, con sus dos jefes en el hipotético teatro de operaciones enviando señales de todo tipo:

"El Ejército es el seguro de la existencia de la Nación", afirmó Menéndez, anticipándose al primer plan político que Videla recibiría a fines de noviembre, en abierta competencia con el mamotreto que Díaz Bessone había presentado a la Junta a fines de agosto (Los Principios, 16/10/77, pág. 1). "Hay que seguir persiguiendo a la delincuencia subversiva comunista y velar las armas para mantener intacto el título invicto de nuestro ejército y con él la salud de la patria", completó el general (Idem. Ant), cuyo liderazgo se palpaba en la cancha, con el barro entre los dientes y la fiereza aprendida en Fort Lee, Estados Unidos, junto a los maestros de la guerra en 1961: "Soldados del Tercer Cuerpo, habéis pasado una dura prueba de una semana de marchas, de vigilias y fatiga. Confío en que todos comprendéis que la dureza de la prueba no es un capricho de vuestros jefes, sino la imperiosa necesidad para aprender la difícil profesión del soldado que consiste en saber vencer o morir" (Idem. Ant). Convocando a sus hombres a "no descansar" en la persecución a la "delincuencia subversiva", Menéndez confirmó por qué es lo que es de la puerta de los cuarteles para adentro: "Realmente soldados del Tercer Cuerpo, habéis vivido esta semana toda la hermosura de la vida militar. Habéis escrito en estos campos la poesía del deber" (Idem. Ant).

Tan convencido estaba que la pelea era esencialmente cultural, que dos días antes del comienzo de esas maniobras militares, por iniciativa suya, el III Cuerpo organizó un campeonato intercolegial en el Liceo Militar. Él, era capaz de bajar de su helicóptero a una cancha de fútbol para improvisar un discurso ante un grupo de estudiantes secundarios: "Nada se gana sin luchar", dijo el comandante durante la entrega de premios (Los Principios, 7/10/77, pág. 1).

Si la psicología social es un arma secreta y letal en la "guerra antisubversiva", Menéndez lo había entendido mejor que nadie: "El deporte es luchar y triunfar. Ese es el plan de Dios, quien impuso aquello de que ganarás el pan con el sudor de tu frente. Ustedes son los ganadores de cada una de las zonas y el solo hecho de que estén acá significa que han sido triunfadores" (Idem. Ant). Genial. El paradigma del esfuerzo y la lucha, esencia de la vida militar, transportada a través de una pelota de fútbol. Una inteligente y sutil estrategia para conquistar al pueblo y comprome-

terlo en su cruzada, que centenares de jóvenes escucharon ese día en boca del más carismático líder de la región: "El deporte enseña a actuar en equipo. El triunfo de un país, de un regimiento, de un equipo deportivo se debe al esfuerzo de todos y de cada uno de sus protagonistas. Todos son partícipes del triunfo y responsables del fracaso, nadie puede permanecer en el anonimato. Todos deben estar cubriendo con eficacia su puesto de lucha, ya sea en el país, en la provincia o en su equipo deportivo" (Idem. Ant).

Para Menéndez, el compromiso con el "proyecto nacional" debía germinar ahí, en las cabezas de quienes luego asimilarían el patrón de conducta y el modelo social que las Fuerzas Armadas tenían la obligación de construir no solo desde el poder, sino palmo a palmo con el pueblo: "Ahora van a tomar entonces la defensa de Córdoba y los adversarios de hoy serán los amigos de mañana. Así va creciendo el sentido de unión que tiene el deporte y que hace aumentar nuestras esperanzas de ubicar a la Argentina en el lugar que se merece, primera entre las primeras naciones del mundo" (Idem. Ant).

"Cabrón" sí, pero "ocurrente"

Treinta y seis viajes fuera de Córdoba entre febrero y octubre de ese año, quince de ellos a Buenos Aires. Diez provincias, tres brigadas y una veintena de regimiento a su cargo. Miles de soldados bajo su mando. Reuniones con el generalato, inspecciones de unidades militares y controles mensuales de sus campos de concentración. Además, actos en cuarteles, conferencias, agasajos, campeonatos intercolegiales. En fin, una rutina febril y absorbente, que dejaba poco espacio para el ocio y el tiempo libre.

Amén de esta agotadora y apretadísima agenda, cuando las obligaciones se lo permitían, el general Menéndez se tomaba su tiempo para aflojar tensiones y disfrutar con gran intensidad las dos pasiones de su vida, aparte de la milicia: los caballos y la familia. Lo ecuestre era parte de su estructura hormonal, había crecido junto a ella. Pura herencia familiar. Por eso el olor a caballo era, nomás, una especie de túnel del tiempo que lo transportaba a sus días más felices, cuando se pasaba la vida arriba de los animales, jugando con su hermano en la casona de San Martín, o en el Colegio Militar junto al escuadrón de Caballería.

Además del polo, deporte obligatorio para el arma de Caballería, Luciano había sido en sus primeros años de oficial un buen jinete, que participaba en cuanto torneo hípico se realizaba en instalaciones militares, pero que luego, con el paso de los años y las obligaciones maritales, había ido abandonando. Lo que nunca dejó, porque corre por su sangre, es el amor hacia los caballos. Galopar por el monte, sentir la brisa en el rostro montado en algún potro brioso, era una pasión que disfrutó hasta que su cuerpo dijo basta, a fines de los 80. El contacto con el caballo le hacía bien, lo ayudaba a olvidarse por un rato de las importantes obligaciones laborales y políticas que cumplía en la Argentina militar. "Sí, a Menéndez le gustaba mucho andar a caballo por el III Cuerpo. En verano o cuando el día estaba lindo, venía al comando montado en su potro. Como vivía en el barrio militar, pegado a los cuarteles, utilizaba el caballo como medio de transporte", dice Giamberardino.

La humanidad del comandante cabalgando por los cuarteles, o por la ruta, son parte de la leyenda, del costado épico del general. Azuzan la memoria de los cordobeses que transitaban ese despoblado camino serrano, que nada tiene que ver con el caos vehicular que es hoy. Es imposible no asociarlo, por las similitudes de las épocas y las condiciones del personaje, a aquellos míticos guerreros feudales de las cortes europeas cabalgando por las praderas del Viejo Continente. El estaría muy a gusto con la comparación, seguro.

"Además de cabalgar por el campo, Menéndez jugaba al polo, un deporte que era común entre los oficiales de Caballería, porque en el Colegio Militar era obligatorio aprender a jugarlo" (Entrevista a Giamberardino, 2007). Según su asistente, los partidos se disputaban en lo que se conoce como El Galpón, el cuartel que está casi al frente del comando. Igual, Giamberardino dice que su jefe "no era muy fanático del polo, pero jugaba, a veces jugaba" (Idem. Ant).

El otro pasatiempo era la familia. Salvo que estuviera de viaje, o la trascendencia de un hecho exigiera su presencia, los fines de semana trataba de disfrutarlos siempre en casa, con su mujer María Edith y con los hijos que todavía vivían en la casa paterna o en Córdoba, ya que sus hijas estaban casadas también con mi-

litares. Los Menéndez son un ejemplo típico de la familia militar: muchos hijos, siete en el caso del comandante, y muchos nietos. La imagen más impresionante de su chalet de Bajo Palermo, donde vive desde hace tres décadas, es la infinidad de retratos familiares que adornan mesas ratonas, paredes y muebles del living y del escritorio. Pero todavía más impactante es comprobar la casta que son en el Ejército. Desde fotos en blanco y negro y de principios de siglo, hasta fotos en color de sus hijos mayores, militares como el padre, son el principal decorado de un amplio y cálido living de entablonado y cómodos sillones.

Pero no solo la sangre participaba del tiempo libre del general. También amigos y camaradas eran invitados a la casa más importante del barrio militar: "Otra cosa que me acuerdo patente, y que habla de la forma de ser de Menéndez, era que solía organizar los sábados asados en su casa, a los que concurrían oficiales y suboficiales", comenta Giamberardino, revelando un costado desconocido de su jefe. "Sé que no es la imagen que la mayoría de la gente tiene de él, pero Menéndez era un hombre que disfrutaba las reuniones sociales, un tipo festivo. Por ejemplo, con la misma periodicidad que organizaba los asados de los sábados, durante la semana era muy común que organizara almuerzos con autoridades civiles y militares en el comedor del Comando" (Entrevista con Giamberardino, 2007).

El dato no es anecdótico. Alimenta el liderazgo que construyó en el ejército y fuera de él. Son contados con los dedos de una mano los generales que comparten la vida social con suboficiales, y hasta con oficiales de baja graduación. La verticalidad y la diferencia de clases es una regla tan sagrada como arbitraria de la institución militar. "A pesar de ser un loco de la guerra, Menéndez era muy sociable". Giamberardino no lo dice despectivamente, sino con profundo cariño. Es su manera de definirlo, una metáfora simpática. Y para que se entienda lo que quiere decir, lo compara con otro oficial, todavía más importante que Luciano, que también pasó por el III Cuerpo: "Videla estuvo acá en el 70, con López Aufranc. Era coronel. El recuerdo que tengo de él es que era un cura, un tipo sanísimo, que nunca alzaba la voz, muy respetuoso. Un oficial de oficina, pero muy inteligente, muy culto. En cambio Menéndez era todo lo contrario, un tipo ca-

lentón, impulsivo, de agallas. No le gustaban los papeles, era un tipo de fibra, de acción".

Desde su puesto de segundo comandante del III Cuerpo que ocupaba desde diciembre del 76 y entregaría el mismo mes de 77, el general Santiago no recuerda ninguna anécdota puntual sobre su jefe fuera de servicio, pero no porque no hubieran ocurrido, sino porque el paso de los años hace mella en su memoria: "No recuerdo lo de los asados, y eso que vivíamos juntos, porque los fondos de nuestras casas en el barrio militar eran comunes, éramos vecinos".

Sin embargo, de lo que no se olvida su entrañable camarada era que además de sociable y comunicativo, Menéndez era "muy ocurrente" y "gracioso".

—A qué se refiere con "ocurrente", general. Cuesta imaginarse al general Menéndez como una persona "graciosa".

—Al contrario, es un tipo que cuando vos sos amigo, y estás con él en una reunión social, tiene ocurrencias y es muy gracioso para contar cuentos. Además, sabe muchos.

—¿Menéndez humorista?

—Sí, él es un tipo alegre en el buen sentido de la palabra, no es un tipo seco, al revés, en una reunión siempre está de bromista, cargando a los otros. Con la señora de él es muy ocurrente, tiene una chispa española, la ocurrencia que dicen tienen los españoles para contar cuentos, y eso que Luciano es de la tercera generación de los que vinieron a la Argentina.

Aunque el sueño de ser comandante en jefe lo desvelaba desde sus años del Colegio Militar, al finalizar el segundo año del *Proceso* había otro que lo obsesionaba tanto o más que la posibilidad de liderar el Ejército: ganarse a esa inmensa masa silenciosa que durante el 76 había tolerado la represión ilegal, y en el 77 disfrutaba la paz y el orden que garantizaba el gobierno de las fuerzas armadas. Para lograr ese objetivo, mucho más complejo y sutil que secuestrar, torturar y desaparecer, se trazó una rutina que muy pocos estaban en condiciones de igualar: su rostro aguerrido y serio, su voz latosa pero firme, y su mirada fulminante sobrevolaban cada rincón de su territorio.

Lejos del "bromista" que entretenía a sus camaradas en la intimidad del poder, en actos civiles o militares miles de ciudadanos escuchaban los análisis histórico-políticos del comandante, y no había una sola autoridad que no se achicara ante su presencia, siempre estoica y avasallante. Sus palabras y sentencias rugían en cada esquina de la ciudad, en cada rincón de la provincia, en cada cuartel de su inmensa jurisdicción. Hasta en los pasillos de la universidad será oída su prédica.

El Pabellón Argentina de la Ciudad Universitaria rebalsaba de gente. Empresarios, trabajadores, académicos, alumnos, sacerdotes, y hasta prisioneros de La Perla llevados a la fuerza, colmaban el aula magna para escuchar a quien muchos imaginaban el sucesor de Videla. Varios de los ahí presentes solían almorzar con el general en el comedor del III Cuerpo. Cuando los mil doscientos asistentes terminaron de aplaudir, Luciano Benjamín Menéndez se puso de pie, subió los seis escalones que lo llevaban al escenario y empezó una disertación que duraría tres horas.

Bajo el título de *"Lucha contra la subversión, su accionar en los ámbitos cívicos y responsabilidades de los ciudadanos"*, el hombre más poderoso de la comarca arrancó su discurso endulzando los oídos del público que terminaría adoptándolo como un hijo más: "Como comandante del III Cuerpo es un gran honor poder dirigirme a tan selecta concurrencia, que tiene un espectro tan amplio en el quehacer de la provincia, para informarles sobre la lucha contra la subversión. Esta lucha ha permitido destacar dos cosas fundamentales. Por un lado, que el soldado argentino de 1975, 1976 y 1977 conserva las mismas virtudes de los viejos soldados que nacieron con la patria en 1810. El ejército de hoy es el mismo que a lo largo de la historia aplastó a cuanto adversario se atrevió a pisar el ámbito nacional. Y por el otro, aspecto digno de resaltar porque tiene una significación mayor, de que nuestro pueblo sigue siendo libre, altivo, independiente. Autor de la libertad que como ayer selló la libertad del continente, hoy se ha opuesto formalmente a instalar en nuestro país una dictadura sangrienta e importada, que además de esclavizar a los argentinos, nos obligue a seguir los dictados del imperialismo comunista" (Los Principios, 25/10/77, pág. 2).

De la misma manera que dos años antes había pedido colaboración al pueblo para delatar a la militancia revolucionaria, armada o desarmada, Menéndez advertía a ese mismo sujeto social que ahora le tocaba actuar a ellos: "Los resultados militares son excelentes y está en camino de lograrse la victoria. Pero debe ganarse la paz, y para ello debemos trabajar todos, civiles y militares, porque la subversión ha logrado infiltrar las estructuras de la ciudadanía: la familia, el club, la fábrica, la escuela, etcétera. La subversión estará derrotada cuando ambos caminos para la conquista del poder estén cerrados, el armado y el repudio unánime de nuestro pueblo" (Idem. Ant).

Como integrante de la casta que dirigía los destinos nacionales, Menéndez estaba preocupado por los más de cien conflictos sindicales que se registraron durante ese año a nivel nacional, a pesar de que no existían ya los gremios combativos o de izquierda, porque todos sus cuadros habían sido asesinados, estaban presos o desaparecidos. Para frenar el descontento popular, el jefe del III Cuerpo se dirigió a los empleadores que lo escuchaban sentados y les pidió, para el asombro de muchos, más generosidad en el reparto de utilidades: "Hay que ganar menos y distribuir más, crear más riquezas mediante el incremento de la producción, y reinvertir las ganancias para crear más y mejores fuente de trabajo" (Idem. Ant). Ninguno de sus dóciles oyentes dijo nada ese día, pero es seguro que más de uno se quedó con la boca abierta. Quien todavía creía que Martínez de Hoz era un patriota, pedía a los empresarios que se comportaran como lo que nunca habían sido: una burguesía nacional comprometida en el fortalecimiento del mercado interno y el bienestar de sus trabajadores, dos de los pilares que "Joe" y su equipo habían liquidado apenas asumieron las riendas económicas, cuando congelaron los salarios con el fin de disminuir el consumo masivo y frenar la inflación. El modelo de un mercado interno fuerte y redistributivo, que solo el peronismo —con excepción del último año de Isabel— había practicado, era el que el *Proceso de Reorganización Nacional* venía desmontando desde abril del 76 con el apoyo de los civiles y militares que, como Menéndez, acusaban a la ecuación de "populista" y "demagógica".

Es más, pocos meses antes de ese discurso en la Sala de las Américas, Martínez de Hoz había logrado una de las principales

herramientas de la ortodoxia liberal de ese momento, en auge a partir del ascenso de la Escuela de Chicago que conducía Milton Friedman, y que en la Argentina propagandizaba Friedrich Von Hayek[171]: la sanción de la "Ley de Entidades Financieras". Un instrumento que desreguló completamente la actividad bancaria y financiera, con el objetivo de atraer inversiones extranjeras que vendrían al país tentados por el aumento desmesurado de la tasa de interés. Cosa que finalmente ocurrió, aunque no para invertir en producción y desarrollo, como pedía el comandante del III Cuerpo, sino para que los capitales especulativos embolsaran millones en un abrir y cerrar de ojos, sin ningún beneficio duradero para el país.

Que Menéndez reclamara a los empresarios reinvertir sus utilidades, mientras el jefe de la economía nacional inauguraba la "patria financiera" era, por lo menos, contradictorio. Los más ingenuos podían pensar que se debía a su ignorancia en materia económica, y que simplificaba situaciones mucho más complejas. Para los que conocían al dedillo la interna militar, ese día Menéndez insinuó su primera crítica al plan de Martínez de Hoz, que él luego destrozaría por sus nefastas consecuencias en la estructura productiva e industrial de la Argentina. Los hechos de 1979 dan que pensar que se trató de la segunda alternativa.

Para el líder militar, no solo los empresarios debían poner el lomo para derrotar a la "subversión". Los trabajadores también: "Tienen que dialogar con los empleadores, no afectar la producción con huelgas, paros, trabajos a desgano, producir más, pues mal se puede repartir riquezas que no existen, respetar jerarquías, denunciar a los agitadores y sacrificarse más para salir de la situación heredada" (Idem. Ant).

En lo que tranquilamente podría considerarse su manifiesto político, el jefe del III Cuerpo dejó de lado la economía para zambullirse en lo que más le preocupaba, la educación: "A los educadores les digo que deben exaltar el orgullo por la gloriosa historia

171 Premio Nobel de Economía, Von Hayek era un teórico del liberalismo sin límites estatales, un propagandista del capitalismo financiero y endiosador del mercado, que se entrevistó con Videla en noviembre del '77. Crítico de Adam Smith, Keynes y el estatismo comunista, tenía como principales seguidores en la Argentina a Martínez de Hoz, Walter Kleim, Alvaro Alsogaray y Alberto Benegas Lynch. (Seoane-Muleiro, 2001:332).

nacional y por nuestras riquezas morales y materiales. Hay que enrolarse en la causa de la patria, actuando coordinadamente y espontáneamente con el ejército nacional, aportando y aceptando cooperación, desenmascarando a los delincuentes subversivos que tras el disfraz de profesor o alumno desarrollan propaganda o acción subversiva y a tener conciencia de estar formando futuros dirigentes argentinos" (Idem. Ant). Del otro lado del escritorio los alumnos debían "amar a Dios, vivir de su mandamiento, como así también del amor, respeto y confianza a los padres" (Idem. Ant). O sea: "Dios, Patria y Hogar". "Los educandos tienen que amar los símbolos y defender la patria jurando hacerlo a cualquier precio", dijo solemne, antes de pedirles, como a sus maestros, que también hicieran inteligencia: "Deben señalar a la delincuencia subversiva, para que estos no vuelvan a surgir. Cada uno desde su rol para poder combatir la subversión" (idem. Ant).

La onda expansiva que produjeron sus palabras retumbó hasta el infinito. Sintetizaban el poder omnímodo que movilizaba a esa elite militar en la que Menéndez descollaba, y describía a la perfección el objetivo profundo del proyecto político autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional:* inocular el terror en la médula de cada argentino. Llegar con el cuchillo hasta el hueso del cuerpo social. No dejar a nadie afuera de la argentina católica, occidental y capitalista, porque aquel que se atreviera a salirse de ese paradigma, no viviría para contarlo.

Con el apoyo de Arturo Illia, que por esos días estaba radicado en Carlos Paz, el 19 de noviembre de 1977 los estudiantes reorganizaron la Federación Universitaria Argentina. Ante la total prohibición del régimen militar de hacer política partidaria, los jóvenes se cubrían en el caparazón del ex presidente para organizar pequeñas reuniones políticas clandestinas y, junto al "viejo", "caminar" la provincia. Una noche de noviembre, pocos días antes de que Videla, Menéndez y el generalato empezaran a leer el primer plan político elaborado por el equipo de Villarreal y Yofre —diseñado para competir con el de Díaz Bessone—, varias decenas de estudiantes comunistas, socialistas, radicales, del PCR y del FIP se juntaron en secreto en una casona de la capital de Córdoba. El objetivo: analizar la situación del movimiento estudiantil, y desig-

nar a un representante para que viajara a la Unión Internacional de Estudiantes y empezara una campaña de denuncias por violaciones a los derechos humanos en la Argentina. Momentos después de la votación que eligió a Carlos Vicente como delegado, una patrulla de la policía y la IV Brigada Aerotransportada del Ejército allanó la casa y detuvo a ochenta y tres "subversivos", quienes fueron trasladados al Cabildo, sede de la policía, y pocas horas después depositados en la seccional 10, en la avenida Vélez Sársfield, donde funcionaba Inteligencia.

Tirados en un sótano poco amigable, los jóvenes fueron maltratados durante varios días, aunque ninguno fue torturado. Ni bien se enteró del allanamiento, Illia empezó las negociaciones para liberarlos. El peso que tenía en el radicalismo, el único partido nacional con credencial para entrar a la Casa Rosada y al Comando del III Cuerpo sin filtros, y el respeto que Menéndez tenía por el dirigente oriundo de Pergamino, hicieron que los jóvenes fueran finalmente liberados. Sin embargo, Illia no pudo evitar el procesamiento de sus jóvenes seguidores, quienes fueron acusados de violar la ley 21.323, que prohibía las reuniones políticas, y quedaron a disposición del Juzgado Federal número 1[172]. Lo que sí pudo lograr el ex presidente, que movió cielo y tierra ante el jefe del III Cuerpo, fue que la justicia cambiara la carátula de la causa, confirmando el trabajo mancomunado que Menéndez y los magistrados llevaban a cabo en la "lucha antisubversiva". Vicente fue uno de los ochenta detenidos de aquella noche, y no duda en afirmar que fueron las relaciones políticas de varios de los procesados la que los salvó de terminar en la cárcel de San Martín: "Entre otros estaban el gordo Becerra[173], Miguel Martínez García y otros dirigentes radicales con apellidos de peso en el partido cordobés" (entrevista con Vicente, 2006). El entrevistado también recordó que el jefe del operativo de aquella noche del 19 de noviembre era Rocha, "cuyo grupo siempre funcionó con Menéndez. Después, en el 87, La Voz del Interior publicó que este tipo había sido jefe de seguridad de Telecom" (Idem. Ant).

172 Luego de años todos los imputados fueron sobreseídos por la justicia.

173 Integrante del *Movimiento de Renovación y Cambio*, Carlos Becerra fue presidente del Comité Nacional de la UCR, y funcionario de Alfonsín.

El ejército salvador

Como un anuncio de lo que sucedería al año siguiente del otro lado de la Cordillera y dentro del Ejército, el 23 de noviembre San Juan y buena parte del país temblaron. Durante 55 segundos, con una intensidad de 7,4 grados en la escala de Richter, el terremoto de Caucete convirtió a la región cuyana en la capital política del país por unos días.

Como todos los medios nacionales, Canal 12 de Córdoba envió a un equipo periodístico a registrar lo que pasaba en una de las diez provincias que controlaba Menéndez. Luego de tres días de filmar casas destruidas, rutas partidas al medio y entrevistar a las víctimas del desastre, Gustavo Tobi y su camarógrafo regresaron a Córdoba. Pero lejos de felicitarlos por la tarea desarrollada, la redacción los recibió con caras largas y un silencio atroz:

—Che, qué pasa, ¿hubo algún problema con el material que mandamos?

—Sí que lo hubo, Pavo, no sabés, se armó un quilombo con el comando del III Cuerpo —le respondió un compañero.

—Por qué, qué pasó.

—No filmaste a los milicos, a los soldados ayudando a la gente —respondió el jefe de Noticias.

Enfurecido, Tobi se fue a hablar con el gerente del canal, para explicarle que no había encontrado soldados ayudando mientras había estado en San Juan:

—El único era uno con un jeep, sacando los escombros, y está filmado, es lo que pasamos al aire. Fue el único soldado que yo vi en todo Caucete —se quejó Tobi ante su jefe.

—Bueno, no te preocupes, ya voy a hablar con el general, pero tenés que volver, le devolvió sin anestesia el gerente a su cronista estrella.

Sin ninguna posibilidad de discutir la orden, Tobi, que había llegado a las seis de la tarde a Córdoba, partió rumbo a San Juan a las nueve de la noche en un avión de la Fuerza Aérea. "Mientras yo iba de viaje, el gerente y Menéndez hablaron", contó Tobi en la confitería *Los Cubanitos*, a tres cuadras de Canal 12, una tarde de 2008. Las instrucciones eran precisas: filmar las carpas y los colchones que el Ejército mandaba a la gente de Caucete.

Aunque llegaron de noche, Tobi y su camarógrafo empezaron a registrar la ayuda militar. Cuando al día siguiente volvieron a salir para hacer más tomas, se toparon con quien había cuestionado su trabajo, que apenas lo identificó por su tamaño, se lo recordó:

—Periodista alto, venga —ordenó Menéndez.

—Cómo le va, general, qué pasa —respondió Tobi.

—No me ha filmado ningún soldadito.

—Yo no sé si anoche el gerente del canal habló con usted, señor, pero yo no filmé ningún soldado porque no estaban. Yo tengo la costumbre de mostrar exactamente las cosas tal cual suceden, no oculto nada, y menos en una desgracia como esta. Pero ellos no estaban, general, es así de claro.

Menéndez se quedó duro con la respuesta, no estaba acostumbrado a que lo trataran así. Se despidieron y cada uno se abocó a lo suyo: el cronista del 12 a filmar el grito de la naturaleza, y el comandante a inspeccionar con su jeep el estado de una ciudad en ruinas. En una de sus tantas paradas para confirmar los daños producidos por el terremoto, apareció el general Maradona, comandante de la VIII Brigada de Montaña de Mendoza, que Menéndez llamó en un tono nada amigable:

—¡Maradona, venga para acá!, tiene razón el periodista alto, los soldaditos no están por ninguna parte, ¡estamos quedando como el culo!

Tobi no se olvida de aquella reprimenda, que mostró el carácter del jefe regional: "Lo cagó a pedos delante de todo el mundo. Fue una muestra de quién era el famoso "Cachorro". Encima, al otro día venía Videla a recorrer San Juan. No sé de dónde sacaron a los milicos, pero los pusieron a laburar. Igual, poco y nada podían hacer, porque las casas estaban todas destruidas, en el piso, y la gente muerta, un desastre[174]" (Entrevista con Tobi, 2007).

El día 26 Menéndez voló a Buenos Aires para una reunión convocada por Videla, que acababa de regresar de San Juan. En la capital argentina el jefe del III Cuerpo escuchó a su comandante-presidente hablar de una "democracia fuerte y pluralista". Era la

174 Causó 70 muertos, 300 heridos, y sacudones en casi dos millones de kilómetros cuadrados, inclusive en Capital Federal.

traducción del plan Villarreal-Yofre, que proponía la apertura democrática en 1983 como último plazo. Sin embargo, previo a eso, la política debía ir saliendo del freezer, una música que sonaba agradable a los oídos del tándem Videla-Viola, pero con muchas interferencias en Luciano Benjamín.

Para ir derritiendo el glaciar que era la Argentina del momento, el plan proponía reformar la ley de partidos políticos en 1979, levantar la veda política en 1980, convocar en el 81 a una Asamblea Constituyente, un año después a elecciones municipales y provinciales, y culminar con una elección nacional en 1982 para que el nuevo gobierno "democrático" asumiera en mayo del 83 (Seoane-Muleiro, 2001).

Un mes antes de que terminara 1977, Menéndez veía con desconfianza el proyecto elaborado por el equipo de la subsecretaría de la Presidencia. Igual, le parecía más sensato que el que Díaz Bessone promovía sin mucho éxito entre sus camaradas, porque imaginaba a los militares en el poder hasta el año 2000, con el Ejército conduciendo un megaestado. Un esquema de poder que no encajaba en el imaginario de quien defendía la libertad de mercado como sistema económico, proponía la formación de nuevos dirigentes políticos para la administración pública, y veía a las Fuerzas Armadas como custodias de un modelo anglosajón. "Menéndez, en su ideología y temperamento, no era un derechista, prusiano, no tenía ninguna simpatía por el ejército alemán", dice Pellanda en 2006, antes de explicar por qué al comandante no lo entusiasmaba la propuesta de Díaz Bessone. "Él reconocía el movimiento histórico francés, reivindicaba al ejército dentro de la constitución", completa quien entregó el mando de Córdoba al radical Angeloz en 1983.

El 7 de diciembre del 77, mientras la herencia del *Proceso* se discutía puertas adentro de la cúpula militar, Videla y Pinochet tuvieron el primer contacto telefónico por el conflicto del Beagle. Con la Argentina a punto de organizar su primer Mundial de fútbol, nadie imaginaba ni quería un conflicto armado con el país vecino. Pero, por las dudas, quien acababa de ser confirmado por Videla como jefe del III Cuerpo, iba sacándole el filo a su cuchillo. Desde muy chiquito, en las sobremesas familiares, había escuchado que los chilenos no son de fiar. Y menos que menos cuando hay tierra de por medio.

Capítulo 10
El olimpo

Con un grabador como único testigo del crucial encuentro, Videla y Pinochet hablaban, garabateaban mapas sobre las diferencias limítrofes e intentaban acercamientos de posturas totalmente enfrentadas. Afuera de la oficina, Menéndez masticaba bronca junto a otros generales esperando un resultado que, salvo el dictador argentino, ninguno creía exitoso para los intereses nacionales.

La tensión cortaba el aire cordillerano. La base aérea de El Plumerillo, en Mendoza, era el centro del universo para el gobierno militar, y especialmente para el comandante del III Cuerpo, que viajó de Córdoba a la provincia cuyana para esa cumbre determinante en el futuro del Cono Sur. "Lo que se discute aquí no es si valen o no la pena tres o cuatro islas o dos o tres islotes ásperos y helados. Lo que está en juego es el patrimonio de las tierras que generan derechos sobre el Atlántico Sur y sobre la Antártida", repetía convencido y con visión estratégica Luciano Benjamín a sus camaradas, que rezaban para que Videla convenciera a Pinochet de negociar un acuerdo entre los dos países sin intervención de ningún otro actor internacional.

Luego de varios intentos fallidos de la diplomacia y enviados especiales para lograr un acercamiento, los dos dictadores estaban cara a cara para limar asperezas históricas, y buscar una salida consensuada al pantano del canal del Beagle. En su carácter de jefe de la Zona de Defensa III, que comprendía a la provincia de Mendoza, Menéndez había sido parte de la comisión anfitriona que recibió al tirano trasandino cuando descendió del avión, y uno de los jefes que caminaba la base aérea a la espera de un acuerdo que detuviera los aprestos bélicos de un conflicto que arrastraba

cien años[175], y que tenía en él a uno de sus principales impulsores. "Acá la disyuntiva no es la paz o la guerra. El dilema es obtener lo que es nuestro o regalarlo graciosamente", insistía el general, cuya paciencia había entrado también en la cuenta regresiva.

Pesaban en su actitud intransigente razones políticas, sí, porque Chile le había arrebatado a la Argentina miles de kilómetros cuadrados a partir de una ocupación silenciosa y estrategia hormiga durante décadas[176], pero también influían motivos personales. Toda su familia era visceralmente antichilena, y él llevaba en la sangre esa marca de fábrica. "Sí, viene del padre, de nuestro abuelo Benjamín y de nuestro tío abuelo Nicolás", dice Mario Benjamín, quien tampoco simpatiza con los chilenos, y menos que menos con quien en aquellos años gobernaba ese país.

En diciembre del 2007, casi treinta años después de los preparativos de una guerra que parecía inevitable en 1978, el ex gobernador de Malvinas contó los motivos personales que movilizaron a su primo a invadir Chile: "Nuestro tío abuelo Nicolás, este que le mencionaba antes, trabajó mucho tiempo en el tema. Yo no sé si existiría un servicio de inteligencia tan organizado como ahora, pero este Nicolás era famoso porque para verificar pasos y actividades chilenas, asumía el papel y el disfraz de arriero en la Cordillera, y eso lo enfermó gravemente, por eso tuvo que pedir el retiro. Y mi abuelo Benjamín fue de los predecesores de la actual Gendarmería, porque en un tiempo estaba el ejército de línea y un segundo ejército que se llamaba "vigilantes de fronteras". Él era guardia nacional y llegó a teniente coronel. Después tuvo que retirarse por razones de salud y murió joven. Entonces, todos estos antecedentes son los que hacen que en la familia se vaya mamando un sentimiento antichileno, que eclosionaron a partir del laudo arbitral".

175 El primer tratado limítrofe entre ambos países se firmó en 1881, en la presidencia de Julio Argentino Roca. Sin embargo, su contenido era muy difuso y se prestó a todo tipo de arbitrariedades, sobre todo de los chilenos.

176 Chile nació con 250 mil kilómetros cuadrados y hoy tiene 750 mil, de los cuales le ha arrebatado a la Argentina 174 mil. Esto gracias a cinco arbitrajes favorables (tres con la Argentina) pero, sobre todo, a una política de actos posesorios llevada a cabo en estos dos siglos por todos sus gobiernos, consistente en avanzar, posicionarse y crear después el problema político y/o jurídico, siempre pretendiendo más para después conseguir algo aunque fuera lo menos. (Passarelli, 1998: 57).

—Pero también usted menciona a su tío, el padre de Luciano, como promotor de ese sentimiento, ¿por qué motivos?

—Porque su papá, José María, fue como ayudante de Varela a Santa Cruz y se volvió a Buenos Aires con una animadversión por los chilenos. Decía que ellos habían apoyado el levantamiento obrero porque le tenían un hambre terrible a la Patagonia.

—¿Entonces de ahí viene lo antichileno de su primo?

—Claro, porque además ellos son un país expansionista. Lo mismo nos pasó con Laguna del Desierto, que hubo un gran alboroto en el 75 porque la patrulla de gendarmería encontró chilenos. Siempre los hitos de la frontera o los límites son móviles para ellos. La tierra, los hielos, se mueven permanentemente. En el tema de los Hielos Continentales trabajamos con el ministerio de Relaciones Exteriores para marcar tres o cuatro puntos que permitieran una referencia, y al final siempre regalamos porque no sabemos qué hacer con lo nuestro. Pero ojo, porque a Chile hay que tomarlo muy en serio. Ya lo dice su escudo: "por la razón o por la fuerza", y ellos lo creen fervientemente.

—Viejo zorro Pinochet, ¿no?

—¡Uff, terrible! yo no lo soportaba. Fuimos traicionados por alguien que se dice hermano. Creo que mi primo en eso es mucho más drástico, más agresivo. Argentina es un país amante de la paz, pero no a cualquier precio, menos cuando se trata de su territorio. Luciano decía algo en lo que acuerdo totalmente: "Nunca la paz sin honor".

—¿Y en la actitud belicosa de él en el 78, cree que pesó lo personal o fue pura geopolítica?

—No, no, esa actitud antichilena se basa en un conocimiento histórico familiar, que usted va mamando y llega un momento que se le hace carne. En mi caso estaba morigerada porque mi padre era médico, muy democrático y me educó así, con una perspectiva diferente sobre el país.

—¿Son dos lógicas bien distintas la militar y la civil?

—En una época del país se mezclaban, ahí están los ejemplos de Sarmiento, Pellegrini, que estuvo en la Guerra del Pacífico, el ministro de él, Alsina, que a lo mejor se equivocó en su estrategia contra el indio, pero dijo: "Hay que parar a la indiada y hacer

esto y esto...", y en lo que podía le daba a las fuerzas militares. Por supuesto después aparece Roca, que fue un gran presidente, y hubo una simbiosis que se empezó a separar. Cuándo y por qué, es motivo de investigación y opinión. Porque si hubiera sido en estos tiempos, ahora, no sé si hubiera habido un Yrigoyen que mandara a Varela al sur a solucionar el conflicto a como dé lugar.

El cóctel que en el 2007 cuenta Mario Benjamín resultaba explosivo en 1978, porque fermentaban en el otro Benjamín de la familia tres aspectos nada amistosos: la herencia paterna, con un abuelo y un tío abuelo que habían patrullado las fronteras y custodiado el territorio nacional a fines del siglo XIX y principios del XX, el resultado de un laudo arbitral internacional que le había dado a Chile más de lo que había reclamado, y la impunidad que embriagaba de poder a quienes conducían los destinos argentinos en ese momento. Por eso, aunque en enero del 78 no podía expresarlo públicamente por razones diplomáticas, el comandante del III Cuerpo no creía una palabra de lo que podía ofrecer Pinochet ese día frente a Videla en el Plumerillo. Casi ningún militar argentino confiaba en quien había escrito un libro sobre las diferencias limítrofes que Luciano consideraba "irrisorio, que no merece ningún análisis serio". Los jerarcas nacionales consideraban al chileno un líder autoritario y demagógico, que encima llegaba a ese encuentro envalentonado por una posición claramente favorable desde el punto de vista jurídico internacional, y con todo el apoyo interno, algo de lo que carecía el gobierno argentino.

El 12 de diciembre del 2006, dos días después de que "Pinocho" abandonara este mundo, Videla recordó para este libro aquel primer tanteo con su colega chileno, que poco y nada aportaría a bajar los decibeles de Menéndez y Suárez Mason, los comandantes más fanáticos del Ejército, y de Massera, quien a principios de enero había marchado al mar austral para dirigir una serie de ejercicios con casi toda la flota argentina: "Como Chile había resultado ampliamente beneficiada por el fallo arbitral, lo único que aceptó Pinochet sobre el tema fue un encuentro privado entre presidentes. O sea, entre él y yo. Ahí fue que nos reunimos en la base de Plumerillo, donde estuvimos tres horas a solas charlando del tema, de nuestras familias y de nuestros gobiernos. Ninguno que-

ría una guerra, por eso quedamos en negociar un acuerdo, que sería el famoso acuerdo de Puerto Montt".

Lo que se dijeron ambos jefes ese 19 de enero de 1978 en Mendoza está grabado, pero nunca salió a la luz por decisión de Videla[177]. Sin embargo, parte de ese encuentro fue reconstruido por el periodista Bruno Passarelli en su libro *El Delirio Armado*, que cuenta los detalles de cómo se gestó y se frenó la guerra entre Argentina y Chile. Citando un libro[178] del ex general Reynaldo Bignone, que en su carácter de secretario general del Ejército acompañó a Videla en el viaje, Passarelli narra algunos pasajes del jugoso diálogo entre Videla y Pinochet:

—¿La Argentina qué me ofrece a cambio de todo esto? —tiró el chileno, que tenía fama de hábil negociador (Passarelli, 1998: 52).

—La paz, ¿le parece poca cosa para nuestros pueblos? —respondió el argentino, con alta dosis de sensatez (Idem. Ant).

Mientras afuera Menéndez y otros oficiales intercambiaban pareceres y hacían cálculos, Pinochet tomó una lapicera, una hoja de papel y comenzó a dibujar un gráfico sobre ella. Según el libro de Passarelli, "era un burdo y aproximativo esquicio de la zona marítima en discusión, muy parecido al trazado de la mencionada "línea Torti", que sus mismos colaboradores habían rechazado cuando este enviado argentino se la presentó a Pinochet en Santiago, aunque con claras mejorías para los intereses chilenos" (Idem. Ant). Cuando el verdugo de Salvador Allende apoyó el lápiz sobre la isla Barnevelt y no sobre la Hornos, el límite aceptado por Argentina, Videla intervino nuevamente:

—Doble ahora hacia el oeste, señor presidente, hasta el Cabo de Hornos.

—Si yo le hago caso a usted, cuando vuelvo a Santiago me derrocan, respondió Pinochet con una sonrisa pícara, tan característica en él (Idem. Ant).

---

177 En la primera entrevista realizada en su departamento de Belgrano el 12 de diciembre de 2006, Videla confesó que todo ese material está grabado y que forma parte de un libro que él escribió junto a varios de los funcionarios que lo acompañaron en sus años de gloria. Ante mi pedido de leer el material, su autor se negó aduciendo que la situación política del país no lo permitía, y que seguramente iba a ser un "libro póstumo".

178 *El último de facto*, editorial Planeta, 1992, páginas 45-57.

Aunque ese garabato cartográfico que fue firmado por duplicado nunca tendría valor legal ni jurídico, se parecería mucho a la propuesta papal que se negociaría años después, y que Menéndez rechazó de plano apenas Juan Pablo II la dio a conocer, el 12 de diciembre de 1980. "El gran macho de la baraja se amparó en lo que dijeron los otros, no fue capaz de hacer lo que le prometió a Videla en su encuentro personal", disparó Mario Benjamín contra Pinochet treinta años después de aquel encuentro en El Plumerillo.

Antes de despedirse, Videla le comunicó a su par chileno que apenas regresara a Buenos Aires, su gobierno declararía nulo el laudo. Así fue. El 25 de enero, el canciller Montes explicó al pueblo argentino por qué se desconocía el fallo, ratificaba la plena soberanía en el Atlántico Sur y afirmaba por cadena nacional por qué no se entregarían las islas Lenox, Picton y Nueva: "Por los errores jurídicos que contiene y por las arbitrariedades manifiestas en las que, a favor de Chile, incurre el fallo, la Argentina lo considera un acto antijurídico, nulo de nulidad absoluta, que ningún gobierno del mundo, por los errores y excesos que contiene, podría aceptar" (Passarelli, 1998: 53).

En la entrevista veraniega del 2006, Videla defendió su reacción de Mendoza ante Pinochet no porque Menéndez y los sectores más duros del Ejército lo indujeran, sino porque el fallo internacional le había dado a Chile mucho más de lo que Chile había reclamado: "Para nosotros aceptar el laudo era insostenible, porque creíamos injusto el fallo. Fue un problema que heredamos de arriba y queríamos encontrar la mejor salida para Argentina".

Esa "salida" era, para Videla, un desafío diplomático. Para su amigo Menéndez, la oportunidad de una venganza histórica contra los "chilotes"[179] expansionistas ,que tres años después, ya fuera del ejército pero no de la política, justificaría en clave militar: "Yo creo como decía Clausewitz que la guerra es la continuación de la política por otros medios. La guerra es la última razón. Hay que agotar los otros medios, sin duda, para hacer valer y respetar los propios derechos. Pero eso sí: hay que hacerlos valer y respe-

179 Expresión despectiva que en la Argentina se utiliza para descalificar a los chilenos.

tar. Y para ello hay que terminar con esta vieja costumbre chilena con la energía que sea menester" (Montenegro, 1981: 17 y 18).

El mismo día que Argentina rechazó oficialmente el laudo arbitral, Luciano Benjamín partió rumbo a la cancha a ver la final del Torneo Nacional entre Talleres e Independiente. Córdoba era una fiesta, y Menéndez no se sentía ajeno a ese momento de gloria deportiva. Un equipo del interior que él representaba y defendía en un esquema de poder feudal contra el centralismo de Buenos Aires, era sensación del fútbol argentino, y la selección de Menotti era la confirmación de ese gran momento: cuatro jugadores de Talleres eran parte del equipo nacional[180] y serían campeones del mundo pocos meses después en el estadio de River, con Videla, Massera y Agosti gritando como locos los goles de Kempes y Bertoni.

Por eso, esa hermosa noche de verano en la cancha de Barrio Jardín, el palco de autoridades era digno del momento que vivía el país: junto al mismísimo "Cachorro" estaban su segundo en el III Cuerpo, general Jorge Maradona, el gobernador de la provincia, general Carlos Bernardo Chasseing, el intendente de la ciudad, coronel Héctor Romanutti, y el jefe de la guarnición aérea, Brigadier Romero.

Como cuenta el periodista Mariano Saravia en su libro *La Sombra Azul*, Amadeo Nuccetelli, presidente del club por esos años, admitió en una entrevista para el diario La Voz del Interior, del 20 de enero del 2003, que "en el Tercer Cuerpo respaldaban a Talleres. Ellos veían con buenos ojos y les convenía que Talleres equiparara el poderío deportivo porteño" (Saravia, 2005: 133). Con total franqueza, Nuccetelli contó en esa nota que era común ver a los jefes castrenses siguiendo a ese memorable equipo cordobés: "Aunque siempre iban a la cancha, aquella noche el palco albiazul parecía el de un 9 de Julio por tantos militares a la vista" (Idem. Ant).

Sin embargo, la euforia que envolvía a quien se imaginaba en la tapa de los diarios festejando junto al campeón, quedó sepul-

180 Daniel "la Rana" Valencia, Luis Galván, Miguel Angel la "Cata" Oviedo y Héctor "Chocolate" Baley se consagraron campeones del mundo luego de la victoria sobre Holanda por 3 a 1.

tada por la magia del fútbol: a cinco minutos del final, con Talleres ganando 2 a 1 —en la ida habían empatado 1 a 1— Biondi y Bertoni armaron una pared que terminó en centro para Bochini, cuya incipiente pelada anticipó al arquero Gibaudo para empujar la pelota hacia el fondo de la red. Era el 2 a 2 y el campeonato, porque los goles de visitante valían doble. El partido terminó con el equipo de Pastoriza dando la vuelta olímpica ante la mirada congelada de decenas de miles de cordobeses, y la amargura de quien se creía el portavoz político de esa patriada deportiva. Que, encima, por esas cosas del destino, caía derrotado por los "rojos" de Avellaneda.

Todos con la celeste y blanca

Controlado el escenario interno a pesar de las disputas en el Ejército y la Armada, el desafío para 1978 de Menéndez y el gobierno del *Proceso* era el frente externo, para nada alentador. Ahí nomás estaba el conflicto del Beagle con un país hipernacionalista y expansionista, a mitad de año la Argentina organizaba su primer campeonato mundial de fútbol y las denuncias internacionales por la violación de los derechos humanos cobraban vuelo desde dos lugares fundamentales: los exiliados argentinos en Europa, que lograban el apoyo de importantes figuras mundiales[181], y el gobierno norteamericano de Jimmy Carter, que no dejaba de presionar al régimen militar a través de Patricia Derian, subsecretaria de Derechos Humanos de la embajada en Buenos Aires, y Ted Harris, un colaborador suyo.

Conscientes de que el enemigo no habitaba ya el suelo argentino, porque todos habían sido exterminados, los caciques militares pusieron en marcha el plan amor a la patria. Aunque nadie en el país se animaba a cuestionarlo, el objetivo era claro: rescatar ese nacionalismo escondido del "ser argentino", que aflora con vehemencia cuando alguien se atreve a cuestionar aspectos del país o de sus habitantes, o la amenaza se ubica fuera de los límites territoriales.

La primera puesta en escena de esa monumental acción psicológica que Menéndez sintetizaba en su pose siempre triunfal,

181 Francois Mitterrand, Jean Paul Sartre, Gabriel García Márquez, Joan Manuel Serrat, entre otros.

fue perfectamente planificada. Tenía un alto contenido simbólico: el 9 de febrero, él, Videla y varios ministros del gabinete nacional viajaron a Tucumán para conmemorar junto al gobernador Bussi el tercer aniversario del *Operativo Independencia*, y decretar la derrota armada de la "subversión apátrida" en el noroeste argentino.

Allí los generales realizaron una impresionante demostración de fuerza con miles de personas vivando en las calles de la ciudad a los militares torturadores. No era casual la parafernalia montada frente a la Casa de Gobierno, donde Menéndez, Bussi y Videla ocupaban el primer plano de una foto ampliamente difundida en el país. Menéndez y compañía festejaban su triunfo: estar "refundando" junto al pueblo la patria militar, occidental y cristiana, que enterraría para siempre las raíces revolucionarias que habían germinado en esa tierra de cañeros y obreros del azúcar.

Diez días después del que había sido el primer capítulo de la película que buscaba convencer a los argentinos de que éramos los más nacionalistas del mundo, el jefe del III Cuerpo citó a los periodistas para que reflejaran el poderío del Ejército argentino. Como era costumbre, los cronistas cumplieron sus deseos: "Exitoso aerolanzamiento se realizó en la IV Brigada de Infantería Aerotransportada. Un avión Hércules fue el encargado de recibir la carga que luego lanzaría al espacio", publicó el diario *Los Principios* el 20 de febrero. Gustavo Tobi había sido invitado a presenciar esas maniobras, y en la entrevista para este libro confesó que no fueron para nada satisfactorias, a pesar de que sus colegas de la época escribieran lo contrario: "Nos llamaron para cubrir esa maniobra en los campos de la guarnición aérea. La prueba consistía en el lanzamiento de vehículos desde aviones, que caían con paracaídas. Largaron cuatro o cinco, pero se estrellaron contra el piso, porque los paracaídas se abrían mal y se hacían pomada. Entonces, ante semejante fiasco, me llamó Menéndez y me dijo: 'periodista alto, venga, no vaya a mostrar esto por televisión, eh, porque se nos van a cagar de risa los chilenos'".

—¿Él estaba muy atento a eso?

—Claro, él estaba atento, porque el conflicto estaba en ciernes. Ellos, las Fuerzas Armadas argentinas, se estaban preparando para eso.

Al día siguiente de esos ejercicios, Videla aterrizó en Puerto Montt para firmar con Pinochet el acta acuerdo que habían convenido un mes antes en la base de El Plumerillo. Menéndez no fue parte de ese viaje, pero enseguida se enteró de los resultados, que solo sirvieron para abonar su teoría de que las palabras estaban de más en esta historia, y que era hora de que sonara el clarín de la batalla.

En una larga conversación respecto del tema que resquebrajaría su relación con el "mejor comandante que tuve a mi cargo", Videla dijo: "El final de aquel episodio no tuvo nada que ver con lo que habíamos pautado en Mendoza tres meses antes. El acuerdo era la conformación de dos comisiones técnicas que durante ciento ochenta días se iban a encargar de estudiar el tema y la manera de resolverlo sin intervenciones extranjeras. Pero Pinochet se comportó como un pícaro", confiesa, aunque ese día se cuidó de ofender a Pinochet, que acababa de morir.

Sin embargo, lo que el dictador trasandino transmitió aquel 20 de febrero de 1978 en Puerto Montt, alcanzaba y sobraba para confirmar los insultos que en privado le proferían Menéndez y el resto de los líderes procesistas. Pero Videla, que era mucho más estratega de lo que varios de sus camaradas pensaban en ese momento, se bancó aquella mojada de oreja de su colega chileno y el griterío interno de los generales: "Muy astuto, en Puerto Montt, Pinochet se despachó con un encendido discurso político, bien nacionalista, cuando habíamos arreglado que ahí no era ámbito para la política. Iban a ser solo anuncios técnicos, con la intención de descomprimir la tensa situación creada por el laudo, y demostrarle al mundo que podíamos arreglar nuestros asuntos solos, sin mediaciones de nadie".

—¿Usted no había preparado nada?

—No, porque eso era lo que habíamos acordado en Mendoza. Pero Pinochet se largó con una exposición jurídica-política muy sólida, redactada por uno de sus mejores juristas, especialista en derecho internacional. Yo quedé descolocado, patinando en el aire.

—¿Y qué pasó?

—Había tres alternativas: una, retirarse de inmediato, ofendidos por el discurso, con lo cual las cosas empeorarían. Dos, re-

futar esa alocución, cosa que me era imposible debido a que lo de Pinochet era muy sólido desde lo jurídico, y yo no tenía elementos para improvisar algo así. Y la tercera, tragarme el sapo y bancarme las críticas hacia adentro, que fue lo que finalmente decidí. Prefería eso a que todo se fuera al diablo, porque en definitiva, lo que a mí me importaba era la firma de las actas-acuerdo para negociar una salida política.

Pinochet, el "pícaro", había ganado la primera pulseada. Lo de Puerto Montt era, lisa y llanamente, una provocación. Después de ese encuentro la figura del chileno se acrecentó y la de Videla quedó tambaleando, porque Menéndez se sumó al coro de adversarios que lo criticaban por no sumarse a la aventura guerrera. Una situación que exprimió todo lo que pudo Massera, cuyo único punto de unión con el comandante del III Cuerpo era la invasión a Chile que el "débil" y "timorato" de Videla seguía esquivando: "Me fue muy difícil convencer a los comandantes de que aquellos acuerdos eran lo mejor para el país, independientemente de la avivada de Pinochet", reconoció Videla, en paz con su conciencia por haber evitado esa guerra: "Nadie podía pensar que un conflicto armado era la estrategia más inteligente para superar diferencias históricas con Chile", dijo el ex dictador en diciembre del 2006. Necesitaba paz para definir la estructura de poder que lo confirmara como presidente por un nuevo período de tres años, y que nada se descarrilara a pocos meses del Mundial. Suponía que venían tiempos de festejos militares en un país ahogado por el terror. Un terror que empezaba a salir a la luz en la voz de los exiliados en Europa, que aprovechaban la atención que generaba en la prensa internacional la copa del mundo para denunciar el genocidio argentino.

Si bien el acuerdo de Puerto Montt le sirvió al gobierno nacional para descomprimir políticamente la situación con Chile, no lo fue para frenar a Menéndez, quien siguió aceitando su gigantesca maquinaria militar sobre la cordillera de Los Andes, la zona donde se desarrollarían muchos de los probables combates. Aunque no hacía declaraciones altisonantes en contra de nadie, enviaba señales a Buenos Aires y a Santiago. Convencido de su estrategia, el 7 de marzo partió a una mini gira por la región cu-

yana para presenciar varios ejercicios militares, cuya envergadura no pasó desapercibida para los medios que apoyaban su cruzada.

El día 8, acompañado por el comandante de la VIII Brigada de Montaña de Mendoza, general Oscar Saa, observó en San Juan una maniobra que duró cuatro horas y media y de la que participaron siete mil efectivos del Regimiento 22 de infantería de montaña. Aunque sabía que el statu quo con Chile no podía quebrarse hasta después del Mundial, Menéndez iba preparando el terreno político para una invasión, y entrenando la moral de sus hombres para lo que estaba por venir. Por eso, ni bien bajó del helicóptero que lo había trasladado, se detuvo un largo rato a dialogar con oficiales, suboficiales y soldados. Quería conocer cada detalle del plan táctico que él dirigiría en caso de un ataque al país que estaba del otro lado de las montañas. "Fue notable la espectacularidad del operativo de aprestos para el combate, quedando demostrado el alto grado de eficiencia y preparación de los efectivos", publicó el 9 de marzo el diario *Los Principios*, uno de sus principales aliados a la hora de encender la llama del nacionalismo patriotero y preparar psicológicamente al pueblo para un eventual ataque al reino de Pinochet.

Dichos preparativos continuaron en Mendoza, donde presenció el movimiento que se registraba en el túnel internacional que une a ambos países, para luego volar a la Cordillera y presidir la iniciación de ejercicios militares de alta montaña en la localidad de Puente del Inca, ubicada a solo quince kilómetros de la frontera con Chile. En una atmósfera claramente belicista, la región que Luciano Benjamín controlaba se teñía de verde oliva, y para promocionarla, el 14 de ese mes aterrizó en Córdoba el general retirado Osiris Villegas, uno de los principales ideólogos e impulsores del conflicto. El mismo general que en los 60 había promovido la instrucción de la *guerra antisubversiva*, llegaba al centro de poder menendista para mantener herméticos encuentros con destacadas figuras del derecho, con quienes trató aspectos jurídicos del tema Beagle.

La guerra se respiraba en el aire y la conmemoración del segundo aniversario del golpe de marzo en la plaza San Martín sirvió de excusa para alimentar ese plan: a diferencia de 1977, cuando incentivaba la fusión de la civilidad en los actos castren-

ses, Menéndez retomó en el 78 la liturgia militar y la lógica cuartelera, que sus cuadros representaron en un importante desfile el 26 de marzo en pleno centro de la ciudad, y en una formación de soldados al día siguiente.

Nada era porque sí, todo estaba calculado. Si íbamos a invadir Chile, los argentinos que vivían bajo su órbita y que compartían miles de kilómetros de frontera a lo largo de seis provincias, debían ir acostumbrándose a una situación de "excepción", porque cualquiera podía ser, de un momento a otro, un soldado más de su "ejército invencible", que no cedería ni un metro de tierra o una milla de mar a los chilenos.

Dos días después de que el intendente de Córdoba, coronel Héctor Romanutti, le mostrara las obras en el Palacio 6 de Julio donde se instalaría la Comisión Provincial Córdoba Mundial 78, Menéndez aprovechó los festejos del 25 de mayo para insistir en su tópico guerrero y machacar sobre la idea de que el Ejército había sido y era la brasa forjadora del ser nacional. Junto a la estatua del general José María Paz, en el Parque Autóctono, a pocas cuadras del último operativo antiguerrillero que comandó y que ese día recordó, Luciano Benjamín apeló a su fibra de líder para movilizar a una sociedad que cabalgaba derrotada hacia sus delirios de grandeza, y rescatar las "hazañas" de los caballeros de armas a lo largo de la historia argentina.

En un discurso que confirmaba su gran capacidad oratoria, fue hilvanando los acontecimientos que según él justificaban que el Ejército hubiera llegado al poder dos años antes, y se mantuviera por una larga siesta al frente del país: "En 1806 encabezaba el ejército la explosión de intuitivo patriotismo criollo rechazando al invasor con un valor y un profesionalismo admirables; en 1810 sale a la plaza a decidir la libertad que reclamaba el pueblo; se esparce a los cuatro rumbos a llevar a los hermanos pueblos de América la luminosa pasión argentina por la libertad. Cuando nuestro país crece, conquista al indio millones de hectáreas para la civilización y la paz, y mientras combatía al enemigo traicionero y temible (en referencia a los pueblos originarios), funda pueblos, levanta escuelas, hace caminos. Y todavía más: terminadas sus campañas, aquellos heroicos soldados del sur clavaron

nuestra bandera en la cordillera para señalar dónde empezaba la Argentina" (Los Principios, 28/05/77, pág. 1).

En diez líneas, Menéndez decía muchas cosas. En su breve reseña del pasado, el hijo y nieto de oficiales argentinos se situaba claramente en la vereda de los triunfadores. Los mismos que —y esta es la parte trágica de la Argentina—, ejecutaron las mayores masacres de nuestra corta historia nacional. Son contados con los dedos de la mano los generales que no defienden el genocidio indígena que su prócer Roca ejecutó sin piedad, robándoles las tierras a sus verdaderos dueños para beneficio de una oligarquía parasitaria, que no tuvo nunca la ambición de convertirse en una burguesía industrial, el verdadero motor del desarrollo y el crecimiento.

En otros pasajes de esa arenga preparatoria para la guerra, el señor feudal del III Cuerpo aprovechó el simbolismo del 25 de mayo para azuzar también el corazón de todos aquellos que no vestían uniforme, pero que serían tan importantes como los que sí en un hipotético conflicto armado con Chile: "Nuestro ejército no es una casta. Por otra parte, los argentinos no necesitamos una casta militar, porque todos son guerreros. La nuestra es una raza de hombres libres, que nacieron en libertad contra tiranos del exterior e interior y siempre hemos triunfado. Y a esa larga lista de triunfos se agregan los recientes éxitos contra la subversión. Lucha que si bien no nos reclamó desplegar toda nuestra capacidad militar, al principio significó un duro examen de valor y estoicismo. Luego llegó el momento de vencer y pasar al ataque, y con qué éxito lo hicimos. Cuánto ingenio desplegaron los comandos para afrontar una lucha inédita. Cuánto valor demostraron nuestros jóvenes oficiales, suboficiales y soldados que no desmerecieron el empuje de las cargas de bayoneta de los Patricios de Saavedra y Belgrano, de los cazadores de Las Heras y de Dorrego, de San Martín, de Paunero" (Idem. Ant). Menéndez le llamaba "ingenio" a los campos de concentración, rescataba el "valor" de los comandos que secuestraban personas desarmadas y utilizaban la picana eléctrica para destruir a sus enemigos, y tenía el cinismo de comparar a los héroes de la independencia con Manzanelli, Barreiro y la patota de La Perla.

Después de advertir que el Ejército estaba en plena vigilancia de las "otras formas de lucha del marxismo", y que los subversivos "no se iban a reintegrar más a la vida argentina, porque han dejado de ser argentinos", remarcó que "otros motivos desvelan a los hombres de armas argentinos" (Idem. Ant). En lo más íntimo de su ser, no creía en absoluto en una solución pacífica con Chile. Sin embargo, todavía no tenía margen interno para despreciar una última puerta abierta a la negociación política: "Alguien pretende lo que es nuestro. Confiamos en que prive la razón, la justicia y la cordura. Pero, por si acaso, nos estamos preparando", dijo, abriendo su alma de par en par (Idem. Ant).

Antes de finalizar, aprovechando que pocas semanas antes Videla había sido confirmado como presidente del país por otros tres años, echó por tierra cualquier proyecto de apertura política, que algunos sectores del Ejército y la Armada ya estaban operando en contra de la línea interna que él todavía defendía: "El Ejército junto a otras fuerzas armadas se encuentran encabezando la marcha del país hacia la democracia. Esta etapa, por ser exitosa y trascendente, deja de ser transitoria. Conduciremos esta etapa con total independencia de juicio, sin dejarnos presionar por nada ni por nadie. Va a ser larga. Es fundamental. Pero es un medio y no un fin, que asegure cien años de gobiernos civiles a los argentinos" (Idem. Ant).

Como revelan sus palabras, su discurso estaba, en un momento clave del país, perfectamente estructurado: el mismo ejército que había echado a los ingleses en 1806, apoyado la Revolución de Mayo cuatro años después, exterminado a los indios para crear el Estado Nacional y darle forma al actual territorio a partir de 1880, había tomado el poder cien años después para aniquilar la "subversión marxista", custodiar la soberanía amenazada por un país expansionista, y sentar las bases, los cimientos, de la nueva Argentina que él explicó al lado de su otro gran ídolo, el "manco" Paz: "Para que nunca más resurja el veneno marxista en nuestro país, para que no haya un solo menoscabo a nuestra soberanía y para que los argentinos podamos vivir en paz, en armonía y en libertad, os exijo, soldados del Tercer Cuerpo: ¡subordinación y valor!" (Idem. Ant).

Ellos eran, y así lo creía Luciano Benjamín, los Mitre y Roca del siglo XX.

El comandante que no fue

"Usted dice Videla y Menéndez eran antípodas. Tal vez, tal vez pudiera caber con Viola, no conmigo, porque primero no éramos tan tan distintos, teníamos visiones, modalidades, modalidades más que visiones distintas. Pero además, las funciones hacían que pudiéramos ver la cosa diferente, él era la visión militar, público interno, su tropa. Yo era la visión política, público externo. Y Viola era para mí el trenzador político. No era el militar, yo lo veía como el burócrata político trenzador".

En pocas palabras, con la claridad que ofrece el paso del tiempo, en noviembre de 2007 Videla explica porqué fue Viola y no Menéndez quien lo sucedió al frente del Ejército el 31 de julio de 1978, a pesar del amplísimo consenso que el jefe del III Cuerpo tenía en el generalato para ocupar el cargo máximo. Eran precisamente sus botas ensangrentadas la principal carta de presentación para alcanzar el puesto con el que había soñado desde sus días de cadete. Un trono ambicionado sin disimulo por el carnicero Suárez Mason, jefe del Cuerpo I, pero sobre todo por su enemigo eterno, el general Roberto Viola, que todo lo que había hecho, hacía y haría llevaba el fin de suceder a su viejo compañero de la promoción 73 en la Casa Rosada. Ambición que crispaba los nervios del jefe del III Cuerpo.

En un diálogo sin medias tintas en 2007, Videla reconstruyó la decisión que impactaría mucho más en la política nacional e internacional que en el funcionamiento de la principal fuerza armada argentina, aunque su bendición a Viola abriría la primera grieta entre él y Luciano Benjamín:

—¿Si no había diferencias sustanciales entre Menéndez y usted, porque lo eligió a Viola para sucederlo como Comandante en Jefe?

—Primero porque le correspondía. El comandante podía elegir a su sucesor, pero, por una cuestión de prudencia, se había decidido que era preferible que no se hiciera por ese mandato, sino a través de una consulta a los generales de división. Yo hice la consulta y por un punto ganó Viola.

—¿Viola le gana a Menéndez o a Suárez Mason?

—Gana Viola por un punto, no recuerdo a quien. Menéndez no pudo ser porque había otros más antiguos. Estaba Suárez Mason también.

—¿Tenía que ver la antigüedad además de la capacidad de los postulantes?

—Claro, Viola era el más antiguo, después venía Suárez Mason y luego Menéndez o Harguindeguy, no recuerdo ya.

—¿Pero Menéndez tenía el consenso para serlo?

—Menéndez, por ese prestigio, esa fama, "el milico", era el hombre que estaba llamado a ser el comandante en jefe. Yo digo que él pudo haber sido un excelente comandante en jefe.

—Desde el punto de vista militar fue lo único que le faltó.

—Sí, sí, porque así como digo y afirmo que era un militar por excelencia, puesto en la posibilidad de tener que compartir problemas políticos, Menéndez también era un hombre flexible como para no cerrarse en su mentalidad. Entonces, así como yo le digo que Menéndez fue el mejor comandante de cuerpo que sin dudas tuve yo, el hombre profesionalmente más capacitado para el mando, y lo decían sus subalternos, un hombre con un prestigio tremendo, con una lealtad con quien yo podía cerrar lo ojos, Viola me ayudaba desde el punto de vista de las intrigas palaciegas, porque, como ya le dije antes, era un "trenzador".

—De ahí que le dijeran "el zorro".

—Sí, sí, cuando él hablaba con los otros comandantes en las reuniones de los generales, trataba de arreglar las cosas, era más tibio. Menéndez, sin ser así, era un hombre leal. Leal también para decir no cuando no veía la cosa. En materia de política, decía no y era no. Después eso se debatía, se llegaba no sé si a votación o cómo diablos, pero después las resoluciones se tomaban. Aunque la normativa le daba a Videla la potestad de elegir a su sucesor, a mediados del 78 la discusión no era reglamentaria, sino política, ya que el Ejército era de las tres fuerzas armadas la única que carecía de una conducción clara y homogénea. Como todo en aquella Argentina feudal, las decisiones importantes se tomaban luego de agotadoras negociaciones y discusiones entre las cabezas del poder militar. Era justamente esta "dictadura colegiada" de Videla el gran interrogante del gobierno norteamericano, porque sus fun-

cionarios en Buenos Aires no sabían muy bien cómo moverse en una pileta llena de pirañas, donde cada una se quería comer a la otra. En un documento secreto fechado el 10 de febrero de ese año, Maxwell Chaplin, el segundo de la embajada norteamericana, informó a sus jefes de la Casa Blanca las perspectivas políticas para un año que pintaba farragoso: "La preocupación central es el 'esquema de poder'. Este juego es tenso. Hace evocar la imagen de tres leñadores haciendo equilibrio sobre troncos que van río abajo, cada uno con un palo para golpear a los otros. Videla quiere un nuevo mandato liberador de las restricciones de la pertenencia a la Junta, actuar como cuarto hombre —a lo que aspira—, controlando a la Junta. Esto no es fácil de lograr institucionalmente, pero bastaría que Videla tuviera al integrante de la Junta bajo su poder, algo que podría lograr si su sucesor al frente del Ejército es Viola" (Seoane-Muleiro, 2001: 351).

El informe de Chaplin reflejaba con precisión la interna de la política argentina[182], y anticipaba la jugada que el tándem Videla-Viola tenía en mente para desplazar a Massera y quedarse con el poder, estrategia que Menéndez defendió con uñas y dientes en la reunión que decidió los próximos tres años de la política argentina, y en la que no faltaron ofensas y pases de factura entre los "camaradas" de armas. En su libro *El Dictador*, María Seoane y Vicente Muleiro cuentan que Videla fue designado cuarto hombre en el edificio Cóndor, sede de la Aeronaútica, y no en el Congreso Nacional, como sostienen otros investigadores: "La reunión clave ocurrió el 28 de abril, a la que asistieron, luego de una semana larga de deliberaciones, los veintiún oficiales más antiguos de las tres armas (nueve generales, seis almirantes y seis brigadieres). Por el ejército estuvieron Viola, Urricarriet, Suárez Mason, Riveros, Menéndez, Laidlaw, Galtieri, Harguindeguy y Vaquero" (Seoane-Muleiro, 2001: 356). Después de citar a los oficiales de las otras dos armas, los autores aseguran que ese día "hubo portazos, insultos, golpes sobre la mesa, amenazas de ruptura de la cohesión entre los jefes militares que tanto preocupaba a Videla" (Idem. Ant).

182 Si algo sobraba en el país eran interlocutores e intereses que se movían al compás de los jefes que se anotaban para heredar el poder: Videla y Massera. En otros informes secretos que Chaplin envió a Carter por esos días, el primero hacía un crudo análisis de la situación económica e insistía en las graves consecuencias políticas que podrían tener las flagrantes violaciones a los derechos humanos.

Juan Bautista Yofre escribe en su libro *Fuimos todos* que en esa reunión los altos mandos militares debatieron durante quince horas —que fueron grabadas—, para nombrar al "cuarto hombre". Y que ante el pedido de los almirantes para que el Ejército presentara a una terna de candidatos, los generales fueron contundentes: "Hay tres candidatos a presidente: Videla, Videla y Videla" (Yofre, 2007: 111). Lo mismo sostiene Mario Benjamín sobre la determinación para imponer a Videla, pero asegura que quien definió el partido aquel día de otoño fue su queridísimo primo Luciano: "En el 78, cuando lo eligen a Videla cuarto hombre, la cosa se puso muy espesa porque Massera pretendía ser él. Entonces terminaron todos reunidos en el Congreso Nacional, en un plenario de generales, almirantes y brigadieres. Y ahí el tipo que empujó para vencer a los marinos fue Luciano. No sé si porque lo quería a Videla o porque no quería que el Ejército cediera ante Massera, pero el que definió fue él".

—¿Su primo se le plantó a Massera?

—A Massera y a la reunión también hasta que Videla fue finalmente elegido.

—¿No lo quería al jefe naval?

—No lo podía ni ver, decía que era un tipo muy ambicioso, como Bussi.

Como recuerda Mario Benjamín, Menéndez no tenía dudas de que su jefe en el Ejército debía continuar al frente del Estado. Lo que no compartía era que Viola lo reemplazara al frente de la fuerza, como finalmente ocurrió.

Mientras el Ejército era un hervidero, con reuniones, conciliábulos y encuestas off the record para elegir a su comandante en jefe, el régimen exprimía al máximo la fiesta del Mundial de fútbol. En su carácter de jefe de seguridad de Córdoba y Mendoza, las dos subsedes a su cargo, Menéndez se sentía tranquilo: ninguna organización revolucionaria podía empañar —como sí ocurrió en Buenos Aires con pequeños actos de sabotaje— un evento utilizado como distracción social, porque él en persona se había encargado de aniquilar cada una de sus células armadas, además de sus estructuras barriales, universitarias y fabriles.

Con el panorama despejado de posibles ataques guerrilleros, el 9 de junio el comandante festejó el Día del Periodista destacando la envergadura de un torneo que costaría más del doble[183] de lo presupuestado, y que pulverizaría aquel siniestro apotegma antipolítico que buena parte de la sociedad acuñó en los primeros años de la democracia para justificar la masacre vivida pocos años antes: "por lo menos los milicos no choreaban". O sea, podían secuestrar, torturar y desaparecer personas, pero supuestamente eran buenos administradores de la cosa pública. El sideral aumento de la deuda externa demostraría en 1983 que ni eso fueron.

Pero en junio del 78 Menéndez estaba en otra cosa, felizmente sorprendido por los efectos del campeonato del mundo: "Está evidenciada una magnífica organización y sirve para demostrar dos cosas que hacía mucho tiempo que no ocurrían en el país: una de ellas es la de ser solidarios en el accionar común, en el que el protagonista es realmente el pueblo, y la otra es que hacía tiempo que no hacíamos cosas a lo grande" (Los Principios, 10/07/78, pág. 5).

Sonriente, distendido, el jefe del III Cuerpo se mostraba orgulloso no solo por el campeonato en marcha, sino por el legado arquitectónico que su gobierno le dejaba a los cordobeses: al noroeste de la ciudad de Córdoba, sobre las orillas del Río Suquía, la empresa Roggio, una de sus aliadas económicas, construyó el estadio Chateau Carreras[184]. Un mamotreto color verde oliva que a pesar de sus comodidades para desarrollar un evento de esas características, bien puede considerarse un atentado al fervor popular, pero jamás una cancha de fútbol: a los jugadores hay que verlos con binoculares y el griterío de los hinchas queda aislado del espectáculo por la distancia entre el césped y las tribunas.

183 Según datos oficiales, el Ente Autárquico Mundial 78 gastó 500 millones de dólares en la realización del evento. Cuatro años después, en 1982, los españoles gastaron 400 millones menos.

184 Según el libro *La Sombra Azul* (Saravia, 2005: 147), como a Roggio le había tocado en la licitación la construcción del Estadio de Mendoza, se hizo un trueque con la empresa mendocina Cartellone, así que Roggio fue finalmente la encargada de hacer el estadio cordobés, una de las tantas obras que el gobierno de Chasseing llevaría adelante con este grupo, como fueron el dique compensador de Piedras Moras, la fábrica de cemento Minetti S.A en Malagueño, y la segunda cloaca máxima de la ciudad de Córdoba.

Como síntesis de la frialdad del régimen del cual era un estandarte, si su agenda se lo permitía, Luciano Benjamín asistía al palco de autoridades de ese imponente coliseo antifútbol. La oferta era más que interesante: en Córdoba jugaban dos potencias futbolísticas, Alemania y Holanda, equipo que si bien llegaba como uno de los candidatos al título, no contaba con su máxima figura, Johan Cruyff.[185].

De la mano de una selección que entusiasmaba por juego y carisma, el gobierno sumaba puntos en su cruzada nacionalista. En el invierno del 78 los papelitos celestes y blancos cubrían mucho más que las tribunas o el espacio público: a pocas cuadras de la cancha de River, el principal escenario deportivo, funcionaba la ESMA, y el Chateau Carreras quedaba cerca de La Perla. Dos emblemas de la represión ilegal que amplios sectores de la sociedad se negaban a aceptar, inclusive luego de que una delegación de la Cruz Roja internacional visitara esos lugares, fugazmente reacondicionados para disfrazar lo que realmente ocurría en sus entrañas[186].

El fútbol era, otra vez, el instrumento más eficaz de la propaganda oficial. La alfombra donde esconder los crímenes de lesa humanidad. En un país medularmente futbolero, la gesta del Mundial era la mejor pantalla para construir otra realidad, o vender al mundo una versión diferente de lo que se criticaba cada vez con mayor certeza fronteras afuera. Mientras en Europa los exiliados y lo que quedaba de la organización Montoneros utilizaban el Mundial como canal de denuncia, y en Buenos Aires las Madres de Plaza de Mayo eran reprimidas con gases lacrimógenos mientras repartían volantes denunciando las desapariciones, el régimen se servía de los goles de Kempes y la guapeza de Passarella

185 Antes del partido, la selección de Holanda habían ido a saludar a las Madres de Plaza de Mayo, y no subió al palco a recibir la medalla del segundo puesto para no saludar a los miembros de la Junta, lo que les valió el desprecio de los militares genocidas y la burla del pueblo argentino luego de la derrota en la final.

186 La Cruz Roja visitó la cárcel de San Martín, cuyos presos políticos fueron trasladados y escondidos en La Perla mientras duró la inspección, y la Ribera reacondicionada como una cárcel "legal". A su vez, los secuestrados de este campo de concentración fueron llevados a San Martín, con la amenaza de ser fusilados si denunciaban algo ante la organización de paz. La Perla no fue inspeccionada. Igual quedaban muy pocos detenidos para esa fecha.

para convencer a todos de que los argentinos éramos "derechos y humanos". Una frase inolvidable, que pasaría a la historia por su cinismo e hipocresía, y no tanto porque la repitieran Menéndez, Videla o el resto de la jerarquía procesista, sino porque la acuñaría y propalaría gran parte de la ciudadanía, periodistas, políticos, y destacadas figuras del espectáculo y la televisión, como José María Muñoz, Bernardo Neustadt, Mariano Grondona, Mirta Legrand, Susana Giménez, Palito Ortega y tantos otros que negaban el país de la muerte y la desaparición.

Para los militares la operación era perfecta: el planeta entero veía por la tele estadios repletos de gente y miles de banderitas argentinas vivando a su selección, que llegó a la final con Holanda luego del polémico 6 a 0 a Perú, un resultado que nublaría para siempre la gloria conseguida por un equipo futbolísticamente inolvidable[187].

La tarde-noche del 25 de junio, con la Junta mimetizada entre una multitud enfervorizada en el Monumental de Núñez, la Argentina derrotó 3 a 1 a la naranja mecánica, consagrándose por primera vez en su historia campeón del mundo. Como las caras de Videla y Massera, el país era una fiesta popular. El gauchito, la mascota elegida por los militares para representar al evento futbolístico, tenía razón: "25 millones de argentinos" habían jugado el mundial, y daban la vuelta olímpica en un día increíblemente feliz para muchos argentinos. Consciente e inconscientemente, la ciudadanía se embriagaba de una efímera alegría junto a los militares desaparecedores. El país era un carnaval celeste y blanco, con el pueblo rendido a los pies de la Junta. Tanto, que varios pensaron en llamar a elecciones. "Videla presidente", se escuchó en los pasillos del poder. "Pero con el voto popular", dijeron sus operadores políticos. Era el momento del batacazo militar. De legitimar la barbarie en el cuarto oscuro.

Confirmado Videla como "cuarto hombre" o jefe de Estado hasta marzo del 81, la discusión en el edificio Libertador pasó a ser quién iba a sucederlo al frente del Ejército. El candidato del

187 Hay investigaciones periodísticas que señalan que los jugadores peruanos se habrían dejado ganar, y que el arquero, que era nacido en Argentina, habría sido coimeado. En el libro *La Vergüenza de Todos*, de Pablo Llonto, se habla del envío de varias toneladas de trigo de la Argentina a Perú en ese momento.

flamante presidente era Viola, con quien tenía una larga relación de amistad y confianza que venía desde los tiempos del Colegio Militar, donde habían sido compañeros de promoción en el arma de Infantería. Viola era, por decirlo en términos populares, el que corría con el caballo del comisario, cuyas acciones cotizaron en alza luego de que Videla no lograra que la autoridad presidencial estuviera por encima de la Junta. Su atadura al triunvirato militar lo obligaba a trabajar con un hombre de extrema confianza política, con sobradas condiciones de negociador para llevar adelante una faena hartamente complicada: "Yo tenía la facultad de nombrar a Viola, pero necesitaba un consenso. Porque si la cosa era 10 a 0 y yo tenía el 0, al día siguiente tenía un golpe de Estado. Así que lo hicimos así...Vengan, siéntese, tomemos un café, conversemos...Y Viola tuvo la mayoría. ¿Menéndez? Ya se sabe lo que ocurrió después. ¿Urricarriet? Era amigo de Viola. ¿Galtieri y Harguindeguy? Ambos matizaron su opinión", dijo Videla (Seoane-Muleiro, 2001: 368).

Diez años después de esa entrevista, el ex dictador reconoció que el que reunía las cualidades para negociar en un país donde todo se negociaba, era Viola, no Menéndez, mucho más intransigente en sus posiciones políticas. Y aunque la votación que Videla relató para su biografía existió, otros testimonios aseguran que "no contó toda la verdad" sobre aquella pulseada que Viola ganó por "un punto". Esa persona es Mario Benjamín, quien como su primo no tenía ningún afecto por quien sería finalmente designado en el cargo: "Cuando llega el momento de reemplazar a Videla, éste no dice 'a mi me va a suceder tal o cual', lo somete a una votación. ¿Y cómo hace? convoca a los generales de división, nada más. Vienen todos a votar. Hacen la primera votación y pierde Viola" (Entrevista con Menéndez, 2007).

Como Videla y los sectores de poder —empresarios, iglesia católica, embajada de Estados Unidos—, sabían que el presidente no podría gobernar con un comandante en jefe que no le respondiera ciento por ciento en la Junta, Videla convenció a varios generales que cambiaran su actitud en una nueva votación.

Él y los grupos civiles y armados que lo apoyaban eran conscientes de lo pantanoso que sería gestionar el Estado si el coman-

dante en jefe era alguno de los otros dos generales más votados: Suárez Mason y Menéndez, en ese orden. El primero porque tenía sus propios planes políticos con los radicales, y el segundo porque no quería ni hablar de apertura política. Además, ambos eran críticos de Martínez de Hoz y estaban decididos a ir a una guerra con Chile si Pinochet no cedía en su pretensión de soberanía sobre el océano Atlántico.

Por entonces director de la Escuela de Suboficiales de Campo de Mayo, Mario Benjamín no votó para elegir al comandante en Jefe, pero sí fue consultado, como muchos otros oficiales de alto rango. Lo hizo en una reunión en el Comando de Institutos Militares ante el segundo del comandante Riveros, el también general Bussi, quien les preguntó a Menéndez, Mario y a otro coronel, quién debía ser el comandante en jefe, porque Videla se iba. Según uno de los protagonistas de esa reunión, éste fue el diálogo:

—Ya que requiere mi opinión, tengo que serle honesto, Bussi: el general Viola no me da la imagen del comandante en jefe. El que lo sigue en antigüedad es el general Suárez Mason, que me da menos imagen todavía. No sé si hace algo por la milicia pero hace mucho por la política, y por eso no es el comandante en jefe que yo quisiera tener. Como el tercero es mi primo, eso me inhibe de dar opinión, aunque me guste. Por lo tanto, mi general, yo no voy a opinar sobre el futuro comandante en jefe. Ahora, lo que sí quiero que sepa es que la Escuela de Suboficiales no se va a embarcar en ningún movimiento motivado por uno o por otro comandante en Jefe. No mientras yo sea el director. Porque si las fuerzas armadas se resquebrajan o se rompen por el nombramiento de un comandante en jefe, entonces no estamos habilitados para conducir el país (Entrevista con Menéndez, 2007).

Al ver que Viola no lograba el consenso ni entre los oficiales más jóvenes, Videla puso en marcha lo que nunca quiso contar, y que Mario Benjamín reveló en la entrevista de noviembre del 2007: "Como Videla se queda mal, designa a un oficial muy allegado a él, que ocupaba un cargo importante dentro del Proceso, para que convenza a los generales que habían votado en contra, a ver si podían modificar actitudes o posiciones. Y este general —que ojalá lo hubiéramos tenido como negociador en Malvinas—, se mueve y logra que de pasar a perder por un voto, Viola pase

a ganar por uno. Videla conocía, porque el comandante está muy próximo a quienes lo rodean, quiénes eran los que habían votado en contra". Aunque el entrevistado se negó a decir quién fue el "mensajero" de Videla, ese hombre fue Miguel Mallea Gil, una persona muy cercana al entonces presidente de facto, quien con su decisión se ganó la cólera del general que meses atrás lo había defendido a muerte para frenar al ambicioso almirante Massera.

Diálogo de sordos

Si Videla finalmente se inclinó por Viola y no por Menéndez para conducir al Ejército, no se debió a las grandes condiciones militares del primero, que ninguno de sus camaradas le reconocía. Tampoco porque fuera un líder de las puertas de los cuarteles para adentro. Lejos de eso. Lo puso ahí porque en la estructura de poder del *Proceso* el comandante en jefe era mucho más que el jefe del Ejército. Era el representante de esa fuerza en la Junta, que seguiría siendo la instancia definitiva de la política argentina. Consciente de su debilidad, el Videla civil necesitaba a su hábil negociador para "trenzar", —según sus propias palabras—, no solo con los almirantes y brigadieres, tarea que de por sí exigía gran cintura política, sino también con los políticos, los empresarios y los sindicalistas, varios de los cuales entraban a la Casa Rosada como pancho por su casa, y empezaban a presionar solapadamente para una apertura gradual del régimen.

Influidos por el equipo de Villarreal y Yofre, esta era la hipótesis que Videla y Viola masticaban a pesar de la resistencia de los generales "duros", principalmente de Suárez Mason y Menéndez, quien si bien no aspiraba a ocupar un cargo ejecutivo como "Pajarito", creía que ellos recién estaban cavando los cimientos de la nueva Argentina, y que para la levantar la casa faltaban unos cuantos años de gobierno militar. La apertura política era una melodía que no sonaba afinada al oído de Luciano Benjamín, que pagaría con su sueño truncado la negativa a una transición cívico-militar.

En aquella "dictadura colegiada", única en América del Sur, Videla no necesitaba sólo convicciones para llevar adelante el gobierno, sino también apertura mental, relaciones con los sec-

tores civiles de poder, y mucha, mucha muñeca. Aptitudes que Roberto Viola se encargaba de promocionar en cada ámbito del quehacer nacional, y que no cabían en un líder militar puro como Menéndez, cuya lógica y formación lo condicionaban para asumir una función netamente política, que Videla se encargó de precisar varios años después en un diálogo jugoso e histórico:

—General, la elección de Viola en lugar de Menéndez ¿estuvo relacionada a la discusión de abrir o cerrar el Proceso en el 78?

—Puede haberse discutido.

—¿En el año 78?

—Se puede haber discutido, pero justamente por la discusión no se llegó a nada. Por eso yo estoy de acuerdo que el 78 era un punto de inflexión. La subversión ya estaba aniquilada, la economía no digo que estaba perfecta pero sí ordenada, la campaña en el exterior todavía no había echo mella, se insinuaban algunas cositas, lo políticos no sabían cómo venía el asunto de la subversión y los desaparecidos, los gremialistas estaban disciplinados y no movían un pelo, y la gente con el mundial de fútbol, chocha. Era el momento culminante para hacer una convocatoria progresiva, una apertura política en función de ese éxito, capitalizando lo que en ese momento llamábamos la "cría del proceso".

Si en algo se diferencian Videla y Menéndez, es en la capacidad de análisis político fino del primero: "El Proceso (...) haber llegado a esto..., una opción era: vamos a buscar civiles que nos acompañen, que sean el día de mañana los herederos del Proceso en el campo político, intentamos no usar políticos para eso. La otra era una apertura ordenada, sin entrar a hacer política, nada. Una apertura ordenada. En ambas había que entrar a ceder posiciones. Ahí viene la miseria humana, el aferrarse a la cosa, el que decía 'pero bueno, ahora que llevamos la cosa más o menos adelante, hay que estar un tiempo más, un año más, dos más. Gracias a Dios nunca se termina de ser perfectos. No sé si era una excusa o si se enamoraban de la obra y no querían dejar".

La confesión de quien estaba llamado a ser, o creía que ese tal Dios lo había puesto ahí para eso, es imperdible, porque su análisis revela, también, una autocrítica feroz de la "dictadura colegiada" que tuvo en él al vértice de la pirámide durante cinco

años: "El otro camino era abrir el campo político para hacer política desde el Proceso, crear el Movimiento de Opinión Nacional. Pero aquí había un problema, se hacía política con dos elementos fundamentales: idea y disenso. En este caso las ideas del Proceso, que eran las de todas las fuerzas armadas. Ese era el ideario político, pero con una persona que las personificara. Entonces, se abría, sí, pero ¿quién? ¿Viola? ¿Massera? ¿Menéndez? ¿Videla? ¿Quién...? ¿Quién decía yo soy el dueño de esto y ahora me proyecto? Si usted abría ese juego venía la pelea, entonces la cohesión de las fuerzas armadas, elemento fundamental para consolidar el Proceso, se quebraba".

—¿Pudo ser Chasseing esa persona?

—Chasseing, cualquiera, no sé...

—Se lo pregunto porque un ex gobernador de Córdoba contó que hubo un plan para que Chasseing fuera presidente, Menéndez comandante en jefe y Romanutti gobernador de Córdoba...

—Ehh..., puede haber habido, sí, en charlas de café, nada más, en algún comité. El problema era definir ¿Vamos a hacer eso? ¿Salimos al campo político a hacer política desde el Proceso, para crear ese movimiento político heredero del Proceso?

—¿Eso se discutió?

—Se discutió y no se llegó a nada. Esto último por el riesgo de que ponerle nombre y apellido quebrara la cohesión. Y lo otro porque era la entrega inmediata, porque bueno..., los perfeccionistas decían no, ahora no, vamos a esperar un poco más... Yo reconozco que a partir del 78 ya agarro el segundo tramo de la presidencia y me hago cargo de un gobierno que no tiene razón de ser. El orden, restituir el orden, que fue la razón del Proceso, estaba logrado. Había que buscar otro elemento convocante, este era el político, y estaba madura la opinión pública. Hubiéramos tenido allí..., pero bueno, para evitar cuestiones internas...".

La explicación de por qué el *Proceso* finalmente no se abrió, como Videla deseaba en la teoría, es un aporte a la discusión histórica de lo que fue su gestión al frente del Estado, y los tormentosos dos años que lo continuaron. Porque además de lamentarse por lo no hecho, Videla habló, por primera vez y de manera profunda, de las diferencias que lo enfrentaron con Menéndez, a quien

si bien no mencionó puntualmente en el living de su departamento, sindicaba como uno de los "perfeccionistas" que en las reuniones de altos mandos decía "no, ahora no comandante, vamos a esperar un poco más para abrir la jugada a los políticos", convencido de que la tarea no estaba cumplida, porque la sociedad argentina no había terminado de asimilar el paradigma que las fuerzas armadas representaban como institución del orden y la jerarquía, con un claro perfil cultural y moral antimarxista, occidental y cristiano.

Mario Benjamín no participaba todavía de esas discusiones del máximo nivel político, pero conversaba mucho con su primo hermano. Una de esas tantas charlas fue la que el ex gobernador de Malvinas relató para este libro: "Luciano me decía: 'no primo, no podemos entregarle el poder a los civiles, porque faltan muchas cosas por hacer. No podemos permitir que después, cuando nosotros nos vayamos del poder, nos critiquen por la herencia recibida. Al gobierno hay que entregarlo con un moño, para que no haya más excusas ni revoluciones. Nuestra misión es allanar el terreno para una democracia de cien años".

Ni el primo Mario ni ninguno de los militares que protagonizaron el *Proceso* lo reconocerán jamás, pero entre las cosas que "no habían terminado de hacer" había una que no tenía, por crueldad y cinismo, parangón en la historia nacional: los desaparecidos que, solo en agosto de ese año, el gobierno norteamericano había cuantificado en siete mil quinientos.

Como sostienen Seoane y Muleiro en la biografía de Videla, lo único que estaba terminado en 1978 era el aniquilamiento de la "subversión", por más patrullas perdidas que los Montoneros mantuvieran activas en hechos aislados y delirantes[188], cuyos efectos solo servían para justificar la represión ilimitada que proponían Menéndez, Riveros, Suárez Mason y Camps. La economía, la política exterior, la relación con los partidos políticos y los gremios, y los demás frentes del gobierno seguían tan abiertos como

188 El 1 de agosto, mientras Videla juraba como presidente por un segundo período, un comando montonero detonaba una bomba en la casa del almirante Armando Lambruschini, quien, un mes después, reemplazará Massera al frente de la armada. Pero la bomba no mató al futuro jefe naval, sino a su hija Paula. Lejos de golpear a la dictadura, como creían los soldados de Firmenich, el operativo sirvió para endurecer el régimen.

siempre, y ninguno de ellos parecía que fuera a cerrarse en el corto plazo de manera auspiciosa para los militares.

El otro punto que llevaba a Menéndez a desconfiar de la dirigencia política en la que sí creían Viola y Suárez Mason, de estrechas relaciones con el radicalismo balbinista, era lo que Ricardo Yofre contó para el libro *El Dictador*: "Hay que ubicarse en el clima de la época. Eso es muy importante. La reacción de los militares y de factores de poder económicos contra los políticos era muy grande. Los primeros no les perdonaban la Ley de Amnistía de Cámpora. Y el establishment porque por acción o condescendencia, habían facilitado todo el quilombo del 75, el Rodrigazo, la hiperinflación, etcétera. Y la dirigencia política tenía complejo cuando la atacaban de populismo, porque las medidas económicas tomadas del 73 al 76 no fueron maravillosas. Y por la amnistía también, estaban muy acomplejados" (entrevista a Yofre, 1996).

Según Yofre, la razón de que el sector de Menéndez y los que se negaban a la apertura finalmente triunfara, se debió a que había un Videla "verbal" y otro el que hacía: "En la dialéctica discursiva estaba perfecto, pero en los hechos no. No aceleraba el ritmo, no abría ni enfrentaba a Massera ni a los sectores más duros" (Idem. Ant).

Aunque la principal resistencia a la apertura política estaba en el núcleo duro del generalato, con Luciano Benjamín a la cabeza, cuando Yofre y Villarreal no lograron imponer su plan y renunciaron a sus cargos acusados de "populistas" y "politiqueros", la persona que adquirió gran influencia política en Videla fue, según el renunciado abogado radical, Martínez de Hoz, cuyo fracaso económico lo colocaría al año siguiente en la lista de enemigos del comandante del III Cuerpo: "El ministro de Economía era un hombre que jugaba a mantener cerrado el Proceso, porque no me cabe la menor duda de que ambicionaba ser uno de los destinatarios del Proceso, el candidato civil. En una elección cerrada, él quería ser el candidato a presidente", le confesó Ricardo Yofre a Seoane y Muleiro.

Postulado como posible candidato por un sector del generalato, el entonces interventor provincial de Córdoba, general Chasseing, era partidario de una apertura consensuada con los partidos políticos. En 2007, en un bar de Belgrano cercano a su

casa, reconoció que los militares no sirven para hacer política, y que el *Proceso* debió haber durado mucho menos: "El gobierno debió haber sido una coalición cívica-militar. Una vez terminada la guerra contra la subversión, esa era la salida. Pero algunos se entusiasmaron con el poder, sin pensar en las consecuencias". En aquella fría tarde porteña, Chasseing se aferraría al silencio argumentando que "el país necesita pacificarse, y el gobierno es injusto cuando persigue a las Fuerzas Armadas, acusándonos de todo". Pero cuando se refirió a los entusiastas por el poder, apuntaba básicamente a dos: a Videla y a Viola.

Naufragada la idea de la apertura, el 31 de julio Viola asumió la Comandancia del Ejército y al día siguiente Videla juró como presidente. Sin embargo, como este último reconoció en la entrevista de noviembre del 2007, todo lo que ocurrió a partir de ese día hasta el final de su mandato "no tuvo razón de ser", porque el juego político quedaría encerrado entre los anchos muros del edificio Libertador, con Menéndez y Suárez Mason calentando los motores para suceder a Viola. Ambos confiaban en que el "viejo" iba a caerse por su propio peso, y que ellos solo debían esperar el momento para reemplazarlo, como confesó Suárez Mason una semana después de su nombramiento, en una reunión con Ricardo Balbín, Juan Carlos Pugliese y Horacio Hueyo. El 8 de agosto, los jefes del radicalismo y el comandante del Cuerpo I hablaron sobre el Beagle y el mentado "diálogo político" con los partidos, que el general anticipó no sucedería ese año. Pero también intercambiaron información y apreciaciones sobre la interna del Ejército que lo involucraba a él y a Menéndez. Como escribió Juan Bautista Yofre en su libro *Fuimos todos*, en la casa de Hueyo se sucedió un diálogo que refleja la estrecha relación entre el orgulloso cacique de antepasados ingleses y el sector civil más afín al gobierno:

—¿Cacho, qué va a pasar con vos? —preguntó Hueyo a "Pajarito".

—Me ofrecieron ir a la Junta Interamericana de Defensa, y les dije que no porque creo que no sirve para nada. Por otra parte, tampoco me interesa ganar en dólares, por lo tanto pienso quedarme aquí (Yofre, 2007: 116).

Según el mismo libro, en ese momento intervino otro de los presentes para decir que "la información de la calle decía que Videla le había ofrecido a Menéndez la jefatura del Estado Mayor" (Idem. Ant). La respuesta de Suárez Mason no hizo más que ratificar su borrascosa relación con el flamante presidente "civil" y su abierta competencia con su colega del III Cuerpo: "¿Quién es Videla para ofrecer eso? Es un general retirado que ya no tiene nada que ver. Además, Menéndez es el hombre que menos le conviene a Viola, pues es capaz de venir con el caballo y tirarle toda la estantería abajo. Ustedes están hablando con el comandante en jefe sustituto, porque si le sucede algo a Viola yo soy el comandante. Yo saqué más votos" (Yofre, 2007: 117), dijo Suárez Mason, refiriéndose a la consulta que Videla había realizado entre los altos mandos para designar a su sucesor. Como Luciano Benjamín, Suárez Mason subestimaba la sagacidad del flamante comandante en jefe para construir alianzas dentro y fuera del Ejército.

Resuelta formalmente la estructura de poder y las nuevas autoridades del Ejército —la Marina lo haría en septiembre, luego del retiro de Massera—, la segunda mitad del año arrancaba con dos espadas de Damocles sobre el cuello del proceso militar: la violación a los derechos humanos, un sol que los militares insistían en seguir tapando con las manos, y el conflicto con Chile, que se encaminaba irremediablemente hacia el abismo, como Videla contó en la entrevista del 2006:

—¿Qué pasó en los seis meses que siguieron al acuerdo de Puerto Montt?

—Nada, las comisiones de ambos países no avanzaron en nada. El tiempo fue pasando y las soluciones no aparecían. Todo estaba igual, en el mismo punto en el cual lo habíamos dejado. La situación se empantanaba y la guerra parecía ser la única salida. O por lo menos la única que estaban dispuestos a aceptar los comandantes.

Entre esos comandantes, Menéndez era el más convencido, y no cejaba en su presión para que Videla aprobara la incursión armada. "En punto muerto las opciones diplomáticas, tuve que aceptar que la guerra era inevitable. Ya no podía hacer nada para frenarla, y rompimos formalmente las negociaciones con el gobierno de Pinochet. En lenguaje militar, el día D y la hora H esta-

ban definidos: la invasión a Chile sería el 22 de diciembre de 1978. Porque quiero aclararle algo —Videla me mira a los ojos como si estuviera en 1978—: la guerra no iba a librarse en aquellas remotas islas del sur que nos estábamos disputando, el objetivo era invadir Santiago, la capital del país".

A esa opción había llegado la Argentina luego de que Menéndez impusiera su plan en el Estado Mayor. "El plan de mi primo era partir a Chile en dos", contó Mario Benjamín en la entrevista del 2007, antes de entrar de lleno en la estrategia: "Estaban los que pensaban limitar la acción militar a la zona del Beagle y los otros que decían que con los chilenos no hay garantía, y que había que partir la columna vertebral. Ahí aparece Luciano, que logró modificar los planes del Estado Mayor y pasar a un plan más ambicioso. No sé si se hubiera logrado, pero él hizo la presentación y se convierte en el jefe del teatro de operaciones de la parte principal, hasta Neuquén. Porque lo fundamental era ir por el centro para cortar a Chile, mientras en el sur quedaban Suárez Mason y Vaquero. Ellos aceptan la posición, como también Galtieri, que era el otro comandante de cuerpo con mando de tropa".

Por decisión del Estado Mayor conjunto, Menéndez había sido elegido como el comandante que conduciría a miles de soldados a una victoria que él consideraba segura. El general que, como su héroe San Martín, cruzaría la Cordillera de los Andes para cortar de una vez y para siempre las alas de los chilenos, con el glorioso fin de "defender la soberanía y el honor de la nación Argentina".

El reloj del general, en marcha

Rotas las relaciones con Chile, en octubre del 78, Menéndez se puso nuevamente al frente de las operaciones. Entre el 16 y el 27 de ese mes comandó una serie de ejercicios y entrenamientos en Córdoba, Mendoza y Salta. Y apenas regresó del norte argentino volvió a mandar señales al otro lado de los Andes: "Los resultados han sido sobresalientes, ya que la tropa demostró una excelente preparación física para soportar las severas condiciones que reinan en la Cordillera". Además, dijo que el material utilizado había rendido "un ciento por ciento de lo calculado" (Los Principios, 28/10/78, pág. 1).

Pocas semanas después, cuando la Argentina se preparaba para su primera guerra del siglo XX de la mano del más sanguíneo de sus jefes castrenses, el presidente Videla llamó de urgencia al general Santiago, que en diciembre del 77 había pasado de ser el segundo de Menéndez en el III Cuerpo a director de Gendarmería Nacional, la fuerza responsable de custodiar las fronteras.

La convocatoria tenía un objetivo decisivo: convencer a los chilenos de que la guerra era el peor camino para solucionar las diferencias limítrofes. Santiago había conocido a Pinochet el 5 de abril de ese año, cuando ambos gobiernos recordaron la batalla de Maipú[189]. Además, tenía relación con uno de los generales de mayor influencia en el ejército chileno y en el ámbito que rodeaba a Pinochet, de quien Santiago no conserva un grato recuerdo: "Cuando lo conocí, en conmemoración de la batalla de Maipú, al lado del monumento donde San Martín y O'Higgins salen abrazados, no me gustó el tipo. Al momento de cenar, Pinochet entró al salón donde lo esperaba la plana mayor del ejército chileno como si fuera un emperador. Todos los jefes de unidades y un sector importante de oficiales empezaron a aplaudirlo, cosa que nosotros tenemos prohibido. Yo no puedo aplaudir al superior, así como tampoco puedo tutearlo.

—¿Esa vez fue usted y quién más a Chile?

—Fui solo, y los aplausos me hicieron acordar a Perón.

—¿Sintió obsecuencia de parte de los oficiales chilenos?

—¡Eeesooo!, obsecuencia, el tipo estaba formando su partido, que fue el que luego lo defendió.

Varios meses después de esa visita de cortesía, cuando la situación entre los dos países ardía, Santiago viajó nuevamente a la capital chilena para hablar con el general de mayor confianza de Pinochet, cuyo nombre el entrevistado no recordó en el invierno de 2007: "Videla, Viola, Menéndez y los generales más antiguos sabían que me había hecho muy amigo de este general, que era prácticamente el jefe del Estado Mayor del ejército chileno, y me dijeron: 'usted conoce a fulano de tal'. Yo les dije sí, me tuteo con

189 Ahí San Martín y O'Higgins, el héroe chileno, derrotaron a los españoles el 5 de abril de 1818 y liberaron definitivamente a Chile.

él. 'Bueno, váyase a Chile y hable con él. Dígale que si las cosas no se arreglan, vamos a pelear', me dijo Videla. Entonces agarré y en un avión crucé la Cordillera. En Santiago este general me esperaba, porque siempre había sido muy gentil conmigo, es más, con mi mujer fuimos varias veces a cenar a su casa y ellos vinieron a la nuestra".

—¿Y qué le planteó este general?

—Me dijo: "Mirá, Santiago, quedate tranquilo porque con ustedes no nos vamos a pelear". Por qué me decís eso, por qué estás tan seguro, le respondí yo. "Porque nosotros somos Chile y evidentemente tenemos con ustedes muchos lazos de amistad, de San Martín en adelante. Y si nos peleamos nos va a ser difícil. Sabemos que vamos a tener una pelea dura, y que a la larga vamos a perder, porque económicamente somos un país más débil. Además, una guerra nos va a traer muchos problemas. Ahora, lo que no vamos a permitir es que nos invadan los peruanos y los bolivianos. Y nosotros sabemos que fueron a verlos a ustedes para hacer una alianza". —Según Santiago, eso era cierto—: Yo había estado presente cuando Videla nos reunió a todos los generales más antiguos, y nos dijo que había venido un enviado especial del ejército peruano para hacer una alianza, un Estado Mayor conjunto con Perú y Bolivia, que habían perdido la guerra del Pacífico en el siglo XIX.

—¿Los chilenos conocían esa información?

—Sabían que no querían pelear con nosotros, y eso no solo me lo dijo este general amigo de Pinochet. Al día siguiente de esa reunión me encontré con su hijo, que era subteniente. Cuando le pregunté a dónde estaba, él me dijo que al norte, en Iquique. Estaba destinado allá porque lo mejor del ejército chileno se había ido al norte, no al sur, donde estaba el problema con nosotros.

—Mire qué dato, siempre pensé que era al revés, que lo que Chile no aceptaba perder era el sur, y que por eso se preparaba con todo su poderío para enfrentarnos ahí.

—No, no, al contrario, ellos lo que no podían perder, por orgullo nacional digamos, era que los peruanos y los bolivianos les ganaran lo que Chile había ganado en las otras guerras del siglo XIX. Por eso lo mejor de su ejército, los regimientos predilec-

tos, estaban en el norte. Creo que el de este subteniente se llamaba O'Higgins, y estaban allá para asegurarse que los peruanos y los bolivianos no invadieran esas tierras.

Lo que cuenta Santiago fue relativizado por Videla en la entrevista del 2007. Sin embargo, el legajo de Menéndez registra siete viajes a Jujuy entre el 30 de noviembre y el 3 de diciembre, además de dos idas y vueltas en el mismo día entre la provincia norteña y la Capital Federal. Un movimiento muy extraño, que da crédito a la versión de Santiago de una alianza entre Argentina, Bolivia y Perú para derrotar al ejército chileno en el norte, con Menéndez afinando la orquesta militar que le tocaría dirigir.

Independientemente de estas especulaciones que luego quedarían en la nada, Santiago volvió a la Argentina y reportó a los altos mandos su reunión secreta con el enviado de Pinochet. Como Videla era el único que había hablado largo y tendido con Pinochet en Mendoza, es posible que creyera lo que el mensajero chileno le había contado al suyo. Pero Menéndez seguro que no, porque desconfiaba absolutamente de todo lo que el dictador trasandino emitía a través de sus interlocutores. Para él la situación era irreversible, y se preparaba para pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo en el teatro de operaciones, con su otra gran familia: los soldados de su "invicto" ejército argentino.

—Una vez, alguien que lo conoció bien y que entrevisté para este libro, me dijo: "Yo no quiero que Menéndez sea el comandante en jefe porque nos va a llevar a la guerra. Pero si vamos a la guerra, quiero que sea mi comandante ¿Eso lo define bien?

Videla sonríe.

—Sí, perfectamente.

Con el conflicto armado a la vuelta de la esquina, Menéndez empezó a pulir su orden de batalla, ya que según Mario Benjamín su primo había convencido al Estado Mayor de modificar los planes para la invasión: "El ataque no sería solo en el sur, sino a lo largo de toda la cordillera", dijo el ex gobernador de Malvinas, confirmando que la invasión iba a ser en Santiago, como contó Videla , cuando comparó el poderío militar de ambos países y ex-

plicitó las posibilidades reales de triunfar en el escenario armado, que contradecían los presagios triunfalistas que Luciano vociferaba a fines del 78: "No eran muchas. Mire —Videla se pone pedagógico, y hasta mueve sus manos como un profesor—: desde la teoría militar, cuando un país invade a otro la relación de fuerzas debe ser de 8 a 1 para que se pueda pensar en una victoria. Y nuestra supremacía era de 3 a 1. Si encima había que pensar que la geografía no nos ayudaba para nada, sino todo lo contrario, las posibilidades de triunfo eran remotas y ese 3 a 1 se equiparaba".

Rodeado de fotos familiares, Videla hablaba y volvía, una y otra vez, a mover sus manos hacia arriba y abajo para acompañar lo que afirmaba en palabras.

—Y en lo armamentístico, ¿Chile era más poderoso que nosotros, porque Menéndez hablaba de una superioridad en el Ejército y la Armada?

—En algunos aspectos tecnológicos ellos estaban mejor equipados. Nuestra única diferencia importante eran la infantería y los tanques, que triplicaban al ejército chileno. Pero en un terreno tan desfavorable como la cordillera esa ventaja no era gran cosa. Entonces no pasaba por ahí la supremacía para ganar esa guerra, porque nuestros soldados iban a tener que atravesar desfiladeros y eso dificultaba mucho el tránsito de nuestros tanques. Además, seguro iban a recorrer por lugares minados. ¿Cómo hace para pasar tanques por senderitos llenos de minas? No, era una locura. Porque vuelvo a repetirle: la batalla no iba a darse en las islas, sino en pleno territorio chileno, con todo un pueblo defendiéndose del invasor y ayudado por otros países. No se olvide que Margaret Thatcher le regaló un portaaviones a Pinochet después de Malvinas.

Con ese dato Videla quería dejar en claro de qué lado iban a estar los británicos, que tenían un ojo puesto en la Cordillera y otro en las islas Malvinas.

— Y Estados Unidos ¿tampoco nos hubiera apoyado?

—Tampoco, nosotros éramos los agresores. Ningún país iba a apoyarnos en esa guerra, independientemente de nuestros argumentos jurídicos de soberanía sobre las tres islas en disputa.

El escenario internacional que trazó Videla era preciso, salvo que algunos países si hubieran apoyado a la Argentina, como Perú

y Bolivia, que se relamían por entrar en acción. No así Brasil, que de tomar partido lo haría en defensa de Chile, y no tanto por su afinidad político-cultural, sino para frenar a una nación con tecnología y desarrollo nuclear como la Argentina, que en manos de los Menéndez y Suárez Mason se tornaba peligroso para las ambiciones regionales de los brasileros, y de los Estados Unidos también.

Como Videla sabía que en lo referente a Chile la historia estaba de su lado, porque había sido él el responsable de evitarla, aceptó gustoso adentrarse en el tema.

—¿Es cierto que Menéndez era el jefe del teatro de operaciones?

—Iba a ser, él iba a ser, y estaba preparado con su gente para cruzar la Cordillera y matar chilenos, y por ahí dejarse matar. Yo era político, y estábamos siempre en la posibilidad de no agotar las negociaciones. Chile quería la mediación, nosotros queríamos la mediación. Pero ya nos habíamos quemado con Lanusse cuando pidió el arbitraje, entonces, volver a pedir ahora la opinión de un tercero iba a ser nada, y nada menos que el Papa. ¿Si el Papa nos salía por ahí con un domingo siete? ¿Le íbamos a decir que no? No, una segunda actitud díscola de Argentina no se aguantaba.

—Eso lo sostenía usted, pero ¿cuál era el planteo de los jefes militares? ¿Por qué había que ir a la guerra sí o sí con Chile?

—No, no. Tuvimos un diálogo con Pinochet en Plumerillo y después en Puerto Montt. Ahí salió un acuerdo de treinta días y una comisión que tenía que poner las reglas mínimas de convivencia en el estrecho, para que si un tipo le hacía un corte de mangas a otro no saltara la guerra. Y después, en ciento ochenta días, otra comisión más grande buscaría la forma de una negociación para conseguir un acuerdo sobre las islas al margen de lo que decía el laudo, que era totalmente contrario a nosotros.

—Contrario porque le había dado a Chile más de los que en principio pedía.

—Claro, era abusivo. Se habían sometido tres cosas, lo que llamábamos martillo: el canal y para abajo un cuadrado donde estaban las tres islas. Pero estos agarraban las diez islas, todo, y dictaminaban sobre eso que era todo de Chile. Una cosa totalmente arbitraria, excesiva, inaceptable.

—¿Usted tuvo el apoyo de los comandantes para las comisiones?

—Sí, sí. Por supuesto que para apoyar el trabajo había presiones intimidatorias, había aprestos militares de ambos países, de las dos partes. La Argentina desplegó inclusive hasta en la frontera, y hasta en los últimos días (Videla se refiere a diciembre del 78) pasaron algunas patrullas. Había vuelos de reconocimiento sobre terreno chileno, sobre mar chileno, pero era un poco para darle más calor a las negociaciones. Tal vez era un exceso, porque después echar atrás esas demostraciones de coraje y demás, cuesta. El hecho es que llegamos a diciembre del 78, las negociaciones cumplen su plazo, y no se llega a nada. Hasta el canciller chileno viene a decir que no hay forma de arreglo.

—¿Cubillos le manifestó que Pinochet estaba dispuesto a ir a la guerra?

—No, no. Yo sabía, a través de nuestro canciller Pastor, que habíamos fracasado. Nunca tuve un momento más molesto que ese almuerzo en Casa de Gobierno con Cubillos. No hablábamos, ninguno de los tres. El mozo entraba, salía, se escuchaba el ruido de los cubiertos. Estaba rota la negociación, no tenía sentido inclusive la comida. A partir de ese momento no quedaba otra que..., bueno, toda la amenaza de los aprestos bélicos había que llevarla adelante. Ahí yo ya no era comandante.

La temperatura en el Cono Sur presagiaba un verano fuera de lo común, y ponía en riesgo la paz de todo el continente. Un peligro inadmisible para dos estrategas del poder mundial, como lo eran —y lo son— Estados Unidos y el Vaticano, cuyos jefes subestimaban en noviembre del 78 las luces de alarma que en Buenos Aires encendían sus representantes. "¿Una guerra por dos o tres islotes helados en el Atlántico Sur? Razonaban, con absoluto desconocimiento del tema, en Roma y Washington, restándole importancia a lo que el nuncio Pío Laghi y el embajador Raúl Castro relataban en periódicos informes secretos.

Desesperados por la indiferencia que bajaba desde el hemisferio norte, el lunes 4 o el martes 5 de diciembre[190] ambos em-

190 Los protagonistas no coinciden en la fecha exacta.

bajadores se encontraron por la tarde en el lujoso palacete de la avenida Alvear, sede de la Nunciatura, para intercambiar información. Veinte años después de esa reunión, el periodista Bruno Passarelli resaltó en su libro *El delirio armado* los detalles de la conversación que sería el disparador de febriles negociaciones posteriores entre la Santa Sede, el gobierno de James Carter, sus embajadores en Argentina y Chile, y los gobiernos de estos dos países: "Aquella tarde cada uno puso sobre la mesa, despojándose de las lógicas y humanas reservas, todas las informaciones que poseían. Estuvieron reunidos hasta la noche" (Passarelli, 1998: 28). Hacía referencia a la charla en la que Castro le confesó a Laghi su jugada más audaz: la visita secreta a Luciano Benjamín Menéndez y Carlos Guillermo Suárez Mason, los dos lanceros de la guerra en marcha.

Lo primero que escuchó Laghi fue la impresión que Castro se había llevado del jefe del Cuerpo I, a quien había visitado en los cuarteles de Palermo días antes. Según Passarelli, el representante de Carter en la Argentina definió a Suárez Mason como un "interlocutor frío, que durante cuarenta minutos, sin permitirme la más mínima interrupción, me explicó por qué la guerra con Chile era inevitable, y me subrayó, una y otra vez, que como pasa con sus subordinados también el general Menéndez y los jefes que dependen de él están de acuerdo" (Passarelli, 1998: 30).

Preocupado por la sombría visión que le pintó "Pajarito", Castro le pidió tiempo para negociar y concretar un encuentro con Menéndez en Córdoba. Propuesta que Suárez Mason aceptó, no sin antes advertir que el tiempo era mínimo: "Tiene razón, vaya a verlo a Menéndez, yo le voy a armar el encuentro, pero sepa que tiene a su disposición no más de una semana para ver si puede hacer algo"(Passarelli, 1998: 31).

Al día siguiente, en el avión de la embajada norteamericana, el embajador aterrizó en la pista de la Escuela de Aviación y en absoluto secreto se dirigió al comando del III Cuerpo para hablar con el jefe. Una semana después el diplomático le contó a Laghi los resultados de aquella entrevista, que Passarelli recuperó para su trabajo: "Le juro, monseñor, quedé tremendamente impresionado, Menéndez me dio la impresión de que ya estaba subido a su caballo blanco y, como una especie de Napoleón a la argenti-

na, dispuesto a cruzar la Cordillera para entrar en Santiago. Me repitió una y otra vez que no encontraría resistencia, pues tanto el ejército como la armada argentinos son muy superiores a los de Chile, y que todos sus subordinados están perfectamente cohesionados detrás de sus mandos" (Idem. Ant). En la misma línea que su camarada Suárez Mason, Menéndez dejó muy poco margen para preguntas, convirtiendo el encuentro en un monólogo belicista: "Casi no me dejó hablar, cuando regresé a Buenos Aires volví tan preocupado, que lo primero que pensé, antes de hacer gestiones ante personalidades más flexibles, fue venir a contarle todo, monseñor" (Idem. Ant).

Laghi atendió en silencio cada palabra de Castro, y cuando su visitante terminó de hablar, arrancó su confesión contando que él también había estado por los pagos de Menéndez, donde había escuchado las mismas versiones, aunque en un lenguaje bastante más vulgar. Los informantes de Laghi, que había viajado a Córdoba para entrevistarse con Primatesta, eran sacerdotes de la diócesis, quienes le transmitieron las bravuconadas que el comandante hacía circular por cada rincón de su comarca, y que éste repitió aquella tarde en la Nunciatura al embajador norteamericano: "Me han referido cosas alarmantes, que el arzobispo y otros prelados han escuchado de labios de Menéndez y otros oficiales de su guarnición. Por ejemplo, que a fin de año las tropas argentinas brindarán con champagne en la Casa de la Moneda y que, después, se limpiarán las botas en las aguas del Pacífico" (Idem. Ant). Como dice el libro de Passarelli, en realidad Menéndez y los suyos habían dicho que el 31 de diciembre harían el brindis en el palacio gubernativo chileno, y que después irían a "mear el champagne en el Pacífico" (Passarelli, 1998: 32).

Aunque conocía el pensamiento y la lógica de los militares, y especialmente la del comandante del III Cuerpo, Laghi empezó a preocuparse seriamente por el tema Beagle cuando le contó lo de Menéndez a Gerardo Schamis, un diplomático íntimo de Viola, quien intentó disuadirlo con una evasiva poco afortunada: "Pero, mi querido amigo, no me diga que usted le da crédito a los cuentos que le traen curitas de pueblo". La respuesta del Nuncio desarmó a Schamis: "No lo cuentan curitas de pueblo, lo cuenta Primatesta porque lo dice Menéndez" (Idem. Ant).

Apesadumbrados por una situación que llevaba al precipicio la paz antimarxista que reinaba en el Cono Sur, la charla de principios de diciembre culminó con un dato que dejó estupefacto al representante del papa Juan Pablo II. Informado a través de distintas fuentes militares, Castro le dijo al dueño de casa que solo en la primera semana de combate iban a morir veinte mil personas, y que el conflicto podía extenderse como reguero de pólvora entre las naciones vecinas: "No se descarta que en caso de que Argentina no obtuviera una rápida victoria, con la destrucción del aparato militar y económico chilenos, se produzca una regionalización del conflicto, con derivaciones catastróficas para América del Sur y, por extensión, para Occidente todo" (Idem. Ant).

Laghi escuchó con la boca abierta el baldazo de agua helada, y se quedó repitiendo para sí mismo ese número fatal: veinte mil muertos en una sola semana, "un delirio total". Pensarlo nomás le daba escalofríos. Angustiados pero no abatidos, los dos hombres se despidieron no sin antes comprometerse a hacer todo lo que estuviera a su alcance para detener a Menéndez y Suárez Mason. La misión era hartamente difícil, pero no imposible.

Sin lugar para los débiles

Un mes antes de la conversación entre Laghi y Castro, Videla y Pinochet intercambiaron cartas secretas que no lograron frenar a sus gladiadores. Se pensó entonces en la posibilidad de una mediación, pero ninguno de los candidatos cerraba. Noviembre se consumió así, buscando alternativas para convencer al tándem Menéndez-Suárez Mason-Massera de parar la pelota. Diciembre arrancó peor. Como una desesperada carrera para frenar un conflicto que había entrado en la cuenta regresiva, con los principales protagonistas moviéndose sin pausa pero sin muchas esperanzas de ver la luz al final del túnel.

Enterado de las consecuencias devastadoras que provocaría una guerra entre Argentina y Chile, Laghi jugó su carta más audaz: envió un cable cifrado al Vaticano pidiendo la intervención del Papa en el conflicto. Lo mismo hizo Castro ante el presidente Carter, que movió a sus peones en la Santa Sede para presionar a la iglesia católica a meter los pies en el barro. Al fin y al cabo, dos

países esencialmente católicos, cuyos gobiernos habían desatado una caza de brujas antimarxista desde 1973 hasta la fecha, y eran un dique de contención contra el comunismo que condenaba Juan Pablo II y el Pentágono, estaban a un paso de inmolarse por un pedazo de tierra que nadie ubicaba en el mapa.

Raúl Francisco Primatesta era presidente de la Conferencia Episcopal, y el hombre de la iglesia argentina que mejor conocía el pensamiento del general Menéndez. Como arzobispo de Córdoba era el interlocutor de la institución católica ante el jefe del III Cuerpo, a quien lo unía una relación de necesidad mutua más que de afecto y simpatía personal. El 10 de diciembre, seis días después de conversar largamente con el presidente Videla en Olivos sobre la situación con Chile, partió del aeropuerto de Ezeiza rumbo a Roma, con la excusa de participar de la quinta edición del Sínodo de Obispos (Passarelli, 1998). Y aunque el encuentro de los delegados de Dios en la tierra era cierto, su aterrizaje en la meca del catolicismo mundial tenía que ver con una misión infinitamente más urgente.

Instalado en el paraíso vaticano, después de sortear los diferentes filtros burocráticos, el arzobispo cordobés se entrevistó con Juan Pablo II[191] el martes 12, bajo un estricto secreto. Aunque el emisario argentino nunca reveló el contenido del encuentro con su santidad en la oficina que este tenía en el segundo piso del Palacio Apostólico, sus resultados se sentirían a los pocos días de su regreso a Buenos Aires, el lunes 18 de diciembre[192] (Idem. Ant).

El jueves 14, mientras Primatesta convencía al Papa de interceder para evitar la guerra, el edificio Libertador era una caldera a punto de estallar. Presidida por Viola, los generales debatían los pasos a seguir. Sin vueltas, Menéndez exigió fijar la fecha para la invasión, argumentando el fracaso de la negociación política. Suárez Mason se montó en el tópico guerrero de su camarada de Caballería. Según Bruno Passarelli, "todos hablaban a la vez, desordenadamente".

191 Elegido en agosto de ese año luego del fugaz reinado de Juan Pablo I, que murió misteriosamente envenenado.

192 Antes de embarcarse a la Argentina, Primatesta tuvo una segunda entrevista con Juan Pablo II.

En una reunión caliente, áspera, rápidamente quedó claro que Viola no podía con los duros del Ejército, y que la presión para que fijase la fecha del comienzo de las operaciones en el sur "eran mayoritarias", porque detrás de Menéndez y Suárez Mason se alinearon Harguindeguy, Riveros, Santiago y Urricarriet, además de los generales más jóvenes que estaban al frente de las brigadas, como Sassiaiñ y Centeno, dos alfiles de Luciano Benjamín, a quien Passarelli adjudica haber instado al resto a "terminar con esta pérdida de tiempo que son las charlas con los chilenos, ya que han fracasado y no llevan a ninguna parte", y a fijar, sin nuevas y ulteriores dilaciones, "la fecha" (Passarelli, 1998: 89).

Con el porotómetro a favor de Menéndez y compañía, Viola tiró sobre la mesa la última carta que guardaba bajo la manga: pidió a los generales un tiempo para ver lo que hacía el gobierno estadounidense. A través de Castro, con quien mantenía periódicos encuentros y largas tertulias, sabía que el presidente Carter enviaría una propuesta de paz a Videla y Pinochet, como ocurrió al día siguiente, aunque sin los resultados esperados.

Capitaneados por Menéndez, los generales que querían la guerra despreciaron el compás de espera y, veinticuatro horas antes del ofrecimiento estadounidense arrinconaron a Viola.

Al ver que el panorama pintaba feo en la mañana del edificio Libertador, Galtieri, que era el único comandante de cuerpo que respaldaba a Viola, pidió permiso para ir al baño. En realidad era una excusa para llamar a Vaquero desde una oficina contigua. El comandante del V Cuerpo, que en esos momentos se encontraba en el hospital militar haciéndose unos chequeos médicos, era el único general que se movía con cintura entre las posiciones de Viola y Menéndez.

En un último intento para evitar que su comandante perdiera por goleada ante quien él consideraba un rival para heredar a Viola, Galtieri mantuvo con Vaquero el diálogo que Passarelli reconstruyó en su libro: "Venite rápido, que al viejo lo tienen contra las cuerdas y se necesita tu apoyo", le dijo el comandante del II Cuerpo al ex interventor de Córdoba y compadre de Luciano Benjamín (Idem. Ant).

Pero ya era tarde. Cuando Leopoldo Fortunato volvió a la sala de discusiones, constató que el sector de Viola había quedado

numéricamente en minoría y que sus argumentos pacifistas terminarían en el tacho de la basura. La decisión de la asamblea era clara como el agua del Atlántico: la guerra sí o sí.

Atribulado por la derrota, Viola salió de la sede del Ejército para comunicar la decisión de su fuerza a sus camaradas de la Junta Militar, el almirante Armando Lambruschini y el brigadier Agosti, que se quedó en el cargo hasta ver qué pasaba con Chile. Pero, a diferencia de lo que el jefe del Ejército esperaba, la posición de los otros dos comandantes, además de la de Videla, presente en ese "Comité Militar" junto a otros funcionarios de su gobierno, fue esperar hasta agotar las últimas instancias de la negociación política.

Con el apoyo de la Junta y el presidente, alrededor de las 20 Viola regresó al edificio Libertador para informar a los generales del compás de espera abierto por la Marina y la Aeronaútica. Y aunque las voces de fastidio se alzaron, y mucho, el generalato aceptó el plazo de tiempo propuesto por el Comité Militar, pero con la condición que Menéndez explicitó como voz cantante de los guerreros: "Hasta la semana que viene" (Passarelli, 1998: 91).

Al día siguiente de la breve tregua alcanzada con los generales, Viola se reunió con Laghi para informarlo del plan de operaciones. Aunque no estaba de acuerdo con la invasión, el jefe militar se excusó con el religioso apelando a una sinceridad brutal: "Las presiones sobre el presidente son muy grandes y la intransigencia chilena no ayuda para nada. Por lo tanto no tenemos alternativa, porque si no lo hacemos, no duramos una hora más en nuestros puestos".

Antes de retirarse, Viola le propuso a Laghi que fuera a hablar con Videla, ya que él debía retirarse de inmediato. En el edificio Libertador lo esperaban decisiones importantes. Cuando llegó al palacio del Ejército, en absoluto secreto ordenó a dos de sus alfiles a que viajasen a convencer a los dos generales más belicosos. En una misión altamente compleja, el general Montes salió en avión a Chos Malal, provincia de Neuquén, para hablar con Suárez Mason, y Cristino Nicolaides a Córdoba para entrevistarse con Menéndez (Passarelli, 1998: 93).

Al momento en que las "palomas" de Viola buscaban enfriar los ánimos de "Cachorro" y "Pajarito", Laghi se trasladó a

Olivos para hablar con Videla. El presidente lo recibió y sin anestesia le informó que había firmado el decreto para la invasión a las islas del sur.

—Vea, presidente, se habla de que están las cosas muy calientes, ¿Cuán calientes están esas cosas?

—Monseñor, nosotros siempre hablamos del dia D, la hora H y demás...El dia D está fijado, la hora H empezó a funcionar, es decir el reloj de la guerra ya se puso en marcha, la cuenta regresiva se largó.

Cuando el nuncio intentó persuadirlo para detener las acciones, Videla respondió con terrenal resignación: "Monseñor, no puedo hacer otra cosa. O procedo así o nos echan y este Proceso de Reorganización Nacional va a terminar solo Dios sabe en qué... (Passarelli, 1998: 100).

Como reflejan sus palabras, Videla sentía y creía que solo él podía conducir ese proceso político. Pero Laghi no se resignaba, y volvió a insistir con otra carta del Papa, a pesar de que la primera había dejado muy mal parado a Videla ante Menéndez y Suárez Mason, porque sus palabras no habían superado el umbral de las buenas intenciones, cuando el tema requería inteligencia, audacia y estrategia diplomática. El problema argentino-chileno no era una cuestión de fe, sino pura geopolítica.

Consciente de que estaba contra la espada y la pared, Videla priorizó ante Laghi la unidad del Ejército y su lugar en el poder antes que la paz con Chile, y así se lo comunicó a su incansable interlocutor: "Al punto que han llegado las cosas, es mejor que el Papa no me escriba más, me sentiría muy incómodo porque no me encontraría en condiciones de darle certezas de ningún tipo (...), no dispongo de la fuerza necesaria para detener los acontecimientos....

—Entiendo, presidente....

—Los que la tienen son quienes quieren la guerra a cualquier precio. Pinochet está en una situación diferente, vale lo que él dice... (Idem. Ant).

La diferencia no era menor, porque en la Argentina todas las decisiones se tomaban en la corte de generales, brigadieres y almirantes, y en el tema específico con Chile, pesaban de manera decisiva las opiniones de Menéndez y Suárez Mason.

Cuando la conversación se encaminaba al fracaso, Laghi propuso una alternativa que dejó pensando a Videla: que el Papa le hablara por teléfono a él y a Pinochet al mismo momento. Una conversación triangular. Algo imposible para los usos papales, que el nuncio sólo tiró para ganar tiempo.

—Mire, monseñor, si están dispuestos a hacer algo, hágan-lo ya, no el mes que viene. Esto no aguanta meses ni semanas, yo le diría horas.

—¿Tan mal está?

—Sí.

—Bueno, ya nomás voy a mi despacho y hablo al Vaticano para contarles que esto va a la guerra nomás, sí o sí. Yo sé que Primatesta esta allá en Roma, ¿me permite que en nombre suyo también le diga a Primatesta que él también haga algo para ver si puede lograr alguna solución, todo lo que sea para evitar la guerra.

—Desde luego, sí, hágalo.

Apenas regresó a su residencia, Laghi se sentó a escribir un informe urgente a la secretaria de Estado vaticana, cuyos pasajes más importantes decían: "Sólo la Santa Sede puede ahora hacer reanudar el diálogo constructivo (...). El tiempo disponible es brevísimo: lunes o martes (era viernes) tropas argentinas ocuparán algunas islas alrededor del Cabo de Hornos, no como acto de agresión sino para afirmar derecho: si Chile, como es posible, reaccionara, será el conflicto armado. Stop" (Passarelli, 1998: 102). En otro pasaje del informe, Laghi proponía por primera vez el envío de un representante papal como mediador. Ni él imaginaba que su propuesta tendría el peso que luego tuvo en el Papa llegado de Polonia pocos meses antes.

Mientras los argentinos se preparaban para la Navidad menos feliz del siglo, y la armada de Lambruschini realizaba en Punta Alta un ejercicio de total oscurecimiento, en Córdoba, Menéndez afinaba la puntería. En un agasajo que los reservistas le organizaron a él y a los generales Maradona y Centeno, el hijo del vengador de la Patagonia trágica enfatizó que la Argentina nunca había iniciado una guerra, pero "había ganado todas las que se vio obligado a librar". Para que no quedaran dudas de que era un líder con todas las letras, antes de finalizar el encendido discurso que regaló a sus anfitriones, el más antichileno de los generales dis-

paró: "Ustedes son convocados solo cuando el clarín suena para marchar hacia el combate, que es, para el Ejército argentino, marchar hacia la victoria" (Los Principios, 21/12/78, pág. 7).

Desde la ciudad de San Rafael, donde los efectivos del Regimiento Blindado 101 Simón Bolívar estaban haciendo prácticas de tiro, Suárez Mason no quiso ser menos patriota que Luciano Benjamín, y le avisó a Pinochet que la "Argentina no va a perder sus derechos en el Atlántico, de eso nuestros compatriotas pueden estar seguros" (Idem ant).

Apenas bajó del avión que lo traía de Roma, Primatesta se subió a un auto de la Nunciatura y se fue a ver a Laghi. Al mediodía del lunes 18 de diciembre, en el palacio de la Avenida Alvear, el embajador del Papa en la Argentina lo puso al tanto de la situación, que era muchísimo más grave que cuando el arzobispo cordobés dejó la Argentina. Como los minutos valían oro, los dos dirigentes más activos de la iglesia católica redactaron un segundo cable para Juan Pablo II, en el que recogían la opinión de todos los obispos argentinos. A través de los télex de la Nunciatura y del Episcopado, el Santo Padre recibió a primera hora del martes 19 un panorama con la óptica de Laghi y Primatesta, que decidió cancelar una reunión con Castro para ir a ver de urgencia a Videla. En el mensaje, ambos religiosos volvían a insistir en la necesidad de que Su Santidad enviara a un representante para interceder ante los gobiernos de Argentina y Chile (Passarelli, 1998).

A las doce de la noche del 21 de diciembre, a pocas horas del desembarco argentino en el Atlántico Sur, Videla recibió nuevamente en Olivos a Laghi, quien desesperaba ante el silencio del Vaticano, porque el Papa no respondía la propuesta enviada por él y Primatesta dos días antes.

Notoriamente preocupado, el nuncio interrogó a Videla qué iba a pasar:

—Vamos a ir a la guerra, no hay marcha atrás —contestó el presidente, resignado.

—No puede ser, tiene que haber otra salida. Si la situación es tan grave, le prometo que vamos a movernos rápido —prometió Laghi, quien se enteró por Videla que la Infantería de marina argentina aguardaba que la tormenta pasara para invadir las islas.

No hay registros publicados de si el nuncio volvió a comunicarse con el Vaticano después de su conversación con Videla, pero al otro día, el 22 de diciembre de 1978, cuando en Roma era mediodía, en Buenos Aires las 8 de la mañana y en Santiago las 7, el Papa Juan Pablo II anunció al mundo que había logrado con su intervención detener la guerra entre Argentina y Chile.

En el mismo mes de diciembre, pero de 2006, Videla recordó para este libro las siguientes veinticuatro horas: "Al día siguiente, luego de mi conversación con Laghi, llegaron en forma simultánea a las cancillerías argentina y chilena dos telegramas con 'carácter de urgencia', a través de los cuales la Santa Sede solicitaba a ambos gobiernos detener la guerra y aceptar una propuesta de la Iglesia sobre el conflicto limítrofe".

Lo que el Papa proponía no era un arbitraje, sino una mediación, que según el ex presidente no es lo mismo: "Para que exista un arbitraje los dos países en conflicto deben solicitarlo y aceptar al árbitro. Acá lo que había era un ofrecimiento de mediación de una institución respetada por Argentina y Chile, pero no solicitada por ninguno de los dos. Era una propuesta de acercamiento de las partes, nada más.

—¿Cómo reaccionó el gobierno argentino ante ese ofrecimiento del Papa?

—Estuvimos veinticuatro horas reunidos en Olivos con todos los comandantes para discutir la propuesta del Vaticano. Yo, obviamente, quería parar la guerra, pero los comandantes no querían saber nada con eso. Tenían todo listo para invadir Chile. Mi argumento para convencerlos era que políticamente podíamos desconocer el laudo británico, pero no una propuesta de paz de las autoridades de la iglesia que representaba a la mayoría de los habitantes de los dos países. Ambas naciones éramos esencialmente católicas, y el jefe de esa institución nos ofrecía una salida negociada. Lo menos que podíamos hacer era escucharlos.

Le hablo de que estábamos en el 21 de diciembre, más o menos, la Junta y yo reunidos, discutiendo sobre la guerra que estaba... Es más, la cuenta regresiva había empezado a caminar.

—¿Entre "ellos" estaba Menéndez?

—No, no estaba. Cuando me refiero a los tres comandantes son los de la Junta. Estábamos ahí, en el edificio de la Armada,

cuando llegó el telegrama de Cancillería. Lo alcanzan y decía: 'Su Santidad insta a ambas partes a no innovar en la situación existente y a retrotraerla a enero del año 77. Y no innovar en nada que pueda significar una puesta en riesgo de la paz entre ambos, a la espera de un enviado de su Santidad, que se hará presente en Buenos Aires el día 26 de diciembre'. Ya la Navidad estaba... Ahí sí hay una discusión fuerte, en ese ámbito, los cuatro, los tres comandantes y el presidente:

Videla reconstruye con detalles aquella discusión, en la que puso su renuncia sobre la mesa: "Ellos decían 'bueno, y ahora que la patrulla ya pasó, que el buque está, que el avión está sobre el mar, los otros días una bomba que casi se le escapa'..., eehh, una posición durísima.

—¿Viola tenía una posición dura también?

—Yyyy... todos estaban en una posición que era más o menos lógica. La posición de los militares que habían dicho 'vamos a la guerra a morir o matar', y bueh, no, no vamos nada. Digamos, no era fácil. Entonces agarré yo la manija y dije 'bueno, miren, mi posición sea tal vez la más fácil: yo no mandé, yo los he acompañado en esto pero yo no mandé. Hagan una guerra, pero yo tengo que ponerme también en la situación que estoy yo, una visión política. Nos ponen servido en un plato lo que nosotros queremos, pero no queremos comprometernos pidiendo...'.

Cómodamente sentado en su sillón del living, Videla explica: "Había que hacer un pedido formal, y nosotros no queríamos hacer un pedido por temor a que el Papa nos saliera con una resolución que no nos gustara, ¿y qué hacíamos? La otra era condicionarlo, decirle 'vea su Santidad, queremos su mediación pero con estas condiciones. El Papa ni loco iba a aceptar, era una falta de respeto, por supuesto. Así que estábamos en esa intriga: queremos la mediación pero no queremos pedirla. Y acá nos venía servido, porque no era la mediación, sino un enviado que llegaba para hablar con las partes. Bueno, a un enviado sí le podíamos decir cosas".

El ex presidente repite, en voz alta y para este libro, lo que fue aquella agitada conversación con la Junta. Como ex jefe del Ejército no desconocía, claro, que Viola, Lambruschini y Agosti

eran los portavoces de sus respectivos comandantes, que no querían saber nada con la mediación. Principalmente uno: "Acá, por supuesto, Menéndez estaba jugado hasta las manijas: él era el comandante, el que había ordenado 'listo para matar mañana a los chilenos'. Él había dicho 'salimos de acá y mañana tomamos el té en Valparaíso, con las chilenas'".

La intransigencia del generalato obligó a Videla a amenazar nuevamente con la renuncia. No era la primera ni la última vez que lo hacía para presionar a los otros jefes militares, principalmente a Menéndez y Suárez Mason, los líderes del Ejército. Sin embargo, la renuncia del presidente de uno de los dos países que iba a protagonizar la guerra, era una locura. Si Videla dejaba su cargo era altamente probable que la situación interna se desmadrara, generando una conmoción política en medio de un conflicto internacional. Él era la apuesta del establishment local e internacional para una apertura gradual del régimen, y también el único que garantizaba el statu quo en las fuerzas armadas a través de Viola. Si renunciaba, el quiebre hubiera sido demasiado profundo para la moral de una tropa que necesitaba cohesión y firmeza para enfrentar un enemigo que no ofrecía grietas.

Muchos años después de aquella agitada, febril, vigilia de Navidad, Videla defendió su firmeza en la mesa del poder militar, pero sin dejar el uniforme en el placard. De haberlo hecho sabía que tendría que cuestionar duramente al protagonista de este libro: "Yo entendía a los comandantes. Ellos eran los jefes militares, los que habían dado las órdenes a sus soldados, los que tenían todo listo para el ataque y ahora tenían que dar marcha atrás. Y esta decisión no los dejaba bien parados ante sus subalternos. Pero yo insistía en que había que pagar ese costo. Era mucho más bajo que ir a la guerra".

Videla recuerda los hechos y su cara se transforma. Sus gestos son elocuencia de la desesperación que lo embargó en días alocados, cuando el país estuvo a punto de protagonizar un acontecimiento que hubiera rediseñado la política nacional y regional del momento. "Estuvimos en el umbral de una catástrofe. El plan de batalla estaba en marcha, los aprestos para el combate definidos, los aviones camuflados en los hangares, los barcos navegando hacia el sur y las tropas alistadas en la frontera. Lo que se dice:

entramos en la cuenta regresiva. Por eso siempre digo que si esa guerra no se dio, fue por un hecho providencial". Qué otra explicación podía encontrar un católico ferviente como Jorge Rafael Videla, que se bancó enfrentar a Menéndez y al resto de los generales guerreros apoyado en el ofrecimiento del pastor más importante del mundo occidental y cristiano. El mismo por el cual él y Luciano Benjamín habían masacrado a miles de compatriotas desde el poder del Estado.

Cuando la propuesta del Papa entró a la teletipos de la cancillería argentina, Menéndez se encontraba en Mendoza, en la base aérea de El Plumerillo, listo para entrar en acción en una segunda etapa, después de las primeras operaciones de las tropas que comandaban Vaquero y Suárez Mason en el sur. Sin embargo, en el amanecer del 22 de diciembre, los tres comandantes fueron convocados de urgencia por Viola. Tenían la orden de presentarse en el edificio Libertador para mantener con su comandante en jefe conferencias individuales "de máxima importancia por el desarrollo de los últimos acontecimientos" (Passarelli, 1998: 130). Con su mejor cara de perro, el jefe del III Cuerpo abordó un avión del Ejército y antes del mediodía aterrizó en el aeroparque metropolitano.

Según Passarelli, "Menéndez y Vaquero fueron vistos ingresando en el enorme edificio para recibir de Viola información e instrucciones. También otros comandantes, cuyos nombres no trascendieron" (Idem. Ant). Y aunque el libro sostiene que Viola logró aplacar los ánimos guerreros de los comandantes con la noticia del Papa, Menéndez y Suárez Mason pasaron la tarde en el edificio Libertador planteando todo tipo de objeciones a la propuesta del Vaticano, que no lograron torcer la posición de Videla:

—Si bien yo entendía a los comandantes, era preferible tragarse ese sapo que pagar el costo humano y político de una guerra fraticida. ¡Se imagina usted los daños que hubiera provocado en la región aquella guerra! Si aún hoy nuestras relaciones con los chilenos no son buenas, cómo serían si hubiera habido una guerra, con todas las secuelas que deja una guerra. No, no, había que frenar aquello de cualquier manera.

—Pero Menéndez seguía siendo uno de los principales defensores de la guerra...

—Sí, era uno de los que no toleraba frenar la acción armada, junto a Suárez Mason y Massera. Menéndez decía: 'sali-

mos a la mañana de Buenos Aires y a la tarde estamos tomando té en Santiago'. O: 'Vamos a tomar champagne en las costas del Pacífico'. Pura propaganda militar. Son cosas que se dicen para aumentar la autoestima de la tropa, propias de un jefe. Después pasó a la historia por esas frases...

Cuando Videla recuerda aquel 22 de diciembre, su rostro se embarga de preocupación. Es como si el relato alcanzara para revivir los días más difíciles de su vida, cuando todo parecía desbarrancarse: "Además, ante el mundo la Argentina iba a quedar muy mal parada. Nosotros habíamos pedido el laudo y como nos era desfavorable, lo desconocíamos. Después aparecía el Papa con una solución y tampoco íbamos a aceptarla. No. No había margen político para desconocer la iniciativa papal. Por lo menos había que estudiar el tema, ¡sabe usted el tirón de orejas que nos iban a pegar los de arriba!, y la condena mundial que el país iba a sufrir. ¡Los invasores éramos nosotros!".

Los "de arriba" no eran otros que los Estados Unidos, con quien el gobierno argentino tenía una pésima relación desde que Carter había asumido la presidencia, en enero del 77. Sin embargo, más allá de esta tirante relación por el tema de los derechos humanos, el Pentágono no estaba dispuesto a tolerar que la Doctrina de Seguridad Nacional se fuera al diablo en el Cono Sur. Videla lo tenía mucho más claro que Menéndez y por eso, en la Navidad del 78 dejó el uniforme en el ropero por primera vez y se calzó el saco de presidente para enfrentar con la política la lógica militar de "los comandantes", principalmente del jefe del III Cuerpo: "A Estados Unidos no le convenía una guerra entre dos países aliados en su lucha continental contra el comunismo", confesó el entrevistado, quien tenía una visión integral del problema regional que provocaría la guerra en América del Sur. Será precisamente esa lectura de la situación internacional la primera chispa que encienda el fuego de su relación con Luciano Benjamín.

Pasadas las 18.30 del viernes 22 de diciembre, con el respaldo de la Junta Militar, Viola firmó la orden para detener el operativo que la Infantería de marina en las islas y las tropas del Ejército en la Patagonia cordillerana estaban por iniciar. "En rigurosa clave secreta, dicha orden comenzó a transmitirse hacia el sur por los poderosos equipos de comunicaciones instalados en el edificio"

(Passarelli, 1998: 131). Aunque algunos efectivos de la X Brigada de Infantería ya habían entrado a territorio chileno, un helicóptero se movilizó hasta la zona para dar la contraorden y evitar un choque con las fuerzas enemigas.

La aceptación por parte de Argentina y Chile de parar la guerra cuarenta y ocho horas antes de la Nochebuena, era el mejor regalo de Navidad para dos pueblos recelosos, pero hermanos al fin. Sin embargo, ni por asomo la propuesta del Papa lograría que Menéndez y el resto de los comandantes desmovilizaran a sus tropas. Querían ver sobre el papel qué ofrecía el Vaticano, para recién ahí emprender o no la retirada. El límite que el grupo encabezado por "Cachorro" y "Pajarito" estaba dispuesto a aceptar, era el de siempre: Argentina sobre el Atlántico, Chile sobre el Pacífico.

Como dijo Videla en el 2006, la situación interna de ambos jefes era delicada, porque hacía un año que venían preparando a sus hombres para la guerra. Por carisma y formación no podían, de la noche a la mañana, bajarse del caballo así nomás. Menéndez no. Además, su olfato le impedía festejar. No confiaba en la mediación, y ya tampoco en la capacidad de Videla para conducir el Estado. Algo paradójico, porque él y otros generales le exigían a su presidente lo que le criticaban a Pinochet: mano dura en la gestión de gobierno, unicato en la toma de decisiones, y aislamiento internacional.

Atragantado por la bronca contenida, Menéndez no tuvo más remedio que pasar la navidad en Neuquén, junto a sus soldados. Para "mear" el champagne en el Pacífico y "tomar el té" del otro lado de la Cordillera, debía esperar que la mediación fracasara. Como antichileno hormonal que era, es posible que ése fuera el regalito que pidió a Papá Noel aquel 24 de diciembre de 1978, ya sin el porte sanmartiniano con el que soñaba cruzar los Andes para derrotar a sus enemigos de siempre.

El principio del fin

Cuando Juan Pablo II nombró al cardenal Antonio Samoré como mediador en el conflicto del Beagle, los militares argentinos empezaron a balbucear palabrotas por lo bajo. Sus esperanzas estaban en que fuera Agostino Casaroli, a quien Passarelli ubica

como "virtual canciller" del Vaticano. Pero no fue así, y el 26 de diciembre Samoré aterrizó en Ezeiza con la esperanza de alcanzar la paz. Una misión más que compleja por el desgaste de la relación, la intransigencia de Pinochet y lo enmarañado de la estructura política argentina.

El mismo día de su llegada, luego de descansar en la Nunciatura, Samoré se entrevistó con Videla y el canciller Pastor y luego con la Junta Militar en el Congreso, manteniendo superficiales sondeos con los militares argentinos. Al otro día viajó a Santiago para hacer lo propio con Pinochet y Cubillos. Como registra el libro de Passarelli, "en diecisiete días volaría más de veinticinco mil kilómetros en cuarenta y tres horas, atravesaría dos veces la Cordillera ida y vuelta, en tres ocasiones se reuniría con Pinochet y en cinco con Videla, sus encuentros con Pastor y Cubillos ascenderían a una veintena... Fueron dos semanas de encuentros, reuniones, intercambiando ideas, en las que, en más de una vez debió ponerse firme para que sus interlocutores flexibilizasen sus posiciones, y alcanzara lo que el Papa le había encomendado: firmar un documento lo suficientemente genérico, aunque no abstracto, que dejase abiertas las puertas para que Juan Pablo II se aviniese a aceptar el papel de mediador".

Aquel trajín del cardenal, que no se ganaría la simpatía de Menéndez y los duros del Ejército, fue recordado con cariño por Videla en diciembre del 2006: "¡Pobre Samoré!, iba de un lado al otro tratando de frenar la guerra. De Santiago a Buenos Aires, de aquí para allá..., y de nuevo al Vaticano...". Los gestos de cansancio de Videla eran una síntesis de las atribuladas gestiones del enviado papal, que pasó a la historia como el cardenal que frenó la guerra. "Se le dijeron todas las cosas, lo que pensábamos, las mínimas, las máximas, que esto, que aquello, y llegamos la conclusión de que Samoré había entendido", advirtió Videla en 2006.

En apretadísima síntesis, Samoré había convencido a ambos regímenes de ceder posiciones para alcanzar un acuerdo. Y aunque el texto que se firmaría en Montevideo el 8 de enero nunca fue revelado y se encuentra en el Archivo Vaticano bajo siete llaves, permitió a los presidentes de Argentina y Chile tirar la pelota afuera de la cancha y esperar que fuera el árbitro el que suspendiera el partido.

Sensato, inteligente, Videla había logrado frenar una guerra delirante, en un escenario internacional favorable a Chile. Con cintura política y algo de suerte, salió del atolladero manejando con total hermetismo sus conversaciones con Samoré y el diseño del documento, que nunca estuvo al alcance de la mirada inquisidora de Menéndez y Suárez Mason.

Sin embargo, aunque no conocía el contenido del Acta Acuerdo que el 8 de enero se iba a firmar en la capital uruguaya, Luciano Benjamín intuía que no sería de su agrado, y partió de Córdoba rumbo a Buenos Aires. Del aeropuerto Jorge Newbery habían despegado a las 17.20 Samoré y su comitiva, en un Fokker F27 de la fuerza aérea uruguaya. Pastor llegó cinco minutos más tarde y se metió en una de las dependencias de la base, sin imaginar lo que ahí ocurriría. Según el libro de Passarelli, "un cuarto de hora después aterrizaba un birreactor AE-177 del Comando de Aviación del Ejército, del que descendió, vestido con ropa de fajina, birrete reglamentario, cara de malo y un humor de los mil demonios, el general Menéndez, quien con paso rápido se metió también en la aeroestación" (Passarelli, 1998: 155). A los pocos minutos hicieron lo propio altos oficiales de la Armada. Cuando Samoré se enteró en Montevideo de la jugada de Menéndez, las pulsaciones de su corazón aumentaron como en un maratonista. "Hay que proceder rápido antes de que ese 'matto' haga de las suyas", contó el cardenal a Passarelli tiempo después (Idem. Ant). En su libro, el periodista escribe que, en Aeroparque, Menéndez mantuvo una violenta discusión con Pastor, "conminándolo virtualmente a que no viajase a la capital uruguaya y a que no firmase documento alguno. 'Trató incluso de forzar el desembarco del canciller de la escalerilla del avión presidencial', evocaría después Mariano Lorences, dirigente del Partido Intransigente". Passarelli cuenta que la reacción de Pastor fue en el mismo tono que la amenaza del comandante: "Retírese, general, yo respondo a las órdenes del presidente Videla y tengo precisas instrucciones", dijo, antes de abordar la máquina, con Menéndez maldiciendo al cielo y al infierno.

La presión de Menéndez y buena parte de los altos mandos del Ejército y las otras armas hizo que Videla volviera a cavilar y que la firma del acta acuerdo se demorara hasta pasadas las 20, cuando finalmente Pastor recibió la orden para estampar

la rúbrica. Pero el bullicio castrense siguió hasta el otro día, cuando los edificios Libertador, Libertad y Cóndor se convirtieron en calderas a punto de estallar, con febriles reuniones entre oficiales de todo calibre, y encuentros "informativos" con los distintos comandantes en jefe. Podía contarse entre los "derrotados" de ese 9 de enero de 1979 al jefe del III Cuerpo, quien al otro día regresó a Córdoba. "Mi primo estaba convencido de que nuestra gente había transado. El decía, 'este curita nos va a empomar'. Y nos empomó", dice, no sin bronca, Mario Benjamín tres décadas después. Videla se defiende apelando a Laghi, el otro gran actor de la mediación: "Es más, el Nuncio firmó una especie de certificado de que él había participado de las reuniones de Samoré con la Junta, dando fe de que Samoré había escuchado a las autoridades argentinas, que las había comprendido, y que se comprometía a transmitirlas fielmente a su Santidad. A lo mejor no se las explicamos bien, a lo mejor él no las entendió bien, a lo mejor no podía ser así. El hecho es que el tema termina mal, después, ya fuera de mi gestión".

Lejos de la vorágine de los cuarteles y pasillos donde se planificó la invasión a Chile, y luego de la mediación de Juan Pablo II, pero fino conocedor del pensamiento militar que gobernaba el país desde 1976, en la entrevista del 2007 el doctor Pellanda tradujo con precisión la vehemencia que había puesto a Luciano Benjamín, y al país, al borde del abismo: "Lo de Chile era un disparate, pero es por la manera en que se va elaborando la cabeza de un general. Ellos crecen con un sentimiento de superioridad no siempre bien fundado". Y, refiriéndose específicamente al desarrollo del conflicto del Beagle, no dudó en afirmar que Menéndez tenía "una idea anticuada de cómo se mueve el poder mundial. Estados Unidos e Inglaterra no iban a permitir una potencia militar en el Cono Sur. Eso era peligroso".

Para el último interventor cordobés del *Proceso*, el problema radicaba y radica, en que "los militares son poco cultos, llenos de fantasías heroicas. Y Menéndez representa ese ideal militar". Tanto es así, que nunca más entendería la lógica política que su amigo Videla y su enemigo Viola le imprimirían al gobierno hasta hacerlo estallar, con el caudillo cordobés al frente de una rebelión desencantada de la bestia que había ayudado a crear.

Capítulo 11
La traición

El doctor se apoya en su fino bastón de madera, y con gran esfuerzo se levanta del sillón. Despacio, tembloroso por un Parkinson avanzado, camina hasta un rincón del living de su casa, en pleno centro de Córdoba. De pronto, sin razón aparente, se detiene frente a un espejo. Al cabo de unos segundos, en un incómodo silencio, pega la media vuelta y con gran esfuerzo enfrenta a quien hace una hora lo interroga sobre el protagonista de este libro. Un miedo aparente invade su rostro. Se exalta, como si lo que estuviera por decir lo embargara de preocupación. Sus ojos celestes se agrandan. Sus manos tiemblan. Parece asustado. La confesión de un secreto guardado durante años ha removido sus entrañas. El doctor respira profundo, toma coraje y resuelve de una vez por todas develar el misterio:

—Voy a confesarle algo que nunca le conté a nadie. Y se lo voy a contar porque usted me genera confianza, y creo que ya no tiene sentido mantenerlo en secreto.

Pellanda clava su mirada en mis ojos y antes de vomitar su verdad, advierte la fidelidad de la información:

—Esto me lo confirmó el general Sigwald, con quien yo tenía una gran confianza y una relación de muchos años.

Yo asiento con la cabeza sin dejar de mirarlo. La ansiedad me carcome. Se presume en sus gestos ampulosos los quilates de la información. Pero el anciano ex interventor vuelve a detenerse. Desconfía. No ignora que sus palabras retumbarán en el cuerpo y alma de quienes respeta y aprecia, sobre todo a quien define como "un gran gobernador". Sostengo la mirada. Pellanda sabe que no hay vuelta atrás. Traga saliva y por fin desata el nudo de su garganta:

—En el 79 hubo un plan para derrocar a Videla encabezado por Menéndez, que el Ejército abortó antes de que ocurriera.

—¿Cómo? ¿Se refiere a la sublevación contra Viola, en septiembre de ese año?

—No, no, hablo de un plan pergeñado en Córdoba que proponía a Chasseing presidente de la república, Menéndez comandante en jefe del Ejército y Romanutti gobernador de Córdoba. Pero la Side lo descubrió y lo hizo fracasar. Yo vi los papeles sellados por la Side. Menéndez era el que daba las directivas.

Ya está. Después del baldazo, el doctor respira aliviado. Con su última palabra desaparece la tensión que lo había sacudido más que el Parkinson que lo tiene encerrado entre cuatro paredes desde hace varios años. Yo insisto por los detalles de una información poderosa e inédita. Pero el dueño de casa no soltará mucho más:

—El Ejército también lo sabe. El general Sigwald, que era el gobernador de Córdoba en ese momento, me lo contó. Pero no pasó de ahí porque como le dije, Ratti, la Side descubrió los papeles del tándem antes de que empezara a germinar. Lo que ocurrió después es historia conocida: a los pocos meses Menéndez se sublevó contra Viola y quedó fuera del Ejército, Romanutti dejó la intendencia de Córdoba y volvió a Jesús María, donde tenía una feria de animales, y Chasseing, que había renunciado a la gobernación en febrero del 79 por diferencias con Martínez de Hoz, nunca más volvió al gobierno. Y eso que fue un excelente administrador, eh, lo dice Víctor Martínez en un libro suyo, donde rescata su gestión y también la mía al frente de la provincia.

Esta historia, que Pellanda reveló en 2006, seis años antes de su muerte, fue confirmada por algunos de los protagonistas, como Chasseing, quien, sin embargo, matizó los hechos en una hermética entrevista concedida en el invierno del 2007 en un bar del barrio porteño de Belgrano, a dos cuadras de su casa: "Mire, sí, hubo una movida dentro del Ejército que pensaba que yo debía hacerme cargo del gobierno. Pero no pasó de algunas conversaciones".

—¿Por qué?, ¿los servicios descubrieron el plan?

—Puede decirse que sí. No sé si los servicios, pero sí Viola, que sabía todo. El nuevo Roca.

—¿Por qué Roca?

—Por lo zorro —contestó Chasseing con una sonrisa pícara en su rostro—. Viola era un militar muy hábil, con muchas rela-

ciones políticas, amigo de Balbín, y cuando se enteró de esta operación, la hizo fracasar.

—Pero ¿a ustedes quiénes los apoyaban?

—Nadie, a mí nunca me apoyó nadie, siempre me moví solo dentro del Ejército. Siempre me mantuve al margen de ese tipo de operaciones. Por eso esa propuesta de ser presidente en reemplazo de Videla naufragó antes de empezar.

En el segundo encuentro de noviembre del 2007 en su casa, Mario Benjamín contó que cuatro o cinco generales proponían a Chasseing para suceder a Videla, y que su nombre siempre circulaba en los pasillos del poder castrense: "Cuando había que elegir a su reemplazante, primero en el 78 y después en el 81, varios generales lo teníamos como candidato. Era un hombre muy capaz, íntegro, que había hecho una excelente administración al frente de la gobernación de Córdoba. Entonces, Villarreal, que era el secretario general de la Presidencia, nos llamaba a todos los generales para pedirnos un nombre que pudiera ser el reemplazante de Videla, además de Viola, que era el número puesto. Y muchos le dijimos que ese hombre era Chasseing".

Sin embargo, a pesar del consenso que tenía entre varios de sus camaradas, el primo de Luciano descree de la versión conspirativa de Pellanda, y se fundamenta en ciertos códigos que definen, para él, a quien el doctor Pellanda incluye en la fracasada conspiración: "Una cosa es que alguien haya pensado en Chasseing, porque Chasseing fue un gran gobernador de Córdoba, a quien yo respeto muchísimo por todas sus actitudes y conductas. Se enfrentó al gobierno nacional por su provincia, y por eso creo que puede haber habido gente que pensara en esa posibilidad. Ahora, no sé si Chasseing hubiera aceptado un plan viniendo de un movimiento o una revolución".

En realidad, no es que "nadie" en el generalato apoyaba al tándem Menéndez-Chasseing. Lo que pasaba es que muy pocos estaban dispuestos y en condiciones de enfrentarse a Viola, cuyas ramificaciones llegaban, como dice el ex interventor de Córdoba, a todos los ámbitos del quehacer nacional: "Viola finalmente logró imponerse y terminó siendo el presidente, porque era un hombre muy poderoso, de muchas influencias entre políticos, sindicalistas

y empresarios. Era un zorro. Y bueno, todo terminó como terminó" (Entrevista con Chasseing, 2007).

Antes de que "todo terminara como terminó", Luciano Benjamín creyó posible cambiar la historia. Confiaba en que su enorme prestigio militar bastaba para derrotar a Viola, a quien veía, equivocadamente, como el gran manipulador de Videla. Su idílica visión del poder castrense no le permitía ver que ambos funcionaban como una dupla, en la que cada uno cumplía con su libreto. Y que, más allá de las aspiraciones personales de Suárez Mason, a quien Menéndez respetaba, el sector de Videla-Viola era ampliamente mayoritario en el Ejército y principalmente fuera de él.

En este clima cada vez más denso que se respiraba en la cúpula del poder, la renuncia de su amigo Chasseing a la gobernación de Córdoba, el 2 de febrero de 1979 por fuertes discrepancias sobre la coparticipación fiscal y el plan económico de Martínez de Hoz, colmó la paciencia de quien venía caliente por la firma de la paz con Chile semanas antes, y que masticaba bronca desde hacía un año por el plan de apertura política que Videla-Viola operaban para politizar el Proceso y "eternizarse en el poder", como sugirió Chasseing en la entrevista del 2007.

Con la economía a la deriva y la represión ilegal flotando en el aire de la prensa internacional, la "cohesión" de las fuerzas armadas, y principalmente del Ejército, dejó de ser sagrada para convertirse en el principal escollo del comandante del III Cuerpo. Quien, como Suárez Mason, aprovechaba las reuniones del generalato para no disimular su fastidio con la conducción.

Cuando Viola ingresó a la sala de audiencias del edificio Libertador, entendió que la reunión del comando superior del Ejército no iba a ser tranquila. No lo eran desde hacía meses, cuando cada quince días se juntaban para analizar la situación nacional. En una gran mesa redonda, los diez generales más importantes lo esperaban en un silencio poco amigable. Como era costumbre, el responsable del arma empezó con las preguntas de rigor, a fin de interiorizarse de las novedades. El primero en hacer su exposición fue Galtieri, comandante del estratégico Cuerpo I desde enero de ese año en reemplazo de Suárez Mason, ascen-

dido a jefe del Estado Mayor para la misma fecha. A Galtieri lo siguió el general Luciano Jáuregui, su flamante sucesor al frente del Cuerpo II. Cuando le tocó el turno al comandante del Cuerpo III, éste optó por el silencio.

—¿Y usted, no tiene nada para decir? —preguntó Viola a Menéndez.

—No, yo no tengo nada que decir, ni le voy a decir nada.

—¿No trajo ninguna carpeta? —inquirió Viola sin alterarse. Estaba acostumbrado a las bravatas de su subalterno.

—No voy a contarle nada, porque con todo lo que yo traje acá usted no hizo nada. Le pedí tal cosa y no hizo nada, le pedí la otra, y nada. Entonces, no tiene sentido que hable con usted —insistió Luciano Benjamín.

Salvo entre Viola y Videla, o entre éste y Suárez Mason, los tres compañeros de promoción del Colegio Militar, el trato entre los generales era de "usted", sin tuteo.

Con cara de póker, inmutable, Viola tocó el timbre que había sobre la mesa y requirió la asistencia de su jefe de operaciones, el general Bignone, quien en una sala contigua seguía el desarrollo de la reunión.

—Dígame, general Bignone, acá está el comandante del Cuerpo III, que me dice que pidió tal cosa y nosotros no le contestamos nada ¿Es cierto eso?

—Sí, se acuerda mi general que yo le llevé la carpeta del Cuerpo III y usted me dijo que por el momento no lo íbamos a contestar, que lo íbamos a resolver después.

—¿Pero, cuándo fue eso?

—El otro día, cuando le llevé las inquietudes del comandante del Cuerpo III.

La voz de Bignone sonaba fuerte del otro lado, y todos los generales lo escuchaban. Más de uno deseaba no estar en su silla, porque la mirada fulminante de Menéndez a Viola parecía rajar las columnas del edificio.

—¡Vio, vio que tengo razón, acá nunca le dan cauce a mis reclamos! —bramó el Comandante, que aprovechó la "honestidad" de Bignone para arremeter contra su eterno enemigo.

Según el general Santiago, uno de los diez generales que ese año participaba de las reuniones como comandante de Gendarmería, Menéndez y el resto de los comandantes le pedían a Viola cosas operativas, que hacían al funcionamiento de sus comandos, y que en la mayoría de los casos, sobre todo cuando se trataba de Menéndez, el titular del Ejército no accionaba: "El tipo no contestaba nada, eso era lo normal. Por eso Menéndez tenía unas agarradas bárbaras con él. Pero no era el único. Yo lo sufrí cuando siendo director de Gendarmería, en los aprestos de la guerra con Chile, le pedí aviones para trasladar a mis hombres de la mesopotamia a la Cordillera y él, en lugar de solucionarme el problema, me mandó a hablar con Menéndez porque era el jefe del Teatro de Operaciones".

—¿Menéndez siempre chocó con Viola?

—Sí, porque Viola es un caso excepcional en el Ejército.

—A ver...

—Inclusive es sorprendente que haya llegado a general.

—¿Por qué, no estaba capacitado para ese cargo?

—No te digo mediocre..., mediocre en algunos sentidos, pero un indeciso total.

—Entonces por qué Videla lo nombra jefe del Ejército.

—Porque eran compañeros.

—Él dijo que era porque le servía para negociar, para hacer política...

—Pero política que solo él entendía.

Como cuenta Santiago, la relación entre el jefe del Ejército y el comandante del III Cuerpo era nula, o pésima, cuando existía. Pero la pica de varios generales no era solo con el que daba las directivas militares. Durante la mañana Videla también era blanco de reproches y pases de factura de sus camaradas. En esos cara a cara con el presidente, los mayores cuestionamientos venían de Menéndez y Suárez Mason, quienes criticaban con dureza la marcha del gobierno y la forma de tomar decisiones, que luego del exterminio "subversivo" entre 1976 y 1978, en el que todos se pusieron de acuerdo para matar, eran básicamente políticas. Y, como el propio Videla lo reconoció en la entrevista del 2007, la política siempre es "opinable". Sin embargo, los dardos de Menéndez

contra el presidente tenían sustento empírico: luego de tres años de gobierno militar la inflación no había desaparecido, el país se endeudaba a un ritmo alarmante, y las empresas grandes se devoraban a las medianas y pequeñas, que no podían competir ante la avalancha de productos extranjeros y la desprotección estatal. Con el incondicional apoyo de Videla y la crítica sistemática de Massera y Suárez Mason —a la que Menéndez se había sumado desde 1978—, Martínez de Hoz apostaba a la concentración y extranjerización del sector productivo, y a la especulación en lugar del trabajo. La fiebre de la "plata dulce"[193] calmaba la ansiedad de las clases medias, porque la sobrevaluación del peso frente al dólar permitía viajar al exterior y saturar los aviones con televisores y demás electrodomésticos. Pero esa fiesta se pagaba con la sistemática destrucción de la industria nacional, una política que Menéndez y varios generales empezaron a cuestionar apoyados por los sectores de la economía que quedaban relegados del modelo agrofinanciero y centralista que propiciaba Martínez de Hoz.

Además, y esto preocupaba seriamente a los altos mandos del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, las presiones internacionales por la represión ilegal cobraban fuerza en Europa y Estados Unidos, porque el drama de los desaparecidos era una mentira imposible de sostener en el tiempo. Sobre todo porque Massera, ya retirado y lanzado de lleno a la política, erosionaba el poder de Videla y el Ejército con la promesa de publicar una lista de detenidos desaparecidos. Una mentira tan grande como la fortuna que, dicen, el almirante le había arrancado a varios de sus secuestrados de la Esma.

Consciente de que el escenario externo ahogaba financieramente a un país necesitado del crédito internacional para funcionar, Videla aceptó en abril recibir a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, por expreso pedido del gobierno de Jimmy Carter. Una carta que Videla jugó para descomprimir el frente externo, pero que enfureció a Luciano Benjamín y a su camarada Suárez Mason, quienes aprovechaban las reuniones quincenales

193 Popularmente se definió así a la pulsión consumista producida por la apreciación del peso en relación al dólar, que hacía que la gente viajara al exterior y comprara todo tipo de bienes superfluos y electrodomésticos. Y la tablita fue una pauta de devaluación del peso argentino en relación al dólar. Pero la inflación fue más que la devaluación programada.

con Videla y Viola para hacer oír sus críticas ante lo que consideraban una agachada de su presidente: "En esos encuentros con Videla, las peleas más feroces eran con Suárez Mason, quien más de una vez se levantó pegándole puñetazos a la mesa", recuerda Santiago en el invierno del 2008. Según el octogenario general y amigo de Luciano Benjamín, "uno imaginaba cómo iba a ser la reunión luego de escuchar cómo Suárez Mason se refería a Videla. Los términos eran 'che flaco', 'Videla' o 'señor presidente'. Cuando le decía 'señor presidente', estaba todo mal".

Tan espesa estaba la bruma en el ejército, que el entonces director de Gendarmería relató una situación que cuando ocurrió sonó apocalíptica, y que años después se revelaría premonitoria: "Yo lo defiendo a Suárez Mason, porque recuerdo que una vez lo enfrentó a Videla y le dijo: 'vos vas a hacer que nos caguen a patadas y nos metan a todos en la cárcel. Y yo a la cárcel no voy más'". La indignación de uno de los emblemas represivos del *Proceso* no obedecía a su mal carácter. Salvo Videla, Viola y Galtieri —que ya operaba para sucederlo en la comandancia del Ejército—, el resto de los generales intuía que si el gobierno fracasaba en materia política y económica, en algún momento ellos iban a tener que responder por las atrocidades cometidas en la represión ilegal. La única posibilidad de no hacerlo era que el *Proceso* fuera un "éxito" al estilo Pinochet, que había creado su propio partido político para garantizarse la impunidad futura.

Tanta era la furia de "Pajarito" para con Videla, que en una de esas reuniones que Santiago recuerda como si fuera ayer, el amigo de Balbín salpicó con su bronca a los enemigos, pero también a los amigos: "Cuando el tío de este señor —y miró a Menéndez—, nos dijo que íbamos a tirar a Perón para arreglar la república[194], creí que realmente íbamos a hacerlo. ¿Y qué hicimos? Nada, tres años de cárcel. ¿Y quién fue a verme a la cárcel? Nadie, solo mi mujer, porque mis hijos estaban recién nacidos. Los demás se borraron todos. De modo que yo a la cárcel no voy más, y si voy

194 Se refería al levantamiento que el general retirado Benjamín Menéndez encabezó el 28 de septiembre de 1951 para evitar que Perón fuera elegido presidente por segunda vez. En ese grupo, que representaba a los sectores más liberales del ejército, se encontraban además de Suárez Mason el teniente coronel Lanusse y el coronel Sánchez de Bustamante, ambos muy vinculados al radicalismo balbinista.

a la cárcel o me quieren meter en la cárcel, el responsable sos vos', le gritó a Videla".

Cuando lo cuenta, Santiago alza la voz y no duda en defender a Suárez Mason. Y no tanto por una afinidad ideológica con quien también aspiraba a la presidencia apoyado por los radicales, sino porque él era uno de los que pensaba, como Menéndez, que la cosa "iba mal".

—Y Videla qué decía.

—No decía nada, Videla es un buen muchacho, muy ilustrado, a mí me trató bien, es un tipo muy agradable, respetuoso, pero las cualidades en esos cargos tienen que ver con la personalidad, con las pelotas. Hay que tomar responsabilidades que él no tomaba.

—¿Y Menéndez tenía "las pelotas", como usted dice, para ser comandante en jefe del Ejército?

—Y yo digo que sí, porque hubiera hecho algunas cosas que quizás hubieran puesto en marcha el Proceso. El Proceso se hizo porque con la señora de Perón no íbamos para ningún lado.

Los problemas surgieron cuando la euforia del Mundial y el ajetreo militar con Chile abrieron el velo de la situación nacional, y algunos generales empezaron a madurar que los costos materiales —no humanos— de la política "videlista", eran altísimos, y que ni siquiera ellos estaban en condiciones de soportarlos. Cuando el más temperamental de esos jefes cayó en la cuenta de que en lugar de un "moño", estaban dejando un desastre a las futuras generaciones de argentinos, su alarma empezó a sonar. Incitado, claro, como siempre, por aquellos sectores civiles que no cuajaban en el modelo elitista del ministro Martínez de Hoz.

Ensimismado en su fama de guardián occidental y cristiano, de garante incondicional del liberalismo económico pero no del especulativo que venía destruyendo la economía argentina, Luciano Benjamín empezó a agitar las aguas de un barco a la deriva. Estaba convencido de que su aura inmaculada alcanzaba y sobraba para sacudir a una tripulación que ya no creía en su capitán. Lo que no calculaba era que muy pocos estaban dispuestos a arrojarse al mar para enfrentar la tormenta.

Los rumores volaban. Era imposible disimular los cortocircuitos entre la dupla Videla-Viola y los otros dos pesos pesados del Ejército: Suárez Mason y Menéndez, que se movían con absoluta independencia del poder central. Tampoco eran un bálsamo los estados mayores de las otras dos fuerzas, cuyos jefes se sumaban a las críticas de un plan económico que no levantaba vuelo y aglutinaba de a poquito a los dirigentes políticos y gremiales, que volvían a juntarse luego de un larguísimo invierno.

En medio de un malhumor social generalizado, el coronel Mario Benjamín Menéndez viajó a Córdoba para hablar con su primo. En el centro del poder del comandante, los Benjamines conversaron largo y tendido. En ese encuentro, el entonces director de la Escuela de Suboficiales de Campo de Mayo escuchó al general todopoderoso blasfemar contra Viola. Aunque el mayor de los primos seguía siendo un líder muy respetado en los cuarteles, el menor lo encontró "descolocado" ante los coqueteos de Viola con Suárez Mason. Según Mario Benjamín, "Luciano se sentía lejos del poder". Y tenía razón, porque entre el comandante en jefe del Ejército y su jefe de Estado Mayor había un denominador común que no incluía al mandamás del III Cuerpo: la habilidad del "Zorro" y el "Pajarito" para las trenzas políticas, y el domicilio laboral de ambos en Buenos Aires, donde reside el poder real y se cocina la política que conduce los destinos del país. Córdoba era una provincia importante y el III Cuerpo una jurisdicción militarmente muy poderosa, pero seguían siendo el "interior". Encima, Menéndez cargaba sobre sus espaldas las bravuconadas de la guerra con Chile, que lo habían convertido en un jefe "peligroso" para la opinión pública, y una especie de monstruo para el gobierno norteamericano (Documentos de la Embajada de Estados Unidos, 1978).

Esas "sensaciones", que anticiparían su final en el Ejército, Luciano Benjamín se las contó a su primo Mario en una extensa conversación personal, que este contó en el 2007 al autor de este libro: "Él sentía como que poco a poco iba quedando descolocado. Entonces yo le digo: 'mirá Ñato, yo te voy a decir una cosa. Estoy muy convencido y varias veces hemos hablado del tema: si vos estás pensado en hacer algo, creo que tenés que pensar, cuando lo hagas, así te vaya bien, que el Ejército va a quedar quebrado. Y una vez que estemos quebrados, nosotros no duramos ni

tres meses. Si vos querés que el Proceso llegue a buen término, te la tenés que comer'".

—¿Usted ya olía lo del levantamiento?

—Sí, porque todas las cosas que fueron pasando entre el 78 y el 79 lo van poniendo a mi primo en una actitud enfrentada hacia Videla y Viola. Igual, él creía en una cierta inocencia de Videla, su visión era que Viola lo influía mucho, llevándolo a hacer esto y aquello.

Como cuenta Mario Benjamín, Menéndez, Luciano no podía evitar ponerse furioso cuando hablaba de Viola. A un año de su nombramiento al frente del Ejército, seguía sin poder digerir la elección que había hecho Videla. "La vivía como una traición, porque pocos como Luciano en el generalato se la habían jugado tanto para defenderlo a Videla en contra de Massera, que quería ser presidente".

Las preocupaciones del futuro gobernador de Malvinas aumentaron cuando una noche fue a cenar a la casa del jefe del III Cuerpo, y se topó con una escena típica del mundo militar argentino desde 1930 en adelante: "Yo llegué para cenar y había dos o tres militares de su jurisdicción. Después me enteré de un montón de otras reuniones con un montón de tipos que después se cagaron. También había civiles. Todos hablaban en contra de la política de Martínez de Hoz, de esto, de lo otro..., era un mensaje muy tentador, muy convincente para alguien que, y eso no se lo podrá sacar nadie a él, amaba y ama entrañablemente a su país. Entonces Luciano se veía un poco como el salvador. Es lo que le digo, Ratti: la tentación que tenemos todos después de haber pasado por el Colegio Militar y haber leído sobre San Martín. San Martín liberó la patria, ¿y después? Ojo, después han hecho cosas fantásticas unos Koning, como vicepresidente, un Savio, vicepresidente también, pero desde que nos empezaron a laburar políticamente y apareció Perón, alguien dijo: ah, también se puede".

Alertado del carácter de quien mandaba sobre un tercio del país, esa noche en Córdoba, Mario Benjamín le bajó el pulgar a los aires levantiscos del dueño de casa: "Después, cuando volví a Buenos Aires, le dije a mi mujer: 'estoy preocupado porque lo veo al Ñato muy embalado y lo embalan".

—¿Eran políticos los que lo "embalaban"?

—No, el que estaba ahí junto a otros dos o tres civiles era un industrial, un tipo muy bien, que parecía bien intencionado, creo que de apellido Sánchez. Y, por ejemplo, este hombre, que creo trabajaba en Fiat, decía: 'En el país no se puede hacer cualquier cosa, nosotros tenemos que cuidar a nuestra industria, alentar el capital privado pero un capital privado que tenga un sentido nacional'. Se oponía un poco a Martínez de Hoz.

Aunque no lo decía públicamente, Menéndez, Luciano estaba —como la mayoría de los industriales de Córdoba—, desilusionado de la situación económica del país, que no encontraba el consenso que militares, políticos y empresarios esperaban. Pero su objetivo seguía siendo Viola. Pensaba que desplazando al titular del Ejército, él o Suárez Mason podrían influir, por la estructura de poder de la Junta, sobre Videla. Sin embargo, el jefe del III Cuerpo no analizaba lo que sí hacía Mario Benjamín al momento de leer la realidad de entonces: "Lo que pasa es que uno a veces puede creer, y creo que eso le pasó al Ñato, que el prestigio del que goza sirve para todo. Y por ahí no sirve para todo. O en determinadas circunstancias juegan otros valores, otras relaciones. Entonces, gente que a lo mejor pensó lo que yo pensaba, que si hacíamos un quilombo y partíamos al Ejército en dos, o al final en tres, ¿en qué iba a quedar todo? Y lo que ya era subyacente, de que había diferencias en las fuerzas armadas sobre la conducción del Proceso, iba a quedar evidente. Disculpe la terminología, pero lo culos que quedan ardiendo en determinados momentos pueden querer reponerse después. Y eso es lo que le pasó. Cuando ocurrió lo que ocurrió, yo después lo llamé de acá, desde Campo de Mayo, y él me dijo: 'mirá, como tantas veces, primo, creo que esto no va bien, y vos no te metas, tiene que quedar un Menéndez en el Ejército'. Yo era coronel. Tanto que a fin de ese 79 pensé que mi ascenso podía quedar en el camino".

—¿A usted lo ascendieron ese año?

—Sí, yo ascendí a general de Brigada al final del 79. Pero quedaron muchos generales, Riveros a mí me apoyó totalmente, Centeno, etcétera. Yo tenía también mi propia carrera.

El zorro se comió al cachorro

"Cuando comencé a ver que el Proceso no sólo no hacía lo que debía, sino que hacía lo que no debía, empezamos a señalar los errores, recordar los objetivos, discutimos con acritud, etcétera. La respuesta generalmente era el silencio o la indiferencia. Cuando vi que el Proceso se desviaba netamente, me sublevé", dijo el general Menéndez a la periodista Cristina Wargon, en un reportaje publicado en el diario *Tiempo de Córdoba* el 19 de enero de 1983, cuando todavía se sentía parte de la contienda política, soñando con ser candidato de alguna fuerza de derecha que participara de las elecciones generales que el 30 de octubre consagrarían a Ricardo Alfonsín como el primer presidente de la democracia recuperada.

En esa charla en su casa de Bajo Palermo, todavía lejos de los tribunales ordinarios que años después empezarían a acecharlo para que admitiera sus crímenes, Menéndez hizo una buena síntesis de lo que su camarada y amigo Santiago, y su primo Mario Benjamín, contaron para este libro: las profundas diferencias políticas que absorbían las reuniones del generalato a lo largo de todo el 79 y que anticiparon, o explicaron, el levantamiento de septiembre: "Fíjese hasta qué punto las Fuerzas Armadas no estaban de acuerdo en cosas fundamentales, que un comandante de cuerpo, después de hablar en la mesa de generales, insistentemente durante meses, tuvo que sublevarse. Le digo esto porque me parece que usted —en referencia a Wargon—, está interpretando que las Fuerzas Armadas han sido absolutamente solidarias con lo que ha pasado, y no hay tal".

En la entrevista del 83 Menéndez no mentía. Tres años antes de ese reportaje, y luego de la misma cantidad en el ejercicio del poder, las visiones del Ejército, la Armada y la Aeronáutica sobre el futuro del *Proceso* eran diferentes, y hasta contradictorias en muchos aspectos. Pero en 1979 el jefe del III Cuerpo, que creía representar a una parte importante del Ejército, carecía de la visión política y estratégica que sí tenían Viola y Videla. Y no solo en relación a la situación interna, donde los partidos políticos iban reacomodándose al ritmo del fracaso militar, sino, y sobre todo, en el plano internacional, donde la Argentina estaba cercada por las atrocidades del terrorismo de Estado, que Menéndez se nega-

ba a reconocer, porque las creía el mejor y más invalorable servicio a la patria.

Septiembre del 79 arrancó con olor a podrido en el gobierno. La Casa Rosada y el Congreso, donde "sesionaba" la Junta, eran un hervidero. Luego de tres años y medio en el gobierno, la estructura de poder del *Proceso* seguía siendo la misma que el 24 de 1976 instituyó lo que Videla definió como una "dictadura colegiada". De ahí que nadie en las fuerzas armadas podía, ni debía, ignorar que los días por venir serían agitados, difíciles.

Absorbidos por el temporal en puerta, un estado de nerviosismo embargaba a Videla, a los miembros de la Junta Militar, y al resto de los jefes militares. Como resultado de una fuerte presión en diferentes ámbitos internacionales y diplomáticos, la cúpula del poder castrense se aprestaba a recibir a los integrantes de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA.

La comisión especial aterrizaba en el país para analizar in situ las graves denuncias por violaciones a los derechos humanos que circulaban en Europa, México y Estados Unidos en boca de los exiliados políticos. Los que se salvaron y pudieron escapar de las garras del terrorismo de Estado.

El hecho, impactante, contundente, obligaba a los generales, almirantes y brigadieres a dar alguna respuesta sobre los que no "aparecían", pero que tampoco se los daba por muertos. El famoso "no están, no tienen entidad, no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos", de Videla, que cuando se hizo público desató una feroz discusión en el Ejército, porque Menéndez y los "duros" del generalato se plantaron en contra de la visita fiscalizadora. Las colas interminables de familiares de desaparecidos, que en Córdoba se agolparon en la puerta del hotel Bristol para denunciar los crímenes, y en otras ciudades en diferentes lugares céntricos y concurridos, habían llevado al punto máximo de crispación los nervios del Comandante.

Sin medir sus palabras y mucho menos sus consecuencias políticas, el jefe del III Cuerpo y voz cantante de los "halcones" declaró a los medios de prensa que la comisión significaba una intromisión en los asuntos internos del Estado. Desde Mendoza, el

martes 18 de septiembre Menéndez oficializó su desagrado con la CIDH y con su propio gobierno: "He quedado dolorido de tener que hablar de temas de argentinos con extranjeros. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos estuvo en Córdoba invitada por el gobierno nacional. Por esa razón, yo, como oficial superior de las fuerzas armadas, y en cumplimiento de órdenes recibidas, acepté un pedido de audiencias que había formulado esta Comisión, para dialogar con los miembros de la misma y responder a sus inquietudes. Estas inquietudes, debo decirlo, están basadas en falsas denuncias de malos argentinos" (Los Principios, 10/09/79, pág.1).

Asimismo, el comandante echó más leña a un fuego que ardía desde hacía rato en el interior del Ejército: "La Comisión no quiso recibir denuncias de la gente que fue efectivamente agredida en sus derechos humanos por la delincuencia subversiva, por lo que pienso que el cuadro de la realidad argentina que se han de llevar no va a ser exacto" (Idem. Ant). Entrando de lleno en lo que había sido su encuentro con los integrantes de la CIDH, repitió la mentira que sostiene desde hace treinta y siete años: "Les expresé con toda claridad que en mi jurisdicción ni las fuerzas armadas ni las policías que actuaron a mis órdenes vulneraron ningún derecho humano. Estos derechos los argentinos los conocemos desde nuestro nacimiento, puesto que somos la primera nación americana que abolió la esclavitud, los derechos nobiliarios, y señaló la igualdad entre los hombres desde el año 1813" (Idem. Ant). Haciendo gala de su temeridad, defendió lo que pocos años después se revelaría como un genocidio contra su propio pueblo: "Hemos aplicado nuestra fuerza con toda la energía necesaria, pero dentro del marco de las normas legales preexistentes, y en respuesta a una guerra declarada por la subversión comunista. En este sentido creo que fui lo suficientemente claro al plantear el carácter internacional de esta agresión comunista, y la respuesta que dieron las fuerzas legales, que, por cierto, no podía terminar de otro modo que como terminó, con la derrota de la delincuencia subversiva" (Idem. Ant).

Con su griterío Menéndez no apuntaba solo a quienes consideraba "agentes del comunismo internacional". Las fuertes declaraciones contra la CIDH eran, también, una inmejora-

ble oportunidad para presionar a su presidente y sobre todo a Viola, a quien consideraba "un pícaro que en lo único que piensa y para lo cual trabaja es para suceder a Videla en la presidencia" (Entrevista con Menéndez, Mario, 2007). Sin embargo, a pesar de estos cada vez más violentos enfrentamientos públicos en el corazón del Ejército, las autoridades de la CIDH abandonaron el país con un voluminoso material sobre la represión ilegal, logrando que por primera vez desde marzo del 76 el drama de los desaparecidos fuera abordado oficialmente por los que habían asaltado el poder tres años y medio atrás. Lo que en el mundo se conocería como "la muerte argentina" conseguía esta vez colarse en la agenda pública del gobierno militar, que ya no podía ignorar y mucho menos disimular el terror que vivía la Argentina desde octubre del 75 a la fecha.

Pero la CIDH no era el único frente abierto. Por esos días, y luego de múltiples presiones encabezadas por el presidente norteamericano James Carter, buena parte de su Parlamento y poderosas organizaciones judías que hicieron lobby en contra del país, la Junta Militar debía resolver el "caso Jacobo Timerman", clasificado por Menéndez y otros generales como "ideólogo y financista de la subversión" (Entrevista con Videla, 2007).

A partir de un fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, que no encontró una sola prueba en contra del famoso periodista, ex director del diario *La Opinión* el Poder Ejecutivo no tuvo otra opción que dar por finalizada su prisión domiciliaria y ponerlo en libertad, además de permitirle que abandonara el país luego de dos años de torturas, cárcel y expropiaciones patrimoniales. Ese acto de justicia a medias ocurrió finalmente el martes 25 de septiembre, luego de que el régimen que Videla encabezaba lo expulsara del país no sin antes arrebatarle la ciudadanía argentina.

La visita e inspección de la CIDH, la liberación de Timerman, y el permiso otorgado al ex presidente Cámpora para que atendiera su cáncer en México luego de tres años y medio de encierro en la embajada de este país, terminaron por minar la confianza de uno de los alfiles hacia el rey. La cohesión de las Fuerzas Armadas, que había sido el objetivo más preciado, por el cual se habían dejado

de lado los proyectos políticos de Videla y Massera el año anterior, se resquebrajaba, aunque sus efectos no fueron los esperados por su inspirador. "Si eso se rompía, el Proceso se iba al diablo", diría Mario Benjamín en la segunda entrevista, en noviembre de 2007. Pero a esa altura la cohesión era aparente, porque el murmullo interno era ensordecedor. Las diferencias de uno de sus referentes con el tándem Videla-Viola eran irreconciliables, y empezó a preparar su propia batalla. Al "comunismo internacional" se sumaba otro enemigo: su propio comandante en Jefe.

"¡Estoy cansado de las maniobras de Viola. No puede ser que maneje el Ejército y el país a su antojo y que Videla no haga nada para impedirlo. Esto se tiene que acabar, o lo que se va a acabar es el Proceso!", bramó el general Menéndez ante sus oficiales, que, mudos, escuchaban los planteos de su jefe (Entrevista con Menéndez, Mario, 2007).

Convencido de que había llegado la hora, citó a casi todos los jefes de las unidades militares que componían la jurisdicción a su cargo. Unos diez oficiales de estado mayor integrado por dos generales, seis coroneles y dos tenientes coroneles. Y aunque el "Cachorro" era un general que consultaba con sus oficiales de confianza sobre distintas cuestiones militares, dicha práctica comenzó a intensificarse durante el 79. "Menéndez viajaba mucho, recorría todas las unidades, se reunía seguido con sus jefes de regimientos y brigadas, hacía ejercicios, amaba la vida militar. Así fue los cuatro años que estuvo como comandante del Tercer Cuerpo" (Entrevista a Giamberardino, 2007).

Promediando septiembre, el general que iba invadir Chile un año atrás organizó una reunión especial con los jefes de su tropa. No hubo radiogramas ni memos oficiales. Tampoco se utilizó el teléfono. La metodología esta vez fue tan vieja como segura: un oficial de la más íntima confianza del comandante hizo de mensajero personal, visitando en menos de una semana a cada responsable de unidad para transmitirles el mensaje "reservado" y "secreto". Y aunque el mensajero no adelantó nada sobre los motivos de su viaje, todos adivinaron que la reunión en el comando del III Cuerpo era para confirmar el día D y la hora H de lo que en

privado y en forma individual, Menéndez les venía planteando a cada uno en reuniones personales a lo largo de todo el semestre en su despacho del primer piso. La venganza del caudillo se había puesto en marcha.

¡¡¡Riiiiinnnnggggg, riiiiiiinnnnggggggg, riiiiinnnnggggg!!!

El teléfono del teniente general Roberto Viola en el Congreso no paraba de sonar, hasta que por fin su secretario privado atendió:

—Hola, ¿quien habla?

—Habla el general Martella, desde Córdoba. ¿Está el comandante?

—Sí, ya le paso, un momento por favor.

—Aquí lo espero, gracias.

Luego de unos minutos, el representante del Ejército en la Junta dejó a sus comensales esperando, y marchó a atender la llamada de uno de sus hombres de confianza.

—Luis, qué pasa, estoy con gente.

—Roberto, te llamo porque Menéndez anda organizando algo y me parece que nada bueno.

—Algo como qué.

—No sé..., alguna acción militar... todavía no tengo precisiones, pero me huele mal.

—Por qué lo decís, de qué te enteraste, ¡hablá carajo!

—No hay nada confirmado todavía, pero en algo anda. Me resulta muy llamativo que se junte tan seguido con los jefes de unidades a su cargo menos conmigo, con la excusa de que está organizando ejercicios militares. Algo está tramando, yo no me chupo el dedo.

—Porque sabe de qué lado estás, no es ningún boludo.

—Sí, pero yo soy el comandante de la IV Brigada, la más importante del III Cuerpo. Además, vengo escuchando comentarios, cosas que se dicen... vos sabés mejor que yo que es un jefe muy respetado, lo admiran. Nadie se anima a enfrentarlo ni a contradecirlo en persona, son capaces de seguirlo hasta la muerte, aunque sea por cagones.

Viola se quedó dubitativo, incómodo por la versión que acababa de transmitirle uno de sus hombres de confianza. Pocos como él conocían el carácter de Luciano Benjamín, y el fastidio que arrastraba desde que Videla le negó la posibilidad de ser el comandante en jefe. Si había colocado al general Martella en ese puesto, a Podestá en la V Brigada y a Lépori en la VIII, era justamente para controlar al jefe del III Cuerpo.

—Dejame averiguar, vos pará las orejas y avisame de cualquier movimiento.

En el más estricto silencio, los oficiales aterrizaron en la escuela de aviación militar a borde de un avión Tiwn Auter del Ejército, y desde allí se trasladaron en autos oficiales al edificio del Comando. Salvo los saludos de rigor, nadie decía una palabra. Esa era la orden recibida. Para no levantar sospechas, la excusa "oficial" de todos los jefes ante el Estado Mayor era la misma: organizar en el ámbito del III Cuerpo una serie de ejercicios militares ante el peligro latente que seguía siendo Chile, país con quien se había evitado una guerra nueve meses atrás, pero con quien nunca se podía bajar la guardia. Menos si el jefe militar de una frontera de 2500 kilómetros era un antichileno perro como Menéndez. "Como los chilenos no eran de fiar, y mucho menos bajo el mando de un ladino como Pinochet, que demostró ser un traidor en las negociaciones con Videla por el asunto del Beagle, la coartada chilena tenía sentido y Viola no tenía por qué desconfiar, a pesar de que el enfrentamiento entre mi primo y él era público y evidente" (Entrevista con Menéndez, Mario, 2007).

Con el fantasma de la guerra siempre latente, Menéndez Luciano aprovechaba para no quedarse quieto. Descontaba que la propuesta del Papa Juan Pablo II no sería beneficiosa para los intereses argentinos. Por eso, mientras en Buenos Aires Videla y la Junta discutían cómo enfrentar la visita de la CIDH, el fallo de la Corte sobre Jacobo Timerman y el permiso para que el ex presidente Cámpora abandonase el país, en Córdoba su caudillo militar no dejaba de conspirar. Contra reloj afinaba lo que sería su golpe mortal contra el "Zorro" Viola y sus ambiciones políticas. Confiaba en que eso abriría los ojos a Videla y lo obligaría a cambiar el rumbo del gobierno. También sería una señal para

Martínez de Hoz, a quien muchos generales le habían retirado la confianza, más allá del respeto personal por quien era un símbolo del liberalismo argentino. Con los ojos llenos de furia, mirando a la cara a cada uno de los oficiales que lo escuchaban sin pestañear, el entonces amo y señor del III Cuerpo vomitó una andanada de críticas e insultos sobre el titular del Ejército: "En lugar de pensar en el futuro del país, lo único que le importa es llegar a presidente. No sé cómo Videla no se da cuenta y permite que Viola utilice su cargo de comandante con el único objetivo de fundar lo que no es otra cosa que el 'partido de los amigos'. De seguir ese camino no solo va a conseguir que la subversión se recupere de la derrota sufrida en el campo militar, sino que ¡va a destruir al Ejército, principal bastión de la Nación y del Proceso!" (Entrevista con Menéndez Mario, 2007).

Amilanados por la vehemencia de la exposición, la decena de oficiales que lo escuchaban no atinaban más que asentir con sus cabezas las llamaradas que salían de la boca del comandante. El liderazgo de Menéndez era indiscutido. Su ascendencia en la tropa, absoluta. El respeto que despertaba era su garantía de obediencia ciega frente a cualquier orden suya. Nadie se animaba a contradecirlo en persona. Menos ese día, que lo vieron desencajado. Salvo el general Santiago, a quien Menéndez escuchaba cuando éste había sido su segundo comandante en el 77, el resto de los generales o coroneles que integraban su Estado Mayor no opinaban en contrario de su jefe. Por lo menos no frente a él. "Los abrumaba su seguridad y su capacidad de mando", repite Giamberardino cuando rememora sus años de ayudante privado.

Sin embargo, a muchos la cosa no terminaba de cerrarles. Por supuesto, ninguno se animó a plantearlo esa tarde en el III Cuerpo. Por obediencia o natural debilidad ante un jefe sin fisuras, sus oficiales aseguraron su participación en el complot. Antes de regresar a sus unidades de provincia, el plan quedó trazado: al amanecer del 28 de septiembre de 1979, todas las unidades marcharían hacia Córdoba para exigir desde la cabecera de jurisdicción la renuncia de Viola.

Aunque con poca planificación, la movida sería para su ideólogo una gran demostración de fuerza y un hecho de altísima repercusión nacional. "Con esta operación, Menéndez iba a po-

ner en jaque al Ejército todo, no solo a la autoridad de Viola, que en realidad era el objetivo. Era consciente de que una operación de esta envergadura podía generar un cisma en la institución. Si se demoró tanto en concretarla, fue porque sabía que la maniobra era riesgosa para la cohesión de las fuerzas armadas, la columna vertebral del gobierno" (Entrevista con Menéndez Mario, 2007).

El clima en los cuarteles no era el mejor en los días previos al comienzo de la primavera. Aniquilado el "enemigo subversivo" a principios del 77, superado momentáneamente el conflicto con Chile, el problema se había instalado en seno del ejército, donde las peleas por el poder se agudizaron y la desconfianza entre sus jefes alcanzó niveles insospechados años atrás. Uno de ellos, el tercero en importancia después del comandante del III Cuerpo, recibió una visita impensada en su despacho de camino a la Calera. Un alto oficial del Estado Mayor del general Menéndez quería hablar con el comandante de la IV Brigada. La charla, de unos pocos minutos, fue suficiente para el titular de los paracaidistas, que escuchó lo que tanto lo inquietaba:

—Menéndez piensa sublevarse contra Viola.

—Cómo lo sabe.

—Soy parte de la rebelión.

—¡Pero ustedes están locos!, no se dan cuenta que sería un golpe tremendo para el Proceso. ¡Cómo se van a sublevar contra el representante del Ejército en la Junta! ¡Qué quieren, a Massera presidente!

—El general Menéndez nunca lo permitiría, es fiel a Videla pero no a Viola, que lo único que le importa es sucederlo en la presidencia, aun al precio de destruir al Ejército. Y eso no lo vamos a tolerar.

—¿Cuándo piensan entrar en acción?

—No tengo esa información, pero en cualquier momento.

—Están equivocados, todos vamos a pagar las consecuencias, el país entero va a perjudicarse con esto.

—El país hoy es el Ejército y vamos a defenderlo hasta la muerte (Entrevistas con Giamberardino, Santiago y Menéndez, Mario, 2007).

A pesar del escaso tiempo de preparación, Menéndez creía haber organizado su plan en el más absoluto secreto. Una tarea para nada sencilla después del 31 de julio de 1978, cuando Viola fue elegido por Videla para reemplazarlo al frente del Ejército en una votación muy cuestionada por un sector importante del generalato, que no creía en su capacidad para un cargo que en la Argentina militar era el escalón previo a la Casa Rosada. Por eso ni bien llegó al despacho principal del tercer piso del edificio Libertador, Viola empezó a estructurar un ejército a la medida de sus ambiciones políticas, designando en los principales puestos a hombres de su absoluta confianza: Galtieri al frente del Cuerpo I, Martella en la IV Aerotransportada de Córdoba, Vaquero en el Cuerpo V, Montes en Institutos Militares y Jáuregui en el Cuerpo II. Con este nuevo organigrama, Menéndez quedaba aislado y sin posibilidades de conspirar entre los altos mandos, ya que Suárez Mason, anteriormente de su lado, se había resignado a la jefatura del Estado Mayor y esperaba ansioso su destino en Centroamérica, a donde iría a entrenar junto a oficiales norteamericanos a los contra nicaragüense en la lucha antisubversiva[195].

Mientras la "Guerra Fría" cobraba temperatura en Centroamérica, en Argentina el ejército experimentaba la propia. Astuto, sagaz, Viola confirmaba desde Córdoba su exquisito olfato para maniobrar y operar:

—Luis, qué pasa.

—Lo que te conté Roberto, Menéndez planea sublevarse.

—¡Quién te lo dijo!

—Uno de sus oficiales de Estado Mayor. Me lo contó en mi oficina. No sé si para filtrarlo y que vos te enteres a través mío, o por pura ingenuidad, pero me confirmó el plan.

—Cuándo sería y quiénes son parte de la conspiración.

—La fecha no está confirmada, pero sería una acción de gran envergadura. No por nada se viene reuniendo desde hace meses con todos los jefes de las unidades a su cargo. Si bien no me precisó detalles, la fuente habló de una gran demostración de fuerza.

195 Suárez Mason y Galtieri fueron dos de los más encumbrados instructores de la guerra antisubversiva en la Escuela de las Américas, una institución emblemática que el ejército norteamericano tenía en Panamá, y que formó a miles de oficiales de todo el continente en la represión ilegal de sus diferentes países.

Por lo que hablé con este oficial, son muchos los que estarían dispuestos a seguirlo.

Viola no ignoraba las tremendas consecuencias que una revolución interna causaría en el Ejército, y en el gobierno mismo. Además, de ser exitosa, la jugada de Menéndez arruinaría sus ambiciones presidenciales.

Por eso ese mismo día anunció por los diarios que en el Ejército no había "blandos" ni "duros", y que todos estaban unidos en la misma "causa nacional". Tras su llegada de Chile, a donde había ido a conmemorar la independencia de ese país, Suárez Mason vertió opiniones en la prensa con el mismo objetivo. "En el Ejército no hay 'blandos'", dijo "Pajarito" en lo que puede leerse como una defensa de Viola y un mensaje para su ex rival Menéndez. Tanto Viola como Suárez Mason buscaban descomprimir, persuadir por elevación al comandante del III Cuerpo para que detuviera sus acciones. Viola no ignoraba, porque hablaba todo el tiempo con ellos, de que los políticos iban a capitalizar al máximo una sublevación contra su autoridad, erosionando un poder militar que venía rengueando por el tema de los desaparecidos desde hacía un año, y por la presencia de la CIDH en el país. Además, como nunca en ese año, la sociedad aguardaba ansiosa, y los diarios así lo reflejaban, la formalización del "plan político" de las Fuerzas Armadas, cuyo objetivo era, según dijeron Videla y la Junta, "iniciar el camino de la institucionalización democrática.

Con todos esos temas en su cabeza, sacudido por la información que le pasaba uno de sus espías, el "Zorro" Viola imaginaba ante Martella las consecuencias que la intentona golpista de Menéndez tendría en caso de resultar exitosa:

—¡Justo ahora que estamos diagramando el Movimiento de Opinión Nacional, y debemos mostrarnos más unidos que nunca!

—Sí, pero Menéndez es muy influyente entre su tropa, lo respetan demasiado, es un caudillo.

—Lo sé, pero él no sabe que nosotros conocemos su plan. Estate alerta para entrar en acción.

—Estoy a tus órdenes.

Aunque intentaban disimularlo, los oficiales comprometidos en la conspiración estaban nerviosos. Sabían que lo que esta-

ban por hacer era riesgoso. Si la operación fracasaba, sus carreras se verían arruinadas. Y si la cosa se ponía fulera, hasta la vida misma corría peligro. Sin embargo, la personalidad de su jefe era más fuerte. Frente a él, todos aseguraron seguirlo hasta la muerte. "Lo consideraban un líder militar, un tipo con huevos. A diferencia de los generales de oficina, como Viola, Menéndez era un guerrero. Si algo le sobraba, eran agallas. Por eso en el Ejército los soldados lo admiraban, y los que no, lo respetaban por sus aptitudes de comandante, que eran innegables", aseguró en el 2007 Giamberardino, quien reveló para este libro los detalles que Menéndez les confió a sus oficiales en 1979:

—Vamos a concentrar todas las unidades en Córdoba y desde aquí vamos a pedirle la renuncia al cargo de comandante en jefe. Cuando Viola vea que la tercera parte del Ejército no lo respalda, no le va a quedar otra que pedir el retiro.

Las palabras del general Menéndez sonaban firmes, seguras.

—Además, la Gendarmería a través de su comandante me garantizó su total respaldo a la operación, por lo que las posibilidades de éxito son muchas.

—Pero mi general, si Viola...

—¡Coronel, le pido por favor que no me interrumpa!

Menéndez hablaba sin parar, ni siquiera un bocadillo dejaba para sus oficiales.

—Conozco como nadie en este recinto el pensamiento de nuestro comandante en jefe. Les aseguro que hay muy pocas posibilidades de que tengamos que entrar en acción. Apenas se vea desafiado, Viola va a intentar negociar, así lo ha hecho siempre. No creo que exponga al Ejército a un inútil derramamiento de sangre. Sería un suicidio para el Proceso.

—Puede que usted tenga razón, mi general, pero creo que está muy confiado en que Viola no va a reprimir el alzamiento. Qué hacemos si decide defenderse. Al fin y al cabo, él es el que maneja el Ejército y el que tiene el poder.

—Pero nosotros tenemos nuestras convicciones y no vamos a traicionarlas. Hay que resistir hasta que entienda que no es el jefe legítimo para el cargo que ocupa. Nunca lo fue. Si está ahí es por su habilidad para manejar a Videla, quien lo terminó nom-

brando para negociar con los otros comandantes. Pero eso les sirve a ellos, no al Proceso.

—Sus hombres de confianza van a defenderlo. Además, muchos de ellos son enemigos suyos y van a aprovechar esta situación para eliminarlo, general —le advirtió uno de sus hombres.

Los "enemigos" no eran otros que los generales Galtieri, Montes, Jáuregui, Bussi, Podestá, Lépori y Martella, que detestaban a Menéndez. El único incondicional que el jefe del III Cuerpo tenía por esos días era su segundo, el general Jorge Maradona. Y si bien Suárez Mason había sido hasta la frustrada guerra con Chile un aliado estratégico, el entonces jefe de Estado Mayor había entendido las relaciones de fuerza dentro del Ejército, y sus cañones apuntaban a Centroamérica, a donde corrían cientos de miles de dólares que la CIA hacía circular de manera ilegal para financiar a los paramilitares opositores al gobierno revolucionario que lideraba Daniel Ortega[196].

Ante un cuadro claramente opositor en el Ejército, las aspiraciones de Menéndez eran muchas, sustentadas en su "prestigio". Pero sus posibilidades, muy escasas. La llegada de Viola a la pirámide castrense había prácticamente acabado con los "duros", porque Díaz Bessone estaba retirado y Riveros a punto. Y Harguindeguy seguía cómodo en el ministerio del Interior, desde donde también tejía alianzas con los políticos. Además, según Giamberardino, la relación de su jefe con varios de los oficiales más importantes era pésima: "Con Bussi estaban enfrentados porque tenían formas de mirar las cosas diferentes". Tampoco con Galtieri había "feeling": "Con él tampoco tenía buena relación. Galtieri era un hombre al que le gustaba beber, y eso le molestaba a Menéndez, quien si bien era una persona festiva, sociable, en el trabajo era muy correcto. Esto yo lo sé porque a Galtieri lo vi varias veces en Córdoba durante el problema con Chile, ya que venía al comando a recibir las directivas de Menéndez, que era el jefe de la guerra" (Entrevista con Giamberardino, 2007). Mario

196 El libro *El Dictador* cita la declaración del ex agente de inteligencia Sánchez Reise, que explica las conexiones y la participación de Suárez Mason con la contra nicaragüense. Además, dos años después Pajarito sería un engranaje clave en el golpe de Estado que en 1981 acabó con el gobierno del general García Meza en Bolivia.

Benjamín confirma la antipatía de su primo con Bussi: "Se odiaban, no se podían ni ver. Después el tiempo los llevó a vivir las mismas cosas y aparentemente suavizaron la relación, pero en ese momento estaban muy enfrentados" (Entrevista con Menéndez, Mario, 2007). Lo mismo dice Santiago, que cuando fue segundo comandante del III Cuerpo, en el 77, era enviado por Menéndez a poner la cara cuando el entonces comandante de la V Brigada de Tucumán e interventor militar de la provincia norteña visitaba el comando del III Cuerpo: "Me decía: 'Santiago, ahí está Bussi, recíbalo usted, dígale que estoy con gente'" (Entrevista con Santiago, 2007).

La arquitectura que Viola había armado cuando lo nombraron comandante en Jefe, había dejado a todos los "troperos" fuera de carrera. El único que quedaba al frente de un cuerpo de ejército, además de Galtieri, era Menéndez. Quien, a esa altura de su vida sentía que el puesto le quedaba chico. Enceguecido por su vanidad, traicionado por el orgullo, se lanzó al ataque.

En la madrugada del 28 de septiembre, las tropas fieles al general Menéndez se acantonaron en la Escuela de Suboficiales de Gendarmería de Jesús María. Mientras sus soldados se desplazaban hacia esta ciudad del norte cordobés, el líder de la sublevación exigía la renuncia de Viola en un radiograma enviado al comando en Jefe en Buenos Aires, que se repetía con insistencia por los micrófonos de LV2, una aliada incondicional del caudillo cordobés.

La fecha no era antojadiza. Tenía un efecto simbólico y emocional muy profundo para el jefe de la "patriada". Ese mismo día, pero de 1951, el general retirado Benjamín Menéndez se había levantado contra el presidente Perón. Excitado por los sectores ultraliberales —que luego de la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912 nunca ganaron una elección democrática hasta el 2007, cuando Mauricio Macri fue elegido jefe de la Ciudad de Buenos Aires—, el tío abuelo de Luciano intentó, y fracasó, frenar el avance del Estado de Bienestar que el líder del justicialismo había iniciado durante su primer mandato. Veintiocho años después su sobrino nieto hacía lo mismo, pero para detener a quien poco después duraría un suspiro en la Casa de Rosada, porque un general de su

confianza, mucho más astuto e inescrupuloso que el comandante del III Cuerpo, lo traicionaría para llegar a la presidencia. Dos años antes de que eso ocurriera, el "Cachorro" iba por el "Zorro", desafiando la lógica de la naturaleza.

Alertados de la operación, a las cuatro de la madrugada Menéndez convocó a una conferencia de prensa en el Liceo Militar General Paz, con el fin de sumar adhesiones en la ciudadanía, agigantar el problema en la opinión pública, y erosionar el consenso de Viola. Frente a los periodistas de todos los medios nacionales, Luciano Benjamín repitió lo que venía expresando en las reuniones del generalato: cambio de rumbo en el Ejército y, a través de éste, en el país. Rodeado de sus oficiales superiores, leyó sus principales exigencias: "Acabo de cursar un mensaje al comandante en jefe del Ejército exigiéndole su inmediato alejamiento del cargo. Esto lo hice en consideración que se ha dejado de lado el sentir de la fuerza, cayendo en personalismos reñidos con la institucionalización que es propia y básica de este proceso. Segundo: que no se ha cumplido el compromiso de erradicar definitivamente la subversión, cerrando el camino al resurgimiento futuro del marxismo en el país. En cambio, hemos pasado a una situación de condescendencia inadmisible. Tercero: considerando que este accionar desvirtúa las razones que impulsaron a nuestros hombres de armas a asumir la responsabilidad de reencauzar a la Nación, y que hicieron que toda la ciudadanía aplaudiera el proceso que se instauró el 24 de marzo de 1976. A ese pueblo que nos dio su aval para actuar con energía y firmeza, le estamos provocando ahora confusión, desaliente y pérdida de confianza. Cuarto: Todos estos aspectos son de exclusiva responsabilidad del comandante en jefe ante la fuerza, constituyendo mi deber ineludible como comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, exigir que esta situación finalice mediante el inmediato alejamiento del señor teniente general Viola. En caso contrario, el general Viola será el único responsable" (Los Principios, 29/09/79, pág. 1).

Frente a los periodistas, Menéndez no se explayó sobre sus diferencias con el jefe de la fuerza, como sí lo había hecho el lunes 24, en la última reunión del Comando Superior del Ejército en Buenos Aires, donde él y otros generales le plantearon a Viola lo que eclosionó el viernes 28, y que el diario *Los Principios* reflejó en

su edición del domingo 30: la decisión de Videla y la Junta Militar de sancionar una "ley de Asociaciones Profesionales", el otorgamiento de la libertad de Héctor J. Cámpora y Jacobo Timerman, la definición de ciertas pautas políticas sobre el futuro "institucional" del Proceso —una contradicción en sí misma—, la redefinición de una política internacional que frenara las presiones por los derechos humanos, y los dos temas más ásperos para la garganta del comandante del III Cuerpo y otros camaradas con mando de tropa: la sanción de una "ley de Desaparecidos" que estipulaba la "presunción de muerte" de los que no aparecían, y la invitación oficial para que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos visitara el país. Para Menéndez y otros generales, estas dos últimas decisiones abrían la compuerta legal a futuros reclamos por los cuerpos que ellos habían desaparecido y no tenían ninguna intención de revelar, además de considerarlas una "condescendencia" de parte de Viola a la "subversión". Como jefe suyo en el Ejército, Viola era para Menéndez quien debía influir de manera decisiva en Videla y en los comandantes de la Armada y la Aeronaútica. Los responsables, por la estructura de poder, de tomar las máximas decisiones de la política nacional. La bomba que Montoneros detonó el jueves 27 de septiembre, un día antes del levantamiento en la casa de Guillermo Walter Klein, secretario de Coordinación y Programación Económica del ministerio de Economía[197], era la mejor excusa que tenía el general sublevado para criticar lo que consideraba un "relajamiento" represivo. Y no en el aspecto militar, porque los atentados montoneros eran aislados y puntuales, sino en el plano político, educativo y cultural, la verdadera obsesión de Menéndez, que consideraba que la subversión se había volcado a una lucha "gramsciana" luego del fracaso militar. Las libertades de Cámpora y Timerman, a quien Menéndez y otros comandantes del Ejército consideraban "ideólogos" del marxismo nativo, reafirmaban su ensañamiento con la dupla Videla-Viola.

"Concentradas las mayorías de las unidades en Córdoba, que significaban una gran fuerza militar, el objetivo era la cabeza

197 Kleim solo resultó herido por la explosión, que mató al cabo Hugo José Cardaci y al policía Julio César Moreno, custodios del funcionario.

de Viola", diría muchos años después su ayudante privado, el suboficial Pedro Giamberardino, quien seguía a sol y sombra los pasos de su jefe. Por eso, en la madrugada del viernes 28, Menéndez anunció a los periodistas que regresaba a Jesús María para terminar de concentrar las tropas fieles a su mando. Una vez que estuvieran todas reunidas marcharía hacia Córdoba para pedir desde la cabecera de su jurisdicción la renuncia de Viola. El problema fue, como cuenta Giamberardino en 2007, la filtración al enemigo: "A Menéndez se le adelantaron los tiempos porque un integrante de su estado mayor, que no sé quién fue, comete una infidencia y le cuenta de la movida al general Martella, que era comandante de la IV Brigada Aerotransportada. Un adicto a Viola que Menéndez había marginado del operativo, que solo conocían los jefes de departamentos militares".

Alertado por Martella varios días antes de la jugada destituyente, Viola reafirmó su liderazgo y cortó de cuajo la cabeza de los golpistas: nombró comandante del III Cuerpo al general Vaquero, y ordenó que ninguna unidad de este cuerpo saliera de sus lugares de origen sin su consentimiento. Aunque la relación entre Vaquero y Menéndez era buena, el flamante jefe del III Cuerpo se alineó con Viola y aterrizó en la Escuela de Aviación militar el sábado 29 por la mañana, a fin de hacerse cargo del mando.

Mientras el recambio de autoridades se concretaba con Menéndez en Jesús María, Martella partió de Córdoba con ciento veinte vehículos blindados hacia el norte para cercar a su ex jefe. Además de la Gendarmería y el Liceo Militar, solo dos unidades, las que operaban bajo su mando directo, fueron leales al destituido "Cachorro". El resto de los jefes y tropa, varios de los cuales habían prometido su participación en las reuniones mantenidas con su ahora ex jefe a lo largo de todo el 79, se sometieron a la autoridad de Viola. Por eso, la conclusión de quien pagaría con su carrera la fidelidad al jefe sublevado, apunta sus cañones no solo a los enemigos que Menéndez tenía en la cúpula de la fuerza, sino también a quienes juraron acompañarlo y luego flaquearon: "Al enterarse Viola de la intentona golpista, ordena que ninguna unidad se movilice de sus lugares de origen. Al inmovilizarse las unidades, Menéndez queda solo. Pero el problema no fue solo la orden de Viola, sino que los distintos jefes que en persona le de-

cían a Menéndez que estaban dispuestos a acompañarlo, cuando volvían a sus cuarteles lo pensaban dos veces. En la cara, frente a frente, ninguno tuvo huevos para decirle que no. Pero después se echaron atrás, o por no estar convencidos o porque creían que no iban a triunfar y pensaban en sus carreras. Hasta la Gendarmería había garantizado su apoyo. Por eso, cuando Viola le ordena a Martella ir al comando y detener a Menéndez, este termina refugiado en la Escuela de Gendarmería de Jesús María. Entonces Martella sale con sus tropas y rodea la escuela" (Entrevista con Giamberardino, 2007).

La explicación de su ayudante privado confirma lo que Mario Benjamín le advirtió a su primo días antes de la sublevación: que el prestigio del cual gozaba en el Ejército no era suficiente para cortarle la cabeza a Viola, porque el poder es una maraña de intereses que se cruzan y se interrelacionan para alcanzar un fin determinado. En este caso, que Viola fuera el reemplazante de Videla en la Casa Rosada, que Galtieri lo reemplazara en la Comandancia en Jefe a fin de año, y que Suárez Mason, que había prometido sublevarse y no lo hizo, partiera a Centroamérica a comandar los grupos antisubversivos que peleaban contra el gobierno sandinista.

Acorralado, el sábado 29 de septiembre Menéndez recibió a los generales Centeno y Ballón, dos mensajeros de Viola que intentaron convencerlo para que depusiera su actitud. Pero no lo lograron. "Con el único que estoy dispuesto a conversar, es con nuestro comandante en jefe", respondió el general sublevado, quien acantonado en Jesús María recibió por la tarde a su amigo Chasseing, que había viajado especialmente desde Buenos Aires para interceder en el conflicto. Después de entrevistar a Vaquero en el comando del III Cuerpo, Chasseing y Menéndez hablaron en Jesús María. El resultado de su mediación se conoció al otro día, por los medios de prensa: Menéndez y Viola se verían cara a cara en el edificio Libertador, el domingo 30. "En soledad, consciente del poderío del enemigo y que el resultado iba a ser un inútil derramamiento de sangre, Menéndez se rindió. Se sintió traicionado, con un plan que no tenía chance de éxito alguno. Como era un hombre inteligente, decidió rendirse", explica Giamberardino, que nunca abandonó a su jefe en los días en que la interna militar

concentró la atención de todos los argentinos. "Se superó la crisis militar", fue el título de *Los Principios* y de la mayoría de los diarios, que el lunes 1 de octubre anunciaron felices el pacto de no agresión entre los dos enemigos históricos del Ejército. El entonces comandante en jefe ya no vive para contar qué se dijeron ese día, y el comandante derrotado eligió el silencio. Pero fue clave, y la prensa así lo reflejó en sus crónicas, el rol que jugó Chasseing para apaciguar los ánimos de su íntimo amigo, y que el huracán no se llevara puesto al gobierno militar.

En la entrevista del 2007 Chasseing no abordó específicamente el hecho que conmovió por unos días al Ejército y al *Proceso* mismo, pero defendió a su entrañable camarada diciendo que "era el único que no se quiso quedar en el poder".

En un trabajo que aborda las internas de la dictadura y la manera en que sus jefes "solucionaron" sus diferencias, el investigador Gabriel Rot asegura que ese domingo 30 de septiembre de 1979 se llegó a un acuerdo para evitar lo que por reglamento le correspondía a Menéndez: la pena de muerte, el castigo que el código de justicia militar establece para los actos de sedición. Justo es aclarar, y Rot lo confirma, que a pesar de su enfrentamiento y rivalidad, esa posibilidad jamás estuvo en la mente del titular del Ejército: "Viola sabía del peso que Menéndez tenía. Y si bien es cierto que la cúpula era toda violista, y que de todos los generales solo uno lo acompañó en la sublevación, seguía siendo un jefe muy respetado entre los oficiales más jóvenes y la tropa. Por eso, a cambio de que no se produjeran más levantamientos ni quiebres, el ex jefe del III Cuerpo fue enviado a Curuzú Cuatiá, donde solo estuvo noventa días preso" (Entrevista con Rot, 2010).

El general Santiago ya estaba retirado cuando su compadre Menéndez se alzó contra Viola. Pero recuerda con claridad los motivos de la fracasada revolución. En mayo del 2008, una semana antes del comienzo del primer juicio que en Córdoba condenó a su camarada a prisión perpetua, relató los motivos que llevaron a su ex jefe a inmolarse por sus "ideales":

—¿Usted estuvo durante la sublevación contra Viola?

—Estaba enterado que iba a pasar.

—¿Todavía era director de Gendarmería?

—No, ya estaba retirado. Pero Menéndez me llamó, vino acá, a mi casa, y me dijo: "Mire, esto anda mal, no va más".

—¿Qué cosa no iba más?

—El Proceso. Videla no tomaba las medidas que tenía que tomar en lo económico. Y si bien con Martínez de Hoz tenía buenas relaciones, Viola estaba peleado con el ministro.

—¿Entonces, contra quién se subleva Menéndez?

—Contra Viola.

—Pero usted dice que tampoco estaba de acuerdo con la marcha del gobierno.

—Claro, claro, porque el Proceso se hizo para arreglar una serie de cosas que no se hacían por medio del Congreso, que en ese momento era la CAL[198]. No se habían hecho las reformas económicas, tributarias...

—¿Esto se lo planteó Menéndez?

—Claro, sí, él se lo veía venir, y como sabía que yo no compartía opiniones favorables a Viola, entonces había que sacarlo. Yo, antes de venir acá como segundo de Menéndez, fui segundo en Campo de Mayo con el "Negro" Riveros, que es cordobés, artillero, y ahí me di cuenta de que evidentemente las cosas no andaban bien.

—¿Por qué?

—Y porque no se tomaba ninguna medida, y hacer la revolución, o tomar el gobierno para hacer lo mismo que hacían los otros, quédese en su casa. Oponerse como siempre contra Perón, que encima había muerto, no tenía sentido. El militar no sirve para hacer política, no estudió para ser gobierno. Solo sirve para hacer cosas puntuales, como hizo Pinochet, a quien nunca pudieron meter preso y no porque no pasaron cosas, sino porque hizo un partido político que lo apoyó e impidió que lo persiguieran.

—¿Eso se discutía entre ustedes, lo del partido político?

—Claro, claro, con Massera empezó, pero muchos lo vieron como una cosa de ambición personal. Con la perspectiva de los

198 En la práctica, la CAL funcionaba para aspectos reglamentarios y burocráticos, porque la función que el Congreso tiene en un sistema democrático, en el Proceso se ejercía en la Junta Militar, y en los Estados Mayores de las tres fuerzas armadas, que discutían cada medida que tomaba el Ejecutivo.

años creo que hubiera sido una solución, él empezó a tener gente, a hacer política partidista.

—¿Y cómo veía Menéndez esas operaciones políticas?

—No estaba muy de acuerdo.

—¿Porque chocaba con Massera?

—Sí, no lo quería, no le tenía confianza, yo sí porque lo conocía, habíamos sido compañeros del Liceo con él, con Mendía y con Alfonsín.

—Volvamos al levantamiento ¿por qué cree usted que los otros no lo siguieron?

—Nunca le pregunté, pero me pidió que lo apoyara en lo que luego le costó el cargo.

—¿Pero en qué falló?

—No se hizo más público, se mantuvo demasiado reservado, y también le costó el puesto al pobre Maradona, que era su segundo comandante.

—Pero en privado todos le decían que sí y después no se alzaron...

—Sí, y uno de los que le dijo que se iba a levantar, era Suárez Mason.

—¿Cómo interpreta el levantamiento, como algo personal o político?

—No, él no lo hace para ser comandante, sino porque Viola no iba más. Además, éste pensaba sucederlo a Videla. Entonces, pará la mano, ya fuiste presidente y no hay ninguna innovación.

Inconscientemente, de manera natural, Santiago habla de Videla y Viola como si fueran uno solo. La misma cosa. Y lo eran, aunque Menéndez creyera, por su visión de la política como expresión de la fuerza, no de la razón —propia de su formación militar—, en cierta ingenuidad política de Videla. En realidad, Videla era un intelectual, uno de los cerebros del *Proceso*, pero carecía de "calle", del roce político que sí tenía Viola. Siempre había sido un cuadro militar ilustrado, que cuando le tocó tomar decisiones políticas, no se animó a enfrentar a sus camaradas, principalmente a Menéndez y Suárez Mason[199]. De haberlo hecho otra

199 Como sostuvo para el libro *El dictador* Ricardo Yofre, que fue su gran operador político entre el '76 y el '78, la lógica militar de Videla primó siempre sobre la política.

hubiera sido la historia en la Argentina. Tal vez parecida a la que experimentó el resto de los países sudamericanos, donde el poder militar construyó el poder político que le garantizó una transición sin juicios ni condenas.

De todas maneras, a diferencia de lo que dice Santiago, en el alzamiento del 28 de septiembre se mezclaron en el comandante sublevado los dos aspectos, el personal y el político. Menéndez soñaba con ser comandante en jefe del Ejército desde que abrazó la carrera militar como sus ancestros, y creía íntimamente que había hecho los méritos para serlo. El propio Videla reconoció en el living de su casa que había sido "el mejor comandante que tuve a mi cargo". Sin embargo, como sostienen varios de los entrevistados para este trabajo, en el alzamiento también lo motorizaron razones políticas, porque el objetivo era desplazar a quien él consideraba un hombre enfermo de poder, que contaba los días para suceder a Videla en la Casa Rosada.

Cuando en noviembre del 2007 Videla debió responder por qué Menéndez se había alzado contra su gobierno, con toda energía, casi ofendido, negó de plano esa hipótesis: "¡Contra mí no, contra Viola!", dijo. Y, apelando a un análisis frío y agudo, volvió a insistir en la comunión ideológica entre él y Menéndez. La misma que, según Videla, nada tuvo que ver con el levantamiento que el ex jefe del III Cuerpo llevó adelante en septiembre del 79: "Cabe destacar, además, le pido que esto lo tome con todo respeto: no acepto que usted diga que Menéndez y yo somos personas distintas. Hay personalidades distintas, el arma nos hace un poco distintos. La Infantería camina a cuatro kilómetros por hora y la Caballería a cincuenta kilómetros por hora. Entonces, por eso tenemos distintas formas..., Trac, trac, trac, la Infantería va ahí, despacito, serena, pero cuando dijo "ahí se quedan, ahí hacen" (...) No se lo niego tampoco a la Caballería. Y, además, son funciones, Menéndez tenía una función militar, fundamentalmente militar: comandante de cuerpo en la guerra, comandante de cuerpo en la guerra que hubo de ser con Chile, comandante de cuerpo también cuando se trata el problema de Timerman, frente a un enemigo como Timerman, que había sido el cajero de la subversión, que estaba aguardando en prisión a disposición del Poder Ejecutivo.

Pero no hubo causa para sostener la prisión, a punto tal que la Corte dice que esto carece de razonabilidad, que hay que sacarlo".

—¿Por qué es tan importante el caso Timerman para Menéndez, su liberación?

—Él, como militar, miraba para adentro, para su público. Su público en guerra, que estaba en guerra contra la subversión y todo lo que ayudaba a la subversión. Es una visión, así... muy militar. Yo tenía que bregar por todos, por el público externo, internacional, y el público de la Nación, la sociedad argentina en su conjunto. Eran dos visiones distintas, lo que no quiere decir que fuéramos distintas personas o que tuviéramos conflictos que por ahí, claro, podíamos chocar, con matices distintos, sí, eran visiones distintas, pero que conversando se superaban. Y no es que se avenía Menéndez... Pero bueno, el hecho es que Menéndez no se peleó conmigo por eso, ni se peleó por Timerman, ni por la guerra contra Chile.

No, Menéndez se peleó con Videla porque Viola, que en parte es decir Videla, había anunciado su retiro como comandante en jefe del ejército en diciembre del 79 y ya había elegido, y Menéndez lo sabía, a Galtieri como su sucesor.

Con muchísima astucia y no menos inteligencia, la dupla Videla-Viola festejaba —en silencio, en la intimidad— su victoria en el Ejército. Porque a pesar del respeto y el cariño que Videla, no Viola, sentía por Luciano Benjamín, éste aparecía como el último gran obstáculo para alcanzar la apertura gradual del régimen. El escenario que Videla y Viola necesitaban para presentarse como candidatos en una futura elección abierta en nombre del partido militar, o como representantes del *Proceso*. Con Menéndez fuera del Ejército y Suárez Mason concentrado en los negocios, ya no quedaban en la fuerza jefes con independencia y prestigio que pudieran disputarles el poder. Las "palomas" se habían comido a los "halcones".

Luego de cuatro años de reinado absoluto, casi divino, el "cruzado" que Luciano Benjamín había creído ser dejaba el cielo para bajar al purgatorio. El sueño dorado llegaba a su fin, y de la manera más cruel para un "milico de alma" como él. Con su derrota, el general con "olor a sobaco y espuelas en sus botas", el

"bravo e implacable coronel del siglo XIX", como magistralmente lo definió Pellanda en referencia a una época del país en que la política se practicaba a sablazo limpio, dejaba la gloria en el cajón de los recuerdos para caer vencido por un gris general de oficina, que supo tejer alianzas para llegar a la cima y liquidar el poder y la fama de quien era un caudillo cuarteles adentro.

Tres años y medio después de haber asaltado el gobierno para refundar la Argentina, a un año y medio de haber exterminado a todos los que se oponían al país elitista y agroexportador que proponía la dictadura, el paradigma de la fuerza, el símbolo de la política del garrote y los campos de concentración, abandonaba el pedestal de la historia para morir en los brazos del olvido y la resignación, mascullando insultos en el panteón de los lamentos. Traicionado y solo por sus "dignos subordinados" del secuestro y de la muerte.

Capítulo 12
El candidato

Lejos de tranquilizarse, el reo más famoso de la dictadura no dejaba ni un minuto de batallar contra Viola. Ni siquiera "encerrado" en un cuartel de Corrientes, Menéndez abandonaba su propósito: ser la espina en el zapato de las aspiraciones presidenciales del tándem Videla-Viola. Desde el regimiento 3 de la provincia mesopotámica se las ingeniaba para publicar artículos en *La Prensa* y en *La Nación*, en los que denunciaba el apetito de poder de su comandante en jefe, calificando a su proyecto político como "el partido de los amigos". "Lo llamaba así, porque Viola estaba formando un partido con políticos que eran sus amigos'", dice Mario Benjamín, cuya antipatía por Viola lleva el sello inconfundible de la familia.

En la entrevista de noviembre del 2007, el Menéndez más destacado que quedaba en servicio activo en aquel febril 79 reveló cómo hacía su primo para convertir a su simbólico encierro en una tribuna política: "Miguel Mallea Gil, que era un oficial muy amigo de Videla, que había estado en la secretaría de la Presidencia con Yofre y Villarreal durante los primeros años del Proceso, era el jefe del regimiento de Curuzú Cuatiá, y hablaba mucho con Luciano. Luego, esas conversaciones Miguelito me las contaba a mí, que había sido designado en la sexta brigada, y estábamos muy conectados".

—¿Mallea Gil lo visitaba seguido a Menéndez?

—Claro, porque Miguel iba en su condición de jefe de brigada a visitar al preso distinguido. 'Hola, como estás', y charlaban. Y Miguelito me decía: 'Mirá, tu primo es un idealista, un idealista en muchos sentidos, no ve la realidad, la realidad del país, la realidad de la política'. Ojo, Miguelito también era un tipo muy político. Por su papel en la Presidencia más de una vez tuvo que ir a reuniones con políticos. Y así como le acepté ir a una reunión con Balbín, yo le decía: 'A mí dejame así, donde estoy'. Después a

este amigo radical que le conté antes, el mismo que no podía creer la admiración de Angeloz por Luciano, le acepté una charla con Balbín. Qué se yo, habré estado diez minutos, no más.

—¿Balbín se reunía mucho con militares?

—¿Balbín? toda la vida, toda la vida. Y aquí sería bueno volverse un poco atrás, porque hay que pensar cómo se hizo el radicalismo. ¿Usted conoce la Revolución del Parque? ¿Cree que Alem salió en esa revolución con un grupo de civiles nomás? No. Frondizi fue también defensor de militares, qué sé yo. O sea, había una profunda relación y particularmente con el partido radical, aunque también con los peronistas. Eso es lo que a mí en aquel entonces me preocupaba, porque yo había visto la división en el Ejército entre peronistas y antiperonistas, y a lo que nos había llevado".

Como recuerda y resalta el primo Mario, no solo los radicales y los políticos de otros partidos tenían una estrecha relación con los militares procesistas. Los medios de comunicación también. Menéndez, Luciano tenía vinculación con los dos más reaccionarios y conservadores: *La Prensa* y *La Nación*, que recibían y publicaban gustosos los artículos que el "reo distinguido" les mandaba clandestinamente desde Corrientes. "No sé cómo hizo, pero desde la cárcel Luciano se hizo publicar un artículo en ese diario que se llamaba "El gobierno de los amigos", ¡Para qué, el quilombo que se armó!", recuerda Mario Benjamín.

—Ese "gobierno de los amigos" ¿era el de Videla-Viola?

—Videla, Viola y los civiles, porque yo no sé si usted tomó nota que, por ejemplo, el "petiso" Romero Feris fue asesor de Viola.

—No sabía.

—Romero Feris y Guillermo Acuña Anzorena, que perdió contra Framini en 1962. Ese también era asesor político de Viola.

—Sabía que Oscar Camilión, quien luego fue ministro de Defensa de Menem, había sido embajador de Viola en Brasil.

—Sí, también. Otro de los "amigos" era Martínez Raymonda, que fue embajador en Italia. Ninguno era de grandes partidos, pero eran tipos duchos en política, que se arrimaban como se arrimaba Armandito Cavalieri y otros sindicalistas, que entraban, sa-

lían, comían y tomaban copas en la Casa Rosada. Ese cuento de que estaban enfrentados con el poder militar es un cuento, nada más. Y le doy otro dato, usted se va a reír: el secretario general de la Presidencia, el general Villarreal, todos los meses, religiosamente, almorzaba con los dirigentes del partido radical.

—Creía que con todos los partidos...

—No, sí, bueno, pero los del radicalismo merecían un trato especial, porque se lo consideraba el partido que de alguna manera iba a tomar el poder. Y el tema del "partido de los amigos" que denunciaba mi primo era porque trascendió que Viola estaba reuniendo todas estas fuerzas de partidos menores, de partidos pequeños, para formar un partido que pudiera competir con los dos grandes partidos.

—¿Usted se refiere a que Viola estaba formando lo que se denominaba "el partido militar", que en el estatuto del Proceso figuraba con el nombre de Movimiento de Opinión Nacional?

—El partido pro militar.

—¿Y el candidato quién era?

—Podía representar el pensamiento militar, y esta gente, los políticos, explotaban esa situación. Cuando yo ascendí a general, el primero que me vino a felicitar fue Romero Feris.

—¿Luciano le decía el "partido de los amigos" a ese grupo?

—Claro, él hablaba que no era bueno gobernar con los amigos, que había que gobernar con todos. Si queríamos llegar a algo en el Proceso había que gobernar con todos, no elegir a los amigos para que nos dijeran que sí.

—¿Su primo era partidario de seguir el *Proceso*, o de forzar una apertura?

—Ese era uno de los problemas, porque Luciano y otros cuatro o cinco generales que había no querían la apertura. Usted vio..., cuando se habla de posiciones dentro de los países..., en Estados Unidos las hay, se hablaba de "halcones" y "palomas", una contraposición demasiado dura. Pero Luciano estaba entre los "halcones".

—¿Y quienes conformaban ese grupo?

—Y estaban Díaz Bessone, el "Negro" Riveros, Azpitarte, que ya falleció, y no sé quién más.

—¿Estaba Galtieri en ese grupo?

—No, no, Galtieri estaba allá abajo.

Sentado en el sillón de su living, Mario Benjamín frunce el ceño y mueve sus manos despectivamente hacia el piso. Quien conoció muy de cerca a Galtieri, porque fue parte de su "gestión" en el Estado Mayor y luego gobernador en Malvinas en 1982, asegura que el "general majestuoso", como lo definió el general norteamericano Alexander Haig días antes de la guerra, recién empezó a rankear en el ejército cuando Menéndez, Luciano quedó fuera de pista.

—¿Podía ser Chasseing el candidato de los militares?

—No, no, no, eran los generales de División, que comandaban las grandes unidades.

—¿Suárez Mason?

—Sí, Suárez Mason sí.

La descripción que Mario Benjamín hace sobre las relaciones que unían a gran parte de la dirigencia política de la época con los jefes de la dictadura, es importante para entender lo que él conversó con su primo Luciano momentos previos a la sublevación de septiembre, cuando algunos de esos civiles —políticos y empresarios— fogonearon el espíritu guerrero del ex comandante del III Cuerpo. Y aunque no estaba dentro de ese grupo, porque de haberlo hecho hubiera conspirado contra sus propias ambiciones profesionales, Mario Benjamín sabía de la estrecha relación que unía a su primo con Angeloz, entonces el radical más importante e influyente de Córdoba: "Antes del levantamiento, yo le dije a Luciano: 'Ojo, que hubo montones de militares amigos de los radicales, y montones de radicales amigos de militares. La prueba está en que Lanusse y Sánchez de Bustamante se habían querido afiliar al radicalismo, porque Lanusse soñaba con ser presidente. Y si el radicalismo no lo permitió fue porque los muchachos de la Coordinadora —el sector juvenil que apoyaba a Alfonsín contra el viejo Balbín— se opusieron, con la excusa de que no querían en sus filas a hombres que hubieran sido dictadores".

Además de explicar las razones que llevaron a su primo a levantarse contra Viola, es interesante lo que cuenta el Menéndez que sería famoso tres años después, cuando Galtieri decidió in-

vadir Malvinas para estirar un poder que se caía a pedazos. Y es interesante porque independientemente de su propia responsabilidad histórica como integrante del *Proceso* aniquilador, Mario Benjamín se mete de lleno en el origen del golpismo nativo, que su querido Luciano y las Fuerzas Armadas como institución insisten en negar para justificar el genocidio argentino que llevaron adelante: "Ahí el tema tremendo, para mí, es que nuestra mentalidad se edificó con el siguiente paradigma: cuando no nos gustaba un gobierno civil, o una parte de la civilidad nos decía que no estaba de acuerdo con el gobierno tal, íbamos, terminábamos con el gobierno y con ese grupo civil —que incluyó, según la época, a conservadores, radicales y peronistas— y poníamos a otro. Al tiempo esa gente hacía lo mismo, y así sucesivamente. Entonces, el militar se acostumbró a que si algo no andaba, venía con su grupo y desplazaba al gobierno. Así ocurrió desde el 30".

El análisis que Mario Benjamín hace sobre la historia argentina del siglo XX involucra no solo a la institución formadora de ambos Benjamines, sino a sus familiares directos: "En 1890 mi abuelo Villariño estuvo en la Revolución del Parque, y eso le valió estar varios años afuera del Ejército, porque perdió. Si usted lee a Potash, dice que mi abuelo llegó a general gracias a la política reparadora que los radicales pusieron en marcha cuando llegaron al poder, en la elección de 1916. Después de Yrigoyen vino Alvear, quien en 1922 resolvió hacer algo por aquellos que por haber estado con el partido, con la UCR, se vieron perjudicados en el Ejército. Entonces larga una ley de amnistía, la primera. Y su usted ve los fundamentos de Potash, el tipo dice que ahí está el embrión de todas las futuras revoluciones, porque un militar se metía con un político, la revolución salía mal, perdía la carrera, venía la amnistía y recuperaba el cargo. Así vienen el 43, el 45, el 51, el 55, y todas las otras, donde se va viendo cómo gente que se había ido, vuelve. En el 55 volvieron los del 51, y éstos ni siquiera habían cumplido el tiempo de servicio de los que seguíamos en carrera y no nos habíamos sublevado. Les dan el grado en función del tiempo mínimo. Ahí está Lanusse con toda su soberbia, que se hace poner jefe del regimiento a caballo".

—A su tío Benjamín, que lideró la sublevación del 51 ¿le repusieron el grado de general en el 55?

—No, lo dejaron en libertad porque él había pedido el retiro antes de sublevarse contra Perón. Pero era fervientemente antiperonista, como Lonardi, aunque son dos visiones. La de Lonardi más equilibrada, y la de mi tío, que iba al frente con el sable desenvainado.

—¿Era muy respetado su tío dentro del ejército?

—Sí, era un tipo de una gran imagen, y el haberse levantado contra Perón lo hacía un tipo muy respetado.

En estas reflexiones, elementales para analizar la historia argentina del siglo pasado, Mario Benjamín no solo reconoce el modus operandi que durante cincuenta años debilitó nuestro sistema institucional, sino que confirma el peso que tuvo su apellido en esas aventuras destituyentes, que él y todos los militares argentinos, incluido su primo Luciano, clasifican como "revoluciones" a lo que la ontología define como lo que son: golpes de Estado. Pero, además de aceptar el origen de esos quiebres constitucionales, la vocación golpista desarrollada por las fuerzas armadas —y principalmente por el Ejército—, junto a los partidos políticos, abonan, explican y justifican la teoría que la guerrilla levantó cuando surgió a fines de los 60 y principios de los 70 para tomar el poder y transformar el régimen civil-militar que gobernaba el país desde 1930, con las excepciones de las elecciones de 1946 y 1952: que en la Argentina la violencia política surgía desde el poder, bajaba desde arriba para oprimir al pueblo, y arrastraba décadas. Ergo, la "violencia de abajo" que las organizaciones revolucionarias encarnaban estaba constitucionalmente justificada en el artículo 21 de nuestra Carta Magna, porque ellas eran la expresión más radicalizada de un pueblo que no tenía libertad para elegir a sus representantes. O, como dijo Perón, para endulzar a la juventud maravillosa que lo esperaba ansiosa en 1972, "la violencia del pueblo no es violencia". Un razonamiento que, claro, no cuajaba en la cabeza de Menéndez Luciano, quien no titubeó en utilizar el enorme poder de la violencia estatal para masacrar a parte de su pueblo con la excusa de la "infiltración ideológica del comunismo". Hipótesis que sigue nublando su pensamiento y el de todos los jerarcas de la dictadura que primero fueron juzgados en 1985 —luego indultados por Menem— y desde 2008 a esta parte.

Fuera del Ejército, después del fracasado levantamiento de septiembre, incentivado por el grupo de civiles que lo habían envalentonado contra su ex comandante en jefe, Menéndez decidió experimentar el poder de saco y corbata. Un camino impensado para quien abrazó la carrera militar desde su más tierna edad. Sin embargo, después de saborear las mieles del poder durante los cuatro años de reinado al frente del III Cuerpo, Luciano Benjamín no estaba dispuesto a conformarse con una tranquila vida familiar en Córdoba, el lugar que había elegido para vivir a pesar de sus orígenes bonaerenses. "He decidido que voy a radicarme en la provincia de Córdoba", dijo entusiasmado momentos antes de partir a Corrientes para cumplir con los noventa días de arresto que simbólicamente le aplicó Viola en octubre del 79.

Desde la provincia mediterránea, el lugar donde había tejido las relaciones de poder que lo erigían como líder del Proceso, Menéndez estaba decidido a seguir dando batalla. Su plataforma política estaba sustentada en el prestigio que había alcanzado como comandante, en los grupos políticos de derecha, pero sobre todo en sus lazos ideológicos y espirituales con la jerarquía católica cordobesa y con los empresarios que integraban la Fundación Mediterránea, el núcleo duro del poder económico cordobés hasta el día de hoy.

Como hombres del interior, todos estaban convencidos de que si Viola se consolidaba como la nueva figura de la política nacional, el Proceso militar se extendería sin plazos. Ellos intuían que el "tiempo militar" estaba llegando a su fin, y que era el momento de prepararse para el "tiempo político", una dimensión que Menéndez había negado sistemáticamente mientras estuvo al mando del III Cuerpo. Con el escenario cambiado a partir de su retiro obligado de la fuerza, creía, y no se equivocaba, que era el momento de destronar con la palabra y las ideas el proyecto personalista de Viola y sus "amigos". Muchos civiles y militares retirados creían que desde el corazón de la patria eso era posible, y ungieron a Luciano Benjamín como el líder político del "interior".

Uno de esos hombres era el general Santiago, que se había retirado meses antes de que Menéndez se sublevara, y confiaba, al igual que su amigo, que podían pelear contra el centralismo por-

teño que Viola representaba: "El partido de los amigos también es cierto. Viola trataba muy bien a los militares y a los civiles. Tanto, que hay una serie de generales llegaron a ese cargo porque Viola quiso, no por sus cualidades. Los puso en puestos importantes sin merecerlos. Entonces, eso generaba que otro grupo reaccionara, porque veía que muchas cosas no estaban bien, la balanza estaba descompensada. Suárez Mason, que era compañero de Viola, le decía lo que la gran mayoría pensaba. El decía verdades: 'Si nosotros fracasamos, nos van a meter presos a todos, y fue así. Suárez Mason tuvo razón", dice resignado Santiago en mayo del 2008. Su relato sobre las broncas de "Pajarito" revela lo que Menéndez y muchos otros generales pensaban sobre la situación política y económica del país, y pone el acento en un tema espinoso, que a muchos argentinos les cuesta aceptar: que fue el fracaso económico de la dictadura, y no la represión ilegal, lo que erosionó su poder ante esa sociedad que había aplaudido el golpe de estado, y después tolerado los campos de concentración y la desaparición de personas.

En el living de su casa, tres décadas después de los hechos que explican este libro, Santiago repasa los temas que llevaron a Menéndez a cuestionar duramente la política procesista a partir del 79: "No se hacían las cosas. Menéndez, yo, otros generales y también oficiales de la armada y la aeronáutica, planteábamos que había que innovar, que el pueblo debía ver algo nuevo, que debíamos mejorar el Estado, solucionar los problemas económicos, porque no podía ser que fuera un reducido grupo el que se quedara con la industria. La política de Martínez de Hoz era muy selectiva, concentrada, y eso no le gustaba a Suárez Mason ni a Menéndez. Sobre todo a Suárez Mason, que lo decía en voz alta. También Díaz Bessone, que era el más brillante de todos, tenía un pensamiento más desarrollista, más relacionado a Frondizi, no a Martínez de Hoz".

—Y usted dónde lo ubicaría a Menéndez.

—Era compañero de Díaz Bessone.

—Digo en su pensamiento.

—Yo lo ubico más del lado del pensamiento de Díaz Bessone, que no fue vicepresidente porque Massera no quería que

el Ejército tuviera al presidente y al vice. Eso iba a generar una discusión fuerte.

En realidad, Menéndez estaba a mitad de camino entre Martínez de Hoz y Díaz Bessone, porque si bien en su ideología es profundamente liberal, el fracaso de la política del ministro de Economía lo fue acercando a los grupos más nacionalistas. Por eso, en julio del 80 Menéndez eligió el diario *La Nación* para hacer conocer lo que bien pude considerarse su plataforma política, la herramienta con la cual intentaba seducir a civiles y militares de cara a un irreversible futuro electoral, en el que él se veía como el líder del "interior" de ese proyecto: "Echeverría y Alberdi imaginaron una Argentina que era totalmente distinta a la que ellos vivieron, y de esa sociedad compuesta por unos pocos dirigentes cultos y una masa de individuos analfabetos y nómades, que vivían en unas pocas aldeas desparramadas a lo largo de una ruta de conquista, hicieron un país de ciudadanos laboriosos, alfabetos, cultos y fundamentalmente europeos. Desde Urquiza hasta Yrigoyen ese modelo de país se plasmó y se ejecutó al abrigo de una democracia y una vida republicana ininterrumpida que nos hizo crecer verticalmente en lo moral, lo cultural y lo material. Nos toca a nosotros tener la imaginación creadora para planear ahora una nueva empresa nacional, que bebiendo de nuestras más profundas tradiciones (cuántas de ellas hoy lamentablemente olvidadas) actualice nuestra República al momento nacional e internacional que vivimos, reemprenda la búsqueda de nuestra grandeza nacional y nos permita volver a vivir en armonía y libertad, solucionando los problemas que nos han llevado a estos cincuenta años de democracia fallida que venimos arrastrando" (La Nación, 26/07/80).

Como revelan sus palabras, a cuatro años de haber asaltado el poder Menéndez ya no creía en el monstruo que había creado. Como figura indiscutida de la segunda ciudad del país, su discurso hacía foco en el federalismo, una idea siempre latente fronteras afuera de la General Paz que el caudillo del III Cuerpo presentaba como disputa al poder centralista que Viola, Videla y Martínez de Hoz representaban. No es casual que Menéndez cite en su artículo a Echeverría y Alberdi, dos de los pensadores más lúcidos que tuvo la Argentina del siglo XIX, pero cuyo proyecto integra-

dor y federal, basado en la fusión de la intelectualidad porteña y la tradición del interior, naufragó ante el progreso elitista, conservador y porteño que Mitre y Roca impusieron después de Pavón hasta 1916, obturando para siempre el desarrollo capitalista que sí alcanzaron Estados Unidos y Australia, las otras dos potencias emergentes del momento.

En artículos periodísticos o ante audiencias civiles y militares cuyo dato central era la ausencia de jóvenes, porque la mayoría de ellos habían sido exterminados por la dictadura, Menéndez proponía transformaciones profundas a partir de un discurso federal que entusiasmaba a su público del interior. Ese ideario, masticado en periódicos y cordiales almuerzos con hombres de la Fundación Mediterránea, con Eduardo Angeloz, con Pedro J. Frías o Baquero Lazcano —los dos "próceres" del derecho cordobés que apoyaron sin titubeos la dictadura— era parte del novedoso proyecto que Menéndez ofrecía a lo más selecto del poder económico y político de Córdoba. Un menú por demás atractivo para todos los que no nacieron en el ombligo argentino: "Si no se quiere dar el paso audaz y decisivo de trasladar la capital, es imprescindible como meta mínima afianzar el federalismo, promoviendo una descentralización administrativa que limite y revierta la actual condición de la Capital Federal como centro exclusivo y excluyente de decisión, fomentando la expansión de las fronteras agropecuarias, desarrollando las industrias regionales que convienen al país, reabriendo el comercio por las cuatro fronteras y no solo por el gran puerto, materializando comunicaciones transversales que unan las provincias sin necesidad de pasar por Buenos Aires para ir de una a otra, equilibrando la distribución de la población" (Montenegro, 1981: 33 y 34).

En un punteo claramente político, Menéndez no hablaba solo de transformar la estructura económica argentina. En su plataforma, lo cultural tenía tanto o más peso que lo primero. Por eso, desde su innegociable concepción "occidental y cristiana", hablaba de "revitalizar la familia como núcleo social fundamental, siempre de acuerdo a nuestra religión católica" (Montenegro, 1981: 34). Consustanciado con el modelo social norteamericano, al que adhería con devoción, el ex comandante promovía una educación elitista, donde solo "los más capaces pasen a la univer-

sidad, de donde hay que suprimir toda ideología malsana para poder formar en ella a los hombres aptos en las distintas disciplinas y a los futuros dirigentes argentinos, dotados de un profundo sentido de lo nacional y del deber y la moral republicanos" (La Nación, 26/07/80).

Consciente de la destrucción que el proyecto económico de Martínez de Hoz había generado en las capas medias, pero sin salirse de la filosofía ultraliberal, Menéndez hablaba de "desarrollar una política económica encaminada a proporcionar bienestar a todos los habitantes, a reforzar la clase media y a respaldar una nación poderosa, que explote e industrialice al máximo sus recursos naturales, basando dicha política en una sana libertad económica y en la iniciativa y actividad privadas, y en una acción del Estado de orientación en lo interno y de protección en lo externo de aquellas actividades productivas tanto agropecuarias cuanto industriales que convienen al país" (Montenegro, 1981: 35). Mucho más tarde, en 1994, Menéndez dirá en una entrevista periodística que él es un "defensor a ultranza del liberalismo económico, pero con control sanitario para evitar las manzanas podridas" (Gente, 1994). Esa reflexión tenía su lógica en la década del 90, con el menemato en su esplendor, porque lo que se criticaba del proyecto liberal del tándem Menem-Cavallo no era su matriz filosófica, sino la corrupción generalizada.

Catorce años antes de ese reportaje de Menéndez con la revista *Gente*, cuando todavía Menem era un pintoresco dirigente patilludo que emulaba a Facundo Quiroga, Martínez de Hoz había casi liquidado la pequeña y mediana industria argentina, la inflación seguía siendo una de las más altas del mundo, la deuda externa aumentaba a un ritmo alarmante, y los sindicatos seguían conservando una cuota de poder, a pesar de que sus escuadrones de la muerte habían aniquilado a sus dirigentes más combativos tres años antes.

En contrario a los acuerdos y relaciones que Viola tejía con algunos de los líderes peronistas para hacer realidad el M.O.N y ser presidente de un gobierno cívico-militar, desde las páginas de *La Nación* Menéndez proponía eliminar el poder sindical alcanzado con el peronismo, retrotrayendo la situación gremial a principios de siglo, cuando los trabajadores no estaban organizados

como estructura de poder, y salvo los sindicatos anarquistas, que peleaban contra la superexplotación del proletariado saboteando la producción capitalista, los trabajadores ni imaginaban su participación en el reparto de la renta como ocurriría entre 1946 y 1975. "Hay que organizar el sindicalismo en entidades de servicio, en defensa de los auténticos intereses de los trabajadores y no en organizaciones económico-políticas de apoyo al gobernante de turno. Reglamentar la libre agremiación, que al mismo tiempo que elimina al sindicato como comité político, asegura la legítima defensa de derechos obreros que nadie debe negar ni retacear", escribía Luciano Benjamín en el diario fundado por Mitre en 1870, y reproducido por Montenegro en 1981.

Reducir a su mínima expresión política el poder de los sindicatos había sido uno de los objetivos primordiales del golpe del 24 de marzo, y seguía siéndolo en la década que comenzaba. Como liberal de pura cepa, ante sus auditorios empresarios, Menéndez insistía en la eliminación de los trabajadores como factor de poder. Su "sindicalismo de servicios" no era otra cosa que la agremiación por empresa, el modelo que la Fiat —aliados incondicionales del retirado general—, había promovido en la Argentina para impedir la participación de los trabajadores en el reparto de la riqueza nacional. El objetivo por el cual Menéndez desapareció de la faz de la tierra a los líderes sindicales que peleaban por el control obrero de las empresas, como había ocurrido con el Sitrac-Sitram en 1970.

Con la excusa de combatir la burocracia sindical peronista —la misma contra la cual habían peleado Tosco, Salamanca, López, Di Toffino y muchos otros "marxistas"—, en 1980 Menéndez proponía aislar, encapsular el poder de los trabajadores organizados, a fin de inducirlos a una función meramente reivindicativa, sin ninguna vinculación de clase. Y, por consiguiente, sin ninguna aspiración revolucionaria. Con esa receta bajo el brazo, endulzaba los oídos del poder económico cordobés, que enloquecidos lo invitaban a cuanta reunión social se hacía en el Jockey Club de la ciudad de Córdoba.

Con Roberto Viola entrenándose para reemplazar a Videla en la presidencia, y Galtieri acumulando poder al frente del

Ejército para sucederlo, Menéndez se preparó para la próxima batalla que se avecinaba: la propuesta del Papa Juan Pablo II sobre el conflicto del Beagle, que finalmente se dio a conocer el 12 de diciembre de 1980, con resultados que lograron fruncir el ceño de uno de sus principales detractores. Tres meses antes de entregar la presidencia a su alter ego Viola, y a treinta y seis de aquel traumático acuerdo que propuso el Papa sin éxito, Videla sintetizó para este libro los alcances del proyecto que lo distanció aún más de su querido amigo Menéndez: "La propuesta del Papa tampoco nos favorecía. Mejoraba un poco el arbitraje británico, pero no mucho más. Así que otra vez a discutir qué hacíamos. En ese momento, Primatesta, que era el jefe de la Iglesia argentina, estaba en Roma y me pidió que fuera. Partimos al Vaticano y una vez allá nos aconsejó que aceptáramos porque la propuesta dejaba mucho margen para cambiar. El nos decía: 'digan que sí, acepten para evitar la guerra que después hay tiempo para modificar el acuerdo, porque el proyecto tiene muchos huecos y es ahí donde podemos ganar terreno'. Nosotros no podíamos decir que no, estábamos obligados por la presión interna y externa a cambiar de opinión. El objetivo de la iglesia fue patear la pelota hacia delante y así frenar el conflicto armado". Eso se logró. Lo que no pudieron Videla ni el Vaticano fue sacar de la cancha al rival más temperamental del cuadro contrario. Consciente de que Juan Pablo II iba a favorecer a los chilenos, Menéndez y un grupo de civiles cordobeses fundaron el Movimiento de Afirmación de la Soberanía (MAS) cuyo eje principal era el tema Chile, pero no solo ese. El general Santiago había sido también un promotor del movimiento, y contó para este trabajo los alcances del proyecto que tenía en Luciano a su faro de luz: "Fue eso, un movimiento, que buscaba elaborar un proyecto alternativo al de Viola-Videla. Fue algo de Córdoba, que cosechó pequeños apoyos, porque fue muy difícil entrar en Buenos Aires.

—¿Ustedes qué proponían?

—Un cambio importante en cuanto a la política, pero, como le dije, fue muy difícil entrar en Capital Federal. Proponíamos democratizar con mayúscula. Hacer que la República fuera una república seria. Como son otros países, ahí tenés de presidente de Brasil a un tipo que es tornero (se refiere a Lula). Tienen clases

dirigentes y una burguesía. Igual pasa con Chile, tiene tipos selectos. Nosotros adolecemos de dirigentes, desde la época de la Revolución de Mayo. Moreno, por ejemplo, no estaba ni participó en ninguna cosa importante. Ni estuvo en el 25 de Mayo. Liniers en cambio peleó contra los ingleses. ¿Por qué?, porque gravitaba y se había comportado bien con los intereses españoles.

Con el conflicto del Beagle como telón de fondo, el M.A.S se creó en el 81 para inaugurar la etapa política-civil de Menéndez, a pesar de que Santiago descree de tamaña dimensión: "Más que política, el objetivo era mantener contactos con sectores que llegaban a él con inquietudes de hacer algo.

—¿Lo veían como un líder?

—No, como uno más.

—Pero era él quien encabezaba el grupo.

—Sí, sí, pero había gente de todo tipo.

—¿Quiénes?

Santiago no recuerda nombres.

—¿Baquero Lazcano? ¿Qué gente lo apoyaba de la parte civil, política de Córdoba?

—Un doctor...

—¿Rezzónico?

—No, no, el doctor Rezzónico no, él fue ministro de Chasseing, a quien nosotros después le ofrecimos ser candidato a gobernador para competir con Angeloz. Chasseing iba a hacer una buena elección. La gestión de Chasseing fue una buena gestión, para Córdoba, por supuesto. Comparada con la de Angeloz, por ejemplo, montó lo que en alguna forma está haciendo Kirchner, que es tener los intendentes todos de acuerdos con él. Y eran votos.

—¿Pero cuál fue el proyecto del MAS?, ¿no se acuerda de qué sectores lo integraban?

—Es que conmigo Menéndez nunca habló de un proyecto, sí de mejorar muchas cosas. Había uno que era de un partido... cómo se llamaba el doctor este...

Yo insisto, pero el entrevistado no se acuerda, ni se acordará de él. Igual no bajo los brazos.

—¿Era doctor médico o abogado?

—Abogado.

—¿Baquero Lazcano?

—No, en política política, digamos, partidista, Menéndez nunca tuvo una participación grande. Es decir, él tuvo un grupo de gente que lo vio como la posibilidad de formar algo...

—Bueno, pero quiénes eran sus seguidores.

—No recuerdo los nombres, pero ex políticos o políticos que en su partido no figuraban. Gente que conocía la política, que habían hecho de la política una forma de vida.

Santiago no se acuerda, pero cuando habla de los políticos se refiere al Partido Federal, cuyo líder era Francisco Manrique, y en Córdoba el joven abogado Horacio Guerin, que era el titular de la junta Capital del partido.

—¿Y con el poder económico de Córdoba, Menéndez se llevaba bien?

—Sí, sí, qué se yo, por ejemplo, con los Tagle, con los Roggio...

—¿Y los Minetti?

—Los Minetti no, que yo sepa no. Los Roggio los conozco porque son parientes de mi mujer. Ellos tuvieron un problema con la subversión, les secuestraron gente y los amenazaron de muerte. Entonces Menéndez los salvó, les dio protección, les dijo que ya no se preocuparan tanto, que no los iban a secuestrar, y que no cedieran ante la amenaza de muerte.

Como expresión política de la Fundación Mediterránea, Menéndez tenía una aceitada relación con los industriales cordobeses. Y no solo con los de la ciudad de Córdoba. Santiago recuerda su estrecho vínculo con otro industrial, cuya empresa es hoy un imperio en el rubro alimentos: "El padre de Roberto Urquía, el aceitero de General Deheza, era incondicional de Menéndez. Yo almorcé con Urquía y Menéndez por lo menos diez veces".

Pellanda, que lo conoció en su etapa de "civil", coincide con ese perfil antipopular de Menéndez, un rasgo que los generales argentinos llevan en su ADN sanguíneo con la única excepción de quienes abrazaron fervorosamente la causa peronista. Apelando

a citas famosas de su apreciado comandante, el doctor reedita algunas de esas frases emblemáticas: "Él decía: 'los alemanes ganan batallas pero pierden las guerras'. Por eso le digo que Menéndez no es un facho, el cree en el Ejército americano. El Ejército argentino no se inspira en el casco puntiagudo, sino en el kepi. Además, no es antisemita ni partidario de los modelos germanófilos, sino más bien radical y antiperonista" (Entrevista con Pellanda, 2006).

En función de esa ideología claramente liberal, Menéndez tenía mucha llegada y aceptación en el mundo económico cordobés. "Eran allegados a Menéndez los empresarios", confirma Pellanda, que participaba de esos encuentros sociales con el ex jefe del III Cuerpo y los popes de la industria local. "Los Pagani, los Garlot, Carlos Verzini, de Corcemar, o Carlos Suárez, gerente general de Fiat, eran parte de su grupo. Todos ellos sienten que Menéndez les salvó la vida, por eso era común que se juntaran en el edificio TITA, que está en la calle Chacabuco, que era la sede central de Corcemar".

Como cuentan el general Santiago y el doctor Pellanda, Menéndez era, al comenzar la década del 80, una figura más que interesante para el poder mediterráneo. Y era lógico que así fuera. Con el uniforme en el placard, lejos de las intrigas militares, Luciano Benjamín no era ya ese general temible, de gesto fruncido y pose de asesino profesional. De traje y corbata, fusionaba su liberalismo económico con un discurso federal y republicano, que caía muy simpático a las burguesías provinciales, carentes, como siempre, de un candidato que representara sus intereses en el marco de un sistema democrático.

Todavía con la ilusión de participar en la contienda electoral, que veían irreversible en pocos años más, los militares retirados y los grupos de derecha que no estaban insertos en el radicalismo o el peronismo, ensayaban una alternativa para gobernar el país ¿Quién otro como Menéndez había logrado aniquilar el poder popular y barrer de la tierra a los que planteaban el reparto de los medios de producción? ¿Qué dirigente podía tener más mérito que él, que clausuró para siempre cualquier salida socialista en la Argentina? Salvo Angeloz, en Córdoba no había otras figuras conocidas y respetadas por el establishment que no fueran Menéndez y Chasseing.

Con la mira puesta en el "desemboque institucional", como proponían Videla-Viola, Luciano Benjamín se movía con soltura entre los popes cordobeses. Era, en ese momento del país, la gran esperanza blanca del interior, el capitán de la nunca abandonada ilusión de disputar el poder político y económico al puerto. Que, encima, se aprestaba a consagrar a su archienemigo de toda la vida.

Cuando el avión despegó de Junín de los Andes, un día de 1980, el general Villarreal, comandante del V Cuerpo de Ejército, se acercó a Mario Benjamín Menéndez y le dijo: "En Neuquén la dejamos a su señora y usted sigue conmigo de viaje".

—Bueno, general, como no.

Menéndez no tenía ni idea, ni imaginaba, los motivos de esa orden.

—Vos, Mari, te quedás —le dijo Villarreal a su mujer.

Con sus respectivas esposas en Neuquén, los dos generales siguieron su conversación en la intimidad del avión militar.

—Tenemos que charlar, Menéndez —dijo Villarreal, antes de ponerse a hablar con su subalterno de mil cosas. Cuando los temas militares del V Cuerpo se agotaron, Villarreal abordó el núcleo del asunto, la razón por la cual ambos jefes hacía horas recorrían buena parte de cielo patagónico:

—Qué opina usted de la elección presidencial, Menéndez —tiró Villarreal sin anestesia.

—Bueno, mire, general, si Videla no quiere continuar, y se quiere ir, evidentemente hay que nombrar a su reemplazante, aunque pareciera que por ciertas cosas eso está cantado.

—No mire, yo de lo que quiero hablar con usted no es de esa persona. El tema no está fácil, porque después de la elección del general Videla, en 1978, los comandantes llegaron a un acuerdo: para no encontrarse con otra situación de crisis, sin salida, como fue la otra vez, de Videla o nada, cada fuerza tiene que traer dos candidatos. Proponer dos, entonces se supone que va a ser más fácil llegar a un consenso.

—Entonces lo que usted quiere que le diga es quién puede ser además del general Viola.

—Claro.

—Bueno, mi general, vea..., en una situación como esa, si hay una discusión sobre el número uno y no es aceptado por las otras dos fuerzas, hay que pensar a quién propone como segundo candidato. Si usted propone un candidato de primera línea para segunda opción, puede ser que los otros digan "queremos ese". Entonces su candidato va a ser un buen presidente. En ese caso yo le hablaría del general Chasseing, no de mi primo Luciano. Ahora, si usted lo que quiere es proponer un candidato que no va a poder triunfar frente a la otra candidatura, usted se asegura que el número uno va a ser el elegido. Pero, si los otros dicen, para joderle, "no, queremos al otro", usted tiene cualquier cosa de presidente. En este caso, discúlpeme si usted es amigo, pongamos de presidente al general Harguindeguy, que es un soldado fiel y leal, que trabajó de ministro del Interior. Pero yo creo que Chasseing puede ser un gran presidente, un tipo de gran prestigio, muy respetado en las otras fuerzas armadas y en la política. Sabe lo que hay que hacer.

—Está bien, Menéndez, gracias por su opinión.

Mientras Luciano Menéndez daba conferencias ante auditorios civiles del más variado pelaje, y se movía como pez en el agua entre la clase dirigente de la Docta, el Ejército seguía siendo una usina de rumores y conciliábulos, que la conversación aérea entre Villarreal y Mario Benjamín no hacía más que confirmar. Y aunque era cierto que Viola era el número puesto para reemplazar a Videla, no todos lo apoyaban. A pesar de todas las críticas que le hacía, a Menéndez, Luciano la figura de Videla le gustaba. "Le caía bien esa imagen de tipo puro, y mi primo no era de hacer el negocito o alguna cosa rara con el hijo, como sí hizo Viola con el suyo". Sin darse cuenta, en la entrevista de noviembre del 2007, Mario Benjamín abordó la última razón que explicaba la animadversión de Menéndez por Viola. La pieza que faltaba para completar el rompecabezas: "El hijo de Viola era un ilustre vagoneta, que utilizaba el poder del padre para usufructo personal. Vivía de joda".

—Y eso crispaba a Menéndez.

—Lo crispaba mucho. Yo se lo dije a varios amigos que trabajaban con Viola. Ellos me decía 'bueno, pero el padre no puede'. Y yo me ponía loco: 'pelotudo, el padre es la imagen del poder,

que lo ponga en vereda'. En buena medida, el pibe usufructuaba el apellido. Estaba en el Banco de Intercambio Regional y ofrecía créditos a los militares. Y él recibía una retribución del banco por eso. ¿Quién se iba a negar, en ese momento, al ofrecimiento del hijo del general Viola?

Tanto era el malhumor militar con el hijo de Viola, que Menéndez, Mario contó que varios generales montaron en cólera cuando uno de ellos tuvo que respaldar a una representación del BIR que iba a poner una agencia en París y otra en Nueva York. "Y qué carajo tenemos que hacer nosotros, que somos militares, respaldando a un banco", se preguntaban, con todo sentido común, los generales. "A mi primo todo eso le cayó muy mal, incluso hizo una publicación que le valió otra sanción mientras estuvo detenido en Curuzú Cuatiá, cuando dijo que Viola gobernaba para los amigos. Luciano estaba loco con eso".

—No toleraba el plan de Viola.

—No, para nada.

Los fantasmas de Luciano

Al cabo de un año de ver cómo su enemigo Viola se preparaba para suceder a Videla en la Casa Rosada, el Vaticano le regaló a Menéndez el último argumento para presionar y condicionar al segundo "presidente" del *Proceso*. El 12 de diciembre de 1980, Juan Pablo II entregó la propuesta sobre el conflicto del Beagle. Qué, como confiaba Menéndez, no sería beneficiosa para la Argentina. Exactamente treinta y seis años después, un martes 12 de diciembre del 2006, con la muerte de Pinochet todavía flotando en el aire (había fallecido dos días antes) Videla recordó para este libro aquel ofrecimiento, que tampoco sirvió para firmar la paz con Chile: "La propuesta papal nos quitaba un poco de tierra a nosotros, que para ellos teníamos de sobra, y nos dio más mar. Además, proponía un paso fronterizo compartido, en el cual la Argentina podía tener una base en una de las islas, que no me acuerdo cual, y que la soberanía ahí fuera compartida, con las dos banderas en alto. Quedamos en analizarlo y hacer una contrapropuesta, pero lo que estaba claro era que en la negociación íbamos a perder. Después yo dejé la presidencia en el 81 sin que el tema

quedara resuelto. En definitiva, el Papa se comportó como un pastor: le dio más al más pobre, y menos al más rico. Y los ricos en esta contienda éramos nosotros".

Con gran capacidad de síntesis, Videla explicó lo que a Juan Pablo II le llevó dos años elaborar, y que volvió a enfrentar a Menéndez con la dupla Videla-Viola. Con Suárez Mason concentrado en las operaciones clandestinas de la CIA en Centroamérica y Bolivia, Luciano Benjamín era el principal estandarte de los que no querían ceder ni un centímetro de tierra o mar al país trasandino. Fue precisamente su postura intransigente lo que llevó al periodista Néstor Montenegro a viajar a Córdoba para entrevistar al ex jefe del III Cuerpo. Bajo el pomposo título de *Reportaje a Hombres Notables, así piensa Luciano Benjamín Menéndez*, que se editó en formato libro, el 28 de enero de 1981, dos meses antes de que Videla le calzara la banda presidencial a Viola en un acto absolutamente inconstitucional, Menéndez expuso su batería de propuestas sobre el Beagle, y presentó su plataforma política con explícitas críticas al tándem Videla-Viola:

—¿Cree usted, General, que habría que esperar un gobierno constitucional para solucionar definitivamente el problema del Beagle y las Islas Australes? —preguntó Montenegro.

—Creo que el aval definitivo a la solución de este problema tiene que darlo tal cual lo marca nuestra Constitución, el Congreso Nacional. Para eso hay que esperar un gobierno constitucional. Pero no tengo duda que la propuesta que nos ha hecho llegar el Papa debe ser contestada con toda claridad por este gobierno, que es el que ha promovido la mediación. Y cuando digo contestada, hablo de rechazar la propuesta que conocemos y efectuarle al Santo Padre la correspondiente contrapropuesta (Montenegro, 1981: 9).

En otro pasaje de la entrevista, pero hablando del mismo tema, Menéndez le envió un clarísimo mensaje a Videla: "Hay quienes pretenden que por nuestra condición de católicos individuales y de país católico en lo genérico, tenemos la obligación de aceptar lo que nos propone el Papa. Ahí hay dos graves errores. Primero y principal, que el Papa es infalible y nosotros los católicos le debemos obediencia total en lo religioso. Pero acá, el Papa ha actuado en el orden temporal y político, y en este campo noso-

tros podemos no adherirnos a la propuesta papal, sin comprometer en absoluto nuestra fe de católicos. El segundo tema es que el Papa es un mediador, y en el sistema de mediación, el mediador no compromete la obligación de las partes para aceptar su propuesta (...). Con la propuesta del Papa, Argentina no tiene ninguna costa que genere soberanía. Entonces, trazar un límite sobre el agua, sin ninguna ribera sobre esas aguas significa algo totalmente inédito que va ser pan para hoy y hambre para mañana, porque desde el momento que no somos dueños de costas, no podemos ser dueños del mar" (Montenegro, 1981: 12 y 13).

Acto seguido, el ex jefe del III Cuerpo explicó el fondo del asunto que enfrentaba a la Argentina con Chile: "Yo escribía que no son unos pocos islotes ásperos y helados lo que está en juego, sino el patrimonio de las tierras que generan derechos sobre el Atlántico Sur y sobre la Antártida. Todos deseamos la paz, pero acá la disyuntiva no es la paz o la guerra, el dilema es obtener lo que es nuestro o regalarlo graciosamente", dijo el retirado general (Montenegro, 1981: 15) que completó su fundamento: "El objetivo argentino es ser el único dueño del Atlántico. Atlántico que empieza sin duda desde el meridiano del Cabo de Hornos hacia el este" (Montenegro, 1981: 169).

—¿Cree que puede establecerse con los chilenos que están en continua expansión un tratado de amistad y de hermandad? —arremetió Montenegro, no sin picardía.

—Yo no tengo dudas de que sí. Hay un viejo refrán que dice "las cuentas claras mantienen las amistades". Yo no tengo dudas porque a los chilenos nos unen muchas cosas. La primera, haberles dado su libertad. La segunda, tener intereses comunes frente al comunismo que está en expansión constante y agrediendo al mundo libre. La tercera, que hay que defender en el futuro intereses comunes en los mares del Sur y en la Antártica, además de que nos unen cosas de carácter económico, de desarrollo, etcétera (Montenegro, 1981, 21 y 22).

—¿Considera usted que se ha cumplido el tratado de Montevideo en cuanto a la desmilitarización de la zona austral por parte de Chile y la Argentina?

—No, de parte de Argentina me consta que sí. Creo que Chile no ha desmilitarizado nada (Montenegro, 1981: 23).

Como refleja la entrevista, Menéndez seguía desconfiando de Pinochet, y con su advertencia enviaba una señal a Viola, cuya única obsesión pasaba por emprolijarse la corbata para asumir la presidencia, un hecho que no entusiasma al sector de Menéndez y al periodista que lo reporteaba, que le sirvió en bandeja la posibilidad de plantear un proyecto político que seducía a los industriales cordobeses —núcleo de su poder— y a varios líderes del interior. Y les servía porque Menéndez ponía sobre la mesa de discusión la otra deuda, la interna, irresuelta en ciento setenta años de vida nacional.

—¿Cuáles cree usted que tienen que ser los lineamientos del futuro gobierno, en cuanto a lo económico, político y social?

Enfundado en su traje de candidato para una futura contienda electoral, Menéndez desenfundó su proyecto: "Lo que hay que hacer en este proceso es: primero, federalizar el país en lo económico, político y poblacional. El último censo (realizado en 1980) demuestra que seguimos con tremendos vacíos poblacionales, que responden a los vacíos económicos. Primer gran capítulo que por cierto tiene que ver con la expansión de las fronteras agropecuarias, con la explotación minera. Federalizar es un gesto que el país precisa incluso para la expansión que decíamos antes. El punto segundo es el de reactivar todo nuestro aparato productivo, que ha sufrido indudablemente un menoscabo muy grande (Montenegro, 1981: 25 y 26).

—¿Por qué hemos llegado a esto, general? —inquirió Montenegro, enlistado en el sector opuesto a Viola.

—Yo me hago la misma pregunta. Creo que porque hemos abierto nuestra economía a las importaciones sin discriminación. Yo soy un convencido que una filosofía liberal es lo único que da buen resultado. La filosofía que respeta la libertad y dignidad del hombre, el patrimonio privado, el libre albedrío, la iniciativa privada, es la única filosofía correcta. Pero también estoy convencido que eso que en lo interno hay que aplicarlo sin limitaciones, debe tener sus protecciones para con el exterior. No podemos abrir nuestras fronteras en un mundo que las cierra, no podemos abrirnos a toda clase de importaciones que sabemos que están subsidiadas por los países de origen, dejando a nuestros productores agropecuarios e industriales indefensos frente a los produc-

tores extranjeros altamente protegidos. Yo me doy cuenta que no se puede fabricar todo, ni conviene, pero entonces hay que elegir qué es lo que va a producir el país, y eso protegerlo (Montenegro, 1981: 26).

—¿Cómo se lo elige?

—Primero por cantidad y calidad de producción, y allí tenemos nuestra producción agropecuaria. Segundo por la conveniencia de sumar valor agregado a esas materias primas y así surgen industrias textiles y del cuero, por ejemplo. Tercero, para posibilitar y facilitar aquella producción óptima y encontrarnos entonces con la industria de la maquinaria agrícola. Otra razón es la importancia estrategia y económica de las industrias de base, la siderurgia, la petroquímica, la minería, el aluminio, etcétera. Otra necesidad de desarrollo regional que debería llevarnos a proteger la explotación minera y las industrias consecutivas. Por citar un ejemplo: la lana de la Patagonia (...). Tenemos que expandirnos en todas nuestras fronteras agropecuarias para que esos futuros cien millones de hombres libres, al decir de Sarmiento y Alberdi, puedan vivir en todo el ámbito de nuestro territorio. Eso en lo económico, en lo educacional y cultural, hay que revitalizar el ser nacional, que lo hemos perdido. El orgullo de ser argentino. Aquel ser nacional que nos permitió crecer verticalmente a partir de nuestra organización nacional, hasta ser en los primeros años de este siglo, una promesa para el mundo (Montenegro, 1981: 27).

En enero del 81, con Martínez de Hoz acomodando los papeles del ministerio de Economía para dejárselos a quien lo reemplazaría en el cargo, Adolfo Sigaut —el elegido de Viola—, Menéndez buscaba comprometer en sus ambiciones a los sectores económicos que habían sido relegados por "Joe". Por eso no desaprovechó la entrevista de Montenegro para bajar línea. Cuando su entrevistador le preguntó por la inflación, que seguía siendo una de las más altas del mundo, Menéndez arremetió contra el superministro de Videla porque no había sido lo suficientemente liberal: "Yo creo que no, porque no se redujo en la medida conveniente nuestro todavía frondoso y costoso aparato estatal, así como la presencia del estado empresario, que ha impedido aquella reducción" (Montenegro, 1981: 30). En realidad, la "culpa" de que Martínez de Hoz no hubiera acabado con el "estado empresario", no era de

él, sino de Videla y los militares que no se animaron —por diferencias internas—, a llevar hasta el hueso el proyecto privatizador que el bisnieto del fundador de la Sociedad Rural hubiera practicado de haber tenido la libertad y la autoridad para hacerlo. Con el libreto de la Fundación Mediterránea, porque Menéndez no sabía nada de economía, siguió profundizando ante su entrevistador cuál era el modelo de Estado que imaginaba en caso de llegar al poder: "No concibo al estado empresario salvo para unas muy limitadas actividades. Sí veo al estado que oriente, que seleccione en función política las actividades que interesan al país. Pero el estado empresario, repito, salvo para algunas actividades muy limitadas, que la industria privada no pueda o no le convenga explotar, no debe existir" (Idem. Ant).

Menéndez había conocido y experimentado un solo modelo de Estado como el que soñaba para la Argentina: el estadounidense. Su deslumbramiento por la meca del libremercado ocurrió entre septiembre de 1960 y mayo de 1961, cuando era teniente coronel y el Ejército argentino lo mandó a Estados Unidos a perfeccionarse en un curso de Cuartel Maestre. Ese modelo de sociedad era el que soñaba implantar en la Argentina. Un modelo donde las fuerzas armadas no están al frente de la Casa Blanca, pero son una de las patas fundamentales del poder norteamericano, que influyen de manera determinante en las decisiones que ahí se toman. Sobre todo cuando es el Partido Republicano el que está al mando del país[200].

Para hacer realidad en la Argentina el "sueño norteamericano", primero había que barrer a Viola, el "amigote" de los políticos y los sindicalistas. Al tanto del desprecio que su entrevistado sentía por quien sería "presidente" dos meses después, Montenegro cerró el reportaje con una pregunta que tenía dos claros destinatarios: Jorge Rafael Videla, el "presidente" que se iba para volver pronto, y Roberto Viola, el "presidente" que llegaba para eternizar el Proceso.

—¿Qué no se hizo o se hizo mal en el Proceso?

—No se definieron cuáles son las actividades productivas que convienen al país y por ende no se las protegió. No se modifi-

200 El principal sostén republicano son las empresas petroleras y la industria armamentística, mientras que el de los demócratas es el capital financiero.

caron las reglas cívicas para corregir los males que han frustrado nuestra democracia en los últimos cincuenta años. No se corrigieron los males del sindicalismo para volcarlo a su actividad específica. Para ello debían reconocerse sindicatos de primer grado, con agremiación libre, que defendiera directa y eficazmente los auténticos intereses de los trabajadores. Esto permitiría que el obrero ganara todo lo que su capacidad le permitiera y no lo que el secretario de la Federación o Confederación consiguiera en Buenos Aires, gracias a la fuerza política que esgrimiera en los convenios colectivos de trabajo, que, dicho sea de paso, no deberían existir más (Idem. Ant).

En diez líneas Menéndez asumía el fracaso económico de la dictadura, y se diferenciaba de los dos hombres que habían conducido la política nacional, presentándose como la alternativa ante un empresariado que aplaudía a rabiar la "eliminación de los convenios colectivos de trabajo", la conquista más importante del movimiento obrero del siglo XX. "Para terminar", dijo Menéndez, "debo señalar que en política exterior no he compartido ciertas decisiones, algunos acuerdos y compromisos contraídos, que acarrearán difíciles consecuencias al país, como este de la mediación papal que ahora estamos viviendo" (Montenegro, 1981: 31).

El conflicto con el Beagle era un tema complejo, pantanoso desde el punto de vista jurídico, como todos los acuerdos limítrofes con Chile, un país expansionista, que de la mano de Pinochet avanzaba lentamente hacia el Atlántico y sobre el espacio antártico argentino. Menéndez y el Movimiento de Afirmación de la Soberanía que él presidía no se equivocaban en plantear luces de alerta sobre el avance chileno. El problema era que el único lenguaje que entendían era el de las armas, producto de la ineficiencia e ignorancia de quienes habían sido formados para otra cosa, no para hacer política ni conducir las riendas del Estado. Mucho menos para ejercer con inteligencia y sagacidad la diplomacia en el ámbito internacional, el terreno donde los militares argentinos decidirán al año siguiente resignar gran parte de la soberanía austral a cambio de seguir en el poder. Inclusive al costo de su propia destrucción.

Malvinas, el fin de un proyecto y una relación

Como anunció Menéndez ante infinidad de auditorios civiles y militares, el gobierno de Viola, que reemplazó a Videla

el 29 de marzo de 1981, fue un fiasco absoluto. La inflación siguió creciendo, la especulación financiera profundizó el ahogo a la producción, y el conflicto con el Beagle entró nuevamente en un freezer, porque ni Viola ni la Junta de Comandantes Generales contestaron la propuesta de Juan Pablo II. Encima, nueve meses después, uno de los alfiles del segundo "presidente" del Proceso, el general que había llegado a ese cargo para clausurar toda posibilidad de que Menéndez fuera comandante en jefe del Ejército un año antes, le clavó un puñal por la espalda a quien había sido su padrino político y militar, y en un golpe palaciego lo echó de la Casa Rosada.

Planificado con mucha antelación, Leopoldo Fortunato Galtieri era el ideólogo y referente de un proyecto que ni por asomo pensaba en un desemboque institucional. Con Galtieri, las Fuerzas Armadas, pero sobre todo el Ejército, jugaban la última carta para seguir en el gobierno. El triunfo republicano de Ronald Reagan en Estados Unidos había resucitado las chances militares, quienes dejarían de sentir sobre el cuello la espada que Carter les había clavado por la violación a los derechos humanos. Además, el triunfo sandinista en Nicaragua en 1979 era una buena excusa para seguir planteando ante la opinión pública la teoría del "enemigo interior" y la penetración comunista en América Latina.

La señal más elocuente del barquinazo político que significaba el cambio de Galtieri por Viola llegó en boca del más delirante jefe que tuvo la dictadura. El general de ojos azules y porte de gladiador dijo a los periodistas que "las urnas están bien guardadas". Era una señal para el pueblo y los partidos políticos de que las elecciones no eran más que una ilusión óptica. Alfonsín le respondió con notable clarividencia: "Pues que les vayan pasando el plumero, porque las vamos a llenar de votos", anunció el joven y prometedor líder radical, sin saber que no faltaba mucho para que la Argentina saliera finalmente del pantano dictatorial.

Con la economía a la deriva, la receta de Galtieri para aplacar el cada vez más evidente malhumor social que se respiraba en la calle, fue la puesta en marcha del más viejo y ambicioso plan militar del siglo XX. En absoluto secreto, la dictadura apostó todas sus fichas a esa aventura. Su mesianismo le impedía comprender

lo que pasaba del otro lado de la ventana de la Casa Rosada, donde la sociedad iba de a poquito recuperando el oxígeno.

Un día de marzo de 1982, el "presidente" Galtieri convocó de urgencia al general Mario Benjamín Menéndez, que era parte de su Estado Mayor, y le preguntó si sabía hablar inglés. Menéndez respondió: "mas o menos, mi general, porqué me lo pregunta". "Ya se va a enterar, general", le devolvió en tono misterioso Galtieri (Entrevista con Menéndez, Mario, 2007).

Al salir de la oficina, Mario Benjamín intuía que Galtieri algo estaba planeando en secreto, sin embargo, las extravagancias eran comunes en él, y el primo de Luciano lo sabía mejor que nadie.

El misterio se develó pocos días después: con el total respaldo del Ejército y la Marina comandada por el almirante Jorge Anaya, y la no tan convincente aprobación de la Fuerza Aérea, la Junta Militar invadiría las Islas Malvinas en la madrugada del 2 de abril. "El plan, que estaba bien elaborado, terminaba como decimos los militares: el día D + 5. El día D era el día que se hacía la recuperación, la ocupación de Malvinas", contó al autor de este libro Mario Benjamín. La operación "Virgen del Rosario"[201] tenía previsto, según sus impulsores, "una operación militar con vistas a llegar una acción política. El día D + 5 yo tenía que hacerme cargo de la operación militar, y la masa de soldados debía retirarse, cosa que se cumplió. A partir de ese momento yo quedé al mando de unos quinientos hombres, porque el objetivo no era pelear, sino instar a una negociación con Gran Bretaña", dice quien fue nombrado por Galtieri "gobernador militar" de las islas (Idem. Ant).

Sin embargo, las cosas no salieron como las había pensado el hombre que el 30 de marzo de 1982, dos días antes de la invasión de Malvinas, ordenó una brutal represión sobre los que habían marchado hacia Plaza de Mayo bajo la consigna "Pan, paz y trabajo". Liderada por la CGT, cuyo principal dirigente era el cervecero Saúl Ubaldini, la movilización popular era la primera gran demostración de cansancio frente a la dictadura. Cuarenta y ocho

201 Según Mario Benjamín Menéndez, el nombre lo puso el teniente coronel Mohamed Alí Seineldín "un tipo tremendamente religioso, además de nacionalista y de otras características importantes como soldado", se le ocurrió porque el día de la recuperación de Buenos Aires se recuerda a la Virgen del Rosario de la Reconquistas, bajo esa advocación la puso Liniers.

horas después, la misma marea humana que había sido masacrada a bastonazos por la policía del régimen, llenaba la Plaza para aplaudir la aventura militar. Otra prueba cabal y cruel de que la contradicción es parte indeleble del "ser argentino".

En lo más inhóspito del Atlántico Sur, miles de soldaditos argentinos, en su mayoría conscriptos sin ninguna preparación para un conflicto armado, habían tomado Malvinas. Una semana después de la fiebre nacionalista que atacó a una inmensa porción del pueblo argentino —fueron muy pocos los dirigentes y personalidades políticas y artísticas que se opusieron a la invasión—, el general retirado Luciano Benjamín Menéndez ensalzó en el diario *La Voz del Interior* el operativo lanzado por la Junta, y anticipó que los históricos invasores no tenían chance alguna de recuperar las islas: "Los ingleses no pueden intentar ninguna acción de guerra en al Atlántico Sur, y si lo hacen van al más estruendoso fracaso militar" (La Voz del Interior, 9/04/82). En su carácter de presidente del M.A.S, Menéndez trazó un panorama por demás optimista de lo que poco después se revelaría una carnicería: "Debemos señalar un objetivo de máxima y otro de mínima. El de máxima es, indudablemente, el de recuperar las Islas Malvinas ocupadas por efectivos argentinos. El de mínima, tratar de ejercer una presión para dar pie a una salida o solución diplomática" (Idem. Ant). Haciendo gala de su condición de estratega militar, Luciano Benjamín subestimó en una larga entrevista el orgullo inglés hasta límites incomprensibles: "Para tomar las Islas que ahora ocupan nuestras fuerzas —estimadas en 5 mil hombres— las estadísticas de guerra señalan que se necesitaría una superioridad de cinco o seis atacantes por cada defensor. Quiere decir que los ingleses necesitarían unos 30 mil hombres" (Idem. Ant).

Enfrascado en la soberbia de quienes entienden la política como expresión de la fuerza militar, el ex jefe del III Cuerpo se sumó al coro de los que aconsejaban que la flota inglesa retornara a su lugar de origen, como sugirió la OTAN: "A la OTAN le interesa mantener intacta la fuerza inglesa pues es parte integrante de una estrategia continental. La partida de estos 35 buques ingleses está, en alguna medida, dejando claros en la defensa del bloque europeo. Y existe la posibilidad de que una parte de ellos —muchos o pocos— no vuelvan nunca más a las Islas Británicas. Y eso es

algo concreto" (Idem. Ant). Menéndez no hablaba a título personal, sino en representación del grupo político-intelectual que integraban, entre otros, Pedro Baquero Lazcano, Enrique Nores Bodereau, Alejandro Rodríguez Rojas, el contraalmirante Carlos García Fabre, el comodoro Julio César Krause, el general Fernando Santiago y el coronel Miguel Angel Marini, todos miembros del M.A.S.

Con ese plafón, proponía lo que la diplomacia argentina venía planteando hasta 1975, y que se desbarató por la toma del poder político en manos de las fuerzas armadas al año siguiente, con Menéndez a la cabeza: la recuperación de Malvinas por medios pacíficos. El potencial petrolífero y pesquero de la zona eran inmensos, y la descolonización un proceso irreversible a nivel mundial. Pero Galtieri y compañía tenían otros planes. Necesitaban un golpe de efecto para estirar un poder que se desmoronaba días tras día. La limitación intelectual de quien comandaba los destinos nacionales lo llevó a creer que Estados Unidos apoyaría a la Argentina en lugar de a su viejo aliado. O que, por lo menos, no se metería en el conflicto. Galtieri creía profundamente ser el "general majestuoso" que el general Alexander Haig, secretario de Estado norteamericano, elogió unos días antes del inicio de las operaciones armadas en Malvinas. Pero como reconoció Mario Benjamín, la Argentina tenía un solo plan en el escenario internacional, y no precisamente el más elaborado. "Todo fue improvisado, no había plan B ni C. Por eso, después, sobre la marcha, se produjeron hechos que cambiaron lo que se había propuesto: que Inglaterra estaba muy lejos y comprometida y que Estados Unidos iba a tener una actitud neutral" (Entrevista con Menéndez Mario, 2006). Los hechos revelaron que no pasó ni una cosa ni la otra.

Sin embargo, previo a que los norteamericanos desconocieran el Tratado de Asistencia Recíproca (TIAR)[202] o que este no fuera más que papel, su primo Luciano destilaba optimismo. Como casi todos en el país, seguía creyendo que los argentinos éramos "invencibles". Y eso que nunca habíamos peleado en una guerra en todo el siglo XX. El consenso social en torno a la recupera-

202 La administración Reagan desconoció el Tratado de Asistencia Recíproca (Tiar), firmado por la OEA en 1947. Dicho tratado establecía que los países americanos debían ayudarse en caso de que alguno fuera atacado por un país de otro continente.

ción armada de las islas no hizo más que entusiasmar a quien era un valuarte del *Proceso*, que creía en la perpetuación de su poder: "Esto nos da una lección, y es que cada vez que los argentinos nos unimos detrás de un objetivo, desarrollamos hazañas inigualables en el campo de la guerra, la política y el trabajo. Es una constante histórica que comienza con la epopeya de la Independencia y se prolonga en la organización nacional (...). Hace falta fijar claros objetivos. Y estoy convencido de que cuando nos fijemos esos objetivos —no para una salida, sino para una solución institucional—, y estructuremos una democracia sólida, arribaremos a una solución tan perfecta como aquella de la Reorganización Nacional" (Idem. Ant).

Como en el tema Chile tres años antes, con Malvinas, Menéndez volvió a demostrar su absoluto desconocimiento de cómo se mueve el poder internacional: "El orgullo inglés está herido pero no total y profundamente, porque no hubo episodios de guerra que lo comprometan. Si pierden Malvinas, los ingleses no sufren demasiado en su orgullo y en su honor, pero si intentan recuperarlas, perderán y después de una derrota militar, además de perder sus posesiones, verán su honor y su orgullo tremendamente deteriorados" —dijo el retirado general al diario *La Voz del Interior*, ignorando que hacia el sur navegaba una de las armadas más poderosas de la tierra.

Veintiún días después de estas declaraciones, la guerra propiamente dicha entre Argentina e Inglaterra comenzó cuando Margaret Thatcher envió más de cien buques y un submarino nuclear para recuperar Malvinas. Con el conflicto en ciernes, los desaciertos de la Junta Militar se sucedieron uno tras otro, como reconoce quien había estado en los preparativos de la *Operación Virgen del Rosario*: "La serie de supuestos que teníamos no se dieron, porque se produce esa votación desfavorable en Inglaterra, que aprueba la guerra y de inmediato la señora Thatcher manda una flota para recuperar las Malvinas", recuerda en 2006 Mario Benjamín Menéndez, que esperaba al invasor como jefe político de las islas. Lejos de erosionarse, como había dicho su primo Luciano, el orgullo inglés se inflamaba como una hoguera. Nada de lo que habían imaginado Galtieri y la Junta Militar se dio en el terreno político y diplomático. Por más apoyo que Argentina

recibió de muchos países latinoamericanos —sobre todo Perú y Cuba—, el "aliado" más importante, Estados Unidos, intentó enfriar la situación y detener el enfrentamiento. Pero en Casa Rosada nadie atendía el teléfono. Tampoco en la embajada argentina en Washington[203]. Con la Plaza de Mayo enfervorizada, Galtieri se inmortalizó con una de las frases más cínicas de nuestra corta historia nacional: "Si quieren venir, que vengan, les presentaremos batalla", dijo el dictador sobre el avance inglés hacia Malvinas. Y la Plaza explotó.

El hundimiento fuera de la zona de exclusión del crucero Manuel Belgrano, el 2 de mayo de 1982, se llevó la vida de 363 argentinos y planteó un escenario totalmente distinto al que Luciano Benjamín había anticipado desde las páginas de *La Voz del Interior* tres semanas antes. Salvo el notable desempeño de la Fuerza Aérea Argentina, cuyos pilotos desafiaron todas las previsiones inglesas, causando un severo daño a su flota naval, en todos los otros ámbitos de combate la superioridad del invasor fue evidente. Las desinteligencias en el comando argentino, y la falta de un compromiso de los mandos superiores, que nunca pisaron Malvinas, convirtieron a la "guerra" por la soberanía nacional en una masacre británica. Mientras los ingleses defendieron su colonia con soldados profesionales propios y mercenarios —gurkas—, 108 buques de guerra, un submarino nuclear y aviones Sea Harrier, las mejores naves de combate del momento, la Junta Militar argentina envió a Malvinas a soldaditos de dieciocho años, conscriptos en su mayoría, que tuvieron que arreglárselas no solo para pelear en combate abierto, sino para subsistir, porque las provisiones de alimento fueron escasas y de pésimas condiciones.

203 Algunos analistas afirman que Ronald Reagan buscó detener la guerra. Sobre este punto, Mario Benjamín dice que él no puede confirmarlo, porque estaba en Malvinas. Sin embargo, dijo para este libro: "Ese es un tema que yo no le puedo aclarar, pero cualquiera puede preguntarse por qué antes de ese llamado no hubo un precontacto. Si yo me dejo llevar por lo que me dijo un embajador, cuando la Thatcher habló y dijo que iban a recuperar militarmente las Malvinas, desde Washington, el 28 y el 29 de abril estuvieron tratando de hablar con la Junta Militar para decirles que pararan todo, pero no lograban hacer el contacto. Después tomaron contacto con la embajada argentina en Washington, pero cuando preguntaron qué pasaba, nadie contestaba. Finalmente el contacto se produjo cuando ya no se podía volver atrás. Ahí hay un asunto que por lo menos hay que llamarlo confuso. Pero yo no lo viví, no lo protagonicé".

La propaganda de los medios nacionales, con su famoso "estamos ganando", rápidamente se reveló como la mentira más obscena de todas las que había ensayado el poder militar en los seis años de gobierno. Luego de un mes y medio de combate, el resultado no podía ser otro que una humillante derrota, pero no para las huestes enemigas, como planteó el protagonista de este libro, sino para la Argentina. El 14 de junio, en un día helado y lluvioso, el general Mario Benjamín Menéndez se rindió ante su par Jeremy Moore. La foto del inglés con su uniforme de fajina embarrado de la cabeza a los pies, era un contraste tremendo con la de un Menéndez impecable, que parecía estar en una fiesta de gala y no al frente de una guerra. Esa imagen lo decía todo. No hacían falta las palabras para describir lo que había pasado en Malvinas entre el primero de mayo y el 14 de junio de 1982.

Veinticinco años después, en su departamento del barrio de Belgrano, el general que pasó a la historia por haberse rendido en un conflicto que ya se había perdido en oficinas un tanto más elegantes que las del comando sur, reconoció que la estrategia brilló por su ausencia en las mentes de quienes decidieron llevar adelante la única guerra en serio que Argentina protagonizó en el siglo pasado: "Todo lo que no se prepara con tiempo, después se improvisa, y esta fue una guerra improvisada", soltó Mario Benjamín, casi con vergüenza. Según él, las acciones del 2 de abril se hicieron para negociar en Naciones Unidas la soberanía compartida con Inglaterra y los kelpers: "Entiendo que la idea era que tres banderas flamearan en Malvinas. La argentina, la inglesa y la de las islas. Una situación que servía para superar la crisis y después seguir conversando. Mucha gente cree que por A o por B hubiéramos tenido nuestra bandera allá. Lo que dice Carlos Ortiz de Rosas, que era nuestro embajador en el Reino Unido, es todavía más importante. Él hablaba de las dos banderas, y el ejercicio de una autoridad alternada entre miembros argentinos en el Consejo de Gobierno de las islas. Uno no sabe por qué nuestros diplomáticos o autoridades políticas y militares de esa época no tuvieron en cuenta esas cosas. Esa propuesta fracasó después que Inglaterra hundió el Belgrano".

—¿Usted no cree que la guerra se hizo para seguir en el gobierno?

—No, no, porque habría que pensar que la Junta se suicidó.

Aunque a Menéndez, Mario le cueste reconocerlo, porque fue parte de aquella tristísima aventura, la Junta terminó suicidándose, pero porque creía, y eso es todavía más imperdonable, que la Argentina tenía alguna chance de recuperar Malvinas, confiada en que Inglaterra no iba a mover un dedo por defender el archipiélago. ¿Podía creer Galtieri que Reagan iba a priorizar una relación con Argentina, que ya no le servía en su "guerra mundial contra el comunismo", porque toda la izquierda nativa había sido exterminada por Menéndez, Luciano, Videla y compañía cinco años antes, que una alianza con Inglaterra, socia estratégica en la OTAN? Y si no lo creían no importaba, Malvinas era su desesperada jugada para mantenerse en el poder. Pero las acciones de "máxima" —recuperar militarmente Malvinas—, o de "mínima", —la negociación diplomática—, planteadas por Menéndez, Luciano en su artículo del 9 de abril en el diario *La Voz del Interior*, chocaron contra la incapacidad política y militar de quien había sido siempre un enemigo suyo en el Ejército.

Cuando el sueño militar de perpetuarse en el poder se desmoronó como un castillo de naipes, y la ilusión ciudadana —que increíblemente se tragó y se sumó al juego castrense— se transformó en ira contra la dictadura, la dictadura inició la retirada.

Pero Malvinas no solo abriría las puertas al fin de la dictadura. En la vida de Luciano Benjamín, la aplastante derrota significó un quiebre familiar que se mantiene hasta el día de hoy. Además de no perdonarle a su primo el lamentable desempeño en el Atlántico Sur, su postura es una síntesis de su visión del mundo. "Él decretó que lo hecho en Malvinas era suficiente para no hablarnos más", dijo Mario Benjamín en noviembre del 2007. Mirando hacia la nada, con evidente dolor por el fin de una relación de cincuenta años, el dueño de casa entrega información que define con impresionante claridad el perfil de su primo:

—¿Malvinas fue el hecho determinante de que no volvieran a hablarse?

—Sí, determinante. Es la forma de ser de Luciano.

—¿Y qué es lo que le reclama?

—Él decía que había que pedir tanques, que había que pedir cañones...

—¿Era partidario de seguir la guerra?

—No, no, de haber planteado la guerra distinta. A lo mejor él hubiera dicho "yo me tomaba un avión a Buenos Aires y los puteaba a todos por lo que pasaba en las islas".

—Ahora. ¿por qué Luciano lo culpa a usted, si usted dice que la planificación de la guerra no estaba a su cargo?

—Sí, pero bueno, él puede decir "en el 78 no dependía de mí la planificación de la guerra con Chile, y entonces hice mi propio plan, lo presenté y lo impuse".

—¿Eso le critica?

—No sé, porque no hemos hablado. Él me mandó cuatro líneas cuando yo llegué de Malvinas. Yo le contesté, y ahora —se refiere a mediados del 2007— me llamó cuando murió mi mujer para decirme "siento mucho lo que pasó", y nada más.

—¿Y qué le respondió usted a ese llamado?

—Bueno, gracias —esa fue toda nuestra conversación.

—¿Y nunca más se hablaron?

—No. Inclusive yo me he enterado de cosas que ha dicho, y he tenido ganas de verlo cuando ha estado preso, porque el afecto que yo tengo por él no me lo van a sacar. Pero otras personas me frenaron. Me dijeron 'usted ya ha tenido demasiadas amarguras para que vaya y se coma otro garrón. No vaya'. Esto viene a cuento porque otra gente se ha encontrado con él y le han dicho cosas de Malvinas, explicaciones de por qué yo no podía hacer mucho en la guerra. Y él les ha respondido 'a mí no me importa, yo tengo mi opinión formada'.

—¿Así contesta Luciano?

—Sí, a mí no, a otros. El vive de ciertas cosas que yo le llamo actitudes algo románticas, como del medioevo.

Cuando Mario Benjamín se refiere a esas "actitudes" de su primo, no lo hace para ridiculizarlo, sino como un intento de descripción o explicación de cómo funciona la cabeza de un cuadro militar puro, que debió haber nacido cuatrocientos años antes, cuando la vida de los hombres pasaba casi exclusivamente por guerrear infinitamente. Pero su querido Luciano nació en el siglo XX, en el marco de una institución que equivocadamente ocupó

un lugar que no es para el cual se forman sus integrantes: la política. "Capaz que él en Malvinas hubiera decidido una carga final, con todos los jefes reunidos, y hubiera salido a pelear contra los ingleses. O hubiera rodeado la bandera y caído todos muertos sobre ella... Ahora, yo digo, escúcheme, al hacer eso hubiera dejado solos a los soldados, se habrían perdido las experiencias de los que después llegaron a generales".

La conclusión de Mario Benjamín es necesaria para entender el ADN de quien entiende la guerra como su razón en el mundo, la "continuación de la política por otros medios", como decía su gran maestro Clausewits. O, como el propio ex jefe del III Cuerpo lo reconoció en diciembre del 75 ante dos abogados del Partido Comunista que fueron a preguntarle por el paradero de dos militantes desaparecidos, "el medio más efectivo para consolidar el espíritu nacional" (Entrevista con Rubén Arroyo, 2007). Menéndez cree, y es toda una definición de sí mismo, que las guerras son el mejor camino para afianzar el espíritu nacional. Los militantes que se opusieron a su política de la muerte con ideas o fusiles en los años 70 creían que una sociedad puede ser mucho más integrada y solidaria apelando a otra estrategia, mucho menos violenta y más humana: el pleno empleo y el reparto de la riqueza nacional.

Sin embargo, no fueron razones políticas ni ideológicas las que distanciaron a ambos primos en 1982, sino la carta que Luciano Benjamín le mandó a Mario apenas Malvinas entró en el cajón de las grandes heridas nacionales:

—¿Qué decían esas "cuatro líneas", como usted dice?

—Eso, eso, que debíamos haber muerto con los soldados. Yo le contesté que él no se imaginaba lo duro que había sido todo, y que cuando quisiera nos podíamos reunir a charlar, cambiar impresiones y qué se yo... Pero ahí quedó todo, una relación de tantos años y de cosas muy especiales.

—¿Tan especial fue esa relación?

—Uff, desde chicos, desde que usábamos los pantalones cortos. Yo venía de Chañar Ladeado, y ellos eran de San Martín. Ahí nos criamos juntos.

A pesar de los veinticinco años que pasaron desde el final de la guerra, y de su relación con "Luciano", en el corazón de Mario

Benjamín la herida sigue tan abierta como siempre. No obstante, los que conocen al mayor de los Menéndez aseguran que el tema no tiene vuelta atrás: "Cuando le preguntan, él ni siquiera dice que son primos, lo borró de su familia", cuenta el general Santiago, un íntimo de "Luciano".

—¿Y por qué tanta bronca, Santiago?

—Porque lo mínimo que tendría que haber hecho el Menéndez de Malvinas es pegarse un tiro. Lo mínimo, eh. Varias veces hablando conmigo este otro me dijo: 'no me digas que somos primos porque yo no lo considero primo'.

—Y eso que son primos hermanos...

—Sí, primos hermanos. Es más, el padre de Mario Benjamín que era menor que el padre de Luciano, mientras estudió Medicina y se recibió de médico en Buenos Aires, vivió en la casa de éste. Así que Luciano conoce mucho al padre del otro. Pero los primos son el día y la noche.

Siete meses después del final de la guerra y de que el general Reynaldo Bignone, el último presidente de facto del Proceso, anunciara que en la Argentina habría elecciones democráticas después de siete años de feroz dictadura, Menéndez concedió una larga entrevista a la periodista Cristina Wargon, cronista estrella del diario *Tiempo de Córdoba*. Consciente de que estaba frente a un gobierno totalmente desacreditado ante la opinión pública, el ex jefe del III Cuerpo aprovechó la tribuna periodística para recordar que él era un crítico más de la gestión militar, y que estaba dispuesto a participar en política si algún partido requería de sus servicios: "Lamentablemente, por el deterioro de este Proceso, se sufre de una generalización. No se habla de tal o cual militar, sino de 'los militares'".

Después de justificar que la participación de las fuerzas armadas en la política argentina de los últimos cincuenta años se debía a las "fallas" del sistema institucional, y que la complicidad civil en los golpes de Estado había sido la regla, no la excepción, Menéndez hizo suyas las críticas que el argentino medio hacía del plan económico de Martínez de Hoz, cuyas consecuencias eran dramáticas siete años después de su implementación: "Yo participé, efectivamente, en la preparación de los documentos iniciales

y la fijación de los objetivos del Proceso. Pero la designación del ministro fue decisión del general Videla y en ese momento yo no tuve objeciones", reconoció el entrevistado.

—¿El plan económico lo hicieron los hombres del Proceso y lo instrumentó Martínez de Hoz, o por el contrario Martínez de Hoz impuso su plan al Proceso? —preguntó Wargon.

—Mire, para ese asunto yo quiero citar dos o tres frases textuales de los objetivos: aumentar la producción, fomentar las exportaciones tradicionales y no tradicionales, y expandir las fronteras agropecuarias.

—Da la sensación de que todo les salió al revés.

—Todo salió exactamente al revés, en economía y en todo.

Cuando todavía faltaba —y Menéndez ni lo imaginaba— para que la justicia sentara en el banquillo a los responsables del terrorismo de Estado, él gozaba de una situación diferente al resto de los jefes de la dictadura: tres años antes se había sublevado contra el gobierno de su amigo Videla y su enemigo Viola, criticando su política económica y su política internacional, además de los apetitos y ambiciones políticas de aquella dupla gubernamental. Desde ese lugar de golpista "independiente", Menéndez creía o sentía que su futuro político recién comenzaba. Por eso buscó despegarse del último desastre militar: Malvinas, que involucraba de lleno a su amado ejército y a él en forma personal, porque quien protagonizó la lamentable rendición ante los ingleses el 14 de junio de 1982, llevaba su mismo apellido y su misma sangre. De ahí que en las respuestas de "Luciano" a Wargon, aparezcan algunas de las visiones que Mario Benjamín reveló para describir la lógica guerrera de su añorado primo, que para desgracia de este no estaba al mando de las operaciones en el Atlántico Sur:

—Durante la guerra recuerdo haberlo escuchado a usted diciendo que eran inexpugnables ¿qué ocurrió para que un hombre de armas se equivocara de tal modo?

—Ocurrió que se cometieron toda clase de errores en todos los niveles y en todas las áreas de conducción.

—¿Era el momento para hacer la guerra?

—No sé, pero evidentemente el país no se puso en pie de guerra, no hizo ningún tipo de esfuerzo de guerra.

—Cuando usted dice "el país", ¿a quién se refiere?

—Al país, a la población.

—¿Por qué menciona a la población si estuvo absolutamente solidaria en el conflicto?

—Yo no digo que la población tenga culpa. Digo que el gobierno no usó la buena predisposición de la población para volcarla a la guerra.

—El sacerdote Domingo de Paulis, que fue capellán de las Malvinas, declaró que la guerra se perdió porque los oficiales de salón o de escritorio no pelearon...

—El tema se está analizando por comisiones[204]. Es prematuro abrir juicio...

—¿Qué opina usted sobre los excesos cometidos durante la guerra contra la subversión?

—Eso es un argumento comunista.

Adelantándose a la discusión que se abriría en el país exactamente un año después, cuando las fosas comunes del cementerio San Vicente horrorizarían a la comunidad internacional, pero sobre todo a una población que había negado la represión ilegal, Menéndez ensayó una excusa que luego, con el paso del tiempo, el trabajo de la Conadep y las investigaciones judiciales se revelaría como el súmmum del cinismo, o la cobardía militar: "Los familiares de esa gente que no se sabe donde está, yo no los llamo 'desaparecidos', porque a lo mejor se fueron con la organización y están en Francia o Nicaragua. O, tal vez, enterrados en un patio para no dar a conocer sus bajas.

—General, usted también tiene hijos, ¿le parece posible que un hijo esté durante seis años viviendo en París o Nicaragua sin comunicarse con su familia?

—A lo mejor se ha comunicado y los familiares de aquí no lo acusan porque les está pagando el comunismo internacional para que no digan nada. ¿Cómo piensa usted que pueden hacer

204 Dirigido por el prestigioso general Benjamin Rattenbach, las Fuerzas Armadas elaboraron un informe sobre lo actuado en el conflicto del Atlántico Sur. Las conclusiones fueron lapidarias, con pena de muerte para Galtieri y otros altos jefes militares. Sin embargo, Rattenbach denunció la posterior adulteración de las conclusiones, que hicieron que los responsables no fueran finalmente condenados.

todos esos viajes? Yo apenas me pude ir a La Falda y esta gente va a París, se instala en la ONU y dice estas cosas. ¿Con qué plata está Firmenich en Francia? Se trata de una campaña orquestada.

—¿Y qué opinión le merecen las Madres de Plaza de Mayo?

—Respeto el dolor de las madres, pero ¿se fijó usted que usan el pañuelo atado a la rusa? Hasta en eso los copiaron.

—¿Le gustaría participar en política, ser gobernador o presidente?

—Sin duda, todos los argentinos deberían desearlo.

—¿En qué partido?

—No se lo puedo decir, debería ser un partido nacional y democrático.

—¿Cree que aportaría muchos votos?

—Eso no puedo saberlo.

A pesar de los intentos que varios integrantes del M.A.S hicieron para convencer al general Carlos Bernardo Chasseing, un íntimo de Menéndez, de que encabezara la fórmula para gobernador de Córdoba en las elecciones previstas para el 30 de octubre de 1983, el ex interventor provincial durante el reinado de Luciano Benjamín en el III Cuerpo se negó a enfrentar al binomio radical que integraron Eduardo Angeloz-Edgardo Grosso, y a la pareja peronista que hicieron Bercovich Rodríguez y Alejo Simó.

Sin un partido político que los representara electoralmente, los militares repartieron sus votos entre el Partido Federal que lideraba Francisco Manrique y los radicales. El peronismo era, y para Menéndez no cabían dudas, el enemigo a vencer. Ni por asomo creían que Alfonsín podía hacer lo que haría al otro día de recibir la banda presidencial de parte del dictador Bignone, quien en marzo de ese año decretó una ley de autoamnistía (22.294), que "eximía" a los militares de toda responsabilidad penal por los crímenes cometidos durante la "lucha contra la subversión". El mismo Bignone fue quien firmó además el decreto para incinerar toda la documentación militar sobre la represión, que el entonces jefe del Ejército, Cristino Nicolaides, se encargó de ejecutar.

Disgustado con algunas expresiones de Manrique sobre la represión ilegal de la que él había sido un estandarte, Menéndez

se desafilió de la fuerza que conducía el líder liberal. De todas maneras, su voto al Partido Federal poco y nada hubiera cambiado el escenario, que se repartía entre radicales, peronistas y en menor medida el Partido Intransigente de Oscar Alende, que nucleaba a lo que había quedado vivo de la izquierda democrática.

Luego de meses de una de las campañas políticas más intensas y emotivas del siglo XX, el 30 de octubre de ese año Raúl Ricardo Alfonsín derrotó a Ítalo Argentino Luder, consagrándose como el presidente de la recientemente parida democracia argentina. Era la primera vez que en comicios libres el partido fundado por Alem en 1890 le ganaba una elección al peronismo surgido en 1946 al calor del carismático coronel del GOU.

Aquel último domingo de octubre será imposible de olvidar para cualquier argentino, que llevará como un tatuaje en su cuerpo el fin de la dictadura. Celebrada en los hogares y en las calles como una fiesta popular, las elecciones presidenciales se vivieron con pasión cívica e infinita alegría, que podía sintetizarse en una de las tantas fotos que regaló aquella primavera: las kilométricas colas que la gente hacía en las escuelas para votar, después de diez años de no poder hacerlo. Las intensas y acaloradas sobremesas hogareñas entre radicales y peronistas de ese 30 de octubre, representaban la vuelta de la política a la vida cotidiana, y la imperiosa necesidad ciudadana de festejar y expresarse libremente, un derecho que había estado prohibido durante siete oscuros años.

Consagrado con el 51,7 por ciento de los votos frente al 40,1 de su contrincante, Alfonsín iniciaba una nueva etapa en la vida política e institucional del país. Como lo decía su slogan de campaña, y lo confirmaba el nombre de su línea interna, él representaba la renovación y el cambio de la dirigencia política, frente a un Luder que simbolizaba el pasado, el peronismo de derecha, los recuerdos de la anarquía del 75 y los rumores de un pacto sindical-militar para garantizar el no juzgamiento de la represión ilegal.

Sin embargo, a pesar del impresionante apoyo popular recibido en las urnas, el camino del presidente radical estaba plagado de espinas. La herencia de la dictadura era una mochila para nada despreciable: después de siete años en el poder, el *Proceso de Reorganización Nacional* dejaba un país descuartizado en el plano

social y político, una economía sin rumbo, una inflación descontrolada y la bancarrota financiera. De 7 mil millones de dólares que la Argentina debía en marzo del 76 a los acreedores externos, cuando Menéndez y compañía desalojaron del poder a Isabel Perón, en 1983 ese número trepaba a 45 mil, producto de un constante endeudamiento para financiar la actividad de gobierno, el sostenimiento de una moneda sobrevaluada que había destruido la industria nacional en beneficio de la importación extranjera, y lo peor de todo: la estatización de la deuda privada que Domingo Cavallo, presidente del Banco Central, firmó en 1982 para salvar las cuentas de las principales empresas nacionales y multinacionales.

Además, y esta era la verdadera brasa caliente del flamante gobierno radical, de las entrañas del país seguía chorreando el drama colectivo que eclipsaba cualquier apuesta a futuro: los miles y miles de desaparecidos y asesinados por razones políticas, y de otros tantos miles de exiliados esparcidos por el mundo. El terrorismo de Estado era ya un hecho que no podía seguir escondiéndose bajo la alfombra. Ni siquiera después de que Balbín hiciera en 1981 su último "aporte" al poder castrense, blanqueando en Madrid lo que los militares no podían decir, porque de hacerlo tendrían que responder ante la justicia sobre el destino final de sus víctimas: "los desaparecidos están muertos, las guerras dejan muertos, no desaparecidos", dijo el "Chino", pocos meses antes de morir, en un claro mensaje a los familiares de los que no aparecían y a los organismos de derechos humanos nacionales e internacionales, que seguían reclamando la aparición con vida de los desaparecidos.

Bajo este escenario, el desafío de Alfonsín y de la dirigencia política en general era directamente proporcional a los crímenes contra la humanidad cometidos, entre otros, por el más mesiánico jefe de la dictadura, que había aportado todo su talento y capacidad para desgarrar a un pueblo ejemplo en el mundo por su elevado nivel cultural, integración social e ilimitados recursos naturales y humanos. Después del huracán medieval-militar, solo quedaban las huellas, el recuerdo de una Nación paradigma en el continente.

La tarea del gobierno y de la sociedad civil que pocos años antes había acompañado en silencio los secuestros y los campos de concentración y vitoreado a Galtieri en el balcón de la Rosada,

era gigantesca: rearmar el rompecabezas de aquel pueblo socialmente homogéneo y económicamente pujante, destripado por los cruzados de la fe y el libre mercado, que creían que su impunidad sería eterna. Igual que el Dios al que habían honrado con ríos y ríos de sangre argentina.

Capítulo 13
Será Justicia

Córdoba, 24 de julio de 2008

Diecinueve años después del indulto salvador del ex presidente Carlos Menem, cuando el fin del cuarto intermedio despertó a todos de la siesta, el Tribunal Oral Federal Número 1 ingresó a la sala de audiencias para dar a conocer la sentencia, luego de dos acalorados meses de debate. A las 17.06, su presidente, el juez Jaime Díaz Gavier, agarró por fin los papeles y empezó a leer el fallo, aclarando que se trataba de la parte resolutiva. La tensión, la ansiedad, los nervios por escuchar la frase más esperada en décadas, no parecía conmover al viejo y canoso general, cuya blancura capilar contrastaba con su impecable traje negro, chaleco y corbata del mismo tono, y escarapela en la solapa del sobretodo también oscuro.

Consciente de ser el centro de todas las miradas, las que atravesaban el vidrio blindado que lo separaba del público, y las de las cámaras que irradiaban su figura a millones de personas, el famoso "Cachorro" intentaba mostrarse sereno, tranquilo. Pero no lo estaba. Intuía, con toda lógica, que el fallo sería contundente para sus aspiraciones, y que el proceso que durante años buscó frenar por todos los medios posibles había llegado a su fin. Igual que sus "dignos subordinados", quienes, ordenados a su derecha en función de su rango militar, honraban a buena parte del Destacamento de Inteligencia 141 del Ejército, el cerebro de toda aquella maquinaria de muerte. Salvo el capitán Héctor Vergéz y el Mayor Ernesto Barreiro —procesados en otras causas—, el núcleo duro de la "Patota"de La Perla entre 1976 y 1978 esperaba en silencio el veredicto.

Con la democracia a punto de cumplir sus veinticinco, los tribunales federales de Córdoba —los mismos que durante años habían obstaculizado la realización de los juicios—, eran en julio

del 2008 el epicentro de las noticias y los cables informativos, que a cada rato anticipaban lo que se presumía un fallo categórico. La sala desbordaba de gente, que parada o sentada en los pasillos y escalones del costado, no quería perderse lo que, se anunciaba, iba a ser un momento histórico.

Afuera el panorama era conmovedor: miles de personas rodeaban el edificio de los tribunales del Parque Sarmiento, y con banderas alusivas y fotos de los familiares desaparecidos aguardaban con hidalguía el fallo que les devolviera una pizca de felicidad, después de décadas de impunidad e indiferencia estatal. El amontonamiento por escuchar la sentencia se repetía en la sala de prensa, colmada por un centenar de periodistas locales, enviados de medios nacionales y algunos internacionales. Después del Juicio a las Juntas, en 1985, nadie de los ahí presentes desconocía que se estaba frente al hecho jurídico y político más importante en materia de derechos humanos, con un emblema de la dictadura esperando su condena por crímenes de lesa humanidad.

En los corrillos de tribunales, o en los comentarios periodísticos que circularon con fuerza ese día, nadie dudaba que Menéndez fuera a ser condenado a perpetua. La expectativa giraba en si el Tribunal tendría la estatura jurídica para ordenar la prisión efectiva en una cárcel común, o si el anciano general se beneficiaría con la prisión domiciliaria, un derecho que la Ley Nacional de Ejecución Penal 24.661 otorga a los mayores de setenta años, sin discriminar o dimensionar el delito que hayan cometido.

Cuando las cámaras finalmente enfocaron a Díaz Gavier, el mundo se detuvo unos segundos. Con la firmeza que lo había acompañado a lo largo de todo el proceso, el presidente del Tribunal pronunció las palabras que lo catapultaron para siempre a la historia, ganándose un lugar privilegiado en la memoria colectiva de los argentinos: "Punto 9", leyó Díaz Gavier: "Declarar a Luciano Benjamín Menéndez coautor mediato penalmente responsable, de los delitos de privación ilegítima de la libertad calificada por tratarse de un funcionario público, agravada por el uso de violencia, por la duración (más de un mes) y por haberse cometido para compeler a la víctima a hacer, no hacer o tolerar algo a lo que no estuviese obligada (tres hechos en concurso real), im-

posición de tormentos agravada por la condición de perseguido político de la víctima (cuatro hechos en concurso real) y homicidio doblemente calificado por alevosía y por el concurso de una pluralidad de partícipes (cuatro hechos en concurso real), e imponerle en tal carácter para su tratamiento penitenciario la pena de prisión perpetua e inhabilitación absoluta perpetua". Como era de esperar, su voz quedó sepultada por el estallido del lugar, que debió ser reencauzado con una advertencia del magistrado, haciendo recordar a varios la euforia vivida en 1985, cuando León Arslanian leyó la condena a los comandantes y el público en las gradas lloró de emoción ante la mirada inquisidora de Videla, que trató de amedrentarlos con su odio contenido. Era lógico. Nadie en la sala de los tribunales cordobeses ignoraba la eternidad de las palabras de Díaz Gavier, y la magnitud de una condena difícil de mensurar por la cantidad de víctimas que la figura de Menéndez sintetiza. El momento más impactante llegó cuando el juez develó el misterio que embargaba a todos, y principalmente al general de cejas frondosas y ojos oscuros y profundos: "En consecuencia, revocar su prisión domiciliaria y ordenar su inmediata detención y alojamiento en una unidad carcelaria dependiente del Servicio Penitenciario de la Provincia de Córdoba".

Si la alegría de adentro resultaba incontrolable para los reglamentos y el "decoro" de un juicio, la multitud que afuera seguía en pantalla gigante lo que ocurría en la sala era un carnaval de abrazos, llantos, gritos y banderazos. El sentimiento que atravesaba a los que no quisieron perderse ese momento único, era común: una infinita sensación de justicia, que empezó a transmitirse en la entonación del himno que durante años acompañó la lucha contra la impunidad en Córdoba, y que ese día sonó más fuerte que nunca: "¡Siga, siga, siga el baile, al compás del tamboril, que tenemos la cabeza, de Luciano Benjamín!", gritaban, enloquecidos, los pibes, las madres, las abuelas, los sobrevivientes del terror. El cambio del verbo "queremos" por el "tenemos" no era un detalle. Resumía la victoria de los que nunca bajaron los brazos hasta conseguir lo que Díaz Gavier acababa de leer para la posteridad. Ninguno de los que esa tarde pusieron el cuerpo en el Parque Sarmiento, y los millones que seguían en los medios las alternativas del juicio, dudaban que Menéndez fuera a ser condenado a

cadena perpetua. Pero escucharlo en boca de un juez de la Nación, en el marco de un juicio histórico, es otro precio.

En medio de la marea humana que se abrazaba en la sala y en los alrededores de Tribunales, con los abogados de las víctimas llorando de felicidad, la cámara captó un magnífico primer plano del condenado estrella, que tragó saliva para asimilar el mazazo. En vivo y en directo para todo el mundo, el gesto adusto y achacado de Menéndez, que en nada se parecía al rostro aindiado y aguerrido del general todopoderoso que pervive en la memoria colectiva, era la síntesis de la derrota. Y no de un personaje, sino de todo un proyecto político, social y cultural que intentó, y consiguió en muchos aspectos, hacer retroceder varias décadas a la Argentina. Y aunque la sentencia no era una sorpresa para quien se sabía condenado a la pena máxima, una cosa es presentir el final y otra muy diferente vivirlo desde el banquillo de los acusados. Lo que durante tanto tiempo pareció una utopía, se había hecho realidad cuando cerca de las cinco y media de la tarde de un día soleado pero frío, Díaz Gavier dijo: "señores, el juicio ha terminado", y el aplauso se confundió con las exclamaciones de júbilo de la multitud.

Nada había sido sencillo para quienes tuvieron que remar contra viento y marea, tocar todas las puertas del Estado, presentar centenares de planteos y hábeas corpus en la justicia nacional e internacional, luchar contra la indiferencia de los medios de comunicación y la calle en los años 90, y enfrentar molinos de viento de todos los tamaños y colores. Desarmar el complejo andamiaje estatal y romper la telaraña judicial que había garantizado la impunidad, costó un perú.

Como la condena a Videla y Massera en 1985 había sido un hito de la democracia argentina y un avance de la justicia universal, el 24 de julio del 2008 significaba el comienzo de un nuevo tiempo. Ese jueves de invierno, el Estado de Derecho pudo condenar a uno de los pilares del terrorismo de Estado, y consolidar lo que ningún país en el mundo ha podido hasta el momento: juzgar a los responsables de crímenes horrendos contra su propio pueblo en tribunales ordinarios, con todas las garantías del debido proceso. No fue fácil. Pero vaya si valió la pena.

La Perla, marzo de 1984

Apenas los autos traspasaron el puesto de guardia de la entrada, los militares se encargaron de hacerles sentir el desagrado de la visita. Era la tercera vez que esos autos llegaban al predio ubicado sobre la autopista a Carlos Paz, a la altura de Malagueño. Sin ningún esfuerzo por disimular su malestar por la "visita", el coronel Lullo, alias "El Gato", recibió a la delegación:

—Venimos con una orden del juez Becerra Ferrer a allanar el lugar —primereó Luis Rueda, secretario penal del juzgado, intentando mostrarse seguro. Sabía que el ambiente estaba denso.

—¡Allanar qué!, si esto es jurisdicción militar. Usted no es competente en este ámbito, doctor —respondió con firmeza Lullo, cincuenta años, pistola en la cintura.

—Mire, coronel, como usted sabrá, el presidente Alfonsín modificó la ley, y la justicia civil tiene competencia para actuar en hechos relacionados al ámbito militar. Nosotros hemos recibido varias denuncias y estamos investigando. Le pido que colabore —contraatacó Rueda, acompañado en esa ocasión por el abogado Rubén Arroyo, miembro de la Conadep Córdoba, por el pastor evangélico Carlos Gattinoni y otros miembros de la Conadep Nacional.

Después de un buen rato de discutir sobre competencias y jurisdicciones, Lullo y otros militares subieron a un camión a los enviados de Buenos Aires y partieron rumbo a un lugar demarcado para hacer excavaciones, acompañados por el teniente coronel Roberto Ianacone. Los funcionarios judiciales tenían un mapa boceteado por Juan José Solanille, el campesino que aseguró en sede judicial haber visto desde su campo, aledaño a los cuarteles, fusilamientos en 1976 y 1977. Ceremonias marciales de las cuales según Solanille habría participado un general que ordenaba los fusilamientos de hombres indefensos, cuyos rasgos y movimientos se parecerían mucho al protagonista de este libro.

Irritados de tener que aceptar órdenes civiles, los militares cavaron en el lugar indicado por la Conadep, pero no encontraron nada. Muchos años después, la justicia federal escucharía en boca de un ex jefe de La Perla que en 1979 los militares habían cambiado los puntos de referencia que Solanille había demarcado en su

mapa, y que por esa razón nunca iban a encontrar restos humanos en la zona. Desahuciados, la comisión abandonó el lugar sin ninguna pista que pudiera comprometer al general Menéndez, y a quienes los testimonios de los sobrevivientes indican como la "patota" de La Perla.

En 2007, el ahora camarista federal Luis Rueda recordó para este libro los nervios que pasaron aquella tarde en los cuarteles del III Cuerpo: "Fuimos tres veces a La Perla, y esa vez, la última, con la Conadep Nacional. Lo sospechoso y hasta increíble del caso, fue que los militares permitían a los de la Conadep Nacional llegar hasta lugares que a los de Córdoba no". Según el actual magistrado, la estadía en el principal campo de concentración de Menéndez fue "de terror": "Los militares objetaban todo. Fue muy violento el trato, porque ellos no entendían por qué la Justicia Federal los allanaba. Y era lógico, porque la Justicia Federal era una justicia amiga de los militares. Ni hablar del entonces comandante, que había nombrado a varios jueces".

"No hubo errores, no hubo excesos", afirmó en marzo de 1984 el general Menéndez al periodista Esteban Cerruti, enviado especial a Córdoba de la revista *Siete Días*. La frase no era ingenua, buscaba minimizar el impacto que generaba en la población el desenmascaramiento del horror dictatorial. De pronto, las denuncias que las Madres, las Abuelas y los organismos de Derechos Humanos nacionales e internacionales habían hecho durante la dictadura, quedaban al desnudo en los primeros meses de gobierno democrático. Las entrañas del aparato aniquilador, tantas veces negada por la sociedad argentina, saltaban a la luz. Parecía, todo hacía suponer, que no había margen para seguir tapando el sol con las manos. La aparición de fosas comunes en el cementerio San Vicente, en Avellaneda, y en otras ciudades argentinas, y la proliferación de testimonios que relataban el funcionamiento interno de los campos de concentración, conmocionaban al país y ponían a los jefes militares en el ojo de la tormenta.

El procesamiento de las tres juntas militares y de los líderes guerrilleros del ERP y Montoneros, ordenadas por Alfonsín el 15 de diciembre del 83, cinco días después de su asunción como Presidente, habían colocado a Menéndez en el centro de la

atención nacional, ya que el otro "señor de la guerra", el general Guillermo Suárez Mason, había huido hacia los Estados Unidos para zafar de las denuncias que llovían en lo que era su ex zona de influencia: el estratégico Cuerpo I, con asiento en Buenos Aires.

Las centenares tumbas NN esparcidas por toda la geografía nacional resultaban indiscutibles, abrumadoras. Eran, por si hacía falta, la prueba más elocuente —y obscena también—, del delito cometido desde el Estado. Los huesos no mentían. Estaban ahí, amontonados, sucios, apilados unos encima de otros como en los campos de concentración nazis. Una foto siniestra que revelaba el más absoluto desprecio por la condición humana que los militares habían tenido para quienes ellos habían señalado como "enemigos de la patria".

La discutible escandalización de la opinión pública —no de los medios de prensa, cuya mayoría había sido cómplice del accionar represivo— puso a las fuerzas armadas contra la pared. Con Videla y Massera procesados y "Pajarito" fugado, el entonces comandante del III Cuerpo se convirtió de hecho en el vocero militar, y desde esa condición en el entrevistado más interesante y apetecible para los medios nacionales, que encontraban en él a un fanático propagandista de lo actuado en la represión. Si algo había cimentado su "fama", era precisamente el compromiso personal y directo que había asumido en la conducción de la "lucha antisubversiva". Además, y a diferencia de otros altos jefes militares, estaba dispuesto a hablar, atribulado por el desprestigio que envolvía a las fuerzas armadas, cuyo aislamiento social y político era proporcional a la dimensión del terror que se iba revelando.

Las fosas comunes encontradas en su territorio y el trabajo encarado por la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP)[205] que registraba cientos de casos de desaparición por día y la existencia de centenares de centros clandestinos de detención, tenía un efecto devastador en los "ciudadanos de a pie", que por fin se sacaban las vendas y entendían que el terrorismo de Estado no era un "invento" de los comunistas, como de-

205 Creada por Alfonsín el 15 de diciembre de 1983, e integrada, entre otros, por el escritor Ernesto Sábato, el médico René Favaloro, el científico Gregorio Klimosky, el rabino Marshall Meyer, el pastor evangélico Carlos Gattinoni, el sacerdote católico Jaime De Nevares, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú y la activista de derechos humanos Graciela Fernández Meijide.

cía a los cuatro vientos el todavía poderoso general Menéndez, sino la más cruda realidad nacional. Estas noticias, que copaban la agenda nacional y se multiplicaban a través de la prensa nacional e internacional, caían como bombas en los pasillos castrenses, y principalmente en el domicilio de Ilolay 3269 del barrio Bajo Palermo de la capital cordobesa, donde Luciano Benjamín disfrutaba de la buena vida de oficial retirado, compartiendo asados y reuniones sociales con amigos, políticos y empresarios —que los tenía a montones—, o jugando partidos de polo en los cuarteles de camino a La Calera.

Símbolo de la represión, Menéndez desesperaba por el descrédito de la institución creada por Mitre en 1870, e insistía con el argumento que no abandonará nunca, inclusive después de ser el primer militar en el mundo en ser condenado seis veces a cadena perpetua: "Que nadie lo olvide, vivimos una guerra", le dijo a Reneé Salas, otra enviada de *La Semana* a Córdoba. Lo mismo le había dicho a la revista *Gente*, el 15 de marzo de ese año, y a *La Voz del Interior* en enero, cuando regresó a Córdoba después de declarar en la comisión de Asuntos Constitucionales del Congreso, donde trató de "subversivos" a todos los que denunciaban la matanza ejecutada por Estado Terrorista de los 70.

Con el informe de la Conadep en plena ejecución y la sociedad en estado de shock por las revelaciones, el ex mandamás del III Cuerpo se jactaba de la ingeniería clandestina que había hecho posible el plan represivo: "Todavía nadie probó los excesos", decía, poniendo el acento en el tópico que se derrumbaría el 20 de septiembre de 1984, cuando el escritor Ernesto Sábato entregó a Alfonsín en Casa Rosada el famoso informe *Nunca Más*, en un acto del que participaron setenta mil personas en Plaza de Mayo. En ese trabajo, la Comisión documentó 8960 desapariciones ocurridas a partir del 24 de marzo del 76 —muchísimas otras habían ocurrido previo a esa fecha, y muchísimas más no se denunciaron en ese momento—, y demostró que de ese total, el 30,2 por ciento eran obreros, el 21 estudiantes, el 17,9 empleados, el 10,7 profesionales, el 5,7 docentes, el 5 autónomos y varios, el 3,8 amas de casa y el 1,6 periodistas (Nunca Más, 2003: 296). Es decir, el 96 por ciento de los blancos militares habían sido trabajadores, porque su

eliminación o debilitamiento como actor político fue el principal objetivo del plan económico de Martínez de Hoz.

Pero además de cuantificar el número de desaparecidos y dividirlos según su procedencia y ubicación social, y revelar que funcionaron casi cuatrocientos campos de concentración, el aporte medular de la Conadep a la reconstrucción histórica fue probar la existencia de un plan sistemático, instrumentado desde el Estado para aniquilar a un grupo nacional. En esas quinientas páginas queda totalmente probado que los secuestros, las torturas y la posterior desaparición de los cuerpos respondía a una metodología criminal. Por eso, era totalmente falso sostener que el mecanismo militar para aniquilar al "enemigo subversivo" era producto de un "exceso", implementado por unas cuantas mentes enfermas, y no un plan perfectamente orquestado por las Fuerzas Armadas y ejecutado contra la población civil. Tan profundamente ideológica había sido la razón de represión, que por primera vez en la historia nacional el Estado había atacado con todos los resortes a su alcance a los sectores medios de la población, la clase social mayoritaria del país, y motivo de orgullo durante décadas.

En el plano social, el informe *Nunca Más* no solo abrió los ojos de la ciudadanía, sino también, y sobre todo, el de los familiares de las víctimas y los organismos de derechos humanos, que hasta esa fecha seguían exigiendo la aparición con vida de sus hijos y nietos. En 1982, dos años antes del descubrimiento de las fosas, cuando desde Naciones Unidas empezaron a llegar las primeras listas de desaparecidos de La Perla y La Ribera, confeccionadas por los sobrevivientes de esos campos de concentración exiliados en Europa, los organismos no creían la información que esas listas contenían: "Decían que no podía ser, que los desaparecidos tenían que estar en algún lado. Era tremendo, porque ni siquiera las Madres de Plaza de Mayo, o las Abuelas, terminaban de creer o podían dimensionar la tragedia que había vivido la Argentina" (Entrevistas a Callizo y Meschiatti, 2008). "Sabés el dolor, la impotencia que generaba entre los exiliados que ni los familiares te creyeran lo que habíamos vivido" (Idem. Ant).

Como el "cruzado" que en 1976 Menéndez había reconocido ser ante el arzobispo Raúl Francisco Primatesta, en las entrevistas de 1984 se permitía justificaciones que solo servían para hundir-

se más en el plano personal, y socavar el casi nulo sustento que los militares conservaban en la sociedad después de Malvinas. En dos de esos reportajes, Luciano Benjamín reafirmó su componente hormonal castrense, y su absoluto alineamiento con el espíritu guerrero estadounidense e inglés, dos países que admira con devoción: "Usted me habla de cuestionamientos", dijo el entrevistado a su entrevistador de *Siete Días*: "Y yo me pregunto si los norteamericanos, cuando el presidente Truman tomó la decisión de bombardear a dos ciudades japonesas con la bomba atómica, lo cuestionaron tanto, o lo acusaron. En épocas normales eso hubiera sido algo monstruoso. Pero su actitud fue razonable porque se trataba de una guerra. El optó por sacrificar vidas japonesas" (*Siete Días*, marzo, 1984, pág. 28). Siguiendo esta línea argumental, en otro reportaje para la revista *Gente*, Menéndez fue incluso bastante más lejos para justificar lo injustificable. Tocando una de las fibras más sensibles del pueblo argentino, y a solo dos años de la derrota de Malvinas, afirmó: "¿Quién le objeta en Inglaterra a la señora Thatcher haber mandado hundir el crucero Belgrano, fuera de la propia zona de exclusión? Nadie. Porque en la guerra hay que actuar con todos los elementos cuanto antes, porque salva vidas. Y vuelvo al concepto inicial: las leyes de la guerra son distintas a las de la paz. Gracias a decisiones como esas, a esas determinaciones, vencimos, y hoy estamos viviendo en paz", dijo, refiriéndose no al conflicto del Atlántico Sur, sino a la masacre nacional de la cual él había sido autor intelectual y material ocho años atrás.

Asesino puede ser, cobarde jamás

La polémica que atravesaba al país, que parecía despertar de su larga siesta, y el rol de portavoz castrense que Menéndez cumplía con satisfacción, lo llevó a los estudios de Canal 13, donde Bernardo Neustadt lo entrevistó en su célebre *Tiempo Nuevo*, el programa político más visto del país. Después de insistir con la teoría de la "guerra" ante quien había sido vocero de ese proyecto cívico-militar, el entrevistado salió con su Ford Falcon celeste por la puerta trasera de la emisora. Hasta ahí, todo normal. No era una novedad la defensa del terrorismo de Estado en boca de

Menéndez, que partió del canal en la madrugada del miércoles 22 de agosto de 1984. Cuando su Falcon atravesó uno de los portones de salida, sobre la calle Lima lo esperaban una veintena de personas, y no precisamente para aplaudirlo. Compuesto en su gran mayoría por estudiantes, dirigentes universitarios y militantes del Partido Intransigente, Franja Morada y el Partido Comunista, el grupo de jóvenes se abalanzó sobre el auto, gritándole "asesino" y "cobarde". Esa última palabra detonó la furia del "notable" pasajero, que ordenó al conductor que frenara el coche inmediatamente. Fuera de control, Menéndez abrió la puerta del Falcon y cuchillo en mano encaró a los jóvenes, que no dejaban de insultarlo. La rápida reacción de un custodio y de su hijo mayor, que lo acompañaban, impidió lo que podría haber terminado en la comisaría, y tal vez con algún herido en el hospital.

Como ya se había hecho costumbre que a donde iba Menéndez se producía algún hecho noticioso, ya fuera por sus declaraciones justificatorias de la represión, o por las reacciones que esas declaraciones provocaban en una sociedad que empezaba a condenar su actuación, los medios montaban una guardia periodística sobre él. Así fue como Enrique Rosito, fotógrafo de la agencia DyN, decidió esperar su salida del programa de Neustadt. Olía que algo podía pasar entre el ex general y ese grupo de jóvenes, que reclamaban su juzgamiento. Su olfato no lo traicionó. Siguió el trayecto del auto y gatilló su cámara en el preciso instante en que Menéndez encaraba a los jóvenes con un imponente cuchillo en su mano derecha. La imagen, memorable, era la foto de la Argentina de entonces: un destacadísimo jefe de la dictadura, pero sobre todo un símbolo de la represión ilegal, respondía al pedido de justicia de la única manera que sabían hacerlo esos militares: sin argumentos atendibles y con violencia intimidatoria.

En una entrevista publicada por el diario *La Voz del Interior* el 15 de junio de 2008 —en medio del primer juicio que se sustanciaba contra el ex general en Córdoba—, Rosito relató cómo logró la instantánea que recorrió el mundo, y que retrataba de manera perfecta el clima de la época y la esencia de Luciano Benjamín: "Menéndez se retiraba en un Ford Falcon, sentado en el asiento derecho de atrás. Delante del auto salía un colectivo de la policía. En un momento pensé que el colectivo nos iba a tapar y lo iban a hacer

salir a Menéndez por la derecha. Afuera lo esperaba un grupo de muchachos que le gritaban asesino y cobarde. Entonces, salté para el otro lado. 'Asesino, cobarde', le seguían gritando. Menéndez salió del auto y los encaró. Creí que era un revólver lo que sostenía en su mano. Estaba oscuro, tuve que utilizar el flash. El hijo y uno de los custodios lo agarraron para que no pudiera avanzar", señaló Rosito a Tomás Barceló Cuesta, autor de la entrevista. —¿Qué hubiera sucedido sin no lograban detenerlo? —No sé. Lo que más lo alteró fue que le gritaran cobarde. Al volver a la agencia ya eran como las doce de la noche. Cuando revelé la foto y vi lo que tenía, avisé a la redacción para que llamaran a los abonados, pues ya casi estaban cerrando los diarios. No creían lo que les decía. Después me fui a cenar con un amigo a Corrientes y Montevideo. Al salir eran como las dos de la madrugada. En Callao y Corrientes vi el diario Clarín: habían publicado la foto en la tapa.

—¿Qué repercusión tuvo?

—Tan grande que me sorprendió. Inmediatamente la reprodujeron los periódicos del país y agencias y periódicos del mundo. Lo normal hubiera sido un revólver, pero que un militar salga de su casa armado con un cuchillo de paracaidistas, es una locura: un tipo que hace eso, ya está. —¿Cree que semejante reacción haya sido locura y no soberbia? —Es una enfermedad. Un tipo que hace eso está enfermo. La soberbia puede ser una contestación. Pero una reacción así es impunidad.

La respuesta de Rosito es acertada cuando habla de la impunidad, pero opinable cuando plantea una "enfermedad" de Menéndez. Enfrentar con un cuchillo de paracaidista a un grupo de jóvenes que lo insultaban confirma el temperamento sanguíneo del ex general, y la soberbia de quien se creía y se cree un héroe nacional incomprendido. Pero amén de estas particularidades psicológicas del personaje, su intempestiva reacción reflejaba la impotencia que atravesaba a esos militares, que de ser aplaudidos en 1976 por gran parte de una sociedad que exigía orden y el fin de la violencia armada, y que luego acompañó en silencio la masacre, ocho años después les soltaba la mano porque no podía creer la dimensión del horror ni el costo humano de la "lucha antisub-

versiva". En 1984, el foco estaba puesto en la monstruosidad del método, no en las consecuencias sociales, culturales y económicas que había dejado el proyecto político de la dictadura. Y nadie mejor que Menéndez para representar ese fracaso, que no pudo, aún con toda la violencia del Estado, destruir los anticuerpos que le permitirían al país ir recuperándose de ese cáncer.

Sin arrepentimientos por su destemplada bravuconada, al otro día Menéndez se presentó a declarar ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, que sustanciaba el accionar de los militares en la represión ilegal. En un encuentro de veinticinco minutos con el presidente del Consuffaa, el brigadier Luis María Pagés, Menéndez asumió toda la responsabilidad de lo actuado en su jurisdicción. Era el primer oficial de alta graduación en hacerlo. Su actitud, íntimamente saludada por sus subalternos, buscaba dejar afuera de las investigaciones a la justicia civil, que desde marzo de ese año sumaba denuncias en su contra por lo ocurrido en La Perla[206]. "Menéndez presentó una nota donde manifiesta que enterado que están detenidos oficiales, suboficiales y civiles —se refería al Chubi López, personal civil de inteligencia (PCI)—, que dependían del III Cuerpo cuando él era su comandante, asume las responsabilidades de las acciones que hayan podido llevarse a cabo", informó Pagés a la prensa, quien aclaró además que Menéndez "no reviste condición de procesado, pero hemos aceptado su nota y oportunamente lo citaremos a declarar" (La Gaceta de Tucumán, 23/08/84).

A la salida del tribunal militar, y desde su auto, el ex general mantuvo un brevísimo contacto con los periodistas, en el que señaló: "Vine a ponerme a disposición del Consejo Supremo, porque hay oficiales detenidos que fueron mis subordinados mientras fui comandante del III Cuerpo del Ejército. Considero que un comandante debe compartir la suerte de quienes fueron sus

206 Las demoras y la falta de voluntad de los militares para enjuiciar a sus comandantes, como había querido Alfonsín en un principio, llevó al Presidente a tomar una valiente decisión: el 13 de febrero de 1984 el Congreso Nacional sancionó la Ley 23.049 de reforma del Código de Justicia Militar, que establecía que la justicia militar sólo atendería delitos de tipo militar —abandono de guardia, deserción, insubordinación—, y que cualquier otro delito cometido por un militar debía ser atendido por la justicia civil. Además, instituyó que las sentencias de los tribunales militares podían ser apeladas ante la Cámara Federal, y que si el juicio se demoraba injustificadamente dicha Cámara podía hacerse cargo directamente de la causa.

subordinados", dijo, antes de partir en su Falcon celeste, confirmando por qué hasta el día de hoy es admirado en el hermético, sacrosanto mundo militar (Idem. Ant).

El 24 de septiembre de 1984 el gobierno nacional decidió pasar por televisión un programa referido al *Nunca Más*. La conclusión era que en la Argentina había sufrido una guerra, protagonizada por dos fuerzas demoníacas: por un lado la guerrilla, que representaba al extremismo de izquierda, y por el otro las fuerzas armadas, que desde el aparato del Estado desataron una masacre sobre la población civil para exterminar a los subversivos. Esta idea, desarrollada en el prólogo del informe de la Conadep, fue la estrategia que Alfonsín encontró para que la sociedad argentina tolerara el horror que todos los días brotaba debajo de las piedras, sin que esa sociedad se sintiera responsable o cómplice de lo ocurrido. Lo que con el tiempo se bautizaría como la "Teoría de los dos Demonios" buscaba lavar culpas y redimir el "no te metas", "algo habrán hecho" o "por algo será". Bajo esas coordenadas, la guerrilla no había sido la consecuencia del autoritarismo político que había reinado en el país desde 1930 en adelante, con los sucesivos golpes militares, sino la expresión radicalizada de ideologías extranjeras, ajenas a nuestra cultura y estilo de vida. Y los militares asesinos no eran la expresión más fanática de esa cultura golpista y antidemocrática, sino una manga de locos enfermos, que vaya a saber por qué decidieron convertirse en satanás de un día para el otro, ejecutando una metodología de crueldad desconocida.

En síntesis, esa "teoría", que hasta el día de hoy sigue cosechando adeptos en amplias capas de la población argentina, intenta explicar o desarrollar lo inexplicable: la despolitización de la historia y la subjetivación de la política. Para sus defensores, algunos hechos, los que no nos gustan o nos incomodan, no son producto de un proceso, en un tiempo y un lugar determinado, sino las desviaciones de la conducta humana. Por eso, el mismo día de la proyección televisiva, el ministro del Interior de Alfonsín, Antonio Tróccoli, dijo por los medios que el país debía superar ese pasado juzgando a los cabecillas de ambos grupos.

Aunque no se sentía culpable de nada, ni coincidía en que los militares fueran un demonio, sino todo lo contrario, los salvadores de la Nación, las palabras del ministro Tróccoli le sirvieron a Menéndez para plantear el eje de su argumentación: esos subversivos con ideas "foráneas", contrarias a la civilización occidental y cristiana, habían atacado a la Nación y por eso ellos, como héroes que eran, saltaron en su defensa. Para él, como para muchos en el país, los Montoneros no eran otra cosa que "infiltrados marxistas dentro del peronismo". Lo mismo había pensado Rucci, López Rega y hasta el propio Perón en sus últimos meses de vida. Negaban, todos, que esos millares de jóvenes que seguían a Firmenich, eran los hijos naturales de un movimiento popular de masas. El peronismo radicalizado en un mundo radicalizado. La generación que entendió que la "alianza de clases" había sido posible en los 50, porque el país necesitaba industrializarse, pero que veinte años después esa fórmula estaba tan agotada como el capitalismo a escala planetaria. Era la hora de la "lucha de clases" y la toma del poder, que con más claridad la habían expresado Santucho y el PRT, además de infinidad de grupos y organizaciones revolucionarias que existieron en las décadas del 60 y 70. En la Argentina y en buena parte del mundo.

El rechazo de la guerrilla a la historia oficial que Mitre escribió desde su pedestal de triunfador, resultaba intolerable para Menéndez, porque aceptar esa batalla ideológica-histórica significaba reconocer que sus enemigos eran tan argentinos como él, y que tenían derecho a construir otra Argentina. La del "socialismo nacional" los Montoneros, "marxista-leninista" los del PRT/ERP. Por eso, la principal acción psicológica de los ideólogos de la dictadura, pero también de la derecha peronista y el radicalismo, fue negar el profundo carácter nacional de las organizaciones revolucionarias. La sistemática caracterización de "terroristas con ideologías extranjeras", o los "orígenes foráneos de sus ideas", fueron un elemento vital para justificar su aniquilamiento una vez en el poder. Primero con López Rega, después con la dictadura y por último con la "Teoría de los Dos Demonios", desplegada durante el alfonsinismo para desentenderse del pasado reciente. Como dice Pilar Calveiro en su libro *Poder y Desaparición, los campos de concentración en la Argentina*, la lógica binaria de la realidad fue

el mecanismo discursivo para justiciar la masacre: Nosotros, la patria. Ellos, la antipatria. Discurso que Luciano Benjamín había escuchado desde muy pequeño en las sobremesas familiares en boca de su padre fusilador de obreros comunistas y anarquistas, y más tarde en las aulas de la Escuela de Guerra, donde Bentresque, Cazamayou y De Naurois lograron convencerlo de que John William Cooke era un agente soviético, y el Che Guevara el futuro dictador de la Argentina.

Despojar a la militancia setentista el derecho de construir una patria más justa, como planteaba Moreno en 1810 con la revolución burguesa, o una más socialista, como proponía Echeverría en 1840, aunque el socialismo como categoría política naciera años después, con Marx, estuvo el éxito del proyecto exterminador. "¿Qué eran los ERP? Y... lo mismo que la guerra de guerrillas de Güemes, pero en el siglo XX, que se equivocaron cuando se fueron del campo a la ciudad", afirmó el general Santiago en una de las cuatro entrevistas realizadas para este libro. Un personaje que, sin querer queriendo, trazó una interesante definición sobre la guerrilla marxista que lideraba Santucho. Muchachos que se deglutían a San Martín, Mitre, Sarmiento y Alberdi con la misma voracidad que a Mariátegui, Blanco o el Che Guevara, íconos de rebeldía y liberación latinoamericana. La diferencia sobre lo planteado por el segundo de Menéndez en el III Cuerpo en 1977, estaba en que Güemes peleó para liberarse de un imperio en decadencia, que subyugaba al pueblo a través de un orden social y económico arcaico, y el ERP contra el capitalismo explotador, que hacía lo mismo pero a través de medios más sutiles y complejos. El mayor mérito de la economía de mercado era, y es, dominar el mundo sin invadir países. Hasta que algunos dicen basta y se lanzan a la revolución. Entonces ahí sí los invaden, o los exterminan con el consentimiento de las clases dominantes y los ejércitos cipayos.

En la Argentina, la noción de que el "otro" es el enemigo a exterminar, es un rasgo constitutivo de nuestra idiosincrasia política: "morenistas" y "saavedristas", "unitarios" y "federales", "urquicistas" y "mitristas", "sarmientistas" y "alberdistas". Ya Alberdi lo había dicho con su impecable lucidez: en la Argentina no existen los "adversarios" sino los "enemigos". Lo binario, que forjó el surgimiento de la Nación durante la guerra civil, no

desapareció con la organización del Estado Nacional después de Pavón, ni mucho menos. Al principio, el enemigo del poder porteño fueron los caudillos provinciales, después los pueblos originarios, luego los anarquistas, a mediados del siglo XX los peronistas y en los 70 los marxistas. Y Menéndez representa a la perfección ese paradigma, porque es un producto puro de la Guerra Fría. Que, todavía en la década del 80, seguía vigente y nublando el pensamiento de quien empezaba a estar cada vez más cercado por las denuncias en su contra.

El juicio a las tres juntas militares, y la condena dictada por la Cámara Federal de Apelación de Capital Federal a los comandantes de las dos primeras, el 9 de diciembre de 1985, luego de nueve meses de un proceso revelador del plan criminal, oscureció el panorama de quien jamás pensó responder por los crímenes cometidos. Menos ante un tribunal civil. Con el objetivo de que las condenas funcionaran como advertencia ante posibles golpes de estado en el futuro, el proceso social desatado por el juicio y las revelaciones del terror dictatorial no frenaron las denuncias contra Menéndez en Córdoba, Tucumán y Mendoza, las cabeceras de lo que había sido su área de influencia.

Ante la avalancha de denuncias en todo el país, contra "Cachorro" y contra el resto de los ex comandantes de cuerpo, el Congreso Nacional sancionó la Ley de Punto Final, que ponía un tope temporario para presentar denuncias en los juzgados civiles. Menéndez ni se inmutaba, y el 11 de marzo de 1986 protagonizó una extensa indagatoria ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, el único tribunal ante quien confesó algunos movimientos y estructuras, pero sin revelar los procedimientos ilegales.

Después de la euforia del Mundial de Fútbol de México 86, que eclipsó todos los procesamientos, 1987 arrancó con un clima denso dentro de los cuarteles. Infinidad de oficiales de mediana graduación eran sindicados por los sobrevivientes como integrantes de los grupos de inteligencia, y por ende procesados por los juzgados civiles. Además de Menéndez, Sasiaiñ y Vaquero, los tres generales del III Cuerpo más involucrados en la represión, la justicia de Córdoba procesó a Ernesto Barreiro, Héctor Vergéz y Luis Manzanelli, tres ex jefes de La Perla. Este avance contra los gru-

pos operativos, que incluía a miles de militares en todo el país, produjo el estallido de Semana Santa, el 20 de abril en Campo de Mayo, liderado ante la opinión pública por el teniente coronel Aldo Rico. Sin embargo, la chispa que desató el incendio había surgido en Córdoba, donde uno de los ideólogos de lo que luego se conoció como el "levantamiento carapintada" era el mayor Ernesto Barreiro, que cumplía funciones en el Regimiento 14 del III Cuerpo.

A esa altura, la justicia Federal de Córdoba había acumulado casi quinientas causas contra Menéndez, además de las de la UP1, la Morgue y el cementerio San Vicente. Con todo ese material probatorio, el ex comandante fue "detenido", primero en dependencias de camino a La Calera y luego un tiempo en los cuarteles de José de la Quintana. Pero lejos de estar encerrado, Luciano Benjamín tenía absoluta libertad de movimiento, y hacía vida de rey en uno u otro cuartel. Según el testimonio de un militar que fue intendente de la unidad ubicada en el valle de Paravachasca, "Menéndez se hizo llevar una tropilla de caballos de polo, y jugaba en los campos del cuartel. Además, salía a andar a caballo por los terrenos militares, o por las sierras que rodeaban la guarnición. Además, su celda era una hermosa vivienda del barrio de oficiales, rodeada de árboles y plantas, y cuando no andaba a caballo o jugaba al polo, recibía visitas en el Casino de Oficiales"[207].

Un actual vecino suyo del barrio Bajo Palermo, que le tocó hacer la colimba en el III Cuerpo al momento en que Menéndez estaba "preso" en los cuarteles de camino a La Calera, relató que una vez estando de guardia, vio que un oficial andaba a caballo por los alrededores. Cuando el jinete se acercó hasta donde estaba él, un cordial Menéndez lo saludó y le dijo "Buenos días, soldado, no se distraiga de la guardia, eh". "Me acuerdo que era muy temprano, por la mañana cuando me crucé con él. Yo lo vi una vez, pero era vox populi que andaba a caballo por el III Cuerpo", dijo José, que vive a la vuelta de la actual residencia de la familia Menéndez, sobre la calle Javier López.

A pesar de todos esos privilegios, el proceso en la Justicia siguió, hasta que el Ministerio Público y los querellantes presentaron la acusación, el 4 de octubre de 1989. La audiencia para el

207 Por temor a represalias dentro del Ejército, este suboficial prefirió el anonimato de su testimonio.

juicio oral y público estaba pautada para el 25 de octubre, a las 15.30 horas. El 10, Carlos Menem, quien había asumido la presidencia de la Nación antes de tiempo porque la hiperinflación se había tragado al gobierno de Alfonsín, firmó el decreto de indulto 1002/89, que benefició a Luciano Benjamín y a otros represores. La decisión, que cosechó el rechazo del setenta por ciento de la población, provocando una movilización de doscientas mil personas para rechazar el perdón a los genocidas, era inédito en el caso de Menéndez, porque era el primer indultado que no había sido previamente condenado.

En una entrevista con el actual camarista Luis Rueda, este reveló que en una reunión que mantuvo con el ex presidente en La Rioja por motivos personales, Menem le adelantó que pensaba indultar a los militares. Como lo haría después con tantos otros temas con la excusa de "mirar para adelante" y ser parte del "primer mundo", Carlos Saúl canjeó la libertad de los genocidas por el desfinanciamiento de las fuerzas armadas. El desguace del Estado comenzaba con el aparato militar, algo que después desesperaría a Menéndez. Sin embargo, en 1989 no tenía más que agradecer, en silencio, silbando bajito, que un peronista le devolviera la libertad. Al fin y al cabo, un nuevo horizonte se abría para el ciudadano Luciano Benjamín.

Soplan vientos del sur

"Señora, permítame, pero yo hacía así —Menéndez extiende su palma de la mano hacia arriba— y todos estos comían de mi mano". Sentado en su cómodo sillón del living de su casa, el ex general se quejaba, y con razón, del vuelco que habían dado varios magistrados federales, que de protegerlo a través de todas las artimañas legales posibles en los años 80 y 90, ahora iban a juzgarlo.

Era mayo del 2008 y Mercedes Crespi, defensora oficial, había sido citada a la casa de Ilolay 3269 para conocer lo que pensaba el principal acusado. "Mire, general, yo entré a la universidad en democracia, y me recibí en el Estado de Derecho, así que sabe lo que pienso sobre lo que ustedes hicieron. No le voy a mentir, no tengo por qué hacerlo. Sin embargo, si usted acepta, me comprometo a hacer la mejor defensa técnica que pueda. Ambos sabemos

que no va a ser fácil". Con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia, el Estado retomó lo que Menem había clausurado, y que los organismos de derechos humanos habían intentado movilizar, primero con los escarches a los genocidas, y luego con los "Juicios de la Verdad Histórica", un proceso que ante la imposibilidad de la condena penal de los asesinos, buscaba conocer la verdad de los hechos y el destino de los desaparecidos.

El triunfo del ex presidente nacido en Santa Cruz, la provincia donde el papá de Luciano Benjamín había fusilado a los obreros rurales en 1921 junto al teniente coronel Varela, abría un panorama totalmente distinto al del riojano y al que continuó la Alianza de Fernando De la Rúa. Y no era casualidad: Kirchner era el primer presidente del país que había sido parte de la generación que Menéndez buscó desaparecer de la faz de la tierra en los años 70. Y aunque el patagónico nunca había sido un referente de los derechos humanos desde la restauración democrática, ni había participado de una organización armada en su juventud, como sostienen Menéndez y sus defensores, entendía, y así lo adelantó en su discurso de asunción, el 25 de mayo del 2003, que no se podía seguir esperando para saldar los crímenes del pasado, porque si no las heridas iban a seguir sangrando durante años. El primer paso en este sentido fue la renovación de la Corte Suprema de Justicia menemista por una independiente, integrada por prestigiosos juristas. Y el segundo la sanción en el Congreso Nacional de la ley 25.779, que anulaba las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Además, desde el 2004 el ministerio público había abierto nuevas causas contra Menéndez, que no habían sido alcanzadas por el indulto de Menem en 1989.

En un clima político favorable a la revisión del pasado y a la reapertura de las causas, los procesamientos contra Menéndez se fueron sucediendo uno tras otro en el juzgado federal Nº3 de Córdoba, y en otros de Tucumán y Mendoza. Además, el descubrimiento por parte del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) de otra gigantesca fosa común en el cementerio San Vicente, en 2002, ayudó a introducir el tema en la agenda pública, porque movilizó a la sociedad y al anquilosado aparato judicial cordobés.

En el último piso de Tribunales Federales, a mediados de 2009, Crespi recuerda para este libro que Menéndez quería para su primer juicio una defensa política, y que ella lo convenció de lo contrario:

— General, si usted plantea una estrategia política, en este contexto del país, solo va a agravar su situación. Lo que más le conviene es una defensa técnica.

—Está bien, tiene razón, acepto, usted va a ser mi defensora —le dijo el dueño de casa a la joven funcionaria, que en mayo de 2008 terminaría debutando en el cargo nada más y nada menos que en el juicio más importante en materia de derechos humanos desde el juicio a las Juntas.

Ultimo intento

Dos o tres meses después del primer juicio, mi teléfono sonó con una llamada "privada". Creí que podía ser Menéndez, quien debía haber recibido mi última carta a fines de agosto, unos días antes de que la justicia federal de Tucumán se lo llevara para juzgarlo en el primer juicio de aquella provincia. Como esperaba, del otro lado de la línea respondió un Menéndez, pero no Luciano Benjamín, sino Juan Martín de los Milagros, su hijo menor, el único que todavía vive en la casa paterna de Bajo Palermo.

—¿Camilo Ratti? —preguntó esa voz

—Sí, quién habla.

—Habla el hijo del general Menéndez. Mirá, mi viejo recibió tu carta y me pidió que te llamara para entregarte unas cosas suyas. Yo me olvidé, disculpame, pero quiero entregártelas, son unos papeles suyos.

—Bueno, sí, claro, decime dónde y cuándo.

—Si querés puede ser en mi casa, el miércoles que viene, o adonde vos digas.

—No, sí, está bien, en tu casa, nos juntemos en tu casa, no te preocupes, antes de ir te llamo y combinamos el horario.

—Sabés dónde es, ¿no?

—Sí, sí, claro, ahí en Bajo Palermo.

—Sí, ahí, bueno, espero tu llamado y nos vemos.

—Ok, dale, te llamo.

El miércoles siguiente estacioné frente a Ilolay 3269 y toqué el timbre de la vivienda más maltratada de Córdoba. Había un silencio absoluto, hasta parecía deshabitada. Su dueño estaba de regreso en Bower, después de haber sido condenado a prisión perpetua en Tucumán. Entonces la puerta de entrada se abrió y Juan Martín salió a abrirme la de la reja de la calle.

—Hola, que tal, yo soy Camilo.

—Hola, disculpame, pero me olvidé de darte eso, mi viejo me va a matar... Pasá, pasá.

—Todo bien, no te preocupes.

Juan Martín me hizo pasar y nos sentamos en los sillones del living.

—Mirá, él me dio esto.

—Ante la presencia de su hijo menor, saqué los papeles de un folio transparente. La curiosidad me carcomía.

—Creo que es una carta donde te agradece, pero te explica por qué no te va a recibir.

—Bueno, después la leo tranquilo, pero..., no será posible que vos hagas de nexo para concretar una entrevista con él.

—Mirá, no sé, yo le pregunto, hoy a la tarde lo voy a ver, es el día de las visitas.

—Che, y cómo está, digo, de ánimo...

—Bien, qué se yo, es duro, peleándola. Por suerte están todos juntos, pero no es fácil..., el otro día estaba la familia del capitán Acosta llorando.

—Ah, se juntan todos los familiares...

—Es que para todos es el mismo día de visita.

—Y tu viejo qué hace, cómo pasa el tiempo.

—Y lee, ve tele, pero ha estado muy ocupado con los juicios, recién viene de Tucumán.

Días después de este encuentro con el hijo menor de Luciano Benjamín, un ex detenido de Bower y el abogado Hugo Aprea,

que visitaba a todos los presos militares en las diferentes prisiones en que se encontraban, me contarían que era Menéndez quien le levanta el ánimo al resto de los condenados, y que la lógica carcelaria respetaba las jerarquías militares. También una empleada del servicio penitenciario se quejaba del condenado Menéndez: "se hizo llevar una cantidad impresionantes de ropa y de libros, y encima recibe un trato privilegiado por parte de sus carceleros".

Intuyendo que esto podía ser así, la charla con Menéndez junior buscaba llegar al protagonista de este libro:

—¿Los miércoles es el único día para ir a verlo?

—Sí.

—Y vos, tu mamá, cómo están.

—Con bronca, porque está todo armado, mi viejo es un preso político. Además, me enferma que los periodistas no saben nada. No lo digo por vos, pero el otro día leí una nota en La Voz y tenía ganas de llamar y putearlo a quien la escribió.

—¿Por?

—Porque hablaban de la Guerra Fría, ¡qué guerra fría! Fría fue en el hemisferio norte, aquí fue bien caliente. Tucumán fue una guerra abierta, el ERP tenía controlado parte del territorio. ¿Vos leíste el libro de Márquez?

Nicolás Márquez, un joven periodista y apologista del terrorismo de Estado, acababa de publicar un libro sobre Tucumán, comparando el Operativo Independencia con la Guerra de Vietnam.

—No, a ese libro no lo leí, pero sí a otros de Márquez, que me prestó el general Santiago. La verdad, me parecieron poco serios, muy panfletarios. Todos tenemos nuestra ideología, pero me resultaron pura opinión.

—Sí, mi viejo está recaliente con él, porque vino acá antes del juicio y hablaron un montón sobre Tucumán, pero después no publicó nada, puso todo lo que le dijo Bussi nomás.

—Ché, bueno, mirá, yo estoy escribiendo una biografía sobre tu viejo, porque es un personaje histórico, de una época jodida del país. Y bueno, quiero hablar con él, saber qué piensa. La otras veces me dijo que no porque estaba en pleno proceso del juicio,

pero ahora ya está, ya fue condenado, no creo que pueda perder mucho más... Si podés insistirle, te lo agradecería mucho.

—Bueno, pruebo, pero cuando él dice que no es difícil que cambie de opinión.

—Entiendo, y ya que estamos, ¿vos aceptarías hablar de él para el libro?

Martín quedó descolocado con la pregunta, evidentemente no tenía muchas ganas de hablar.

—Y..., no sé, tendría que pensarlo.

—Pensalo, no para que hables de política ni de lo que hizo tu papá como militar, sino para que hables del aspecto personal, su vida familiar.

—Dejámelo pensar.

—Está bien, entiendo...

—Igual, si querés te puedo prestar un libro que mi viejo suele utilizar, que lee seguido.

—Qué libro.

—Uno de Carlos Acuña, un periodista que sabe muchísimo de esa época.

—Bueno, dale, lo leo y después te lo devuelvo. De paso me contestás si aceptás la entrevista ¿Te parece?

—Sí, dejámelo pensar.

Después de unos veinte minutos con el benjamín de la familia, la charla terminó con la promesa de gestionar una entrevista con el reo más famoso de Bower.

—Yo le pregunto hoy a mi viejo, llamame la semana que viene para ver qué me dijo.

—Dale, te llamo.

Antes de despedirnos, en la puerta de reja de la entrada, no me aguanté y le dije: —Ché, sos igual a tu viejo, deben decírtelo todos ¿no?

—Sí, el médico que atendió mi parto cuando salí de la panza le dijo a mi mamá "Es Menéndez pasado por lavandina".

—Tal cual, de cara sos muy parecido, nada más que medio colorado. Bueno Martín, gracias y te llamo.

—Sí, no hay problema, llamame y te digo.

Apenas me despedí de Menéndez junior, arriba del auto saqué la carta y empecé a leerla. Efectivamente, además del alegato que el autor había leído en los juicios, impresa en hojas blancas y letra de computadora, el folio contenía una carta con membrete, con un texto de puño y letra escrito con lápiz, y firmada por Luciano Benjamín, que decía:

Bower, 22 sep 2008

Sr. Camilo Ratti:

De mi especial consideración.

Recién recibí su carta fechada el 30 de julio, y me apresuro a contestarle.

Le agradezco su interés en mi persona y su paciencia.

Con respecto a la entrevista que me pide, no la vamos a concretar.

Le adjunto, por si le son de alguna utilidad, las palabras que les dirigí a los Tribunales de Córdoba y Tucumán que me acaban de condenar por haber vencido a la subversión marxista.

Lo saludo con especial afecto y consideración.

Luciano Menéndez

A la espera de que el contacto personal con su hijo sirviera para hacerlo cambiar de opinión, el miércoles siguiente llamé a Martín:

—Soy Camilo Ratti, te acordás, ¿pudiste hablar con tu papá?

—Sí, pero lo que te había dicho: no quiere entrevistas.

—Pero por qué, qué dice.

—Que para escribir un libro suyo lo escribe él.

—Ah..., está bien, qué lástima, igual te agradezco las gestiones, che. Un abrazo, chau.

—Dale, chau.

Después de semejante contestación del biografiado, que confirma su escaso afecto a las entrevistas periodísticas o al debate de ideas que no sean las suyas, mucho menos a los interrogantes que puede plantearle un investigador, finalmente desistí de

entrevistarlo, tranquilo con mi conciencia de haber hecho lo humanamente posible para obtener una opinión suya en vivo y en directo, cara a cara, sobre lo que fue su paso por la historia argentina del siglo XX.

Las penas del general

El aspecto de Menéndez no era el mismo. Se lo notaba bastante más achacado que en el primer juicio, donde resistía mostrándose activo, vital, desafiante en su relación con el público que lo miraba detrás del vidrio blindado, y hasta con el propio tribunal, que lo trató con excesiva, y a veces insoportable condescendencia. Pero era lógico que ya no fuera el mismo. Además de los 83 recién cumplidos, debe ser el único militar en el mundo que ostenta el dudoso mérito —por usar términos muy suyos—, en ser condenado seis veces a cadena perpetua[208]. Si las penas fueran acumulables, no le alcanzaría otra vida para cumplir los ciento cincuenta años de prisión que lleva en una cuenta que seguirá creciendo mientras la biología lo permita.

De una punta a la otra de lo que fue el III Cuerpo que estuvo bajo su órbita, decenas de juicios lo esperan en los próximos años. Encima, el de la UP1 que acababa de comenzar iba a ser largo, con treinta y un imputados, la misma cantidad de víctimas y más de cien testigos que desfilarían para destrozar lo que la propaganda menendista bautizó como "Ley de Fugas". Un mecanismo que el ex general implementó en 1976 como jefe del Zona III para asesinar en distintos hechos fraguados a veintinueve presos políticos detenidos legalmente en la cárcel de San Martín, además de los dos que murieron dentro del penal, uno estaqueado al aire libre con temperaturas bajo cero, y el otro de un balazo a quemarropa.

Por la calidad y cantidad de pruebas recolectadas, este era "el" juicio por violaciones a los derechos humanos de Córdoba. Además, la causa era una radiografía perfecta de lo que había sido el Estado Terrorista, porque en ella no solo saltaba a la luz la responsabilidad de las patotas y los grupos operativos militares y policiales que obedecían a Menéndez, sino la complicidad del

208 A este se sumaría un tercero en Tucumán.

aparato judicial en la muerte de los presos políticos, con jueces, fiscales, defensores y secretarios que no solo toleraron la tortura de los detenidos como si estuvieran en un campo de concentración, fuera de su alcance, sino que autorizaron y firmaron traslados que luego terminaron en la muerte segura de los prisioneros.

El último ingrediente de un proceso que reflejaba la inmensidad del terrorismo de Estado, era la presencia, en el mismo banquillo de acusados, de dos de los principales responsables del plan represivo: Jorge Rafael Videla y Luciano Benjamín Menéndez. La foto de quienes planificaron y ejecutaron la masacre y condujeron al país hacia el abismo, emulaba el Juicio a las Juntas de 1985, cuando la sociedad pudo ver que Videla y Massera no eran dioses que estaban por encima de la vida misma, sino simples mortales que pagaban ante el estrado civil los crímenes cometidos en nombre de la civilización occidental.

Y aunque las acusaciones eran muchas y gravísimas, a diferencia de los otros cuatro juicios afrontados entre 2008 y 2010 —dos en Córdoba y dos en Tucumán—, esta vez Menéndez compartía la escena con alguien de su estatura. No eran generales temerosos, como Bussi —que no tuvo dignidad ni agallas para afrontar los procesos—, ni policías o militares de baja graduación, como había ocurrido en las instancias anteriores.

Procedente de Campo de Mayo, donde cumple prisión preventiva desde mediados del 2009, Videla, ex jefe de Estado, símbolo del *Proceso de Reorganización Nacional* a nivel mundial, y número uno de aquella maquinaria infernal de muerte y desaparición, había sido procesado y trasladado a Córdoba en su carácter de ex Comandante en Jefe del Ejército y titular del Poder Ejecutivo Nacional al momento en que se produjeron los hechos que se ventilaban en el juicio. Él era, por la estructura de poder de la dictadura, el máximo responsable de los hechos ocurridos dentro y fuera de la penitenciaría.

En contraste con su querido Luciano, a quien se lo veía más flaco y con grandes bolsas en los ojos que probaban el evidente desgaste físico producido por las sucesivas condenas, el aspecto de Jorge Rafael sorprendía a propios y extraños. A un mes de cumplir 85 años —lo haría en su celda de Bower, el 2 de agosto de 2010—, la piel, la voz y hasta la motricidad del ex dictador lucían

sensiblemente mejor que los de su añorable camarada del Colegio Militar y la Escuela de Guerra. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos por mostrarse hidalgos, los dos estaban viejos para audiencias que duraban horas, con relatos espeluznantes, inclusive para quienes habían impartido esas órdenes para "salvar" a la patria del enemigo comunista. La imagen cansada, añeja, de los ex generales, era una prueba de lo mucho que había durado la impunidad en la Argentina, y lo tarde que había llegado la justicia.

El 7 de julio, a solo cinco días de comenzado el juicio, Videla y Menéndez empezaron a sentir el cansancio de un proceso agotador. En primera fila, sin importarles que iban a ser inmortalizados por los reporteros gráficos y las cámaras de televisión, sus párpados se cerraron hasta quedar hombro con hombro, profundamente dormidos...

En una mañana espléndida, con sol y cielo celeste, el rostro del general irradiaba felicidad, confianza, seguridad. En plena preparación para invadir Chile, quien había sido nombrado jefe del teatro de operaciones recibió uno de los regalos más importantes que puede recibir un soldado hecho y derecho como él: el Instituto Sanmartiniano había elegido al III Cuerpo para homenajear a los caídos en la "lucha contra la subversión". Era un reconocimiento al desempeño de su jefe, que aprovechó la ocasión para galvanizar la moral de una tropa que se preparaba, después de haber aniquilado a los "comunistas" de su patria, para cruzar la Cordillera y arrasar a un viejo enemigo del comandante: "Este homenaje que rinde a nuestros maestros el instituto Sanmartiniano nos toma después de haber vencido a la delincuencia subversiva armada. Un nuevo enemigo ha caído bajo el peso de las armas invictas del Ejército argentino, pero he aquí que nuevos agresores pretenden animarse a las armas de la Nación", desafió Menéndez, compadrito. Orgulloso por el reconocimiento que había expresado minutos antes el general Joaquín Aguilar, titular del Instituto, el jefe del III Cuerpo se paró delante del micrófono y desde la explanada que queda debajo de su oficina confirmó por qué había sido él y no otro comandante el homenajeado: "Tremenda responsabilidad porque si este instituto nos considera acreedores de este honor, no solo debemos hacer mérito a nuestros muertos, sino dis-

poner a sostener con las armas en la mano, las mil virtudes que nos dejó legadas el primer soldado de la república". La apropiación histórica de San Martín no era ingenua, ni original. A un mes de la invasión, Luciano Benjamín sumaba adhesiones para intimidar no solo a Pinochet, sino a sus adversarios de la interna militar, que con Videla a la cabeza hacían todos los esfuerzos para evitar la guerra con el país vecino.

Pocas horas después de culminado ese acto ciento por ciento propagandístico, su porte arrollador coronó la mayor demostración de fuerza que la IV Brigada de Paracaidistas realizó jamás desde su creación, en 1964. Parado en el pasto de los inmensos terrenos de camino a La Calera, con las sierras de Córdoba como telón de fondo y las tropas argentinas tomando posiciones en la Cordillera de los Andes, el nieto del coronel Benjamín Menéndez demostró por qué esos soldados eran capaces de seguirlo hasta la muerte: "Buena es la ocasión para festejar el aniversario de la IV Brigada", arrancó Luciano con gesto victorioso, que asomaba debajo de su gorra de general con los últimos rayos de luz iluminándole su cara aindiada. Frente a él, una importante cantidad de uniformados y público civil seguía con atención el discurso: "Quiero destacar la perfecta coordinación lograda, el perfecto guste de los planes, esto es muy importante porque con ellos van a desempeñarse codo a codo en la guerra", les anticipó, con tono de mando, el más fanático comandante de la dictadura a sus hombres. Durante esa semana, dos mil trescientos paracaidistas habían ensayado maniobras para aplicarlas en territorio chileno cuando el reloj de la guerra ya no pudiera detenerse. A esa altura de la situación, con las relaciones diplomáticas entre Argentina y Chile estancadas y todas las negociaciones agotadas, Menéndez no dudaba que el conflicto era irreversible. Por eso, elevando la moral hasta el máximo de sus posibilidades, agradeció el sacrificio de sus efectivos y los incentivó a jugarse la vida en el campo de batalla. Como alguna vez dijo Pellanda para graficar su perfil, "yo no quiero que Menéndez sea el comandante en jefe porque nos va a llevar a una guerra, pero si estamos en guerra, quiero que sea mi comandante en jefe". Es probable que todos los que en noviembre del 78 participaron de las operaciones del Estado Mayor Conjunto, hayan sentido lo mismo que el último goberna-

dor de facto del "Proceso". Su convicción, y hasta su temeridad, convertían a Menéndez en un líder nato, que sabía como nadie motivar a sus subalternos. Sin leer una palabra del breve discurso improvisado para la ocasión, con la firmeza y seguridad de un auténtico general tropero, arengó a los soldados convencido de que estaba en momento de mayor esplendor de su vida: "Siempre es un placer para un viejo soldado presidir la formación de sus jóvenes camaradas", dijo para finalizar su alocución, mientras sus ojos emocionados se perdían con el sol que caía sobre las montañas cordobesas.

Sable en mano, como buen caballero que es, el "mejor comandante" que Videla tuvo bajo su mando pasó revista a las formaciones y se dirigió hacia el palco, donde estaba preparada una breve ceremonia. Cuando se disponía a saludar y felicitar uno por uno a los oficiales y suboficiales que habían realizado los lanzamientos de combate, un ruido seco lo despertó de golpe. Menéndez levantó la cabeza, abrió los ojos, y las carpetas de su amigo Videla desparramadas por el piso lo devolvieron a la realidad. Las imágenes se le mezclaban. No podía ordenarlas. Su figura arriba del camión militar sobre la pista de la IV Brigada Aerotransportada no lo soltaba. O él no quería soltarla. En milésimas de segundo había dejado de ser el líder del Ejército argentino que vengaría cien años de disputas limítrofes con Chile, para ser el general más condenado de la historia. Encima, por los "subversivos" que se habían salvado de su inquisición. La actitud somnolienta de Videla, que estaba sentado a su derecha, lo convenció de que no era miércoles 17 de noviembre de 1978, sino un miércoles, sí, pero de julio del 2010, en el comienzo del quinto juicio en su contra. Por esos juegos del destino, ese 22 de diciembre, treinta y dos años después de que el Ejército argentino pensara invadir Chile con Menéndez a la cabeza, quien fuera el líder de aquella frustrada invasión fue condenado junto a su amigo Videla a cadena perpetua por las muertes de treinta y un presos políticos, cobardemente asesinados bajo sus órdenes.

A modo de epílogo

La capitulación de quien se siente un héroe nacional, porque elige vivir fuera de contexto, encerrado en su laberinto de convicciones autoritarias y mesiánicas de una guerra fría que ya no es, y que tanto daño le hicieron al país y al Ejército mismo, es y será una foto impactante. Una bomba en todos los sentidos imaginables. El resultado de veinticinco años de una lucha infatigable contra un aparato monstruoso, que había hecho lo imposible por salvar del infierno a quien se merece ese reino y mucho más.

Nada ha sido gratis en una democracia adolescente, que con los juicios a los genocidas ha empezado a saldar deudas pendientes y a cerrar heridas profundas. Un proceso que el gobierno nacional supo leer en el 2003, cuando entendió que el país, la democracia, no podían seguir avanzando ni afirmándose mientras el terrorismo de Estado —que no se circunscribe solo al plan represivo que se ventila en los juicios— no fuera abordado en sus múltiples dimensiones. El pedido de perdón a las víctimas en nombre del Estado de quien formó parte de la generación de "subversivos" que Menéndez no pudo terminar de eliminar, y la instrumentación de políticas públicas que hicieron posible la derogación de las leyes de Obediencia Debida, Punto Final y el decreto de indulto, no solo permitieron reabrir los procesos judiciales y transformar los ex campos de concentración en sitios de memorias, sino que dispararon en el conjunto social —y esto es lo más interesante— infinidad de preguntas y reflexiones sobre lo ocurrido en la Argentina de aquellos años. Un debate que lejos de cerrarse en la lectura "kirchnerista" de ese pasado reciente, que existe, y, como tal, es materia opinable, hoy está más abierto que nunca y no va agotarse con la gestión de este ni de los próximos gobiernos. Tampoco con la muerte de Menéndez, Videla, Riveros, Díaz Bessone o Bignone, las cabezas de aquel proyecto criminal que todavía respiran.

Culminada la etapa jurídica, que debe cerrarse en el corto plazo con el juzgamiento de los autores de crímenes de lesa huma-

nidad, los debates que vendrán serán otros, porque el país ya es otro. Muchísimo más democrático y justo que cuando Menéndez caminaba con absoluta impunidad por las calles de Córdoba como si fuera un ciudadano común —y hasta ilustre durante el olimpo radical—, sin ninguna cuenta que rendir ante los jueces de la Constitución. Una Constitución que él y las Fuerzas Armadas se cansaron de violar arrogándose la representación de un pueblo y hasta de una civilización que nunca los eligió como sus representantes, producto de la visión mesiánica con la que fueron formados por una institución que debe desterrar para siempre la doctrina del "enemigo interior". Tal vez ese día podremos refundar el ejército de San Martín, que nació y peleó con el pueblo y para del pueblo, y que inculcó valores y proyectos que en nada se parecen al que cincuenta años después fundaron Mitre y Roca para beneficio no de su pueblo, sino de los sectores dominantes que siempre sometieron a los sectores populares.

A treinta y cinco años del 24 de marzo, difícil es pensar que una tragedia semejante pueda volver a repetirse, porque la sociedad ha ido madurando en la comprensión de su pasado, y porque las condiciones políticas nacionales e internacionales son totalmente distintas. La dictadura fue un experimento social en un momento determinado de nuestra historia. Un producto de laboratorio sobre la condición humana, que se pensó y ejecutó para arrasar una cultura política. Hoy, con muchas pruebas sobre la mesa, solo Menéndez, Videla y los que planificaron el asalto al poder en los 70 pueden plantear que en la Argentina hubo una guerra y no un genocidio, diseñado y ejecutado para destruir desde el Estado a un grupo nacional. En este caso, político e ideológico. Y aunque suena impensable que la historia pueda volver a repetirse, la garantía de que no habrá más cruzados ni iluminados llegará cuando las fuerzas armadas se modernicen no solo en el aspecto tecnológico, sino, y principalmente, en el plano educativo y moral de sus cuadros, que deben integrarse al desarrollo nacional. Es posible que ese día Luciano Benjamín deje de ser un referente entre los jóvenes cadetes del Colegio Militar. Hoy, por lo pronto, lo es mucho menos que hace diez o quince años, cuando la impunidad y la falta de memoria campeaba con fuerza en institutos militares y en los civiles también.

El avance más importante de haber reabierto la discusión que muchos quisieron clausurar para no "empantanarnos" en el pasado, está en los jóvenes que caminan y militan las jornadas del 24 de marzo. Generaciones que nacieron o crecieron en democracia y que quieren vivir en democracia. Aun con las huellas que la dictadura que Menéndez lideró dejó en el plano social, político y cultural, implantando conductas y valores que llevarán su tiempo reconfigurar.

Nada es seguro ni inmutable, porque la historia es un proceso dinámico y dialéctico. Pero reproducir y transmitir los valores de libertad, pluralismo, justicia social, soberanía política e integración latinoamericana, es el mejor homenaje que se le puede hacer a San Martín, Belgrano, Moreno, Castelli, Güemes, Alberdi y muchos otros que murieron por la independencia argentina —tan injusta y arbitrariamente apropiados por la cultura militar—, y la peor derrota que puede sufrir uno de los más esforzados apóstoles de la barbarie y la decadencia occidental. Quien seguramente, más pronto que tarde, dejará este mundo convencido de haber sido un héroe, sí, pero de un país y un mundo que ya no existen más.

Bibliografía

Libros

Acuña, Carlos M. *Por amor al odio—Tomo II Crónicas de guerra: de Cámpora a la muerte de Perón* 1era edición, Editorial Del Pórtico, Buenos Aires 2003.

Andersen, Martín E. *Dossier secreto —El mito de la guerra sucia—* Título original en inglés: Argentina's Desaparecidos and the myth of the "Dirty War". 1era edición en castellano, Editorial Planeta. Buenos Aires, 1993.

Anguita Eduardo y Caparrós Martín *La voluntad Tomo I y II Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1973-1976.* 1era edición, Grupo Editorial Norma. Buenos Aires, Argentina, 1998.

Ballester, Horacio *Memorias de un coronel democrático* Ediciones de la Flor, Argentina, Buenos Aires, 1996.

Calveiro, Pilar *Poder y Desaparición: los campos de concentración en Argentina.* 1era. edición, 6ta reimpresión, Editorial Colihue. Buenos Aires, 2008.

Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas —CONADEP— *Nunca más.* 6ta edición, 1era. reimpresión. Editorial Eudeba. Buenos Aires, 2003.

De Santis, Daniel (comp.) *A vencer o morir: historia del PRT-ERP documentos.* Tomo I, volumen 1. 1era. edición, Editorial Nuestra América. Buenos Aires, 2004.

De Santis, Daniel (comp.) *A vencer o morir: historia del PRT-ERP documentos.* Tomo I, volumen 2. 1era. edición, Editorial Nuestra América. Buenos Aires, 2006.

Diaz Bessone, Ramón *Guerra Revolucionaria en Argentina (1959-1978).* 3era. edición, Círculo Militar. Buenos Aires, Argentina, 1996.

Duhalde, Eduardo L. *El Estado Terrorista Argentino —quince años después, una mirada crítica—*1era. edición, Eudeba. Buenos Aires, 1999.

González Bread, Eusebio *La Guerrilla en Tucumán. Una historia escrita.* Círculo Militar. Buenos Aires, Argentina, 2001.

Guevara, "Che" Ernesto *La Revolución. Escritos Esenciales.* 2da. reimpresión, Aguila, Altea, Taurus, Alfaguara. Buenos Aires, 1996.

Lanusse, Alejandro Agustín *Mi Testimonio* Lasserre editores, Argentina, Buenos Aires, 1977.

Larraquy, Marcelo *Marcados a Fuego: la violencia en la historia argentina: de Yrigoyen a Perón (1890-1945)* 1era. edición — Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2009

Mántaras, Mirta *Genocidio en Argentina.* 1era. edición, el autor. Buenos Aires, 2005.

Montenegro, Néstor J. *Así piensa Luciano B. Menéndez.* 1era. edición, Nemont Ediciones. Buenos Aires, 1981.

Peña, Milcíades *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglocriolla.* 1era. edición, Ediciones Fichas. Buenos Aires, Argentina, 1976.

Pigna, Felipe *Lo Pasado Pensado, entrevistas con la historia argentina (1955-1983)* 3era. edición, Planeta, Buenos Aires, 2005.

Plis-Sterenberg, Gustavo *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina.* 2da. edición, Editorial Planeta. Buenos Aires, 2004.

Potash, Robert A. *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973 –De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966.* Título original en inglés *The Army & Politics in Argentina.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, Argentina, 1994.

Passarelli, Bruno *El delirio armado. Argentina-Chile: la guerra que evitó el Papa.* 1era. edición, Editorial Sudamericana. Argentina, 1998.

Robin, Marie-Monique *Escuadrones de la muerte, la escuela francesa,* 1era. edición, Sudamericana, Buenos Aires, 2005

Rouquié, Alan *Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina, tomo II,* Hyspanoamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986.

Saravia, Mariano *La sombra azul* 1era. edición, Ediciones del Boulevard. Córdoba, Argentina, 2005.

Seoane, María *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho.* 1era. edición, Editorial Planeta. Buenos Aires, 1991.

Seoane, María y Muleiro, Vicente *El dictador –La historia secre-*

ta y pública de Jorge Rafael Videla— 4ta. edición, editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2001.

Trinquier, Roger *La guerra moderna* 2da. edición, Ediciones Cuatro Espadas, Buenos Aires, Argentina, 1981.

Vergéz, Héctor *Yo fui Vargas: el antiterrorismo por dentro.* 1era. edición, del autor. Buenos Aires, 1995.

Verbitsky, Horacio *Cristo vence: La iglesia en Argentina. Un siglo de Historia Política. Tomo I. De Roca a Perón.* 1era. edición, Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2007.

Yofre, Juan B. *Nadie fue: crónicas, documentos y testimonios de los últimos meses, los últimos días y las últimas horas de Isabel Perón. 2da. edición, el autor. Buenos Aires, 2006.*

Yofre, Juan B. *Fuimos todos. Cronología de un fracaso, 1976-1983.* 2da. edición, Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2007.

Artículos de revistas y diarios

Menéndez, Luciano B. *El plan de guerra de la subversión,* en Revista Militar nº 719. Enero-marzo, Círculo Militar. Buenos Aires,1988.

Menéndez, Luciano B. *La película empezada,* en Revista Militar, julio-septiembre. Círculo Militar. Buenos Aires, 1998.

Villegas Osiris J. *La estrategia integral de la guerra subversiva,* en Revista Militar nº716. Enero-abril. Círculo Militar. Buenos Aires, 1987.

Agradecimientos

A Sergio Carreras, que desde el primer momento creyó y confió en que yo podía escribir este libro, lo cual ya era toda una aventura. Fue importante su experiencia, su rigurosidad periodística y su mirada incisiva sobre los hechos y el personaje de esta historia.

A Lisandro "Lapo" Ponzetti, que en el primer año y medio se internó horas y horas en las hemerotecas y los archivos para fichar la siempre valiosa información que ofrecen los diarios y las revistas de la época. Fuentes imprescindibles para hacer una investigación histórica. También por sus análisis e inolvidables terturlias compartidas sobre Luciano Benjamín.

A Liliana Callizo, Teresa Meschiatti, Cecilia Suzzara, Norma San Nicolás y Vitín Baronetto, quienes cada vez que les pedí aceptaron con valentía escarbar en sus memorias los momentos más terribles de sus vidas, con el único fin de que yo pudiera conocer la intimidad de quien fue el jefe más importante de su cautiverio y sufrimiento.

A los otros muchos entrevistados que, conscientes o no del valor de su testimonio, dispusieron de su tiempo e hicieron su aporte para que este libro sea lo más amplio y completo posible, y haga su contribución a la reconstrucción de la memoria histórica.

Al Centro de Conservación y Documentación Audiovisual de la UNC, que me permitió ver con total disposición y generosidad las imágenes de Canal 10 y Canal 12 sobre Menéndez y los hechos que cimentaron su reinado.

A mis viejos, porque este libro es el fruto de la educación recibida, pero sobre todo de la pasión por las discusiones políticas y la historia argentina que mamé desde que tuve capacidad e interés por éstas y sus consecuencias en los seres humanos.

A mis hermanos, abuelas, suegros, cuñadas y decenas de amigos que siempre estuvieron ahí, al pie del cañón, apoyándome para que este trabajo pudiera ver la luz, felices de saberse parte de este sueño colectivo.

A todos muchas gracias, y espero contar con ustedes para el próximo desafío.

Índice

Capítulo I
Caballerazo 9
La horda del general

Capítulo 2
Pura sangre 33
Otro Benjamín y van. La hora de "la cruz y la espada". Vas a ser un Caballero. El "chupete". Mirando al resto desde el cielo. Perfil de líder. Subteniente de Caballería. Un hombre hecho y derecho. Los gorilas muestran sus pelos. Oficial de Estado Mayor. La semilla de la violencia.

Capítulo 3
Tucumán, el comienzo de la "guerra revolucionaria" 73
La "Guerra Moderna" de los coroneles franceses. La Revolución Cubana impacta al profesor. Los Uturuncos. Viaje al corazón del imperio. Frondizi "comunista". Azules y Colorados, o quién era más antiperonista. El "foco" de América Latina. Onganía, la Caballería al poder. Azúcar amarga. Tucumán arde. El Che cae en Bolivia, el coronel vuelve a la Escuela. Del "chispazo de Taco Ralo" al Cordobazo.

Capítulo 4
El demonio de la guerrilla 123
Los Montoneros. El ERP, "la conjura marxista". Chau Onganía. Aterrizaje en Tucumán. El "Viborazo" y la Ley Antiterrorista. Trelew, el principio del fin.

Capítulo 5
De la penitencia al poder supremo 147
Un general "tropero". Los militares, al cuartel. El "Tío" Cámpora, la "subversión al poder". Que se maten entre ellos. El Comandante ¿descubre al ERP en Tucumán? Septiembre negro. El gran fantasma cubano. Acheral, el general se frota las manos. Catamarca y Villa María, la guerra declarada. "Operación Rastrillo". La venganza será terrible. Aniquilar al ERP. El accidente que cambió su destino.

Capítulo 6
"Sin tortura no hay información" 191
El Ejército contra López Rega. Córdoba, el salto hacia el poder. La "capital política y subversiva del país".

Capítulo 7
El golpe 205
Laplane, el último peronista. Marzo del 76. Licencia para matar. Las "carpetas" y el Campo La Ribera. El ejército invencible. La cuenta regresiva. Cenando con el enemigo.

Capítulo 8
El Estado terrorista 253
Salteadores nocturnos. El chacal. Los escuadrones de la muerte. Yo soy la ley, doctor. Los campos y el circuito represivo. La Patota. La guerra como propaganda o la propaganda de la guerra. Los amigos periodistas. José Mariano. Mario Roberto. "Satanelli" y los curas "subversivos". Un general operativo. Contra los obreros y sus "ideólogos". La solución final. El Castillo, el último disparo.

Capítulo 9
El caudillo 373
La batalla cultural. El "Proyecto Nacional". "Cabrón" sí, pero "ocurrente". El ejército salvador.

Capítulo 10
El olimpo 419
Todos con la celeste y blanca. El comandante que no fue. Diálogo de sordos. El reloj del general, en marcha. Sin lugar para los débiles. El principio del fin.

Capítulo 11
La traición 475
El zorro se comió al cachorro.

Capítulo 12
El candidato 511
Los fantasmas de Luciano. Malvinas, el fin de un proyecto y una relación.

Capítulo 13
Será Justicia 553
Asesino puede ser, cobarde jamás. Soplan vientos del sur. Ultimo intento. Las penas del general.

A modo de epílogo 583

Bibliografía 587

Agradecimientos 591